GRANDES VIDAS GRANDES OBRAS

BIOGRAFÍAS DE HOMBRES CÉLEBRES



SELECCIONES DEL READER'S DIGEST

MÉXICO • MADRID • BUENOS AIRES • RÍO DE JANEIRO • CARACAS
SAN JUAN DE PUERTO RICO • SANTIAGO DE CHILE • NUEVA YORK

MIGUEL DE CERVANTES Y SU OBRA INMORTAL

Donald Culross Peattie

En el centro de España, tendida bajo el cielo como un gran libro abierto, se encuentra la llanura de la Mancha. Exceptuando algunas aldeas y unos cuantos pastores con sus rebaños, esta gran extensión de terreno, que abarca desde los Montes de Toledo hasta la Sierra de Cuenca y desde la Alcarria hasta Sierra Morena, da la impresión de estar vacía. Pero a quienes conozcan la obra de ingenio más leída del mundo no les ofrecerá esa sensación. Por el contrario, descubrirán que la Mancha está poblada por más de seiscientos personajes que desfilan por las páginas de la más genial novela que jamás se ha escrito: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.*

Todavía se pueden ver en la llanura los mismos molinos de viento, varías veces centenarios, que el inmortal Caballero de la Triste Figura confundió con gigantes. Lleno de glorioso ardor para acometer grandes hazañas, el caballero espoleó su viejo rocín y arremetió contra ellos . . . para salir lanzado de cabeza por los aires. "Molinos de viento" decimos hoy para referirnos a enemigos fantásticos o imaginarios. Y el nombre mismo del hidalgo, dominado por la locura, entró en el léxico de todos los idiomas como sinónimo del idealismo. El incidente de los molinos de viento es solo uno entre cientos, unos tristemente ciertos y otros ciertamente tristes, que llenan esta obra llamada "la Biblia de la humanidad". Desde el principio al fin de la



En la Real Academ
Española, de Madr
se conserva este
retrato de Cervante
pintado por
Juan de Jáuregui,
pintor y poeta espa
amigo del gran esc
Este retrato,
que se creía perdid
ha aparecido
recientemente.

misma fluye la vena de la sabiduría filosófica, única recompensa real que la vida ofreció al autor, don Miguel de Cervantes Saavedra.

Aún hoy podemos escuchar su risa franca al describirse a sí mismo en la época en que escribía su obra inmortal: "De rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, y las barbas de plata que no ha veinte años fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; de cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies."

Miguel de Cervantes vino a este mundo el año 1547, en la antigua y hermosa ciudad universitaria de Alcalá de Henares, cerca de Madrid. Durante su infancia, la familia hubo de trasladarse a Valladolid, Sevilla y Madrid, porque el padre del futuro autor no tenía más bienes que un escudo de armas. Su profesión de cirujano mayor le proporcionaba pocos clientes de pago. El primer recuerdo del joven Miguel era la escena de su padre cuando se llevó los efectos del hogar para empeñarlos en la tienda del prestamista. En otra ocasión, el alguacil acudió a detener a su padre, que fue encarcelado por deudas y dejó a sus hijas Andrea y Luisa, y a sus dos hijos pequeños, llorando de hambre.

Pero, como quiera que fuese, el joven Miguel pudo asistir a la escuela. Hasta es posible que cursara estudios en la Universidad de Salamanca mientras servía de criado a estudiantes ricos. Un novelista, sin embargo, aprende su oficio mediante la observación de la vida misma. Miguel conoció la vida tal como brota en las calles de la ciudad: agria, inesperada, llena de realidad. En el teatro, donde gastaba el poco dinero que podía arrebañar, aprendió cómo es la vida al pasarla por el tamiz del arte; descubrió el poder del ingenio y la habilidad y cómo puede este crear una verdad más grande que la verdad misma. A la edad de veintidós años Cervantes sólo tenía sueños . . . pero eran sueños de gloria.

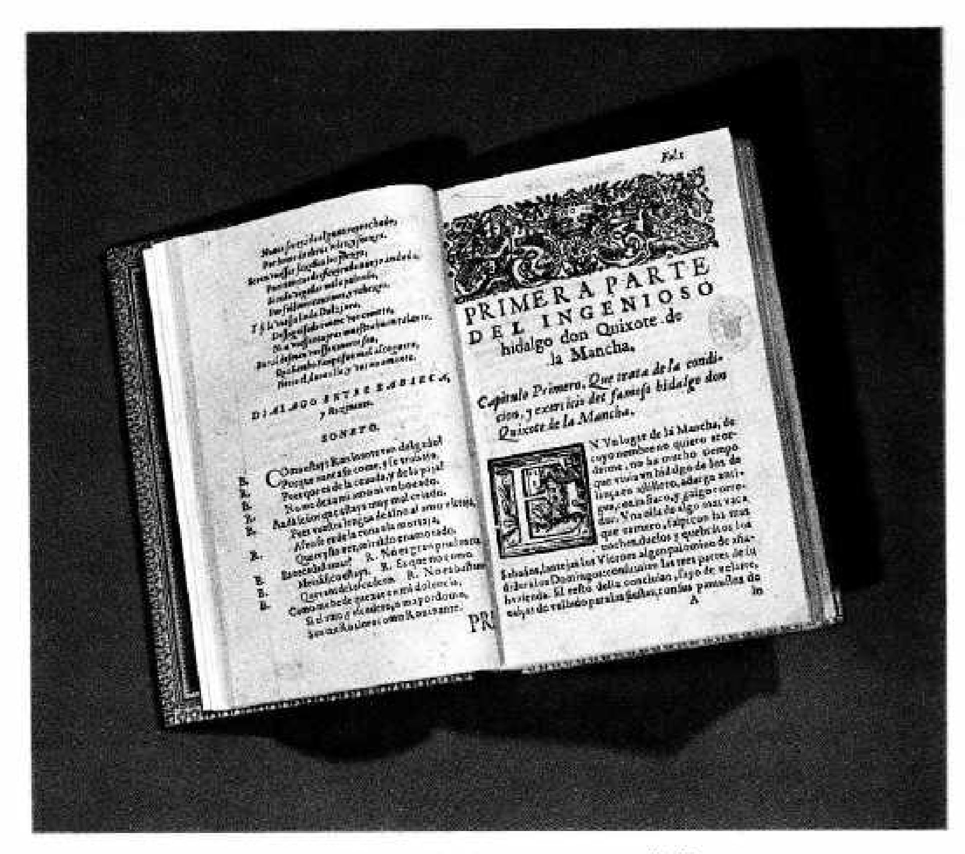
Se fue a Italia, donde España mantenía a la sazón importantes guarniciones, y se alistó en el ejército. Viose, por fin, bien vestido a lo militar, flamante como un gallo, y por primera vez comió con regularidad. Estos años de soldado habían de animar muchas páginas futuras en las cuales gozaría recordando los figones de antaño, el vino italiano y las bellas mujeres.

Durante estos años conoció también los efectos de la guerra. En aquellos tiempos el agresor era el turco, y toda la cristiandad corría peligro. En 1571 una poderosa escuadra turca avanzó hacia el occidente por el Mediterráneo. Solimán II, sultán de Turquía, quería arrancar la cruz de San Pedro en Roma y sustituirla por la media luna. España envió sus barcos, al mando de don Juan de Austria, hermanastro del rey Felipe II, para que se unieran a los de Venecia y los Estados Pontificios; en una de aquellas naves se embarcó el joven Miguel de Cervantes.

Fue en Lepanto, cerca de las costas de Grecia, donde las flotas de los aliados cristianos se encontraron con la escuadra turca en la más sangrienta batalla naval que se había reñido hasta entonces. Ocho mil cristianos y veinticinco mil turcos perecieron en combate cuerpo a cuerpo, espada contra alfanje, sobre las cubiertas bamboleantes de los barcos, que se hundían uno tras otro. Al entablarse la batalla, Cervantes yacía en la bodega, enfermo de fiebre palúdica. Inmediatamente corrió a cubierta; un momento después recibía dos tiros en el pecho, mientras un tercero le destrozaba el brazo izquierdo. Fue, sin embargo, uno de los primeros que saltaron al abordaje sobre el barco turco más cercano. Aquel día la media luna se hundió en un crepúsculo sangriento. Fue la hora más gloriosa de España y la que más orgullo proporcionó a Cervantes.

En 1575 Miguel abandonó a Italia y se embarcó para España lleno de ilusiones. Llevaba en el bolsillo una carta de recomendación de don Juan de Austria para el rey Felipe y confiaba en que la misiva habría de proporcionarle un buen empleo en el gobierno; pero los infortunados viajeros fueron asaltados por unos piratas berberiscos que los llevaron cautivos a Argel. Una vez allí, Miguel se libró de remar en las galeras a causa de su brazo mutilado, pero pasó a ser propiedad de Dali Mami, cristiano renegado que se había hecho pirata. Cuando el ladino dueño leyó la elogiosa carta que llevaba Cervantes, dedujo que su prisionero era hombre de importancia y le ordenó que pidiera a España un crecido rescate.

Al correr de los meses, Miguel vio morir a sus compañeros en mazmorras; fue testigo de cómo las jóvenes eran expuestas a la venta en los mercados; presenció flagelaciones y torturas, y contempló los cuerpos colgados de los que habían tratado de escapar. A despecho de todo, fue sostén y jefe de sus compañeros de cautiverio. Luchó para librarlos de la desesperación y organizó más de una vez revueltas para recobrar la libertad perdida. En todas ellas resultó vencido;



Fotografía de la primera edición
de la primera parte del "Quijote", que se encuentra
en la Biblioteca Nacional de Madrid.
La obra fue publicada en 1605 por Francisco de Robles,
en la imprenta madrileña de Juan de la Cuesta.

una vez lo sentenciaron a muerte, mas su propio valor le salvó la vida. Los tiranos moros eran crueles, pero admiraban la verdadera valentía; y cuando Cervantes, en pie ante su dueño, cruzado de brazos y con la cabeza erguida, en actitud desafiante, se confesó culpable del fracasado intento de fuga, le perdonaron la vida. Cervantes hubo de sufrir cinco años de cautiverio antes de que su familia, en España, pudiera reunir el dinero necesario para su rescate. Cuando por fin fue puesto en libertad, llevó consigo una declaración firmada por moros y cristianos, según la cual nunca cautivo alguno había demostrado un espíritu tan indomable.

En 1580 Cervantes besó al fin el suelo de España . . . para descubrir cuán pronto olvida el mundo a un veterano mutilado. Mientras esperaba vanamente, año tras año, el logro de un buen empleo, decidió escribir. Sus primeras obras presentan un estilo recargado y artificial; su novela de tema pastoril, *La Galatea*, adolece de este defecto. Esta primera obra proporcionó a su autor sólo el dinero preciso para comprarse el traje de boda y dar cien ducados de dote a su prometida, la joven Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano. Ella aportó al matrimonio su dote, consistente en algunos olivares y viñedos, unas cuantas colmenas y su participación en los aperos de cultivo de la familia. Cervantes la llevó a Madrid, pero allí su mujer se sentía desdichada en la compañía bohemia de actores, escritores y empresarios. Mientras el matrimonio se deslizaba hacia el fracaso, Cervantes aleteaba, como una ofuscada mariposa, en torno a la antorcha deslumbradora del teatro. Sus obras dramáticas solo le proporcionaban el dinero suficiente para animarlo a escribir otras. Estrenó unas veinte obras, ninguna de las cuales alcanzó un verdadero triunfo. Apareció entonces en el mundo teatral cierto joven autor, llamado Lope de Vega, quien podía escribir en veinticuatro horas un éxito de taquilla. Cervantes se vio obligado a abandonar el teatro, dolido y celoso.

Entonces, según nos cuenta él mismo, dejó la pluma dispuesto a aceptar cualquier empleo que le ofrecieran. El tal empleo resultó ser el de recaudador de contribuciones. También fue encargado de reunir provisiones con destino a la Armada Invencible, que Felipe II se disponía a mandar contra Inglaterra. "España canta ya victoria", escribió jubilosamente Cervantes; y arrebatado de patriotismo se forjó un corazón de acero para arrancar a las villas y aldeas de los alrededores de Sevilla sus reservas de trigo, aceite, vino y carne de puerco.

Al poco tiempo Cervantes fue a dar con sus huesos en la cárcel. Aunque era honrado a carta cabal, otros burlaron su confianza, y sus cuentas fueron un desastre. Resultó absuelto, sin embargo, y se le puso en libertad, no sin antes imponérsele una multa de 6.000 reales. Preocupado por asegurar las grandes sumas de contribuciones cobradas, las depositó en la casa de un banquero sevillano . . ., quien al poco tiempo se declaró en bancarrota. Cervantes fue a parar de nuevo a la cárcel.

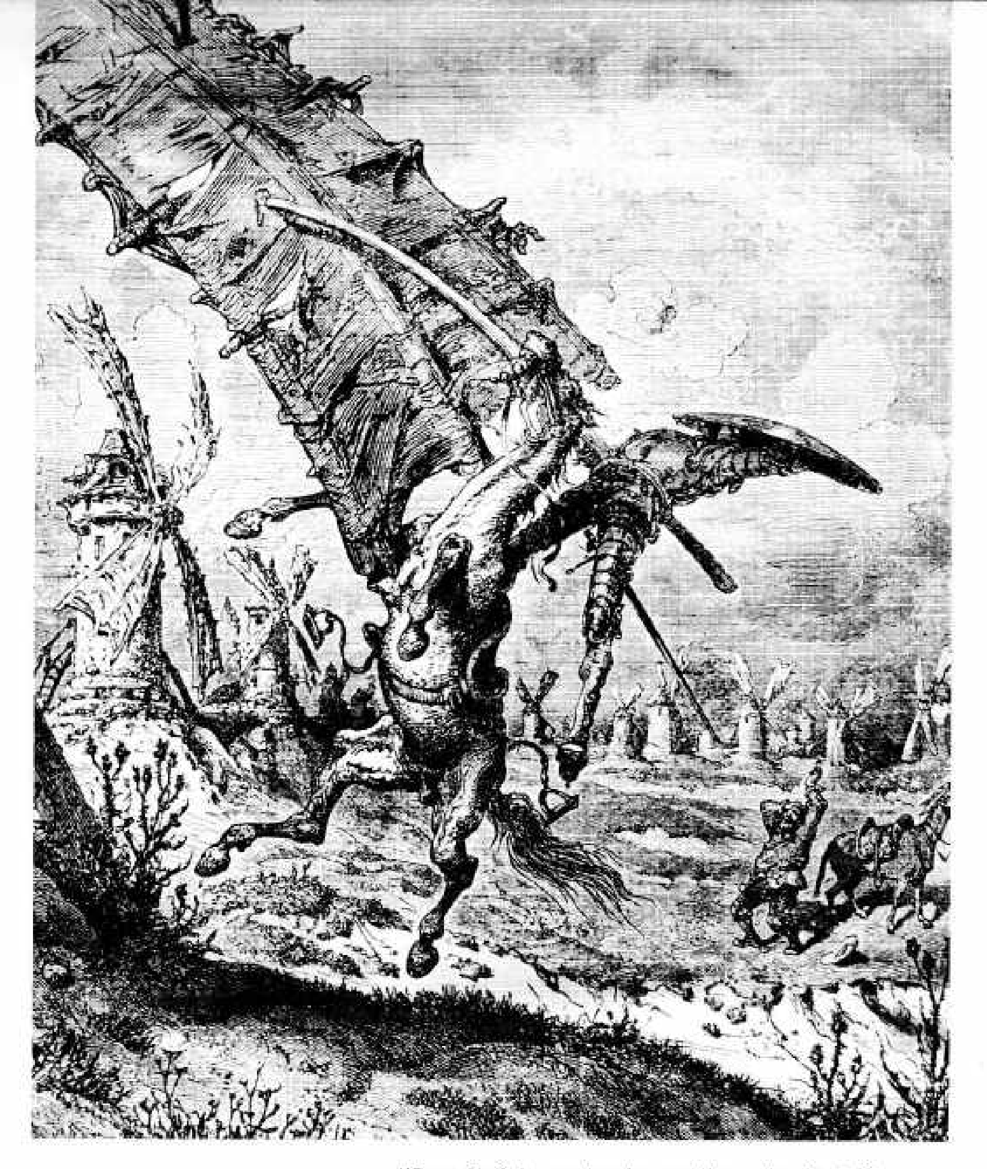
Allí aprendió la jerga de los ladrones y de los asesinos. A través de las rejas dejaba volar su fantasía por los caminos blancos y soleados de Andalucía; por aquellos caminos en los que se había

topado con la humanidad: cómicos de la legua, príncipes de la Iglesia, moriscos desterrados que volvían al amparo de un disfraz, muchachas atrevidas que vestían ropas de hombre, mozos del campo que huían a la ciudad, gitanos traficantes en caballos, arrieros bebedores . . . , compañeros todos ellos de un par de leguas de camino, personajes de una página o dos del libro que iba creciendo en el corazón de Cervantes.

Cuando salió de la cárcel estaba preparado para realizar la gran obra de su vida, y España estaba dispuesta, por fin, a escuchar, pues también ella había aprendido. La llamada Armada Invencible se había hundido en el fondo del mar; y con ella había fenecido la fe romántica de España en su destino de ser la salvadora del mundo. Había sonado la hora de cauterizar con el ascua de la risa la herida del orgullo. Era hora de que el viejo, el fantástico caballero, asomase cabalgando por el horizonte de la Mancha, seguido de su fiel escudero Sancho Panza, jinete en un pollino. De las sombras que rodean a este pobre escritor de cincuenta y ocho años surge la pareja inmortal, y junto a ella centenares de personajes . . . , ninguno absolutamente bueno, ninguno absolutamente malo, pero todos ellos humanos.

Don Quijote es un viejo, todo piel y huesos, que a fuerza de leer tantos libros de caballería ha llegado a creer que él es el último caballero andante de la cristiandad y que su misión es salir de la aldea para deshacer entuertos, rescatar doncellas, matar gigantes. Se pone en marcha cubierto por una oxidada armadura y montado en un flaco y deslucido jamelgo que para él es un corcel batallador. En la mente del alucinado y valeroso Don Quijote todo lo que le rodea se trasforma en romance . . . , cualquier maritornes de nariz chata es una delicada damisela, una posada es un castillo, un rebaño de ovejas es un ejército que se lanza al combate. Aunque su escudero Sancho ve las cosas como realmente son, lo sigue con lealtad y lo auxilia cada vez que su señor es lanzado por los suelos.

Cuando empezó a escribir esta novela, Cervantes intentaba solamente ridiculizar los insensatos libros de caballerías tan leídos en España, pero el mundo está tan lleno de locuras que el autor no tardó en espolear los locos afanes de su caballero. Las ilusiones vanas, la falta de grandeza, el optimismo sentimental, estallaban como pompas de jabón a los lanzazos de la risa. La bien cortada pluma de ave volaba sin cesar sobre el papel, mientras sonaba al otro lado de la puerta la charla continua de las mujeres de la casa: las dos her-



"Don Quijote contra los molinos de viento", grabado del francés Gustavo Doré (1832-1883) para una edición del "Quijote". Las ilustraciones de la obra maestra de Cervantes fueron realizadas por Doré en el año 1861.

manas de Cervantes, ya envejecidas, su devota sobrina, su rebelde hija, y Catalina, su esposa, siempre leal al marido a quien nunca comprendió.

Ni todas ellas juntas, ni siquiera los acreedores que llamaban a la puerta, eran bastantes para distraer al escritor de su trabajo: su

relato se había adueñado de él. Don Quijote empieza ya a ganarse nuestra admiración, así como a provocar nuestra risa, y lo amamos por su extravagante nobleza de carácter. Sancho, el escudero, que al principio parecía ser nada más que un rústico, resulta un sujeto a quien vale la pena escuchar por la sal de su bonachona socarronería. Luego descubrimos que ambos personajes son dos aspectos de una misma persona —el soñador y el hombre que vive a ras de tierra—, y esa persona es cualquiera, tú o yo.

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha se publicó por vez primera en 1605, y su fama corrió rápidamente por el país. El público pedía nuevas aventuras del caballero andante, y Cervantes prometió una segunda parte. Mientras la escribía se enteró de que una segunda parte del *Quijote* estaba ya en las librerías y que se vendía velozmente. Su autor, que se hacía llamar Avellaneda, no solo se mofaba de la pobreza de Cervantes, sino que embadurnó las figuras de los personajes robados, Don Quijote y su escudero, con indecencias. Justamente indignado, Cervantes se apresuró a terminar la verdadera segunda parte, que resultó tan buena como la primera, e inclusive mejor.

Hoy las dos partes se imprimen juntas en un solo volumen que figura entre los grandes tesoros de la cultura occidental. Se ha vertido a todas las lenguas del mundo civilizado. Muchos artistas, como Goya, Hogarth, Fragonard, Doré, Dalí, se han sentido orgullosos de hacer ilustraciones para la narración. *Don Quijote* ha entrado en el teatro, en la ópera y en el cinematógrafo.

Pero la fortuna no acompañó a la fama, y Cervantes siguió viviendo pobremente en Madrid los últimos años de su vida. Cuando ciertos diplomáticos franceses, de paso por aquella ciudad, preguntaron por el autor del *Quijote*, les respondieron que era un viejo soldado, pobre y asendereado. Los diplomáticos dieron con él en una casa de la calle del León, a cuya puerta acudió Cervantes arrastrando sus pies gotosos para recibir a sus distinguidos visitantes con la antigua cortesía castellana. El día 23 de abril de 1616 fue la muerte quien llamó a su puerta; Cervantes fue enterrado en una sepultura cuyo emplazamiento se ha olvidado.

Pero ahí está para siempre la figura del viejo y valeroso caballero que, lanza en ristre, espolea su montura para lanzarse contra todo lo falso, y cuya delgada sombra se proyecta del uno al otro confín de España, del uno al otro confín del mundo, por los siglos de los siglos.

Retrato de la joven
Marie Sklodowska,
pintado en Paris,
en 1892, durante
una reunión
de estudiantes polacos.



LA VIDA VICTORIOSA DE MADAME CURIE

Eva Curie

En el otoño de 1891 se matriculó en el curso de ciencias de la Universidad parisiense de la Sorbona una joven polaca llamada Marie Sklodowska.

Los estudiantes, al tropezarse con ella en los corredores de la Facultad, se preguntaban: ¿Quién es esa muchacha de aspecto tímido y expresión obstinada, que viste tan pobre y austeramente? Nadie lo sabía a ciencia cierta: "Es una extranjera de nombre impronunciable. Se sienta siempre en la primera fila en clase de física." Las miradas de sus condiscípulos la seguían hasta que su grácil figura

desaparecía por el extremo del corredor. "Bonito pelo." Su llamativa cabellera, de color rubio ceniza, fue durante mucho tiempo el único rasgo distintivo en la personalidad de aquella tímida extranjera para sus compañeros de la Sorbona.

Pero los jóvenes no ocupaban la atención de Marie Sklodowska; su pasión era el estudio de las ciencias. Consideraba perdido cualquier minuto que no dedicara a los libros.

Demasiado tímida para hacer amistades entre sus compañeros franceses, se refugió dentro del círculo de sus compatriotas, que formaban una especie de isla polaca en medio del Barrio Latino de París. Incluso allí, su vida se deslizaba con sencillez monástica, consagrada enteramente al estudio. Sus ingresos, algunos ahorros de su trabajo como institutriz en Polonia y cantidades pequeñas que le enviaba su padre, oscuro aunque competente profesor de matemáticas en su país nativo, ascendían a cuarenta rublos al mes. Disponía, pues, al cambio, de *tres francos* diarios para pagar todos sus gastos, inclusive los de sus estudios universitarios.

Para ahorrar carbón no encendía la estufa, y pasaba horas y horas escribiendo números y ecuaciones sin apenas enterarse de que tenía los dedos entumecidos y de que sus hombros temblaban de frío. Llegó a pasar semanas enteras sin tomar otro alimento que té con pan y mantequilla. Cuando quería festejar algo compraba un par de huevos, una pastilla de chocolate o algo de fruta.

Este escaso régimen alimentario puso anémica a la muchacha que unos meses antes había salido de Varsovia rebosante de salud. Frecuentemente, al incorporarse, sentía desvanecimientos y tenía que tumbarse en el lecho, donde a veces perdía el conocimiento. Al volver en sí, pensaba que estaba enferma, pero procuraba olvidarse de ello, igual que hacía con todo lo que pudiera entorpecer su trabajo. Jamás pensó que su única enfermedad era la inanición.

Ni el amor ni el matrimonio figuraban en los proyectos de Marie. Dominada por la pasión científica, mantenía, a los veintiséis años de edad, una decidida independencia personal. Entonces conoció a Pierre Curie, científico francés. Pierre tenía treinta y cinco años, era soltero y, al igual que Marie, estaba dedicado en cuerpo y alma a la investigación científica. Era alto, tenía manos largas y sensitivas y una barba pobladísima; la expresión de su cara era tan inteligente como distinguida.

Desde su primer encuentro en un laboratorio, en el año 1894, ambos simpatizaron. Para Pierre Curie, la señorita Sklodowska era

una personalidad desconcertante; le asombraba poder hablar con una joven tan encantadora en el lenguaje de la técnica y de las fórmulas más complicadas . . . ¡Era delicioso!

Pierre Curie trató de hacer amistad con ella y le pidió permiso para visitarla. Con cordialidad no exenta de reserva, la joven lo recibió en la habitación modesta que le servía de alojamiento. En medio de aquel desván casi vacío, con su rostro de facciones firmes y decididas, y su pobre vestido, Marie nunca había estado tan hermosa. Lo que fascinaba a Pierre no era solo su devoción por el trabajo, sino su valor y nobleza de espíritu.

A los pocos meses, Pierre Curie le propuso matrimonio. Pero casarse con un francés, abandonar para siempre a su familia y su amada Polonia, parecía imposible para la señorita Sklodowska. Hubieron de pasar diez meses antes de que Marie aceptara la propuesta.

Pierre y Marie pasaron los primeros días de su vida de casados paseando por el campo en bicicletas compradas con dinero que habían recibido como regalo de bodas. Comían frugalmente y se contentaban con un régimen de pan, fruta y queso; paraban al acaso en posadas desconocidas, y por el reducido precio de varios millares de golpes de pedal y unos pocos francos para pagar el alojamiento en los pueblos, disfrutaron de una larga luna de miel.

La joven pareja estableció su hogar en un diminuto apartamento, situado en el número 24 de la calle de la Glacière. Estanterías de libros decoraban las desnudas paredes; en el centro de la habitación tenían dos sillas y una gran mesa blanca, de madera. Sobre la mesa, tratados de física, una lámpara de petróleo y un ramo de flores. Eso era todo.

Poco a poco Marie aprendió a llevar la casa. Inventaba platos que podía preparar en muy corto tiempo. Antes de salir dejaba la llama graduada con la precisión propia de un físico; echaba una última mirada al puchero puesto a la lumbre y salía corriendo para alcanzar en la escalera a su marido, en compañía del cual se dirigía al laboratorio. Un cuarto de hora después podían verla graduando la llama de un soplete con la misma precisión y cuidado que le eran característicos.

Durante el segundo año de su matrimonio nació la primera hija; Irene, que con el correr de los años ganaría el premio Nobel. Jamás pensó Marie Curie que se vería en la necesidad de elegir entre el hogar y su carrera científica. Cuidaba de su casa, atendía a su hijita y preparaba la comida, sin descuidar por ello el trabajo en el labora-

torio, trabajo que debía llevarla al descubrimiento más importante de la ciencia moderna.

Hacia finales de 1897 Marie había obtenido dos títulos universitarios y una beca, y había publicado una importante monografía acerca de la imantación del acero templado. Su próxima meta era el doctorado. Al buscar un proyecto de investigación que le sirviera de tema para la tesis, se interesó vivamente por una reciente publicación del sabio francés Antoine Henri Becquerel, quien había descubierto que las sales de uranio emitían *espontáneamente*, sin exposición a la luz, ciertos rayos de naturaleza desconocida. Un compuesto de uranio colocado sobre una placa fotográfica cubierta de papel negro, dejaba una impresión en la placa a través del papel. Era la primera observación del fenómeno al que Marie bautizó después con el nombre de *radiactividad;* pero la naturaleza de la radiación y su origen seguían siendo un misterio.

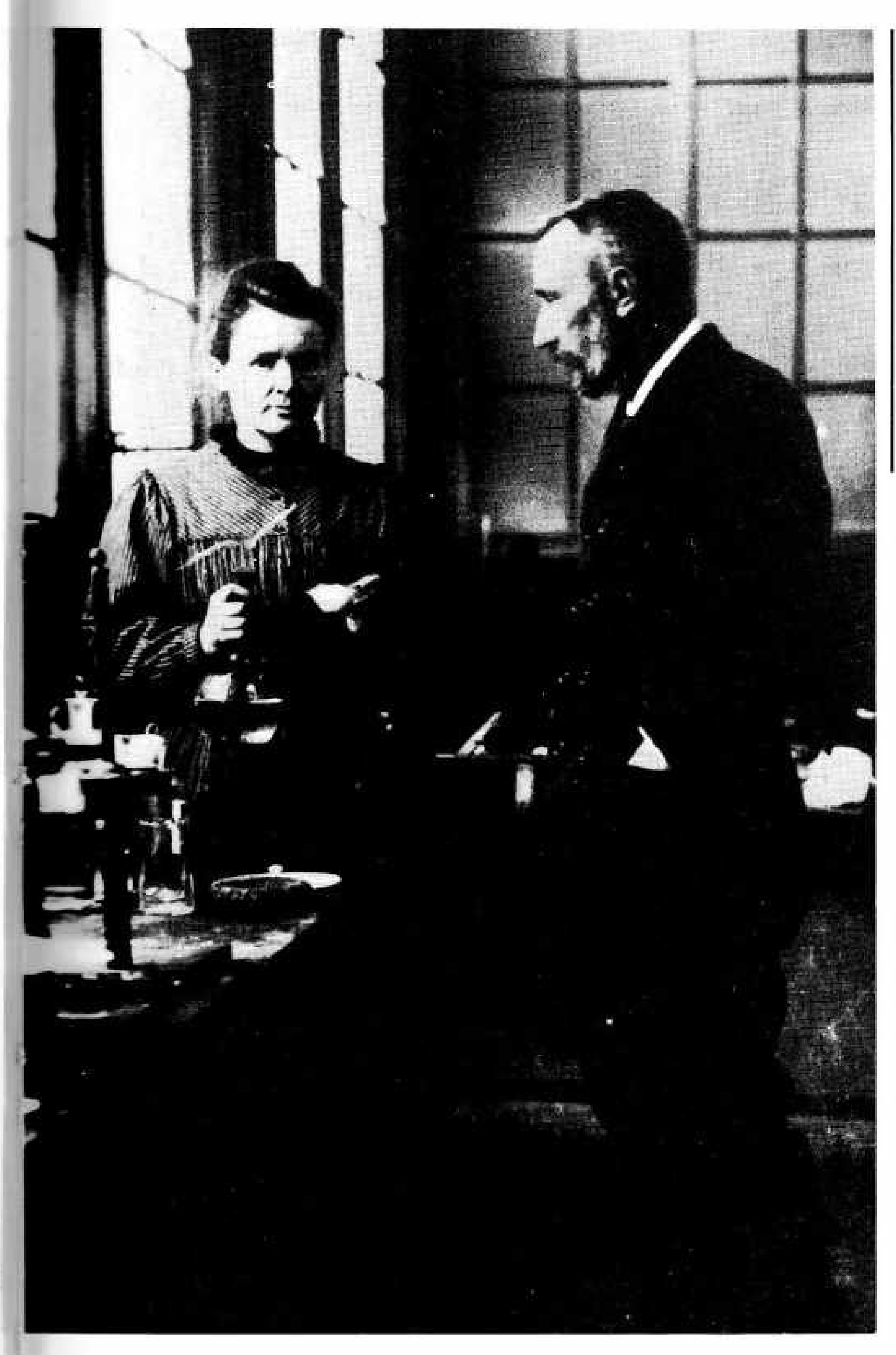
El descubrimiento de Becquerel fascinaba a los esposos Curie. Se preguntaban de dónde proviene la energía que los compuestos de uranio radian constantemente. Se enfrentaban con un absorbente tema de investigación, un salto al reino de lo desconocido.

Merced a la intervención del director de la Escuela de Física donde enseñaba Pierre, Marie logró permiso para utilizar un pequeño depósito que había en el sótano de la misma. La investigación científica en aquel cuartucho no era nada fácil, y el ambiente, fatal para los sensitivos instrumentos de precisión, no lo fue menos para la salud de la investigadora.

Mientras se hallaba enfrascada en el estudio de los rayos de uranio, Marie descubrió que los compuestos formados por otro elemento, el torio, también emitían espontáneamente rayos como los del uranio. Por otra parte, en ambos casos la radiactividad era mucho más fuerte de lo que podía atribuirse lógicamente a la cantidad de uranio y torio contenida en los productos examinados.

¿De dónde provenía esta radiación anormal? Solo había una explicación posible: los minerales estudiados debían contener, aunque en pequeña cantidad, *una sustancia radiactiva muchísimo más poderosa* que el uranio y el torio. ¿Pero cuál era esa sustancia? En sus experimentos, Marie había examinado *todos los elementos químicos conocidos.* Por tanto, los minerales examinados debían contener una sustancia radiactiva que por fuerza tenía que ser un elemento químico hasta entonces desconocido.

Pierre Curie, que había seguido con apasionado interés el rápido



Los esposos Curie en su laboratorio, donde, en 1902, la investigadora logró separar un decigramo de radio puro y determinó el peso atómico de este nuevo elemento. El laboratorio era una húmeda habitación de la Escuela de Física, en la calle Lhomond de París.

progreso de los experimentos de su esposa, resolvió abandonar sus propios trabajos para dedicarse a ayudarla. Ambos buscaron entonces en el diminuto y húmedo laboratorio el elemento desconocido.

Marie y Pierre comenzaron separando y midiendo pacientemente la radiactividad de todos los elementos que contiene la pecblenda (mineral de uranio), pero a medida que fueron limitando el campo de su investigación sus hallazgos indicaron la existencia de dos elementos nuevos en vez de uno. El mes de julio de 1898 los esposos Curie pudieron anunciar el descubrimiento de una de estas sustancias. Marie le dio el nombre de *polonio* en recuerdo de su amada Polonia. En diciembre del mismo año revelaron la existencia de un segundo elemento químico nuevo en la pecblenda, al que bautizaron con el nombre de *radio,* elemento de enorme radiactividad. Pero nadie había visto el radio; nadie podía decir cuál era su peso atómico. Tendrían que pasar cuatro años para que los esposos Curie pudieran probar la existencia del polonio y el radio, y aun cuando conocían bien el método que les permitiría aislar los dos elementos, les era preciso disponer de grandes cantidades de material en bruto de donde extraerlos.

De las minas de St. Joachimsthal, situadas en Bohemia, se extraía pecblenda, mineral de donde proceden ciertas sales de uranio empleadas en la fabricación de lentes. La pecblenda es un mineral costoso, pero, según los cálculos del matrimonio Curie, aun aislando el uranio, el polonio y el radio quedarían intactos. ¿Por qué, entonces, no tratar químicamente los residuos que tenían escaso valor comercial?

El Gobierno austriaco facilitó una tonelada de tales residuos, y con ellos empezaron a trabajar en una barraca abandonada, cercana al cuartucho en donde Marie había realizado sus primeros experimentos. La barraca no tenía suelo, unas desvencijadas mesas de cocina, un encerado y una cocinilla de hierro viejo constituían todo el mobiliario.

"A pesar de todo —escribiría Marie, tiempo después—, en aquella miserable barraca pasamos los mejores y más felices años de nuestra vida, consagrados al trabajo. A veces me pasaba todo el día batiendo una masa en ebullición con una vara de hierro casi tan grande como yo misma. Al llegar la noche estaba rendida de fatiga."

En estas condiciones trabajó el matrimonio Curie desde 1898 a 1902. Vestida con su vieja bata, donde el polvo y las salpicaduras de los ácidos marcaban claras huellas, suelto al viento el cabello y en medio de vapores que le atormentaban por igual ojos y garganta, trabajaba Marie.

Finalmente, en 1902, a los cuarenta y cinco meses de haber anunciado los esposos Curie la probable existencia del radio, Marie obtuvo la victoria: había logrado, al fin, preparar un decigramo de radio puro, y había determinado el peso atómico del nuevo elemento. Los químicos tuvieron que rendirse ante la evidencia de los hechos. A partir de aquel momento el radio existía oficialmente.

Desgraciadamente, los esposos Curie tenían que luchar con otros problemas. El sueldo de Pierre en la Escuela de Física no era muy holgado, y con la llegada de Irene hubo de emplear una niñera, que aumentó considerablemente sus gastos. Había que buscar más recursos. En 1898 quedó libre en la Sorbona la cátedra de química, y Pierre decidió presentarse como candidato. Su candidatura fue, sin embargo, rechazada. Solo seis años después, en 1904, cuando ya el mundo entero proclamaba la fama del hombre de ciencia, logró Pierre Curie formar parte del claustro de profesores del renombrado centro. Marie logró obtener empleo como profesora de un colegio de señoritas cercano a Versalles.

Los esposos Curie continuaron su labor docente con buena voluntad y cariño, sin amargura. Apremiados por sus dos ocupaciones, la enseñanza y la investigación científica, a menudo se olvidaban de comer y aun de dormir. En varias ocasiones Pierre tuvo que guardar cama con fuertes dolores en las piernas. Los nervios sostenían a Marie en pie, pero sus amigos estaban seriamente alarmados por la palidez y delgadez de su rostro. Mientras la investigación de la radiactividad progresaba, la pareja de sabios que le había dado vida se iba agotando poco a poco.

Purificado en forma de cloruro, el radio aparecía como un polvo blanco similar a la sal de mesa; pero sus cualidades eran extraordinarias. La intensidad de sus radiaciones sobrepasaron todo lo esperado, pues era dos millones de veces mayor que la del uranio. Los rayos que despedía atravesaban las sustancias más duras y más opacas, y solo una gruesa plancha de plomo era capaz de resistir su penetración destructora.

El último y más maravilloso milagro era que el radio podía convertirse en un aliado del hombre en su lucha contra el cáncer. Tenía pues, una *utilidad* práctica, y su extracción había dejado de tener un simple interés experimental. Iba a nacer la industria del radio.

En varios países se habían hecho ya planes para la explotación de minerales radiactivos, principalmente en Bélgica y en los Estados Unidos. Sin embargo, los ingenieros sólo podrían producir el "fabuloso

metal" si dominaban el secreto de las delicadas operaciones a que había de someterse la materia prima. Cierta mañana de domingo, Pierre explicó a su esposa lo que ocurría. Acababa de leer una carta que le habían dirigido en demanda de información varios ingenieros de los Estados Unidos, que querían utilizar el radio en Norteamérica.

–Tenemos dos caminos –le dijo Pierre–, o bien describir los resultados de nuestra investigación, sin reserva alguna, incluyendo el proceso de la purificación . . .

Marie hizo mecánicamente un gesto de aprobación y murmuró:

–Sí, desde luego.

–O bien podríamos considerarnos propietarios e "inventores" del radio, patentar la técnica del tratamiento de la pecblenda y asegurarnos los derechos de la fabricación del radio en todo el mundo.

Marie reflexionó unos segundos:

–Es imposible –dijo luego–. Sería contrario al espíritu científico.

Pierre sonrió con satisfacción. Marie continuó:

–Los físicos siempre publican el resultado completo de sus investigaciones. Si nuestro descubrimiento tiene posibilidades comerciales, será una circunstancia de la cual no debemos sacar partido. Además, el radio se va a emplear para combatir una enfermedad. Sería imposible aprovecharnos de eso . . .

–Esta misma noche escribiré a los ingenieros norteamericanos para darles toda la información que nos piden.

Un cuarto de hora después, Pierre y Marie rodaban sobre sus bicicletas hacia el bosque. Acababan de escoger para siempre entre la fortuna y la pobreza.

Al caer la tarde regresaban exhaustos, con los brazos cargados de hojas y flores silvestres.

En junio de 1903, el Real Instituto de Inglaterra invitó oficialmente a Pierre a dar en Londres una serie de conferencias sobre el radio. A continuación recibieron un alud de invitaciones a comidas y banquetes, pues todo Londres quería conocer a los padres del nuevo elemento. En noviembre de 1903, el Real Instituto de Inglaterra confirió a Pierre y a Marie una de sus más distinguidas condecoraciones: la Medalla de Davy.

El siguiente reconocimiento público a su labor vino de Suecia. El 10 de diciembre de 1903, la Academia de Ciencias de Estocolmo anunció que el Premio Nobel de Física correspondiente a aquel año se dividiría entre Antoine Henri Becquerel y los esposos Curie, por sus descubrimientos relacionados con la radiactividad.

Este premio era una suma equivalente a 15.000 dólares, y su aceptación no era en modo alguno "contraria al espíritu científico". Pierre pudo dejar la pesada carga de sus muchas horas de clase y salvar así su salud. Cuando recibieron el dinero hubo regalos para el hermano de Pierre, para las hermanas de Marie, donaciones a varias sociedades científicas, a estudiantes polacos y a una amiga de la infancia de Marie.

Marie se dio también el gusto de instalar un baño moderno en su casita y de renovar el papel de una habitación; pero no se le ocurrió comprarse un sombrero nuevo, y continuó con sus clases, aunque insistió en que Pierre dejara su trabajo en la Escuela de Física.

Cuando la fama les abrió los brazos, los telegramas de felicitación se apilaban sobre su gran mesa de trabajo; los periódicos publicaban miles de artículos acerca de ellos, llegaban centenares de peticiones de autógrafos y fotografías, cartas de inventores e incluso poemas sobre el radio. Un norteamericano llegó hasta solicitar permiso para bautizar a una yegua de carreras con el nombre de Marie. Pero para los esposos Curie, su misión no había terminado; su único deseo era continuar trabajando.

En la primavera de 1904, Marie escribió:

" . . . ¡Siempre hay ruido a nuestro alrededor! La gente nos distrae de nuestro trabajo. He decidido no recibir más visitas; pero de todos modos se me importuna. Los honores y la fama han estropeado nuestra vida. La existencia pacífica y laboriosa que llevábamos ha sido completamente desorganizada."

Al final de su segundo embarazo, Marie estaba completamente agotada. El 6 de diciembre de 1904 nació otra hija, Eva, la autora de esta biografía.

Pronto volvió Marie a la rutina de la escuela y el laboratorio. El matrimonio no asistía jamás a fiestas sociales, pero no podía eludir los banquetes oficiales en honor de sabios extranjeros. Para tales ocasiones, Pierre vestía su frac brillante y Marie se ataviaba con su único traje de noche.

El 3 de julio de 1905 ingresó Pierre Curie en la Academia de Ciencias. Mientras tanto, la Sorbona había creado para él una cátedra de Física (el puesto que tanto había deseado), pero todavía no disponía de un laboratorio adecuado.

Pasaron otros ocho años de paciente labor antes que Marie lograra instalar la radiactividad en un hogar digno de tan importante descubrimiento, hogar que Pierre no habría de conocer.

Hacia las dos y media de la tarde del jueves 19 de abril de 1906,

un día opaco y lluvioso, Pierre se despidió de los profesores de la Facultad de Ciencias, con quienes había almorzado, y salió bajo la lluvia. Al atravesar la calle Dauphine, pasó distraído detrás de un coche de caballos y se interpuso en el camino de un pesado carro que, tirado por un caballo, avanzaba con rapidez. Sorprendido, trató de asirse al arnés del bruto, que se encabritó; los pies del sabio resbalaron sobre el pavimento húmedo; en vano trató el conductor de detener el vehículo tirando fuertemente de las riendas: el enorme carro, con todo el peso de sus seis toneladas, siguió rodando varios metros más; la rueda izquierda trasera pasó por encima de Pierre. La policía recogió un cuerpo aún cálido del cual acababa de escaparse la vida.

A las seis de la tarde de aquel mismo día, Marie, alegre y llena de vida, estaba en el portal de su casa cuando empezaron a llegar visitantes, en los que vagamente percibió signos de compasión. Mientras los amigos le relataban lo que acababa de suceder, Marie permaneció como petrificada. Al fin de un largo y obstinado silencio movió los labios para inquirir:

—¿Ha muerto Pierre? ¿Muerto? ¿No hay ninguna esperanza de vida?

Desde aquel momento, cuando las tres terribles palabras "Pierre ha muerto" llegaban al fondo de su conciencia, Marie se convirtió en un ser incurablemente solo.

Después del funeral de Pierre Curie, el Gobierno francés propuso se concediera a la viuda y los hijos del ilustre físico una pensión nacional. Marie la rechazó:

—No quiero una pensión —dijo—. Soy joven todavía y capaz de ganar la vida para mí y para mis hijos.

El 13 de marzo de 1906 el Consejo de la Facultad de Ciencias, por decisión unánime, otorgó a la viuda Curie la cátedra que había desempeñado su esposo en la Sorbona. Era esta la primera vez que se concedía tan alta posición en la enseñanza universitaria de Francia a una mujer.

Llegó el día de la primera lección que había de dar en la Sorbona Marie Curie; el aula estaba completamente llena, así como también los pasillos y corredores de acceso a la clase. En todos los rostros se revelaba la curiosidad. ¿Cuáles serían las primeras palabras de la nueva profesora? ¿Empezaría expresando su agradecimiento al ministro y al Consejo Universitario? ¿Evocaría la memoria de su marido? No podía ser de otra manera. La costumbre exigía que todo nuevo profesor elogiara la tarea de su predecesor . . .

A la una y media de la tarde se abrió la puerta situada al fondo del aula para dar paso a Marie Curie. Marie se dirigió a ocupar su sillón en medio de una tempestad de aplausos, a los que correspondió con una ligera inclinación de cabeza a manera de saludo. En pie, esperó a que cesara la ovación. Cuando se hizo el silencio, Marie, mirando al frente, inició así su lección:

–Cuando consideramos los progresos logrados en los dominios de la Física durante los diez años últimos, nos sorprende el gran avance de nuestras ideas en lo concerniente a la electricidad y a la materia . . .

Madame Curie había reanudado el curso con la misma frase con que había terminado el suyo Pierre Curie.

Terminada la lección, la profesora, sin una vacilación, sin un titubeo, se retiró tan rápidamente como había entrado.

La fama de Marie Curie subió como un cohete y se extendió. Recibía diplomas y honores de distintas academias extranjeras. Aunque no fue admitida como individuo de la Academia francesa de Ciencias –perdió la votación por un voto–, Suecia le concedió el Premio Nobel de Química el año 1911. Durante más de cincuenta años no hubo nadie, hombre o mujer, que mereciera esta recompensa por segunda vez.

La Sorbona y el Instituto Pasteur fundaron conjuntamente el Instituto Curie de Radio, dividido en dos secciones: un laboratorio de radiactividad, dirigido por *madame* Curie, y otro dedicado a las investigaciones biológicas y al estudio del tratamiento del cáncer, dirigido por un médico eminente. Contra el parecer de su familia, Marie regaló al Instituto un gramo de radio que ella y su marido habían aislado con sus propias manos, cuyo valor puede estimarse en un millón de francos oro. Hasta el final de su vida hizo de este laboratorio el centro de su existencia.

En 1921 las mujeres norteamericanas reunieron cien mil dólares, el valor de un gramo de radio, para donárselos a *madame* Curie; a cambio le pidieron que hiciera una visita a los Estados Unidos. Marie vaciló, pero impresionada por tanta generosidad, dominó sus temores y aceptó por primera vez en su vida, a la edad de cincuenta y cuatro años, las obligaciones de una importante visita oficial.

Todas las universidades norteamericanas invitaron a *madame* Curie; en todas partes le otorgaron medallas, títulos y grados honoríficos. Se sentía abrumada por el ruido y las aclamaciones; las miradas de las multitudes la intimidaban y sentía cierto temor de verse aplastada por una de aquellas oleadas humanas. Los continuos desplazamientos la debilitaron y por recomendación médica hubo de regresar a Francia.

Creo que el viaje a los Estados Unidos le mostró a mi madre lo contraproducente de su aislamiento voluntario. Si como investigadora podía alejarse del mundo y dedicarse por entero a su trabajo, lo cierto es que *madame* Curie, a los cincuenta y cinco años de edad, era más que una simple investigadora científica. Era tanto su prestigio personal, que con su sola presencia podría asegurar el éxito de cualquier obra en que ella estuviera interesada.

A partir de entonces, sus viajes fueron muy similares. Congresos científicos, conferencias, ceremonias universitarias y visitas a laboratorios la llevaron a muchas capitales del Globo, donde la festejaban y aclamaban por igual. Trató de ser útil en todo lo posible, luchando en muchas ocasiones contra el impedimento de su salud ya desfalleciente.

En Varsovia se construyó un instituto de radio al que se dio el nombre de Instituto Marie Sklodowska Curie, y las mujeres norteamericanas repitieron el milagro de reunir el dinero necesario para comprar un nuevo gramo de radio con que equiparlo. Era el segundo gramo del precioso elemento que regalaban a la descubridora.

Marie siempre había desdeñado las precauciones que ella misma imponía estrictamente a sus discípulos. Apenas se sometía a los exámenes de sangre que eran norma obligatoria en el Instituto de Radio. Estos análisis mostraron que su fórmula sanguínea no era normal, pero eso no le preocupó gran cosa. Durante treinta y cinco años había estado manejando el radio y respirando el aire viciado de sus emanaciones, y durante los cuatro años de la guerra se había expuesto frecuentemente a las radiaciones, todavía más peligrosas, de los aparatos de rayos Roentgen. Un pequeño trastorno de su sangre, y algunas quemaduras dolorosas en las manos, no eran, al fin y al cabo, un castigo demasiado severo si se tenía en cuenta el número de riesgos que había corrido.

Marie no le dio importancia a una ligera fiebre que finalmente comenzó a molestarla; pero en mayo de 1934, víctima de un ataque de gripe, se vio obligada a guardar cama. Ya no volvió a levantarse. Cuando al fin falló su vigoroso corazón, la ciencia pronunció su fallo: los síntomas anormales, los extraños resultados de los análisis de sangre, que no tenían precedente, acusaban al verdadero asesino: el radio.

El viernes 6 de julio de 1934, a mediodía, sin discursos ni desfiles, sin que estuviera presente ni un político, ni un solo funcionario público, *madame* Curie fue enterrada en el cementerio de Sceaux, en una tumba inmediata a la de Pierre Curie. Sólo los parientes, los amigos y los colaboradores de su obra científica, que le profesaban entrañable afecto, asistieron al sepelio.

MOZART, NIÑO PRODIGIO DE LA MÚSICA

Donald Culross Peattie

¡Definitivamente, el último concierto! . . . El niño, que aún no tiene siete años de edad, tocará el clavicordio, ejecutará un concierto para violín y acompañará sinfonías con el teclado cubierto por un lienzo, tan fácilmente como si estuviese viendo las teclas. Dirá cuáles son las notas que se toquen a distancia, tanto aisladas como en conjunto, e improvisará en el clavicordio y el órgano todo el tiempo que se desee. Entradas, medio tálero.

El año 1763, un periódico alemán publicaba el anterior aviso, anunciando, como fenómeno de feria, al genio musical más grande que ha conocido el mundo: Wolfgang Amadeus Mozart. Entre el público que asistió a aquel concierto se encontraba otro muchacho destinado también a la inmortalidad: Johann W. Goethe, que tenía entonces catorce años de edad. Algún tiempo después el poeta se complacería en evocar la brillante escena en la que el niño músico, con su rostro sonriente, peluca empolvada, exquisito traje de raso de color de lila y minúsculo espadín, corría a sentarse junto al clavicordio para arrancarle notas maravillosas en las que ponía todo su corazón.

Mozart había venido al mundo con un don inexplicablemente completo: oído excepcional, dominio infalible del ritmo y natural comprensión de la armonía. Solo así se explica que a los cuatro años pudiera empezar el aprendizaje del clavicordio (instrumento precursor del

piano moderno), y que a los cinco acompañara con el violín a su padre y a un amigo en seis tríos cuya partitura no había estudiado antes.

Este niño leía y escribía notas musicales aun antes de conocer el abecedario. Las composiciones que escribió a los seis años llevan, desde los primeros compases, el sello inconfundible de su música. Estas piezas, llenas de frescura y gracia, de espiritualidad, de firmeza y de elegancia, son la obra de un estilista inigualable y de un alma excepcional.

Sus dedos y su cerebro estaban dotados de modo igualmente maravilloso. A los diez años de edad dejó atónitos a los holandeses al tocar insuperablemente el órgano más grande y más complicado del mundo. Y a los catorce años fue llevado al Vaticano para que oyese cantar un *Miserere* largo y difícil, guardado con tanto secreto que los cantores tenían prohibido copiar la música so pena de excomunión. El muchacho escuchó ávidamente nota tras nota del *Miserere* y, al volver a casa, escribió de memoria la obra entera. Cuando la escuchó por segunda vez experimentó gran disgusto al descubrir que su copia tenía tres errores. En vez de excomulgarlo, el Papa lo nombró Caballero de la Espuela de Oro.

El padre de este prodigio era Leopold Mozart, violinista de segunda categoría pero competente maestro, vecino de la ciudad de Salzburgo, en Austria. El respeto que siempre le inspiró el genio de su hijo no le impidió explotarlo. En compañía de la hermana de este, que era también clavicordista de talento, paseó al muchacho por toda Europa. Los niños tocaron ante los soberanos de Francia e Inglaterra, y ante la familia imperial de Austria. En esta última ocasión, el muchacho resbaló al atravesar una galería del palacio, se hizo un gran chichón y fue consolado por una niña que lo ayudó a incorporarse. Para mostrar su gratitud, Mozart ofreció a la chiquilla casarse con ella cuando ambos crecieran. Pero la vida tenía reservado otro destino a María Antonieta.

Ni el continuo retumbo de las diligencias, ni los caminos fangosos, ni las míseras posadas, ni las largas y penosas horas de viaje lograban agotar la alegría o abatir el ánimo del muchacho. Era frecuente que el público que asistía a sus conciertos, maravillado de aquel prodigio, se negara a abandonar los asientos, y que el complaciente chiquillo siguiese tocando, improvisando una melodía tras otra. Aquella especie de orgía musical continuaba hasta que el padre de Mozart intervenía para ponerle fin. Entonces, caballeros y damas elegantes abrumaban al niño con elogios y con aplausos que nunca alteraron su natural dulzura y modestia.

Los productos pecuniarios de aquellas giras eran, sin embargo, in-



variablemente inferiores a los gastos. Los aristocráticos asistentes solían pagar con cajas de rapé, hebillas de zapatos y otras chucherías parecidas. El señor Mozart las recibía haciendo reverencias, y se llevaba a los chiquillos a otro sitio donde pudieran tocar para ganarse la cena.

El señor Mozart fue el único maestro de su hijo, quien no asistió a ninguna escuela, aunque cultivó con gusto todas las ramas del saber. Sentía predilección especial por la aritmética y hacía sumas con tiza en mesas y paredes, fascinado por una ciencia que daba respuestas concretas y exactas. Esta puede ser la clave de la perfección y exactitud de sus composiciones. Pero Mozart era, además de insuperable técnico, un espíritu alegre, tierno y amoroso. Por eso su música es tan emocionante como fácil de escuchar.

En los tiempos de Mozart hubo gente que tachó algunas obras suyas de "demasiado modernas, demasiado avanzadas". Hoy, sin embargo, cuando escuchamos por primera vez una pieza de Mozart, nos parece algo conocido, algo que hemos disfrutado durante toda la vida. Esta impresión obedece a la profunda influencia que Mozart ejerció en los músicos que le siguieron. Beethoven lo estudiaba asiduamente, y Haydn rindió a su joven amigo el tributo sincero de la imitación. Chopin estaba profundamente penetrado del espíritu de Mozart, y al morir dijo: "Tocad a Mozart en memoria mía." Hasta el orgulloso Wagner se inclinó ante él. En el espíritu alegre de muchos de los valses de Strauss, y en no pocas de las grandes canciones de Schubert, puede percibirse la inspiradora influencia de Mozart.

Le brotaban las melodías de los dedos. En los viajes, sentado en el carruaje oscilante, solía tabalear sobre la rodilla, con el rostro radiante, hasta que completaba mentalmente el tema; después lo garrapateaba en un pedazo de papel. Cuando tenía catorce años de edad se estrenó en Milán una ópera que acababa de escribir; la música fue interpretada por la orquesta más grande de Europa, y Mozart la dirigió personalmente. A los quince años había compuesto veinte sinfonías y seis óperas cortas.

En el período que abarca de los quince hasta los veintiún años de edad, invadió los terrenos técnicamente más difíciles de la composición musical. Al entrar en estos dominios, corría el peligro de que se le comparara desfavorablemente con los maestros de otros tiempos; pero Mozart demostró ser el mejor de todos ellos. Su genio era como una nueva estrella que cada año proyectaba sobre la Tierra una luz más brillante. En justicia se merecía que el emperador de Austria, José II, le diera el puesto más distinguido entre los músicos de su corte.

Pero no fue así; influido por la mezquindad de los artistas mercenarios de su séquito, que envidiaban el genio de Mozart, el emperador le hizo objeto de desdenes y desaires. Músicos rivales impedían que se tocaran las obras de Mozart, y más de una vez sobornaron a los ejecutantes para que las estropeasen. No existían entonces derechos de propiedad artística que protegieran los intereses del compositor; una vez conocida, toda pieza musical podía tocarse gratuitamente y hasta se daba el caso de que se la apropiara otro autor.

La única manera que tenía un compositor de asegurarse la vida era entrar al servicio de una corte o de un personaje acaudalado. Mozart consiguió uno de esos empleos, cuyo sueldo anual equivalía a unos sesenta y cinco dólares. Su patrono, el arzobispo de Salzburgo, lo hacía comer con los criados y lo trataba despóticamente, creyendo que ese era el mejor medio de mantenerlo en la debida humildad. Mozart dejó el cargo y se estableció en Viena como artista independiente.

Al morir el célebre músico Christoph von Gluck, se dio a Mozart el cargo de "compositor de cámara" que aquél desempeñaba en la corte, aunque solo se le asignó un poco más de la mitad de la pensión que el otro recibía. Sin embargo, Mozart agradeció las migajas con humilde alegría, porque se había casado a la edad de veintiséis años, y los hijos empezaron a llegar en seguida.

Su esposa, Constanze Weber, era una de las cuatro hijas de una familia en la que todos eran músicos. Mozart conoció a Constanze cuando ella era todavía una chiquilla de trece años y él le hacía la corte a

su hermana mayor, Aloysia, joven de quince años, de espléndida figura y hermosa voz. Aloysia prometió esperar a Mozart, que había ido a París en busca de fortuna; pero cuando el mozo volvió con las manos vacías, Aloysia ya había triunfado como cantante de ópera. Interrogada años más tarde sobre los motivos que le hicieron desdeñar a Mozart, contestó: "Me pareció que era un hombrecillo insignificante."

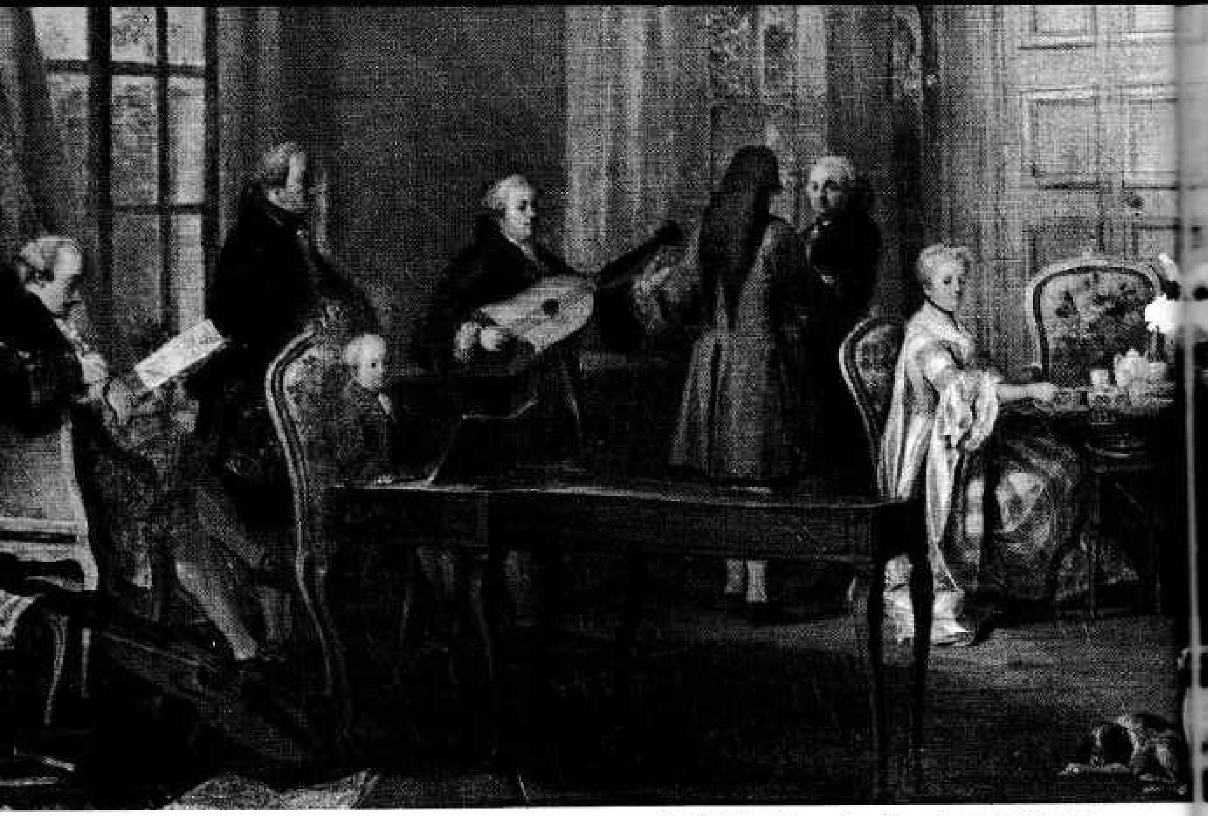
Constanze se encargó de reanimar el desolado corazón del joven músico y no tardaron en casarse, desafiando la implacable furia del padre de éste. Constanze era una joven rubia, alegre y simpática, que resultaba la compañera ideal para ir de excursión a los bosques de Viena, pero que carecía de toda habilidad como ama de casa. Mozart vio cómo la pobreza y la maternidad fueron desvaneciendo la alegría de su mujer, y gastó extravagantemente el dinero en pequeños lujos para resucitar la sonrisa de su infantil esposa. Constanze, por otra parte, no tenía buena salud, y sus alumbramientos la ponían al borde de la tumba; cinco de los siete hijos del joven matrimonio murieron en la niñez.

Las contrariedades que sufrió Mozart hubieran hecho escribir composiciones tristes a cualquier otro músico. Pero Mozart nunca llevó al pentagrama los dolores, tristezas y humillaciones de su vida. Cuanto peor era esta, mayores demostraciones de valor vertía en su arte; nunca un valor desesperado, sino un valor alegre como el canto de un pájaro.

Para poder pagar al carnicero y alejar de su puerta a los acreedores que, asistidos por la justicia, se llevaban con frecuencia piezas del mobiliario, Mozart daba concierto tras concierto, componiendo una obra nueva para cada uno. Terminó muchas de estas composiciones pocos momentos antes de tener que interpretarlas. Algunas de sus mejores piezas fueron escritas en pocos días.

Más de una vez Mozart se vio imposibilitado de practicar a causa del frío húmedo de los inviernos vieneses. En cierta ocasión, un amigo suyo llegó a la casa y encontró al matrimonio bailando furiosamente. La anécdota se ha venido contando como si fuese una travesura de jóvenes bohemios que desafiasen las inclemencias del tiempo bailando alegremente; pero lo cierto es que Constanze y Mozart habían recurrido al baile para que el frío no les paralizara los miembros. El amigo se apresuró a llevarles carbón.

El amigo de Mozart a quien más debe el mundo fue un negociante llamado Puchberg, que repetidamente dio cantidades pequeñas al músico, enloquecido cuando se encontraba con el agua al cuello. La lectu-



En 1764, a los ocho años de edad, Mozart entusiasmó al público de París durante una gira de conciertos organizada por su padre.

ra de las cartas en que Mozart implora ayuda de su amigo suscitan la más viva indignación al evocar la imagen de aquel maravilloso genio reducido a la condición de pordiosero.

En Praga tuvo, por fin, Mozart la satisfacción de verse comprendido y adorado en vida. Cuando, previamente invitado, acudió a aquella ciudad para dirigir la representación de su ópera cómica *Las Bodas de Fígaro*, que había sido fríamente acogida en Viena, oyó que todo el mundo silbaba trozos de su obra en las calles. Durante aquella estancia escribió la magnífica sinfonía *Praga*, y no tardó en volver para escribir una ópera dedicada especialmente a aquella ciudad tan amante de la buena música.

La temporada que pasaron en las montañas de la dulce capital de Bohemia fue una de las más dichosas en la vida de Mozart y Constanze. Allí compuso Mozart su *Don Juan*, que ha sido descrita frecuentemente como "la ópera perfecta". Da Ponte, el poeta autor del libreto, era un alegre bohemio que vivía frente a la casa en que habitaba el matrimonio Mozart. De vez en cuando el músico llamaba a gritos al poeta, o el poeta al músico, para que acudiese a oír nuevas escenas. En otras ocasiones los embelesados vecinos veían a sus dos autores favoritos



El que ofreció en el palacio del príncipe Conti, ante la aristocracia francesa, fue reproducido por el pintor M. B. Ollivier en este cuadro que se encuentra en el Museo del Louvre.

recorrer la calle cantando alegremente camino de la taberna, a donde iban a compartir una botella de vino.

Los admiradores invitaban a los esposos Mozart con tanta frecuencia que al músico le faltaba tiempo para su trabajo. La víspera del estreno, la obertura de *Don Juan* estaba todavía por escribir. Hasta la noche antes del ensayo general no quedó terminada ésta.

Nunca una comedia había sido expresada en música con tan deliciosos efectos. Pero *Don Juan* tiene también su parte de tragedia, y demuestra que Mozart era un compositor de poder ilimitado y agudo instinto dramático. Los aplausos y las repeticiones convirtieron las tres horas de la ópera en seis. El producto de las entradas salvó de la quiebra al dueño del teatro, pero el compositor sólo recibió una cantidad muy reducida .

A medida que el breve curso de la estrella de su vida se acercaba a su fin, parecía correr más velozmente y brillar con más intensidad. Sus nueve últimas sinfonías, algunas de las cuales no llegaron a tocarse en vida del autor, pueden equipararse a las famosas nueve de Beethoven. Con demasiada frecuencia he visto que se desdeña a Mozart por considerarlo superficial, cuando la gente que lo menosprecia sólo conoce

los minuetos y las sonatinas que se enseñan a los niños; pero resulta imposible conocer toda su obra sin descubrir su profundidad.

A los treinta y seis años compuso, a pesar de encontrarse muy enfermo en Viena, la famosa ópera *La flauta mágica*, llena de maravillosas melodías. Cierto empresario la estrenó en un teatro casi ruinoso. Corrió la voz, y toda Viena acudió a oír la ópera. El empresario ganó tanto dinero que construyó otro teatro. Pero Mozart cayó enfermo, víctima de una fiebre tifoidea, y no pudo asistir a las representaciones; desde su lecho decía, mirando fijamente al reloj: "Ahora se levanta el telón; ahora pasan sin quemarse, a través de las llamas, al conjuro de la flauta mágica."

Pocos meses antes, Mozart había recibido la visita de un desconocido que, en nombre de su señor, le encargó una misa de réquiem para voces de hombre y mujer. La misa estaba destinada a honrar la memoria de la difunta esposa del señor, cuyo nombre no quiso revelar el desconocido. Hoy se sabe que era el conde de Walsegg, personaje aficionado a encargar en secreto obras musicales que luego hacía ejecutar como propias.

Muchas interrupciones impidieron que Mozart entregase la obra. El desconocido mensajero se presentaba a intervalos para apremiar al compositor. Mozart empezó a delirar, e imaginó que el emisario venía del otro mundo y que aquel *Réquiem* estaba destinado a su propio funeral. Bajo el dominio de la fiebre se esforzó valerosamente en terminarla. Con una fuerza aterradora, el *Réquiem* de Mozart expresa los gemidos de la aflicción y el tembloroso arrepentimiento, las ansias de inmortalidad que tiene el hombre y, al final, la voz clara y serena de la fe. En su lecho de muerte, rodeado de algunos amigos íntimos, Mozart dictó con labios trémulos las notas de la trompeta del Juicio Final que suenan en el *Réquiem*.

Unos pocos amigos acudieron, desdeñando la tormenta que se avecinaba, a oír la breve misa que se rezó ante el féretro de Mozart. Cuando emprendieron el camino del cementerio, los relámpagos iluminaron el cielo, la lluvia cayó a torrentes y el viento se desató feroz. Asustados, los amigos se dispersaron y el cortejo fúnebre siguió su camino. En una fosa cavada junto a las de vagabundos y gente sin fortuna fue enterrado uno de los talentos musicales más grandes que han existido.

Mozart triunfó sobre la injusticia, la enfermedad, las deudas y la misma muerte. En vez de dejarse vencer por las cosas innobles y angustiosas del mundo, entonó un cántico sublime en el que todavía vibra el gozo de vivir.

VUELO DEL ÁGUILA SOLITARIA

Francis y Katharine Drake

Todos los días, en confortables aviones provistos de aire acondicionado, cientos de personas trabajan, comen, duermen, leen o juegan a las cartas al mismo tiempo que vuelan a gran altura sobre el océano Atlántico. Una red protectora de estaciones meteorológicas vigila con ojos de lince el curso de su travesía, mientras que las tripulaciones de pilotos, mecánicos, navegantes y radiotelegrafistas los conducen sanos y salvos a Europa o a América en menos de siete horas.

Sin embargo, hace poco menos de cuatro decenios, sólo un avión surcaba el cielo sobre el Atlántico hostil; un aparato pequeño que cubrió la distancia desde Nueva York a París en treinta y tres horas y media. Es asombroso que aquel avión, de un solo motor de 220 caballos y conducido por un solo tripulante, pudiera haber acometido tal empresa. El aparato no estaba provisto de descongeladores, luces, calefacción, radio ni piloto automático. Las alas eran de madera y lona, y el avión entero pesaba menos que el equipo eléctrico de un reactor moderno. Sin embargo, su vuelo solitario ocupa un lugar prominente en la historia, y su tripulante obtuvo una fama nunca imaginada.

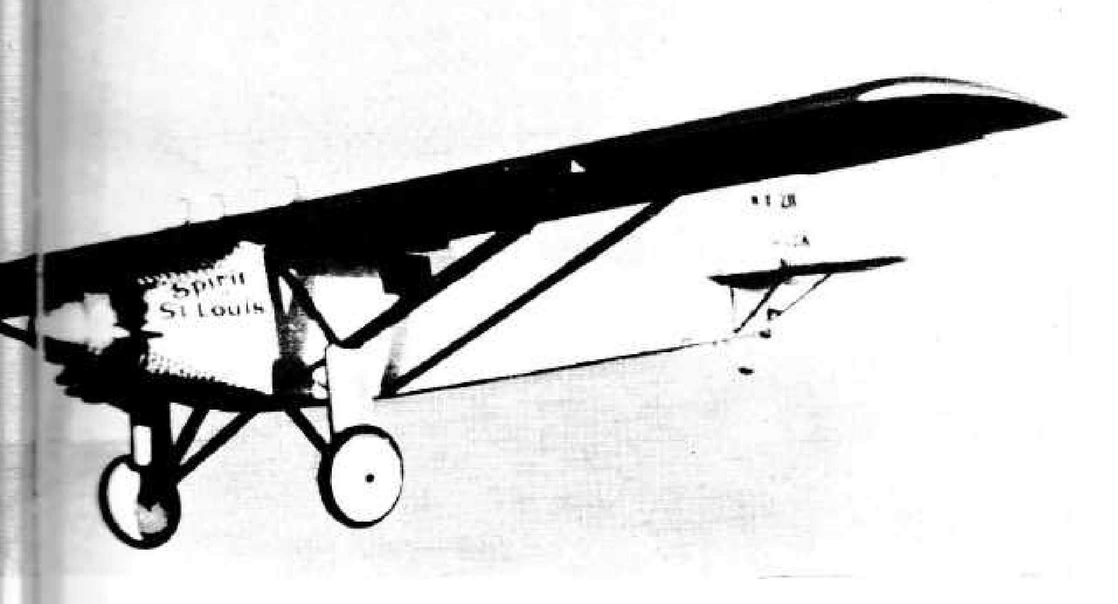
En 1919, Raymond Orteig, magnate de la industria hotelera de Nueva York, ofreció un premio de 25.000 dólares al primer aviador que realizara un vuelo sin escalas entre Nueva York y París; es decir, una distancia de 5.800 kilómetros. Pasaron ocho años antes de que los progresos en la construcción de aviones y motores permitiesen que tal aventura entrara en los límites de lo posible. A principios de 1927 varios pilotos famosos se disponían, a ambos lados del Atlántico, a conquistar el premio. Casi en el último momento se inscribió en Nueva York un nuevo concursante.





No se confió nada al azar en el vuelo legendario de Lindbergh a bordo del **Espíritu de San Luis.** El joven piloto colaboró estrechamente, hasta en los detalles más minuciosos, con el proyectista del aeroplano, Donald Hall, y con la compañía Ryan de San Diego,

No fue, sin embargo, una inspiración de última hora lo que llevó a Charles Lindbergh a la línea de partida. Aunque sólo tenía veinticinco años de edad, era experimentado piloto del servicio aeropostal y capitán de la Reserva del Cuerpo de Aviación. Desde hacía un año venía proyectando minuciosamente el avión, el motor, la carta aeronáutica y la relación de gastos necesarios para atravesar el Atlántico, muy superiores a su exiguo capital de 2.000 dólares. Hacia finales de 1926 un grupo de hombres de negocios de San Luis aumentó aquella suma has-



California, que construyeron el avión.
Escogió personalmente todos los instrumentos,
y él mismo probó repetidamente el avión.
Al verlo acabado lo definió como
"el último grito en ligereza, seguridad y potencia".

ta 15.000 dólares, lo que hizo posible que Lindbergh se inscribiera. (Los gastos totales, desde que se diseñaron los planos hasta que el avión aterrizó en París, ascendieron a 13.500 dólares.)

El aeroplano, un Ryan con depósitos de gasolina especiales y motor Wright Whirlwind, se empezó a construir el 28 de febrero de 1927. Como otros participantes se preparaban para iniciar el vuelo durante la primavera, Lindbergh fijó un plazo máximo de sesenta días para terminar el aparato. Los esfuerzos sobrehumanos realizados por todos

los interesados hicieron posible que el avión y el piloto se presentaran en Curtiss Field, Long Island, el 12 de mayo de 1927. Aquella semana, Charles Nungesser y François Coli, dos aviadores franceses que intentaron la travesía desde París, desaparecieron en el mar; también perecieron Richard Byrd y sus tres acompañantes. Por su parte, Clarence Chamberlin y Charles Levine estaban preparándose para salir de Nueva York. La muerte o el desastre eliminaron a los demás concursantes.

El tiempo fue malo durante toda aquella semana. Pero en la lluviosa tarde del día 19, cuando Lindbergh y sus ayudantes se disponían a cenar, oyeron por la radio un informe meteorológico que indicaba un cambio radical del tiempo: las tormentas y los cinturones de niebla se alejaban de la ruta ortodrómica hacia Francia. Las trece horas siguientes fueron de furiosa actividad, ocupadas en las misiones más dispares, desde llevar al avión cinco litros de agua fresca y cinco bocadillos, y recibir varias cartas de presentación ofrecidas como cortesía de última hora, hasta remolcar el *Espíritu de San Luis,* nombre con que se bautizó al aparato, al campo Roosevelt, el aeródromo que tenía la pista más larga. Cuando a las siete y cuarenta y cinco de la mañana siguiente subió a la cabina, Lindbergh llevaba veinticuatro horas sin dormir.

La expresión del piloto al escuchar el ruido del motor cuando lo puso en marcha no dejaba traslucir que se avecinaba la parte más peligrosa del viaje: el despegue. René Fonck, Noel Davis y Stanton Wooster habían quedado eliminados del concurso porque sus aviones se estrellaron en el despegue. Ningún motor de tan reducida fuerza había levantado nunca una carga tan pesada. Además, Lindbergh tenía que despegar con un leve viento de cola y en una pista desigual y enlodada. Los cables telefónicos, unos árboles y la silueta de una colina se erguían amenazadores en lontananza.

Lindbergh puso el motor a toda marcha mientras un técnico escuchaba. Le faltaban treinta revoluciones, pero, según el perito, marchaba todo lo bien que podía esperarse en un día tan húmedo. Lindbergh le dio las gracias y se ajustó el cinturón de seguridad. Hizo señas a los mecánicos para que quitaran las cuñas que calzaban las ruedas.

El equipo de incendios se dirigió presuroso hacia el final de la pista. Los espectadores estaban sobrecogidos, recordando las llamas que un mes antes habían consumido a Davis y a Wooster. Sentían deseos de impedir que aquel joven iniciase el despegue. Pero ya era demasiado tarde: las ruedas habían empezado a rodar.

Cinco segundos, diez, quince . . . el patín de cola se arrastraba todavía sobre el lodo. Los pilotos que estaban observando la maniobra

gritaban a Lindbergh angustiosas indicaciones, acompañadas de señas más apremiantes aun que las palabras: "¡Levanta la cola! ¡Abre todos los gases!" Veinticinco segundos, treinta . . . ya había pasado la marca de seguridad: era demasiado tarde para cortar la marcha y probar de nuevo. "¡Ahora!" Un trozo de pista aun más áspero, un repentino aceleramiento de la marcha, un rebote, otro rebote, un salto largo, aclamaciones de la gente. "¡Ya está en el aire!"

Pasó casi rozando el camión de incendios; se elevó unos tres metros por encima de un tractor, aumentó la altura a unos seis metros sobre los hilos telefónicos, ganó velocidad y pudo salvar los árboles y la colina con un margen muy estrecho.

Lindbergh describe así la maniobra: "A eso de las siete y cuarenta de la mañana puse en marcha el motor, y a las siete y cuarenta y dos despegué con rumbo a París."

La mañana, el mediodía y la tarde trascurrieron lentamente sin que los millones de personas que estaban pendientes de la suerte del joven aviador recibieran noticia alguna. A las siete y quince de la noche llegaron informes de Terranova diciendo que el *Espíritu de San Luis* había pasado sobre St. John. Los 40.000 espectadores que asistían al combate de boxeo entre Maloney y Sharkey, en el Yankee Stadium de Nueva York, se levantaron como un solo hombre al oír el anuncio por el altavoz. Se descubrieron y rezaron por Lindbergh.

Lejos, sobre el mar tenebroso, el solitario piloto se aprestaba a reñir la batalla más grande de su vida. Un sudario de niebla ascendía incesantemente hasta la punta de las alas. Lindbergh elevaba más y más el cargado aeroplano. La niebla subía espectralmente tras él. Acababa de sobrepasarla cuando vio una extensa masa tormentosa cuyos altos picos se oponían a su paso como centinelas.

¿Qué le esperaba más allá? ¿Hielo? ¿Nieve? ¿Rayos? ¿Qué extensión tendría? ¿Diez kilómetros? ¿Cien? ¡Cuán inmenso valor hubiera tenido una voz amiga que le llegase a través del auricular para revelarle el secreto que tenía ante sí! ¿Seguir adelante? ¿Regresar?

Aunque la tempestad se le venía encima, Lindbergh tomó una decisión: echó un vistazo a los instrumentos indicadores, cobró aliento y se lanzó derecho a la tormenta. El avión subía y bajaba con estrépito, empujado por fuerzas monstruosas que se agitaban en el seno de las densas tinieblas. Pero aún faltaba lo peor: *el hielo*, el gran asesino de los pilotos en aquellos días. El avión le avisó del peligro con un estremecimiento. Lindbergh comprendió que aquello podía durar horas. "Me vi, pues, forzado a dar la vuelta, regresar inmediatamente a una

zona de aire despejado y sortear las nubes que constituían obstáculos insuperables." El hecho de haber mantenido el rumbo, pese a que hubo de dar tantas y tantas vueltas para sortear las nubes, fue más tarde considerado como una de las más admirables proezas de la navegación aérea.

El amanecer, que asomaba procedente del Viejo Mundo, fue el primero en tenderle una mano amistosa. Dieciocho horas después de salir de Nueva York, y cuando estaba casi a la mitad del camino, el Sol se elevó y, con él, la temperatura. Ya no tenía que escapar y dar vueltas. Pero la necesidad de dormir lo paralizaba. Para combatirla, Lindbergh revisó los instrumentos, comprobó el rumbo, separó del timón los pies entumecidos y pateó el suelo; se dio golpes en la cara con la palma de la mano, todo ello para evitar el sueño.

El Sol estaba ya bastante alto cuando empezaron a abrirse boquetes en la densa atmósfera, a sus pies. Pocos minutos después, en lo hondo del amplio agujero, apareció el mar. Como una gaviota, el *Espíritu de San Luis* se abalanzó hacia él, descendiendo a unos 30 metros sobre la superficie gris. ¡Olas coronadas de espuma! Su instinto de navegante le dijo, complacido, que el viento soplaba del noroeste. ¡Viento de cola! Pero como si la suerte le regateara hasta aquel breve respiro, la cortina de nubes volvió a cerrarse, obligándolo a volar a ciegas durante otras dos horas.

Lindbergh no tenía medio de saber que él y su aparato ocupaban un lugar principal en todas las primeras páginas de la prensa mundial, que el mundo entero hablaba en aquellos momentos de ambos, y que el temor sobrecogía los corazones de millones de personas que seguían la aventura cuando las voces de los locutores de radio interrumpían los programas de aquel interminable sábado para decir: "Aún no se sabe nada."

El atardecer trajo a Lindbergh nuevos motivos de ansiedad. Hacía veintisiete horas que había salido de Nueva York, y suponiendo que no se hubiera apartado de la ruta, tenía que haber tierra cerca. Entonces comenzó la prueba clásica a la cual, en los relatos mitológicos, son sometidos todos los mortales que atan su carro a una estrella demasiado resplandeciente: los espejismos. "Empecé a ver muchas costas con montañas, bahías, árboles, que sobresalían claramente en el horizonte." La tierra llamaba al fatigado piloto desde todas partes, menos la verdadera.

Lindbergh llevaba ya dos días con sus noches sin dormir. En su opinión, la falta de cristales en las ventanillas —mandó quitarlos para

tener mejor visibilidad— tal vez le salvó la vida. Dando de vez en cuando una patada al pedal del timón conseguía que entraran por las aberturas de las ventanillas ráfagas frescas de aire marino. Entre tanto, empezaron a irritarle unos pegotes de barro que había debajo de cada ala, adheridos a ellas desde que salió del fangoso aeródromo Roosevelt. Estaban apenas fuera del alcance de su mano y, aunque no constituían sino unos gramos de peso innecesario, le producían un creciente desasosiego. De repente vio un grupo de puntitos algo al sur de su curso. Casi no daba fe a sus cansados ojos. ¿Serían nuevos espejismos? Lanzó en picado el aparato. ¡Eran barcos de pesca! Aquello significaba tierra muy cerca. Voló en torno a uno de ellos y cortó gases. En el barco un hombre sacó la cabeza por un ojo de buey y miró hacia arriba. Lindbergh había esperado mucho tiempo para poder hacer esta pregunta: "¿Cuál es el camino a Irlanda?" Pero el pescador no dio ninguna señal de haberle oído. Lindbergh volvió a elevarse y siguió su vuelo.

¡Tierra! Hasta para el piloto de un aparato moderno, la vista de la primera faja de tierra, tan firme y segura después de la inmensidad del mar, es una experiencia maravillosa. A medida que la línea costera se extendía y los últimos resplandores del Sol inundaban la bahía de Dingle, un júbilo indescriptible debió de apoderarse del cansado piloto. ¡El extremo sudoeste de Irlanda! ¡No se había desviado en lo más mínimo!

Empezaron entonces aquellas cinco horas finales para las fatigadas, pero victoriosas alas. La emoción de la proeza quitaba importancia a la falta de sueño. Pasó sobre Irlanda, sobre la bella Inglaterra, a través del canal de la Mancha, en el crepúsculo apacible —algo así como si fuera siguiendo el repique vespertino de las campanas camino de casa—. Cuando la media luz se hizo oscuridad, los faros aéreos de la ruta Londres-París señalaron, como dedos luminosos, el fin del viaje.

¡París! Muy pronto, Charles Augustus Lindbergh, de San Luis, estado de Misurí, volaba en torno a la Torre Eiffel, a 5.800 kilómetros y treinta tres horas y media de Nueva York. Descendiendo en espiral sobre el aeródromo de Le Bourget, se maravilló del denso tráfico parisiense en aquella noche de sábado, de la increíble masa de gente que se hacinaba en los alrededores del aeródromo, todos con la mirada en el cielo.

Cuando el *Espíritu de San Luis* empezó a correr sobre el césped, la muchedumbre se precipitó hacia él y miles de voces se alzaron formando un barullo ensordecedor. Lindbergh apagó el motor para evitar que la hélice pudiera matar a alguien. Al detenerse, algunas partes del

avión empezaron a crujir a causa de la presión humana. Lindbergh abrió la portezuela y se asomó pidiendo a gritos desesperados un mecánico, pero su voz se perdía en el tumulto. Lo arrancaron de la cabina y fue pasando de mano en mano. Trascurrió media hora antes de que pudiera pisar tierra. Por fin, los pilotos franceses lograron arrebatárselo a la multitud y llevarlo precipitadamente a la sala de pilotos.

La noticia se trasmitió a todos los rincones del mundo. En los Estados Unidos se interrumpieron los programas de radio y las funciones de teatro y cinematógrafos. Los obreros de la fábrica Ryan gritaban hasta perder la voz. El *Times* de Nueva York, siempre tan serio, se salió de sus límites y encabezó seis nutridas páginas de información con el título más llamativo de su historia: "¡Lindbergh lo consiguió!"

Durante los febriles meses que siguieron, Lindbergh demostró ser algo más que un muchacho corriente, pues conservó su buen juicio y su natural modestia, no obstante recibir el agasajo de reyes y las constantes aclamaciones de la multitud. Tenía el don instintivo de pensar honradamente y expresar sus pensamientos con palabras sencillas, limpias de afectación, como hizo al decir el primer discurso de su vida para dar el pésame al pueblo de Francia por la pérdida de Nungesser y Coli, héroes que, según explicó modestamente, habían intentado una proeza mucho más peligrosa que la suya propia.

Cuando embarcó de regreso a su patria, en un crucero enviado por el Presidente de los Estados Unidos, las ofertas de las casas cinematográficas y las agencias de publicidad pasaban de dos millones y medio de dólares. Rehusó cuanto le ofrecieron, salvo el premio Orteig y unas cuantas recompensas merecidas por su proeza técnica y por sus escritos. Había hecho el vuelo para que progresara la aviación. Y así fue. Los prejuicios timoratos contra el vuelo se desplomaron, y el servicio de pasajeros se amplió. El correo aéreo aumentó en un 300 por 100 aquel año.

En una época en que los Estados Unidos necesitaban mucho del estímulo moral –época de contrabando, crimen y escándalo–, Lindbergh aportó a su país algo más importante que la fama. Como dijo Charles Evans Hughes, fue la encarnación de "todo aquello que más deseamos, una bella muestra de lo que debe ser la juventud americana". En los años que siguieron, Lindbergh conoció la felicidad y la tragedia; estuvo bien y mal aconsejado; acertó y se equivocó. Pero nada ha enturbiado la perfección de su hora más grande, cuando salió airoso en su empeño con una integridad y una dignidad que merecen la gratitud inextinguible de su patria.

EL HOMBRE MÁS JUSTO, MÁS BUENO Y MÁS SABIO

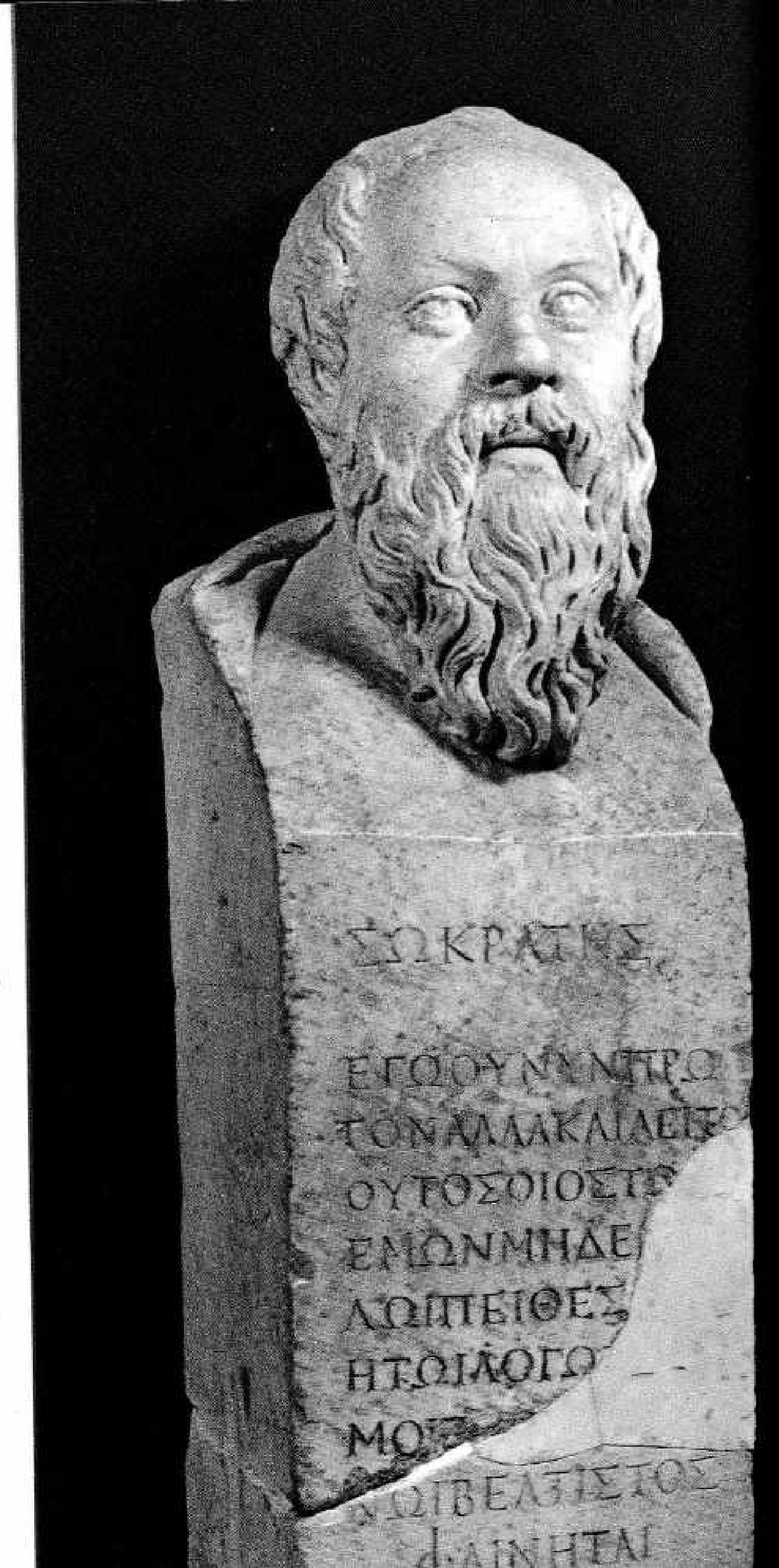
Max Eastman

Era un hombrecillo de aspecto cómico: la cabeza calva, en cúpula, como un ábside; la cara muy pequeña en proporción; la nariz redonda y respingada, y las barbas undosas que, por algún extraño efecto, no parecían pertenecer a semejante rostro. Su fealdad era objeto de frecuentes bromas entre sus amigos, y él mismo cooperaba en el regocijo general. Fue pobre y algo haragán. Tenía como profesión la de cantero, pero no trabajaba más de lo estrictamente necesario para sustentar a su mujer y a sus tres hijos. Su afición favorita estribaba en charlar con la gente. Y como su esposa se mostraba siempre descontenta y hacía gala de una lengua peor que el látigo de un carretero enfurecido, el placer mayor del mundo para este hombre consistía en verse lejos del hogar.

Se levantaba antes del amanecer; tomaba a toda prisa un ligero desayuno de pan mojado en vino; se ponía una túnica que luego cubría con un manto de tela burda, y escapaba en busca de una tienda, o de un templo, o a casa de un amigo, o a un baño público, acaso a una esquina propicia y familiar . . ., en resumen, a cualquier sitio donde pudiera conversar y discutir con sus conciudadanos. Nunca le faltaba ocasión para satisfacer su deseo, pues los habitantes de la ciudad donde vivía adoraban la discusión. La ciudad era Atenas, y el hombre de quien hablamos, Sócrates.

Sócrates no solo tenía un rostro divertido; sus ideas y su comportamiento lo eran también. Cierta vez, uno de sus amigos preguntó al oráculo de Delfos quién era el hombre más sabio de Atenas. Para asombro de todos, la sacerdotisa dio el nombre de Sócrates.

"El oráculo —comentó Sócrates después— me ha escogido a mí como



Este retrato de Sócrates que se encuentra en el Museo Nacional de Nápoles, es el más antiguo de los muchos que se conservan del filósofo. Reproduce la estatua que Lisipo esculpió para el Pompeion de Atenas, y lleva escrito bajo el nombre una sentencia sacada del "Critón" de Platón.

el más sabio entre todos los atenienses, porque yo soy el único que sabe que no sé nada."

Esta actitud de maliciosa socarronería y equívoca humildad le daba tremendas ventajas en las discusiones. Le hacía, en realidad, una persona cargante. Aparentaba no saber ninguna respuesta y acosaba a sus interlocutores con preguntas, como un fiscal en un juicio, llevándolos a confesar opiniones inesperadas y asombrosas.

Sócrates fue el evangelista del razonamiento riguroso. Iba por las calles de Atenas predicando lógica, como Jesucristo iría cuatro siglos después por las villas de Palestina predicando amor. Y lo mismo que Jesús, sin haber escrito en su vida una sola palabra, ejerció en el pensamiento humano una influencia que millares de libros no han podido superar.

Se acercaba sin titubeos a los más eminentes ciudadanos, o a un gran orador, o simplemente a cualquiera, y le preguntaba si realmente sabía de lo que estaba hablando. Supongamos que un famoso estadista hubiese acabado de pronunciar un patriótico discurso acerca del valor, de la gloria de morir por la patria. Es muy probable que Sócrates le dijera:

—Perdona que me entremeta, pero ¿quieres explicarme qué significa, en tu opinión, la palabra valor?

—Valor es que permanezca uno en su puesto a pesar del peligro.

—Pero ¿y si una buena estrategia aconseja la retirada?

—En ese caso es diferente. Es aconsejable retirarse.

—Entonces el valor no consiste en permanecer en el puesto, ni tampoco en retirarse. ¿Cómo definirías, pues, el valor?

El orador arrugaría el entrecejo:

—Me encuentro en un verdadero apuro. Temo, en efecto, no poder decir exactamente qué es el valor.

—Yo no lo sé tampoco —decía Sócrates—, pero me pregunto si es algo muy distinto a saber uno valerse rectamente de su entendimiento; esto es, hacer lo *debido* sin pensar en el peligro.

—Me parece que diste en el clavo —dice alguno—; Sócrates se vuelve a esta nueva voz y prosigue:

—¿Convendríamos entonces, provisionalmente desde luego, porque esta es una cuestión muy difícil, en que el valor es la determinación de actuar conforme a un juicio sereno? Quizá el valor sea entonces equivalente a la presencia de ánimo. Y lo opuesto, en este caso, ¿no sería, tal vez, la presencia de la emoción en grado tan grande que el entendimiento se anonada?

Sócrates no ignoraba la virtud del valor; la había experimentado en carne propia, como constaba a sus oyentes, pues eran notorias tanto su conducta fría y resuelta durante la batalla de Delium, en la guerra del Peloponeso, como su gran resistencia física. Su valor moral era también proverbial. Todos recordaban que había sido el único ciudadano capaz de desafiar la histeria pública, tras la derrota naval en la batalla de Arginusas, en el mar Egeo, cuando se condenó a muerte a diez generales por no haber rescatado a unos soldados que se ahogaban. Sócrates mantuvo tenazmente que procesar o condenar a diez hombres en grupo, fueran culpables o no, era una injusticia.

Por supuesto, el diálogo anterior es imaginario en sus pormenores, pero ilustra los rasgos esenciales que hicieron que este hombre fascinante y persuasivo, con extraña cara de batracio, cambiara el rumbo de la civilización. Sócrates nos enseñó que la buena conducta está siempre sometida a la razón; que todas las virtudes, en el fondo, consisten en la primacía de la inteligencia sobre la emoción. Además de insistir en la importancia moral de pensar con claridad, Sócrates dio el primer gran paso para enseñar al hombre cómo hay que hacerlo. Introdujo el ideal de que cada opinante empezara precisando los términos en que concebía el asunto en disputa. Solía decir: "Antes de que comencemos a discutir, decidamos cuál es el tema exacto de la discusión." Esto, sin duda, se había dicho anteriormente, en conversaciones privadas; pero Sócrates hizo de ello un precepto casi evangélico.

Durante las tres generaciones anteriores a Sócrates, los filósofos griegos habían estudiado la naturaleza de la Tierra y las estrellas, y habían iniciado el magnífico florecimiento intelectual que ahora llamamos *ciencia*. Sócrates, sin embargo, encaminó el método científico al estudio del arte de vivir.

En sus días, el maravilloso mundo de las ciudades-Estados griegos y su cultura se extendían por toda la cuenca del Mediterráneo, pasaban por el mar Negro y llegaban hasta las costas de Rusia. La flota mercante de Grecia dominaba el comercio del Mediterráneo. Bajo la dirección de la gran ciudad comercial de Atenas, los griegos habían derrotado a los ejércitos persas. A la metrópoli ateniense afluían artistas, poetas, científicos, filósofos, estudiantes y maestros de todo el mundo antiguo. Hombres ricos de países tan distantes como Sicilia enviaban a sus hijos a seguir a Sócrates en sus paseos y asistir a sus peculiares controversias. El viejo, a pesar de su penuria, se negaba a cobrar honorarios de ninguna clase.

Todas las grandes escuelas filosóficas que brotaron en el mundo

griego y, más tarde, en el romano, se enorgullecían de sus fuentes socráticas. Platón fue discípulo de Sócrates, y Aristóteles lo fue de Platón. Y aun nosotros nos nutrimos todavía de la herencia socrática.

Tal vez las enseñanzas de Sócrates no hubieran dejado tan honda huella en la humanidad si su promotor no hubiese muerto mártir de su idea. Parece absurdo que se condene a muerte a un hombre por el mero hecho de "innovar algunas definiciones generales". Y, sin embargo, no podemos sorprendernos de ello si consideramos el estrago que podía causar en las viejas creencias emocionales este nuevo método de investigación científica, seguido con tesón hasta sus últimas conclusiones lógicas. Para sus jóvenes y progresivos amigos, Sócrates parecía el más pacífico de los hombres, pero para millares de antiguos camaradas y para otras muchas personas de ideas conservadoras, era un revolucionario. Dos cargos principales se formularon contra Sócrates: el de no creer en los dioses venerados por la ciudad y el de ser "corruptor de la juventud".

Actualmente es difícil interpretar con exactitud la segunda impugnación de sus acusadores; lo que está comprobado es que los jóvenes lo amaban y lo seguían. Las ideas nuevas, la invitación a que pensaran por sí mismos, atraía a la juventud hacia él; pero los padres temían que sus hijos, al lado de Sócrates, aprendieran doctrinas subversivas. Ocurrió, además, que uno de sus discípulos, el arrebatado y mudable Alcibíades, se pasó al enemigo durante la guerra con Esparta. No fue culpa de Sócrates, pero Atenas, en el escozor de la derrota, buscaba víctimas propiciatorias.

Sócrates fue juzgado ante un jurado formado por 501 ciudadanos y se le condenó a muerte por una mayoría de solo sesenta votos. Es probable que muy pocos jurados esperaran que la sentencia se cumpliera. Le quedaba al reo el recurso legal de apelar en demanda de una pena más suave y exigir una nueva votación. Si hubiera hecho su apelación humildemente, con lamentos e imploraciones, como era costumbre en casos semejantes, más de treinta jurados habrían, sin duda, cambiado el sentido de su voto. Pero él se obstinó en adoptar una postura exclusivamente racional.

"Una de las cosas en que yo creo es el imperio de la ley", dijo a los discípulos que acudieron a la cárcel para recomendarle que huyera. "El buen ciudadano, como os he predicado tantas veces, es el que obedece las leyes de su ciudad. Las leyes de Atenas me han condenado a muerte, de lo que se deduce lógicamente que, como buen ciudadano, debo morir."

La conclusión de Sócrates les pareció muy radical a los anhelosos amigos del sentenciado. ¿No es llevar la lógica demasiado lejos?, le decían. Pero Sócrates se mantuvo firme en su pensamiento.

Platón nos ha descrito, en su diálogo *Fedón*, la última velada de Sócrates en la tierra. El maestro pasó aquella noche, como había pasado tantas otras, discutiendo de filosofía con sus jóvenes amigos. Se debatió acerca de si existe o no existe otra vida después de la muerte. Sócrates mostraba conformidad con una respuesta afirmativa, pero, siempre dispuesto a considerar cualquier opinión contraria, escuchaba con mucha atención las objeciones de algunos de sus discípulos que discrepaban de su punto de vista. Hasta el fin, Sócrates conservó la serenidad y no dejó que la emoción influyera en su razonamiento. Aunque sabía que iba a morir al cabo de algunas horas, continuó discutiendo desapasionadamente y con toda lucidez la posibilidad de una vida futura.

Al aproximarse la hora fatal, los discípulos se congregaron alrededor del amado maestro y prepararon sus corazones para sobrellevar el horror de verle beber la copa de veneno. Sócrates había mandado por ella poco antes de que el Sol se pusiera tras las montañas occidentales. Cuando el sirviente trajo la copa, Sócrates le dijo con voz tranquila:

—Tú que estás al tanto de todos los detalles de este asunto, dime lo que tengo que hacer.

—Bebe la cicuta; luego te levantas y das unas vueltas por la habitación hasta que sientas que las piernas se te entumecen. Entonces te acuestas y el sopor te invadirá hasta llegar al corazón.

Sócrates, deliberada y fríamente, procedió como se le había dicho; tan sólo se detenía en sus paseos para reprocharles los sollozos y lloriqueos a sus amigos, a los que reprendía diciendo que no había razón para sus lamentos, pues siempre había obrado de forma correcta y razonable.

Su último pensamiento fue para una deuda que había olvidado. Se quitó el paño con que había cubierto su cabeza y dijo:

—Critón, le debo un gallo a Esculapio. Cuida de que se pague la deuda.

Luego cerró los ojos, volvió a cubrirse con el paño, y cuando Critón le preguntó si tenía alguna otra cosa que mandarle, ya no obtuvo respuesta.

"Este fue el fin —dice Platón, que ha descrito aquella escena con palabras inmortales— de nuestro amigo, el hombre más bueno, más justo y más sabio de todos cuantos hemos conocido."

FRANCISCO DE GOYA, EL HOMBRE Y EL ARTISTA

Malcolm Vaughan

Francisco de Goya y Lucientes alcanzó la cumbre de su arte a una edad muy avanzada; frisaba en los sesenta y ocho años cuando creó un nuevo tipo de obra maestra de la pintura: su lienzo *Los fusilamientos del 3 de mayo de 1808* está considerado como el cuadro histórico de mayor dramatismo en los anales de la pintura. Recientemente alguien dijo que esta obra constituía " la más severa acusación artística contra la crueldad del hombre."

Hay quien asegura que Goya presenció desde algún rincón oculto aquellas escenas crueles en las que los prisioneros hechos durante la guerra española contra la invasión napoleónica eran ejecutados sin piedad.

Fruto de esta experiencia trágica son, además del famoso cuadro mencionado, su serie de grabados titulada *Los desastres de la guerra,* obras todas de un crudo realismo.

Francisco de Goya trabajó asiduamente los primeros años de su juventud, pero la mala suerte y las circunstancias de su vida y de su tiempo se conjugaron, pertinaces, contra él. Se entregaba ardientemente a su labor artística y, después de un largo día de trabajo, su energía se desbordaba en espeluznantes aventuras nocturnas. Goya era un hombre apasionado, de estatura mediana, fuerte, moreno, de rudas facciones y carácter violento.

Es muy conocida la siguiente anécdota que revela la brusquedad de su carácter. Un día Goya se encontró con un escritor que había criticado uno de sus cuadros y, sin más palabras, se quitó su enorme sombrero y lo hundió en la cabeza del otro, a la vez que decía: "Señor crítico, aprenda a respetar la cabeza capaz de llevar este sombrero."

Tenía los ojos grandes, negros y hundidos bajo unas espesas cejas. Tocaba la guitarra, cantaba un poco y bailaba como un profesional.

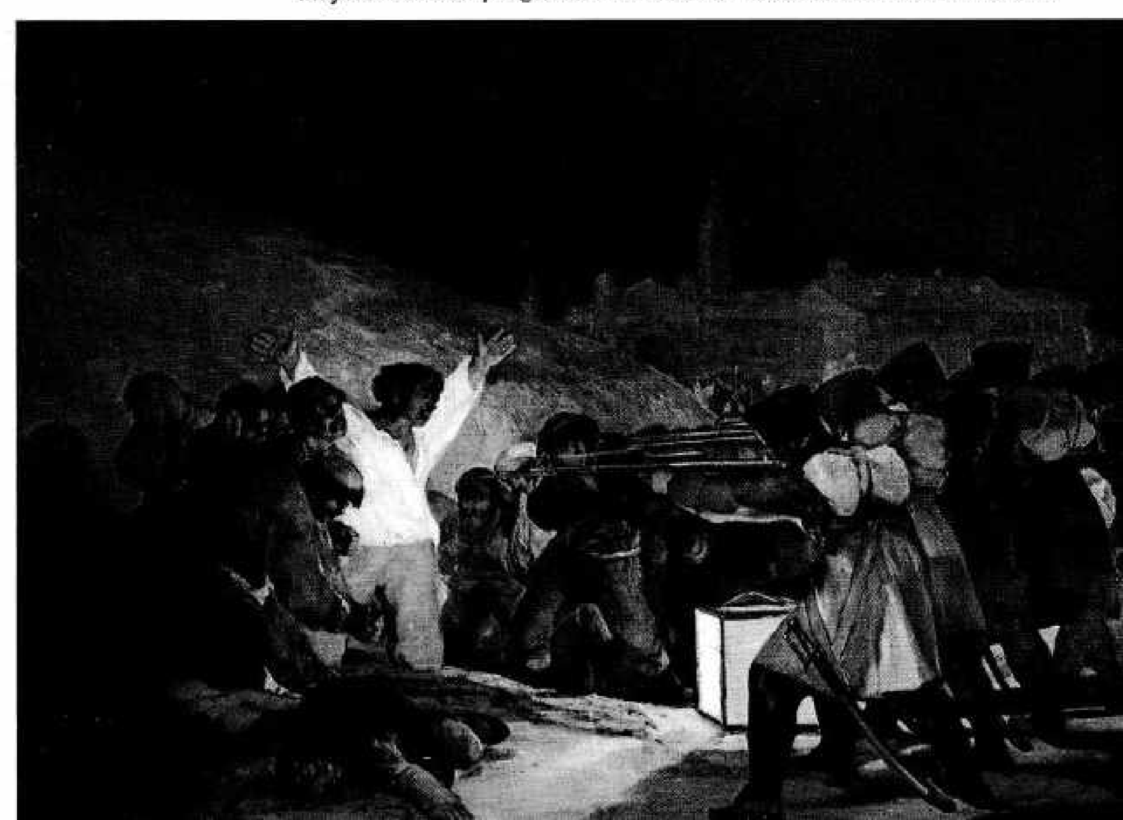
Era diestro esgrimidor y gustaba de todos los deportes; también era muy aficionado a los toros.

De esta afición taurina surgió una serie de grabados intitulada *La Tauromaquia,* en la que, al decir de los críticos, resolvió definitivamente el problema del movimiento en la pintura.

Lo más notable de este hombre tan viril era su gran personalidad, que le ganó amigos en todas las capas sociales, desde los más humildes braceros hasta los aristócratas más distinguidos. Una de estas amistades, su compañero de escuela de la primera infancia, Martín Zapater, ha servido para que a través de una correspondencia que duró muchos años, conozcamos hoy muchos detalles íntimos de la vida de Goya. Tenía también un especial atractivo para las mujeres; sus amoríos fueron muchos e intensos y algunos duraron años. Fue siempre, sin embargo, un marido consciente de sus deberes para con la madre de sus hijos.

Como era de esperar, dado su vigor desbordante, pintaba con suma rapidez. Cuando se ponía a trabajar era un torbellino: usaba los pinceles, la espátula, la paleta, los dedos, incluso la parte posterior de una

En la página de la derecha, autorretrato de Francisco de Goya a los treinta años de edad, que se encuentra en el Museo Provincial de Bellas Artes de Zaragoza. El cuadro de Goya reproducido a la izquierda es uno de los mayores tesoros que guarda el Museo del Prado. De enorme dramatismo



cuchara; todo, en fin, lo que tenía al alcance de la mano. Su producción artística fue ingente. Pintó cientos de retratos, entre los que descuellan los de la *Duquesa de Alba, la Condesa de Chinchón, la Familia de Carlos IV, Carlos III,* vestido de cazador, el de la famosa artista de teatro *La Tirana* y el del industrial *Muguiro;* de este último se dice que es el punto de arranque del impresionismo y del naturalismo contemporáneos. También realizó un buen número de gigantescos murales, y una maravillosa variedad de cuadros de distinta naturaleza. Produjo, asimismo, tres fantásticas series de grabados al aguafuerte. Cualquiera de estas creaciones hubiera podido llenar por sí sola la vida entera de un artista.

Por lo demás, día tras día y hora tras hora Goya tuvo que luchar contra una gran desventaja: su sordera. De joven contrajo una grave enfermedad del oído, que más tarde le produciría espantosos dolores de cabeza, en medio de los cuales decía oír grandes ruidos. En los últimos años de su vida se quedó completamente sordo, y para comunicarse tenía que valerse de la escritura o de la mímica. Sin embargo, había

y gran fuerza expresiva, esta obra maestra refleja el trágico fusilamiento del pueblo madrileño, sublevado contra Napoleón y sus tropas, el 3 de mayo de 1808 en la Montaña del Príncipe Pío, cerca del Palacio Real.



muchas personas tan interesadas en conversar con el artista (entre ellas el presidente del Consejo de Ministros, Manuel de Godoy, y la reina María Luisa) que, para poder comunicarse con él, aprendieron el alfabeto de las manos.

Goya nació el 30 de marzo del año 1746 en la aldea aragonesa de Fuendetodos, villorio que por aquel entonces apenas tenía unos cien habitantes. Desde la infancia Goya mostró tal destreza artística que a los trece años ya era aprendiz de don José Luzán y Martínez, celebrado pintor zaragozano. A los diecisiete años, lleno de ambición, intentó obtener una beca para estudiar en Madrid. Fracasó en su propósito. A los veinte lo intentó de nuevo y volvió a fracasar, en vista de lo cual se marchó a Italia, donde estuvo un año vagabundeando por el país del arte. Aprendió, sin duda, muchísimo estudiando las pinturas de los museos italianos. De sus años de adolescente se conservan solo las pinturas de la iglesia parroquial de su pueblo natal. Cuando Goya regresó a Fuendetodos, después de cincuenta años de ausencia, uno de sus biógrafos cuenta que dijo a un amigo: "No digáis a nadie que eso lo he pintado yo."

A poco de regresar de Italia se enamoró y obtuvo la mano de Josefa Bayeu, hermana del conocido pintor de la corte, Francisco Bayeu, artista sagaz que sabía muy bien la manera de captarse el favor de los mecenas del arte. Bayeu se las ingenió para conseguir a su cuñado el encargo de una serie de cartones de gran tamaño para la Real Fábrica de Tapices.

Tenía entonces Goya treinta años. *La merienda a orillas del Manzanares* es el primero de los cartones que el pintor entregó a la fábrica. A este sucedieron otros: *Baile en San Antonio de la Florida, Riña en la Venta Nueva, Paseo de Andalucía, La dama de la sombrilla, El cacharrero* y muchos más. Los cartones merecieron el elogio del rey, y Goya fue contratado para otra serie, y luego otra . . . enorme tarea que reclamaba años de trabajo. En tres años, de 1776 a 1779, Goya pintó treinta cartones. Pero la gente veía después los tapices, no los originales del artista. Sus méritos de pintor no se apreciaban.

Por fin Goya se puso a trabajar por su cuenta. El dinero que consiguió con los cartones para la Real Fábrica de Tapices le sirvió para ir viviendo, hasta que encontró un mecenas o dos . . . Estos, sin embargo, no resultaron muy generosos. Por algunos manuscritos de la época se ha descubierto que el duque de Osuna, su cliente principal, le pagó (con un año de retraso) el equivalente actual de 1150 dólares por siete lienzos; es decir, menos de 165 dólares por cuadro.

A pesar de todo, los clientes fueron aumentando. Goya, cada día con más experiencia, amplió el campo de sus actividades y perfeccionó su propia técnica. Poco a poco su genio floreció. Finalmente, el año 1789, se anuncia que el rey Carlos IV "se ha dignado nombrar a don Francisco de Goya pintor de Cámara".

Fue en este período de gran auge cuando Goya conoció a la hermosa duquesa de Alba. Ella frisaba en los treinta y tres años, y él estaba cerca de los cincuenta. El conocimiento de la duquesa tuvo, según dicen muchos críticos e historiadores, gran influencia en la vida del pintor aragonés. Por aquel tiempo creó su primera gran serie de aguafuertes: *Los caprichos,* auténtica crítica social de la época; y pintó en la iglesia de San Antonio de la Florida, de Madrid, el mural más expresivo de los tiempos modernos: *Predicación y milagros de San Antonio,* en el que aparece el santo de Padua resucitando a un muerto para que denuncie a su asesino.

Antonina Vallentin, uno de sus más felices biógrafos, describe así la influencia de la duquesa de Alba en la vida artística de Goya. "Ningún cuadro, documento o testimonio escrito atestigua la presencia de la duquesa de Alba en sus años de plenitud. Pero todo lo revela, hasta la riqueza de esta ebullición interior, hasta esta fuerza de trabajo que adopta a veces la forma de un paroxismo. La duquesa está presente tanto en la alegría voluptuosa de *San Antonio de la Florida* como en las profundidades emocionales que Goya no había alcanzado nunca antes. Se manifiesta en la asombrosa penetración psicológica que Goya adquiere en estos años tan fecundos. Está hasta en la sensualidad y la ternura con que Goya pinta a las otras mujeres . . . La duquesa es en la vida de Goya el color que se arremolina, la luz que danza, la risa que el placer ahoga en la garganta."

Tras semejantes triunfos muchos artistas se habrían considerado con derecho al descanso. No así Goya. Continuó perfeccionándose y, durante los veintiocho años que todavía vivió, encontró nuevos métodos de trabajo y llegó a cimas artísticas que nadie ha sobrepasado aún.

Al regreso de Fernando VII a España, después de la guerra de la Independencia, Goya, mal avenido con la nueva corte, marchó a Francia con el pretexto de someterse a una cura de aguas. Fijó su residencia en la localidad de Burdeos, donde murió a los ochenta y dos años. Hasta el último momento trabajó con denuedo, superándose a sí mismo. En la historia del arte ocupa un lugar destacadísimo entre los más grandes pintores del mundo, tal vez el del último de los clásicos y el primero de los modernos.



Gengis Kan, reproducido en una antigua miniatura china con el traje de guerra característico de los mongoles.

FUE EL TERROR DEL MUNDO

Edwin Muller

"Si se borraran de las páginas de la historia los relatos de todas las batallas que ha habido en el mundo, menos los de aquellas que riñó Gengis Kan, todavía tendrían los hombres de armas una mina de incalculable riqueza de donde sacar la ciencia necesaria para formar un ejército."

Estas palabras fueron expresadas por el general Douglas MacArthur.

Según él, el militar no puede aprender su profesión solamente con la práctica. A pesar de que las armas cambian, los soldados profesionales tendrán que buscar en el pasado los principios fundamentales e invariables del arte militar. Y en ningún sitio los encontrarán mejor ilustrados que en la vida del emperador de los mongoles, hace setecientos cincuenta años.

Gengis Kan forjó, por medio de sucesivas conquistas, el imperio más vasto que ha conocido el mundo. Se extendía desde las orillas del Pacífico hasta el mismo corazón de Europa, e incluía casi todo el mundo conocido y más de la mitad de los hombres que lo poblaban. Karakorum, la capital de Mongolia, era el centro del mundo oriental que amenazaba con aniquilar las fuerzas del cristianismo.

La carrera militar de Napoleón acabó en una derrota. Gengis Kan, por su parte, no perdió jamás una batalla. Murió a una edad avanzada, en el apogeo de sus victorias y con su imperio en plena y vigorosa expansión. César y Alejandro Magno debieron sus triunfos, en gran parte, a sus precursores, que habían creado y perfeccionado la legión romana y la falange macedonia. El emperador mongol tuvo que fabricarse su propio instrumento de guerra.

Casi siempre sus ejércitos tuvieron que hacer frente a naciones que disponían de fuerzas muy superiores en número. Es probable que jamás lograra poner más de 200.000 hombres en pie de guerra; sin embargo,

con estas huestes relativamente pequeñas pulverizó imperios de muchos millones de habitantes.

Gengis Kan quiere decir "Soberano Poderosísimo". Él mismo se dio ese nombre; el suyo verdadero era el de Temujén.

Tenía Temujén trece años cuando murió su padre, envenenado por sus enemigos. A esa edad parecía ya un hombre por su estatura y sus fuerzas. Era capaz de pasarse un día entero a caballo y de disparar un arco pesadísimo. Poseía, además, un temple enérgico. Estaba resuelto a suceder a su padre como jefe de aquella tribu de nómadas feroces que vivía en la estepa, región llana y sin árboles de Asia. Pero sus hermanos de tribu no quisieron dar oídos a sus pretensiones, y los demás jefes resolvieron deshacerse de aquel joven rival. Persiguieron y acosaron a Temujén como a una bestia dañina y, finalmente, lograron atraparlo; le pusieron un pesado yugo de madera al cuello y le amarraron a él las muñecas. Una noche Temujén derribó a su guardián, dándole un recio golpe con el yugo, y escapó. Se ocultó en el cauce seco de un arroyo. Desde allí oía el galope de los jinetes que recorrían la llanura en busca de él. Salió a rastras de su escondite y convenció a un cazador errante para que le quitara el yugo.

La historia de aquellos años es una serie ininterrumpida de persecuciones, ardides y celadas. Durante esos años, Temujén se ganó seguidores leales, y los antiguos súbditos de su padre comenzaron a pasarse a su campo.

Antes de cumplir los veinte años fue elegido jefe de su tribu. Intrigando y combatiendo logró que otras tribus formasen una confederación con la suya. Invariablemente, mataba a los que pretendían compartir con él el poder.

Tenía un primo que se llamaba Yamuga, con el que, en los días de adversidad, había dormido bajo la misma manta y había repartido fraternalmente los pocos alimentos de que disponían. Pero Yamuga, no conforme con su papel de subordinado, reunió a sus propios seguidores. Los dos primos se enfrentaron en una batalla y Yamuga fue hecho prisionero por la tropa de Temujén, quien sin inmutarse dio orden de que lo estrangularan.

Togrul había sido un gran amigo del padre de Temujén, e incluso había protegido al muchacho durante los años en que este era perseguido. Pero cuando el viejo caudillo se mostró remiso a acatar la jefatura del jovenzuelo, Temujén hizo que le dieran muerte. En cambio, favorecía con largueza sin límites a los jefecillos que se le sometían.

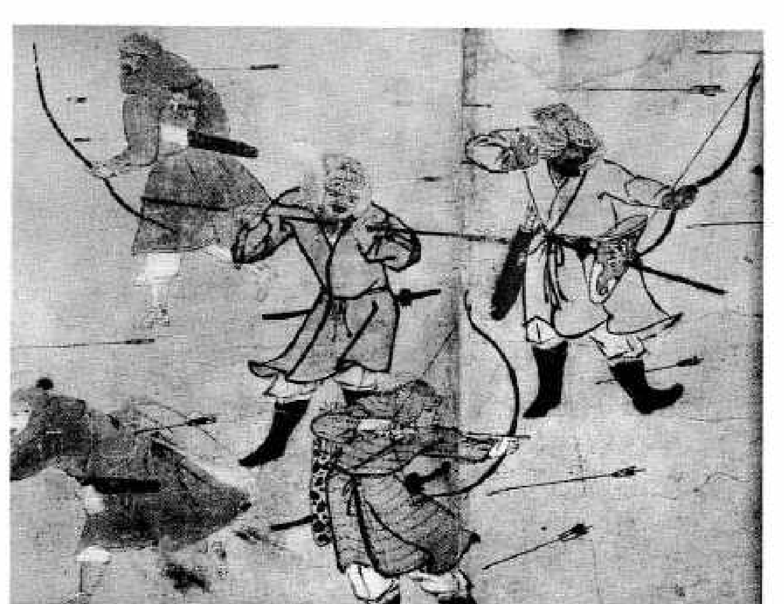
Pasaron los años. Temujén estableció su cuartel general en Ka-

rakorum, la ciudad de las arenas negras, vasta población de tiendas de campaña levantada en la ruta que seguían las caravanas del este al oeste. Temujén nunca molestó a las caravanas. Contaba con ellas para realizar sus planes futuros.

Temujén era macizo y robusto. Vestía una especie de larga zamarra con forros de cuero durísimo. Andaba con el paso torpe y desmañado de quien se pasa la vida a caballo. La piel de su cara, correosa y surcada de profundas arrugas, estaba revestida de una capa de grasa natural que lo protegía contra el frío y el cortante azote del viento. Es casi seguro que se pasara años enteros sin lavarse. Sus ojos, muy separados y enrojecidos por el polvo, brillaban con gran intensidad. Hablaba muy poco y sólo después de pensarlo mucho.

A la edad de cincuenta años Temujén había reunido las tribus del Asia Central en una hueste de la cual él era indiscutible caudillo. Su fama voló a través de las estepas. No obstante, si en aquella época una flecha enemiga hubiera penetrado por una de las juntas de su armadura, la historia no habría recogido siquiera su nombre. Las extraordinarias proezas de su vida tuvieron efecto en los dieciséis años postreros de su existencia. Temujén se había forjado un poderoso instrumento militar para conquistar el mundo, y ahora se disponía a utilizarlo.

Al este del territorio que gobernaba quedaba China, con su antiquísima civilización, y que, por aquel entonces, estaba dividida en dos imperios: el de Kin y el de Sung. Al oeste estaba el Islam, es decir, el conjunto de naciones que habían surgido al conjuro de la espada de Mahoma. Más al occidente se extendía Rusia, que era entonces una



Detalle de un pergamino japonés del siglo XIII que se conserva en el Museo Guimet de París, en el que figuran los arqueros de Gengis Kan en una batalla. Los chinos llamaban a los mongoles "los hombres del arco y de las flechas".

conglomeración de Estados pequeños, y la Europa Central, mezcolanza de pueblos mayores o menores.

Gengis Kan atacó primero a China. Forzó su camino a través de la Gran Muralla y se precipitó al frente de sus columnas en los vastos territorios de Kin, o imperio del norte. Tomó su capital, Yenking (hoy Pekín), y el emperador se dio a la fuga. La campaña fue un verdadero desastre para los chinos.

Al cabo de tres años, Gengis Kan se dirigió hacia el oeste. No pasaron muchos meses sin que la bella y opulenta capital de Samarkanda cayese en poder de los tártaros, que se entregaron a un desenfrenado saqueo. El sultán huyó a uña de caballo.

En los años siguientes, las hordas de Gengis Kan arrasaron los países del Oriente Medio, y a través de Rusia llegaron a Europa Central. En todas partes vencían. ¿Por qué?

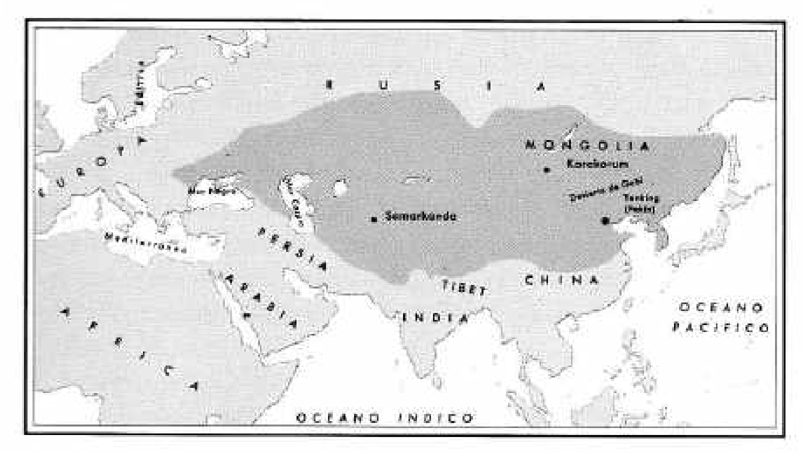
Gengis Kan era hombre de indomable voluntad, de tanta robustez física como energía de carácter, violento, implacable; una verdadera fuerza elemental. Pero lo que constituye su genuina grandeza es algo más que todo eso.

Gengis Kan sabía saltar por encima de todas las tradiciones. Se encaraba resuelta y decididamente con los problemas, planteándolos y resolviéndolos de una manera completamente nueva. Poseía la habilidad singular de utilizar todos los medios, técnicas, armas y recursos conocidos, adaptándolos con prolija y minuciosa precisión a sus objetivos concretos.

Fue el primero que organizó una nación exclusivamente para la guerra. Concibió, pues, hace la friolera de setecientos años, la "guerra total", algo que todos creíamos una invención modernísima.

Los caballos y los jinetes tártaros le brindaron materia prima de insuperable calidad. Los caballos no conocían el cansancio, podían pasarse hasta tres días sin beber, sabían buscar alimento en los sitios más inverosímiles, rompían la costra de hielo o separaban la nieve con los cascos para mordiscar la hierba. Los jinetes eran capaces de pasarse sobre sus cabalgaduras un día y una noche enteros, dormían sobre la nieve si era necesario y avanzaban con igual ímpetu y brío cuando comían que cuando no probaban bocado. Desde niños se les enseñaba a pelear; casi con las primeras palabras aprendían a manejar el arco.

Gengis Kan demostró su peculiar genio para la organización y el detalle con el armamento de que dotó a aquellos soldados natos. Les proveyó de una coraza de cuero bruto, endurecido y barnizado, les facilitó dos arcos; uno, para disparar desde el caballo, otro, para hacer



Expansión del imperio mongol durante el reinado de Gengis Kan.

mejor puntería a pie. Las flechas eran de tres clases: de largo, mediano y corto alcance. Las flechas destinadas a combatir a corta distancia eran pesadas, tenían la punta de acero y traspasaban hasta una coraza. Los soldados llevaban una ración de cuajada seca para casos de necesidad. Con doscientos gramos tenían bastante para sostenerse un día entero peleando. Llevaban cuerdas de repuesto para el arco, y cera y aguja para las reparaciones que aquel hubiese menester. Guardaban todo su equipo en una bolsa de cuero de la que se servían, inflándola, para cruzar ríos.

Las fuerzas se agrupaban en contingentes de 10, 100, 1000 y 10.000 hombres. Además de los combatientes había tropas auxiliares, es decir, de ingenieros y especialistas que manejaban las catapultas y otros ingenios propios para sitiar fortalezas enemigas; personal de remonta, encargados de la maestranza, y hasta una sección de objetos perdidos. Y detrás de ese ejército, la nación; la nación entera, que trabajaba en la producción de alimentos y material bélico para su ejército, y que reducía sus propias necesidades al mínimo compatible con la vida para, con el ahorro, sostener a los combatientes.

La táctica que desplegaba Gengis Kan era siempre un modelo de precisión en virtud del intenso ejercicio a que sometía a sus soldados. Colocaba sus tropas en cinco órdenes, con las unidades separadas por anchos espacios. Delante, las tropas de choque, formidablemente armadas con sables, lanzas y mazas. A retaguardia, los arqueros montados.

Avanzaban estos al galope por los espacios que quedaban entre

las unidades de vanguardia. Corrían a rienda suelta disparando una lluvia de flechas. Cuando llegaban cerca del enemigo, desmontaban, empuñaban los arcos más pesados y soltaban una granizada de flechas de punta de acero.

Lo esencial de los ataques de Gengis Kan era el volumen y la concentración de los proyectiles, desconocidos hasta entonces.

Desorganizado el enemigo por aquel diluvio de dardos, la tropas de asalto se lanzaban a la carga para completar la victoria. Todo coordinado por una táctica segura, de movimientos perfectamente combinados. No se daban órdenes de viva voz, sino agitando banderas blancas y negras.

La victoria obedecía casi siempre a la superioridad de armamento de los tártaros, la velocidad con que embestían al enemigo y la rapidez y precisión de sus tiros. Los ejércitos de China, los audaces guerreros del Islam, los caballeros e infantes de la Cristiandad . . . todos se dispersaban barridos por la tempestad de flechas de los mongoles.

Aun cuando las huestes de Gengis Kan fuesen inferiores en número, el genial caudillo lograba siempre concentrar en el campo de batalla contingentes superiores a los del enemigo. Era maestro consumado en el arte de dividir las fuerzas del adversario y concentrar las suyas propias. Engañaba al enemigo presentándose inopinadamente en un lugar, cuando aquel lo esperaba en otro. Ganaba la mayoría de las batallas atacando por los flancos en vez de hacerlo de frente, pues por este último sistema las pérdidas de vidas eran superiores.

Gengis Kan ganó más de una batalla sin enviar un solo soldado al frente, valiéndose exclusivamente de la propaganda. No ha habido caudillo militar que haya superado a aquel bárbaro, que no sabía leer ni escribir, en el arte de valerse de las palabras como armas eficacísimas. Los mercaderes de las caravanas formaban su quinta columna. Por medio de ellos contrataba los servicios de agentes en los territorios que proyectaba invadir. Estudiaba concienzudamente la geografía, la política y los habitantes del país enemigo. Se enteraba de cuáles eran los elementos desafectos y se las ingeniaba para que peleasen entre sí.

Sus espías en el Islam le informaron que la madre del sultán estaba celosa del poder de su hijo. Gengis Kan le dirigió una misiva en que, fingiendo dar respuesta a otra de la descontenta señora, le daba gracias muy expresivas por su ofrecimiento de auxilio. Luego se las arregló de manera que el portador de la epístola cayese en poder del sultán. Cuando las fuerzas del taimado emperador entraron en el país, lo encontraron dividido en bandos irreconciliables, casi en guerra civil.

También sobornaba a políticos deshonestos. Sus agentes descubrieron que el ministro de la guerra chino se había apropiado de fondos públicos. Cuando la noticia se difundió, causó una crisis política en China en el preciso momento en que los mongoles se preparaban a atacar.

Gengis Kan utilizaba también la propaganda para sembrar el terror. Tenía por costumbre recordar a los países que se proponía invadir los horrores que había desencadenado en aquellos otros que habían osado oponerle resistencia. Someterse o perecer, rezaba su advertencia. Pero si capitulaban . . . los exterminaba de todas maneras.

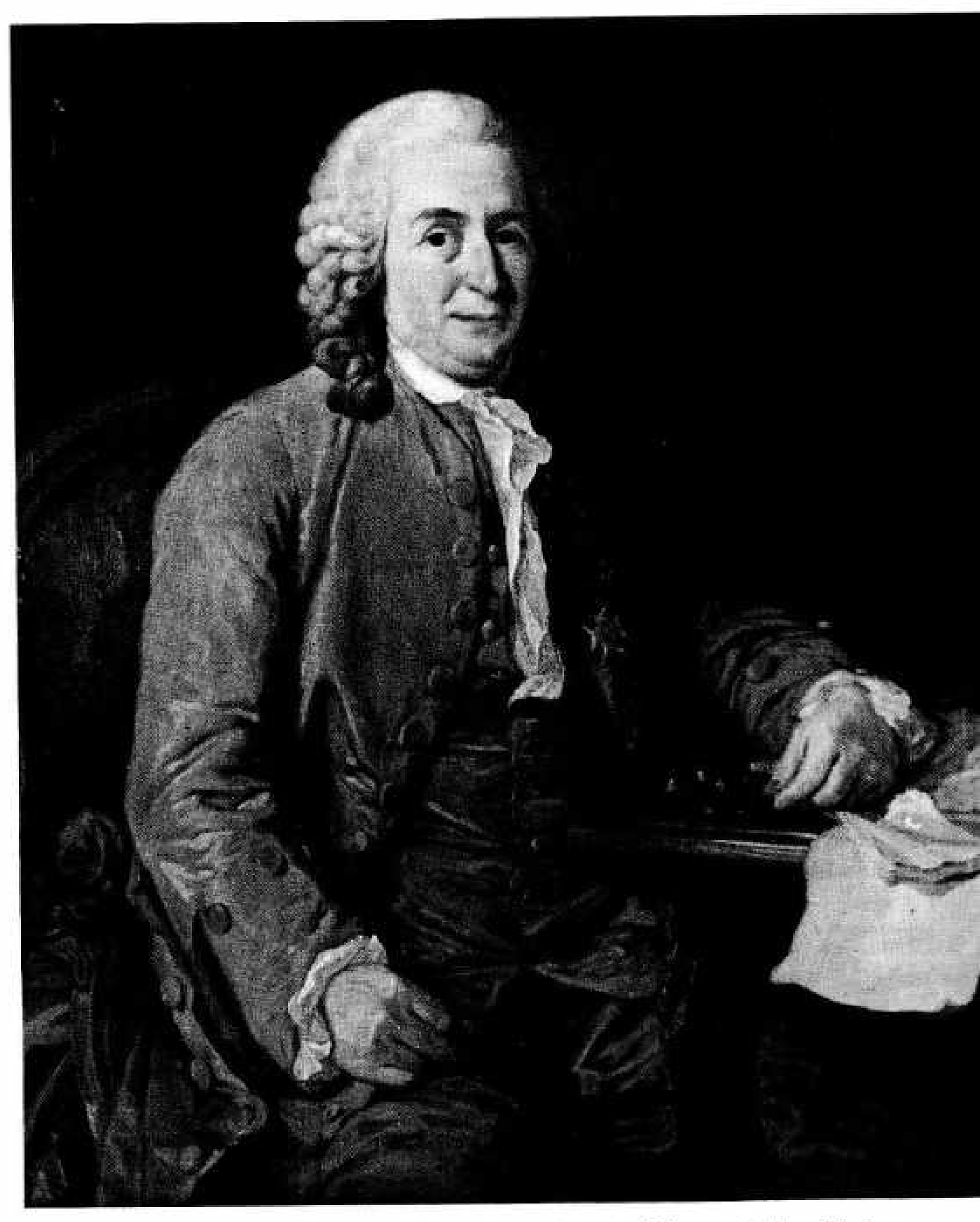
Asimismo, utilizaba muy hábilmente la propaganda en el interior de su propio país para elevar el ánimo del pueblo. Ponía el oficio de soldado por encima de todos, y logró que se llegara a considerar como natural el hecho de que el resto de la población trabajara para sostener a los guerreros en sus empresas y conquistas. Infundió en su pueblo la creencia de que los mongoles eran una raza aparte, superior a todas las demás.

Practicaba el terrorismo con fría y calculadora inexorabilidad: era, para él, una especie de procedimiento político. Si una ciudad le oponía resistencia, la quemaba y arrasaba, y daba muerte a sus habitantes, hombres, mujeres y niños. Al continuar el ejército la marcha, dejaba a un puñado de sus hombres y a unos cuantos prisioneros, ocultos entre las ruinas. Aquellos obligaban después a los cautivos a recorrer las calles gritando que ya se habían retirado los tártaros. Y así, cuando los contados habitantes que habían escapado a la general degollina se aventuraban a salir de sus escondites, hallaban la muerte. Por último, para evitar que ninguno se fingiese muerto, les cortaban las cabezas. Hubo una ciudad en que sucumbió medio millón de personas.

Así fue la formidable máquina de guerra con que Gengis Kan conquistó al mundo. Este gran caudillo murió en una de sus campañas, en 1227, a la edad de sesenta y seis años, y en el apogeo de su poderío.

Una vez muerto, el enorme rodillo militar siguió aplastando naciones. Sus sucesores dominaron a toda Asia, penetraron aun más en Europa y derrotaron a húngaros, polacos y alemanes. Nadie podía hacerles frente. Durante el reinado de Kublai Kan, nieto de Gengis, florecía aún invicto el poderío de los mongoles.

Decayó, sin embargo, en las manos torpes o débiles de los descendientes de Kublai. Hoy no son los mongoles más que un haz insignificante de tribus nómadas. Karakorum yace sepultada bajo las arenas del desierto de Gobi. Y hasta su mismo nombre se ha borrado de la memoria de la gente.



Este retrato de Carlos Linneo (hoy en el Museo de Versalles) es obra del pintor Alexander Roslin (1718-1793), compatriota y coetáneo suyo, que vivió mucho tiempo en Francia.

LINNEO, EL GRAN NATURALISTA

Donald Culross Peattie

De todos los grandes hombres de la historia, al que yo prefiero, al que me atrevería a llamar mi amigo, a despecho de la distancia que nos separa en el tiempo, es a Carlos Linneo. Al comenzar el siglo XVIII –que fue el suyo– las ciencias naturales eran una mezcla confusa de nociones puramente librescas. Pero el joven y animoso titán, avanzando a zancadas a través del desorden y la oscuridad, abrió las ventanas de la inteligencia. Encontró en la propia Naturaleza un sentido y un orden, y sacó del caos un sistema. Trajo a la ciencia un principio de armonía proclamando como un himno la unidad de todas las cosas creadas por Dios.

Cuando nació Linneo, en la pieza única de la cabaña de un párroco protestante, en 1707, Suecia era en gran parte una región agreste, apenas salpicada de granjas, claros del bosque y lagos solitarios que brillaban al sol. En el momento que el niño estuvo en edad de salir a los bosques y a los campos, su padre, que amaba la Naturaleza, le enseñaba las flores, las raíces, las semillas, y fijaba en su memoria el nombre latino de cada planta. Este procedimiento de enseñanza del párroco era original entonces. Muy pocos estudiosos se dignaban observar las plantas o los animales: preferían enterarse de ellos por los libros, y mejor si eran libros griegos escritos hacía 2000 años.

Por eso asombró al profesor Celsius, de la facultad de Teología de la Universidad de Upsala –que también era botánico– encontrar en 1729 a un estudiante que examinaba cuidadosamente las flores del olvidado jardín botánico. A ojos vistas era un muchacho pobre; tenía el traje raído, y era delgado de cuerpo. Pero le brillaron los ojos oscuros en cuanto el profesor inició una conversación en que el muchacho reveló extraordinarios conocimientos de botánica. El cariñoso viejo teólogo quedó tan bien impresionado que lo invitó a vivir en su casa, lo vistió, lo sentó a su mesa y puso a su disposición la biblioteca.

En recompensa, el muchacho, a los 21 años de edad, le regaló algo que había escrito: era el resultado de un largo y detenido estudio de las flores. Le había puesto el delicado título de *Nupcias Florales*. Los ojos del viejo maestro se abrieron con deleite. En ese trabajo quedaba establecido un hecho simple pero casi desconocido: que las plantas tienen sexo. Hasta entonces se había hablado mucho, pero sin sustancia, y se decían cosas como aquello de que las plantas "se libran del polen para purificar la savia". Linneo vino a explicar que el pistilo es el órgano femenino de la flor, que contiene el ovario con una especie de matriz donde va a colocarse la semilla después de haber sido fecundada por el polen, que se desprende de los estambres, u órganos masculinos. Mirando las flores con ojo de abeja, Linneo explicó con ternura poética, pero con mucho de verdad, que "los pétalos de la flor no contribuyen a la procreación, y solo son como el tálamo nupcial arreglado gloriosamente por el Creador, que así viste de tan nobles colgaduras el lecho y lo aroma con tan dulces esencias". Este principio de la naturaleza sexual de las plantas abrió a la ciencia una nueva era: la edad de Linneo, como la llamamos, en que florecen descubrimientos y atisbos cuyos frutos aún estamos recogiendo.

Cautivado por este tributo inicial a la sabiduría divina, obra de su protegido, el viejo Celsius se dirigió a su amigo el profesor Rudbeck, entonces el principal hombre de ciencia en Upsala. Y Rudbeck, al reconocer el genio de Linneo, insistió en que este se fuese a vivir con él. Entonces el viejo pudo desahogar en el joven las experiencias de una vida de estudio, ensanchando su mente y excitando su imaginación. Juntos planearon lo que iba ser la más extraordinaria expedición científica que nunca se hubiese acometido.

La llevó a cabo un joven solo, que en un día de mayo de 1732 partió hacia las tierras vírgenes de la provincia más septentrional de Suecia: la Laponia. Ese fue el primer viaje extenso de exploración, en su género, que se recuerde en la historia de la ciencia. Todo el equipo de Linneo consistía en una regla, un anteojo de larga vista, una lente de aumento, una navaja, una escopeta, papel para disecar plantas, y por encima de todo una mente abierta y clara como esa mañana de mayo que el propio viajero describió de esta manera: "La Naturaleza viste sus mejores galas. Los granos de invierno ya elevan su tallo a medio pie de altura. Los abedules, los alisos y los álamos empiezan a cubrirse de hojas. Me acompañan las alondras que sobre el aire trémulo dejan escapar su *tirilí, tirilí . . .*"

Seis meses más tarde aparecía en los salones de la Sociedad Cien-

tífica de Upsala un muchacho delgado pero fuerte, curtido por los vientos polares y el Sol de medianoche. Linneo había pasado hambre en los campos helados, había vivido de pescados mohosos, había cruzado en bote difíciles torrentes, había trepado cuestas inaccesibles, había eludido los disparos que le hicieron los lapones recelosos. En cambio, había visto las flores silvestres que nacen en la zona ártica y que se agarran tan fuertemente a la tundra que la dura cuchilla de los vientos no logra desprenderlas. Había observado las aves polares y sus nidos, sus plumajes, sus huevos, sus pichones. Había estudiado todo el ciclo de la vida de los renos, de los cuales dependen los lapones para su comida, su bebida, su vestido y su casa. Fue escribiendo su diario a la luz vacilante de las hogueras, en las tiendas ahumadas de los aborígenes, o al abrigo de su bote sacado a tierra. Reunió más noticias de primera mano acerca de la Naturaleza viva que cualquier otro naturalista anterior.

Las muestras de minerales que recogió dieron cuenta de la riqueza del suelo en el norte de Suecia. Hizo saber el deplorable estado en que se hallaban los bosques de la Corona, dejados a merced de los incendios, las enfermedades y los insectos. (Hoy Suecia es modelo de países forestales, pero solo porque Linneo despertó la conciencia de los suecos para detener sus pérdidas.) Señaló además la causa de las enfermedades que asolaban los rebaños del norte: una planta venenosa que recomendó exterminar "enviando muchachas a que la arrancaran".

Tardó tres años para poner en orden todas sus notas y completarlas con sus recuerdos. Mientras tanto, su fama se fue extendiendo de boca en boca, y Suecia comenzó a darse cuenta de que tenía en Carlos Linneo a uno de sus grandes hijos. Se le pidió que hiciese una exploración en la provincia de Dalecarlia. Ahora iría con ayudantes y todos los gastos pagados.

Las campanas anunciaban la llegada de un nuevo año, el de 1735, cuando Linneo, que ya había concluido su exploración de Dalecarlia y tenía 28 años de edad, asistió a una reunión en casa de un notable de la localidad, el doctor Moracus. Bailó con la hija del doctor, Sara Lisa. Ahí mismo pidió su mano. Pero Linneo era pobre, y el doctor Moracus puso condiciones: Carlos debería ir a Holanda, obtener allí un diploma de médico, regresar y establecerse para tener una profesión lucrativa. Por su parte, el doctor le ofrecía retener a Sara Lisa sin cederla a otros pretendientes, y darle una buena dote.

Durante tres años y medio Sara Lisa esperó el regreso de su prometido. Debieron de ser para ella tres años de tedio. Entre tanto, Linneo

trabajaba en Holanda como una hormiga. Había llevado los manuscritos de ocho obras. La que produjo sensación entre los sabios de ese país fue una en que Linneo proponía el "sistema sexual" que permite identificar cualquier planta por el número y posición de los estambres masculinos y de los pistilos femeninos. Hasta entonces las plantas se habían clasificado en grupos de espinosas o carnosas; se ordenaban alfabéticamente; o según supuestas virtudes de acción sobre el organismo humano. Por supuesto, todos estos "sistemas" fallaban, por absurdos. Pero el que estableció Linneo como inherente en las flores, es el mismo que, con algunas modificaciones, siguen los botánicos de hoy.

Este sistema era aplicable a la flora de cualquier lugar del mundo. Goethe halló en él una de las grandes ocupaciones con que se deleitó su genio. Cuando Linneo visitó a Oxford, el profesor Dillenius quedó a tal punto cautivado por el sistema del naturalista sueco que le ofreció la mitad de su propio sueldo si se quedaba allí para enseñar.

En vano se le hicieron ofertas. Linneo hubiera podido ir al cabo de Buena Esperanza o a Surinam, como huésped de Holanda, con todas las oportunidades para recoger y describir por primera vez toda su riqueza de nuevas especies de plantas y animales. Pero Sara Lisa estaba presente en sus pensamientos de todos los días, y él trabajaba tenazmente para terminar la impresión de los manuscritos y ganar el grado en medicina.

Por fin, con sus obras publicadas y el diploma bajo el brazo, Linneo regresó a Suecia y abrió su consultorio en Estocolmo. Era, como médico, un desconocido a quien nadie buscaba. Se fue entonces a los barrios pobres, para combatir las enfermedades que suelen ser producto de la miseria –la tuberculosis y los males venéreos–, tratando casos desesperados, muchas veces con éxito. Para él, trabajar 18 horas al día no era mucho. Entonces se le nombró médico en jefe del Almirantazgo sueco, y luego médico de la reina. Se le hizo presidente de la Academia de Ciencias. Se había ganado justamente a Sara Lisa, y la llevó al altar en junio de 1739. Poco después se unía al otro amor de su vida: la cátedra de botánica y medicina en Upsala.

Linneo estaba de regreso en la vieja casa que había sido del profesor Rudbeck. Ahora él era allí el amo. Suyo era el jardín botánico, hoy un santuario que conserva Suecia con orgullo. Con las flores arregladas según su sistema, como ejemplos vivos para sus discípulos, este jardín vino a ser el más rico de Europa. Admiradores de todos los extremos de la tierra le enviaban nuevas plantas; algunas de ellas aún se conservan, como las flores áureas de Siberia que le envió la zarina de Rusia.

Todos los grandes de la tierra honraban a Linneo. El rey de Suecia le regaló una espléndida colección del Asia tropical. Viajeros del mundo entero le enviaban ejemplares exóticos. Lord Baltimore llegó a visitar a Linneo en una carroza tan enorme que fue necesario quitar los postes de la entrada para poder darle paso.

Esto ocurrió en el risueño campo de Hammarby, adonde Linneo y su familia se retiraban durante el verano. Allí, en una fértil granja donde aún se respira el ambiente tranquilo y feliz de su vida, Linneo enseñaba a discípulos que le llegaban de muchos lugares del mundo. Con los años, muchos se hicieron famosos por derecho propio.

Las plantas que enviaban a su maestro se iban amontonando en los herbarios, donde Linneo exploraba los secretos de flores que se abrían en los lugares más remotos. Escribía un libro que habría de dar cuenta de todas las plantas y animales hasta entonces conocidos en el mundo. Como Adán en el jardín del Paraíso, lo primero que hacía era dar nombres científicos a todas las cosas vivas: a las flores del campo, a las aves del cielo, a las bestias de los bosques.

El sistema de clasificación binaria que inventó, es sencillo. Todas las rosas, por ejemplo, se llamarían *rosa*, y así se hermanarían *la Rosa gallica* (o rosa de Francia) y *la Rosa adorata* (la fragante rosa té). Linneo iba dando nombre a todos los seres, hasta llegar al *Homo sapiens*, estableciendo riguroso orden de grupos y sub-grupos. Viendo cómo cada cosa viviente estaba relacionada con la que le era más próxima, reveló el orden noble y bello de la Naturaleza. El libro en que por primera vez anunció ese sistema grandioso y claro sólo tenía 14 páginas. La decimosegunda edición, que publicó en 1768, tenía 2500.

Pero lo que Linneo amaba no era el esqueleto del sistema, sino la Naturaleza misma. Si bien, una vez que se instaló en Upsala, nunca más volvió a salir de Suecia, exploraba siempre con ojo de lince los bosques y campos de los contornos de Hammarby. Los años no disminuyeron ni su curiosidad ni su serenidad genial.

Y así vivió Linneo 70 años felices, hasta que con campanas de duelo y antorchas se le condujo a la penumbrosa catedral de Upsala. Pero siguió viviendo, así como perduran ciertas plantas en sus semillas flotantes, en los estudiantes que él había formado y que se dispersaron por todo el mundo para llevar su ciencia e infundir en otros su espíritu gozoso. Él vive para todos nosotros en el gran cuadro que trazó de la Naturaleza, para que en cualquier día, con solo asomarnos una mañana a la puerta de casa, pudiéramos descubrir nosotros también en esas nuevas maravillas otras muchas Laponias resplandecientes.

WINSTON CHURCHILL

Robert Lewis Taylor

El último de los grandes estadistas, Winston Churchill, genio de múltiples facetas, será fervorosamente recordado como una de las figuras más exasperantes de la historia. Su rara habilidad para predecir los acontecimientos futuros se convirtió en una pesada carga para sus compatriotas. Su palabra fue algo así como la voz de la conciencia de Inglaterra y el tribunal de última instancia en tiempos de peligro. No obstante, Churchill, hasta el momento de su muerte, fue como un muchacho revoltoso y juguetón; su mismo aspecto cambió poco en el curso de los años.

Churchill era inmune a la censura ajena. Su modo de vestir proporcionaba abundantes ejemplos de ello. Los trajes de Churchill han provocado reacciones que van de la extrañeza a la indignación. Cuando el rey Eduardo lo elevó a la dignidad de consejero de su consejo privado, Churchill se presentó en el castillo de Windsor con un chaqué de segunda mano que causó escándalo entre los cortesanos. En varias ocasiones lo tomaron por el lacayo de su madre cuando paseaba a caballo en su compañía.

Es forzoso reconocer que Churchill tuvo el espíritu más notablemente independiente de los tiempos modernos. Conquistó la inmortalidad como político, orador, historiador, biógrafo, hombre de ingenio, corresponsal de guerra y bebedor de coñac; y se distinguió, en un plano más modesto, como pintor, albañil, novelista, aviador, jugador de polo, soldado y propietario de caballos de carreras.



Winston Churchill

¿Cómo puede un hombre descollar de tal manera entre sus contemporáneos? Los que mejor conocieron a Churchill creen que la fuerza que lo empujó hacia la cumbre era una mezcla de tres ingredientes: energía sin par, inteligencia y memoria aunadas, y la ambición más apremiante que haya poseído persona alguna desde Alejandro, quien se lamentó de la escasez de mundos por conquistar.

Winston Leonard Spencer Churchill nació el 30 de noviembre de 1874 en el regio esplendor del palacio de Blenheim, en aquel entonces propiedad de su abuelo, séptimo duque de Marlborough. La madre de Churchill, de nacionalidad norteamericana, era una joven de deslumbradora belleza, agudo ingenio y acusado sentido del humor. "Yo la amaba tiernamente –escribió Churchill–, pero a distancia. Siempre me pareció una princesa de cuento de hadas." Su padre, lord Randolph, era un hombre de gran talento que hizo una brillante pero breve carrera parlamentaria.

De niño, el aspecto de Winston Churchill no dejaba dudas sobre la hoguera que ardía en su interior: era pequeño, de cabellos rojizos y faz poblada de pecas; tenia la nariz ligeramente respingona y la línea de la boca indicaba claramente predisposición a la lucha. Sus ojos eran azules y se posaban con una mezcla de calma e impaciencia sobre chicos y mayores.

Los primeros años escolares de Churchill no tuvieron semejanza con los de los grandes hombres. Desde el principio se opuso a todo lo que fuese estudiar, y su internado en un costoso colegio de Ascot contribuyó muy poco a modificar aquella actitud. Frecuentemente era enviado a la sala de castigos, donde el director del colegio le administraba azotes como correctivo. Le disgustaba el latín y se negó firmemente a aprenderlo durante todos los años que asistió al colegio. (Años después, cuando vio el valor que tenían algunas sonoras frases latinas intercaladas oportunamente en sus discursos políticos, hincó los codos en la mesa de trabajo y, de manera churchiliana, se aprendió de memoria todo un diccionario de citas latinas.)

En 1888, cuando el futuro primer ministro ingresó en la famosa escuela de Harrow, fue enviado a la clase de los alumnos más retrasados. "No era un muchacho fácil de manejar –dijo después uno de sus antiguos maestros–. Cierto que su inteligencia fue siempre brillante, pero sólo estudiaba cuando quería y con los maestros que merecían su aprobación."

Churchill fracasó dos veces consecutivas en los exámenes de ingreso en la Academia Militar de Sandhurst. Un tal capitán James, que fue su preceptor en el tercero y último intento coronado por el éxito, dijo: "Es imposible que este muchacho haya pasado por Harrow." Una vez en la Academia, sin embargo, se operó en Churchill un cambio completo. La antigua testarudez, la resolución, el espíritu denodado e indomable no le abandonaron, pero su costumbre de disentir caprichosamente de todo comenzó a desaparecer. Trabajaba con empeño, era

aplicado y serio en las clases y pasaba la mayor parte de las veladas estudiando. En una clase de 150 ocupaba el octavo puesto.

Después de Sandhurst, Churchill se incorporó al Cuarto de Húsares, regimiento de caballería reputado como uno de los mejores del ejército, tanto en esplendor como en prestigio social. Fue destinado a la India, donde su regimiento se dedicaba a jugar intensamente el deporte del polo. Churchill se entregó a aquel juego con frenético entusiasmo y desplegó un genio natural para la práctica del mismo. Pero la monotonía de la vida militar no tardó en cansarle. A principios de 1897 convenció a sus jefes para que le concedieran un permiso de tres meses y consiguió que su amigo sir Bindon Blood, quien acababa de ser enviado a la frontera septentrional de la India para sofocar una revuelta de los pathanos, que le permitiera unirse a la expedición en calidad de corresponsal. El *Daily Telegraph* aceptó publicar sus crónicas. Sus artículos tuvieron inmediato éxito en Londres, lo mismo que su libro titulado *Historia de las Fuerzas de Campaña de Malakand*, en el cual reunió posteriormente sus crónicas. El libro produjo a Churchill una suma equivalente a dos años de paga en el ejército.

Cuando Churchill regresó a Inglaterra ya tenía pensado dejar el ejército. Las doradas perspectivas del periodismo ofrecían mejores oportunidades.

En el otoño de 1899, recién comenzada la guerra de los *boers*, el *Morning Post* le ofreció un puesto como corresponsal en este frente. Consiguió que le asignaran un sueldo de 250 libras esterlinas mensuales más los gastos. Churchill partió para África.

Cuando llegó a la avanzada británica de Estcourt, Churchill se encontró con un amigo de la guerra de la India, un tal capitán Haldane, el cual fue posteriormente designado jefe de una partida de reconocimiento que tenía que adentrarse, en un tren blindado, en territorio enemigo. Haldane se sintió disgustado por el cometido y habló de ello a Churchill en términos de desánimo. "No se inquiete –le dijo Churchill–. Iré con usted. De cualquier forma, eso es parte de mi obligación para con el *Morning Post*."

A pocos kilómetros de Estcourt, el tren cayó en una emboscada y el enemigo volcó dos de los vagones. A pesar de los esfuerzos realizados sólo pudieron salvarse de la catástrofe la locomotora y el ténder, en los cuales fueron amontonados los cuarenta y tantos heridos para emprender el viaje de regreso. El resto de la partida seguía a pie la lenta marcha del tren, pero los agotados soldados no tardaron en quedarse atrás. Churchill corrió a su lado para reanimarlos . . . en el preciso momento

en que unas fuerzas de caballería *boers* surgían de las colinas y cargaban sobre ellos.

Churchill había dejado su revólver en la locomotora y casi inmediatamente fue obligado a levantar las manos y conducido prisionero a las líneas *boers.*

Chuchill fue trasladado a la capital *boer* de Pretoria como prisionero de guerra, pero a los pocos días pudo escapar. Su buena suerte le hizo dar con la línea férrea; se metió en un tren de mercancías y llegó, tras no pocas andanzas, al África Oriental Portuguesa, que distaba 480 kilómetros y era el territorio neutral más cercano.

Como los ingleses venían sufriendo serios reveses en su guerra con los *boers,* la hazaña de Churchill les proporcionó al fin un héroe victorioso. Cuando embarcó en un buque con destino a Durban, la colonia británica local le tributó un grandioso homenaje de despedida.

Churchill reingresó en el ejército y continuó su bien remunerada corresponsalía del *Morning Post* hasta el final de la guerra.

Una vez que hubo regresado a Inglaterra, Churchill decidió presentarse como candidato al Parlamento en las elecciones que se iban a celebrar. Resultó elegido por un escaso margen. De esta forma, en 1900, cumplidos ya los veintiséis años, inició su carrera de funcionario público. Como por aquel entonces los miembros del Parlamento no tenían paga, lo primero que hizo Churchill fue intentar ganar algún dinero. Con este objeto organizó una amplia gira de conferencias por Inglaterra y Estados Unidos. Durante su visita a los Estados Unidos, Churchill dio una conferencia diaria, con excepción de los domingos, durante cinco meses; con ellas ganó cerca de 50.000 dólares, que le aseguraron su libertad de acción en la política.

Por regla general los diputados noveles permanecen deferentemente sentados y mudos mientras los veteranos actúan, pero no fue así en el caso de Churchill. El primer día que entró en el salón de sesiones se dirigió inmediatamente al escaño que había ocupado su padre y se instaló confortablemente. Al cuarto día dijo su primer discurso.

En cierta ocasión, cuando pronunciaba un discurso combativo, alguien trató de interrumpirlo, pero solo acertó a proferir algunos sonidos ahogados. Entonces Churchill, dirigiéndose a su interruptor, le dijo: "Mi honorabilísimo amigo no debe permitirse más indignación de la que pueda soportar."

En otra ocasión Churchill escuchaba, sentado y silencioso, las palabras de un diputado. Al ver el orador que Churchill movía ostensible y vigorosamente la cabeza, le gritó exasperado:

—Me permito recordar a mi honorable amigo que me estoy limitando a expresar mi propia opinión.

—Y yo me permito recordar al orador —replicó Churchill— que me estoy limitando a mover mi propia cabeza.

Los siquiatras han observado que hay algunos hombres al parecer destinados a rodearse de conflictos. Son los destructores de la serenidad y los constructores del mundo. Churchill era uno de ellos. No llevaba un mes de diputado cuando empezó a desafiar las iras de los dirigentes del partido. Combatió furiosamente un proyecto de presupuesto militar muy elevado, abogó por una paz benévola para los *boers* y ofendió, además, de tal modo a sus colegas conservadores que un día, cuando se disponía a decir un discurso, todos ellos se levantaron de sus escaños y desfilaron ruidosamente hacia la puerta, donde fueron deteniéndose uno a uno para abuchear a Churchill como si fueran chiquillos. En cierto modo, el episodio —que no ha tenido paralelo en la Cámara de los Comunes antes ni después— proporcionó a Churchill tanta fama como su fuga al ser capturado por los *boers.*

A la postre, Churchill cambió radicalmente de filiación política y pasó a los bandos de los liberales. En 1906 aceptó la invitación de su nuevo partido para presentarse como candidato en Manchester. Fue elegido, y como aquella elección acabó con el poder de los conservadores, Winston Churchill pasó a ser miembro del gabinete. Su puesto de subsecretario de Colonias era relativamente modesto, pero lograrlo a la edad de treinta y un años hizo honor a la fama del "niño prodigio".

Durante los años que precedieron a la primera guerra mundial, Churchill llegó a ser —como dijo uno de sus biógrafos— "el político más odiado del país". Como subsecretario de Colonias, como presidente de la Cámara de Comercio y como ministro del Interior, Churchill luchó por la implantación de muchas medidas liberales. Y a la luz de la historia, es incuestionable que Churchill fue quien, casi solo, salvó a Inglaterra en la primera guerra mundial.

Churchill previó con extraordinaria exactitud el curso que iba a seguir la guerra en su primera etapa. Los altos jefes militares ingleses creían en 1911 que, si Alemania atacaba, el ejército francés era lo suficientemente fuerte para contraatacar en el plazo de nueve a trece días y hacer retroceder a los alemanes. El análisis de Churchill, documento histórico que se considera como una obra maestra mundial de profecía, predijo que los franceses estarían aún en plena retirada al vigésimo día y que no podrían atacar hasta por lo menos cuarenta días después de iniciado el avance alemán. Tres años más tarde los franceses estaban

en plena retirada, veintiún días después del ataque germano, y la batalla del Marne, considerada generalmente como el acontecimiento que cambió el curso de la guerra, se riñó a los cuarenta y un días de haber comenzado la ofensiva.

Los generales ingleses rechazaron el escrito de Churchill, calificándolo de "disparatado" y "obra de aficionado". Pero el primer ministro Asquith, consciente del peligro que corría Inglaterra, no tardó en desconcertarlos al preguntar a Churchill si quería encargarse del Almirantazgo.

—Sólo nos queda la Armada —dijo Asquith—. Es nuestra única esperanza.

Churchill aceptó el cargo con entusiasmo. Hizo caso omiso de los méritos por antigüedad y se embarcó inmediatamente en una profunda reorganización del Almirantazgo que puso carne de gallina a todos los altos dignatarios. Con el propósito de hacer de la Armada británica la primera del mundo, realizó muchísimas innovaciones, entre ellas el cambio del carbón al petróleo para combustible de la flota, modificación que fue apasionadamente discutida. También ordenó la instalación en todos los nuevos acorazados de cañones de 37,5 centímetros en vez de los corrientes de 33. El personal de la Armada puso el grito en el cielo, pero Churchill siguió adelante. Cuando estalló la guerra sus barcos aventajaban en potencia de fuego a todos los que tenían los alemanes.

Después, a principios del verano de 1914, suspendió las habituales maniobras de la flota, pasando por alto un voto del gabinete y, sin la firma del rey, ordenó unos "ejercicios de movilización" para los que convocó a todas las fuerzas navales de la reserva. Esta audaz decisión demostró una vez más la presciencia casi sobrenatural de Churchill. La impopular movilización estaba ya muy adelantada cuando el asesinato del archiduque Fernando de Austria sumió a toda Europa en el grave conflicto. La movilización quedó terminada justamente tres días antes de que Inglaterra declarase oficialmente la guerra. Fue una de las pocas veces en la historia en que los acontecimientos habían sorprendido medio preparada a una armada defensiva.

Posiblemente nunca hasta entonces se había desatado tan grande torbellino de energía humana sobre un gobierno en pie de guerra. Churchill puso en movimiento la creación de un arma aérea, y a instigación suya se realizó una serie de atrevidos ataques por aire a los hangares y a las bases de submarinos alemanes. Destinó 350.000 dólares para la construcción de 18 "acorazados terrestres", y puede, por

tanto, ser considerado como el padre del tanque. Cuando 48 de aquellas máquinas fueron enviadas al frente en 1916, los alemanes arrojaron sus armas y huyeron. Con aquella hazaña, el arte militar experimentó otra de sus duraderas innovaciones.

El plan de Churchill para poner fin rápidamente a la guerra, en 1915, fue enviar a la Armada inglesa a través de los Dardanelos, con el fin de separar a Turquía de las potencias centrales, derrotar a los países balcánicos y preparar el terreno para una arrolladora victoria rusa en el Oriente. Su proyecto era estrangular rápidamente la guerra mediante un ataque al enemigo por la "puerta trasera". Churchill hizo caso omiso de todas las protestas que suscitó su plan.

La catástrofe que se inició el 18 de marzo de 1915 tardó muy poco en consumarse. En el estrecho de los Dardanelos, el grupo de asalto penetró en un campo de minas y perdió tres acorazados, lo cual motivó que el almirante en jefe suspendiera la acción. En Londres, Churchill reunió al "Grupo de Guerra del Almirantazgo" y le mostró un telegrama en el cual ordenaba al almirante que reanudase el ataque.

Pero el ataque ulterior fue aplazado desastrosamente, lo que dio tiempo al enemigo para reforzar sus defensas; las acciones siguientes constituyeron uno de los capítulos más sangrientos de la espantosa e inacabable historia de la guerra. El total de bajas británicas llegó a 205.000, y cuando los lamentables y desparramados restos del ejército y la marina fueron evacuados, la ira popular estalló en terrible tempestad. La consecuencia fue la súbita destitución de Churchill.

A principios de 1917, una comisión investigadora de la campaña de los Dardanelos decidió que el plan fundamental de Churchill había sido bueno, lo cual le valió ser llamado de nuevo al seno del gobierno. Fue condecorado por el general Pershing con la medalla a los Servicios Distinguidos de los Estados Unidos por su participación en la tarea de equipar las fuerzas americanas. Después del armisticio se le hizo titular de dos carteras, la de Guerra y la del Aire. Sin embargo, en la reacción de la posguerra no solo se quedó sin ministerio, sino que fracasó en las elecciones a diputado, por primera vez desde 1900.

Los más serviles partidarios de Churchill raramente osan defender la actuación de su ídolo como ministro de Hacienda, para cuyo cargo fue nombrado el año 1925 por el gobierno conservador de Stanley Baldwin. (Previamente Churchill había roto con los liberales y vuelto al Parlamento como "constitucionalista", partido que contaba con un solo afiliado.) Era una época de decadencia económica, inquietud, descontento laboral y aparatosas huelgas. Churchill actuó rápidamen-

te para acabar con las huelgas y, en general, viró a la derecha más acentuadamente incluso que sus nuevos colegas conservadores. Volvió a sonar el antiguo clamor de que había ido demasiado lejos. Los mismos conservadores comenzaron a dudar de sus impulsos y convicciones del momento. En una palabra, todo el mundo estaba harto de él. Desde su salida de la academia militar había participado en cinco guerras, desempeñado nueve cargos ministeriales (la más alta marca inglesa de todos los tiempos), había echado ocho mil discursos y había sido, en rápida sucesión, el hombre más popular y el más impopular de Inglaterra.

Durante esta época, entre 1929 y 1939, que ha sido llamada con frecuencia su período de "fuera de filas", Churchill se ocupó principalmente en escribir. Para entonces ya había publicado *La Crisis Mundial*, en cuatro gruesos volúmenes, que le produjo más de 100.000 dólares. Creyó llegado el momento de dedicarse a un trabajo todavía más importante, el monumental *Marlborough, su vida y su tiempo.*

Sus honorarios por artículos para revistas eran de los más elevados que se pagaban, y su producción era enorme. Estos ingresos, unidos a los 150.000 dólares que heredó al morir su madre en 1921, aliviaron considerablemente las cargas que la vida aristocrática imponía al matrimonio Churchill.

Con parte de sus ganancias como escritor compró en 1924 su famosa propiedad de Chartwell. Al poco tiempo de haber adquirido la finca, Churchill observó largo rato la labor de una cuadrilla de albañiles que hacía reparaciones y acto seguido empuño la llana, cogió unos ladrillos y se puso a trabajar en una dependencia que se estaba desmoronando. Cuando el capataz de la cuadrilla le dijo que para trabajar de albañil era necesario estar afiliado al sindicato, Churchill practicó el oficio hasta que pudo colocar dos ladrillos por minuto y luego solicitó la afiliación. Durante una pausa en su carrera, se dedicó a la pintura. Según sus hábitos característicos, adquirió todos los accesorios conocidos del oficio, incluso un blusón azul claro y una boina. Se dio prisa a pintar, y París muy pronto tuvo ocasión de asistir a la exposición de un artista desconocido llamado Charles Morin, seudónimo escogido por Churchill para sus proezas pictóricas. El arte de Churchill como pintor no admite otro calificativo que el de profesional. "Si este hombre fuese pintor de oficio –dijo en una ocasión Picasso–, podría ganarse muy bien la vida."

Políticamente, Churchill se encontró aquellos años en una situación anormal. Seguía perteneciendo al Parlamento, pero carecía de influen-

cia. Tanto Italia como Alemania habían iniciado el rearme. Al observar la creciente amenaza que Hitler constituía, Churchill proclamó la inminente urgencia de que Inglaterra se armase.

En su lucha –la lucha de un hombre solo– contra el fascismo, Churchill rayó tal vez a mayor altura que nunca. En reiteradas ocasiones, tanto en el Parlamento como en sus artículos periodísticos, denunció violentamente la amenaza nazi ante una nación que sufría de ceguera.

Demasiado tarde, Inglaterra despertó a la verdad de que otra vez Churchill había tenido razón desde el principio. Hubo una docena de ocasiones en cualquiera de las cuales se pudo parar a Hitler sin derramamiento de sangre, según reconocieron posteriormente los peritos. Churchill había abogado por la acción en todos y cada uno de los casos. Pero ya la suerte estaba echada y el carro del ídolo guerrero había emprendido la marcha. El primero de septiembre de 1939 entró con centelleante precisión en Polonia. El 3 de septiembre, Francia y Gran Bretaña declararon la guerra. Aquella misma noche, Churchill fue llamado a desempeñar su antiguo cargo en el Almirantazgo, y todas las unidades de la flota recibieron, por radio, señales luminosas o señales de banderas, el memorable mensaje: "Winston ha vuelto".

También el público acogió con calurosa aprobación el nombramiento, y cuando Churchill entró en el Parlamento, a la vez que se notificaba oficialmente a la Cámara la declaración de guerra, los diputados, puestos en pie, lo aclamaron. Una semana antes lo habían combatido con saña.

Pero aquella era la hora amarga de la historia inglesa. La nación estaba mal preparada para la guerra. Los nueve primeros meses en que Churchill dirigió el Almirantazgo se caracterizaron por la escasez de noticias alentadoras, y los frecuentes hundimientos logrados por los submarinos alemanes pusieron gravemente a prueba la moral británica.

Años antes, en uno de sus períodos de desgracia, Churchill había confiado a un amigo: "Dejaría definitivamente la política si no existiera la posibilidad de que un día pudiera llegar a primer ministro." El 10 de mayo de 1940, cuando Inglaterra sufría los peores momentos de la era civilizada, fue recompensada su perseverancia. Noruega había sucumbido; Chamberlain había dimitido por fin, y el rey Jorge llamó a Churchill.

El lunes siguiente pronunció su conmovedora arenga de "sangre, trabajo, sudor y lágrimas" que iba a ser la consigna de la democracia durante los seis años siguientes.

Todo aquel que estuvo junto a Churchill durante la guerra sintió

la vigorosa y enigmática excitación de valor que suscitaba su presencia. El efecto era casi hipnótico. En los días de Dunkerque, no mucho después de haber asumido el cargo de primer ministro, fueron principalmente sus apremiantes requerimientos los que salvaron al ejército expedicionario. Cuando llegó de Dunkerque la noticia de que era menester la evacuación rápida, Churchill entró en acción. En la mañana del 26 de mayo las primeras tropas abandonaron la plaza de Dunkerque. Al día siguiente se corrió por la radio y los periódicos la voz de que "Winnie necesita barcos", y muy pronto zarpó de los puertos de Inglaterra la abigarrada flotilla que habría de escribir uno de los capítulos más valientes de los anales militares británicos. Pero Churchill no trató en modo algunos de disfrazar de victoria aquel rescate. En lugar de hacerlo así pintó la situación de Inglaterra en tonos sombríos e insistió en las enormes pérdidas de material de guerra sufridas.

Europa no existía ya; Rusia había firmado el año anterior un pacto de no agresión con los alemanes, y los Estados Unidos proclamaban su inconmovible neutralidad. Churchill convocó una reunión de su gabinete, cuyos hombres formaron un solemne concilio para escuchar sus pavorosas predicciones. Nunca lo habían visto de mejor humor. "Bien, señores, estamos solos –les dijo–. Por mi parte, encuentro la situación en extremo estimulante."

Desde mayo de 1940 hasta febrero de 1945, las obligaciones del mando restaron a Churchill fuerzas incalculables, y nunca fue posible disuadirlo para que no gastase loca e innecesariamente las suyas. Cuando se lanzaban las señales luminosas durante los ataques aéreos, él aguardaba a que las bombas empezaran a caer para salir del número 10 de Downing Street. Luego se encaminaba lentamente por la calle expuesta al bombardeo hasta el anexo al número 10, que era más resistente y quedaba a unos metros de distancia. El inspector Walter Thompson, su guardaespaldas, se le acercó una vez cautelosamente por detrás, le quitó el sombrero y le puso el casco de reglamento. Churchill se lo quitó sin hacer comentarios y lo arrojó entre los arbustos. Por muy intenso que fuese el bombardeo, siempre abandonaba el refugio antes de que terminara, y casi todos los que le querían bien acabaron por renunciar a hacerlo permanecer en los subterráneos. Como dijo un obrero de Whitehall: "Cuando el primer ministro estaba enjaulado por un ataque aéreo, su endiablado humor era peor que el ataque." Churchill trabajaba de dieciséis a dieciocho horas diarias y nunca parecía estar cansado. Pero hacia la primavera de 1945, algunos de sus familiares creyeron que daba muestras de desgaste emocional.

La noticia de la muerte del presidente Roosevelt fue para él, indudablemente, el peor momento de la guerra. Thompson recibió una llamada urgente a las tres de la madrugada y fue al dormitorio del primer ministro. Lo encontró anegado en lágrimas y diciendo: "Terrible, terrible." A los pocos minutos añadió: "Era un gran amigo. Nos ayudó inconmensurablemente cuando más lo necesitábamos. He perdido a un buen amigo."

El día de la victoria aliada, la jornada más grande para Churchill y para Inglaterra, el primer ministro recorrió en automóvil la distancia de su residencia a la Cámara de los Comunes. Cuando ya la comitiva llegaba a la plaza del Parlamento, Churchill se había encaramado en el asiento delantero del coche abierto y estaba en pie, sonriente; con sus dedos hacía el signo de la victoria a la delirante multitud. De repente se dio cuenta de que había olvidado los cigarros. "Vuelva y tráigame uno —gritó a Thompson— La gente espera verlo."

Al entrar, por fin, en el salón de sesiones para enfrentarse con los legisladores, el primer ministro fue objeto de la más tumultuosa ovación que registra la historia de la asamblea. Los diputados olvidaron todas las formalidades rituales y se subieron a los escaños, gritando y agitando periódicos. Churchill permaneció en pie, en el sitio de costumbre, a la cabecera del banco ministerial. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y hacía movimientos de cabeza en espera de poder hacer uso del inapreciable privilegio de anunciar oficialmente la victoria.

Dos meses más tarde, cuando el voto de los ingleses lo depuso del cargo, Churchill recibió, al parecer inconmovible, la brusca repudiación. Pero se mostró frío a toda insinuación de honores.

Churchill se dedicó de nuevo a escribir, hasta que las elecciones de octubre de 1951 lo restablecieron espectacularmente en su puesto de primer ministro.

La reina Isabel II le concedió la Orden de la Jarretera en 1953. Aquel mismo año, Churchill fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura por sus *Memorias de la segunda guerra mundial.* Sir Winston Leonard Spencer Churchill continuó en su puesto hasta 1955. Entonces, sintiendo ya el peso de los años, dejó la jefatura del Gobierno en manos de Anthony Eden y tranquilamente abandonó la escena política.

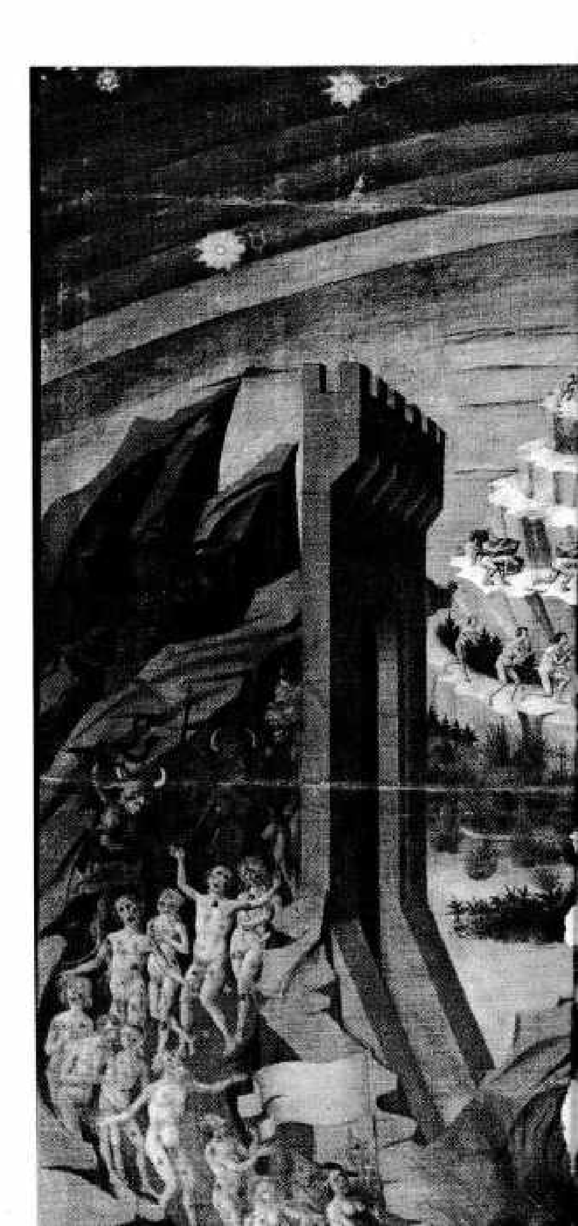
Pero en su retiro no fue olvidado. Inglaterra siguió aclamándolo como héroe hasta su muerte, el 24 de enero de 1965.

Al examinar la vida de este gran estadista se nos ocurre preguntarnos, con palabras de Shakespeare: "¿Cuándo vendrá otro como él?"

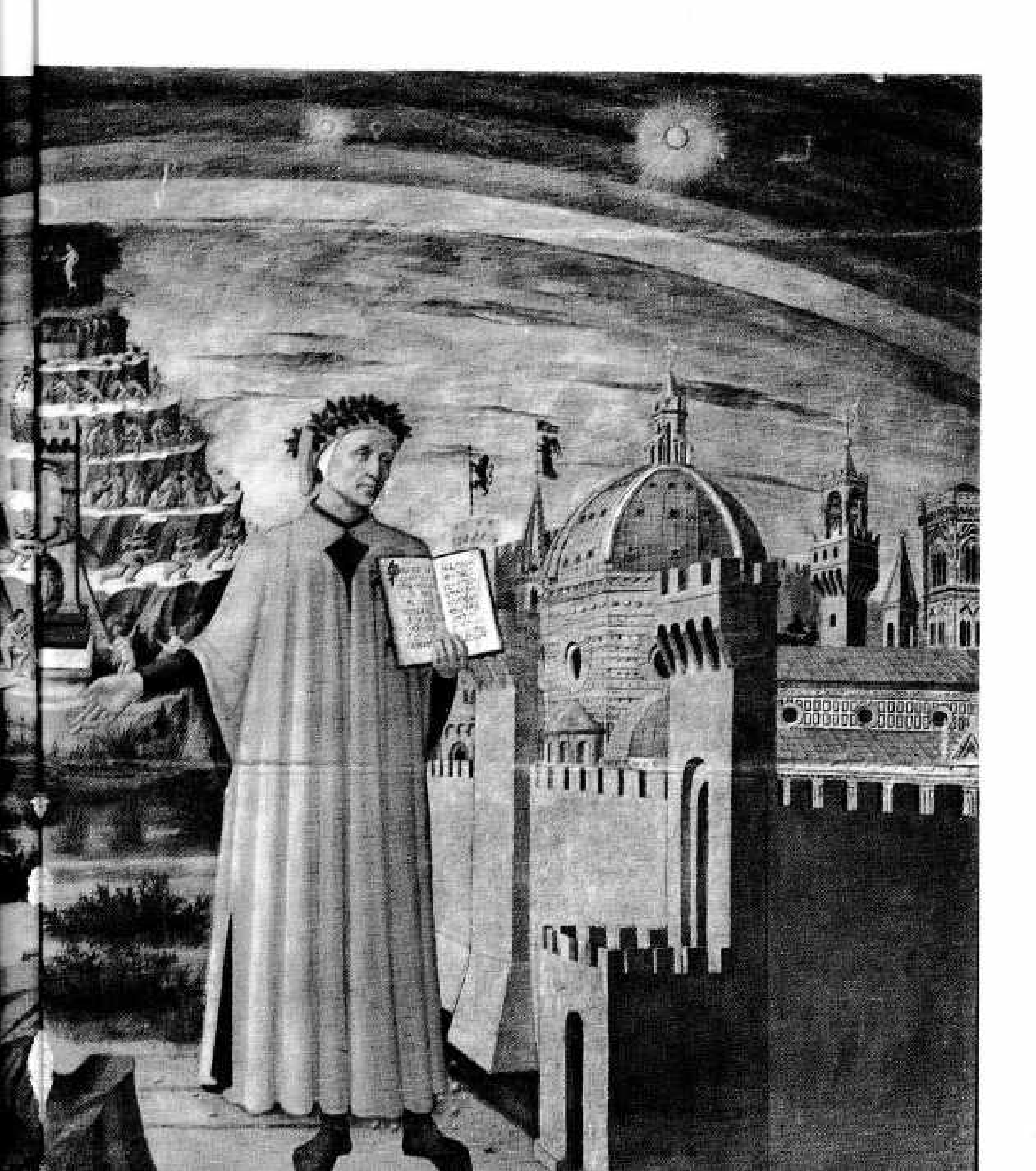
POETA DE LA ESPERANZA

Ernest Hauser

En 1465, con motivo de celebrarse el segundo centenario del nacimiento de Dante, los operarios de la catedral de Florencia encargaron a Doménico de Michelino, ex alumno del Beato Angélico, un retrato del Poeta. Doménico terminó en menos de seis meses el cuadro que se conserva aún en dicha catedral. Esta obra que reproducimos aquí es la única que en realidad se puede atribuir a Michelino, y fue realizada cuando el artista estaba en plena madurez.



Dante Alighieri es uno de los más grandes poetas de todos los tiempos. Visionario, precursor y padre del idioma italiano, su importancia trasciende los límites de su época. Si bien vivió en la Edad Media, su espíritu se adelantó en muchos siglos a sus contemporáneos, y aun hoy nos desconciertan sus rasgos de modernidad. Su obra monumental, la *Divina Comedia,* visita imaginaria al más allá, que ha sido traducida a cincuenta idiomas, es una de las glorias perdurables de la literatura universal.



Dante la tituló "comedia" porque tiene un desenlace feliz, pero lo de "divina" se lo agregó un editor doscientos treinta y cuatro años después de la muerte del poeta.

La importancia de esta obra está en el mensaje universal que contiene, según el cual el hombre debe explorar la intimidad de su alma, mirar a su propio corazón y levantarse sobre el pecado y la tentación para hacerse digno de la sociedad en que vive. Escribiendo en una época parecida a la nuestra, llena de internas convulsiones, el poeta hace un llamamiento al hombre, en pro del orden y la paz. Vislumbró un "mundo unido", y esto lo convierte en el primer europeo de mentalidad moderna.

Dante Alighieri nació en el seno de una familia de la nobleza florentina, el año 1265. La fecha exacta no se conoce, pero él nos dice en sus obras que nació bajo el signo de Géminis, es decir, entre el 21 de mayo y el 21 de junio. Alcanzó la fama a edad temprana, y partes de su *Comedia* (empleó casi veinte años en terminarla) se publicaron tan pronto como fueron escritas. Describe con tanto realismo todos los detalles —el tormento de los proscritos, la dicha de los redimidos, y sus aterradoras aventuras personales en el camino—, que muchos lectores la aceptaron como historia auténtica. Atestiguan el éxito de la obra más de quinientos ejemplares copiados a mano que circularon en los años inmediatos a su muerte. Sirvió de inspiración a pintores como Miguel Ángel en su célebre *Juicio Final*, Botticelli y Gustavo Doré. Hoy son millares los italianos que se saben sus versos de memoria, y en Italia existen por lo menos veinte ediciones permanentemente en el mercado, con una venta anual de ochenta mil ejemplares. Con placas de mármol se perpetúan en Florencia pasajes del inmortal poema y así se recuerda al visitante que por esas mismas calles paseó el autor.

¿Cómo era Dante y cuáles fueron los acontecimientos más importantes de su vida? En el antiguo Palacio de la Señoría, en Florencia, hay un retrato pintado por un contemporáneo suyo, en el que aparece el poeta alto y erguido, el rostro enjuto, larga y desdeñosa la nariz, la boca altiva y la quijada prominente. Viste luengo manto talar y capucha de punto, a la manera de los letrados de su tiempo. Su mirada fue siempre melancólica y pensativa, según afirma alguien que lo conoció, y de su obra se desprende que poseía una voluntad de hierro, opiniones inalterables y carácter violento. Algunos de sus mejores versos son auténticas contumelias, de cuya vehemencia no escapaban ni el rey, ni el papa, ni sus conciudadanos. Tenía, no obstante, amigos distinguidos que le guardaron lealtad toda la vida. Poseía un agudo sentido



Vasari atestigua que, entre los años 1492 y 1497, Lorenzo el Magnífico encargó a Sandro Botticelli que ilustrara en pergamino la obra de Dante. El trabajo resultó una auténtica maravilla. He aquí cómo imaginó Botticelli un fragmento del Canto XVIII del Infierno, en el que se describe el terrible regreso de Malebolge, lugar "enteramente de piedra y de color de hierro", según los versos de Dante.

del humor, y a veces sus escritos nos hacen reír. No podemos olvidar que un tierno amor, inspirador de sus más elevados pensamientos, guiaba su obra.

Florencia, en la época de Dante, era una república pequeña, independiente y activa, situada en las márgenes del Arno, cuya estructura social sufría una significativa trasformación, ya que la antigua nobleza iba siendo desplazada por una nueva clase de mercaderes adinerados. Como vástago de noble estirpe, Dante asistió a las florecientes escuelas religiosas y aprendió griego, latín, oratoria y filosofía. Cuando tenía nueve años ocurrió un hecho que había de influir profundamente en su vida. Conoció en una fiesta familiar a una niña, hermosa y tímida, de su misma edad: Beatriz Portinari. "Poseía tal aire de dignidad y tan admirable porte —escribiría él más tarde—, que bien se le podían aplicar las palabras del poeta Homero: No parecía ser la hija de un hombre corriente, sino más bien de un dios."

Después, Dante la vio raras veces, pero siempre la adoró a distancia y le escribió hermosos poemas de amor. Ella se casó con un banquero de la ciudad y murió a los veinticinco años. Dante contrajo matrimonio con una dama llamada Gemma Donati, con la que tuvo no menos de

tres hijos, pero siempre decía que su amor espiritual por Beatriz "gobernaba su vida". En la *Divina Comedia,* Beatriz fue su guía en su visita al Paraíso y así quedó inmortalizada.

Durante su juventud, el poeta leía con avidez y escogía sus amistades entre la nobleza y las clases cultivadas. Su fuerza lírica no tardó en eclipsar a todos los escritores contemporáneos, y antes de cumplir los treinta años había publicado en un tomito titulado *La Vita Nuova* (La vida nueva) algunos de sus poemas más encantadores, mezclados con pasajes en prosa en que relata sus raros encuentros con Beatriz. Uno de estos poemas, que comienza *Donne ch'avete intelletto d'amore* ("Mujeres que sabéis de amor") alcanzó un éxito inmediato e hizo que su nombre se conociera en toda Italia.

Dos facciones políticas se disputaban entonces acerbamente el predominio en Florencia: los güelfos, defensores de los fueros de la antigua nobleza, y los gibelinos, representantes de la nueva clase media. Dante, que formaba parte de estos últimos, fue elegido varias veces para ejercer cargos públicos. En una ocasión fue consejero del Consejo de gobierno, constituido por seis ciudadanos. Hizo su servicio militar en el arma de caballería y combatió en dos batallas, por lo menos.

A los treinta y seis años formó parte de una misión diplomática que visitó al papa Bonifacio VIII, arbitrario y ambicioso pontífice que intentaba arrebatar la libertad a Florencia y al cual Dante despreciaba. A su regreso de Roma, supo que sus enemigos los güelfos, partidarios del Papa, habían tomado el poder en Florencia y saqueado su casa. Además, lo condenaron al destierro y a pagar una fuerte multa. Viendo que no regresaba para defenderse, sus enemigos lo sentenciaron a ser quemado vivo si volvía a poner los pies en Florencia. Bartolomeo della Scala, señor de Verona, le concedió asilo, y así comenzó el amargo destierro que tuvo que sufrir durante todo el resto de su vida.

Pocos hombres han amado más apasionadamente a su ciudad natal. Durante sus largos viajes, Dante soñó y escribió con el tema de Florencia, unas veces con nostalgia y otras con amargura. Decía que era una ciudad "depravada", cuna de gente maligna. Más tarde, cuando los florentinos comprendieron que habían perdido a su hijo más grande, le ofrecieron un perdón que él rechazó indignado. En varias ocasiones, en el curso de los siglos trascurridos después de su muerte, acaecida en Rávena, los florentinos reclamaron sus restos y llegaron hasta construir para albergarlos una suntuosa tumba en la iglesia de la Santa Cruz, donde hoy yacen otros grandes hombres de la ciudad, entre ellos Miguel Ángel; pero el pueblo de Rávena no admitía que

Florencia, "que no lo quiso vivo, hubiera de tenerlo muerto", y hasta el día de hoy la tumba de Dante en Florencia permanece vacía.

En el destierro, Dante escribía constantemente. Le preocupaba mucho la enorme separación existente entre el escritor y las masas. Abogó por un verdadero idioma italiano, un "vernáculo noble", que remplazara al latín como lengua literaria. Solo los ricos, los monjes y los eruditos sabían leer el latín, y Dante quería dirigirse a toda la gente. Tenía un oído muy sensible al lenguaje común, y creó su propio idioma, sencillo y melódico, formado con palabras de los dialectos locales, idioma que ha cambiado poco desde su tiempo, de tal modo que a un italiano moderno le cuesta menos trabajo leer a Dante que a un inglés de hoy leer a Shakespeare.

La fama literaria de Dante se difundió pronto, a través de los Alpes, a Alemania y a Francia. En su brillante folleto político *De la monarquía*, censuró la guerra fría entre el Emperador y el Papa, guerra que estaba destrozando a Europa. ¿Por qué no habían de convivir, ejerciendo uno el poder espiritual y el otro el temporal? Así, Europa podría unirse bajo un solo gobierno, justo y sabio. En toda su *Comedia* hay también una fuerte inspiración de política mundial; hasta el fin de su vida, Dante alzó la voz contra toda injusticia, tiranía y corrupción en las altas posiciones.

La mayor parte de la *Comedia* fue escrita en Rávena, donde vivió los últimos días de su vida en paz, rodeado de su familia. Dividió el vasto tema en tres libros y cien cantos, que narran la historia de su viaje imaginario al más allá. Se verifica en el Año Santo de 1300 y dura una semana.

Su guía para la primera etapa del viaje es el alma de Virgilio, el poeta latino a quien Dante más admiraba y que lo acompaña a través del Infierno, lugar aterrador, alumbrado por las llamas y lleno de "suspiros, llantos y lamentaciones". Hay en el sombrío paisaje ríos, rocas, desiertos y una ciudad en llamas.

Se necesita la destreza de un verdadero artista para dar vida a este imperio tenebroso. Dante lo logró convirtiéndose en el indagador curioso. Al descender a las profundidades se detiene a charlar con las almas atormentadas; tranquilamente hace preguntas y toma nota de todo lo que relatan. Muchos de los pecadores que encuentra son personajes conocidos de su tiempo, y no tiene recelo para describir a las personas que le disgustan, entre ellas príncipes y políticos.

Dante vivió en una época de crueldad, y crueles son los tormentos que narra. Hay pecadores sumergidos en pez hirviendo; otros están

convertidos en árboles retorcidos, y cuando el poeta arranca una ramita, el árbol sangra y se queja. Los hipócritas pasan vestidos de cogullas monjiles hechas de plomo dorado.

No faltan en la obra emocionantes aventuras. En el centro de la Tierra los visitantes encuentran a Satanás, gigantesca y negra figura rodeada de hielo. Tienen que pasar a su lado para alcanzar un portillo que les permita salir del Infierno, pero ¿cómo hacerlo? Armándose de valor se descuelgan por el peludo cuerpo del Demonio y, después de atravesar un túnel, llegan al otro lado de la Tierra, donde ven el monte del Purgatorio que sobresale del mar.

Si en este punto hubiera terminado Dante su poema, lo escrito le habría sido suficiente para alcanzar la gloria; pero aunque ninguna otra parte de la *Divina Comedia* puede equipararse con el libro del "Infierno", en lo que se refiere a efecto dramático, los libros que describen el Purgatorio y el Paraíso también están llenos de emoción. En el último, el poeta oye que lo llama por su nombre una voz de mujer. No es otra que su adorada Beatriz. En el jardín del Edén, situado en la cima de un monte, los dos son súbitamente llevados por los aires, en medio de brillante luz y música, hasta el Cielo. La *Comedia* termina en un resplandor de gloria. En el décimo Cielo, Beatriz deja al viajero, pues ya ha cumplido su tarea; y con una deslumbradora visión de Dios mismo, el poeta abandona la pluma. En su último y resonante verso nos asegura que "es el Amor el que mueve el Sol y las demás estrellas".

Dante murió a los cincuenta y seis años, poco después de haber terminado la *Comedia*. Luego su libro sería explicado en las universidades italianas como la obra moral y religiosa más importante de la época, pues el autor convenció a sus lectores de que las almas van a alguna parte después de la muerte y de que el hombre, durante su vida terrenal, decide él mismo cuál será su destino final. Señala un camino que todos podemos intentar seguir: el camino hacia lo íntimo de nuestra propia conciencia, y de allí hacia arriba, hacia la luz y la salvación. Virgilio, simbolo de la Razón, y Beatriz, símbolo de la Fe, nos confortarán en el trayecto.

Aunque Dante vivió y trabajó en un mundo que no había salido aún de las tinieblas de la Edad Media, su obra maestra prefigura la brillante época que habría de surgir pocas generaciones después: la del humanismo, la del descubrimiento, la del Renacimiento. El individuo, rompiendo las cadenas del oscurantismo, se yergue triunfante en la obra del poeta. Así, pues, con este gran florentino presenciamos también el nacimiento del hombre moderno.

¿QUIÉN FUE CLEOPATRA?

Don Wharton

Solemos pensar que Cleopatra fue una sirena egipcia, una seductora caprichosa que se mató por amor al general romano Marco Antonio. Poco de esto es cierto. Aunque Cleopatra fue emperatriz del antiguo reino, ni una sola gota de sangre egipcia corría por sus venas: era griega macedonia; la capital de su reino, Alejandría, era una ciudad griega, y el idioma de su corte fue el griego. Su dinastía fue fundada por Tolomeo, general macedonio de los ejércitos de Alejandro Magno, quien después de la muerte de este se apoderó de Egipto y se proclamó rey.

En cuanto a su frivolidad, no hay prueba alguna que relacione a Cleopatra con ningún hombre, excepto con Julio César y, tres años después de morir este, con Marco Antonio. Ninguna de estas dos relaciones fue ilícita; ambas fueron aprobadas por los sacerdotes y reconocidas en Egipto como matrimonios. La idea, pues, de que Cleopatra fue una mujer voluptuosa que empleó sus atractivos para seducir a estos dos hombres, es absurda.

Sin embargo, la leyenda de su vida ha persistido durante dos mil años, sobre todo en virtud de que poetas y dramaturgos, entre ellos Shakespeare, resaltaron más los encantos físicos y los amores de aquella mujer, que su inteligencia y su valor. Sin embargo, sus acciones la revelan como una mujer talentosa y resuelta que se pasó la vida batallando para evitar que los romanos se adueñaran de su país.

Cleopatra nació en el año 68 o 69 antes de Jesucristo, y creció entre intrigas cortesanas y violencia. Su padre, Tolomeo XI, murió cuando Cleopatra tenía dieciocho años; entonces esta se convirtió en reina y gobernó conjuntamente con su hermano de diez años, Tolomeo XII. Dos años después, el joven Tolomeo, dominado por tres conspiradores palaciegos, desterró a su hermana a Siria. Dando ya muestras del valeroso ánimo que había de caracterizar su vida, Cleopatra no tardó en organizar un ejército y regresar para luchar por su derecho al trono.

Esta fue la Cleopatra que Julio César conoció cuando, en el otoño

Detalle del bajorrelieve de un obelisco de granito hallado en las excavaciones de Tebas. A la derecha vemos a Cleopatra y al dios tebano Mut, el de cabeza de halcón; a la izquierda, Tolomeo XIV (Cesarión) con el dios Amón. Este obelisco se encuentra en el Museo Egipcio de Turín. Se cree que el busto de escayola de la página de la derecha es un retrato de la reina de Egipto. Proviene de unas excavaciones romanas de hace aproximadamente dos siglos, y se halla actualmente en el Museo Británico de Londres.

del año 48 antes de Jesucristo, llegó a Egipto en persecución del general romano Pompeyo, su adversario en la lucha por el poder político (género este de conflictos que había de tener a Roma en constante agitación durante casi un siglo).

¿Cómo era Cleopatra físicamente? Los únicos indicios que tenemos son unas pocas monedas acuñadas con su perfil, y un busto extraído de unas ruinas romanas, 1800 años después de su muerte. En estas reliquias vemos una nariz aquilina, una boca muy bien formada, de labios bellamente cincelados. Varios historiadores antiguos hablaron de su "arrebatadora belleza", pero jamás habían visto a la Reina. Quizá la referencia más exacta sea la de Plutarco, a cuyo abuelo le habló de Cleopatra cierto médico que conocía a uno de los cocineros reales. Plutarco dijo que su belleza "no era tan notable como para que no pudiera comparársele ninguna otra mujer".

Sin embargo, los historiadores más cercanos a aquella época hablan



de la "Fascinante conversación" de Cleopatra; de la dulzura de su voz; de "La sutileza y agilidad de su palabra". Conocía seis idiomas y era muy versada en historia, literatura y filosofía griegas. Negociaba con astucia y demostró ser una estratega de primer orden.

Era también muy hábil para "teatralizar" todos sus actos. Cuando César la conminó a dejar sus tropas y trasladarse al palacio de que él se había incautado en Alejandría, Cleopatra entró sigilosamente en la ciudad al anochecer, se hizo envolver y atar en una alfombra y, oculta así, fue llevada hasta el palacio de César.

Ya fuera una estratagema para librarse de los asesinos a sueldo de su hermano, o bien para impresionar a César, la entrada de Cleopatra en el aposento del romano resultó uno de los actos más teatrales de la historia. Su valentía y su encanto convencieron a César de que sería políticamente conveniente restaurarla en su trono.

Tal vez para impresionar a César con la riqueza de Egipto, Cleopa-

tra organizó en la primavera siguiente una excursión por el Nilo. Durante semanas, César y ella navegaron en una complicada casa flotante, escoltados por cuatrocientos navíos cargados de tropas y abastecimientos. En el mes de junio, Cleopatra dio a luz un niño, al que puso de nombre Cesarión, que en griego significa "pequeño César". Este niño, único hijo varón de Julio César, parece haber sido la raíz de un ambicioso plan de sus padres para unir a Roma y Egipto en un solo y dilatado imperio gobernado por ellos y sus descendientes. Al poco tiempo de nacer el niño, César parte de Alejandría para llevar a cabo unas operaciones militares en Asia Menor y el norte de África, con las que puso fin a toda oposición política. Al año regresó triunfalmente a Roma como dictador indiscutible. Cleopatra lo esperaba allí, con su hijo Cesarión, en la magnífica villa donde su esposo la había instalado.

Desde entonces empezó Cleopatra su influencia sobre la vida romana. Llevó de Alejandría fabricantes de moneda para mejorar la acuñación romana, y hacendistas que ordenaran el programa fiscal de César. Sus astrónomos reformaron el calendario romano y crearon el que sirvió de base para nuestro sistema actual de división del tiempo. César mandó colocar la estatua de Cleopatra en un nuevo templo construido en honor de Venus y acuñó una moneda en la que se podía reconocer, en las figuras de Venus y Eros, a Cleopatra con Cesarión en sus brazos. El poder de César parecía absoluto. Pero repentinamente, veinte meses después de llegar Cleopatra a Roma, Julio César muere asesinado en los Idus de marzo.

¿Sintió Cleopatra gran dolor por la muerte de César? Nadie lo sabe. Al mes, Cleopatra embarcó para Egipto. Los historiadores carecen de información acerca de los tres años siguientes de su reinado, con excepción de que, en la lucha por el poder que hundió a Roma en una guerra civil, los contendientes buscaron la ayuda de Cleopatra. Pero todo indica que siguió una política prudente, en espera de ver quién sucedería a César.

Cuando Marco Antonio llegó triunfante a Oriente, pidió a Cleopatra que se reuniese con él en la ciudad de Tarso. Durante algún tiempo la Reina no hizo caso a su petición. Por fin se decidió a ir, y llevó su espléndida flota cargada de oro, esclavos, caballos y joyas. Al llegar a Tarso, en vez de desembarcar, Cleopatra esperó serenamente la visita de Antonio. Una vez que se las ingenió para que Marco Antonio fuera su invitado, le presentó un deslumbrante espectáculo. Los remos guarnecidos de plata de la galera marcaban el ritmo de la música producida por flautas y arpas; las jarcias eran manejadas por hermosas esclavas

ataviadas como ninfas marinas y gracias; había incensarios que esparcían perfumes, y reclinada bajo un toldo de oro estaba Cleopatra, disfrazada de Venus y abanicada por jóvenes vestidos de Cupidos.

Cuando terminó el banquete, Cleopatra regaló a Marco Antonio los objetos de oro, vasos labrados, sedas y encajes que habían usado para el servicio de la mesa. A la noche siguiente volvió a festejar a Antonio y sus oficiales, y cuando se marcharon les obsequió a todos con presentes parecidos. No se proponía ganarse el afecto de Antonio, sino impresionarlo con la ilimitada riqueza de Egipto y hacerle ver así su poderío como aliada.

Tres meses después llegó Antonio a Alejandría y allí pasó el invierno. Se marchó en la primavera, seis meses antes de que Cleopatra diese a luz dos gemelos, y no volvió a verla durante casi cuatro años. Entre tanto, Cleopatra fortaleció las defensas de su país, renovó su escuadra y almacenó oro y provisiones. Cuando Antonio, con la esperanza de extender su poder en Oriente, le pidió que se reuniera con él en Siria, Cleopatra se presentó decidida a vender cara su alianza. Logró un acuerdo mediante el cual le serían devueltas a Egipto todas las amplias zonas del territorio que los faraones habían poseído mil cuatrocientos años antes y que por aquel entonces eran provincias romanas. Marco Antonio también aceptó la propuesta de casarse con ella legalmente, y para conmemorar este acontecimiento se acuñaron monedas en las que figuraban las efigies de ambos. De esta forma empezó para Cleopatra una nueva fase de su reinado.

Tenía entonces treinta y tres años e inició, junto a Antonio, la guerra contra los persas. Hallándose en el Éufrates, tuvo que renunciar a la campaña por estar de nuevo embarazada. El hijo nació en el otoño, y durante aquel invierno llegaron desesperadas llamadas de Antonio, cuyo ejército había sido aniquilado. Cleopatra, con dinero, provisiones y armas, fue en su ayuda.

El año siguiente, 35 a. J. C., Cleopatra tuvo que usar toda su astucia para evitar que Antonio, cuya mente estaba cegada por la bebida, intentase otra invasión de Persia. Comprendiendo que el verdadero enemigo de ambos era Octavio, sobrino y legítimo heredero de César, que desde Roma dominaba en Occidente, Cleopatra convenció a Marco Antonio para que concentrara todos sus esfuerzos en derribarlo. En el año 32 a. de J. C. precipitó la guerra con Octavio al convencer a Antonio de que tomase dos decisiones: declarar por escrito que se divorciaba de su anterior esposa, Octavia (la hermosa hermana de Octavio), y ordenar a sus tropas que cruzaran el mar Egeo y desembar-

casen en Grecia. Cleopatra se encontraba en aquellos momentos en la cumbre de su poderío. Los reyes del Oriente Medio le rendían vasallaje, los atenienses la cubrían de honores, la aclamaban como Afrodita y le erigieron una estatua en la Acrópolis.

Sin embargo, en Accio, en la costa occidental de Grecia, a última hora de la tarde del 2 de septiembre del año 31 a. de J. C., todo se derrumbó. Los historiadores nunca se han puesto de acuerdo sobre esta batalla decisiva. ¿Por qué Antonio, con fuerzas de tierra superiores, consintió que el choque se convirtiera en una batalla naval? ¿Por qué Cleopatra, cuando la lucha en el mar estaba en su momento más violento y el resultado aún en el aire, se volvió a Egipto con sus sesenta barcos de guerra? ¿Por qué Antonio, dejando tras él su enorme ejército, subió al barco de Cleopatra y se marchó con ella?

En Egipto, al difundirse las noticias del desastre, Cleopatra dominó con mano firme todos los brotes de rebeldía.

Cuando las tropas de Octavio se apoderaron de los fuertes situados en la frontera egipcia, Cleopatra permaneció en Alejandría dispuesta a negociar con él o a luchar contra él. Pero cuando el ejército invasor atacó, la marina y la caballería de la Reina desertaron. Antonio se suicidó; Cleopatra, capturada viva, quedó bajo custodia, y se le advirtió que, si se suicidaba, sus hijos morirían también.

Aunque Octavio prometió clemencia, Cleopatra supuso que su sino sería como el de centenares de cautivos reales, que habían sido paseados por las calles de Roma cargados de cadenas y luego ejecutados. Audaz hasta el fin, fingió haber renunciado a todo propósito de suicidio. Obtuvo el permiso para visitar la tumba de Marco Antonio, y mientras su litera recorría las calles, se puso en contacto con fieles partidarios suyos. De regreso a sus habitaciones se bañó, cenó e hizo que sus esclavas la vistieran de Venus. De lo que ocurrió luego, solo sabemos esto: los oficiales romanos que entraron en sus habitaciones la encontraron muerta. Según la leyenda, la Reina había dejado que la mordiera un áspid que tenía oculto en una cesta de higos.

Cuando se celebró en Roma la conquista de Egipto por las armas de Octavio, arrastraron por las calles una estatua de Cleopatra con un áspid enroscado a uno de sus brazos. Los tres hijos que tuvo con Antonio –Cesarión había sido ejecutado– fueron obligados a marchar en la degradante procesión. Fue entonces cuando los poetas romanos, para ganarse el favor del vencedor, empezaron a esparcir la leyenda de una reina egipcia malvada y licenciosa. Esa es la leyenda que ha llegado hasta hoy.

HERNÁN CORTÉS, CONQUISTADOR DE MÉXICO

Lawrence Wilson

Con ser tan ricos en hazañas temerarias los acontecimientos guerreros del siglo XVI, nada hay comparable a la proeza de Hernán Cortés, quien, con solo un puñado de hombres, conquistó una de las naciones más belicosas y más civilizadas del Nuevo Mundo.

En la época de su expedición contra los aztecas, Cortés tenía treinta y tres años y vivía cultivando la tierra en Cuba. A esta isla llegó el explorador Juan de Grijalva en el año de 1518, portador de un buen cargamento de oro y de noticias acerca de las inmensas riquezas de México. Esto incitó al gobernador de Cuba, don Diego Velázquez, a planear una ambiciosa expedición a tierra firme. Nombró a Cortés capitán de la misma, pensando que en aquel hombre se combinaban las necesarias condiciones de atrevimiento e ingenio, con la modestia suficiente para refrenar su ambición y subordinarla a la del gobernador.

Cuando Cortés recibió el nombramiento se dedicó a organizar la expedición, con tal despliegue de energía y talento que Velázquez, temiendo verse oscurecido por su teniente, le retiró el mando. A pesar de todo, Cortés, que estaba decidido a hacerse a la mar, zarpó por cuenta propia hacia el continente americano el 18 de noviembre de 1518. Componían la expedición once navíos pequeños, cien marineros, quinientos soldados, doce cañones y dieciocho caballos, los cuales habrían de resultar de una importancia decisiva.

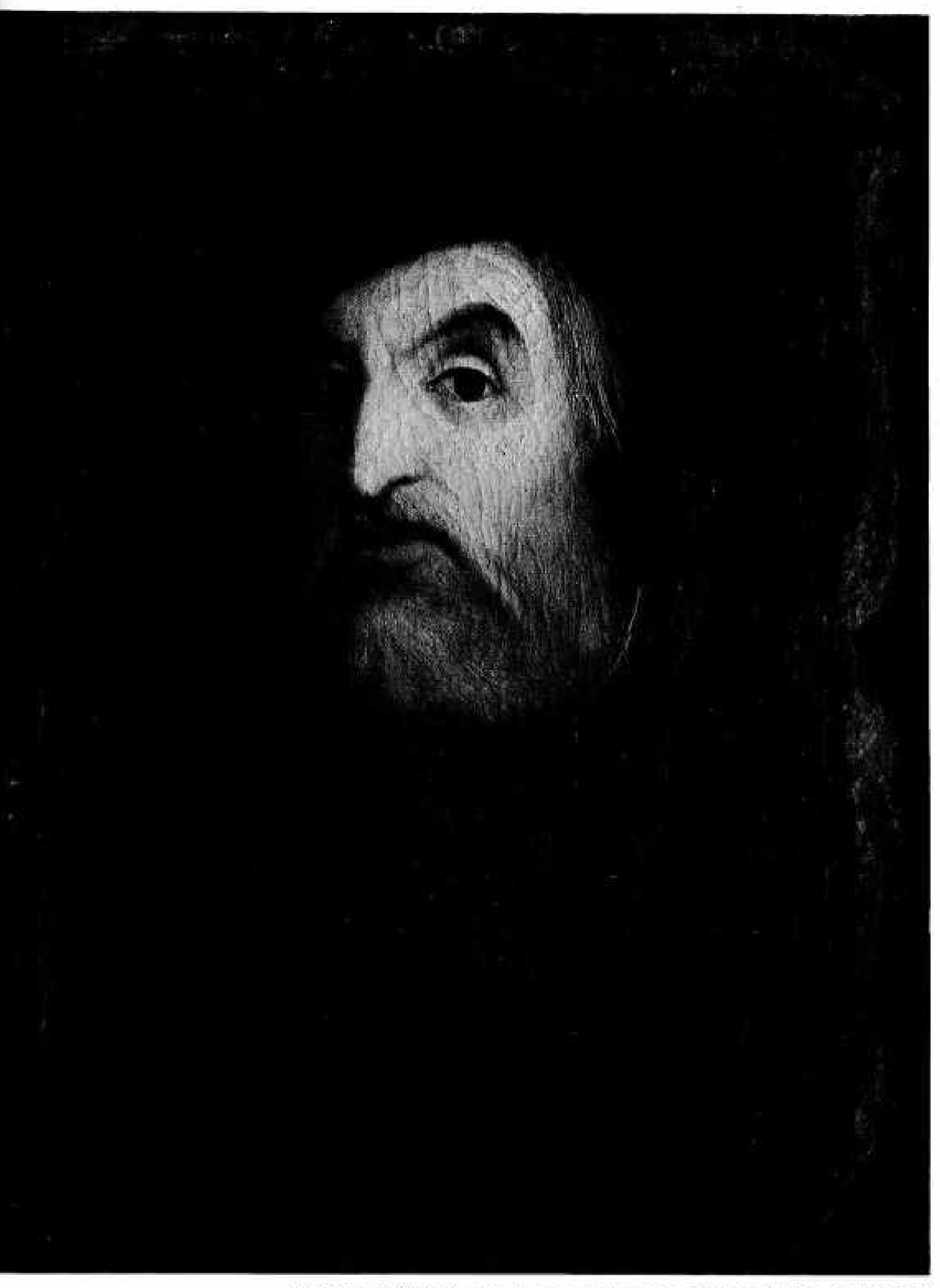
A principios de marzo la expedición recaló en la desembocadura del río Tabasco, a los pies de la península de Yucatán. Fueron recibi-

dos tan hostilmente por los indios que sólo después de dura refriega pudo Cortés desembarcar y proveerse de agua y alimentos. Por boca de tres indios, a quienes habían capturado en la pelea, los españoles descubrieron que los jefes de los pueblos vecinos se preparaban para atacarlos. Efectivamente, en la madrugada del día siguiente fueron acometidos por una gran fuerza: más de setenta españoles resultaron heridos en el primer asalto. Ante la desproporción de un español por cada trescientos indios, ni la artillería pudo ser eficaz. A pesar de ello, Cortés logró burlar a los atacantes y cayó sobre su retaguardia con la caballería; los indios huyeron aterrados.

Los nativos nunca habían visto este tipo de animales; caballo y jinete, recubiertos de brillante armadura, eran a sus ojos monstruos desconocidos, especie de dioses del trueno y el rayo. Cortés descubrió en seguida la causa del espanto de los indios, y desde entonces, cuando algún caballo moría en el combate, ordenaba que lo enterraran secretamente, para que los indígenas no supieran que aquellos extraños seres eran vulnerables.

Una vez ganada la primera batalla, Cortés, valiéndose de intérpretes, inició negociaciones con las tribus vencidas, haciéndoles comprender que los españoles deseaban tratarlos como hermanos. Al día siguiente se presentaron en el campamento de los conquistadores cuarenta caciques, portadores de regalos consistentes en pavos y otras aves, pescados y tortillas de maíz. Era evidente que aquella gente consideraba a los invasores como seres sobrenaturales. Cortés no desaprovechó la oportunidad de impresionarlos. Dijo a los caciques que los "portarrayos" estaban todavía enojados con ellos por haber osado atacar a los españoles, y que él tenía dificultades para detener los rayos mortales que llevaban en su seno. Luego, mientras hablaba, y a una señal convenida de antemano, ordenó que dispararan el cañón más grande de que disponían. Al sentir la explosión, los jefes se postraron en tierra e imploraron su perdón.

Los indios quedaron convencidos de que Cortés disponía de un supremo poder y que, por tanto, era inútil luchar contra él. En cambio, acudieron con más regalos para los españoles, entre los que se incluían veinte doncellas. Una de ellas pasaría a la historia con el nombre de doña Marina. Era una joven notable por su belleza e inteligencia, que se convirtió en devota y fiel compañera de Cortés. Esta indígena, que hablaba las lenguas azteca y maya, pronto aprendió el castellano, lo que le permitió actuar como intérprete y emisario de Cortés. Los caciques regalaron también a Cortés objetos de oro, y cuando este les



Retrato de Cortés que se conserva en el Museo Naval de Madrid.
Se desconocen el nombre del autor y la fecha en que fue pintado.

preguntó dónde habían obtenido el rico metal, contestaron "Moctezuma, Tenochtitlán".

Pasado algún tiempo, llegaron mensajeros de la capital azteca, enviados por el propio Moctezuma, para inquirir qué clase de hombres eran los españoles y qué buscaban en el país. Estos comisionados eran gente de alta posición. Vestían con magnificencia y llevaban espléndidas capas de plumas de colores. Cortés los recibió con la típica cortesía castellana, y hablándoles por medio de intérpretes les hizo saber que era servidor de un soberano tan poderoso que muchos príncipes se sentían honrados al rendirle vasallaje. Este rey, sabedor de la grandeza del emperador azteca, había enviado a sus mensajeros para establecer relaciones con él y traerle algunos presentes. A continuación, Cortés pidió a los aztecas le dijeran cuándo y dónde podría recibirlo el emperador Moctezuma.

Los indios, un tanto mortificados por lo que acababan de oír, replicaron:

—Moctezuma, nuestro emperador, es también un poderoso soberano, y no será fácil entrevistarse con él.

Deseosos, sin embargo, de establecer relaciones cordiales entre los dos pueblos, los indios entregaron a Cortés los regalos que traían: suaves y delicados mantos de algodón, objetos adornados con plumas y, por último, el oro que Cortés y sus compañeros buscaban.

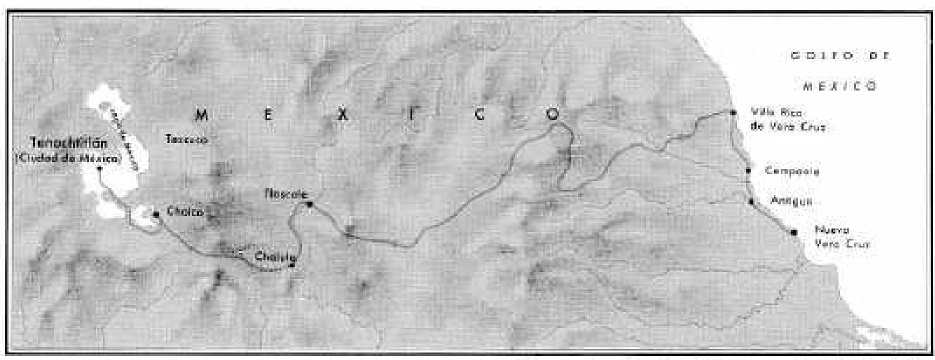
Por su parte, Cortés les dio una silla pintada, un birrete carmesí y unas cuentas de vidrio. Pero para grabar en el ánimo de los visitantes la impresión del poder de sus fuerzas, dispuso un desfile de la caballería, y mandó que se disparasen salvas con todos los cañones. Los aztecas se alarmaron, pero esto no impidió que sus dibujantes tomaran bocetos de los jinetes y los cañones, así como de otros detalles del campo y de las embarcaciones. Los aztecas no conocían la escritura alfabética, pero habían llevado a tan alto grado de perfección la escritura por medio de la representación pictórica, que valiéndose de ella podían enviar constantemente informes a Moctezuma desde las distintas partes del imperio. Los informes eran trasportados por correos que se relevaban a determinadas distancias; un mensaje podía recorrer más de 300 kilómetros en un día.

Impresionado por una antigua leyenda, según la cual llegaría el día en que los hombres blancos o "hijos del Sol" ocuparían su territorio, Moctezuma decidió causar buena impresión en los españoles. Envió nuevos emisarios a Cortés con regalos que trasportaron un cortejo de cien esclavos; entre los presentes había un yelmo lleno de oro en

Los viajes de Cortés.



1.er viaje 1518-21 2.º viaje 1524-26 ---- 3.er viaje 1535-36



Itinerario de Cortés durante la batalla de Tenochtitlán.

polvo, un inmenso disco, de oro igualmente, del tamaño de la rueda de un carro, que representaba el Sol y cuya superficie exhibía una gran variedad de grabados, y otra rueda de plata, igual a la anterior. Jamás ojos europeos habían visto presentes de tal valor. Pero al mismo tiempo que el emperador azteca agasajaba en esta forma a los castellanos, les comunicó su decisión: "Tomad estas cosas que os envío y haceos a la mar, seguros de que contáis con la amistad y la estimación de Moctezuma."

Como respuesta, Cortés renovó al soberano indio sus peticiones. Entre tanto, trasladó su cuartel general hacia el norte, siguiendo la dirección de la costa, y fundó la ciudad que llamó Villa Rica de la Vera Cruz, o de la Verdadera Cruz. Él mismo, con sus compañeros, trabajó en las obras iniciales y pronto estuvieron construidas una iglesia, un fuerte y varias casas.

Inició relaciones amistosas con las tribus vecinas a su cuartel ge-

neral, y de esta forma descubrió que no todo el país era leal al gobierno de Moctezuma. Algunas de las tribus conquistadas, como la de Cempoala, por ejemplo, odiaban al soberano, quien, aparte de gravarlos con impuestos excesivos, les arrebataba a los hombres para soldados y a las doncellas para esclavas.

Cortés decidió explotar estos sentimientos hostiles de las tribus subyugadas y las incitó a la rebelión. Cuando los recaudadores de impuestos de Moctezuma reclamaron los tributos, los descontentos de Cempoala los hicieron prisioneros. Cortés, que quería la amistad de ambos pueblos, liberó secretamente a los aztecas, a quienes despidió con mensajes de amistad y regalos para Moctezuma.

Pero no todo era alegría en el campo de los conquistadores, muchos de los cuales ansiaban ya regresar a sus hogares. El trabajo, la lucha constante y el peligro en que se hallaban, les hacían suspirar por sus abandonadas tierras de Cuba. Al principio, Cortés logró, con su hábil sentido de la diplomacia y su palabra cautivadora, calmar el descontento, pero comprendía que para mantenerse en su puesto de jefe de la expedición, a pesar de las intrigas del rencoroso gobernador Velázquez, de Cuba, le era forzoso obtener la aprobación de su conducta por el rey de España. Dirigió entonces un pliego al emperador Carlos V, relatando en él los resultados obtenidos por la expedición e implorándole que promulgara una real cédula a favor de la ciudad de Veracruz. Le hacía ver la maravillosa oportunidad que España tenía de convertir las tribus a la fe cristiana, lo mismo que las incalculables riquezas que podían obtenerse en la ciudad de Tenochtitlán; como demostración, tanto de la existencia de los tesoros mencionados como de su propia lealtad a la Corona, Cortés despachó a España, en el mismo bajel portador de la misiva, todos los tesoros hasta entonces recogidos para Su Majestad, que ascendían a unos 75.000 pesos en oro.

Pero cuando el buque se hizo a la mar, Cortés descubrió una conspiración entre sus subordinados para capturar el bergantín y asesinar a sus oficiales. Castigó severamente a los responsables; mandó ahorcar a los dos cabecillas del movimiento, a otro le hizo cortar los pies, y los demás fueron azotados.

Para cortar de raíz otra posible tentativa de escape, Cortés ordenó destruir los barcos que le quedaban. Los soldados se sintieron desolados al comprender que la acción de Cortés los confinaba en aquel país hostil, pero como solo se salvarían si permanecían unidos, decidieron continuar a su lado.

Emprendieron, pues, la peligrosa odisea, dejando una pequeña

guarnición en la ciudadela que habían edificado. Atravesaron selvas tropicales de emanaciones palúdicas en busca de las zonas altas. Por fin llegaron a las regiones de los fríos, que causaron la muerte de varios de los expedicionarios, mal protegidos contra este clima. Después de siete días de continua marcha llegaron al helado y rocoso país de los tlaxcaltecas, tribu feroz que se había negado siempre a pagar tributo a Moctezuma, y a la que los aztecas no habían podido subyugar. Cortés consideró que sería conveniente solicitar permiso de los jefes para cruzar el país, y con la solicitud envió regalos al cacique principal: un sombrero rojo, una ballesta y una espada. Esperó varios días, pero no obtuvo respuesta.

Los españoles decidieron avanzar, pero no habían andado mucho cuando descubrieron que se dirigía a su encuentro un ejército considerable. Cortés acampó aquella noche presa de graves preocupaciones. Hizo apostar doble guardia en los lugares convenientes; mandó que la artillería estuviese preparada y que todos los soldados durmieran con la armadura puesta. Al amanecer, los indios iniciaron el ataque.

Jamás en una batalla de los tiempos modernos se mostraron más adversas las circunstancias contra los invasores. Ante ellos se oponía un ejército de cuarenta mil hombres, tan apretados que no quedaba espacio para intentar una carga de caballería. Los españoles, animados por las voces de Cortés, se lanzaron a un combate cuerpo a cuerpo, en el que obligaron a los tlaxcaltecas a retroceder por el estrecho paso montañoso que éstos defendían; cuando el frente se desplazó a un campo abierto, Cortés pudo desplegar la caballería, y las piezas de artillería entraron en acción. Ante el arrollador empuje de los castellanos, los indios se vieron obligados a retirarse.

Al siguiente día atacaron a los españoles hordas de indígenas, pero sus cuerpos desnudos no ofrecían defensa contra el filo de las espadas toledanas, y pudo contenerse la embestida. Una descarga de artillería aceleró el desorden de los atacantes, y antes de que pudieran reponerse, Cortés embistió, al frente de la caballería. Ante el aterrador empuje de las lanzas, los indios huyeron despavoridos.

Los tlaxcaltecas intentaron todavía un tercer ataque aquella noche, pero al fracasar de nuevo en su empeño de derrotar a los españoles, los creyeron dioses invulnerables. Optaron, pues, por invitarlos a entrar en la ciudad, y toda la tribu, hombres, mujeres y niños, salió a recibirlos entre una lluvia de flores.

Al enterarse Moctezuma del triunfo de los españoles, quedó admirado de que Cortés, con solo un puñado de guerreros, hubiera podido





Estas escenas de la conquista de México que se conservan en el Museo de América de Madrid forman parte de una serie de 24 paneles de madera con incrustaciones de nácar. Llevan fecha de 1698 y son obra de Miguel González. De izquierda

vencer a una tribu capaz incluso de resistir la fuerza de los ejércitos aztecas. Envío a los vencedores principescos regalos y anunció que se complacía en rendir vasallaje al omnipotente rey de España. El mensaje agregaba que fuera cualquiera el tributo anual que se le exigiera, sería pagado; la única condición era que los españoles no se acercaran más a la ciudad de Tenochtitlán.

La mejor descripción de Tlaxcala que se conoce es la del mismo Cortés, quien en una carta a Carlos V decía: "La ciudad es muy mayor que Granada y muy más fuerte, y de tan buenos edificios, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescados de los ríos, y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado en que todos los días hay de treinta mil ánimas arriba vendiendo y comprando. En este mercado hay muchas cosas, así de mantenimiento como de vestido y calzado.




a derecha: la destrucción de las naves y el banquete de Cortés a los dos embajadores de Moctezuma; danza de los aztecas a bordo de la canoa, y cortejo real de Moctezuma; entrada de Cortés en la capital y visita a Moctezuma, que lo recibe en su palacio.

Hay joyerías de oro y plata y piedras, y de otras joyas de plumaje, tan bien concertado, como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo. Hay mucha loza, muy buena, tal como la mejor de España. Venden mucha leña y carbón y yerbas de comer y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan: hay baños. Finalmente, entre ellos hay toda manera de buena orden y policía."

Cortés y sus hombres permanecieron en Tlaxcala durante veinte días. Los naturales estaban encantados con sus huéspedes, y para evitar que se marcharan les decían: "Os ofrecemos nuestras hijas y nuestra tierra; construiremos una ciudad, y con vuestra ayuda, nos veremos libres de los aztecas." Pero los castellanos, deseosos de continuar en dirección a la capital del imperio, marcharon a la ciudad de Cholula, centro de la vecina tribu.

Notablemente fría fue la recepción que allí encontraron los espa-

ñoles, pues la tribu de Cholula era aliada de Moctezuma. Cortés se quejó ante los principales dignatarios del lugar por la indiferencia del recibimiento y lo mezquino de la alimentación; pero ellos, encogiéndose de hombros, alegaron que los víveres eran muy escasos en el país. Como la escasez persistiera durante tres días consecutivos, Cortés comenzó a sospechar de los indígenas. Por otra parte, observó que las mujeres y los niños abandonaban la población en grandes grupos, mientras que los hombres practicaban excavaciones bajo las principales calles de la ciudad; esta maniobra, según interpretó Cortés, estaba encaminada a que se hundiera el pavimento cuando los españoles arrastraran por ellas sus cañones.

Entonces llegaron algunos enviados de Moctezuma, quienes pidieron a los invasores que suspendieran su avance, so pena de incurrir en el desagrado del emperador azteca. Cortés no prestó atención a la petición y los emisarios se retiraron.

Al poco tiempo llegó a conocimiento de Cortés una alarmante noticia. La bella Marina obtuvo esta información astutamente de una de las nobles de la tribu. Los habitantes de Cholula habían elaborado un plan para dar muerte a los españoles, e inclusive tenían preparadas jaulas y sogas para maniatar y encerrar a los invasores antes de trasladarlos a la capital de Moctezuma en calidad de prisioneros.

Cortés recurrió a un ardid que puso inmediatamente en ejecución. Notificó a los jefes de los cholulas que los españoles habían decidido abandonar la ciudad y solicitó una escolta de dos mil de sus mejores guerreros. Naturalmente, la petición fue atendida, pero apenas entraron los indios en el patio amurallado del palacio donde Cortés tenía su cuartel general, los españoles cargaron contra ellos. ¡No quedó en pie ninguno de los dos mil guerreros cholulas, ni uno solo de los treinta personajes principales que los acompañaban!

Mientras tanto, cinco mil tlaxcaltecas, aliados de Cortés, que habían sido llamados secretamente, invadieron la ciudad desprevenida e hicieron prisioneros a diez mil cholulas más. Durante dos días la ciudad estuvo a merced de los saqueadores. Aplacada al fin la ira de Cortés, este exigió a los caciques que habían permanecido en la ciudad que ordenaran regresar a los que huían, para abrir de nuevo los mercados. Una vez obtenida la obediencia de los vencidos, el jefe español ordenó a los tlaxcaltecas que devolviesen los diez mil cautivos.

Como la mayoría de los conquistadores, Cortés mostró un gran celo en la propagación de la fe cristiana; no desperdiciaba oportunidad de levantar santuarios a la Virgen, o de adoctrinar a los indios; les

vituperaba sus malas prácticas, los sacrificios humanos, el canibalismo y la esclavitud de los prisioneros. Los tlaxcaltecas se opusieron a la censura del español, pero ante la firmeza de Cortés para sostener sus decisiones, muchos cautivos recobraron la libertad.

Todas las tribus que Cortés encontró a su paso habían sido ganadas a la amistad de los españoles o dominadas por la fuerza. Faltaba sólo la etapa final para alcanzar la soñada meta. Unos cuatrocientos españoles y alrededor de cinco mil tlaxcaltecas componían la expedición que se puso en camino hacia la capital mexicana.

Las dificultades del viaje no consistían solo en las tribus hostiles que poblaban el camino, sino en las dificultades geográficas, pues había que remontar altas cordilleras, atravesar terrenos rocosos sin otra vegetación que los nopales, lugares donde apenas se encontraba agua y donde los vientos que soplaban de los picos nevados mordían las carnes con furia.

Mientras tanto, los temores asaltaban el ánimo de Moctezuma. A pesar de cuanto había intentado para detenerlos, los invasores blancos se aproximaban cada día más a la capital. Abrumado por la desesperación, el emperador azteca se encerró en su palacio para orar y hacer sacrificios humanos a sus dioses, sin lograr conmoverlos, según los signos. Convencido al fin de que era inútil resistir a los invasores si no contaba con la protección de los dioses, decidió enviar a uno de sus sobrinos con la misión de presentarse a los españoles y darles la bienvenida.

Después de este acto de Moctezuma, el avance de Cortés resultó más fácil y pronto divisó el fértil valle de la ciudad de Tenochtitlán. A sus pies se extendían los bosques poblados de robles, cedros y sicomoros, los amplios maizales y los jardines cubiertos de flores; a la orilla de un lago de agua salada se alzaban las casas cuya blancura reflejaba la luz del Sol. Por dondequiera surgía la belleza y se adivinaba la prosperidad: los labradores animaban su trabajo con cantos, y sobre la superficie del lago se deslizaban las canoas que iban y venían. Ante estas muestras de civilización tan avanzada, los españoles evocaron instintivamente la patria lejana.

La capital estaba edificada sobre una isla a la que se llegaba por tres distintas calzadas. Estos caminos tenían una longitud de dos a cinco kilómetros y contituían una auténtica proeza de ingeniería; su anchura era tal que podía desfilar por ellos un escuadrón de caballería de ocho al frente. Pero, al avanzar por una de estas vías, Cortés observó dos cosas que lo alarmaron: una, que la calzada estaba interrumpida a

trechos por puentes levadizos; otra, que estaba sólidamente fortificada. ¿No estaría llevando a sus hombres camino de una emboscada?

Ya era tarde para retroceder; en aquel momento, sobre una litera recubierta de piedras preciosas, se acercaba Moctezuma a saludar a los castellanos, ataviado con regia magnificencia. En cuanto el emperador descendió de la litera, varios funcionarios de la corte abrieron sobre el soberano, a manera de palio, un rico dosel de verdes plumas, recamado de oro, plata y perlas. Otros nobles, que avanzaban delante del emperador, iban extendiendo ricas telas para que los pies del monarca no pisaran la tierra. Ninguno de estos nobles osaba mirar el rostro del soberano.

Tenía Moctezuma a la sazón unos cuarenta años de edad. Era hombre hermoso, bien conformado y afable. Recibió al capitán castellano con extremada cortesía, si bien no le permitió abrazarlo. "Se os proporcionará cuanto necesitéis —dijo el jefe indio— porque estáis en vuestra propia casa y país."

Los españoles fueron conducidos a su residencia, un gran palacio de piedra situado en el centro de la ciudad. La ancha avenida por donde pasaron los huéspedes estaba bordeada por edificios públicos y residencias de personajes nobles, construidos con piedra roja. Todos los edificios, rodeados de muros de mampostería, daban la impresión de fortalezas. De trecho en trecho surgían altos templos de forma piramidal dedicados a los dioses aztecas; todos estaban coronados por un fuego sagrado. A ambos lados de la calzada había jardines y terrazas, canales, puentes y pórticos votivos. A medida que los españoles desfilaban en buen orden hacia sus alojamientos, miles de personas clavaban en ellos miradas que revelaban el asombro que les causaban el acompasado rechinar de los pasos de los infantes, los caballos y el cañón de bronce.

Una vez en el palacio que se les había asignado para residencia (edificio que con el patio o cuadra tenía amplitud suficiente para alojar a las tropas españolas y a sus aliados tlaxcaltecas), Cortés tomó las medidas adecuadas para fortificarlo. Durante la primera semana todo marchó bien, y, contando con la aquiescencia de Moctezuma, el extremeño se dedicó a explorar la ciudad: recorrió los concurridos mercados, los muelles siempre en actividad, donde las canoas depositaban sus cargamentos de frutas, hortalizas y flores, los palacios y los museos. Examinó también el sistema de abastecimiento de aguas, una doble línea de conductos de arcilla cocida, que se extendía desde un depósito situado a más de once kilómetros de distancia. Este acueducto pri-



Pintura del valle y de la ciudad de México, realizada en 1560 por el cronista y navegante español Alonso de Santa Cruz. Se encuentra en la Sección Geográfica del Ministerio del Ejército, de Madrid.

mitivo fue la admiración de Mesa, el artillero jefe, quien aseguraba no haber visto nada superior en Europa. Por medio de él se proveían las necesidades de la población, compuesta por unas trescientas mil personas.

En el palacio imperial, al cual también fue conducido, Cortés pudo contemplar jardines colgantes, magníficas piscinas de baño, un parque zoológico, un acuario y una pajarera. Disponía Moctezuma de tres mil sirvientes, y para la mesa del soberano se preparaban más de mil platos distintos, entre los cuales escogía los que le apetecían más. El emperador acostumbraba a comer solo, detrás de un biombo; le servían la mesa cuatro doncellas, escogidas por su belleza y pulcritud. Después de las comidas escuchaba música, y le divertían una comparsa de enanos o unas cuantas bailarinas.

Existía gran agitación contra los españoles en la ciudad, a pesar de la amistosa acogida que les dispensó Moctezuma. Una imprudencia de Cortés contribuyó a hacer la situación más difícil. Desde el princi-

pio se empeñó en convertir al emperador Moctezuma a la fe cristiana. Moctezuma le manifestó que aunque el Dios de los españoles era indudablemente muy grande, los dioses aztecas también habían servido a su pueblo a la medida de sus necesidades, y que él no renegaría de ellos nunca. Cierto día solicitó Cortés permiso para visitar el gran templo de la capital; al contemplar los altares ante los que se consumaban sacrificios humanos, al observar las paredes y las piedras del altar ennegrecidas por la sangre seca, y percibir la repugnante fetidez de aquel sitio considerado sagrado, perdió la paciencia y exigió que el emperador le permitiera limpiar el templo y erigir un altar cristiano.

—Vuestros dioses son demonios— dijo Cortés.

La conducta del conquistador provocó la cólera de Moctezuma.

—Si hubiera sabido que veníais a insultar a mis dioses, nunca os hubiera permitido llegar hasta aquí. Os pido que ceséis de ultrajar mi religión.

En vista de la cólera de los sacerdotes, Cortés deploró haber hablado tan ligeramente.

La situación empeoraba por momentos. Una noche, Marina se presentó con la noticia de que los españoles estaban a punto de ser traicionados. Cortés comprendió que, si no procedía con prontitud, estaban perdidos. Convocó a sus oficiales y les expuso el problema.

El Consejo adoptó un plan de gran temeridad, consistente en apoderarse de Moctezuma y mantenerlo en rehén, dando como pretexto la muerte de dos españoles a manos de los guerreros aztecas en la colonia de Villa Rica. Moctezuma disponía de miles de hombres armados, dispuestos a acudir a su primera llamada, pero no por ello habría de desistir del intento. La situación era desesperada.

Con gran secreto se apostaron guardias en distintos puntos de la ciudad, protegidos por la artillería. Hecho esto, Cortés acompañado por varios hombres armados de su escolta, se presentó en el palacio de Moctezuma, y después de unos minutos de conversación, aludió a los asesinatos de Villa Rica. Moctezuma negó tener noticia alguna de tal suceso, pero agregó que, naturalmente, los funcionarios responsables serían castigados. Cortés aparentó no estar satisfecho con esta explicación.

—A despecho de esto —dijo— he de pediros que vengáis a vivir unos días entre nosotros, no en calidad de prisionero, sino como nuestro huésped.

—Es imposible —replicó Moctezuma—, pues, aunque yo accediera, mi pueblo no lo consentiría.

La conversación, aunque en términos corteses, fue tomando un giro peligroso. Por fin uno de los españoles gritó, impaciente:

—¿A qué perder tanto tiempo en conversaciones? Apoderémonos de él, y si se resiste, lo traspasaremos con las espadas.

Moctezuma no entendió estas palabras, pero adivinó su significado por los rasgos de cólera que revelaban los rostros de los visitantes.

—¿Qué ha dicho? —preguntó a Marina, que servía de intérprete.

—Marchad con ellos —le imploró la india—. Os tratarán bondadosamente. Si no les seguís, quizá os darán muerte en este mismo instante.

Avergonzado y con lágrimas en los ojos, el emperador se dejó sacar de su palacio. En las calles, los indios manifestaban su asombro, pero Moctezuma les decía que no se alarmasen, que él iba de buen grado a ser huésped de los blancos. En realidad su espíritu estaba quebrantado y jamás volvió a traspasar las puertas de su palacio.

A partir de aquel momento la vida de los españoles corría peligro. Moctezuma era objeto de toda clase de deferencias; sus propios servidores le atendían, pero siempre estaba custodiado por una guardia especial. Despachaba los asuntos de su reino desde el cuartel general de los españoles. Al poco tiempo de hallarse prisionero, Moctezuma fue visitado por Cortés, quien le dijo que por ser vasallo del rey de España debía pedir a su pueblo que pagase tributo a aquel soberano. Se despacharon a todas partes del país recaudadores de impuestos. Cuando los funcionarios comisionados regresaron, todo el oro que trajeron fue fundido y convertido en barras y, juntamente con el gran tesoro ya acumulado, procedente de los regalos recibidos, se dividió en varias partes. El total ascendía a algo más de cuatro millones de pesos. De éstos se separó una quinta parte para el rey de España, otra quinta parte para Cortés y el resto se distribuyó entre los demás expedicionarios.

Entre tanto, los mexicanos parecían tranquilos, mientras que los españoles iban haciéndose más despóticos. Llegaron incluso a destruir los ídolos venerados en el templo mayor y a poner una cruz en su lugar. Esto provocó las iras de los aztecas.

Por aquellas fechas Cortés recibió la noticia de que una flota española, al mando de Narváez, había anclado en Veracruz, con el propósito de conducirlo prisionero ante el gobernador de Cuba. Cortés decidió atacar a los que pretendían capturarlo y, dejando una guarnición de ochenta hombres en la ciudad, marchó, al amparo de la noche, contra las tropas de Narváez. Para facilitar su labor envió emisarios secretos con oro para comprar la voluntad de los soldados de aquél.

Cortés, con una insignificante fuerza de doscientos sesenta soldados, avanzó rápidamente hacia el campamento de Narváez, cuyas fuerzas estaban mucho mejor armadas y eran muy superiores en número. Una noche de temporal, con lluvia abundante, Cortés cayó sobre el campamento. Los aturdidos centinelas fueron dominados rápidamente, y en la lucha que se trabó entre ambos bandos Narváez fue herido y hecho prisionero. La mitad de sus hombres lo habían abandonado merced al oro que Cortés les había enviado. Cuando Narváez cayó en manos de los soldados de Cortés, el resto de las fuerzas abandonaron toda resistencia. Fue un golpe de suerte aquella victoria. Cortés ganó no sólo la batalla, sino nuevas armas y municiones, y gran número de hombres, pues los soldados de Narváez se unieron a Cortés después que este les ofreció el perdón y una participación en las riquezas que se obtuvieran con la conquista de México.

Cuando todavía estaba disfrutando de su triunfo, Cortés recibió la noticia de que la ciudad de Tenochtitlán se había levantado contra la guarnición española. En aquellos momentos Cortés contaba con mil trescientos soldados, entre ellos ochenta ballesteros, otros tantos mosqueteros y noventa y seis caballos. Además, lo ayudaban dos mil guerreros tlaxcaltecas. Pero todas sus fuerzas estaban hambrientas y agotadas. En un supremo esfuerzo, Cortés llevó a sus tropas hasta Tenochtitlán, cuyas desiertas calles recorrieron rápidamente para llegar al palacio en que sus compañeros los esperaban.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Cortés, encolerizado. El azarado jefe de la guarnición le explicó que, al recibir informes de un levantamiento de los aztecas, pensó reducirlos a la obediencia por el terror, por lo que, aprovechando una fiesta, cayó sobre seiscientos nobles mexicanos, dándoles muerte a todos.

—Habéis traicionado mi confianza al proceder como un loco —le reprochó Cortés.

Al día siguiente miles de indios atacaron la guarnición. Los que caían, diezmados por las balas, eran al punto remplazados por otros; la lucha se prolongó durante horas. Algunos guerreros aztecas disparaban flechas con una mecha encendida en la punta, que provocaron incendios en los techos de paja de las residencias de los españoles; como se disponía en el palacio de poca provisión de agua, el daño causado por las llamas fue considerable. Al anochecer, muchos españoles habían muerto y los demás se encontraban cansados o heridos. Durante el día siguiente la lucha continuó sin tregua. Al tercer día, Cortés exigió a Moctezuma que se dirigiera a su pueblo y solicitara permiso para que

el jefe español y sus compañeros pudieran salir de la ciudad en paz. Pero para entonces los aztecas habían elegido nuevo emperador, y lanzando insultos al antiguo soberano, lo apedrearon hasta hacerlo caer herido. Cuando Cortés en persona solicitó permiso para abandonar la ciudad, le contestaron que aunque tuvieran que caer mil aztecas por cada español, estaban decididos a no dejar salir vivo del país a uno solo de los extranjeros.

La vida de Moctezuma se extinguió en el cautiverio. Cuando Cortés ofreció su cuerpo a los aztecas para que lo enterraran, el pueblo, enfurecido, replicó a gritos: "No queremos a Moctezuma, ni vivo ni muerto." Este fue el penoso fin de un rey tan grande y tan generoso. No quedaba otra alternativa que intentar escapar de la ciudad. Los españoles decidieron hacerlo la noche del 30 de junio de 1520. Cuatrocientos guerreros tlaxcaltecas, protegidos por soldados españoles, trasportarían un puente de madera para salvar los pozos en la carretera de salida sobre el lago.

Llegada la hora, vaciaron en el suelo los tesoros recogidos, para que cada cual tomase su parte. Los hombres de Narváez, que no tenían experiencia en esta clase de campañas, cargaron con las cosas más pesadas, en tanto que los veteranos de Cortés se decidieron por joyas y cadenas de oro de poco peso. Dejaron encendidas las hogueras del interior de la guarnición para que los aztecas creyeran que todo discurría normalmente y, en medio de un cauteloso silencio, salió el ejército a la calle.

La noche estaba muy oscura y una persistente llovizna caía sobre la dormida ciudad, por la que los españoles avanzaban. Llegaron al primer pozo de la calzada, tendieron el puente y la artillería pasó sin novedad. Pero en aquellos momentos se oyó un grito de alarma que puso en aviso a todos los centinelas indios. Los sacerdotes, que custodiaban en el templo el fuego sagrado, avisaron a todos los guerreros por medio del gran tambor de cuero de serpiente.

Momentos después, enjambres de soldados atacaron a los españoles. Cortés corría de uno a otro lugar animando a sus tropas. El puente de madera por el que pensaban ponerse a salvo pronto se hundió entre el cieno, y no pudo ser levantado de nuevo.

Se riñó un combate cuerpo a cuerpo: lanzas y espadas contra venablos y clavas. Los indios ponían más empeño en hacer prisioneros que en dar muerte a sus enemigos, en quienes veían posibles víctimas para sus sacrificios. A esta circunstancia debieron su salvación muchos españoles.

Rotas las líneas españolas, los vencidos conquistadores se lanzaban al agua, tratando de salvarse a nado. Quienes llevaban menor botín fueron los más afortunados; otros se agarraban de las crines de los caballos o se asían a las correas de los estribos de los animales que se zambullían. El oro y las joyas que los fugitivos se veían obligados a arrojar sirvieron para contener el enjambre de guerreros indígenas, que se detenían para recoger el botín rescatado. De esta forma los españoles lograron, si bien penosamente, recorrer el dique para llegar hasta tierra firme.

La aurora del día siguiente, velada por espesas nieblas, encontró a Cortés sentado, contemplando el desfile de sus compañeros, agotado el cuerpo y el espíritu. Empapados hasta los huesos, heridos, sin la artillería y con sólo veintitrés caballos, veinte ballestas y siete mosquetes, el afligido ejército luchaba para seguir adelante. Cuatrocientos cincuenta españoles y más de cuatro mil de sus aliados indios habían perecido.

Doblada sobre el pecho la cabeza, Cortés no podía ocultar su llanto. Aquel fue el momento más trágico de su vida, que la historia conserva en sus anales con el nombre de "La Noche Triste".

En los días que siguieron al desastre, las derrotadas huestes conquistadoras emprendieron el penoso regreso a Tlaxcala. Durante el viaje fueron incesantemente acosados por bandas de guerreros aztecas, de las que con gran dificultad fueron librándose. Al sexto día fueron atacados en el paso de Otumba por un gran ejército. Los españoles, sin armas de fuego, formaron un cuadro en cuyo centro colocaron a los heridos. Distribuyeron la caballería en grupos de cinco jinetes y cargaron contra el enemigo. Al cabo de varias horas de lucha, los españoles estaban exhaustos y vacilantes, hasta el punto de considerarse derrotados, pero entonces Cortés y tres de sus compañeros irrumpieron violentamente en el centro del ejército enemigo, donde el jefe azteca aparecía sentado en alto, en una litera que llevaba encima la bandera. Dieron muerte al caudillo indígena y se apoderaron del estandarte; y tanto pavor infundió a los indígenas esta hazaña, de un valor casi sobrehumano, que, perdido el ánimo, abandonaron el campo de batalla.

Aunque reanimado por tan milagrosa victoria, Cortés se preguntaba, camino de Tlaxcala, cómo lo recibirían los naturales de aquella ciudad. Al partir para la capital, les había hecho creer que él era el descendiente invencible del Dios Blanco, y ahora regresaba derrotado; también le preocupaba el hecho de que entre las víctimas de la hecatombe figuraban varios miles de soldados tlaxcaltecas.

Sin embargo, el anciano cacique de Tlaxcala salió al encuentro de Cortés y lo recibió con frases de consuelo y reafirmó el tratado de amistad entre sus dos ejércitos. Tres semanas permanecieron en Tlaxcala los españoles, curándose de sus heridas y descansando.

De nuevo dio muestras Cortés de su indomable espíritu. En vez de retirarse a Villa Rica de la Vera Cruz, decidió volver a la carga y conquistar la ciudad de Tenochtitlán. En aquellos momentos, la idea de volver a atacar a los aztecas parecía propia de un loco. Solo contaba con cuatrocientos soldados, y casi todos ellos estaban heridos; no disponía tampoco de artillería ni mosquetes; no tenía pólvora, y solo le quedaban veinte caballos. El mismo estaba herido en la cabeza y tenía dos dedos mutilados, y por si todo esto fuera poco, ya no los rodeaba la aureola de invencibilidad. No es, pues, extraño que muchos de sus subordinados, ansiosos de regresar a sus hogares, cansados de tanta lucha, amenazaran amotinarse. Pero Cortés se dirigió a sus compañeros con tal ardor que los veteranos le aplaudieron y los rebeldes depusieron su actitud.

Como primera providencia, Cortés decidió enviar sus fuerzas a castigar a las tribus que habían ayudado a los aztecas a combatirlo. Una tras otra, las tribus enemigas fueron sojuzgadas de nuevo. Una feliz casualidad hizo que arribaran a Veracruz tres naves con provisiones y refuerzos, despachadas, no para Cortés, sino para el infortunado Narváez. Tanto los capitanes como los tripulantes de los barcos fueron hechos prisioneros, y una vez que tuvieron conocimiento de lo que había sucedido, atraídos por las perspectivas de los beneficios materiales que vendrían con la victoria, aceptaron unirse a Cortés en su expedición contra la ciudad de Tenochtitlán. Los conquistadores nunca habían estado mejor dotados.

Cortés preparó un asombroso plan. Sería más fácil conquistar la capital de los aztecas si lograba atacarla por tierra y por el lago a un mismo tiempo. Una flotilla de navíos podría dominar las débiles canoas indígenas y colocarse a distancia conveniente para bombardear sin peligro la ciudad. Decidió, pues, construir una flotilla de embarcaciones ligeras, sólidas y de poco calado, que aparejaría con las velas, jarcias y demás elementos sacados de los buques que se desmantelaron en Villa Rica. Como era imposible armar tales embarcaciones cerca de las orillas de los lagos, no solamente porque allí no se disponía de madera apropiada, sino porque se verían expuestos a los continuos ataques de los naturales, se resolvió emprender la construcción cien kilómetros tierra adentro, en los bosques de Tlaxcala. Luego las pequeñas embarcacio-

nes podrían ser trasportadas por partes, a través de las montañas.

Martín López, experto dibujante y constructor de naves, fue encargado de la construcción. López contaba con un ilimitado número de obreros indígenas, de modo que en pocas semanas hubo madera preparada y marcada para montar trece embarcaciones. Un inmenso ejército de tlaxcaltecas condujo las piezas por los peligrosos pasos de las montañas nevadas, hazaña sin paralelo en la historia militar del mundo.

Mientras Martín López construía las embarcaciones, Cortés, con el grueso de sus fuerzas y un buen ejército de tlaxcaltecas adiestrados por oficiales españoles, se dirigió al lago de Texcoco. Allí estableció un campamento, en el que acumuló provisiones de toda índole. Luego luchó contra los pueblos ribereños para interrumpir las entradas de víveres y de esta forma bloquear la ciudad de Tenochtitlán.

Mientras tanto, Martín López, ya en el lago de Texcoco, montaba las embarcaciones. Finalmente, éstas fueron botadas al agua el 28 de abril de 1521, con una brillante ceremonia. Como aquel día era domingo, se celebró una misa solemne y en medio de las agudas notas de los clarines, las salvas de mosquetería y el ronco son de los tambores, las embarcaciones, enarbolando sus banderas, empezaron a deslizarse sobre las aguas del lago.

Aquel mismo día pasó Cortés revista a sus tropas, las cuales, por virtud de los inesperados refuerzos, ascendían a más de novecientos españoles y cincuenta mil tlaxcaltecas.

El último de mayo se lanzó el primer ataque contra la ciudad. Alvarado, Olid y Sandoval, cada uno al mando de un grupo de soldados españoles y tlaxcaltecas, se apoderaron de la calzada, mientras Cortés en persona tomaba el mando de la flotilla. Iban en cada embarcación veinticinco hombres, entre ellos doce remeros. En la proa iba montado un cañón pequeño. Un verdadero enjambre de guerreros aztecas sobre canoas impulsadas por los canaletes se enfrentó a la flota de Cortés. En aquel momento amainó la brisa y las embarcaciones de los españoles quedaron inmovilizadas. Los guerreros aztecas, alarmados por la quietud de las naves españolas, se detuvieron a su vez.

Súbitamente una racha de viento hinchó las desmayadas velas, las embarcaciones ganaron velocidad y embistieron contra las canoas indígenas, despedazando varias de ellas con las proas, mientras que las bocas de fuego lanzaban sus andanadas contra los aztecas. Los nativos no intentaron oponer resistencia, sino que, por el contrario, se dieron a la fuga, perseguidos de cerca por los veleros. Quedaron así cerradas completamente todas las entradas a la capital e inclusive cortado el

abastecimiento de agua. Ahora era completo el bloqueo y comenzaba el estado de sitio.

Dentro del recinto urbano, Cuauhtémoc, resuelto y hábil caudillo, había reunido unos sesenta mil guerreros aztecas, apostados en los canales de entradas y emboscados en las calles.

Durante varios días consecutivos Cortés mantuvo su plan de ataque. Mientras la flotilla navegaba a lo largo de la costa, disparando sobre las masas de defensores, las tropas de a pie avanzaban a lo largo de la calzada, abriéndose paso a través de los fosos que la interrumpían y llenándolos con piedras y desperdicios; cuando llegaban a la ciudad incendiaban unos cuantos edificios importantes y luego se retiraban. Los aztecas se veían obligados, noche tras noche, a limpiar los pozos, que, al día siguiente, eran de nuevo cegados por los españoles. Llegó la estación de las lluvias y los españoles tuvieron que enfrentarse con un nuevo enemigo, el fango, en el que los caballos y ellos mismos quedaban a menudo enterrados. En uno de los combates que se riñó, sesenta y dos españoles y un número enorme de tlaxcaltecas cayeron en manos del enemigo, quienes los ofrecieron como víctimas a sus dioses. Los sitiadores estaban tan cerca que, a veces, reconocían a sus compañeros cuando éstos eran sacrificados. Una oleada de tristeza se extendió por todos los campamentos españoles.

Pero los sitiadores pronto tuvieron un eficaz aliado: el hambre, que había empezado a diezmar a los aztecas. No obstante, cuantas ofertas de paz les hizo Cortés fueron invariablemente rechazadas por los guerreros indígenas. Por último, Cortés optó por arrasar la ciudad, casa por casa. Cada día los españoles se adentraban en el reducto enemigo y quemaban más edificios, hasta que solo quedó en pie una cuarta parte de la ciudad. A pesar de todo, los aztecas no se rendían.

A medida que avanzaban los días del caluroso mes de agosto, la situación se hizo insostenible para los aztecas. Al entrar en las calles de la ciudad, los españoles presenciaron cuadros de terrible miseria. Por todos lados aparecía la tierra revuelta por los indios en busca de raíces que roer; las ratas y los ratones se habían convertido en bocados apetitosos, los muertos y los moribundos yacían apilados; nadie se preocupaba por enterrar a nadie.

El 13 de agosto, los españoles lanzaron un ataque general. El joven emperador Cuauhtémoc no perdió su dignidad ni en medio de tanta destrucción. Cuando los aztecas intentaron ponerse a salvo en cientos de canoas, Cuauhtémoc, sin ocultar su identidad, zarpó en una piragua que ostentaba orgullosamente las insignias de la realeza. Tres ber-

gantines españoles se lanzaron en su persecución, y al llegar junto a ella, el emperador azteca dijo, dirigiéndose a sus captores: "Yo soy Cuauhtémoc. Llevadme ante Cortés, soy su prisionero."

Cortés lo recibió con gran ceremonia. Después de mirarlo en silencio, dijo el emperador:

—He hecho cuanto me ha sido posible para defender a mi pueblo. Ahora soy vuestro prisionero, Cortés; haced de mí lo que os plazca.

—Nada temáis —contestó Cortés—, seguirás siendo tratado con todos los honores debidos. El español sabe admirar el valor aun en sus enemigos.

Cortés ordenó entonces la evacuación de la ciudad, y prohibió severamente que se molestara a ninguno de su moradores. Durante tres días, los famélicos restos de la población se arrastraron por la calzada hasta alcanzar tierra firme, donde se dispersaron, sin rumbo ni propósito fijos. Casi un cuarto de millón de indígenas había perecido en los combates, o sucumbido a las enfermedades o víctimas del hambre, durante los dieciocho meses que precedieron a la caída de la ciudad.

Los españoles que registraron la arrasada capital azteca sufrieron un gran desencanto al no encontrar más que una ínfima parte del gran tesoro de Moctezuma que el año anterior habían visto. Dominados por la cólera sometieron a tortura a Cuauhtémoc, hasta bañarle los pies en aceite y prenderles fuego; pero el emperador, o bien ignoraba el lugar en que estuviera oculto el oro, o no quiso revelarlo. Jamás se encontró el tesoro.

Dedicaron los primeros meses después de la conquista a reconstruir la ciudad y ponerla en condiciones de servir de sede al gobierno del país. Siete años después, un viajero declaraba que no había ciudad alguna en Europa superior a la capital de Nueva España, tanto en la belleza como en el número de sus edificios.

Concluida su obra como conquistador, Cortés se dedicó a las tareas de gobierno. Regularmente enviaba ricas remesas al rey de España; adquirió para sí una floreciente propiedad, y otorgó fértiles tierras de labor a cada uno de sus soldados veteranos. Los enemigos de Cortés, tanto en Cuba como en España, seguían intrigando contra él; y tales fueron las intrigas urdidas, que Carlos V llegó a sospechar que Cortés pretendía hacer de México un reino independiente.

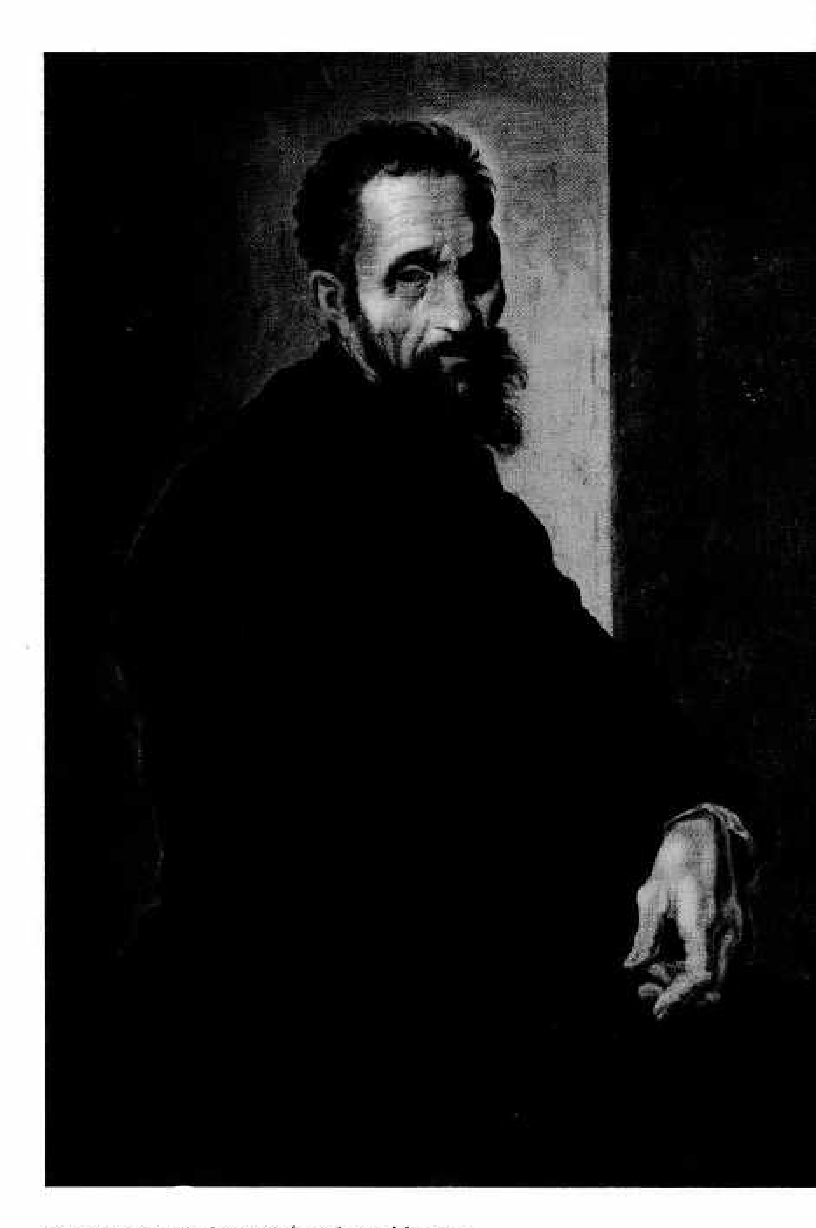
Sin embargo, al volver a España, tras veinticuatro años de haber cruzado el Atlántico por vez primera, se le recibió como a un héroe. Desde hacía treinta y cinco años, cuando regresó Colón de su primer viaje, no había habido una manifestación pública de entusiasmo se-

mejante. A pesar de todo, cuando Cortés volvió al Nuevo Mundo, solo llevaba el título de capitán general, y no el de gobernador civil.

Durante varios años Cortés continuó sus exploraciones y aventuras, tanto por mar como por tierra, pero ninguna de ellas agregó nada a la fortuna del conquistador. Mientras tanto, las maquinaciones de sus enemigos tenían paralizado el desarrollo normal de sus asuntos, sometidos a las contingencias de litigios interminables. Llegó la vejez y no pudo disfrutar de cuanto cosechó en los años de mocedad. De tal situación se quejaba ante su soberano, cuyo auxilio imploraba, en un memorial del año 1544, en donde se lee: "Pensé que haber trabajado en la juventud me aprovechara para que en la vejez tuviera descanso, y así ha cuarenta y cinco años que me he ocupado en no dormir, mal comer, y a las veces ni bien ni mal; traer las armas a cuestas, poner la persona en peligros, gastar mi hacienda y edad, todo en servicio de Dios, trayendo ovejas en su corral muy remoto de nuestro hemisferio, y dilatando el nombre y patrimonio de mi Rey. Véome viejo, y pobre y cargado de deudas. Paréceme que al coger del fruto de mis trabajos, no debía echarlo en vasijas rotas y dejarlo en juicio de pocos, sino tornar a suplicar a V.M. sea servido que todos cuantos jueces Vuestra Majestad tiene en sus Consejos, conozcan de esta causa, y conforme a justicia la sentenciasen. Y ésta será para mí muy gran merced, porque a dilatarse, dejarlo he perder, y volverme he a mi casa porque no tengo ya edad para andar por mesones, sino para recogerme a aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los descargos, y será mejor dejar la hacienda que el ánima."

Permaneció Cortés en España por espacio de siete años, hasta 1547, en espera de recibir al fin una prueba tangible de la gratitud de la Corona; pero esa prueba no llegó, por lo que se vio obligado a regresar a México. Sin embargo, cuando se dirigía al puerto a embarcarse, murió.

Cortés, que no conoció el reposo en vida, tampoco pudo disfrutar de él muerto. Fue sepultado primero en Sevilla; posteriormente sus restos fueron trasladados a Texcoco, México, y enterrados en el monasterio de San Francisco. En 1629 fueron exhumados otra vez para llevarlos a la ciudad de México. Durante la revolución de 1823, la exaltación de los criollos levantados contra la dominación española, hizo de las cenizas del gran aventurero blanco del odio contra los antiguos conquistadores. Para prevenir cualquier ultraje, hubo, por fortuna, quienes llevaron el ataúd, en secreto, a un lugar oculto que hasta hoy no ha sido posible descubrir. De esta forma, la tumba del conquistador de México permanece ignorada.



Este retrato de Miguel Ángel, tenido por autorretrato durante mucho tiempo, se atribuyó después a Jacopino del Conte, pintor florentino de principios del siglo XVI. Se encuentra en la Galeria de los Uffizi, de Florencia

EL ALMA TITÁNICA DE MIGUEL ÁNGEL

Donald Culross Peattie

Lo que ocurría tras la alta cerca de tablas era un secreto para los ciudadanos de Florencia. Durante meses, durante años ya, los transeúntes habían oído el ruido del cincel contra la piedra y los golpes del mazo en el cincel. Sin embargo, como todo el mundo sabía, el bloque de mármol oculto por la valla lo había echado a perder años atrás cierto escultor, quien además de cortarlo demasiado alto y estrecho, le abrió una gran hendidura triangular cerca de la base. Aunque muchos escultores lo examinaron después, el mutilado bloque permaneció a disposición de los florentinos durante varios decenios, como un gigante inconquistable.

El día 13 de septiembre de 1501, un joven llamado Miguel Ángel Buonarroti se adelantó resueltamente, cincel en mano, hacia el bloque de mármol. Durante dos años y medio estuvo esculpiéndolo. Cuando los jueces vieron la obra, otorgaron al escultor un premio de 400 florines de oro y el derecho a escoger el lugar donde debía colocarse la estatua. Miguel Ángel eligió audazmente el más conocido de Florencia, la *Piazza della Signoría,* frente al austero palacio de igual nombre.

Cuarenta hombres, ayudados de cabrias y rodillos, tardaron cuatro días en trasportar la estatua al sitio designado. Con la mirada impávida, David se enfrenta a Goliat. Cada imperfección del bloque original se ha trasformado, tras el trabajo del cincel, en belleza sin igual. De la altura y delgadez excesivas del trozo de mármol ha surgido, descollante, el cuerpo robusto de un atleta; a cada lado de la hendidura triangular de la base se alzan las vigorosas piernas. Cada músculo, cada tendón, cada vena de los miembros está esculpido con precisión ex-

quisita, como si en realidad bullese bajo el mármol la sangre ardorosa del joven luchador. Al igual que todas las grandes creaciones de Miguel Ángel, su *David* es algo más que una estatua; es una verdad viva, tan viva y cierta hoy como hace cuatrocientos cincuenta años.

Michelangelo di Ludovico Buonarroti Simoni nació en el año de 1475, en Caprese, región de la Italia central bañada por el Tíber. Fue confiado a la mujer de un cantero para que le sirviese de ama de cría, circunstancia que Miguel Ángel, hombre ya, habría de recordar para decir festivamente que había mamado su vocación con la leche de su nodriza.

Su madre murió cuando él tenía seis años de edad, y hasta después de haber cumplido los sesenta no volvió a conocer la ternura femenina. Creció en un áspero y rudo ambiente varonil, al lado de hermanos mediocres y egoístas que vivieron a costa suya durante toda la vida, y de un padre insatisfecho y codicioso. De muchacho fue mal estudiante; en la escuela perdía el tiempo dibujando, y al llegar a casa pintaba en las paredes. Su padre le pegaba para corregirlo, pero el niño continuaba pintando. Aunque las palizas se hicieron más frecuentes, el espíritu artístico que en el niño alentaba siguió incólume.

En su afán de lograr que el rebelde muchacho (que a la sazón tenía trece años de edad) ganase algún dinero para la familia, el señor Buonarroti lo colocó de aprendiz en el taller que tenían en Florencia los famosos hermanos Ghirlandaio. Allí fue donde Miguel Ángel recibió sus únicas lecciones de pintura. Cierto día que varios aprendices estaban estudiando una figura de mujer dibujada por Domenico Ghirlandaio, el joven Miguel Ángel tomó un lápiz y enmendó la obra del maestro. Domenico advirtió que la corrección del muchacho estaba bien hecha, y lo recomendó para que trabajara en el taller del escultor Bertoldo, que producía imitaciones de estatuas clásicas para Lorenzo de Médicis, el banquero más opulento de Europa y árbitro de los destinos de Florencia, al cual llamaban *el Magnífico* por su espléndida liberalidad y su afición a lo suntuoso.

Miguel Ángel fue enviado a desbastar bloques de mármol en los jardines de los Médicis. A medida que pasaban los días sus músculos iban cobrando vigor, y su vista y su pulso adquirían más seguridad. Cuando Lorenzo de Médicis vio una escultura labrada por el joven en un trozo de mármol de desecho, lo condujo a su palacio, ordenó que le diesen ricos vestidos de terciopelo y lo sentó a la mesa con sus hijos. En aquellos banquetes principescos, a los que asistían poetas y sabios, la lectura ocupaba el lugar de la conversación. Allí escuchó

el joven los sublimes pensamientos de Platón, la grandiosa poesía del Dante. Una nueva facultad –el talento poético– se despertó en él. Con el tiempo escribió 77 sonetos, que, por su sinceridad, parecen parte de su propia alma.

El espíritu de Miguel Ángel, como el de un antiguo profeta, estaba lleno de sublimes visiones y de pasión moral; sin embargo, el lado humano de su personalidad era lamentablemente imperfecto. Altanero, quisquilloso, mordaz, su carácter difícil lo llevó a pelearse con otro aprendiz, mayor que él, y salió de la riña con las narices rotas. Este desfiguramiento, que le duró toda la vida, habría de influir en su espíritu. Él, que adoraba todo lo bello, se juzgaba repulsivo. De mediana estatura y demasiado ancho de hombros, no fue lo que pudiera llamarse un hombre atractivo; pero los años harían inolvidables la faz surcada de arrugas, la boca de expresión generosa y amarga a un tiempo, los ojos castaños llenos de una tristeza y de un amor casi bíblicos.

Lorenzo de Médicis murió en 1492, y su hijo Piero no halló nada mejor para Miguel Ángel que ponerlo una mañana invernal a modelar en el patio del palacio una enorme figura de nieve. Al poco tiempo, el joven artista huyó de la ciudad, y tras vagar sin rumbo durante un tiempo, fue a dar a Roma.

En Roma produjo la primera de sus obras maestras: una Virgen con el cadáver de Cristo en el regazo. Una vez instalada, oyó a ciertas personas atribuir su trabajo a otro escultor. Esto lo ofendió y, amparándose en las sombras de la noche, entró en el Vaticano y grabó estas palabras en la banda que rodea el pecho de la Virgen: "La hizo Miguel Ángel Buonarroti, de Florencia." Fue la única vez en su vida que firmó una escultura.

Al subir al pontificado, Julio II trazó planes grandiosos para la ejecución de monumentos y edificios, muchos de los cuales debían destinarse a perpetuar su memoria. Apresuró la demolición de la antigua iglesia de San Pedro, a fin de ser él quien pusiese la primera piedra de la nueva basílica. Miguel Ángel estaba entonces en Florencia, pero Su Santidad Julio II lo mandó llamar para que se pusiera a trabajar en el mausoleo.

Este fue el comienzo de sus relaciones con Miguel Ángel, que unas veces discurrieron por el terreno de la amistad y otras, los llevaron a reñir. El proyecto de Miguel Ángel para el mausoleo agradó mucho a Julio II. En torno al sepulcro del Papa habría unas cuarenta estatuas de santos y profetas. Miguel Ángel fue a las canteras de



En la Navidad de 1541 el público pudo contemplar, por primera vez, en la capilla Sixtina el inmenso fresco titulado "El Juicio Universal". Los visitantes se asombraron ante aquella representación apocalíptica, de la que reproducimos

Carrara a contratar el mármol para la obra; pero cuando volvió al Vaticano a presentar la cuenta de los gastos de trasporte, Julio II, que se hallaba complicado en una costosa guerra contra la ciudad de Bolonia, se negó a recibirlo. Miguel Ángel escribió al Papa una carta colérica, y en seguida, aterrado por su atrevimiento, huyó a tierras de Toscana, fuera de la zona de jurisdicción pontificia. Julio II



un fragmento. Aunque habían pasado más de veinte años, el Concilio de Trento quiso que la obra fuera destruida. El "Juicio" es la obra pictórica más importante del genio de Miguel Angel.

pidió a la ciudad de Florencia la extradición del fugitivo. Los florentinos persuadieron a Miguel Ángel de que fuera a Bolonia, donde se hallaba el Papa, en busca de la reconciliación. Para evitar que el Pontífice pudiera detenerlo le confirieron el título de embajador. Bolonia vencida, el Papa se inclinó a la clemencia; lo perdonó y lo llevó consigo a Roma.

Pero alguien persuadió al Pontífice de que era de mal agüero construir en vida el propio mausoleo. Por otra parte, Rafael, pintor de creciente fama, y su pariente el arquitecto Bramante, que dirigía las obras de la nueva basílica de San Pedro, estaban celosos de Miguel Ángel e influyeron en el ánimo de Julio II para que le encomendase los frescos de la bóveda de la capilla particular del Papa, llamada la Capilla Sixtina. "Mi arte no es la pintura –protestó Miguel Ángel–. Que lo haga Rafael." Pero el Papa insistió, y Miguel Ángel, durante los cuatro años siguientes, fue un prisionero; primero del Papa, y luego de su propia inspiración.

Nunca fue encomendada a un artista tarea más agobiadora. La Capilla Sixtina es un recinto oscuro y estrecho, mucho más alto que ancho. Interrumpen la continuidad de la bóveda lunetos que forman ángulos y curvas excéntricas. Toda la superficie –mil metros cuadrados– debía ser decorada por Miguel Ángel, y con pinturas al fresco. La técnica de la pintura al fresco consiste en emplear colores desleídos en agua, en vez de aceite, los cuales han de extenderse sobre el estuco cuando está húmedo todavía. Al secarse el estuco, los colores quedan embebidos y fijos para siempre. Esto obliga a pintar muy rápidamente y con pulso muy seguro.

Miguel Ángel subió a los andamios, donde había de pintar tendido de espaldas. Dominado por la inspiración, más de una vez se le pasaron las horas sin que se acordara de comer o dormir. Despidió uno tras otro a sus ayudantes y cerró la puerta a todo el mundo, salvo a un criado viejo, y a Julio II. Aunque el Pontífice no era muy entendido en materia de arte, sabía captar la grandiosidad de una obra. Consciente de lo breve de la vida humana, solía preguntar a Miguel Ángel: "¿Cuándo, cuándo estará terminado?"

Por fin, un día le gritó: "Está terminada, te lo aseguro. ¡Baja de ese andamio o haré que te tiren al suelo!" Atemorizado –pues ya se había caído una vez–, Miguel Ángel consintió que los grandes del arte, de la sociedad y de la Iglesia entrasen a ver la obra.

Allí, encima de sus cabezas, como si el *Génesis* apareciese narrado en el cielo, estaba la historia de la Creación, de la Caída del Primer Hombre, del Diluvio. Allí estaba Dios, separando con augusto ademán el firmamento. Anima con un soplo el barro y surge Adán a su imagen y semejanza. El primer hombre contempla arrobado la faz de su Creador en el instante que aparta de él su mano. Y Eva, amparada por el brazo del Todopoderoso, dirige una mirada entre anhelosa y tímida a su señor y dueño. Profetas y sibilas llenan las

secciones más dificultosas de la bóveda, cubierta por 343 figuras principales, todas sublimes; cada una por separado, parece una escultura.

Igual grandeza bíblica respira el *Moisés*, estatua destinada al frustrado mausoleo de Julio II, y tan majestuosa que esparce claridad en el sombrío recinto del templo que la alberga. El profeta afirma sus pies en el Sinaí; los fuegos y truenos divinos parecen brillar y retumbar en torno suyo. La figura sostiene las Tablas de la Ley en sus manos y brilla en sus ojos un frenesí sagrado. Cuenta la leyenda que, terminada esta obra, Miguel Ángel la golpeó con el martillo ordenándole: "¡Habla!"

Pero en los mismos días en que Miguel Ángel plasmaba en sus obras de arte verdades tan inmutables, la sociedad ardía en disensiones religiosas. Las extravagancias mundanas habían mermado no solo el tesoro fiscal del Vaticano, sino también el moral. La reforma protestante había levantado en armas a media Europa. Italia se veía invadida por tropas francesas, alemanas, españolas, y destrozada por guerras civiles. El pontífice entonces reinante, Clemente VII, marchó contra Florencia. En su hora de peligro, la ciudad cuna de artistas llamó al más ilustre de ellos en su socorro; y durante meses enteros Miguel Ángel dirigió las obras de fortificación.

De aquellas horas de sangre y temor brotaron las obras en que el genio de Miguel Ángel alcanzara su más honda serenidad: los sepulcros de los Médicis en Florencia. Para visitar estos sepulcros —y a visitarlos acude en procesión interminable gente de todo el mundo— hay que pasar por la capilla contigua a la iglesia de San Lorenzo y penetrar en una cámara, obra arquitectónica de Miguel Ángel. Todo allí produce una sensación de sosiego y paz. A ambos lados de la cámara están los sepulcros de Lorenzo de Médicis y de su hermano Giuliano. Cubierto con una ligera armadura y descansando la mano en la espada puesta de través en las rodillas, el juvenil Giuliano parece mirar con insaciable anhelo los años que no logró vivir ni gozar. Esta escultura se conoce vulgarmente con el nombre de *La vida activa.* Contrasta con ella *La vida contemplativa,* escultura en que aparece el pensativo Lorenzo, con la mano sobre los labios cerrados, mientras los ojos, sombreados por la visera del casco, sondean los solitarios caminos de la muerte.

Envejecía ya Miguel Ángel cuando otro Papa echó sobre los hombros del artista una segunda tarea abrumadora. La pared de la Capilla Sixtina situada detrás del altar no había sido decorada aún. Durante siete largos años Miguel Ángel volvió a convertirse en pintor para

realizar su obra *El Juicio Universal*, que estuvo concluida en 1541.

El descomunal esfuerzo que requerían sus obras colosales había envejecido a Miguel Ángel más aún de lo que a su avanzada edad correspondía. Durante un breve lapso iluminó su vida la amistad entrañable de una noble señora: Vittoria Colonna. En ella, como jamás en criatura alguna, desbordó el artista sus melancólicos y elevados pensamientos y afectos. Cuando la muerte le arrebató a su amiga, se retiró a vivir como un ermitaño en una humilde casa de Roma. Vivía como un hombre reducido a la pobreza, aunque en realidad sostenía a sus hermanos y tenía, oculta en su taller, una considerable fortuna en dinero. En secreto dotaba a jóvenes virtuosas y pobres, a fin de que pudiesen casarse bien.

Sin embargo, pasaba Miguel Ángel de los setenta años cuando inició una nueva carrera: la de arquitecto. Todavía era un novato en este arte cuando le encomendaron la dirección de las obras de la basílica de San Pedro, que a los cincuenta años de puesta la primera piedra estaba aún inconclusa y falta de techumbre. Muchos arquitectos habían trabajado en su construcción, pero lo único en que coincidían todos los planos era en la grandiosidad, pues la basílica había de ser la mayor del mundo.

La lentitud con que se realizaban los trabajos permitió a Miguel Ángel ocupar parte del tiempo libre en otras obras en diversos lugares de Roma: iglesias, palacios, puentes, museos. Su estilo acabó preponderando en la arquitectura de la Ciudad Eterna, donde quedó como un gigantesco himno de piedra.

Algunos de los proyectos que hizo Miguel Ángel para la basílica de San Pedro no llegaron a realizarse nunca: pero a él se debe por entero la gran cúpula doble, obra que corona de gloria el majestuoso templo y su propia vida. Los ingenieros habían juzgado irrealizable la construcción de esta cúpula; y, sin embargo, paulatinamente, hilada tras hilada, fue cobrando forma la colosal burbuja pétrea, majestuosa en sus proporciones, desafiando, al parecer, la gravedad a medida que las hiladas iban aproximándose al centro. "Estoy tan viejo –solía decir el gran arquitecto– que la muerte ya me tira de la capa." Pero antes de morir, faltándole un año para cumplir los noventa, Miguel Ángel vio casi concluida su obra: la cúpula más grande y más hermosa del mundo. Inundada de luz, resonante con las graves notas del órgano y los cantos de los individuos del coro, esa cúpula contiene –si es que algo puede contenerlo– el eco postrero del alma titánica de Miguel Ángel.

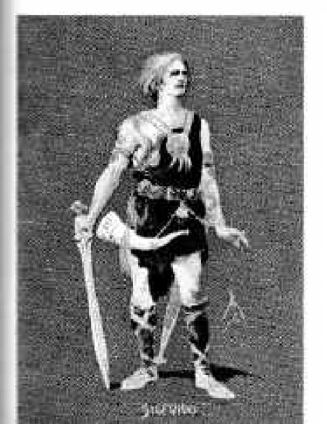
COMPOSITOR, DRAMATURGO, FILÓSOFO...

Deems Taylor

Tenía un don especial para hacer que la gente hablara de él. Era un hombre de baja estatura, enfermizo, con la cabeza demasiado grande para su cuerpo; padecía de los nervios y no toleraba sobre su piel nada que fuera más áspero que la seda; sus ilusiones de grandeza lo convertían en un monstruo de la vanidad.

Se creía un gran dramaturgo, un gran pensador y uno de los más grandes compositores del mundo: una combinación de Shakespeare, Platón y Beethoven. Era uno de los conversadores más agotadores que haya vivido jamás. Pasar una tarde con él era pasar una tarde escuchando un interminable monólogo. Algunas veces era brillante, pero otras su conversación resultaba exasperantemente fatigosa. Su único tema de conversación era él.

Quería tener siempre la razón. Si cualquiera de los que le escuchaban mostraba el más mínimo desacuerdo, aunque fuera en el punto más trivial, se embarcaba en una arenga que podía durar horas, durante las cuales demostraba tener razón de tantas maneras y con una volubilidad tan exhaustiva que su oyente, aturdido y ensordecido,






Bocetos de P. Gamba para los trajes de la representación de "Sigfrido" celebrada en la Scala de Milán en 1911. Se conservan en el Museo Teatral de la Scala.

aceptaba su punto de vista con el exclusivo objeto de recobrar la tranquilidad.

Tenía sus propias ideas acerca de todo: vegetarianismo, drama, política, música, y en apoyo de ellas escribió innumerables folletos, cartas y libros, que luego publicaba, por lo general, a cargo de alguna otra persona. Como esto no fuera bastante, se sentaba a leérselos a su familia y amigos durante horas.

También escribió óperas. Aún no había terminado de escribir una cuando invitaba, o, mejor dicho, exigía a un grupo de amigos que se reunieran en su casa para leérsela en alta voz. Esto lo hacía no para oír sus críticas, sino para escuchar sus aplausos. Tocaba el piano con el mal estilo característico de la mayoría de los compositores, y sin embargo durante las fiestas se sentaba al piano en presencia de algunos de los mejores pianistas de su época para tocar incansablemente . . . su propia música. Su voz también dejaba mucho que desear, lo que no era óbice para que invitara a su casa a eminentes cantantes y ante ellos interpretara sus propias óperas, cantando todos los papeles.

Tenía la estabilidad emocional de un niño de seis años; cuando estaba malhumorado, se salía de sus casillas y pataleaba, o se sumía en una melancolía suicida, y hablaba de irse al Oriente y terminar sus días como monje budista. Diez minutos más tarde, cuando algo le agradaba, corría alrededor del jardín de su casa, o saltaba sobre un sofá o se ponía cabeza abajo. Podía quedar anonadado por la muerte de alguno de sus perros favoritos, pero a veces su frialdad de corazón era tal que hubiera hecho temblar a un emperador romano.

No tenía sentido del deber. Nunca se le ocurrió que tenía la obligación de ganarse la vida. Estaba convencido de que el mundo tenía que darle el sustento. Pedía dinero prestado a todo el mundo, hombres, mujeres, amigos o extraños. Escribía un sinnúmero de cartas pidiendo dinero; a veces, en ellas, ofrecía a su supuesto bienhechor el privilegio de contribuir a su sustento, y se sentía mortalmente ofendido si aquel declinaba tal honor. No he encontrado ningún recibo de que haya devuelto jamás dinero alguno a aquellos que no tuvieran derecho a reclamárselo jurídicamente.

Gastaba como un rajá cualquier suma que llegaba a sus manos. El solo proyecto de representar algunas de sus óperas era suficiente para que quedara a deber cuentas diez veces superiores a la cantidad que habría de recibir por sus derechos de autor. Aunque no tenía dinero bastante para pagar el alquiler de su casa, las paredes y los techos de su cuarto de estudio estaban tapizados de seda rosa. Nadie



Entre los muchos objetos de Wagner que se conservan en la Casa Museo dedicada al compositor en Bayreuth, Baviera, descuella este retrato pintado por G. Jager en la época en que Wagner componía "Los Maestros Cantores".

sabrá nunca, ni él mismo llegó a saberlo, la cantidad de dinero que debía. Su mayor bienhechor le dio el equivalente de seis mil dólares para pagar sus deudas más apremiantes, y un año más tarde, tuvo que darle 16 mil para que pudiera vivir en otra ciudad sin que lo metieran en la cárcel por moroso.

En otras cosas era igualmente desaprensivo. Por su vida desfiló una procesión innumerable de mujeres. Su primera esposa pasó veinte años perdonando sus infidelidades. Su segunda mujer fue la esposa de uno de sus amigos más devotos, a quien se la quitó, e incluso

cuando estaba tratando de persuadirla para que dejara a su marido, escribía a otro de sus amigos para preguntarle si podría sugerirle alguna mujer rica –*cualquier* mujer rica– con la que pudiera casarse por su dinero.

El cariño por sus amigos estaba basado solamente en el uso que podía hacer de ellos. En el momento que le fallaban –aunque no fuera más que rehusando una de sus invitaciones a cenar– no volvía a hacerles caso. Al final de su vida solamente tenía un amigo, al que conoció ya de mediana edad. Era un verdadero genio para ganarse enemigos. Cierto personaje de una de sus óperas era una caricatura de un poderoso crítico musical de la época. No contento con burlarse de él, invitó al crítico a su casa para leerle el libreto en alta voz delante de sus amigos.

El nombre de este monstruo era Richard Wagner. Todo lo que he dicho de él puede encontrarse escrito en periódicos, en informes de la policía, en los testimonios de las personas que lo conocieron, en sus cartas. Pero lo más curioso de todo ello es que no importa lo más mínimo. Porque este hombrecillo enfermizo, desagradable y fascinante, tuvo siempre razón. *Era* uno de los mejores dramaturgos del mundo, un pensador y uno de los más grandes genios musicales que el mundo ha conocido jamás. El mundo, en realidad, le *debía* el sustento.

Cuando consideramos que escribió trece óperas y dramas musicales, once de los cuales todavía se siguen representando y ocho de ellos figuran, sin discusión, entre las mejores obras músico-dramáticas del mundo. Cuando escuchamos sus composiciones, las deudas y los quebraderos de cabeza que la gente tuvo que sufrir por él, no nos parecen un precio muy elevado. Las mujeres cuyos corazones destrozó han muerto; y creo que el hombre que no quiso a nadie más que a sí mismo ha pagado sus culpas escribiendo *Tristán e Isolda.* Unos cuantos miles de marcos de deudas no fueron un pago demasiado elevado por su tetralogía *El anillo de los Nibelungos.*

Al escuchar su música no le perdonamos por lo que haya podido ser, porque no es cuestión de perdonar. La única sensación que nos embarga es el asombro de que su frágil cerebro y su débil cuerpo no estallaran bajo el tormento de la fuerza creadora que vivía dentro de él, luchando, arañando, dando zarpazos para ser liberada. El milagro es que, inclusive un genio, en el corto lapso de setenta años, pudiera hacer todo lo que él hizo. Por eso no puede sorprendernos que no tuviera tiempo para ser un hombre.

THOMAS EDISON, UNA VIDA INCANSABLE

Charles Edison

En su laboratorio de Menlo Park, Nueva Jersey, con un mechón sobre la amplia frente, la ropa arrugada y salpicada de quemaduras químicas, Thomas Alva Edison no daba la sensación de ser un hombre que estaba trasformando con sus inventos la faz del mundo. A un personaje que lo visitó en cierta ocasión y le preguntó si eran muchas las distinciones y medallas que había recibido, le respondió:

—¡Oh, sí; mi mujer tiene en casa un par de cajas llenas!

Sin embargo, al tratarlo íntimamente, se descubría su gran inteligencia. Pero más aún que por sus muchas aportaciones al progreso de la humanidad (patentó en el curso de su vida 1093 inventos), su figura es inolvidable en mi recuerdo por su excepcional valor y su constancia, por su entereza de carácter y su humildad.

Aunque el trabajo le ocupaba la mayor parte del tiempo, siempre encontraba oportunidad para salir a pasear en automóvil, a pescar o hacer cosas parecidas, en las que lo acompañábamos todos los miembros de la familia. Mientras mis hermanos y yo fuimos pequeños, jugaba al "parchesi" con nosotros, o se tumbaba en el suelo y participaba en nuestros retozos. Nunca olvidaré cómo celebrábamos el Día

de la Independencia en Glenmont, nuestra casa de tres pisos de West Orange, Nueva Jersey, que hoy es monumento nacional. Era la fiesta que más le gustaba a mi padre. Al amanecer hacía explotar un petardo en un tonel vacío, con lo que despertaba a toda la casa y a todo el vecindario. Luego quemábamos fuegos artificiales durante todo el día.

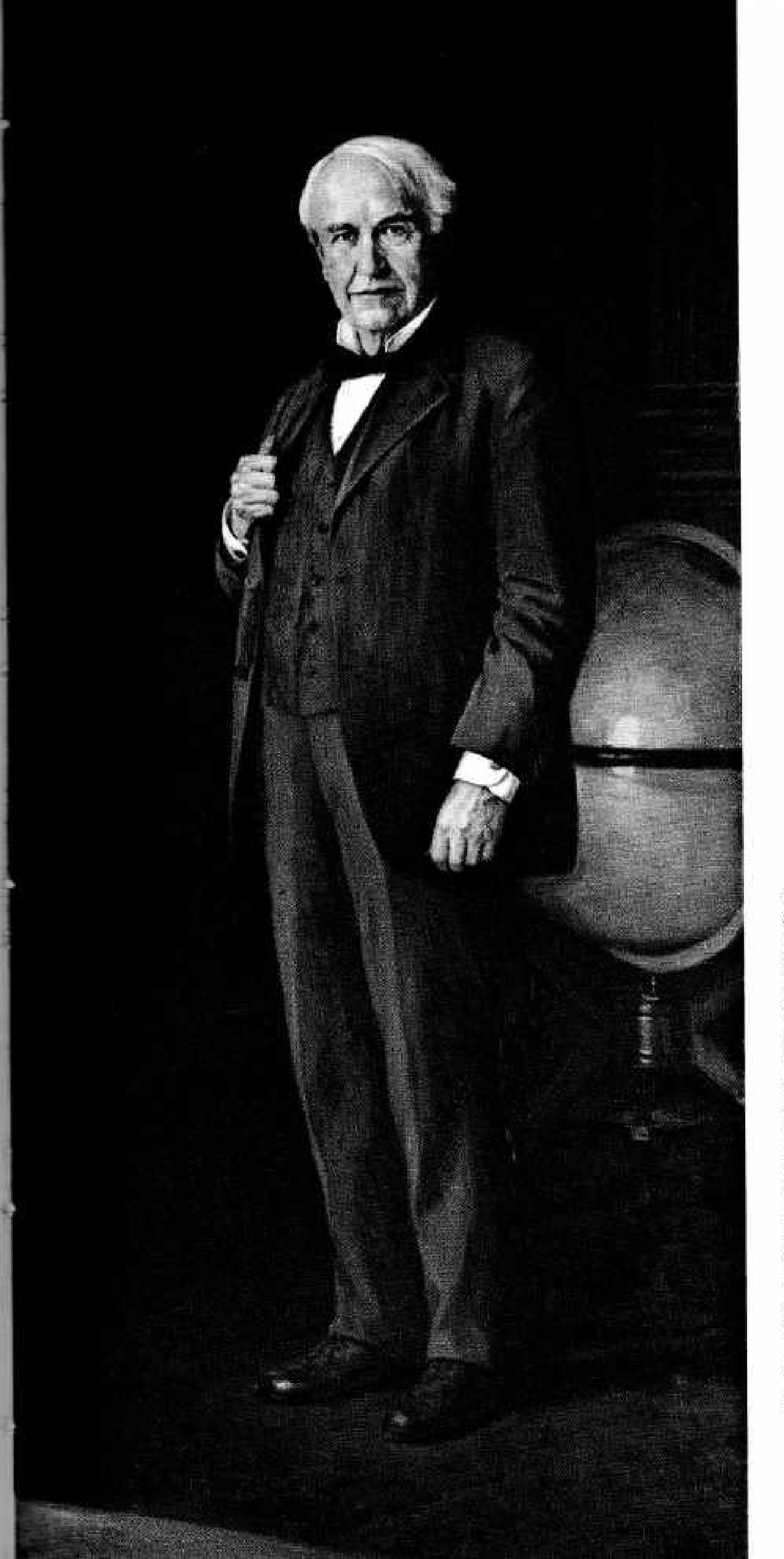
—A tu madre no le va a gustar esto —me decía, con picardía—, pero vamos a hacer estallar veinte cohetes juntos a ver qué sucede.

Alentaba en todos nosotros la afición a los experimentos y a la investigación; nos proporcionaba relojes y otros artefactos para que trabajáramos en ellos; nos desafiaba, nos gastaba bromas y nos hacía preguntas para inducirnos a experimentar. Cuando cumplí seis años me llevó al laboratorio para que lavara las probetas. A los diez empecé a fabricar, con ayuda de mi padre, un automóvil. No llegué a hacer la carrocería, pero armé un motorcito de dos tiempos con correa de trasmisión. Funcionó perfectamente, y nos proporcionó muy buenos ratos a mis hermanos y a mí. Mi hermano Theodore y yo, montados en sendos automóviles y armados de mazos de "croquet", jugábamos al polo en el césped del jardín, sin que nadie, salvo nuestra madre y el jardinero, se opusiese a ello.

Mi padre podía dar órdenes, y muy a menudo lo hacía, pero prefería inspirar a la gente con su ejemplo. Este fue uno de los secretos de su éxito. No era, como muchos creen, un científico que trabajaba en el laboratorio sin compañía de nadie. Apenas ganó el suficiente dinero con uno de sus inventos —el teleindicador de cotizaciones de Bolsa, cuya patente vendió en 40.000 dólares— tomó a sueldo matemáticos, químicos, mecánicos y otros especialistas a quienes supuso capacitados para que colaborasen con él en la resolución de arduos problemas. Unió así la ciencia y la industria para el trabajo de investigación "en grupo", procedimiento universalmente adoptado hoy.

Mi padre trabajaba generalmente dieciocho o más horas diarias. "La obra cumplida es la única satisfacción verdadera que hay en la vida", solía decirnos. Se ha dicho que tenía suficiente con cuatro horas de sueño y, de vez en cuando, una ligera siesta, y no es una exageración. "El sueño es como un estupefaciente —aseguraba él—: dormir demasiado de un solo tirón nos deja aletargados. Ocasiona pérdida de tiempo, de energías y de oportunidades."

Sus triunfos son bien conocidos: a la edad de treinta años inventó el fonógrafo, que capta los sonidos en un disco; su descubrimiento



Este retrato de Edison fue realizado por Ellis M. Silvette en el año de 1929. Cuando lo vio terminado, Edison declaró que era el mejor que le habian hecho, y como el pintor quería que le confirmara por escrito este juicio tan favorable, cogió un pincel del artista y escribió en el fondo del cuadro y a la izquierda: "OK T. A. Edison".

de la lámpara incandescente alumbra hoy al mundo; el micrófono, el mimeógrafo, el fluoroscopio, el acumulador alcalino de ferroníquel y el cinematógrafo son también inventos suyos. Modificó, a fin de darles aplicación comercial práctica, inventos realizados por otros, como el teléfono, el telégrafo y la máquina de escribir, e idea suya fue el actual sistema de distribución de energía eléctrica.

¿Nunca fracasó Edison?, preguntan algunos. Sí, fracasó muchas veces. El contador eléctrico de votos, primer invento que patentó en los días en que su situación económica era casi ruinosa, no pudo venderlo porque lo rechazaron los legisladores. En otra ocasión inventó un procedimiento de separación magnética para poder conseguir mayor pureza del mineral de hierro de baja calidad, e invirtió todo su dinero en una maquinaria para tal fin; pero entonces se descubrieron yacimientos de mineral ferruginoso de alta calidad y todo su esfuerzo resultó inútil. Sin embargo, nunca se dejó asustar por las posibilidades de un fracaso.

—¡No hemos fracasado! —dijo a un desalentado colaborador después de una larga serie de experimentos—. Ya conocemos mil cosas que no sirven; nos hallamos, por tanto, más cerca de encontrar la que sirve.

El dinero era para él una materia prima que, como el metal, debía utilizarse más que acumularse; y todo lo que ganaba lo volvía a invertir en nuevas empresas. En repetidas ocasiones estuvo al borde de la ruina, pero nunca supeditó sus esfuerzos a ninguna consideración monetaria.

Una vez pensó que una trituradora de mineral que tenía en su fábrica no daba el rendimiento debido, y dijo al empleado que la manejaba:

—Aumente la velocidad.

—No me atrevo; puede reventar.

Mi padre se dirigió al capataz:

—¿Cuánto pagamos por esa máquina, Ed?

—Veinticinco mil dólares.

—¿Tenemos esa suma en el banco? . . . Bien, que aumenten la velocidad.

El maquinista obedeció, y al poco rato le informó:

—Está dando unos golpazos que asustan. ¡Saltará hecha pedazos y nos romperá la cabeza!

—¡Aumente la velocidad! —gritó mi padre.

Al aumentar el golpeteo, fueron apartándose todos. De pronto

se oyó un estallido; volaron en todas direcciones trozos de metal. La máquina quedó hecha pedazos.

—¿Qué conclusión sacó de esto? —le preguntó el capataz.

—Que la máquina resiste un cuarenta por ciento más de lo señalado por los fabricantes —contestó mi padre, sonriendo—. No estalló hasta que se puso en la última velocidad. Esto quiere decir que puedo fabricar una trituradora mejor y aumentar la producción.

Recuerdo perfectamente una cruda noche de diciembre de 1914, época en que los experimentos, hasta entonces infructuosos, del acumulador alcalino con rejilla de ferroníquel, a los que había dedicado buena parte de los últimos diez años, acabaron colocando a mi padre en una difícil situación económica. Sólo los ingresos procedentes de las películas y de los discos de fonógrafo sostenían el laboratorio. Aquella noche resonó de extremo a extremo del local el grito de "¡fuego!" Originado por combustión espontánea en la sala de depósito de películas, el incendio se propagó a los preparados de embalaje, al celuloide para discos y a otros materiales inflamables, que ardieron instantáneamente. Cuadrillas de bomberos acudieron desde ocho poblaciones cercanas, pero el fuego era tan intenso, y la presión del agua tan débil, que el chorro de las mangueras no producía efecto.

Al no ver por allí a mi padre, empecé a preocuparme. ¿Le habría sucedido algo malo? La pérdida de todo su capital, ¿no abatiría por completo su ánimo? A los sesenta y siete años no estaba ciertamente en edad de volver a empezar. De pronto vi que asomaba en el patio y venía corriendo hacia mí.

—¿Dónde está tu madre? —me dijo a gritos—. ¡Corre a buscarla! ¡Dile que avise a los amigos! Un incendio como este sólo se ve una vez en la vida.

A las cinco y media de la mañana, cuando escasamente se había dominado el incendio, mi padre reunió al personal de la empresa.

—Reconstruiremos todo esto— dijo.

Acto seguido encargó a uno de los empleados que contratase el alquiler, en todas las tiendas de los alrededores, de la maquinaria que hiciese falta. Mandó a otro que consiguiese de los directores del Ferrocarril de Erie una grúa de salvamento. En seguida, como quien repara en un detalle sin importancia, preguntó:

—¿Sabe alguno de ustedes dónde podríamos conseguir dinero? A todo desastre se le puede sacar partido —dijo luego—. Acabamos de deshacernos de un montón de cosas viejas. Lo que edifiquemos ahora será mucho mejor.

Luego se quitó la chaqueta, la enrolló a guisa de almohada, se acostó encima de una mesa y se quedó dormido.

La serie de sus notables inventos lo hizo aparecer como un hombre dotado de poderes casi mágicos y le valió el sobrenombre de *El Mago de Menlo Park*. Esto a veces le divertía, y a veces le disgustaba.

—¿Mago, yo? ¡Bah! El secreto está en trabajar de firme —¡solía decir; o bien—: El genio es uno por ciento de inspiración y noventa y nueve por ciento de traspiración—. Esta última frase se cita frecuentemente.

A la muerte de su primera esposa, papá se casó en segundas nupcias con Mina Miller, mi madre. Ella fue para mi padre el complemento de su existencia. Era prudente, afable, capaz; se adaptó de muy buen grado al género de vida que imponía la laboriosidad de su marido. Formaban los dos un matrimonio que irradiaba alegría y felicidad. En el único diario que llevó mi padre, que cubre los nueve días anteriores a su boda en 1885, se trasluce el amor que éste sentía por su futura esposa: "Iba tan absorto pensando en Mina, que por poco me atropella un tranvía."

Al proponerle matrimonio, empleó el alfabeto de Morse, que ella había aprendido durante el noviazgo.

Se ha dicho, a veces, que Thomas Edison era hombre de escasa cultura. En realidad solo fue al colegio durante seis meses, pero a la edad de ocho o nueve años ya leía obras clásicas, tales como la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*. Más adelante, dedicado a vender periódicos, cigarros y otros artículos en la estación del ferrocarril, se pasaba días enteros en la biblioteca pública de Detroit, que se leyó "de arriba abajo". En casa, mi padre tuvo siempre a mano libros, revistas y una media docena de diarios.

El hombre que había de llevar a cabo una labor tan vasta adoleció desde la niñez de una sordera casi total. Lo único que lograba oír eran los ruidos más fuertes y los gritos. No le afligió esto en absoluto. "Desde la edad de doce años no he escuchado el canto de un pájaro; pero más que un obstáculo, la sordera ha sido una ventaja para mí", dijo en cierta ocasión. A su entender, fue la sordera la que lo aficionó desde temprana edad a la lectura y le ayudó a concentrar la atención sin que lo distrajesen charlas insustanciales.

A quienes le preguntaban por qué no había inventado un audífono, les respondía, invariablemente: "¿Qué han oído en las últimas veinticuatro horas que les sea imprescindible?" Y tras breve pausa, añadía: "El que tiene que gritar cuando habla, nunca dice mentiras."

Era, sin embargo, gran amante de la música, que "escuchaba" tomando entre los dientes un lápiz cuya punta apoyaba en la caja de un fonógrafo. De esta manera percibía claramente las vibraciones y el ritmo. De todos sus inventos, el que más estimaba era el fonógrafo.

Mi padre recibió en vida muchos honores, pero dos le produjeron satisfacción especial. Uno fue en ocasión del quincuagésimo aniversario de la lámpara incandescente, el 21 de octubre de 1929, para el cual Henry Ford reprodujo el primer laboratorio de mi padre en Menlo Park (Nueva Jersey) y lo instaló en Dearborn (Michigan), a fin de que formara parte permanente de la inmensa exposición de Ford en Greenfield Village.

El otro tuvo efecto en 1928, en el salón que servía a mi padre de laboratorio, biblioteca y despacho, en West Orange. Allí se le otorgó una medalla especial del Congreso, en reconocimiento de su obra.

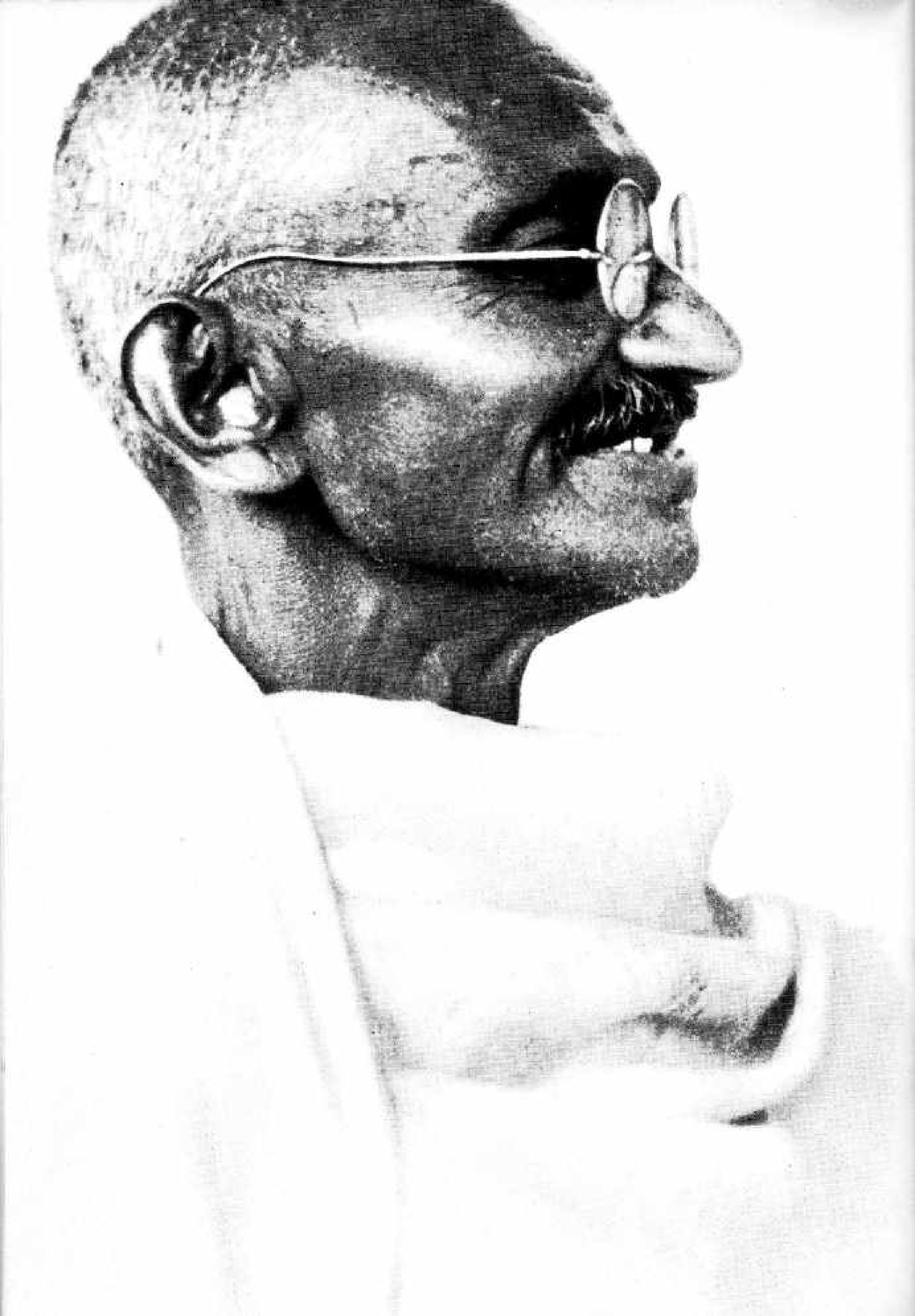
Nunca pensó Edison en retirarse. Tampoco le afligió nunca el peso de los años. Tenía ochenta cuando emprendió el estudio de la botánica, ciencia nueva para él. Lo que se proponía era hallar un sucedáneo del caucho. Después de haber ensayado y clasificado diecisiete mil variedades de plantas, Edison y sus colaboradores dieron con el procedimiento para extraer látex en cantidades suficientes del solidago o vara de oro.

A los ochenta y tres años, y habiendo oído que el aeropuerto de Newark era el de más tráfico del Este, se empeñó en ir con mi madre hasta allí, "para ver cómo funciona un aeropuerto de verdad". Cuando vio por primera vez un helicóptero, comentó, rebosante de alegría: "Así es como siempre he creído que sería." Y se puso a esbozar algunos cambios para perfeccionarlo.

A los ochenta y cuatro años, un ataque de uremia ponía término a la vida de mi padre. Un gran número de informadores de prensa montaban guardia permanente, en espera de noticias, junto a la casa. De hora en hora recibían partes acerca de su estado. "La lámpara alumbra todavía." Pero el 18 de octubre de 1931, a las 3.24 de la mañana, la noticia fue: "La lámpara se ha extinguido."

Como último homenaje se pensó que el día de los funerales de mi padre cesara en todos los Estados Unidos, por espacio de un minuto, el suministro de corriente eléctrica. Pero en vista del costo y el riesgo que esto implicaba, se decidió que solamente se procediese a atenuar determinadas luces. Las ruedas del progreso no cesarían de girar ni un solo instante.

Estoy seguro de que así lo hubiera querido Thomas Edison.



UNA VISITA AL MAHATMA GANDHI

Louis Fischer

Mohandas Karamchand Gandhi publicaba una sencilla revista semanal en inglés, titulada *Harijan*. En 1946, cuando la comisión ministerial inglesa dio a conocer el plan para conceder gobierno autónomo a la India, la verdadera incógnita no era si los indios aceptarían la fórmula inglesa; el problema era ¿la aceptaría Gandhi? . . . Porque Gandhi era el hombre de mayor influencia en la India.

Gandhi, después "de cuatro días de minucioso examen", escribió en *Harijan* un breve artículo en el que dijo: "En las presentes circunstancias, los ministros del gabinete han encontrado el método más fácil y más expedito de terminar con el dominio inglés."

Inmediatamente debajo del artículo en que Gandhi analizaba la trascendental oferta de Inglaterra para conceder la independencia a la India, aparecía otro escrito, firmado por él mismo y titulado "La almendra del mango", en el cual el estadista hindú elogiaba el valor nutritivo de la misma y la recomendaba como "un buen sustitutivo de los cereales y del forraje".

Este número de *Harijan* era característico de la personalidad de Gandhi, hombre de múltiples facetas, al que le interesaba todo lo relativo a la vida de los individuos. En un artículo, Gandhi definía la independencia de la India; en otro pedía que se redujese la ración de azúcar para la fabricación de dulces; en otro hablaba del problema de la criminalidad, y en otro, de los usos del cacahuete. Para Gandhi, el mahatma santo, la política no era un tema demasiado grande, ni los cacahuetes constituían un tema insignificante.

En el verano de 1942 hice una visita de una semana a Gandhi, que se encontraba en una aldea de la India, donde el calor era sofocante.

Unos años más tarde fui a visitarlo de nuevo y estuve con él seis días.

Lo más asombroso de Gandhi era, quizá, que vivía las veinticuatro horas del día a la vista del público y parecía medrar con ello. Su cama consistía en un colchón tendido en la terraza de piedra de la clínica del doctor Dinshah Mehta, en Poona. La terraza estaba al descubierto y a ras del suelo. No lejos del maestro dormían varios discípulos suyos. A mí me dieron una habitación en el interior, con una buena cama.

Todos los días, a las cuatro de la mañana, oía a Gandhi rezar con sus prosélitos. Después de las oraciones acostumbraba tomar jugo de naranja o de mango, y luego contestaba, personalmente, de puño y letra, su correspondencia. Tenía entonces más de setenta años y escribía con letra clara y pulso firme. Conservaba la vista, oía bien, y esperaba llegar a los ciento veinticinco años. Todos los días, Rajkumari Amrit Kaur, dama cristiana emparentada con un príncipe indio, que había renunciado a todo para poder servir a Gandhi en calidad de secretaria inglesa, leía a este las noticias trasmitidas telegráficamente por una agencia informativa británica. El mahatma nunca leía los periódicos ni oía la radio.

Toda la India, representada por centenares de visitantes y millares de cartas, acudía a Gandhi. Para la duración de cada visita Gandhi se guiaba por un reloj niquelado que llevaba colgando de la cinta con la cual se sujetaba el paño a la cintura. Era un hombre de extrema puntualidad. La limpieza, el aseo y la pulcritud predominaban en su persona. Gozaba con todo lo que hacía; le agradaba especialmente hablar, pasear, comer y dormir.

Yo acostumbraba dar un paseo con él a las cinco y media de la mañana. A veces amanecía lloviendo y en una de tales ocasiones le dije:

—Seguramente no saldrá usted con esta lluvia.

—Por supuesto que sí —me respondió. Y añadió—: Acompáñeme, no envejezca antes de tiempo.

Gandhi subsistía con legumbres crudas y cocidas, dátiles y otras frutas, budín de leche y tortas indias hechas de masa, delgadas como un papel. No comía huevos, ni carne, ni pescado, y no tomaba café, ni té, ni bebidas alcohólicas. En ocasiones, al pasar a su lado cuando estaba acostado en la terraza, dispuesto para dormir, me advertía que, si yo rezase más, dormiría mejor.

En una ocasión fui con él en ferrocarril desde Poona a Bombay, viaje que duró tres horas y media. Iban con nosotros cerca de diez secretarios, algunos adeptos y su médico particular; ocupábamos un coche de tercera clase provisto únicamente de bancos de madera. Llo-

vía a mares y el agua no tardó en filtrarse por las grietas del techo. Durante la jornada escribió un artículo para *Harijan*, y habló con varios jefes políticos que habían subido al tren para entrevistarlo. A pesar del aguacero, se había reunido en cada estación una muchedumbre ansiosa de verlo. En una de las paradas, se acercaron a la ventanilla del coche varios niños empapados hasta los huesos, que gritaban: "¡Gandhiji . . . Gandhiji!" (El sufijo ji es señal de respeto en indostaní).

Uno de los anhelos de Gandhi era acabar con el cruel tratamiento que sufren los llamados intocables a manos de la casta hindú. Obligó a los templos sagrados hindúes, de los cuales habían estado excluidos los intocables desde hacía siglos, a que les abrieran las puertas. El propio Gandhi pertenecía a la casta hindú por nacimiento; sin embargo, se identificó con los intocables para dar ejemplo a sus hermanos de casta.

La mayoría de los indios acostumbraban hacer una profunda reverencia cuando comparecían ante Gandhi, pero este solía exigirles que prescindieran de tal formalidad y, a veces, reforzaba sus palabras dándoles un ligero golpe en la espalda. Luego se sentaban en el suelo, y la entrevista principiaba. Cualquier persona de la casa estaba autorizada a entrar cuando se le antojara y escuchar lo que se decía. En varias ocasiones encontré de diez a doce pares de sandalias y zapatos alineados en el umbral de la entrada al salón de conferencias (que no tenía puerta), y yo mismo he dejado allí los míos para reunirme con las personas que se hallaban dentro, sentadas en esteras. Pero normalmente la conversación se efectuaba entre Gandhi y la persona a la cual había concedido audiencia.

Los más altos funcionarios provinciales del partido del congreso acudían a pedirle consejo e instrucciones. Los educadores iban a someter a su criterio nuevos métodos de enseñanza. Quienquiera que tuviera una nueva idea solicitaba su aprobación.

Los principios de la doctrina de Gandhi eran: fe en Dios, en uno mismo como instrumento divino, y en los medios pacíficos para llegar a Dios en la gloria y alcanzar la felicidad en la tierra.

Una vez le pregunté por qué no predicaba su mensaje de paz en Occidente.

—¿Cómo podría hacerlo, si ni siquiera he convencido a mis compatriotas indios? —me respondió—. Solo soy una bala fría.

Gandhi comprendía que la juventud de su tierra era impaciente y fogosa. Si los ingleses no hubiesen accedido a conceder la independencia a su país, la India hubiera sido barrida por una conflagración

capaz de destruir todo vestigio de dominación extranjera. Asia, en general, estaba harta de tener que soportar la carga del hombre blanco. Yo pude darme cuenta de las dificultades, cada vez mayores, entre los pueblos blancos y los de color.

Gandhi consagró su vida a obtener la independencia de su patria. Sin embargo, no quiso alcanzar ese ideal por medios violentos. En el curso de la campaña de desobediencia civil, emprendida por iniciativa suya en el año de 1942, los socialistas realizaron actos de sabotaje, organizaron una resistencia secreta y usaron de la fuerza para entorpecer la acción de las autoridades. Las normas de Gandhi contra la violencia prohibían actos de esta naturaleza.

Al hablar con Gandhi uno tenía la impresión de ver el mundo entero reflejado en el espejo de la India. Para él, una conferencia con una alta autoridad inglesa, o el cultivo del cacahuete, tenían el mismo fin: el bienestar de cuatrocientos millones de indios. Creo que fue el hombre más querido y más influyente de la India. Los hindúes adoran a un Dios, pero también veneran muchos ídolos y dioses, y hay ídolos de Gandhi en varios templos hindúes.

Vive el Oriente en medio de tanta hambre, de tantos harapos y de tanta desdicha, que allí piensa el hombre con su estómago, ve con su desnudez y siente con su miseria. Los infelices, por centenares de millones, contemplan sobrecogidos el poderío de los grandes, y se entregan de corazón al que, renunciando a sus comodidades, se consagra a la busca del bienestar común. Gandhi era de esa clase de personas. Son muchos los hindúes que no opinaban como él; pero todos respetaban su sinceridad, su discernimiento y su amor apasionado por la verdad.

Mohandas Karamchand (Mahatma) Gandhi nació el 2 de octubre de 1869 en Porbandar, India occidental. Vivió hasta los setenta y ocho años, edad muy avanzada en un país donde según las estadísticas oficiales, el término medio de vida de un hombre son veintisiete años. A pesar de esto, Gandhi no murió de causas naturales. Se dirigía a Nueva Delhi, donde iba a presidir una reunión religiosa, cuando fue asesinado por un joven extremista hindú, el 30 de enero de 1948. Menos de cinco meses antes, el mahatma había ganado una gran victoria personal cuando los ingleses declararon a la India nación independiente.

"Las puertas del cielo estaban abiertas desde hacía tiempo para recibir a Gandhi", me dijo en una ocasión un banquero de Bombay, duro de corazón. Pero Gandhi esperó hasta conseguir que la Tierra se pareciera un poco más al paraíso.

CON HELEN KELLER, HACIA LA LUZ

Ishbel Ross

A Helen Keller la rodea una atmósfera de lozanía, muy de acuerdo con la asombrosa historia de su vida. Ciega, sorda y muda desde los primeros años de la niñez, se rebeló contra este triple obstáculo para llegar a ser una de las personas más conocidas del mundo moderno; su vida constituye motivo de inspiración, tanto para los ciegos como para los que gozan del sentido de la vista.

Cuando, pasada la segunda guerra mundial, visitó al Japón, los niños de las más remotas aldeas corrían a saludarla gritando: "¡Helen Keller!" Su nombre había salvado todas las distancias aun antes de la época de la radio y el cinematógrafo.

Aunque, naturalmente, la conmueven estas reacciones humanas, a Helen Keller no le gusta que se la considere distinta del resto de la humanidad. Cree que los ciegos deben vivir y trabajar como los demás, con plena responsabilidad.

A la edad de diez años, Helen ya leía ávidamente la escritura Braille y podía comunicarse con las demás personas mediante el alfabeto de los mudos. En la primavera de 1890 supo que una muchacha noruega, ciega y sordomuda, había aprendido a hablar. Con la rapidez del relámpago deletreó en las manos de Anne Sullivan, su institutriz, el siguiente mensaje: "Tengo que aprender a hablar."

La señorita Sullivan llevó a Helen a la escuela para sordos Horace Mann, en Boston. Sin pérdida de tiempo, la directora, Sarah Fuller, comenzó a trabajar con su nueva discípula. En primer lugar hizo que Helen le pasara ligeramente la mano por la parte inferior del rostro y le pusiera los dedos dentro de la boca, de modo que sintiera la posición de la lengua de la maestra, sus dientes, el movimiento del maxilar inferior y la laringe.

La señorita Fuller colocó entonces la lengua en posición de emitir el sonido *i*. Luego hizo que Helen le apoyara un dedo contra los dientes y otro contra la garganta, y repitió varias veces el sonido de *i*. "Tan

pronto como terminó esta prueba –dice la maestra–, Helen se apresuró a ponerse un dedo en los dientes y otro en la garganta, y después de acomodar debidamente la lengua y los dientes emitió un sonido tan semejante al que yo había producido, que parecía ser su eco."

En seguida practicaron con las vocales *a* y *o*; Helen las repitió con mucha claridad. Después ensayaron las palabras *mamá* y *papá*. La señorita Fuller pronunció cuidadosamente la palabra *mamá*, al mismo tiempo que con los dedos rozaba el dorso de la mano de Helen, como para indicarle la relativa longitud de las dos sílabas. Tras de unas cuantas repeticiones, las palabras *mamá* y *papá* salieron correctamente y "casi con dulzura musical de sus labios".

Terminada la séptima lección, y cuando se dirigía en tranvía hacia su casa, Helen se volvió a Anne Sullivan y le dijo, en tono hueco y aspirando fuertemente: "Ya no soy muda." Esta fue la primera vez que Helen Keller se sirvió de palabras para expresar un pensamiento, apenas al mes de haber recibido la primera lección.

Las once lecciones que recibió Helen de la señorita Fuller fueron solo el prólogo de su largo batallar con la palabra hablada. Semana tras semana, mes tras mes, año tras año, trabajó para mejorar su pronunciación. Repetía las palabras y las frases durante horas enteras valiéndose de los dedos para palpar las vibraciones de la garganta de Anne Sullivan, los movimientos de su lengua y la expresión de su rostro cuando hablaba.

Desde entonces no ha dejado jamás de hacer ejercicios vocales, de decir discursos en público y de sostener conversaciones. Los que están en más estrecho contacto con ella observan que la pronunciación de sus palabras mejoró notablemente a los sesenta años. Su dominio de la palabra hablada ha merecido el calificativo de "la proeza individual más grande que registra la historia de la educación".

Alcanzó gran destreza en "oír" por la vibración de los labios. Colocando el dedo corazón sobre la nariz, el índice en los labios y el pulgar en la laringe de su interlocutor, Helen puede "escuchar lo que dicen los demás", sobre todo si la voz de quien habla es clara y resonante.

Descubrió que Franklin Roosevelt era para esto una persona ideal. Por las vibraciones logró apreciar los mejores chistes de Mark Twain. Con los dedos sobre los labios de Enrico Caruso "recogió aquella voz de oro" en las manos. Feodor Chaliapin le cantó la *Canción del botero del Volga* rodeando estrechamente la cintura de Helen con el brazo para que ella pudiera sentir cada una de las vibraciones de su potente voz. Jascha Heifetz tocó para ella algunas piezas en violín, que Helen



Helen Keller mientras "lee" con las yemas de los dedos un libro escrito en el sistema Braille.

pudo apreciar colocando suavemente los dedos sobre el instrumento. "Escuchó" los versos de Carl Sandburg de labios del famoso poeta y disfrutó con la música típica de las plantaciones del Sur, apoyando los dedos en el borde de una guitarra. También logró percibir algunos sonidos de la radio por las vibraciones que produce el aparato.

Su lucha con la niebla que la rodeaba comenzó el año de 1886, cuando tenía seis años.

Helen Keller nació en el pueblecito de Tuscumbia, en el estado de Alabama, el 27 de junio de 1880. Hasta los diecinueve meses fue una niña normal. Parecían encantarle las flores, el vuelo de las aves y el juego de la luz y las sombras. A esa edad contrajo unas "fiebres que le afectaron el cerebro y el estómago". Estuvo muy grave, pero la fiebre cedió casi tan rápidamente como se había iniciado.

En seguida su madre notó que la niña no cerraba los ojos cuando la bañaba. La llevó a un oculista y descubrió que su hija era ciega; después observó que Helen no reaccionaba en forma alguna al fuerte repiqueteo de una campana. También era sorda. A los tres años, la niña era inevitablemente muda y había olvidado las pocas palabras que balbucía a los dieciocho meses.

Helen crecía rápidamente y llegó a ser una joven fuerte y bien conformada; su carácter era suave, pero a menudo se veía eclipsado por furiosas pataletas. Cuando no podía hacerse entender la asaltaban violentos estallidos de cólera; se tiraba al suelo y prorrumpía en incontenibles alaridos. Sus modales en la mesa eran horribles. No se lavaba la cara ni se ataba nunca los zapatos. Años más tarde escribió: "Sentía como si me sujetaran manos invisibles, y hacía frenéticos esfuerzos para liberarme." Su madre, acobardada ante semejante violencia, tenía que acceder a todo. Helen tenía una gran fuerza interior, en lugar de la apatía característica que domina a los niños triplemente inválidos. La madre de Helen se hallaba al borde de la desesperación cuando acertó a leer en el libro *American Notes*, de Charles Dickens, la historia de Laura Bridgman, niña de Nueva Inglaterra, también ciega, sorda y muda, en cuya mente había logrado penetrar Samuel Gridley Howe, jefe de la Institución Perkins.

Helen fue llevada ante Michael Anagnos, que había sucedido al doctor Howe. Anagnos recomendó a la madre para institutriz de su hija a una joven que acababa de graduarse, la señorita Anne Sullivan, quien llegó a ser la inseparable compañera de Helen Keller durante medio siglo.

Anne Sullivan era hija de unos emigrantes irlandeses, y su propia infancia estaba plagada de las horribles escenas que tan bien describió en sus obras Charles Dickens. Su padre, siempre borracho, la golpeaba; pasó hambre, fue maltratada y descuidada y, finalmente, la abandonaron en un hospicio propiedad del Estado. Ingresó en la Institución Perkins en 1880, ciega a causa del tracoma. Recobró la vista después de someterse a dos operaciones, aunque toda la vida sufrió de los ojos; en sus últimos años perdió de nuevo la visión.

Al llegar a Alabama, Anne Sullivan quedó sorprendida del aspecto atractivo y el rostro inteligente de Helen Keller. Helen corrió hacia ella tan pronto como bajó del carruaje, le tocó el vestido y la cara, y se empeñó en abrirle la maleta. Su madre trató de quitársela, lo que provocó una disputa a la entrada de la casa. Anne sacó entonces una muñeca que le enviaban los alumnos de la Institución Perkins y se

la dio a la niña. Después que Helen, a quien la muñeca aplacó en seguida, hubo jugado un rato con ella, Anne le deletreó en la palma de la mano la palabra *m-u-ñ-e-c-a*. Esto, que era para la niña algo insólito, atrajo toda su atención; trató inmediatamente de imitar los movimientos del dedo. Este fue el primer esfuerzo consciente que se había hecho para enseñar a la niña.

Cuando la señorita Sullivan trató de guardar la muñeca, Helen se encolerizó. Como primera medida, la maestra decidió apartar a la pequeña del lado de sus perturbados padres y se alojó con ella en una casita contigua. Durante varios días se trabó entre ambas una hercúlea batalla de voluntades. Fue una lucha física y mental, en la que Anne Sullivan triunfó, aunque en varias ocasiones tuvo que sujetar a Helen por la fuerza durante dos horas para dominar su feroz resistencia. "Su inquieto espíritu anda a tientas en la oscuridad —comentaba la maestra—. Sus manos, nunca educadas ni satisfechas, destruyen cuanto tocan porque no saben qué más se puede hacer con las cosas."

La señorita Sullivan observó al poco tiempo que la niña ya tenía varias maneras de expresar sus deseos. Si quería un helado movía la mano como para girar la manivela de una imaginaria congeladora. Para pedir pan y mantequilla hacía el ademán de cortar la rebanada y untarla. Cuando quería representar a su padre, hacía como si se pusiera gafas. Aprendió a mecer la muñeca haciendo un monótono ruido con los labios, a los cuales se llevaba suavemente los dedos. Además, aprendió a deletrear nuevas palabras en el lenguaje manual.

Al cabo de dos semanas apuntó un rayo de luz. La maestra la llevó junto al fregadero y extrajo agua con la bomba. Al caer el líquido en el jarro y sobre la mano derecha de la niña, Anne le deletreó la palabra *a-g-u-a* en la otra mano.

"La palabra, tan inmediata a la sensación del agua fría que estaba corriéndole por la mano, pareció sobrecogerla —escribió la señorita Sullivan—. Dejó caer el jarro y quedó como en éxtasis. Una nueva luz iluminó su rostro."

Helen recuerda el incidente en esta forma: "De un modo u otro, el misterio del lenguaje se me reveló en aquel instante. Supe entonces que 'agua' significaba aquella cosa deliciosamente fresca que me había corrido por la mano. Aquella palabra viva despertó mi espíritu: le dio luz, esperanza, alegría; lo puso en libertad."

Helen regresó a casa en un estado visible de agitación. Lo tocaba todo a su paso, como tratando de averiguar el nombre de cada cosa. El suelo que pisaba, el enrejado, los setos vivos, la bomba de agua . . .

ahora sabía que todo tenía su nombre y quería conocerlo. En el espacio de solo unas pocas horas agregó treinta palabras nuevas a su vocabulario. De ahí en adelante su educación adelantó con sorprendente velocidad.

La señorita Sullivan le enseñó a leer con frases cortas compuestas de letras de cartón, en relieve, que iba colocando dentro de una especie de bastidor.

"Cuando sus dedos se posan en palabras que conoce —escribió la señorita Sullivan—, grita de alegría, me abraza y me besa. Un día le presté una pizarra Braille para que se divirtiera y un rato después la encantadora chiquilla estaba escribiendo letras. Yo no imaginaba siquiera que Helen supiese qué era una letra."

A los tres meses Helen conocía cuatrocientas palabras y muchos modismos. Todo aquel verano, maestra y discípula continuaron sus divertidos ejercicios, que solían prolongarse durante horas, unas veces en casa, otras al aire libre. Aprendió a distinguir el laurel silvestre de la madreselva, y un cerdo de una gallina. Para la enseñanza de su discípula, Anne Sullivan hizo mapas de arcilla en relieve, valiéndose de cuerdas y estaquitas de naranjo para representar el ecuador, los meridianos y los polos. Con cuentas ensartadas por grupos le enseñó a contar y apeló a los palillos que usan en las escuelas de párvulos para enseñarle a sumar y restar. Esta era la única materia que disgustaba a la niña. Su escritura con lápiz llegó a ser en poco tiempo excelente. Pasado un mes de ejercicio pudo escribirle una carta con letra clara e irreprochable ortografía a cierta prima suya.

Cuando Helen cumplió ocho años, la señorita Sullivan la puso en la Institución Perkins, donde se abrió para ella un nuevo mundo. Allí disponía de libros escritos en Braille y podía disfrutar de la compañía de otras niñas que conocían el alfabeto manual. Pronto desplegó habilidades sorprendentes. Estudiaba sistemáticamente geografía, aritmética, zoología, botánica y lectura.

Aquellos días fueron de gran progreso mental para Helen. Cuando viajaba con su maestra, esta le deletreaba en la mano descripciones del paisaje que iban recorriendo, los cerros y los ríos, las aldeas y las ciudades, la apariencia de la gente y su modo de vestir. Pasaron el verano en la playa y Helen aprendió a nadar, pero su primer chapuzón le proporcionó una gran sorpresa, ¡y cómo no, si nadie le había dicho que el agua del mar era salada! Aprendió a remar, a navegar, a montar a caballo y a manejar la bicicleta de tándem. Por aquel entonces Helen era una muchacha alta, agraciada, llena de atractivo y agudeza.

Su próximo paso era la educación universitaria, y Helen se preparó para ello con su acostumbrada meticulosidad. Entró en la escuela de Cambridge, para señoritas, donde recibió una instrucción intensa; Anne Sullivan, siempre a su lado, le leía las lecciones en la palma de la mano. En 1900 se matriculó en Radcliffe y le correspondió ser la primera persona con un triple impedimento físico que ingresaba en una institución de estudios superiores .

La universidad la decepcionó. Adelantaba en el estudio, pero le faltaba tiempo para meditar. No podía tomar notas durante las conferencias porque tenía las manos ocupadas "escuchando". Una vez en su casa, sola, anotaba lo que podía recordar. Usaba la escritura Braille para el aprendizaje del álgebra, la geometría y la física, pero tenía poca aptitud para las matemáticas. Los exámenes eran su pesadilla. Sin embargo, había algunas clases que le gustaban mucho y tanto ella como su maestra se dedicaban a su estudio con la perfecta aplicación característica en ambas. Consiguieron libros escritos en Braille procedentes de Alemania e Inglaterra, y en ellos Helen leía hasta que le sangraban los dedos.

En 1904, a la edad de veinticuatro años, se graduó con honrosas calificaciones en inglés. Empezaron a lloverle solicitudes para presentarse en público y para colaborar en varias revistas. El mismo año fue invitada a asistir a la exposición de San Luis, con el propósito de despertar el interés universal por la educación de los mudos y ciegos. Pero el día que se presentó no fue posible contener a la multitud, que, en su afán de verla de cerca, le rompieron el vestido y arrancaron las rosas de su sombrero.

Cuando decidió dar conferencias recibió lecciones especiales de su profesor de música. De nuevo se lanzó a la lucha para regular el tono de su voz. A veces las cuerdas vocales eran rebeldes a todo esfuerzo, y la voz se hundía o se elevaba sin que ella pudiera dominarla. La lluvia, el viento, el polvo o la excitación nerviosa le afectaban el habla. A pesar de todo, en 1913 dijo su primer discurso en público.

"La mente se me heló", comentó entonces Helen. Elevó una plegaria, pero las palabras no salían de sus labios. Al fin forzó un sonido que ella sintió como un cañonazo. Después supo que aquello no había pasado de un susurro.

Posteriormente Helen y su maestra se presentaron muchas veces en público. La señorita Sullivan explicaba cómo había procedido en la enseñanza de su discípula. Entonces, esta hablaba un poco y finalizaba siempre con la frase: *Ya no soy muda.* En 1914 las dos emprendieron

la primera de sus giras trascontinentales de conferencias. En aquella época se les unió, en calidad de secretaria y administradora, una joven escocesa, muy activa y capaz, llamada Polly Thompson. Fueron a Hollywood a filmar la película *Liberación*. Después participaron en un sobrio programa de variedades en el Teatro Palace de Nueva York, en el que la señorita Keller causó gran sensación. Helen quedó encantada con esta nueva actividad, en la que halló plenitud de color, de vida, y un cambio novedoso. "Sentía en el rostro el aliento del público."

Helen Keller ya era conocida entonces en el mundo entero. Sus libros fueron traducidos a muchos idiomas y adaptados al sistema Braille. En el tercer decenio del presente siglo inició sus viajes internacionales. Fue varias veces a Europa y viajó también al Oriente, siempre interesada en mejorar la situación de las personas privadas de la vista; hablaba en su nombre y recaudó dinero para diversas asociaciones de ciegos. Quienes habían leído acerca de su vida acudían a verla. Para entonces era una mujer ilustrada, serena, capaz de hacer frente a cualquier situación imprevista. Recibió títulos honoríficos y condecoraciones en diversos países.

Pero la salud de su maestra, de nuevo casi ciega, decaía visiblemente. Ya no podía seguir los pasos de la vigorosa Helen, dueña de una excelente salud. Anne Sullivan murió en 1936, poco después de haber soportado la última de una larga serie de operaciones en los ojos. Aquel año le había sido otorgada a la notable pareja la medalla Roosevelt.

Hoy Helen Keller vive en una bella casa situada en los bosques de Connecticut, a unos ochenta kilómetros de Nueva York. Una linterna japonesa de piedra, de dos metros y medio de alto, que siempre está encendida y cuya luz no ha de apagarse mientras viva Helen Keller, se levanta simbólicamente en uno de los ángulos del césped de la casa.

En los estantes que rodean las paredes del estudio se ven sus libros escritos en Braille, que ella lee hasta que las extremidades de sus dedos tienen que ser protegidas con envolturas de seda. Su Biblia en Braille es su más valiosa posesión. Sabe de memoria capítulos enteros.

Helen Keller es una mujer profundamente espiritual. Su fe la sostiene en las pocas horas de reposo, cuando, terminadas las ocupaciones del día, vuelve a ese profundo silencio que sólo los ciegos sordomudos conocen.

"Espero gozosa el advenimiento de otro mundo –dice–, donde todas mis limitaciones físicas caerán de mí como grilletes; allí encontraré a mi amada maestra y me dedicaré dichosa a un servicio mucho más grande del que hasta ahora he conocido."

¡AVE CÉSAR!

Donald Culross Peattie

Los piratas del Mediterráneo estaban muy lejos de sospechar cuán peligroso sería para ellos aquel prisionero. El joven romano de tez pálida, ojos oscuros y abultados labios les pareció, desde luego, un noble; por ello fijaron su rescate en veinte talentos (unos diez mil dólares). Julio César se sintió ofendido y dijo que él no valía menos de cincuenta talentos; también les aseguró que, una vez libre, volvería por ellos y los ejecutaría a todos. Cuando fue rescatado, César armó algunas naves, se lanzó en busca de sus captores y logró apresarlos. Recobró los cincuenta talentos y ahorcó a los piratas.

Esto ocurrió en el año 76 a. de J. C., cuando Cayo Julio César tenía veintitantos años de edad y era ya hombre de maduro juicio. Educado en la gran escuela de retórica de Rodas, fue uno de los varones más ilustrados de su tiempo, brillante conversador y orador magnífico.

Estas dotes y un espíritu ambicioso lo llevaron a la política. Conquistó fama con su actuación contra cierto gobernador romano a quien varias ciudades griegas acusaban de exacciones ilegales. Roma vio con asombro que un romano fuera acusado públicamente de haber explotado a los pueblos sometidos; el senador Catón, siempre dispuesto a ver en todo hombre un subversor, señaló a Julio César como sujeto al cual convendría vigilar en lo futuro.

Pero el joven aristócrata era también un político sagaz, y logró escalar, uno tras otro, importantes puestos. Para corresponder a las obligaciones sociales que estos acarreaban, obsequiaba a los romanos con espléndidos festejos, que sufragó contrayendo deudas inmensas, de las cuales pudo librarse sólo mediante los préstamos de un amigo, el millonario Craso. Según conviniera a sus ambiciones, frecuentaba por igual el trato de los personajes más encumbrados y de los más humildes. En su primera juventud no le fueron extraños la molicie y los vicios, aunque después repudió a Pompeya, su segunda esposa, alegando que "la



mujer de César no sólo debía ser virtuosa, sino parecerlo". Como un lento veneno, la corrupción de la Roma pagana amenazaba con oscurecer y malograr el brillante porvenir de Julio César.

Nombrado para el gobierno de Hispania Ulterior, halló en el ejercicio del mando la ocasión de endurecer el cuerpo. Hubo ocasiones en que se vio obligado a permanecer día y noche a caballo. Compartió todas las penalidades de sus legiones y de esta forma templó al mismo tiempo el espíritu y el cuerpo. Con tenacidad infatigable, sin ceder ante el calor o las tormentas de polvo, el viento o la nieve, combatió las rebeliones que infestaban el país a su mando. Ensanchó los dominios de Roma en la Península Ibérica y llegó hasta orillas del Atlántico, en lo que es hoy Portugal.

Vuelto a Roma, fue nombrado cónsul por votación unánime. Ya revestido de la autoridad consular, propuso una ley de reparto de tierras a los legionarios. Hasta entonces, los veteranos de las guerras sostenidas por Roma podían sentirse satisfechos si, una vez licenciados, lograban cobrar las pagas atrasadas. Entre tanto, senadores y patricios se adueñaban de las tierras del dominio público para especular con ellas.

El Senado se opuso a la reforma agraria propuesta por César, quien, entonces, llevó su proyecto al Foro —la gran plaza situada en el corazón de Roma—. Allí lo sometió al voto de la plebe. Aunque la ley romana autorizaba tal plebiscito, Roma entera se sorprendió de que su joven cónsul se rebajara a pedir el parecer del pueblo. César logró que Pompeyo *el Grande*, ídolo de Roma en aquellos días, lo apoyase desde el *rostrum* (plataforma de piedra destinada a los oradores, la cual puede verse hoy en las ruinas de la Roma antigua). El pueblo manifestó su aprobación en forma estruendosa, y César se encaminó al Senado para anunciar que el proyecto de reforma agraria era ya ley.

Para que el pueblo estuviese al corriente de la marcha de los negocios públicos, César dispuso que en los muros de diversos lugares de la ciudad aparecieran diariamente noticias de los acuerdos del Senado. También hizo aprobar una ley que obligaba a los gobernadores de las provincias conquistadas a rendir cuentas de los ingresos del Erario. Al finalizar su período consular, en el año 59 a. de J. C., el Senado dio a César el gobierno de la Galia romana (hoy la Francia mediterránea), provincia lejana y continuamente amenazada por tribus bárbaras.

Busto romano del siglo I a. de J. C., considerado generalmente como retrato de César.
Se encuentra en la Galería de los Uffizi de Florencia.

Con esto se inició uno de los grandes capítulos de la vida de Julio César, cuya narración nos ha dejado él mismo en sus *Comentarios de la guerra de las Galias,* obra clásica de la historia militar y de la historia de la literatura. El relato está lleno de notas de color: los dardos silbantes que oscurecen el aire, la pez hirviente que cae de la muralla asediada, los carros sorprendidos por la caballería al vadear un río, los gritos de espanto de las mujeres galas.

César era uno de esos capitanes que saben hacerse respetar y admirar por sus soldados. Jamás descuidaba el rancho y la paga de la tropa; se preocupaba de formar en sus hombres el espíritu militar. En el combate desafiaba el peligro a la cabeza de su gente, la espada en alto flamante al viento el manto de púrpura.

Así guió a sus legiones contra los helvecios, guerreros de los valles de Suiza. Cuando los hubo derrotado, los abasteció de pan y grano para un año, de semillas para la nueva siembra, y les permitió volver a sus hogares.

Los germanos, que acometieron a las legiones romanas en Alsacia, fueron aún más terribles. Pero César los venció y, no lejos del lugar donde hoy se alza la población de Remagen, tendió el primer puente sobre el Rin, con lo cual llevó la guerra al propio país enemigo. Los ríos Marne, Mosa, Sambre y Somme lo vieron triunfar de los belgas.

Cruzó dos veces el canal de la Mancha, en expediciones de castigo contra los hostiles britános. Durante ocho fatigosos años hubo de acudir, ya a uno, ya a otro punto de las Galias para combatir a los rebeldes. Finalmente, los convirtió en decididos partidarios y aliados de Roma, y llevó paz y unidad a todo el territorio de lo que es hoy Francia y Bélgica. De este modo pasaron los galos a ser un poderoso bastión que defendió por cuatrocientos años la grandeza de Roma, y las leyes, la lengua, las letras y la arquitectura de la Francia de nuestros días deben mucho a la rica herencia latina que recibieron gracias a Julio César.

La gloria alcanzada por César fue motivo de consternación para el partido político de los *optimates*, representantes de la aristocracia privilegiada, así como de amarga envidia para Pompeyo, su jefe. Cuando César, de vuelta a Roma, hizo alto en el valle del Po, al norte de Roma, el Senado abrió una "investigación" para deliberar acerca de pasados escándalos del invicto capitán, al cual se le ordenó licenciar sus tropas y presentarse en la ciudad para ser juzgado.

César sabía que las legiones lo seguirían sin vacilar un solo instante a donde él quisiera llevarlas. Nadie como él percibió que la en un tiem-

po magnífica república romana se hallaba en estado de descomposición: el Senado usurpaba las funciones del poder ejecutivo; el cónsul Pompeyo era dócil instrumento de los senadores. Al pasar audazmente el Rubicón, riachuelo que marca por el norte el límite de lo que es propiamente el territorio de Roma, César entró en guerra con el Senado.

Las legiones enviadas contra César se pasaron a sus banderas. Cuando con su ejército, engrosado por los desertores del enemigo, avanzó hacia Roma, Pompeyo huyó al norte de Grecia, donde tenía el grueso de sus fuerzas. En la llanura griega de Farsalia se disputó, el 9 de agosto del año 48 a. de J. C., la batalla entre los dos genios militares del siglo. La tarde de aquel día vio a César dueño de los destinos del mundo, y a Pompeyo fugitivo.

Pompeyo huyó a Egipto, con la intención de rebelar aquel pueblo contra Roma; César lo persiguió y Tolomeo XII, el joven rey de Egipto, mandó asesinar a Pompeyo y presentar al horrorizado César la cabeza del vencido. Con gran sorpresa de Tolomeo, este acto no le conquistó la voluntad del vencedor.

Aunque conforme al testamento del padre de Tolomeo, éste y su hermana Cleopatra debían reinar conjuntamente, la princesa se veía excluida del trono.

Por ella y por Roma, César sometió a Tolomeo y restituyó a Cleopatra en el trono de Egipto, bajo la protección de Roma, que añadía así a sus dominios el reino más rico de la tierra. En un inmortal idilio, César y Cleopatra viajaron Nilo arriba acompañados de cuatrocientas embarcaciones, con una gran escolta de soldados, sirvientes, músicos, flores, vinos y manjares, En los brazos de Cleopatra quedó vencido el vencedor del mundo.

Entre tanto, los partidarios de Pompeyo habían reagrupado sus fuerzas en España y el norte de África. César marchó a combatirlos en Túnez, donde se le oponían diez legiones al mando de Catón y las fuerzas del rey de Numidia, compuestas de veloces jinetes y de 120 elefantes, especialmente adiestrados para la guerra.

En vísperas de la batalla de Tapso, César sintió la aproximación de un antiguo e insidioso enemigo: la epilepsia. Con ánimo sereno, alentó a los legionarios, fatigados por largas marchas, y dio las últimas instrucciones a sus tenientes antes de que le diera el ataque. Cuando recobró el conocimiento, las legiones de Catón habían sido deshechas y el rey de Numidia había perdido el trono.

César, en compañía de Cleopatra y su hijo Cesarión, regresó triunfalmente a Roma. Durante cuatro días, la aglomerada urbe fue un conti-

nuo teatro de espectáculos públicos, banquetes, juegos, procesiones. Las guirnaldas y las banderas llenaban de color el aire luminoso y cálido de las calles. El pavimento se estremecía bajo el paso de los erguidos portadores que llevaban en alto el botín de guerra, bajo el desfile de los agobiados cautivos, bajo el trepidante rodar del pesado carro en que desfilaba el mismo triunfador, ceñida la frente con la corona de laurel. Detrás de César iban, en cerrada columna, las legiones: veteranos bronceados por el Sol, que desfilaban al son de las trompetas, ostentando cicatrices, recuerdo de victoriosas campañas, y en los que Roma entera aclamaba la gloria de su ejército. A la luz de las antorchas en las horas de la noche, resguardado del Sol por toldos de seda durante el día, el pueblo asistió a las fiestas en las que presenció carreras de carros, simulacros de combates navales, cacerías africanas con unos cuatrocientos leones, danzas guerreras asiáticas, clásicos bailes griegos.

Ante César triunfante, el Senado extremó su servilismo. Le concedió el título vitalicio de *imperator*, con el cual ya lo venían aclamando afectuosamente desde hacía mucho tiempo sus legiones. César vio en tal distinción una llamada del destino para que reformase el gobierno de Roma, configurado siglos atrás a lo que era una pequeña ciudad-Estado, y por tanto, impropio para una nación que dominaba tan vastos territorios.

El primer paso del reformador fue desproveer al Senado de su carácter de asamblea aristocrática; para ello nombró trescientos senadores más, elegidos principalmente de entre la menospreciada clase de los comerciantes, de los profesionales y de los pueblos conquistados. Concedió la ciudadanía romana a los hijos de los libertos, a los galos, y se propuso hacerla extensiva a todos los hombres libres del imperio. También permitió a los perseguidos judíos el libre ejercicio de su culto.

Para evitar que afluyesen a la ya superpoblada Roma los soldados licenciados y la gente falta de trabajo, fundó en Sevilla, Arlés, Corinto y Cartago colonias en las que asentó a ochenta mil personas. Con un vasto plan de obras públicas, de mejora de tierras y de embellecimiento de la capital dio empleo a millares de hombres. Puso fin a los abusos de los recaudadores de impuestos, que se enriquecían en las provincias explotando a comerciantes y agricultores. Restableció el patrón oro para dar estabilidad a la moneda. Quitó al Senado la facultad de nombrar magistrados, que era origen de corruptela y favoritismo.

Hasta el mismo calendario fue objeto de los desvelos reformadores de César. El primitivo mes romano era el lunar, de veintiocho días, pero en aquella época se añadían a los años, días e inclusive meses, al

antojo de los cónsules. Además, era tal la disconformidad entre el calendario y las estaciones, que el otoño, por ejemplo, caía en julio (mes así llamado en honor de Julio César). Asesorado por un astrónomo egipcio de Alejandría, César decretó la reforma que establecía los años de 365 días, con un año bisiesto cada cuatro años.

Pero como quiera que computase César el curso del tiempo, los días se acercaban inexorables a los funestos idus de marzo (15 de ese mes) del año 44 a. de J. C.

Basándose en el relato que Plutarco hace en sus *Vidas paralelas,* Shakespeare nos ofrece en la gran tragedia histórica *Julio César* los hechos fundamentales del infausto suceso; falló, en cambio, en su interpretación. Lo cierto del caso fue que los conjurados asesinos de César, muchos de los cuales eran deudores, no ya de su fortuna, sino de la misma vida al hombre que eligieron por víctima, no procedían en defensa de la libertad del pueblo, sino de los amenazados privilegios de su clase.

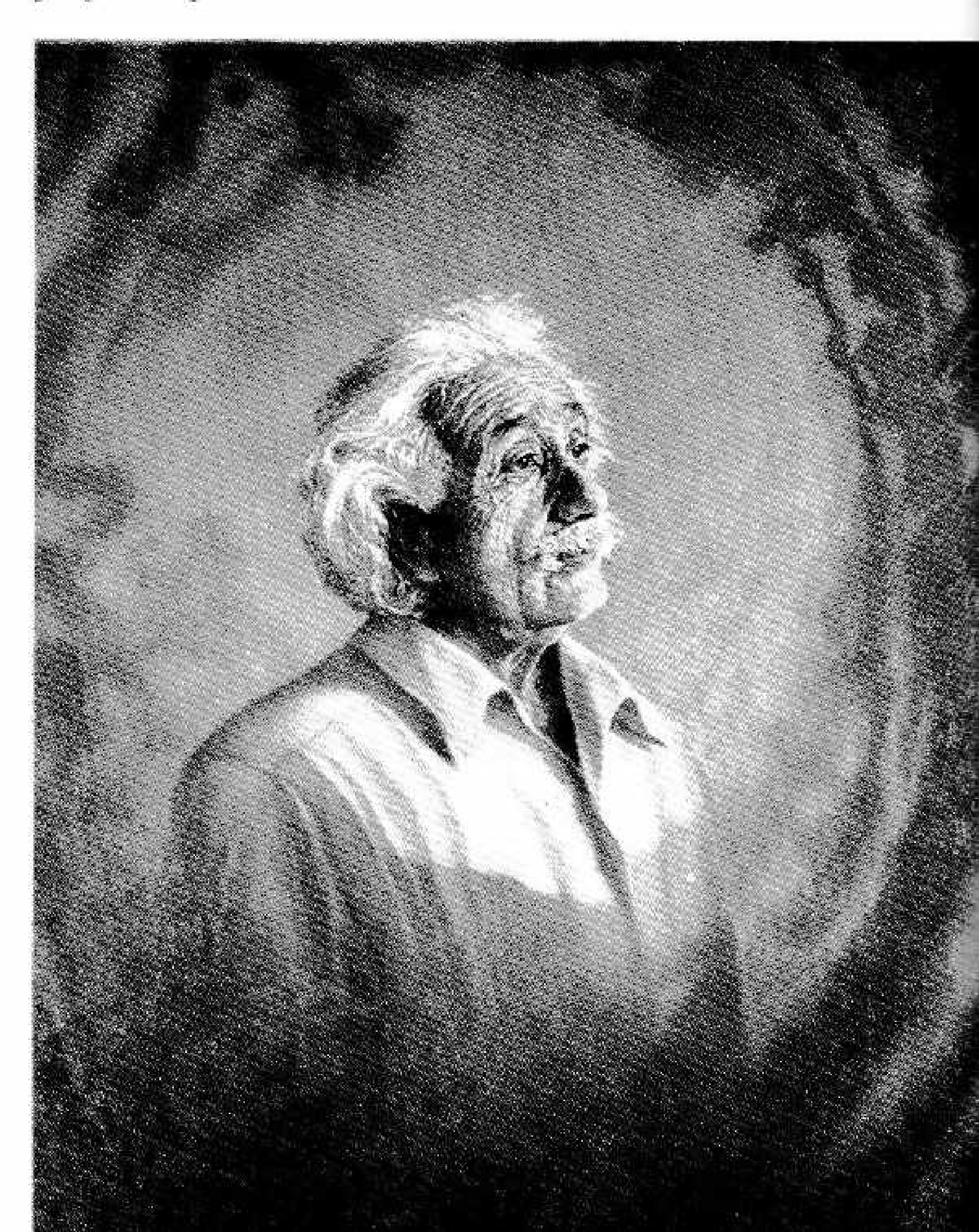
El atentado se consumó en presencia del Senado en pleno. Casca, uno de los conspiradores, se aproximó a César por la espalda y le asestó el primer golpe, que lo hirió en la clavícula. Volvióse César y respondió al ataque con la única arma a su disposición, el estilo que tenía en la mano. Los restantes conjurados le acometieron entonces a una y le causaron veintitrés heridas. Medio cegado por la sangre que le manaba de la estocada que Casio le había inferido en la cara, César vio a Bruto, que posiblemente era su hijo, avanzar empuñando la espada que le hundió en las entrañas. Y con tono de dolor y reproche le dijo: "¿Tú también, hijo mío?", y cayó agonizante al pie de la estatua de Pompeyo, su antiguo rival.

Los testigos de la trágica escena huyeron. Cuando los conspiradores se presentaron en público, blandiendo las ensangrentadas armas y hablando de "libertad", una ola de consternación sacudió al pueblo romano. Luego, Marco Antonio agudizó el dolor popular con su célebre oración fúnebre ante el acribillado cadáver de César, que más tarde fue incinerado en el Foro.

Sin embargo la obra de César no terminó en la pira que consumió sus despojos. César fue el creador del gobierno más justo, inteligente y benigno que hasta entonces conocieran los infelices del orbe Mediterráneo. Había concebido y realizado en parte un mundo de ciudadanos libres unidos en una sola y grandiosa comunidad. Había echado los cimientos del Imperio Romano, base perdurable de nuestra civilización occidental.

EL MUNDO DE ALBERT EINSTEIN

Joseph Phillips



La fabricación de la bomba atómica es, probablemente, el acontecimiento más importante de la historia moderna. El ingenio nuclear ha modificado radicalmente el concepto clásico del arte militar y se ha convertido en base de todas las teorías acerca de la estrategia mundial. Por contraste, el hombre que en lo fundamental ha sido el causante de este acontecimiento fue, durante buena parte de su vida, un notorio pacifista cuyas ideas parecían a muchos quiméricas y ajenas a todo interés terrenal. Una carta de Albert Einstein a Franklin Roosevelt dio origen a la producción de la bomba atómica, y la famosa "Teoría de la relatividad" fue el punto de partida para el desarrollo de la física nuclear.

Las cosas que menos ambicionó persiguieron a Albert Einstein en el curso de su vida: publicidad, fama, ofrecimientos de dinero y de poder. La incomprensión y la controversia lo acompañaron siempre. Centenares de hombres de ciencia han dedicado gran parte de su tiempo a explicar o refutar sus descubrimientos. Aunque creía en la libertad del individuo y en las instituciones democráticas, se le calificó de "bolchevique" y de "instrumento de Wall Street"; aunque tuvo una fe inconmovible en Dios, se le ha tildado de ateo.

Con gran sorpresa de su parte, pues su ocupación era simplemente la de físico, recibió ofrecimientos hasta de 25.000 dólares para que patrocinase productos que iban desde callicidas hasta automóviles. En bibliotecas y universidades del mundo entero se ven bustos suyos, y en Alemania se le ha erigido un monumento. Fue el único ciudadano norteamericano a quien se le ha llegado a ofrecer la presidencia de un país extranjero.

Él, por su parte, solo ambicionaba vivir en soledad para pensar y trabajar. Una vez dijo: "Soy feliz porque no necesito nada de nadie. Pero me complacen las demostraciones de aprecio que recibo de mis compañeros de trabajo."

En 1933, cuando los nazis llegaron al poder, Einstein salió de Alemania, su tierra natal, y se trasladó a los Estados Unidos. Allí se incorporó al Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, en New Jersey, donde se sentía feliz, porque había encontrado la paz que siempre buscó. A los vecinos no les parecía raro que llevara el pelo largo, porque no tenía ganas de ir al peluquero, o que vistiera, para

Retrato de Einstein, realizado en Nueva York por P. V. Phun,
con ocasión del septuagésimo quinto aniversario del nacimiento del científico.
Se conserva en el Albert College de Medicina de la Universidad Yeshiva.

estar más cómodo, unos pantalones arrugados, un jersey muy ancho, y a veces, en vez de cinturón, una corbata vieja.

Desde su llegada al Instituto encontró Einstein algo más que el aprecio profesional. Los hombres de ciencia, que habitualmente son cautelosos y miden las palabras, lo calificaban de "santo", "noble", "amable". Al describirlo un matemático decía: "Inclusive cuando discute problemas de física teórica, irradia buen humor, afecto y bondad." Y sin embargo, después de cerca de cincuenta años de fama, Einstein siguió siendo una figura vaga y remota para todos, menos para sus amigos y sus vecinos.

Todas las mañanas, a las diez y media, se embutía en un disforme abrigo negro (en invierno usaba un gorro de punto, semejante al que llevan los marinos) y salía de su casa para recorrer los dos kilómetros que la separaban del Instituto. Su largo pelo indócil y su bigote hirsuto estaban ya blancos.

Desde su amplia y acogedora oficina se divisaba un bosquecillo. Einstein se ponía a trabajar, sin más preliminares, en su "Teoría del campo unificado", que le absorbía desde hacía treinta años. Esta teoría enlaza las dos grandes fuerzas de nuestro universo físico –la de la gravedad y la electromagnética–, para mostrarnos la relación que existe entre todos los fenómenos físicos conocidos.

Se arrellanaba en su butaca, colocaba un gran cuaderno sobre las rodillas y escribía con letra menuda y clara. Cuando se le atravesaba un problema se detenía en él, tranquilo y sereno, enredando y desenredando con un dedo un mechón de pelo. Cada una de sus teorías era el resultado de meses y años de busca tenaz que él llamaba "experimentos idealizados". Todo su equipo científico se reducía a papel y lápiz; el laboratorio era su propia mente. Podía andar por caminos equivocados, e incluso llegar a conclusiones falsas, pero jamás se dio por vencido.

Estaba seguro de que habría de encontrar siempre la respuesta, porque "Dios es sutil, pero no travieso." Creía en la simplicidad y el orden lógico de la Naturaleza. "Es como una especie de fe que me ha ayudado toda mi vida a no perder la esperanza en medio de las grandes dificultades de la investigación." Acerca de sus propias conclusiones se preguntaba: "¿Podría ser esta la manera en que Dios creó el Universo?" Era un científico creador que encontraba "hermoso" todo descubrimiento "correcto".

Al igual que otros grandes hombres, Einstein era humilde y tímido. Cuando asistió en Washington a una reunión dedicada a los proble-

mas de Palestina, al cruzar el salón, todo el mundo estalló en aplausos. Él se volvió a un amigo y le susurró: "Creo que debían esperar hasta que oyeran lo que voy a decir." Hace pocos años, en una comida dada en su honor, todos los oradores hicieron de él los mayores elogios. Einstein se revolvía en su asiento. Por último, se volvió a la escritora Fanny Hurst y la hizo caer de las nubes con estas palabras: "Le voy a hacer una confesión: yo nunca uso calcetines."

Cuando le ofrecieron la presidencia del Estado de Israel, replicó, con su habitual modestia, que se sentía incompetente para desempeñar cualquier cargo que implicase relaciones humanas, y que le parecía mejor continuar el estudio del mundo físico, del cual –dijo– "ya tengo alguna idea".

Einstein nunca perteneció por entero a ningún grupo social. Era difícil que hiciera partícipes de sus sentimientos a otras personas, no a consecuencia de su trabajo, sino de su propia naturaleza.

Nació el 14 de marzo de 1879, en Ulm, Alemania, pero pasó sus primeros años en Munich. Su naturaleza tímida y plácida lo apartaba de los otros chicos. Tardó tanto en aprender a hablar que sus padres lo creyeron anormal. Los maestros opinaron que era un inadaptado. Tuvo pocos amigos y eludió los juegos. Sólo le divertía componer al piano breves himnos religiosos que iba tarareando mientras paseaba solo.

Cuando tenía doce años se dedicó a estudiar matemáticas y otras ciencias. Sin embargo, en la escuela fue un estudiante mediocre. Descolló en matemáticas y física, pero no tenía facilidad para los idiomas. Quiso continuar sus estudios en Suiza, pero fracasó en los exámenes de ingreso en el Politécnico de Zurich. Al año siguiente hizo un segundo intento y logró aprobar.

Después de graduarse, Einstein consiguió y perdió tres empleos como profesor. Durante un tiempo vivió con gran estrechez. Contrajo matrimonio con Mileva Maric, también estudiante de ciencias, de quien tuvo dos hijos. En 1902, cuando tenía veintitrés años, consiguió un puesto de examinador en una oficina de patentes en Berna. El trabajo no era excesivo y le dejaba tiempo para concentrarse en sus propios estudios. Se había impuesto la tarea de relacionar el tiempo y el espacio, la materia y la energía. A veces se desesperaba, y la víspera misma de hallar la solución le dijo a un compañero de oficina: "Me voy a dar por vencido."

A los veintiséis años, desconocido aún en el mundo científico, presentó su "Teoría especial de la relatividad" a una revista de física.

Resumió su teoría en lo que es hoy la ecuación más famosa de la ciencia: $E = mc^2$; es decir, que la energía es igual a la masa multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz. Esta ecuación venía a demostrar que, si toda la energía acumulada en media libra de cualquier materia se dejara libre, la potencia resultante sería igual a la fuerza explosiva de siete millones de toneladas de trinitrotolueno (TNT).

Aunque la teoría vino a revolucionar la concepción que el hombre se había formado del Universo, pocos físicos comprendieron entonces su importancia. Durante años la fórmula $E = mc^2$ fue tema de controversias; luego, en Hiroshima, se tradujo en horrenda realidad.

Einstein proporcionó algo más que la base teórica para la bomba atómica. Hacia fines del decenio que se inició en 1931, muchos hombres de ciencia sabían que los nazis estaban empeñando todos sus recursos en producir energía atómica. Esos sabios trataron de interesar al alto mando del ejército estadounidense en proyectos semejantes, sin resultado alguno. Desesperados, apelaron a Einstein para que interpusiera su influencia. Una noche, en el año de 1939, Einstein redactó lo que iba a ser una de las cartas más importantes de la historia de los Estados Unidos. "Los trabajos recientes –escribió al presidente Roosevelt– me inducen a creer que el elemento uranio puede llegar a convertirse en una nueva e importante fuente de energía en el futuro inmediato . . . Este nuevo fenómeno llevaría también a la construcción de bombas." Inmediatamente el presidente Roosevelt autorizó el "Proyecto Manhattan", para la fabricación de la bomba atómica, y los Estados Unidos entraron a competir en la carrera más azarosa de la historia para la posesión de un arma de guerra.

Einstein continuó trabajando con la misma intensidad con que vino haciéndolo desde hacía cuarenta años. Su "Teoría del campo unificado", que dio a conocer en 1949, fue el resultado de treinta y cinco años de intensa labor. Forman el núcleo de la teoría cuatro ecuaciones que apenas ocuparían dos líneas de esta página. En dicha serie de ecuaciones combina las leyes físicas que rigen las fuerzas de la luz y de la energía con la misteriosa fuerza de la gravedad que sostiene todos los objetos materiales. Einstein creía que su teoría era "altamente convincente", pero en realidad no sabía si era cierta o falsa.

Albert Einstein murió en Princeton el 18 de abril de 1955, a los setenta y seis años, cuando todavía seguía buscando respuestas a los secretos del tiempo y del espacio. La posibilidad de un fracaso nunca le preocupó. Sabía que los hombres nunca llegarían a saberlo todo y que "lo más bello con que podemos experimentar es el misterio".

SABÍA QUE LA TIERRA ERA REDONDA

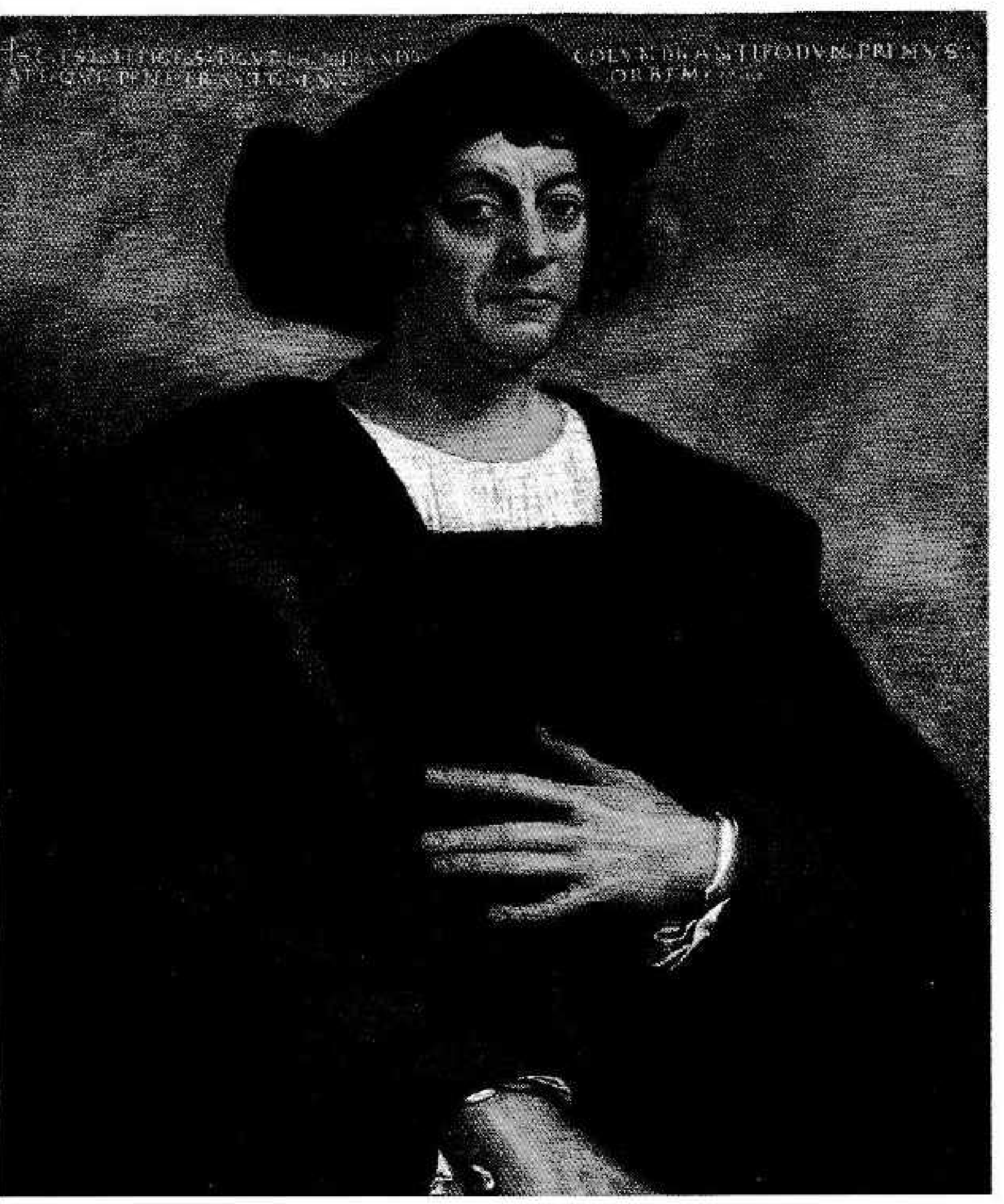
George Kent

Cristóbal Colón fue cardador de lana, cartógrafo, vendedor de libros, comprador de azúcar y marinero; era alto, guapo, de nariz aguileña, pómulos marcados, ojos azules y cabellos rojos; tenía una sonrisa agradable, pero poco sentido del humor. Gran conversador, le gustaba alardear de sus hazañas. Fue autor de la proeza individual más importante que registra la historia: el descubrimiento de América.

Algunas cosas que tenemos por ciertas acerca de Colón son falsas; por ejemplo, el mito de que él era el único convencido de la redondez de la Tierra. ¡En esa época ya todas las personas inteligentes tenían la convicción de que la Tierra era redonda! Ello se enseñaba en las escuelas y universidades, e incluso había en venta globos terráqueos, no muy diferentes a los que existen hoy. Además, y a pesar de los retratos que se le hicieron en aquel tiempo, Colón jamás se valió del astrolabio para determinar la posición del Sol, sino que navegaba calculando aproximadamente el rumbo, y lo hizo tan bien que supo llegar a puerto.

Al poner rumbo hacia el oeste, Colón corría grandes riesgos, pero no los corría completamente a ciegas. En los puertos europeos se contaban historias de hombres que habían hecho todo o parte de aquel viaje. Se decía que la reina de Saba viajó hacia el oeste, dejó atrás España y navegó por mar abierto hasta Japón. También se rumoreaba que siete obispos portugueses habían huido de la persecución a una isla que ellos llamaron Antilla. Y Leif Ericson había guiado a los hombres del Norte a lo que hoy en día es Nueva Inglaterra.

Existía también un mapa, dibujado por el médico y astrónomo italiano Toscanelli, que se consideraba como un trabajo cierto y digno de confianza, en el cual Japón aparecía trazado en el sitio donde está América.



En este retrato de Colón, atribuido a Sebastiano del Piombo, aparece el descubridor con toda la pompa de su título de "Almirante del Mar Océano". Se encuentra en el Museo Metropolitano de Nueva York.

En el mar se habían encontrado troncos de árboles extraños y racimos de uvas, que desde luego no habían crecido en África. Esto demostraba claramente que más allá del infinito había una tierra que aguardaba a los navegantes.

Cristóbal Colón nació en Génova, en 1451. Era el hijo mayor de un tabernero y tejedor. De lo que hizo desde que nació hasta los veinticinco años poco se sabe, aparte del hecho de que trabajaba en el telar de su padre, y que algunas veces se hizo a la mar. Como Génova era una ciudad-Estado de gran tradición marinera, su puerto estaba siempre abarrotado de barcos, y allí un joven despierto tenía enormes posibilidades de aprender las artes de la navegación y la cartografía.

Existen noticias de varios viajes de Colón, entre los que destaca uno a Islandia; pero su viaje de mayor fortuna fue el que lo llevó hasta Portugal. Formaba parte de la tripulación de un barco que fue asaltado y hundido por un navío francés. Aunque herido, Colón pudo saltar al mar y nadar a tierra hasta llegar a Lagos, y más tarde a Lisboa. Era el año 1476. Lisboa constituía la ciudad ideal para todo hombre que soñara con aventurarse en el mar, pues en el puerto lisboeta los más asombrosos proyectos de viajes y exploraciones recibían apoyo. Y allí también se podían obtener conocimientos de matemáticas, astronomía, construcción de barcos y aparejo de velas; en resumen, todo aquello que necesitaba saber un buen marino. Colón y su hermano Bartolomé pusieron una tienda donde vendían mapas, y el negocio prosperó. Después Cristóbal contrajo matrimonio con una rica heredera, la cual deseaba que éste se convirtiera en miembro estable de la comunidad y que olvidara para siempre su anhelo de andanzas.

Pero Colón seguía fiel a su idea. La obsesión de que navegando hacia el oeste podría abrirse un nuevo camino hacia Oriente, era para él un constante desafío que lo preocupaba y no lo dejaba descansar. Esto fue lo que distinguió a Colón de sus contemporáneos. Estaba convencido de la existencia de tierra al oeste y quería, como nadie lo había querido, hacer aquel viaje. No obstante, se vio forzado a esperar mucho tiempo hasta que consiguió que alguien le proporcionara los recursos necesarios. Mientras tanto, hablaba de ello a cuantos quisieran escucharlo.

Juan II, rey de Portugal, se interesó por el proyecto de Colón y lo expuso a sus consejeros, que lo rechazaron. El Rey, sin embargo, siguió alentando a Colón hasta que un marino portugués, Bartolomé Días, dio la vuelta al cabo de Buena Esperanza y abrió de esta mane-

ra la ruta del Oriente hacia los tesoros de Asia. Entonces, Juan II perdió todo interés en la ruta del Occidente.

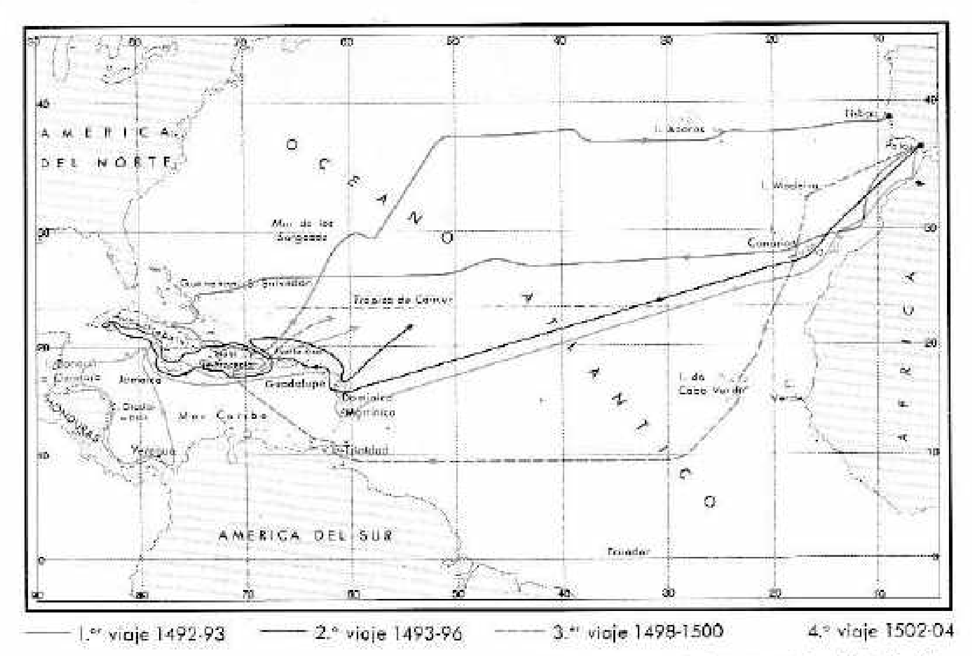
Al morir su esposa, Colón gastó casi todos sus ahorros en hacerle dignos funerales; luego se trasladó a España. Los Reyes Católicos estaban a la sazón riñendo costosa guerra contra los musulmanes, y aunque escucharon amablemente su propuesta, no le prestaron una atención urgente. Sin embargo, la reina Isabel simpatizó inmediatamente con Colón y le concedió una pensión —una especie de depósito— mientras sus consejeros examinaban el proyecto.

La pensión, que era exigua pero suficiente para que Colón no se descorazonara, fue suspendida uno o dos años después. Durante tres años y medio, siempre en espera de que la guerra contra los moros terminase, Colón apenas ganó lo suficiente para vivir con el producto de la venta de libros y el dibujo de mapas. Enfermó de artritis y su cabello rojo se volvió plateado. Su capa y sus zapatos estaban llenos de agujeros, y los días de lluvia no podía salir a la calle. Pero siguió esperando y hablando, hablando invariablemente de su sueño.

Por fin, en 1491, desalentado al ver cómo estaban las cosas en España, decide probar fortuna en Francia. Se puso en camino, y al llegar al convento de la Rábida, cercano al puerto de Palos de la Frontera, se detuvo para hablar con su viejo amigo el prior, quien impresionado con su idea le consiguió una nueva audiencia con la Reina. No obstante que la junta de consejeros de la reina Isabel había previamente desechado la propuesta de Colón, la Soberana escuchó a éste y le dijo que estaba interesada en el proyecto, aunque el precio del descubrimiento le parecía excesivo: Colón exigía que la Reina lo hiciera Almirante del Mar Océano y virrey de todas las tierras que descubriese, y que durante su almirantazgo tuviera derecho a un diez por ciento de todo el comercio. Como se resistiera Isabel a aceptar sus condiciones, Colón le dio las gracias por haberlo escuchado y emprendió de nuevo su camino hacia Francia. Después de seis años de espera no estaba de humor para discutir.

Mientras tanto, Luis de Santángel, tesorero del reino, advirtió a la Soberana: "Cualquier dinero que os haga falta para la empresa, lo pondré yo personalmente. ¿Qué podéis perder?, y considerad lo que podéis ganar: millares de conversos, gloria para España, y oro." La Reina envió inmediatamente mensajeros en busca de Colón con el encargo de hacerlo regresar.

El primer viaje del descubridor costó a Isabel y a Santángel alrededor del equivalente a unos doce mil dólares, y Colón pidió presta-

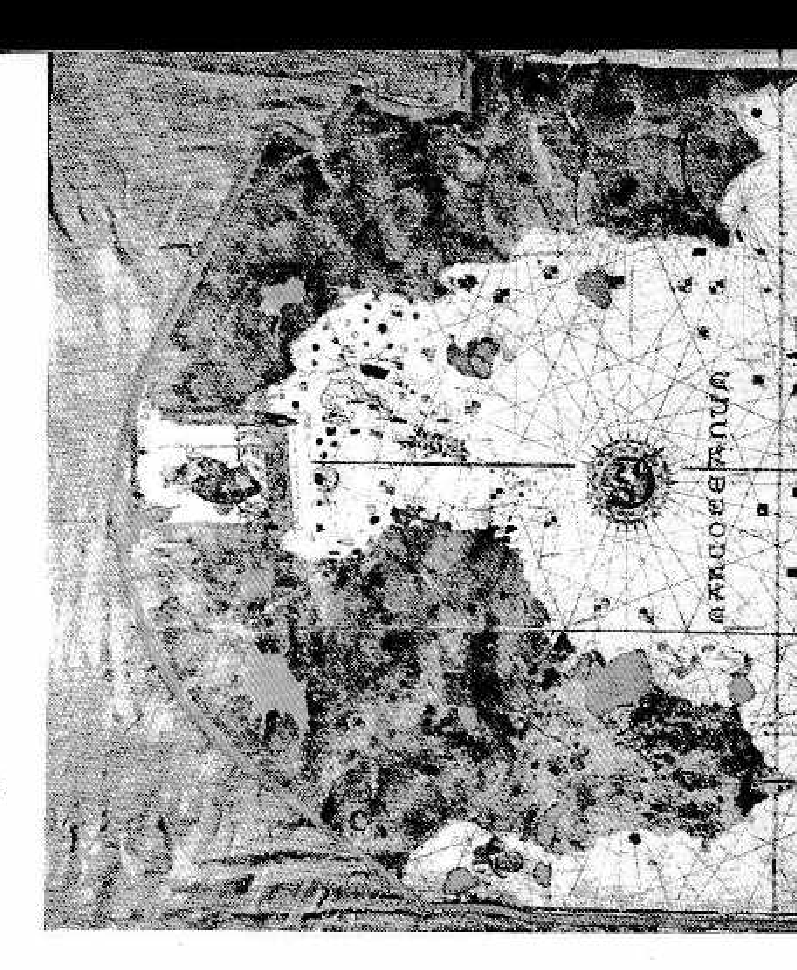


1.er viaje 1492-93 — 2.° viaje 1493-96 — 3.er viaje 1498-1500 — 4.° viaje 1502-04

Los cuatro viajes de Cristóbal Colón.

dos para su participación unos dos mil dólares de hoy. Los tres barcos de Colón: la *Pinta,* la *Niña* y la *Santa María,* eran navíos pequeños y sólidos, que, con buen tiempo, alcanzaban velocidades de seis o siete nudos y que cuando amainaba el viento podían ser empujados a fuerza de remos sin excesiva dificultad. Cada capitán disponía de camarote pero la tripulación dormía sobre cubierta. Una vez al día, en el pequeño horno instalado en el centro del navío, se guisaba una comida con gran provisión de ajo para las dos guardias. El tiempo lo iban marcando relojes de arena de media hora, a los que regularmente daban vuelta los grumetes.

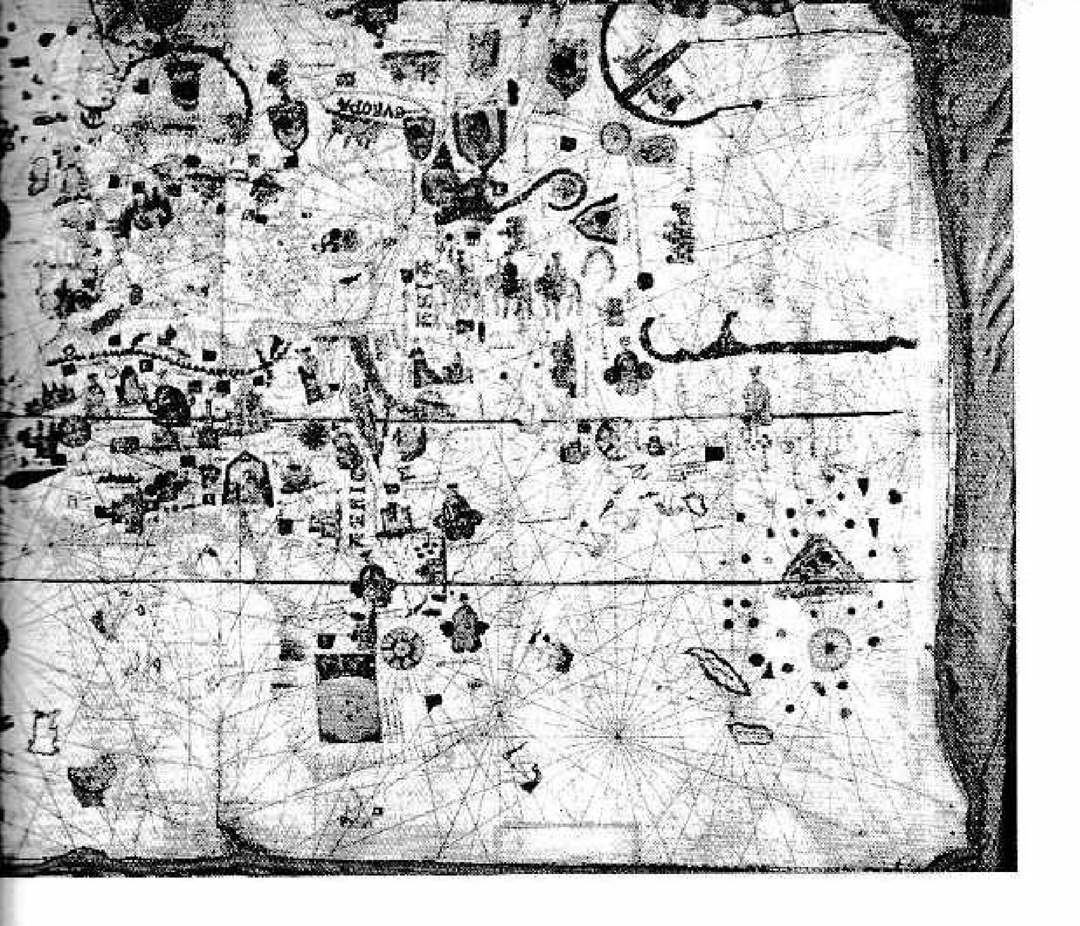
La tripulación de los tres barcos era de unos 87 hombres, entre ellos tres médicos, un despensero, un intérprete y un contador enviado por la Reina para llevar el inventario del oro y de las piedras preciosas que se embarcaran. En oposición a lo que cuentan casi todas las historias, esos marineros no eran presidiarios, aunque tres de ellos habían tenido algún roce con la ley al ayudar a escapar a cierto asesino de la prisión. Casi todos ellos eran hombres de pueblo que habían aprendido el arte de navegar embarcándose cada vez que se les ofrecía la oportunidad.



El valioso mapa de Juan de la Cosa, patrón y piloto de la **Santa María,** fue el primero que registró los grandes descubrimientos de la época. Para testimoniar su devoción a Cristóbal Colón, el cartógrafo colocó a la izquierda la imagen de San Cristóbal. El mapa se conserva en el Museo Naval de Madrid.

La habilidad de Colón como navegante ha despertado la admiración de todos sus sucesores. Los portugueses, en su intento de encontrar un camino hacia el Oriente, habían navegado demasiado al norte y pronto se encontraron con los alborotados vientos del oeste, mientras que Colón enfiló hacia el sur y de esta manera aprovechó los favorables vientos del este, que lo empujaron hasta el otro extremo del océano. Desde las islas Canarias tardó exactamente 33 días en volver a encontrar tierra. Cuando llegó a las aguas cubiertas de algas del mar de los Sargazos, los demás capitanes le pidieron que variara el rumbo en busca de islas, pero Colón se negó a escucharlos y siguió navegando hacia el oeste.

Una vez cambió el rumbo hacia el suroeste, pero sólo para seguir una bandada de pájaros. De no haber hecho esto, probablemente hubiera llegado a los cayos de Florida.



El 10 de octubre, cuando la tripulación —que jamás había pasado tantos días sin ver tierra— se amotinó, Colón la reunió y le dijo: "Si en tres días no divisamos tierra firme, regresaremos." Pero Colón confiaba en que estaba próximo al final de su viaje.

El 12 de octubre llegaron a la isla que Colón bautizó con el nombre de San Salvador (hoy isla de Watlings, en las Bahamas). Allí se arrodilló, dio gracias a Dios y con gran pompa tomó posesión de ella en nombre de los Reyes Católicos. La ceremonia fue seguida atentamente por los desnudos nativos, que parecían sencillos y amigables.

"Tan ingenuos son y libres de lo que poseen —escribía Colón— que no lo creyera quien no lo haya presenciado; de cuanto tienen invitan a participar y muestran tanto amor como si con ello dieran el corazón, y se contentan con cualquier bagatela que se les dé." Esta gente fue más tarde identificada como taínos, grupo desaparecido después.

De los dos primeros días en tierra, Samuel Eliot Morison escribe en su biografía de Colón lo siguiente:

> *"De esta manera terminaron las primeras cuarenta y ocho horas de la más maravillosa experiencia que quizá haya tenido jamás navegante alguno. Otros descubrimientos han sido más espectaculares que el de esta islita arenosa y llana. Pero fue aquí donde por primera vez el océano 'dejó sueltas las cadenas de las cosas', como había profetizado Séneca, y puso al descubierto aquello que hasta entonces había desconcertado a los europeos desde que empezaron a inquirir qué existía hacia el oeste, más allá de la línea del horizonte. La aparición en el mar de la isla de San Salvador, después de treinta y tres días de navegar rumbo al oeste, rompió totalmente con las experiencias pasadas. Cada árbol, cada planta que los españoles veían, les eran extraños, y los nativos no solo les parecieron raros, sino completamente inesperados. Hablaban un idioma desconocido y pertenecían a una raza que no se parecía a ninguna de las que se describían en los libros de los viajeros, desde Herodoto hasta Marco Polo. Nunca otro hombre podrá experimentar el asombro y la sorpresa de aquellos días de octubre del año 1492."*

De San Salvador, Colón puso rumbo hacia el sur; descubrió nuevas islas, entre ellas Cuba, donde los hombres fumaban cigarros metiendo una punta de los mismos en la nariz e inhalando profundamente. Por fin, llegó a La Española, isla en que hoy están situadas Haití y la República Dominicana. Allí embarrancó la *Santa María* y fue imposible ponerla de nuevo a flote. Los indios parecían amigables, y Colón decidió dejar unos cuarenta hombres en un lugar que bautizó con el nombre de La Navidad, situado en la costa septentrional de la isla. No los volvió a ver jamás; se cree que todos ellos fueron asesinados por los nativos. Colón continuó hacia el norte y regresó a España empujado por vientos del oeste.

La historia de su descubrimiento causó sensación. Su marcha triunfal por las ciudades españolas, llevando como pruebas de su hazaña pájaros y frutas exóticas e incluso habitantes del Nuevo Mundo, fue el momento cumbre de su carrera. Pero cuando, por fin, se arrodilló delante de Fernando e Isabel y éstos le mandaron sentarse a su lado, su orgullo ya no tuvo límites. Todo lo que le habían ofrecido, se lo dieron y, además, insistieron para que se hiciera a la mar en seguida,

llevando esta vez sacerdotes, soldados y artesanos que consolidaran y extendieran sus descubrimientos. El segundo viaje de Colón, en 1493, fue, en cierto modo, su ruina, pues le reveló el grave error de haber dejado atrás aquellos cuarenta hombres, y puso de manifiesto sus pocas dotes de mando; no podía dominar la rebeldía de sus subalternos, a quienes trataba alternativamente con excesiva suavidad o con demasiado rigor.

Cinco años más tarde, en su tercer viaje, Colón divisó América del Sur por primera vez. En el año 1500, en La Española, un juez llegado expresamente de España, lo encontró culpable de varios delitos, entre ellos los de severidad excesiva e injusticia, y le hizo regresar a España cargado de cadenas. Isabel, llena de indignación al saber esto, ordenó que fuera puesto en libertad inmediatamente. Sin embargo, cuando Colón pidió que se le diera la parte de los beneficios que le correspondía, los Reyes Católicos se mostraron reacios.

Finalmente, en 1502 le dieron cuatro barcos, con los que emprendió su cuarto y último viaje. Durante el mismo bordeó la costa de América Central, pero su preocupación por buscar un camino al Pacífico le hizo pasar por alto dos cosas: las pesquerías de perlas cercanas a la costa de Honduras, y una de las minas de oro más ricas del mundo. Además, sus hombres se amotinaron y estuvieron a punto de matarlo. Tuvo que guardar cama por encontrarse enfermo de artritis y se vio obligado a quedarse en Jamaica, esperando una embarcación de socorro, pues sus barcos estaban averiados.

Mientras tanto, su buena amiga la reina Isabel había muerto, y Fernando hacía caso omiso de sus peticiones de dinero para poder pagar a la tripulación. Enfermo como estaba, regresó a España. Al final de sus días, Colón seguía creyendo que había llegado a los Indias Orientales y que el palacio del Gran Kan de Catay (China), estaba en algún lugar de lo que es hoy Costa Rica. No se conformaba con las riquezas, quería encontrar el anhelado camino que lo llevaría a lugares descritos por Marco Polo, donde existían todos los placeres, las comodidades y los lujos de una gran civilización.

Esta es, en brevísima síntesis, la historia del hombre que dio a España el dominio sobre el mayor territorio que jamás pudieran imaginar sus gobernantes y cuyo descubrimiento hizo que Europa centrase su atención en el Oeste.

Colón murió a la edad de cincuenta y cinco años, sin que nadie le llorara, pero su figura heroica parece agrandarse cada vez más en el curso de los siglos.

PASTEUR Y SU INFLUENCIA IMPERECEDERA

J. D. Ratcliff

Hace algunos años, en un restaurante de La Plata (Argentina), centenares de clientes tomaron una ensalada contaminada con la toxina que produce el botulismo, forma especialmente peligrosa de la intoxicación por alimentos. Al producirse treinta defunciones, el terror se apoderó de la ciudad. Inmediatamente se pidió ayuda a cierto laboratorio de París y, antes de terminar el día, cientos de ampolletas de suero volaban sobre el Atlántico. El rápido auxilio salvó la vida a otros enfermos que sufrían la misma intoxicación.

En una plantación de caña de azúcar en Madagascar (República Malgache) se declaró una epidemia de peste bubónica. Un equipo médico fue enviado por avión desde una de las veintiún subestaciones que este mismo laboratorio de París mantiene en diferentes partes del mundo, y logró sofocar el brote epidémico.

De esta forma, alrededor del globo, muchos millones de personas deben sus vidas al Instituto Pasteur de París. Fundado en 1888, cuando la mayoría de los descubrimientos médicos se realizaban mediante tanteos, por solitarios investigadores que trabajaban en labo-

ratorios universitarios, el Instituto Pasteur inició la era de la medicina científica, en la cual grupos de hombres especialmente preparados realizan en equipo investigaciones perfectamente planeadas respecto de diversas enfermedades. Durante los últimos setenta y nueve años, el Instituto ha provisto abundantemente a la humanidad de nuevos medicamentos y vacunas.

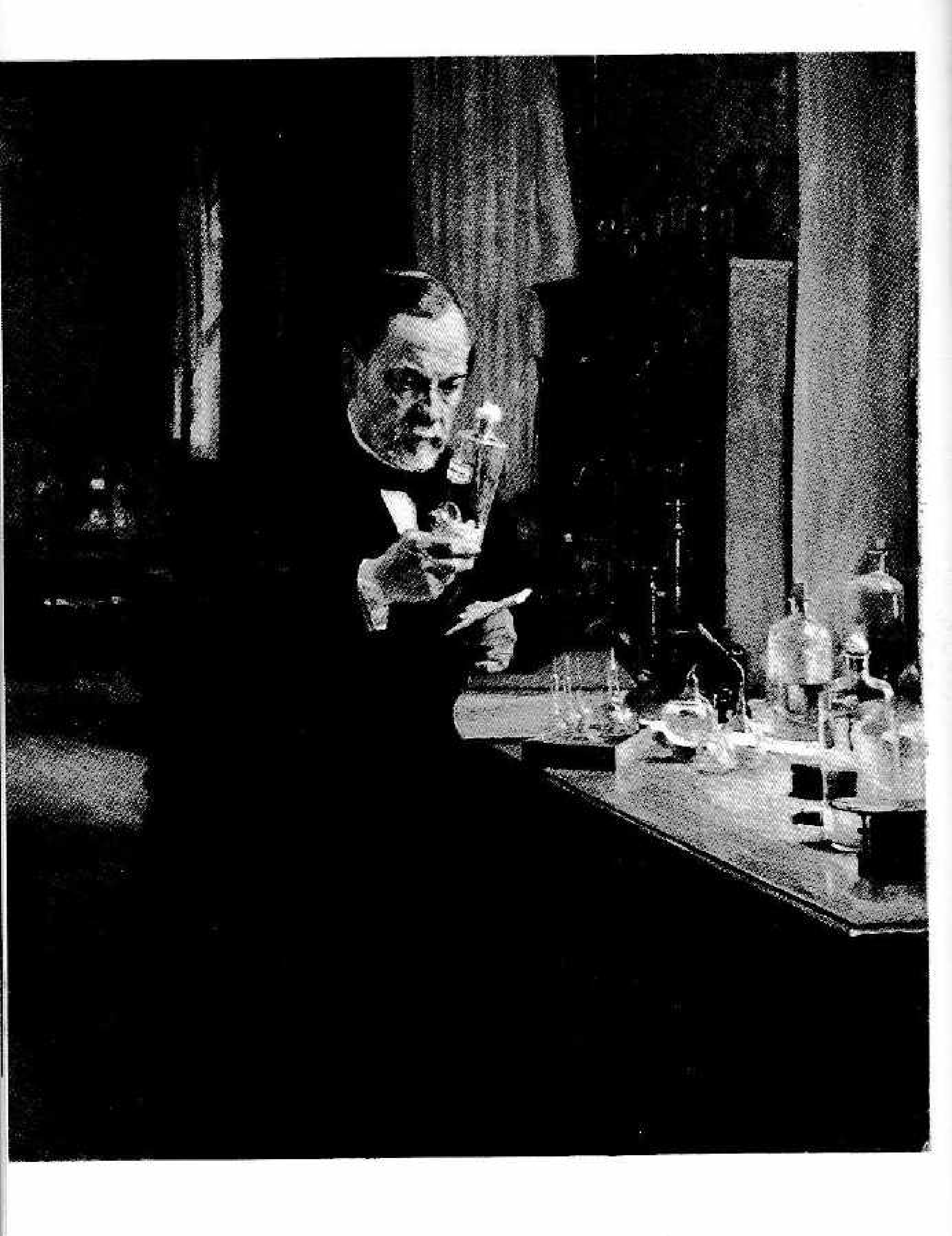
Louis Pasteur, fundador de la Institución, nació en Dôle, Francia, el 27 de diciembre de 1822. Hasta 1885, este hombre, de corta estatura, áspera perilla y con una pierna parcialmente paralizada, era casi desconocido para los profanos. Otros investigadores, antes que él, habían visto y descrito la vida de los microbios, pero Pasteur fue el primero en comprender su enorme capacidad tanto beneficiosa como nociva. Pasteur ya había escrito libros acerca de la fermentación que aún hoy son "decálogos" para las industrias del vino, la cerveza y el vinagre. Sentó las bases de la cirugía aséptica en un tiempo en que la infección era el terror de los quirófanos. Y había descubierto el procedimiento de la leche pasteurizada, que llegaría a salvar a millones de niños de los estragos de la tuberculosis ósea.

A partir de esa fecha, Pasteur se impuso otra tarea. En el minúsculo laboratorio de la calle de Ulm comenzó sus trabajos para combatir la rabia, enfermedad tan virulenta que ninguna persona en la historia de la medicina había sobrevivido a ella. Pasteur pensó que si se debilitaba suficientemente el virus de la rabia, podría emplearse como vacuna protectora que estimulase el organismo a elaborar defensas contra el virus puro, que es mortal.

Arriesgando su propia vida, con un tubo de vidrio chupaba la saliva de la boca babeante de perros rabiosos, para inyectarla luego en conejos. Cuando el mal comenzaba a hacer presa en estos, les extraía la medula espinal, principal punto de ataque del virus de la rabia. Ponía a secar las medulas afectadas, con la esperanza de que ello debilitaría el virus hasta volverlo inocuo. Los experimentos en animales demostraron la certeza de su hipótesis: una emulsión obtenida de medula desecada durante catorce días ya no provocaba la enfermedad en los animales de experimentación, pero sí los protegía contra la rabia.

¿Podría esta emulsión proporcionar igual protección a los seres humanos? Pasteur tuvo la oportunidad de contestar esta trascendental pregunta el 6 de julio de 1885.

José Meister, niño de nueve años, había sufrido catorce mordeduras de un perro rabioso, lo que significaba, casi con toda seguridad, su muerte próxima. Sin embargo, Pasteur sabía que si le aplicaba la vacu-



na y ésta fallaba, sus enemigos médicos lo podrían acusar de asesinato.

Con angustiosa preocupación, Pasteur inyectó al niño una vacuna de medula de conejo desecada durante catorce días. Al día siguiente aplicó al muchacho una dosis más fuerte, de medula de trece días. Y así, sucesivamente, continuó el tratamiento. Por último, le aplicó una dosis de la medula de un conejo que había muerto el día anterior. Tal y como esperaba Pasteur, la resistencia del organismo del niño había aumentado hasta el punto que inclusive aquella inyección, de ordinario mortal, no produjo en él reacción alguna. El muchacho estaba a salvo.

La extraordinaria noticia se difundió. Multitud de personas enfermas de rabia, buscando curarse, atestaron el pequeño laboratorio de la calle de Ulm. Entre ellas había diecinueve campesinos rusos que hacía unas dos semanas habían sido mordidos por un lobo rabioso. Solo sabían una palabra en francés: "Pasteur". Como había trascurrido tanto tiempo desde que fueron atacados, Pasteur tenía pocas esperanzas de salvarlos. Aun así, lo intentó, ¡y dieciséis de ellos sobrevivieron!

Nunca, con anterioridad a este descubrimiento, se había despertado tanto el interés público por un triunfo de la ciencia. Espontáneamente se puso en marcha un movimiento mundial: Pasteur debía tener su propio instituto de investigaciones. Se hicieron colectas, incluso entre los escolares; en Italia, un periódico de Milán recaudó varios millares de liras entre sus lectores; el zar Alejandro III de Rusia envió una importante suma en rublos; el Emperador del Brasil y el Sultán de Turquía contribuyeron también. Comenzó a levantarse el gran edificio de ladrillos de la calle Dutot, posteriormente llamada calle del Doctor Roux, uno de los más eminentes discípulos de Pasteur.

En la ceremonia inaugural, el 14 de noviembre de 1888, a la que asistieron el Presidente de la República de Francia y otras personalidades, Pasteur estaba tan conmovido que su hijo tuvo que leer por él su discurso, mientras el científico se enjugaba las lágrimas.

Aunque su salud era muy delicada, Pasteur fue durante toda la

En 1881 Albert Edelfelt, pintor finlandés establecido en París, consiguió pintar este retrato del gran hombre de ciencia en su laboratorio. Pasteur estaba en aquella época totalmente entregado a sus investigaciones en relación con la rabia, pero accedió a posar para el pintor por intercesión de su hijo Juan Bautista, íntimo amigo de Edelfelt. El retrato, expuesto en 1886, le valió al autor la condecoración de la Legión de Honor. El cuadro forma parte actualmente de la colección del Museo de Versalles.

vida fecundo en obras. Como el mundo necesitaba urgentemente investigadores preparados, su Instituto sería un centro de enseñanza, y como no había empresas farmacéuticas que elaboraran el suero y las vacunas, el Instituto se encargaría de ello también. Y puesto que la enfermedad no reconoce fronteras internacionales, los mismos científicos del Instituto Pasteur se dedicarían a combatirla en todo el mundo.

Apurando su menguado caudal de energías, Pasteur dirigió personalmente el trabajo de sus talentosos colaboradores. Alberto Calmette iría a Saigón para emprender una campaña de vacunación contra la rabia y la viruela. Alejandro Yersin marcharía a Hong Kong para combatir la peste bubónica. (Con el tiempo llegó a identificar el microbio que la causaba, y elaboró un suero preventivo.) Pierre Roux permanecería en París para dedicarse a la lucha contra la más temible enfermedad de la infancia: la difteria.

El sabio sólo pudo ver el primero de los grandes triunfos de su Instituto. En 1894, un año antes de la muerte de Pasteur, Roux tenía ya preparada una antitoxina contra la difteria. En el hospital infantil, Roux dividió a los enfermos de este mal en dos grupos. Uno recibió el mejor tratamiento conocido por los médicos de entonces. Al otro se le aplicó el nuevo tratamiento con la antitoxina. De 520 niños tratados por los medios ordinarios, el sesenta por ciento murió. De los 488 que recibieron la antitoxina de Roux, solamente pereció el veinticinco por ciento. Quedaba abierto el camino del triunfo.

En el curso de los años, el Instituto Pasteur ha adquirido fama de ser el laboratorio de investigaciones médicas más fecundo del mundo. Una de sus mayores hazañas es la vacuna BCG (iniciales de "bacilo Calmette-Guérin", llamado así en honor de dos investigadores del Instituto Pasteur), que previene la tuberculosis. Esta vacuna se ha aplicado a más de doscientos millones de personas en todo el mundo, y es generalmente admitido que contribuyó de manera considerable a sofocar la epidemia de tuberculosis que invadió a Europa después de la segunda guerra mundial. También fueron los investigadores del Instituto Pasteur quienes fabricaron el primer antihistamínico y el primer curare sintético, o relajante muscular que suspende las contracciones e inmoviliza los órganos, con lo que se simplifica la cirugía abdominal.

A lo largo de la historia, el tifus ha sido un mortífero auxiliar de la guerra; esta infección, trasmitida por los piojos, se extiende rápidamente entre las poblaciones aglomeradas, evacuadas de su residen-

cia y carentes de higiene. Uno de los grandes aciertos de la investigación científica en nuestros días, en vísperas de la segunda guerra mundial, fue el alcanzado por el doctor Paul Giroud, del Instituto Pasteur, al descubrir una vacuna contra el tifus. Durante la guerra, la Cruz Roja Internacional distribuyó más de siete millones de dosis en campamentos de prisioneros y otras zonas amenazadas. Esto fue una enorme ayuda para salvar a Europa de lo que pudo haber sido uno de los mayores desastres de nuestro tiempo.

Mientras los doctores Jonas Salk y Albert Sabin, en los Estados Unidos, hacían investigaciones respecto de sus vacunas contra la poliomielitis, un hombre del Instituto Pasteur, el doctor Pierre Lépine, efectuaba trabajos similares en París. Los tres descubrieron vacunas sumamente satisfactorias; millones de niños en todo el mundo han recibido una protección eficaz contra la poliomielitis gracias a estos sabios.

El Instituto Pasteur ha realizado una magnífica labor en la aplicación de sus descubrimientos. Su cadena de laboratorios circunda el globo, desde la Martinica, en las Antillas, hasta Numea, en el Pacífico. En virtud del trabajo de los equipos móviles de vacunación en la antigua África Occidental Francesa, que en otros tiempos fue un foco de fiebre amarilla, no ha habido un solo caso de ese mal desde 1953.

El actual Instituto Pasteur dista mucho del diminuto laboratorio que inauguró su fundador, en la calle de Ulm. Cerca de dos mil personas trabajan en el conjunto de edificios de París y el suburbio de Garches, y otras dos mil en sus estaciones distribuidas por todo el mundo. Pasteur insistió en que su Instituto permaneciera absolutamente independiente. Su actual presupuesto anual de ocho millones de dólares no depende de ninguna subvención oficial; se sostiene con la venta de sueros y vacunas, con donaciones, subsidios de fundaciones y fondos obtenidos por legados.

Enorme, activo, bullicioso, el Instituto aún conserva recuerdos de sus primeros días. En sus jardines se levanta la estatua de bronce de un niño: José Meister, el primero que fue salvado de la rabia y que, hasta su muerte, fue portero de la institución. Las habitaciones de Pasteur en su querido Instituto se mantienen tal y como se encontraban cuando este falleció. Sus instrumentos y notas de laboratorio se exhiben en varias vitrinas. Se ha dicho de Louis Pasteur que es "una leyenda en los anales de la humanidad". También lo es el Instituto de investigaciones por él fundado.

UN SANTO PARA TODOS

Donald Culross Peattie

Hace casi ocho siglos, en una pequeña ciudad de Italia, vino al mundo el más grande espíritu que ha vivido entre los hombres. Se llamaba Giovanni Francesco Bernardone, pero el mundo lo conoce y venera con el nombre de San Francisco de Asís. La doctrina que predicó es tan bella y conmovedora como el canto de un pájaro.

San Francisco nació en Asís, ciudad de la Italia central, en el año de 1181 o de 1182; era hijo de Pietro Bernardone, rico comerciante. Su padre, que lo llamaba *Francesco* o, cariñosamente, *Cecco,* pensó hacer de él un hábil mercader y, con tal fin, lo tenía todo el día detrás del mostrador para que aprendiera el arte de vender con la mejor ganancia posible. Pero al llegar la noche el mozo se convertía en uno de los jóvenes más alegres de la ciudad; su bolsa siempre estaba a disposición de los amigos. Pietro Bernardone sacudía la cabeza con preocupación, pero no le negaba el dinero a Cecco. Después de todo, las francachelas del joven demostraban a los banqueros y habitantes de la ciudad que él, Pietro, podía permitirse el lujo de tener un hijo manirroto.



Margaritone d'Arezzo, autor de este retrato de San Francisco, que se conserva en la Pinacoteca de Arezzo, fue un pintor del siglo XIII, influido todavía por la pintura bizantina. El cuadro, que muestra al santo con los estigmas, está firmado abajo.

Cuando en 1203 los jóvenes de Asís marcharon a la guerra, Giovanni Francesco Bernardone se unió a ellos. En los primeros días de la campaña fue capturado; al cabo de un año fue puesto en libertad, pero enfermó tan gravemente que estuvo a punto de morir. Cuando se repuso se alistó de nuevo, y volvió a caer enfermo. Por aquel tiempo ya comenzaba el joven Francisco a perder interés por la vida disipada que hasta entonces había llevado.

El cambio definitivo de su vida estaba próximo. Una mañana, cuando cabalgaba por el campo, se le acercó un leproso pidiendo limosna. Francisco, que sentía auténtica repulsión por los leprosos, apartó la vista del infeliz y echó mano a su bolsa en busca de unas monedas. De pronto, una especie de luz se hizo en su corazón: lo que aquel desgraciado necesitaba no era una limosna; aun más terrible que su pobreza era la soledad que sufría. Siguiendo un inesperado impulso, saltó del caballo, corrió hacia el leproso y lo besó. Desde entonces se impuso la obligación de visitar la leprosería y poco después comenzó a repartir todo su dinero entre los desdichados.

Un día del año 1206, Francisco, que a la sazón tenía veinticinco años, fue enviado a la feria de Foligno a vender mercancías. Comerció y regateó, tal como le habían enseñado, hasta conseguir el máximo de ganancias; incluso cuando alguien se interesó por su caballo, lo vendió como el más astuto tratante de ganado.

Cuando caminaba, de regreso al hogar, entre los viñedos cargados de uvas que ya empezaban a madurar, sintió de pronto una profunda repugnancia por la vida de lucro de los mercaderes. La posesión de los bienes terrenos, pensó, era la causa de cuantas luchas innobles ensucian y afean el mundo. Absorto en estas reflexiones, llegó, ya entrada la noche, a las ruinas de la capilla de San Damián y, obedeciendo a un impulso irresistible, se arrodilló para orar entre los escombros.

Más allá, en la ciudad, todo era prosperidad y dinero. Pero en aquella apacible colina, la casa de Dios estaba en ruinas. A Francisco le pareció oír la voz de Cristo que le decía: "Reconstruye mi Iglesia."

Francisco llamó al anciano sacerdote que atendía la capilla y le dio todo el dinero que había recaudado en Foligno. Aturdido, el sacerdote rechazó su ofrecimiento, pero le permitió compartir su pan y su humilde albergue.

Cuando Pietro Bernardone supo dónde estaba su hijo y lo que intentaban hacer con el producto de las ventas, acudió rápidamente a la capilla, acompañado del obispo. Este recordó cariñosamente a

Francisco que el dinero no era suyo y que, por tanto, no podía regalarlo. Francisco lo devolvió en su totalidad y, por añadidura, se despojó de las ropas que había comprado con el dinero de su padre. De ahora en adelante, el mundo sería su hogar, y todos los hombres sus hermanos.

Este total renunciamiento no estaba guiado por un ascetismo hipócrita orientado a procurar su salvación; Francisco solo quería imitar a Cristo. No aspiraba a recluirse en un convento, lejos del mundo creado por Dios. Deseaba hacer vida de ermitaño, en un paraje donde pudiera ver el cielo y oír los pájaros cantar al alba, y respirar el aire de la libertad.

Cubierto de harapos, Francisco empezó a mendigar; pero no pedía comida ni dinero, sino piedras para reconstruir la capilla de San Damián. Si alguien le daba dinero, compraba piedras que luego él mismo llevaba sobre sus espaldas hasta las ruinas.

Muy pronto otros compañeros se le unieron para ayudarlo en su trabajo. Su primer discípulo fue un hombre rico, que, para indignación de sus herederos, vendió todos sus bienes y dio el dinero a los pobres. El segundo fue un eminente abogado. Entre los tres formaron la pequeña comunidad de los "Hermanos Pobres de Asís". Su única regla era la que Cristo dio a los Apóstoles: "Id y predicad; curad a los enfermos; limpiad a los leprosos; dad con creces lo que con creces habéis recibido; no llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestro cinto, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón."

Pronto hubo doce franciscanos. Vivían en chozas cerca de la leprosería, y para su sustento dependían de lo que pudieran ganar como jornaleros en granjas y viñedos, o como criados en las ciudades. Cuando no había trabajo, tenían que mendigar. Sus discípulos lo llamaban al principio padre Francisco, pero él exigió que unos a otros se llamaran "frater", fraile o hermano; de ahí que los franciscanos sean frailes y no monjes.

En grupos de dos, tres y cuatro, los hermanos se lanzaron a predicar. No solían llevar los ojos fijos en un breviario, sino que a menudo alzaban su rostro al cielo y entonaban cánticos. El tema de sus conversaciones casi siempre eran las flores del camino o el canto de la alondra, los paisajes montañosos y los arroyos cristalinos.

Cuando, en busca de nuevas tierras que evangelizar, salieron del territorio de Asís, los franciscanos solo encontraron burlas e insultos. La gente los tomaba por vagabundos disfrazados de santos. Los ricos los creían reformadores peligrosos; los sacerdotes los consideraban

herejes y los obispos les negaban permiso para predicar. Más de una vez fueron apedreados y expulsados de las ciudades.

Francisco comprendió que no podría continuar su labor sin autorización del Papa, y partió para Roma. La personalidad dulce de aquel hombre que defendía ardorosamente su obra cautivó a todos los dignatarios vaticanos. El papa Inocencio III concedió a los hermanos permiso para predicar, y el grupito de franciscanos emprendió de nuevo el camino.

Entonces, los franciscanos, con el corazón lleno de júbilo, reemprendieron sus peregrinaciones. La fama del "Pobrecito de Asís", como lo llamaban, se extendió rápidamente, y dondequiera que llegaba salían a recibirlo con palmas y cánticos.

Con frecuencia Francisco sentía la necesidad de refugiarse en el seno de la Naturaleza. Buscaba un bosque apartado o se sentaba solo en una colina, o en alguna isla, en medio de un lago o de un río. Su amor por todas las criaturas de la creación era tal que a menudo se refería a la "hermana liebre" o a la "hermana golondrina", con auténtico cariño fraternal. Cuando veía que algún animal era llevado al matadero, intercedía por él y, según la leyenda, los animales permanecían junto a él y se convertían en sus fieles compañeros.

Se cuenta que una vez, en el pueblo de Gubbio, halló que un feroz lobo tenía aterrorizada a la comarca. Francisco fue en busca de la bestia y le habló así: "Hermano lobo, has hecho mucho mal en esta tierra; has destruido y matado criaturas de Dios sin su permiso. Merecerías por ello ser ahorcado como un criminal. Todos los hombres claman contra ti, los perros te persiguen y los habitantes de la ciudad son tus enemigos; pero yo quiero hacer las paces entre tú y ellos. Si renuncias a tus perversos apetitos, en vez de cazarte con perros, los hombres de Gubbio te darán de comer. Pero tienes que prometer que no volverás a ofenderlos." Desde aquel día, el lobo se convirtió en el compañero de juegos de los niños de Gubbio, y nunca más hizo daño a nadie.

Algunos años después, Francisco se unió a la Quinta Cruzada para marchar a Egipto y predicar la palabra de Cristo a los sarracenos. La Cruzada se había iniciado bajo los mejores auspicios: El Duque de Austria, el Rey de Hungría, los caballeros templarios, la nobleza italiana y los mercaderes de Venecia con sus buques participaban en ella; a la cabeza de la misma iba el nuncio del Papa. Pero a ningún soldado le agradaba recibir órdenes de un clérigo y pronto comenzaron las desavenencias. Con horror, Francisco comprobó que los venecianos

formaban parte de la expedición sólo en busca de ganancias, los templarios por teñir sus espadas de sangre y los soldados rasos por el botín que pudieran conseguir.

Desafiando la ira de los cruzados, Francisco exigió que se aceptara la oferta de paz del Sultán, mediante la cual se devolvería la Tierra Santa a los cristianos. Pero el impaciente nuncio dio la señal de ataque el 29 de agosto de 1219, y las huestes cristianas fueron derrotadas.

Inerme y descalzo, Francisco se puso a la cabeza de su pequeño grupo de frailes y los condujo a través de las ardientes arenas del desierto. El enemigo los atacó ferozmente con palos y piedras; Francisco fue hecho prisionero y conducido ante Malik al-Kamil, sultán de Egipto y Siria, escudo de Alá y defensor de la fe: un hombre más terrible que cincuenta lobos de Gubbio juntos.

Francisco pronunció tres sermones ante el monarca infiel, quien, tras escucharlo maravillado, lo devolvió al campamento cristiano, sano y salvo.

Con el permiso de Kamil, Francisco visitó el Santo Sepulcro, Nazaret y Belén, y fue el único de los participantes de la Quinta Cruzada que llegó a Tierra Santa. Su visita a Belén lo impresionó de tal forma que, una vez de vuelta en Asís, en la Navidad de 1223, hizo construir un nacimiento en miniatura. Llenó el pesebre de paja y a su alrededor colocó figuritas del Niño Jesús, la Virgen María, San José, la mula y el buey, los pastores y los magos, estos últimos caballeros de piel morena, como Kamil. Luego, con la autorización del Papa, llevó el belén a la iglesia, donde lo colocó y lo iluminó con velas.[1] De este modo, Francisco convirtió la Navidad –que hasta entonces solo se celebraba con una misa cantada– en una fiesta de amor y de luz, cuyo centro es la adoración del Niño Dios.

La noche del domingo de Ramos del año 1212, cuando Francisco y sus hermanos estaban rezando, vieron una antorcha que se iba acercando rápidamente a través del bosque. La llevaba una muchacha de dieciocho años, que al llegar junto al grupo se lanzó a los pies del santo. Este la reconoció al instante: era Clara, la hija de un noble de Asís. Deseaba consagrarse a la vida religiosa, pero su familia la obligaba a contraer matrimonio. Cuando le pidió a Francisco que la escondiera, él no titubeó. Con su propia mano le cortó el pelo y, en virtud de la autoridad que le había dado el Papa, la aceptó

[1] *Este es el origen de los belenes, nacimientos o pesebres, que tan populares son en los países católicos durante las fiestas navideñas.*

en la Orden. Luego solicitó y obtuvo de las monjas benedictinas que le dieran albergue. Posteriormente una hermana de Clara y otras damas y doncellas de Asís se unieron a ella, y así fue fundada la Orden de las Clarisas Pobres, rama femenina de los frailes franciscanos.

El número de franciscanos se elevó pronto a 1200 y todos los indicios señalaban que en un futuro no muy lejano podrían llegar a doce mil. Había que organizar la Orden: tantos desconocidos empezaban a llamarse a sí mismos franciscanos, que el santo, que no podía leer sus corazones ni prever su conducta, no tuvo más remedio que pedirle al Papa una regla y el nombramiento de un consejero oficial. Encomendó a la Iglesia la formación de la Orden, mientras él mismo se retiraba a orar.

Estaba extenuado. En sus manos y pies habían aparecido unas llagas extrañas, como si un clavo le hubiera taladrado la carne: eran los estigmas, la marca divina de la Crucifixión.

Francisco, sin embargo, nunca hablaba de sus sufrimientos. Postrado en su lecho, compuso un salmo de gracias a Dios por el don de la vida. Lo llamó el *Cántico del hermano Sol*, y lo cantaba una y otra vez con gran devoción. Pidió a los hermanos que lo aprendiesen y lo cantaran con él. Decía así:

"Altísimo y omnipotente Señor, a ti sean alabanza, gloria, honor y todas las bendiciones . . .

"Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas. Especialmente nuestro hermano el Sol, que nos trae el día y nos trae la luz. Hermoso, radiante, lleno de esplendor, es el símbolo de tu divina luz . . .

"Alabado seas, mi Señor, por nuestro hermano el viento, y por el aire y las nubes, las calmas y las tempestades, con todo lo cual sustentas a tus criaturas.

"Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana el agua, tan útil y humilde, preciosa y limpia.

"Alabado seas, mi Señor, por nuestro hermano el fuego, con el cual iluminas la oscuridad, y que es alegre y agradable, poderoso y fuerte.

"Alabado seas, mi Señor, por nuestra madre la tierra, que nos sostiene y nos guarda, y nos da frutas, y flores de muchos colores, y hierba.

"Alabemos y bendigamos al Señor y démosle gracias y sirvámoslo con gran humildad."

El 3 de octubre de 1226, en una de las viejas chozas cercanas a la leprosería, *el Pobrecito de Asís* entregó definitivamente su alma a Dios.

DESCUBRIDOR DEL POLO NORTE

Jo Chamberlin

El 5 de diciembre de 1909, el *Roosevelt,* barco pequeño de casco pesado y ennegrecido, entraba orgullosamente en Indian Harbor, península del Labrador, procedente del norte. A bordo iba Robert E. Peary, quien anteriormente había intentado siete veces llegar al Polo Norte, aunque sin éxito. Ahora, desde la oficina de telégrafos del pueblecito, mandó este mensaje revelador a su mujer: POR FIN LO HE CONSEGUIDO. Luego, en la creencia de que sorprendería al mundo, envió a la prensa un telegrama con estas seis sencillas palabras: LLEGAMOS POLO, ROOSEVELT A SALVO, PEARY.

Bordeando la costa del Labrador, el *Roosevelt* ancló en Battle Harbor, donde un barco con la cubierta abarrotada de periodistas se les acercó. Inmediatamente empezaron a pedir a Peary su opinión acerca de "la gran carrera".

–¿La carrera? ¿Qué carrera? –preguntó Peary.

¿Entre él y Cook? ¿Es que no sabía que el Dr. Frederick A. Cook había llegado *primero* al Polo Norte, en abril de 1908, es decir, un año antes, que tan solo recientemente había conseguido regresar al mundo civilizado, y que había dado a conocer su hazaña cinco días antes de que Peary enviara su mensaje? Dos hombres anunciaban casi simultáneamente haber logrado lo que durante tres siglos se intentó en vano. ¡Era la mejor información periodística del decenio!

La noticia pareció no impresionar a Peary. Unos días antes, en Indian Harbor, había recibido algunos informes telegráficos en relación a Cook y su hazaña, pero los descartó por inverosímiles. Después de todo, el Polo estaba en el centro del océano Ártico, en una superficie cubierta de hielo y a 643 kilómetros de la tierra más cercana. Los esquimales que acompañaron a Cook en su "excursión de caza" por el Ártico (ahora afirmaba que fue en aquel viaje cuando llegó al Polo) habían asegurado a Peary que en ningún momento dejaron de ver tierra.

Aquella tarde Peary convocó una conferencia de prensa y contó a los periodistas su propia historia, sin galas retóricas . . .

Él y sus hombres habían salido de Nueva York a bordo del *Roosevelt*, un tórrido día de julio de 1908. En el cabo York, en Groenlandia, recogió a sus ayudantes, esquimales que llegó a conocer íntimamente durante los años que pasó en el norte. "Eres como el Sol –le decían–. Siempre vuelves." Estaban contentos de poder ayudarlo de nuevo. Subieron a bordo con sus mujeres, niños, tiendas, trineos y perros.

Peary tenía a la sazón cincuenta y dos años de edad. Había empleado veinte años de su vida en la busca del Polo, desde aquella soleada tarde en Washington, cuando por casualidad hojeó un libro sobre las exploraciones árticas, y el hechizo del Norte se apoderó de él. A partir de entonces había corrido incontables peligros y sufrido repetidos fracasos; además, había sacrificado a esa empresa una prometedora carrera en el cuerpo de ingenieros de la armada norteamericana. Pero ni el fracaso de su expedición de 1906, en la cual estuvo a punto de perecer con sus hombres, después de llegar a unos 280 kilómetros del Polo, ni la muerte de la persona que mayor apoyo económico le había proporcionado, ni siquiera el fracaso de su último libro, habían podido apartarlo de su empeño. Esta vez estaba decidido a llevar a feliz término su empresa, o a perecer en ella.

Centímetro a centímetro, el *Roosevelt* se abrió paso desde la bahía de Baffin hasta los estrechos canales entre Groenlandia y la isla Ellesmere, casi hasta el mismo océano glacial Ártico. Allí pasaron el invierno, con el barco inmovilizado en el hielo. Mientras, los esquimales construían trineos y cazaban carneros almizcleros, caribúes, focas y osos polares, que les servirían de alimento. Matt Henson, que desde hacía varios años formaba parte de las expediciones de Peary, construía unos trineos según el modelo que Peary había perfeccionado. Las mujeres esquimales confeccionaban ropas de piel, que el comandante prefería a los trajes para la nieve habituales de los hombres civilizados, pues aquellas son más calientes y duraderas. A temperaturas de quince grados bajo cero, los expedicionarios se endurecían para poder llevar a cabo la tarea que les esperaba.

Como, según se creía, el Polo se encontraba en el centro del helado océano Ártico, el problema consistía en recorrer aproximadamente mil seiscientos kilómetros –desde el cabo Columbia hasta el Polo, y de regreso– a la mayor velocidad posible y llevando encima la menor cantidad de peso. Todos los avíos para los hombres y los perros tendrían que ser trasportados en trineo, y había que llevar justo lo sufi-



Peary, retratado por John C. Johansen con el traje que había adoptado para sus expediciones polares.

ciente para que unos pocos hombres de la expedición pudieran llegar al Polo mismo. Por tanto, el plan concebido consistía en organizar varias partidas, que abrirían el camino, depositarían provisiones y construirían *iglus* para guarecerse. A éstos seguiría rápidamente por el camino ya abierto un grupo escogido de hombres, sin llevar ninguna carga pesada, que llegaría a unos 240 kilómetros del Polo. Una vez allí, el último grupo de aprovisionamiento regresaría, mientras que el equipo de remplazo haría un viaje relámpago hasta el sitio mismo del Polo. Tenían que regresar antes de que, con la llegada de la primavera,

comenzara el deshielo. Era una carrera contra el tiempo, el clima, el deshielo y la muerte.

En febrero de 1909, antes de que el invierno llegara a su fin, empezó la carrera hacia el Polo. Los hombres tuvieron que detenerse durante seis días delante de unas fallas causadas por las banquisas flotantes. Cuando las capas de hielo se unieron, reemprendieron la rápida marcha. Sin embargo, nuevas fallas se abrieron en su camino. Cierta noche, el campamento fue casi destruido por una hendidura que se produjo en medio de los *iglus*. Los hombres corrieron a ponerse en salvo. Si Peary no hubiese insistido en que vistieran ropas esquimales, en vez de llevar los incómodos sacos que utilizaban casi todos los exploradores, seguramente hubieran muerto ahogados.

El 1º de abril, el capitán Robert Bartlett, que había llegado a 220 kilómetros del Polo, dio marcha atrás con el último trineo de aprovisionamiento, para mantener abierto el camino de regreso. Peary siguió adelante con Henson, que era un magnífico conductor de trineos, y cuatro esquimales escogidos. Tenían comida apenas suficiente para el viaje de ida y vuelta, y la rapidez era condición imprescindible para atravesar la capa helada. Forzaron la marcha y avanzaron de treinta a cincuenta kilómetros diarios.

A las diez de la mañana del 6 de abril de 1909, el grupo llegó al Polo Norte. Peary estrechó la mano de cada uno de sus hombres; tomó varias fotografías y enterró una crónica del viaje en el hielo. Luego, en nombre de los Estados Unidos, tomó posesión de la región. Izaron cinco banderas. Una de ellas era un emblema de seda, del cual había ido cortando trozos, con los que fue indicando los puntos más septentrionales a que llegó en cada uno de sus intentos anteriores. Durante las treinta horas que pasó en el Polo, Peary hizo 32 mediciones, desde puntos separados por varios kilómetros.

El regreso constituía un grave problema. Tenían que viajar aun más rápidamente, puesto que en primavera las corrientes romperían el hielo. Peary regresó a marchas aun más forzadas que en su recorrido de ida. Abandonaron la ropa que les sobraba y redujeron las raciones de comida. Dormían brevemente en los *iglus* construidos en el viaje de ida, y luego continuaban su avance. Se encontraron con una gran falla y la cruzaron precisamente cuando se estaba formando una banquisa.

¡Por fin llegaron al cabo Columbia! Allí estuvieron durante dos días, antes de embarcar en el *Roosevelt*, donde les aguardaba una calurosa bienvenida. El comandante y sus expedicionarios habían bajado cerca de quince kilos de peso, cada uno, en las penosas marchas.



Itinerario de la expedición de Peary al Polo Norte.

Pero por primera vez en muchos años, Peary podía dormir tranquilo. Había conquistado el Polo Norte. Confiaba en que su país se lo agradecería; luego podría irse a disfrutar de su retiro.

Pero en Battle Harbor Peary encontró, en lugar de la paz que añoraba, una controversia humillante. Conocía bien al Dr. Cook, ya que este había sido médico en una de sus primeras expediciones, y Peary estaba seguro que no había podido vencer los innumerables riesgos que suponía la conquista del Polo. Así lo explicó a los periodistas, con minuciosos detalles. Pero ante su asombro, algunos de ellos no mostraban ningún interés por las pruebas de carácter científico; solo les interesaba el posible reportaje. ¿Había peleado con osos polares? ¿Lo habían atacado los lobos o los carneros almizcleros? No, no le habían ocurrido ninguna de aquellas aventuras. Sin embargo, la historia del Dr. Cook estaba llena de anécdotas y escalofriantes sucesos. Poco a poco, Peary fue descubriendo la verdad. Tras dedicar su vida a una sola aspiración, se le negaba la prioridad de su viaje y se ponía en entredicho su integridad personal. Si durante toda la vida había luchado para conquistar el Polo, pensó Peary, ahora lo haría para conseguir el reconocimiento que le era debido.

En el momento en que Peary anunció su descubrimiento, el doctor Cook se encontraba en Copenhague, donde se había quedado unos días a su regreso del Ártico. Allí fue recibido por el Rey, y sobre su cabeza le colocaron la corona de rosas destinada a los héroes. Su palabra había sido aceptada. Cuando pidieron al doctor Cook que comentara los informes de Peary, contestó astutamente: "Si Peary dice que ha llegado al Polo, yo le creo." Al declarar Peary bruscamente que Cook había engañado al país, Cook repuso: "Hay gloria suficiente para todos." Daba la sensación de que Peary no sabía perder.

El doctor Cook había ganado por una cabeza. En el puerto de Nueva York fue recibido por un barco que llevaba a bordo más de mil admiradores suyos. Se construyeron arcos de triunfo en su honor y las banderas ondeaban por las calles.

Cuando se le pidió que mostrase pruebas de su hazaña, tales como mediciones solares, el doctor Cook dijo que había dejado estos valiosos documentos en poder de un amigo que a la sazón se hallaba viajando por el mundo. Cuando los críticos encontraron errores en la historia publicada en los periódicos, contestó que no había podido corregir las pruebas tipográficas, pero que en su libro aclararía todo.

A la llegada de Peary a Nueva York se hallaba en su apogeo la conmemoración de cierto centenario. Mientras el *Roosevelt* se iba abriendo camino por el río Hudson, los simpatizantes de Cook insultaban y abucheaban a Peary. Este no contestó. Al principio rehusó todos los honores hasta que los dos demandantes presentaran sus pruebas ante un tribunal competente y este emitiera su fallo, pero pronto comprendió que esto no ocurriría nunca. Peary presentó todas las pruebas de que disponía a una comisión de la NATIONAL GEOGRAPHIC SOCIETY, que las estudió cuidadosamente y al fin las aprobó. Dio varias conferencias en entidades científicas, pero jamás aceptó que le pagaran.

Durante dos meses, Cook dio conferencias en varios lugares, todas muy bien pagadas, y finalmente tuvo que presentar sus pruebas en la universidad de Copenhague (a la que consideraba neutral). Estas debían demostrar que él había, efectivamente, llegado al Polo. Sus pruebas fueron rechazadas.

Paulatinamente la opinión pública comenzó a cambiar. La gente empezó a creer en Peary por su conducta digna y porque estaba siempre dispuesto a presentar pruebas de sus afirmaciones. Pero la verdadera batalla se riñó durante las reuniones del Congreso norteamericano para aprobar una ley según la cual se permitiría a Peary retirarse con



Arriba:
El **Roosevelt**, barco suministrado a Peary por el club que financiaba sus expediciones polares, en el Cabo Sheridan, en septiembre de 1908, durante el viaje en que el descubridor llegó por fin al Polo **Norte.**
A la izquierda:
El 6 de abril de 1909 se consigue llegar al Polo Norte.

el grado de almirante. Al principio, en vez del agradecimiento que merecía por su hazaña, Peary tuvo que escuchar las críticas que los simpatizantes de Cook hacían de él en el Congreso, e incluso hubo de responder a las preguntas más insultantes. Las reuniones duraron varias semanas, hasta que finalmente sus adversarios se dieron por vencidos. Peary iba ganando terreno. Se produjo otro ataque, esta vez procedente de un grupo de oficiales de la Armada, quienes decían que el ascenso de Peary violaba las reglas del escalafón; también señalaban que a causa de sus largas ausencias (motivadas por sus viajes al Polo) no se había sometido a las pruebas de resistencia corporal, de la Marina, necesarias para obtener el ascenso. Para pasar este examen, Peary, que había perdido todos los dedos de los pies, exceptuando los dos pequeños, por habérsele congelado en una de sus primeras expediciones, tuvo que andar cuarenta kilómetros en seis horas.

Finalmente, dos años después de su viaje al Polo, se retiró con el grado de contralmirante y fue inscrito en la lista de retiro con fecha 6 de abril de 1909, el día de su llegada al Polo. Su hazaña fue reconocida oficialmente por el Congreso y por el Presidente de los Estados Unidos, como ya habían hecho anteriormente casi todas las sociedades científicas. Peary había ganado su última batalla.

Cook tuvo todavía más aventuras. En el momento que la controversia llegaba a su apogeo, dos neoyorkinos, uno de ellos un capitán de barco, juró que había sido contratado por el doctor Cook para que le diera unas mediciones solares que pudieran probar que este había llegado al Polo. Edward Barrill, el guía que supuestamente había escalado con Cook el monte MacKinley en 1906, y otros hombres del grupo, declararon que el doctor Cook jamás había llegado a la cima. Cook siguió dando conferencias y luego se ocultó en Sudamérica durante varios meses. Más tarde regresó a los Estados Unidos y poco a poco fue eclipsándose. En 1923 fue condenado a catorce años de prisión por estafa. Después de cinco años de reclusión fue puesto en libertad condicional, y en mayo de 1940 el presidente Franklin D. Roosevelt le concedió una amnistía. Murió tres meses más tarde.

Una vez que la controversia fue acallándose, Peary gozó poco de la vida pacífica con la que había soñado. Durante el verano de 1917, cuando estaba dando unas conferencias, empezó a padecer de anemia. Valientemente declaró que esta era otra batalla que tendría que ganar; sin embargo, estaba perdida. El 19 de febrero de 1920 entró en coma y, a la mañana siguiente, la luz de su valeroso espíritu vaciló y se apagó para siempre.

EL MEJOR CUENTO DE ANDERSEN: SU PROPIA VIDA

Donald y Louise Peattie

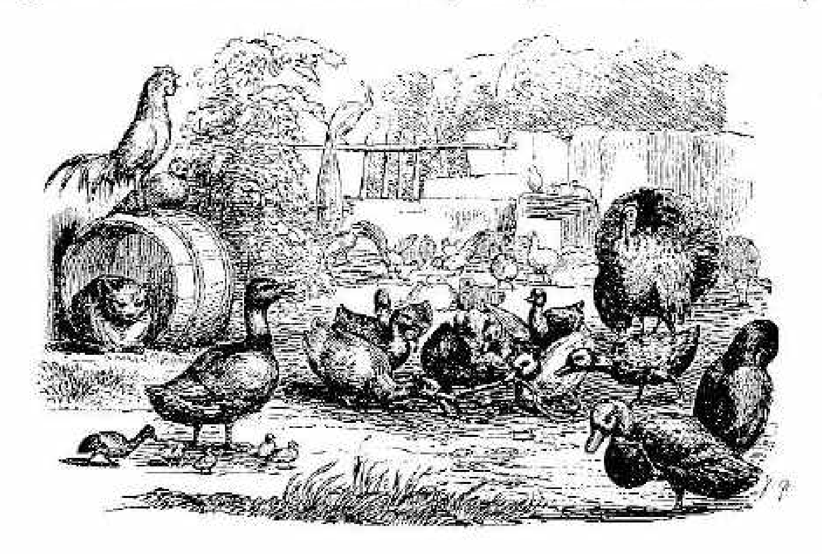
Érase una vez un muchachito pobre, hijo de la viuda de un zapatero, que fue a implorar una merced al príncipe del reino. Lleno de confianza, el joven cantó y recitó ante Su Alteza, y cuando el príncipe le preguntó amablemente qué merced quería que le hiciera, contestó resueltamente: "Quiero escribir dramas en verso y representarlos en el Teatro Real." El príncipe miró al desgarbado mozo, todo pies y manos, con su nariz cómica y sus ojos tristes, y le dio una respuesta llena de sentido común: "Una cosa es recitar dramas y otra cosa es escribirlos. Te aconsejamos que aprendas un oficio útil, como la ebanistería."

Pero el muchacho, que no tenía sentido común alguno, salvo el muy poco común llamado genio, regresó a su casa, rompió su alcancía de arcilla, y diciéndole adiós a su pobre madre y a su indiferente padrastro, marchó en busca de fortuna. Estaba seguro de que las generaciones futuras pronunciarían con respeto su nombre: Hans Christian Andersen.

Aquella ciega confianza en el futuro parece propia de un personaje de cuentos de hadas, y, efectivamente, Hans Christian Andersen estaba saturado de ellos. Algunos se los había oído contar a su padre, quien por la noche, para olvidar su oficio de zapatero, que no le gustaba, leía en voz alta fragmentos de *Las mil y una noches*. Durante el día, Hans se detenía a la puerta de la sala de ruecas en la casa de beneficiencia a oír los cuentos de las viejas que allí trabajaban. Por aquella época había tantas leyendas en Dinamarca como techos de paja con cigüeñas. En la ciudad de Odense, donde en 1805 nació Andersen, se contaba la leyenda de una hada implacable que bailaba incesantemente hasta causar la muerte de sus parejas. En cierta oca-

sión, una hermosa joven encargó al padre de Hans unas zapatillas de seda de color escarlata. Cuando la joven se negó cruelmente a pagar el valor de la obra, la amargura llenó aquel pobre hogar. En esta pequeña tragedia, mezclada con la antigua leyenda de Odense, se inspiró el hijo del zapatero para escribir las páginas de *Las zapatillas rojas*. Ahí radica gran parte del genio de Andersen: tras la magia de sus cuentos de hadas encontramos siempre la realidad y la vida misma.

Cuando niña, su madre era enviada a mendigar por las calles; pero en lugar de hacerlo así, se escondía bajo los puentes de la ciudad y se

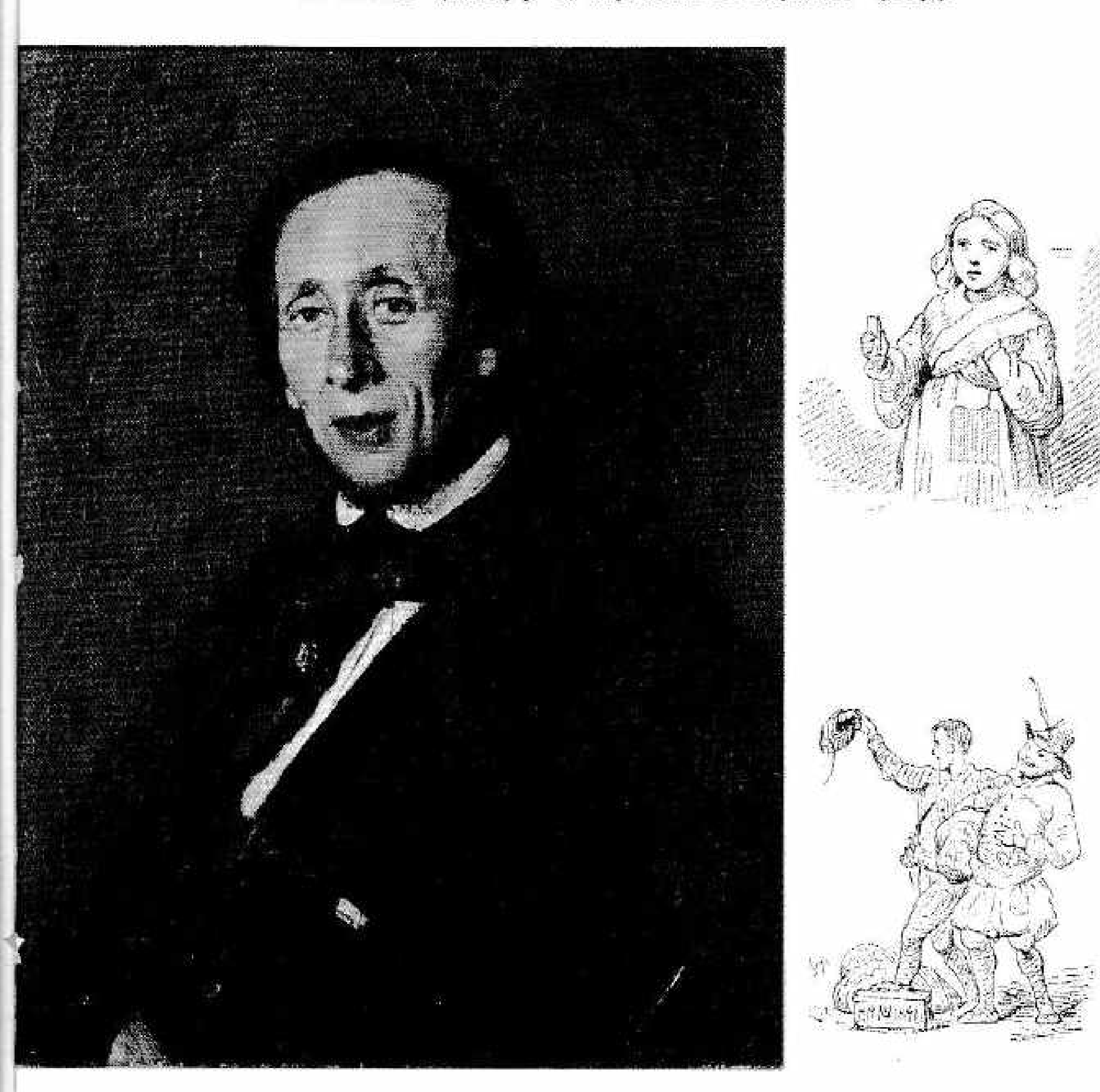


calentaba los pies desnudos con las manos, temerosa de regresar a su casa. El primer amor que la vida le ofreció fue un seductor que desapareció antes que naciera su hija. Compadecido por la suerte de su madre y como protesta contra la sociedad de su tiempo, Hans Christian Andersen escribió el cuento enternecedor de *La pequeña vendedora de fósforos*.

Su pluma, como si fuera una varita mágica, trasformaba en cuentos todas las penas y sufrimientos que padeció de niño. Cierto día, el muchacho se quedó admirando los caprichosos dibujos hechos por el hielo en los cristales de la ventana del cuarto de su padre, que estaba en cama gravemente enfermo. Su progenitor le llamó la atención hacia una figura de mujer. "Aquella es la Reina de las Nieves —dijo el zapatero—. Pronto vendrá por mí." Pocos meses después había muerto.

Su madre volvió a casarse; esta vez con un hombre de despiadados sentimientos. Fue en estas circunstancias cuando Hans acudió ante

Retrato de Andersen, realizado por el pintor danés Christian Albrecht Jensen, en 1847. Actualmente se conserva en el Museo Andersen de Odense. Cuando posó para este retrato el conocido escritor, ya hacía diez años que se había hecho célebre con su primer cuento. Poco más o menos de la misma época son estos diseños de Wilhelm Pederson que reproducimos de una de las primeras ediciones de los cuentos: "El patito feo", en la página de la izquierda; "La pequeña vendedora de fósforos" (arriba) y "El traje nuevo del emperador" (abajo).



el Príncipe, quien, como ya hemos dicho, le aconsejó que aprendiera un oficio manual. Hans Christian, desilusionado, con sus catorce años recién cumplidos, marchó a Copenhague en busca de fortuna. Tocó a las puertas de todas las personas notables. Intentó bailar ante una famosa bailarina, quien, tomándolo por loco, lo echó a la calle. Vestido con su mejor traje, ya viejo y raído, y tocado con un sombrero que le llegaba hasta las orejas, recitó ante un renombrado autor teatral las tragedias que Hans mismo había escrito para las marionetas talladas por su padre. Pero el hombre célebre no se interesó. Toda su fortuna eran siete peniques y una clara voz de soprano. Con ella logró conmover el corazón del profesor Siboni, maestro del Conservatorio de Música, quien hizo una colecta para atender al sostenimiento del muchacho mientras este estudiaba canto. Hans Christian creyó haber alcanzado el cielo con las manos; pero a los pocos meses, al hacerse hombre, su voz de soprano desapareció para siempre.

Sin embargo, este adolescente desmañado tenía una habilidad especial para ganarse amigos. Hubo incluso una princesa que le dio algún dinerillo para que se comprara ropas y alimentos, dinerillo que invariablemente él gastaba en libros de poesía y entradas de teatro.

Desde la buhardilla donde vivía, Hans disfrutaba de una espléndida vista de la ciudad: los chapiteles, las cúpulas, los tejados . . . Era viejo amigo de los faroles de las calles que alumbraban hasta el alba, y de la bujía solitaria dejada a la cabecera de algún niño enfermo. Ninguno de estos detalles desaprovechó en sus libros el futuro autor de *El viejo farol* y *Lo que vio la Luna.*

En aquellos años Hans no comprendía que sus epopeyas, sus tragedias y sus romances eran malas imitaciones. Sin embargo, en aquel montón de mala literatura había ciertos valores que no escaparon a la mirada escrutadora de Jonas Collin, uno de los directores del Teatro Real. Este generoso funcionario logró que se creara un fondo para proveer a la educación del joven autor.

Con el corazón lleno de esperanza, Hans Christian ingresó en una escuela cerca de Slagelse, que dirigía un tal Simón Meisling, en cuya casa se alojó. Los dones intelectuales de Hans Christian provocaron en Meisling, que era un poeta fracasado, una furia desmedida y cruel. Colocó al desgarbado mozalbete entre los muchachos de diez años y se propuso aturdirlo obligándolo a estudiar álgebra, geometría, gramática griega y gramática hebrea. Meisling, para hacerlo llorar, le decía que sus estudios iban de mal en peor. A pesar de todo, el mezquino maestro utilizaba el ingenio de Hans Christian para mantener quietos

y silenciosos a los alumnos más pequeños, quienes se pasaban horas enteras embelesados a los pies de Andersen escuchando de sus labios los cuentos de hadas que con el tiempo habrían de ser inmortales.

Al tener noticia del cruel tratamiento que Meisling daba al mozo, Collin lo llevó a Copenhague para educarlo. Allí también era con los niños con quienes Hans Christian se sentía más a gusto. Comía, por turno, en las casas de seis amigos caritativos, y en todas ellas los chicos se le subían a las rodillas y le rogaban que les contara cuentos: las aventuras de la cigüeña, del hombre de nieve, del árbol de Navidad o del Viejo Cierraojos, el que echa arena en los ojos de los niños daneses para que se duerman pronto. Los relatos de Hans eran tan animados que los niños tenían la sensación de ver a los soldaditos de plomo y de oír galopar a los caballos de los coches. También tenía gran destreza para recortar en papel figuras llenas de vida y hoy se conservan muchas de ellas en el Museo Andersen de Odense, instalado en la casa donde él nació.

Sin embargo, Hans nunca tuvo el amor de una mujer. Su única familia fue la de los bondadosos Collins, de los cuales conoció tres generaciones. Todos ellos consideraron deber suyo lograr que aquel soñador asentara los pies en la tierra. Le pedían constantemente que abandonara el necio empeño de ser escritor y tratara de conseguir una modesta colocación oficial; le hablaban tal como, andando el tiempo, haría él hablar a los animales en el más famoso de sus cuentos: "Te lo aconsejo por tu bien —dijo la Gallina al Patito Feo—, deberías aprender a poner huevos, como yo." En este cuento de *El Patito Feo*, Hans Christian relató la historia de su propia vida con penetrante ironía danesa.

Andersen tardó mucho tiempo en llegar a conocerse a sí mismo. Durante muchos años escribió poemas épicos, novelas románticas, dramas trágicos, cosas todas casi olvidadas hoy.

Sus primeros cuentos de hadas se publicaron en 1835, como al descuido y sin grandes esperanzas de éxito. Hans Christian tenía entonces treinta años de edad. Pero los niños los leyeron y pidieron más. De esta forma, los pequeños lectores sacaron a Andersen del callejón sin salida en que se encontraba, y lo lanzaron a lo que habría de ser su gran obra. "Ahora busco en lo hondo de mí mismo una idea dirigida a los adultos, y la escribo para que la entiendan los niños, aunque pensando siempre que papá y mamá estarán escuchando." Desde aquel momento, y durante treinta y siete años, apareció todas las Navidades un nuevo volumen de cuentos de Andersen.

Los cuentos de Andersen son la descripción poética de los pequeños detalles de la vida diaria. Penetraba tan hondamente en el corazón de las cosas que en el casco partido de una botella, o en una pelota arrastrada por las aguas de un arroyo, encontraba el tema de un cuento profundo. Todos hemos reído con *El traje nuevo del emperador*, un traje hecho (decían los pillos que persuadieron al emperador a que lo vistiera) con una tela que por su magnífico esplendor no era visible sino para aquellos que poseían la inteligencia y la nobleza necesarias. El emperador y sus cortesanos, temiendo que los consideraran necios, ponderaron la tela inexistente. Cuando el monarca desfiló desnudo por las calles de la ciudad, todo el mundo alabó el recamado del tejido que todos "veían" para demostrar su inteligencia. Sólo un inocente niño se atrevió a gritar: "¡Mamá, el Rey va desnudo!" Este cuento es muy oportuno cada vez que la simulación pretende imponer un nuevo culto.

Cuando alcanzó la fama, Andersen mostró poseer un corazón benévolo y generoso. Meisling lo encontró un día en la calle y le rogó que perdonara su crueldad de antaño. Andersen lo perdonó y lo consoló cariñosamente. Cuando el Rey lo mandó llamar —el mismo rey que siendo príncipe le había aconsejado olvidarse de la literatura y aprender un oficio útil— y le insinuó al poeta que podía solicitar favores reales, Andersen contestó sencillamente: "Pero si yo gano algo por mí mismo."

Andersen se ganó el amor y el respeto del mundo entero. Su desgarbada figura y su feo rostro se hicieron tan populares que los niños, al verlo en la calle, corrían a rodearlo. Sus libros fueron traducidos a muchísimas lenguas. Fue recibido en las cortes europeas y condecorado con las órdenes más distinguidas. Los grandes escritores de la época, desde Dickens hasta Víctor Hugo, lo acogieron como uno de los suyos, y junto a tan grandes ingenios aprendió que "siendo el huevo de cisne, no importa en qué gallinero se incubó".

El día más feliz de su vida fue cuando regresó triunfalmente a su ciudad natal, casi cincuenta años después de haber salido de ella. Toda la ciudad de Odense participó en las ceremonias con que se honraba al hijo del zapatero, el príncipe de los cuentos de hadas. El pueblo entusiasmado cantó y vitoreó su nombre por las calles. La noche de su llegada, una enorme multitud, con antorchas encendidas, se reunió bajo su ventana pidiéndole que saliera. La emoción que entonces sintió su corazón se expresa muy bien con sus propias palabras: "Mi gratitud y mi amor a Dios y a la humanidad."

BENJAMIN FRANKLIN Y SU INGENIO INCOMPARABLE

Bruce Bliven

Casi todos los hombres famosos de la historia norteamericana parecen infundir miedo. Washington era tan perfecto que inclusive las personas más cercanas a él le tenían un poco de temor; quienes iniciaban relaciones con Jefferson se sentían turbados por su inteligencia; Lincoln era un hombre corriente, pero su imagen estaba bañada de una majestuosa tristeza. Sin embargo, el ejemplo más típico del norteamericano es una persona famosa en la que nadie puede pensar sin experimentar una sensación de calor humano. Benjamin Franklin, impresor y escritor, filósofo y hombre de Estado, científico e inventor, fue, en algunos aspectos, el hombre más importante que ha producido el continente americano. Mirabeau, el dirigente revolucionario francés, lo calificó del filósofo que más hizo para extender los derechos del hombre en toda la Tierra. "La antigüedad hubiera levantado altares en honor de este gran genio", declaró.

Sin embargo, el carácter de Franklin era tan sencillo, su personalidad tan agradable y su sentido del humor tan delicioso que nuestro cariño hacia él no abriga ninguna reserva. Su aspecto hacía que inmediatamente la gente lo quisiera y lo respetara. Su mirada era serena y cariñosa, y en su amplio rostro descollaban los grandes ojos grises. Su boca, grande, tenía una expresión festiva. En sus años mozos tuvo la figura y la energía de un atleta, aunque en sus retratos más conocidos, en los que aparece cuando ya era un hombre de Estado, no lo aparenta. Cierta vez en Inglaterra, navegando por el Támesis con unos amigos, saltó al agua y nadó al lado del barco, dando saltos y vueltas.



Durante la estancia de Franklin en Francia, como embajador
en la Corte de Luis XVI, J. Duplessis le hizo este retrato, que
se conserva actualmente en el Museo Metropolitano de Nueva York.

Benjamin Franklin nació en Boston, en 1706. Era el decimoquinto de los diecisiete hijos de un pobre fabricante de velas. Franklin llegaría a ser el primer norteamericano que se labró un brillante porvenir en función de su propio esfuerzo y rompiendo con todos los rígidos lazos que sus compatriotas heredaron de los ingleses. Casi todo lo que sabía: ciencia, filosofía, idiomas, lo aprendió por sí mismo; hablaba latín, francés, alemán, español e italiano, y tenía un profundo conocimiento de los clásicos; sin embargo, solo asistió a la escuela durante poco más de un año. Su padre lo puso a trabajar recién cumplidos los diez; a los doce entró como aprendiz en el taller de su hermano James, que era impresor en Boston; a los diecisiete escribía anónimamente artículos para el periódico de su hermano, que en la noche metía por debajo de la puerta. Aquel mismo año, tras una desavenencia con James, abandonó su casa y buscó trabajo como impresor en Nueva York, sin conseguirlo. Luego se enteró de que quizá en Filadelfia pudiera hallar trabajo y allí se dirigió, haciendo casi todo el camino a pie. Al llegar a dicha ciudad gastó el último dinero que le quedaba en comprarse tres panecillos; se comió uno y llevaba los otros dos debajo del brazo cuando una niña, que luego sería su mujer, se rió de él. Consiguió trabajo en una imprenta y pronto se estableció por su cuenta; fundó un periódico y más tarde una revista. A los cuarenta y dos años había amasado una modesta fortuna y se retiró de los negocios, para dedicar otros cuarenta años de su vida al servicio de su patria. Estuvo destinado en Inglaterra en dos ocasiones y en Francia en una. En estos dos destinos invirtió veinticinco de esos cuarenta años.

Como político, Franklin fue el primero que concibió a los Estados Unidos, no como un grupo de colonias separadas, sino como una sola nación. Dos decenios antes de la guerra de la Independencia norteamericana, ideó el sistema de gobiernos estatales unidos bajo una autoridad federal. Durante los años que vivió en Londres abogó sin cesar por la causa norteamericana en sus conversaciones con personalidades inglesas, en sus cartas y en artículos publicados en periódicos y folletos. En una ocasión famosa estuvo durante todo el día en la Cámara de los Comunes contestando con gran habilidad las preguntas que le dirigían los representantes de esta institución acerca de la oposición de las colonias a la odiada ley tributaria inglesa. El resultado fue que el Parlamento revocó la ley y la guerra se retrasó diez años, dando a los colonos tiempo suficiente para prepararse. Sin la ayuda de Franklin, la guerra de la Independencia quizá se hubiera prolongado durante

años o hubiera terminado con la derrota de los colonizadores. Enviado a Francia en 1776, convenció al reacio monarca francés para que enviara secretamente suministros al general Washington y, finalmente, para que entrara abiertamente en la guerra como aliado. Una vez vencidos los ingleses, Franklin impidió el fracaso del llamado Acuerdo Constitucional: los estados pequeños querían tener igual representación en el Congreso que los grandes y, a su vez, éstos querían que las delegaciones fueran proporcionales a la población de cada estado. Franklin resolvió este conflicto con la componenda de que el primer plan rigiera para el Senado y el segundo para la Cámara de Representantes. Cuando se terminó de escribir la Constitución, Benjamin Franklin, más que ningún otro hombre, fue el encargado de que esta fuera ratificada por los distintos estados.

Franklin fue también un científico y un inventor de primera fila. El doctor Bernard Cohen, especialista en historia de la ciencia, de la Universidad de Harvard, ha dicho que Franklin y Newton fueron las dos primeras figuras importantes de la ciencia en la edad moderna. Todo el mundo ha oído hablar de cómo Franklin atrajo la electricidad de una nube a la cuerda de una cometa, pero pocos saben que escribió un libro acerca de ciertos fenómenos eléctricos que fue traducido a varios idiomas y aclamado en toda Europa. Fue el primero que identificó las dos clases de electricidad, la negativa y la positiva; a él debemos las palabras y los conceptos de batería, carga eléctrica, condensador y conductor. Con su invención del pararrayos hizo desaparecer el miedo de muchas personas a las descargas eléctricas.

Hoy todavía se usa la estufa que inventó Franklin, con un radiador de aire caliente. Asimismo, se sigue empleando la mano mecánica de su invención, que sirve para levantar objetos situados en lugares altos, y el taburete de cocina que se convierte en escalera. A los setenta y ocho años de edad inventó esa bendición para las personas de edad avanzada que son las gafas bifocales. Mozart y Beethoven compusieron música para su "armónica de cristal" —una serie de círculos de cristal montados sobre un rodillo, que al tocarlos con el dedo mientras giran, producen música—. Era un músico experto, que tocaba el arpa, la guitarra y el violín. Escribió con gran conocimiento acerca de los problemas de la composición musical, sobre todo los referentes a la adaptación de la música a la letra, para que esta última pudiera ser inteligible. Franklin fue el primero que estudió los efectos del agua sobre el casco de un barco en movimiento, y de esta manera se convirtió en el iniciador de la hidrodinámica. Trazó una carta hidrográfica

de la corriente del golfo y descubrió que las tormentas, cuando avanzan, giran sobre sí mismas. Demostró que cuanto más ligero es el aire, más baja es la temperatura a la que hierve el agua. Fue el primero en descubrir que la tela oscura retiene el calor; los europeos tardaron cien años en seguir su consejo y comenzar a llevar ropa de color blanco en los trópicos.

En 1743 organizó la Sociedad Filosófica Norteamericana, la primera asociación científica de los Estados Unidos. A la sazón la "filosofía" abarcaba las ciencias naturales, y Franklin estipuló que entre los socios debería haber siempre un botánico, un químico, un matemático, un geógrafo y un médico. Durante los primeros cincuenta años, la sociedad fue en la práctica una academia nacional de ciencias, a la vez que una biblioteca nacional, un museo y la primera oficina de patentes. En el curso de los años, noventa y cinco de sus socios han obtenido el premio Nobel.

La influencia de Franklin fue tan poderosa que treinta años después de su muerte se creó en su honor el Instituto Franklin, el cual todavía se encuentra en funcionamiento y está especializado en interpretar para los profanos la ciencia y la tecnología. El Instituto tiene uno de los museos científicos mejores del mundo, lleva a cabo innumerables proyectos de investigación para el Gobierno norteamericano y para las industrias particulares, posee un planetario, un centro de calculadoras electrónicas, una gran biblioteca de libros y revistas científicas, un gran archivo de patentes, un observatorio y muchos otros servicios. Las medallas que cada año otorga a eminentes científicos son enormemente valoradas. Entre los que han recibido este premio se encuentran: Thomas Edison, Guglielmo Marconi, Orville Wright, Albert Einstein y Enrico Fermi.

Franklin creó la primera agrupación de policía profesional y el primer servicio voluntario de bomberos. También fue él quien dio impulso a la Sociedad Abolicionista. Cuando lo nombraron director general de Correos, el correo entre Nueva York y Filadelfia se despachaba semanalmente en verano, y cada quince días en invierno; Franklin lo mejoró, ampliándolo a tres veces por semana en verano y una vez a la semana en invierno. También mejoró el servicio postal con Inglaterra, despachándolo con una frecuencia desconocida hasta entonces: una vez al mes. Durante su mandato se ampliaron los caminos postales desde Canadá hasta Florida.

Posiblemente Franklin fue el escritor más popular en el mundo de habla inglesa. Aunque nunca tuvo tiempo para terminarla, su



En esta litografía de Currier & Ives, de Nueva York, vemos el famoso experimento llevado a cabo por Franklin en junio de 1752, con el que consiguió demostrar que la chispa eléctrica y el rayo son lo mismo.

Autobiografía es todavía hoy uno de los libros más leídos, en su género. La primera mitad la escribió en un lapso de dos semanas, durante su estancia en Inglaterra. Al escribirla recordaba perfectamente nombres y fechas de cuarenta o cincuenta años atrás. Su magnífico estilo no era producto de ningún accidente. A los catorce años había copiado, para estudiar el ritmo de la obra, la colección de ensayos de *El espectador* de Addison y Steele, libro que admiraba profundamente, y más tarde trató de reproducirlos de memoria. Para mejorar su vocabulario los volvió a escribir en verso. En muchas de sus obras pretendía ser otra persona y en algunas lo hizo tan bien que frecuentemente engañó a sus lectores. A la edad de diecisiete años publicó su primer libro, en el que relataba la agitada vida de una viuda.



Antes de la guerra de la Independencia, mientras trabajaba en Londres, publicó una sátira intitulada *Edicto del rey de Prusia*, obra en la que reclamaba para sí todo el territorio de la Gran Bretaña, exactamente con los mismos argumentos con los que el monarca inglés reclamaba las colonias de Norteamérica como propiedad suya. Otra obra de propaganda que pronto se hizo famosa fue *Reglas por las cuales un Gran Imperio puede reducirse a uno pequeño*. Las reglas eran precisamente las injusticias sufridas por los colonos. Algunas veces su humor era mucho más eficaz de lo que pudiera ser cualquier furioso discurso. Un exaltado inglés denunció a las colonias por intentar establecer unas pesquerías de ballenas y bacalao en los Grandes Lagos. Franklin declaró que este constituía un problema muy serio,

no obstante que los lagos eran de agua dulce. "El bacalao, cuando es atacado por sus enemigos, vuela hacia cualquier agua donde pueda sentirse a salvo. El enorme salto que da una ballena por encima de las cataratas del Niágara está considerado como uno de los más maravillosos espectáculos de la naturaleza."

Su primer éxito literario en los Estados Unidos fue *El almanaque del Pobre Ricardo,* obra que Franklin comenzó a escribir cuando tenía veintiséis años. En aquella época, el almanaque era el único material impreso que se encontraba en cualquier casa norteamericana. Contenía todos los datos astronómicos necesarios, predecía el tiempo con un año de anticipación y daba información médica. En los espacios libres había máximas y algo de filosofía. Inmediatamente, el almanaque de Franklin sobrepasó a todos sus rivales, y su venta llegó a unos diez mil ejemplares en un año. Convirtió al *Pobre Ricardo* Saunders, el supuesto autor, en un personaje tan real que casi eclipsó al propio Franklin. Todavía hoy se citan docenas de sus proverbios. Franklin nunca pretendió haberlos inventado todos, pero inclusive aquellos que tomó de alguna otra parte, a menudo los reescribió y les dio mayor agudeza. Son populares los de "Acostarse y levantarse temprano hacen al hombre sano, rico y sabio"; "La experiencia es una escuela dolorosa; sin embargo, los tontos nunca aprenden de otra manera"; "El que pide prestado, se lamentará luego"; "Nada es inevitable, excepto la muerte y los impuestos"; "Una media verdad es, a veces, una gran mentira". Menos conocidos, pero igualmente sabios son: "Ahora que tengo una oveja y una vaca, todo el mundo me da los buenos días"; "No te fíes de aquel que alaba todo lo que dices"; "Haber sido pobre no es una vergüenza, pero el sentirse avergonzado de ello sí lo es"; "Ama a tu vecino . . . , pero no derribes el seto que separa vuestras casas"; "Es mala educación hacer callar a un tonto, pero es una crueldad dejar que siga hablando."

Muchos proverbios del *Pobre Ricardo* trasmiten un mensaje de confianza en uno mismo: "Si quieres hacer algo, hazlo tú mismo; si no, encárgalo"; "Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos"; "Es difícil que un saco vacío se sostenga en pie."

Una de las causas de la longevidad de Franklin fue su caudal de conocimientos acerca de la salud. Decía que andar era el mejor ejercicio corporal; y él, siempre que podía, iba a pie. La mayor parte de la gente consumía grandes cantidades de comida y bebida; Franklin aconsejaba la moderación. En aquel tiempo se creía que el aire de la noche era peligroso; Franklin dormía con las ventanas abiertas de par

en par. Una vez que él y John Adams compartieron un cuarto, este último se sintió horrorizado al ver que Franklin abría todas las ventanas al acostarse. Cuando protestó, tuvo que escuchar un discurso tan largo en torno a los méritos del aire fresco, que se durmió antes de que terminara. Durante medio siglo, Franklin dio consejos acerca de la manera de vivir satisfactoriamente. Como se aferró siempre a verdades fundamentales, casi todo lo que dijo es todavía válido hoy. Creía firmemente que, si nos imponemos una disciplina lúcida, podemos mejorar nuestro carácter. "Es un arte que hay que estudiar —decía— como la pintura o la música." Cuando era todavía un joven hizo una lista de las cualidades dignas de admiración y se propuso mejorar en todas ellas. Iba a ser moderado en el comer y el beber, evitaría la palabrería, sería sistemático en los negocios, terminaría cualquier tarea que se impusiera, evitaría las extravagancias, eliminaría la ociosidad, sería sincero, trataría a los demás con justicia, y soportaría las injusticias con paciencia, no dejaría que las pequeñeces le afectasen, etcétera. Se fabricó "un librito, en el que aparté una página para cada virtud. Me propuse dedicar una semana de atención a cada una de ellas, sucesivamente". Más tarde atribuyó todos sus triunfos, cualquiera que fuera la índole de ellos, a esta rutina adquirida en su juventud.

Cuando era niño le gustaba pelear. Pero pronto comprendió que rara vez se conseguía persuadir a la gente con la violencia. Cuando por cuestiones religiosas atacaron su trabajo acerca de la electricidad, Franklin se negó a contestar. "Llegué a la conclusión de que era mejor dejar que mis obras se defendieran por sí solas, y que más me valdría emplear el tiempo que me dejaba libre la vida pública en hacer nuevos experimentos que en discutir sobre los que ya había realizado."

A Franklin, que tenía un don maravilloso para ver hacia el futuro, le costaba trabajo comprender a los que carecían de esta facultad. Hallándose en París contempló la ascensión del primer globo aerostático con pasajeros. Cuando un escéptico que se encontraba entre la multitud dudó de la utilidad que podría tener el globo, rápidamente le lanzó esta pregunta: "¿Para qué sirve un niño recién nacido?" Con esa visión suya del futuro, vio en seguida las posibilidades del trasporte aéreo, entre ellas la del rápido traslado de tropas en tiempo de guerra. En 1760 los ingleses arrebataron el Canadá a los franceses. Luego, durante las conversaciones preliminares encaminadas a la firma del tratado de paz, los negociadores ingleses titubeaban entre quedarse con las vastas e inexploradas tierras septentrionales o con la

valiosa isla de Guadalupe, en las Indias Occidentales, muy rica por su producción de azúcar. Muchos preferían esta última, pero, en opinión de Franklin, a la larga el Canadá resultaría ser mejor botín.

Como hombre de ciencia cuidó siempre de reconocer la paternidad de otros en los descubrimientos, ocultando en muchas ocasiones sus propios trabajos si algún investigador había descubierto algo similar a lo suyo. A la edad de ochenta y dos años se retiró de la vida pública. Unos meses más tarde recibió la siguiente carta: "Si los deseos unidos de un pueblo libre, apoyados por las fervientes plegarias de todos los amigos de la ciencia y de la humanidad, pudieran aliviar al cuerpo de los dolores y las enfermedades, pronto se pondría usted bien. Si el ser venerado por la benevolencia particular, el ser admirado por el talento personal, el ser estimado por el patriotismo propio, el ser amado por la filantropía individual pueden servir de recompensa para la mente humana, tendrá usted el agradable consuelo de saber que no ha vivido en vano. Usted será recordado con respeto, veneración y afecto por este su sincero amigo y obediente y humilde servidor. Jorge Washington."

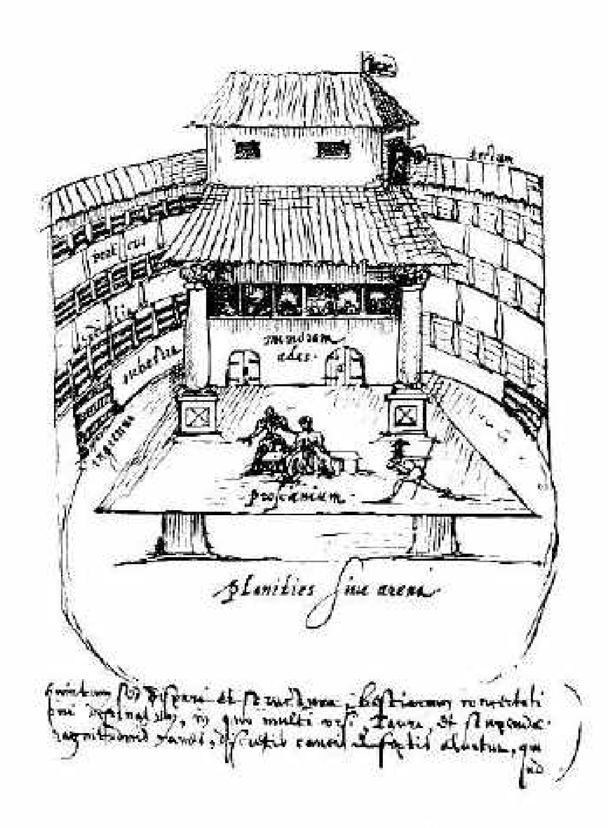
Al año siguiente, en 1790, moría Benjamin Franklin, a la edad de ochenta y cuatro años, cuando era la figura pública más querida del mundo. Su funeral fue el más importante que se había hecho hasta entonces a cualquier persona que no ostentara un cargo público. El Gobierno francés entero guardó tres días de luto, y Jefferson quiso que el Gobierno norteamericano hiciese lo mismo, pero Washington, muy a su pesar, tuvo que negar su autorización. No quiso sentar un precedente que luego podría resultar embarazoso.

La carrera de Franklin fue resumida adecuadamente por Carl Van Doren, uno de sus biógrafos: "No era uno de esos hombres que derivan su grandeza de las oportunidades que les ofreció su época. En cualquier período y en cualquier lugar, Franklin hubiera sido un gran hombre. En él se conjugaron la inteligencia y la voluntad, el talento y el arte, la fuerza, la soltura, el genio y la gracia, como si la Naturaleza, al formarlo, se hubiera sentido pródiga y feliz."

Uno de los epitafios más conocidos es el que el propio Franklin escribió para sí en su juventud: "El cuerpo de B. Franklin, impresor, como la cubierta de un libro viejo, al que le han arrancado las páginas, y le han quitado las letras y el oro, yace aquí, en calidad de alimento para los gusanos. Pero la obra no se habrá perdido en su totalidad: porque, según él cree, aparecerá una vez más, en una nueva y más perfecta edición, corregida y aumentada por su Autor."

TODO EL MUNDO ES SU ESCENARIO

Condensado de Time



En tiempos de Shakespeare los teatros no se diferenciaban mucho de las pistas donde se celebraban las luchas entre osos y toros. El palco escénico era una plataforma elevada del cual alrededor se sentaba el público en una galería. Este dibujo del Swan Theatre está tomado de un libro con ilustraciones del Londres de 1596.

En los más de cuatrocientos años trascurridos desde el nacimiento de su creador, nunca como en la actualidad habían hablado los personajes de Shakespeare a tantos hombres ni adquirido tanta significación. En Yugoslavia, las tétricas murallas almenadas de Lourijenac, fortaleza construida en el siglo XII, ven alzarse la sombra del padre de Hamlet, incitando al hijo a la venganza; en el corazón de Rusia, en la localidad de Tashkent, el celoso moro estrangula a la inocente Desdémona. En el otro extremo del mundo, actores australianos que visten toscas ropas negras y llevan una corona y una o dos espadas de utilería

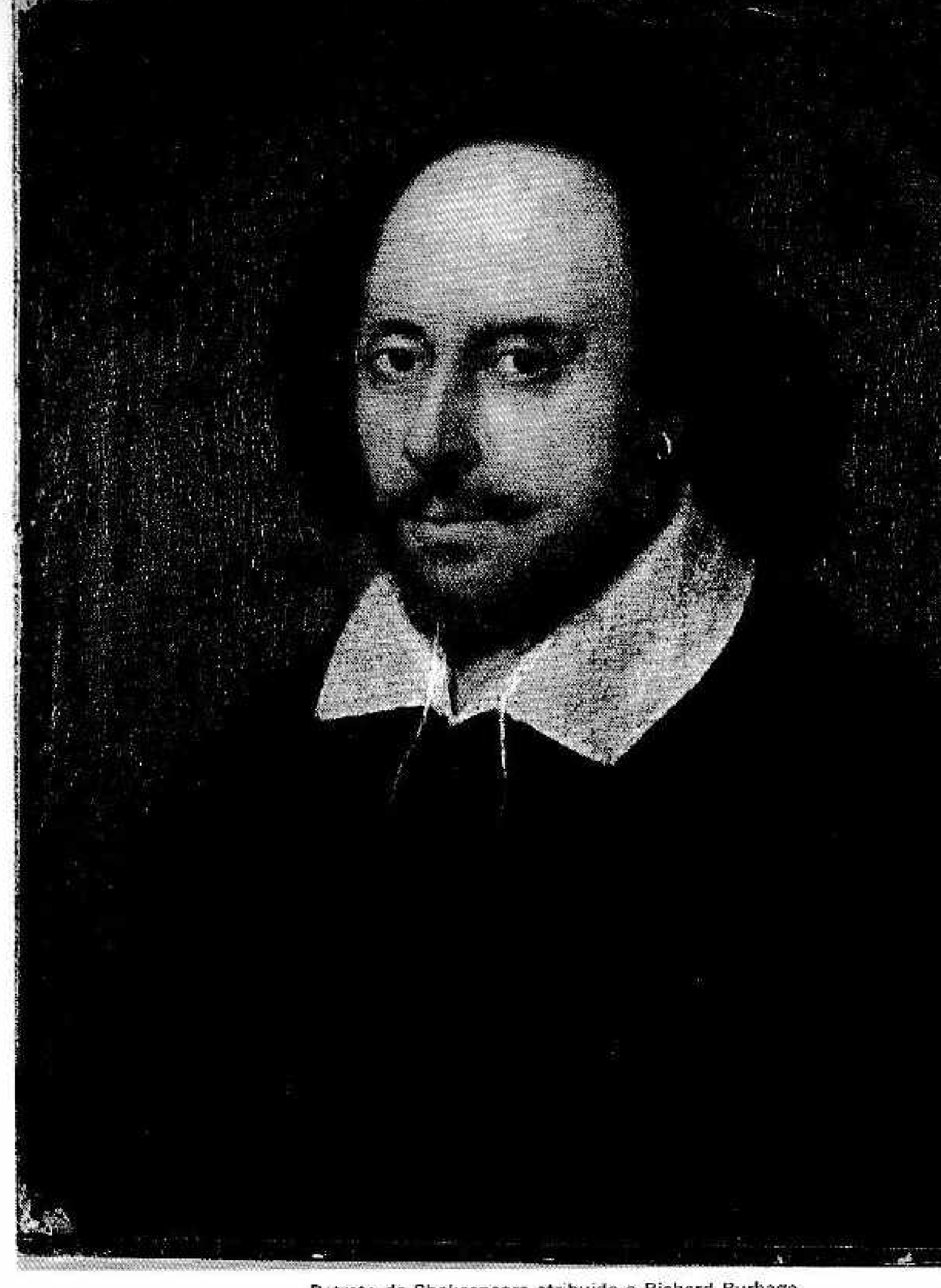
viajan en autobús por el interior de la inmensa isla continente representando obras de Shakespeare. Inclusive en Rodesia del Sur, los actores de las tribus indígenas, ataviados con plumas y colas de animales a usanza de los guerreros zulúes, han interpretado *Macbeth*. En teatros de todo el mundo, los personajes de Shakespeare hablan a los hombres con una voz nacida en lo más hondo del alma humana.

Las grandes lagunas que hay en nuestro conocimiento de la vida de Shakespeare (ni siquiera se sabe con exactitud la fecha de su nacimiento, aunque sí se conoce la de su bautismo, el 26 de abril de 1564) han dado pie a una extraña labor de seudoerudición encaminada a demostrar que las obras atribuidas al gran dramaturgo inglés no fueron escritas por él, sino por otros a los que sirvió de pantalla. Entre las personalidades de la época a quienes se atribuyen las obras de Shakespeare destacan sir Francis Bacon, Edward de Vere, decimoseptimo conde de Oxford, Christopher Marlowe, sir Walter Raleigh, la reina Isabel, e inclusive la misma esposa del bardo: Anne Hathaway. Ciertos aficionados a la criptografía creen haber hallado en las obras de Shakespeare claves que revelan el nombre de sus verdaderos autores.

Lo cierto, sin embargo, es que oculto bajo esta labor de pura erudición alienta un curioso prejuicio: el de suponer que un hombre de humilde cuna y pocos estudios como fue Shakespeare no pudo haber escrito obras de tal grandeza. Pero de las muchas refutaciones con que, de diversas maneras, se han invalidado estas teorías, ninguna es tan concluyente (aparte la que se desprende de los mismos datos históricos) como el testimonio que ofrecen las mismas obras de Shakespeare; porque a través del estilo podemos descubrir al hombre.

Por lo demás, ni la cuna de Shakespeare fue tan humilde ni sus estudios tan pocos como suele asegurar la crítica adversa. William Shakespeare procedía de una familia de granjeros radicados en Warwickshire. Su padre, John, en busca de mejor fortuna, se trasladó a Stratford, donde ejerció la profesión de guantero, y, posteriormente, cuando Shakespeare tenía ya cuatro años de edad, fue catador oficial de cervezas y llegó a vestir el ropaje encarnado de alguacil mayor, o alcalde. Es probable que el joven William asistiera a la Real Escuela de Stratford, aunque de mala gana, sin duda, pues las enseñanzas de la época consistían en ejercicios de latín, largas horas de estudio (de siete de la mañana a cinco de la tarde y, con frecuencia durante el verano, hasta más tarde) y una disciplina espartana.

Las mejores compañías de cómicos de la legua daban funciones



Retrato de Shakespeare atribuido a Richard Burbage, compañero de arte, amigo del gran poeta y pintor discreto. El cuadro se encuentra en la Galería Nacional de Retratos de Londres.

en Stratford. Atraído por la magia de la escena, Shakespeare abandonó a su pueblo antes de cumplir los treinta años y marchó a Londres, donde ingresó en una compañía teatral. Su talento de actor y de autor le ganaron un rápido y rotundo triunfo. Componía las obras casi al correr de la pluma; sus manuscritos rara vez tenían tachaduras. Como el legendario Merlín para sus hechicerías, Shakespeare utilizaba cuanto encontraba a mano para infundir magia a sus obras: desde las *Crónicas* de Holinshed hasta las *Vidas Paralelas* de Plutarco. Los londinenses lo idolatraban.

La ciudad, cuyo espíritu había captado el poeta, se hallaba por aquel entonces en plena efervescencia. La derrota de la Armada Invencible (1588) convirtió a Inglaterra en señora de los mares, y el inglés de la época isabelina enmudeció de asombro ante su propio poder: "¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble su intelecto! ¡Qué infinitas sus facultades! Por su forma y sus movimientos, ¡cuán exacto y admirable! En los actos de su voluntad, ¡qué parecido a un ángel! ¡Cuán semejante a un dios en el saber!"

Deslumbrado ante la vida, aquel inglés del siglo XVI tenía al mismo tiempo ante sus ojos el espectáculo de la muerte: las plagas azotaban a Londres. Pero la existencia llena de peligros no impedía que los ingleses sonrieran. Shakespeare aplicó a su época una lente de aumento y con su Musa de Fuego hizo arder el Teatro del Globo.

Desde entonces, en todas las épocas se ha tratado de remozar su teatro. La historia de las diversas maneras de representar a Shakespeare, ha dicho el poeta T. S. Eliot, constituye una historia de la civilización occidental. Orson Welles vistió al *César* shakespeariano con uniformes semejantes a los del fascismo italiano. En Moscú han presentado a *Hamlet* como una conspiración militar contra el rey. En Nueva York, una compañía ofreció un *Rey Lear* en que todos los papeles estuvieron representados por mujeres.

Algunas de estas artificiosas versiones no desvirtúan necesariamente el espíritu del original. Todas, por otra parte, son posibles en virtud del carácter siempre actual de Shakespeare. Su voz llega a todo el mundo: a católicos, protestantes, agnósticos, aristócratas, demócratas, optimistas y pesimistas.

¿Qué mensaje puede trasmitir Shakespeare a las generaciones de este siglo, quienes juzgan que el mundo anda desequilibrado? Shakespeare no renuncia al mundo, ni se pierde en vanas lamentaciones. Shakespeare festeja el amor, los manjares, el vino, la música, la amistad, la conversación, la variable y constante hermosura de la Na-

turaleza. El personaje shakespeariano es un prudente varón cuya experiencia destiló un gran sentido común y una nada común sabiduría.

Sin embargo, el hombre es, asimismo, "la quintaesencia del polvo", y "los hombres han de sufrir con paciencia tanto el dejar este mundo como el venir a él". El trágico héroe shakespeariano ha de acometer lo imposible; debe dar la vida sin esperanza de recompensa alguna. Y al verlo encararse con su suerte, el espectador se dice convencido: "Ahí va un hombre mejor que yo." Lo que identifica emotivamente al público con el héroe trágico, es la calidad que esencialmente los separa: la nobleza.

A menudo, en la pluma de dramaturgos de menor talla, tal nobleza de espíritu busca fundarse en la brillantez del lenguaje. Pero puede ocurrir que por sí sola una frase hermosa no penetre más allá del oído. La voz de Shakespeare nos llega al alma. Podía hacer lo que quería con el idioma; por la manera en que nos habla de algo, hace que ese algo se materialice ante nosotros. Condensaba el universo en monosílabos. "Ser o no ser" es la disyuntiva más profunda del hombre, expresada con las palabras más breves y sencillas.

Shakespeare tan pronto nos eleva hasta los limites mismos de lo eterno como nos hunde en lo más profundo de la naturaleza humana. Ante el cadáver de Cordelia, el rey Lear da rienda suelta a su dolor, y dice: "¿Cómo es posible que un perro, un caballo, un ratón gocen de vida, mientras tú yaces inerte?" De lo íntimo de su congoja brota luego aquel "No volverás más", seguido, en tremenda reiteración, de cinco trágicos "¡Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca!" Después, el dique de su desgarradora angustia cede para expresarse en un humilde ruego: "Por favor, desabrochadme este botón." Solo Shakespeare pudo atreverse a emplear en un mismo momento dramático conceptos tan dispares.

Shakespeare sobrevive porque de él es posible decir siempre la penúltima palabra, nunca la última. Sus creaciones son tan opacas como la propia vida; sus personajes son inacabablemente desconcertantes. Con excepción de Jesucristo, Napoleón y el propio Shakespeare, Hamlet es el personaje sobre el que más se ha escrito. Y esto no obstante que, cuanto sabemos con certeza de Hamlet es que su tragedia fue haber sido Hamlet; como la de todo ser humano es ser lo que es. Toda época, y todo hombre, hallan su propia imagen reflejada en el espejo universal de Shakespeare. Los ecos de su pasión y de su poesía se prolongan por los ámbitos de la mente, y continuarán prolongándose hasta el fin de los tiempos.

BEETHOVEN, EL INCREÍBLE

George Marek

En los últimos años de su vida, el gran compositor Robert Schumann, víctima de una profunda depresión nerviosa, comenzó, por consejo de los médicos, a hacer largos paseos a pie. Todas las mañanas hacía el mismo recorrido: se dirigía al lugar donde se alza una estatua de Ludwig van Beethoven.

En cierto sentido, no hay compositor posterior a Beethoven que no haya realizado la misma peregrinación. Todos los autores que después de él se aventuraron a componer una sinfonía deben reconocer su deuda para con el gran arquitecto musical afincado en Viena, quien a fuerza de meditación y trabajo, de afanes y celo, de trazar, pulir, revisar y volver a corregir, levantó un edificio tan vasto que puede decirse ha dado cabida a toda la música desde su época hasta la nuestra.

Beethoven no tenía treinta años de edad, cuando, en 1800, se estrenó su *Primera Sinfonía*. Lleno de ambiciones, alegre y con cierta dosis de vanidad, trataba de conquistar la ciudad de Viena como virtuoso del piano. Sentía en su interior una fuerza inmensa, pero ajustado todavía a los convencionalismos sociales, componía alegre música de cámara y se presentaba ante los demás vestido correcta y pulcramente. A su alrededor acudían alumnos y admiradores de los círculos más encumbrados.



Retrato al óleo de Beethoven, pintado por F. Schimon en 1818. Por esas fechas el gran compositor tenía cerca de cincuenta años de edad, estaba completamente sordo, se veía obligado a comunicarse con sus amigos por medio de la escritura y ya no podía dirigir.

No obstante, pronto comenzaron a manifestarse en él alarmantes síntomas de sordera: al principio trató de ocultarlos, y para ello eludía las reuniones sociales; a la edad de treinta y dos años le fue imposible seguir disimulando su mal y se retiró a Heiligenstadt, pequeño suburbio de Viena. Siempre extremoso en sus emociones, así en la alegría como en el sufrimiento, volcó su dolor en un largo escrito llamado su "testamento":

> *Me era imposible decir a los hombres: "Hablad más alto, gritad, porque soy sordo." ¿Cómo podía confesar tal defecto en aquel de mis sentidos que debía haber sido superior en mí que en los demás, un sentido que antes poseía en toda su perfección? ¡Qué humillación cuando alguien a mi lado oía una flauta en la distancia y yo no oía nada! Hechos como este me llevaron al borde de la desesperación, y poco faltó para que pusiera fin a mi vida.*

¡Sin embargo, fue precisamente en esta época cuando compuso la *Segunda Sinfonía*, tan encantadoramente serena!

Es cruel decirlo, pero tal vez cierto, que la sordera de Beethoven fue una bendición para la música. Al renunciar a su carrrera de virtuoso, al no poder escuchar otros sonidos que los creados en su cerebro, apartado del mundo, dio cada día más intensidad y más hondura a su pensamiento musical. Sin embargo, a medida que se encerraba más y más en sí mismo, su conducta exterior se hacía más contradictoria. No permitía que nadie tocara su habitación, de modo que en ella todo estaba en el más espantoso desorden: papeles tirados sobre las sillas, tinta volcada sobre el piano, restos de comida en platos dejados bajo los papeles. Era tan distraído que solía olvidarse de comer. Una vez que se encontraba en plena fiebre de inspiración, fue a un restaurante, se sentó y, olvidando pedir la comida, estuvo meditando largo rato hasta que por fin pidió la cuenta.

Se quejaba constantemente de que no se reconocían sus méritos y de no tener dinero suficiente para vivir. En realidad, era enormemente famoso y respetado, y sus ingresos eran mayores de lo que reconocía. A su muerte se halló en un cajón secreto de su escritorio una considerable suma de dinero.

Su resistencia a cambiarse de ropa era tal que, como último recurso, sus amigos se metían a hurtadillas en su cuarto por las noches para llevarse sus trajes raídos y cambiarlos por otros nuevos. Tenía un carácter violento y era muy capaz de arrojar un plato de comida a la cabeza

de un camarero. En el verano de 1806, cuando se alojaba en el castillo de su antiguo protector, el príncipe Lichnowsky, este le pidió que tocase para algunos oficiales del ejército de Napoleón que residían allí. Beethoven se negó y el Príncipe lo amenazó en broma con arrestarlo en su habitación. Entonces el compositor abandonó furioso el castillo y a pie y en medio de la noche se dirigió hasta el pueblo más cercano, donde alquiló un carruaje para que lo llevara a Viena; al llegar a su vivienda cogió un busto de Lichnowsky y lo arrojó al suelo, donde se hizo mil pedazos.

De día en día la sordera lo hacía más desconfiado; a menudo acusaba a sus amigos, a sus editores o inclusive al administrador de un teatro de que lo estafaban. Al día siguiente lamentaba su arrebato y acudía a pedir excusas. Prometió a seis editores, al mismo tiempo, una de sus grandes obras, la *Misa Solemne*, y finalmente la vendió a un séptimo; trató de vender a la orquesta Filarmónica de Londres una obra compuesta tiempo atrás, como si fuese nueva.

Pero también sabía ser bondadoso, considerado y generoso. Cuando una de sus amigas, la baronesa Ertmann, perdió un hijo, Beethoven fue a visitarla y sin decir palabra, se sentó al piano y tocó durante largo rato para consolarla.

Beethoven leía a Plutarco y a Shakespeare, pero nunca aprendió a multiplicar. Tenía un sincero amor a la libertad, y cuando en 1823 se discutía el problema de la esclavitud en el Parlamento inglés, siguió los debates con apasionado interés. Sin embargo, en su casa era un auténtico tirano, sobre todo con su sobrino Karl. Detestaba a la madre del muchacho, viuda de un hermano suyo, y, acusándola de llevar una vida liviana, logró arrebatarle el hijo, después de largo litigio ante los más altos tribunales. Fue así como, a los cuarenta y cinco años de edad, este hombre tan poco versado en los aspectos prácticos de la vida, se convirtió en tutor de un niño. Lo ahogaba con su afecto, lo atiborraba de principios morales, pero olvidaba darle de comer todos los días y proporcionarle ropas de abrigo en invierno. Desgarrado por esta lucha interna entre su madre y su tío, el joven Karl llegó a intentar suicidarse y por último se hundió en el anónimo como soldado del ejército austriaco.

También desconfiaba Beethoven de sus servidores y les reñía constantemente. Uno de sus amigos describe esta escena:

Había ocurrido una reyerta que molestó a todos los vecinos, y los dos criados se habían marchado. Tras la puerta cerrada de la



Reproducción de un grabado del siglo XIX en el que figura la casa natal de Beethoven. Actualmente ha sido convertida en museo, donde se conserva una valiosa colección de manuscritos y objetos antiguos.

salita oíamos al maesto que tarareaba partes de la fuga del Credo. *Cantaba, aullaba, daba patadas en el piso. Después de escuchar largo rato tan terrible escena, vimos abrirse la puerta y apareció Beethoven, con el semblante tan demudado que daba miedo. Sus primeras palabras fueron agitadas y confusas, pero al fin, con evidente esfuerzo, exclamó: "¡Bonita cosa! ¡Se han ido todos y yo no he comido nada desde ayer a mediodía!"*

Entre las centenares de sinfonías que se han compuesto, ninguna puede rivalizar en popularidad y en interés emocional con las nueve sinfonías que Beethoven escribió. ¿Por qué? ¿Qué es lo que diferencia

estas sinfonías de las demás? ¿Son memorables desde el punto de vista melódico o armónico? ¿Ofrecen un misterio insondable que tenemos que penetrar? Sí, pero esto no es todo. ¿Es su orquestación particularmente brillante y sensitiva? No.

En mi opinión, la causa es esta: Beethoven bajó a la música del pedestal de belleza formal donde Haydn y Mozart la habían dejado, para hundirla en la vorágine de la vida; rompió con todos los moldes clásicos hasta que consiguió que esta expresara los problemas de la vida y evocara emociones. En sus sinfonías tradujo en música las angustias y las sonrisas de todo el mundo. Beethoven hizo de la música algo "humano". Por eso sus sinfonías encuentran un eco inmediato en mayor número de personas que todas las demás de otros compositores.

Muchos músicos han compuesto hermosas sinfonías, pero las de Beethoven constituyen una categoría especial y forman parte tan valiosa de nuestra herencia cultural como las obras de Shakespeare. La comparación nada tiene de arbitraria. Como el de Shakespeare, el arte de Beethoven lo abarcó todo. Como aquel, este podía ser tierno o feroz, capaz al mismo tiempo de una sencillez infantil y de la más madura sabiduría. Como él, manejaba con igual destreza la ternura y la acritud; como él, mostraba un humorismo delicioso; como él, amaba la Naturaleza; como el dramaturgo inglés, el compositor, a pesar de sus dudas, creía en el triunfo de la vida.

La imagen que de él nos forjamos como de un hombre huraño, amargo y solitario no es del todo real. Algún contemporáneo que lo conoció en sus últimos años lo definió como "un águila que mira al Sol de frente". Otras veces parecía la golondrina que describe círculos por los cielos, o el reflexivo búho, que mira al mundo con ojos parpadeantes. A pesar de sus tornadizos estados de ánimo, de sus rudos modales cuando se sentaba a la mesa, y de su aspecto salvaje (un niño que fue llevado a verlo lo tomó por Robinson Crusoe), sus amigos le fueron siempre decididamente leales.

Su propio descuido y su hostilidad hacia los médicos empeoraron la enfermedad que lo llevó a la tumba. En un solo mes ingirió 75 frascos de medicinas; su cama estaba infestada de sabandijas, y uno de los regalos que entonces recibió con más gusto fue un paquete de polvos insecticidas. Pero hasta la hora final de su existencia quiso componer y se proponía dar forma a sus apuntes para una décima sinfonía.

Beethoven murió el 26 de marzo de 1827, a la edad de cincuenta y seis años, durante una violenta tempestad. Así fue, a grandes rasgos, el famoso genio musical. ¿Quién será capaz de explicarlo?

FILÓSOFO DE LA SELVA

John Gunther

Una de las últimas fotografías de Schweitzer, hecha en el umbral de su casa de Lambaréné. El "gran doctor" amaba mucho a los animales, que se encariñaban con él y lo seguían a todas partes. Los indígenas solían regalárselos en agradecimiento por haberlos curado.

La aldea de Lambaréné se encuentra a orillas del río Ogowe, a unos 64 kilómetros al sur del ecuador, en Gabón. El lugar parece un paisaje del principio del mundo: las nubes, el río y el bosque se difuminan en un panorama que da la sensación de ser increíblemente antiguo. Durante la mayor parte del año, el aire es como un vapor que saliera de una neblina verde. Aquí quedó emplazado el hospital de la selva del doctor Albert Schweitzer.

Sin duda alguna, Schweitzer fue un gran hombre, uno de los más grandes de esta o cualquier otra época. Tenía cuatro carreras diferentes: filosofía, medicina, teología y música. Escribió libros muy eruditos acerca de Bach, Jesucristo y la historia de la civilización, y fue la máxima autoridad mundial en materia de construcción de órganos, al mismo tiempo que uno de los organistas de más fama. Además, el doctor Schweitzer sabía mucho (más que muchos hombres que han dedicado sus vidas a estas especialidades) sobre estética, zoología tropical, antropología y agricultura; y era un experto carpintero, albañil, veterinario, constructor de barcos, dentista, delineante, mecánico, farmacéutico y jardinero.

Nació en Kaysersberg, Alsacia, el 14 de enero de 1875. En contraste con su extraordinaria robustez de adulto, fue un niño enfermizo. Tardó mucho en aprender a leer y escribir, y no fue buen estudiante. A causa de esto, según fue creciendo, se impuso la obligación de estudiar y dominar temas que le eran particularmente difíciles, como el hebreo. Tenía un talento asombroso para la música: a la edad de siete años compuso un himno y a los ocho, cuando sus piernas aún no alcanzaban los pedales, empezó a tocar el órgano; a los nueve sustituyó al organista de su iglesia en un servicio religioso.

Estudió filosofía en la universidad de Estrasburgo, y obtuvo su primer doctorado con una tesis acerca de Kant. Luego se dedicó a la teología, y en 1900, a la edad de veinticinco años, fue nombrado pastor de la iglesia de San Nicolás en Estrasburgo. Estudió teoría de la música y comenzó su carrera como concertista de órgano. A los veintiséis años tenía ya su doctorado en filosofía, en música y en teología. Mientras tanto, de su pluma salía un río de libros. Luego, repentinamente, a los treinta años abandonó todas sus carreras para hacerse médico, trasladarse después a Lambaréné y permanecer allí en calidad de misionero médico para el resto de su vida.

¿Por qué escogió la medicina? Porque estaba cansado de hablar y quería entrar en acción. ¿Por qué se fue a Lambaréné? Porque era uno de los lugares más inaccesibles y primitivos de todo África, uno de los

más peligrosos y uno de los que no tenía un solo médico. Sus parientes y amigos trataron de disuadirlo de su propósito, pero Schweitzer les dijo que se sentía obligado a "dar algo en pago" por la felicidad de que disfrutaba. Literalmente, estaba siguiendo el mandato de Jesús: "Quienquiera que salve su vida, la perderá y quienquiera que pierda su vida por Mí . . . se salvará."

Desde 1905 hasta 1912, Schweitzer estudió medicina, y por fin, a los treinta y ocho años de edad, consiguió el título de médico. Aquellos años fueron los más fatigosos y difíciles de su vida. La educación médica es ya de por sí agotadora; sin embargo, él se las arregló para seguir dando clases de filosofía, continuar su actividad como pastor de la iglesia de San Nicolás y empezar a trabajar en una edición de la música para órgano de Bach; durante todo este tiempo daba también conciertos de órgano.

En 1912 contrajo matrimonio. Su esposa, hija de un notable historiador de Estrasburgo, siguió cursos de enfermera para poder ayudar a su marido en África. Cuando llegaron a Lambaréné en 1913, la situación que encontraron fue muy desfavorable. Cada palmo de terreno habitable tenía que ser arrancado al bosque, que estaba infestado de bestias, tales como serpientes pitones y gorilas. Los ríos estaban llenos de cocodrilos.

Albert Schweitzer construyó su hospital de la nada, casi con sus propias manos. Cierta vez tuvo que trasladarse y reconstruir todo el establecimiento porque las viejas chozas eran demasiado pequeñas para acoger a todos sus pacientes. Los enfermos africanos, que padecían cualquier enfermedad, desde lepra hasta elefantiasis, no eran siempre muy fáciles de tratar. En una biografía de Schweitzer se dice que a veces se comían la pomada que les habían recetado para alguna enfermedad de la piel, se bebían de un solo trago una botella de medicamento que debía durar varias semanas, o trataban de envenenar a algún otro paciente. Durante un breve período, a raíz de la muerte de cierto enfermo que acudió al hospital demasiado tarde para ser tratado con buenos resultados, los naturales creyeron que Schweitzer era un leopardo disfrazado de ser humano, y que deliberadamente quitaba la vida a sus pacientes.

Mi esposa y yo visitamos a Schweitzer en 1954. En el aeropuerto nos recibió la señorita Emma Haussknecht, enfermera de Alsacia que trabajaba con Schweitzer desde 1925. Era una especie de administradora de todo el hospital y servía al doctor como intérprete del francés o el alemán al inglés. Después de asignarnos nuestras habitaciones nos

llevó por un camino de arena, bordeado de arbustos y árboles frutales, a la nueva aldea de leprosos que Schweitzer estaba construyendo. Finalmente, en un claro del bosque, apareció el doctor. Se parecía a los retratos de Búfalo Bill; tenía una poderosa nariz aquilina, un bigote gris que le caía a ambos lados de la boca y unos ojos que se quedaban clavados en su interlocutor. Era de constitución fuerte y llevaba casco de corcho, camisa blanca abierta, pantalones andrajosos y zapatos negros pesados.

Schweitzer nos condujo a la aldea de los leprosos; allí el viejo doctor trabajaba encabezando la cuadrilla de obreros. Tomó una pala y se puso a cantar una cancioncilla para llevar el ritmo mientras cavaba.

El hospital del doctor Schweitzer asombraba a los visitantes porque parecía justo lo que era: una aldea nativa. Los enfermos llegaban desde varios kilómetros a la redonda, muchas veces con sus familias. No había caminos ni carreteras pavimentadas, agua corriente, ni electricidad, excepto en la sala de operaciones. Tampoco había aparatos de rayos X.

Parecía que en aquella zona había más animales que seres humanos. En el hospital habría unas 150 cabras y muchísimos otros animalitos, como pericos y hasta un mandril pequeño. En una jaula, cerca del comedor, había un cerdo salvaje, y atado a un árbol, un mono; cuatro esbeltos antílopes se paseaban dentro de un corral rodeado de una alambrada. Todas las noches, después de cenar, el doctor les daba de comer.

Lo que parecía ser la parte principal del hospital era una estructura larga de un solo piso, con pequeños cuartos oscuros, cada uno de los cuales daba a un patio común. Los enfermos yacían en camastros de madera cubiertos con esteras. Al otro lado de cada puerta ardía un pequeño fuego, donde la familia del paciente hacía la comida. Si un hombre no tenía familia o no podía cocinar él mismo, por hallarse demasiado enfermo, se convertía en un problema serio. La mayoría de los pacientes no aceptaban alimentos de nadie que no perteneciera a su propia tribu, por miedo a ser envenenados.

Por lo que pude ver, no existía ningún mecanismo para esterilizar vendas a presión, y el agua tenía que ser hervida en ollas sobre fogones de leña al aire libre. Durante años, las existencias de medicamentos y vendas fueron muy exiguas. Hasta el último imperdible era necesario. Las cosas que en todo hospital estábamos acostumbrados a ver, aquí, en caso de que existiesen, eran objeto de asombro. Se me dijo que al doctor Schweitzer no le agradaban los complicados artefactos de la

medicina moderna, entre otras cosas, porque eran muy difíciles de conservar en el clima tropical. ¿Para qué querían bolsas de agua caliente, si en una semana se pudrían? Por otro lado, deseaba que los africanos se encontraran como en su propia casa.

Una mañana nos asomamos a la sala de operaciones. Nos sorprendió que fuera visible desde el patio. Encima de la mesa había un enfermo desnudo, con el abdomen cubierto de mercurocromo. El cirujano, que había operado una hernia, llegó una hora tarde a almorzar. No había tenido tiempo de lavarse bien y se sentó a comer en mangas de camisa, con los brazos todavía de color escarlata, a causa del mercurocromo.

La vida del hospital se centraba en un lugar abierto cerca del comedor, que estaba siempre lleno de gente. Los naturales iban y venían trasportando víveres en rústicas carretillas. Las mujeres estaban sentadas en cuclillas en el suelo, entretejiendo ramas de palmeras que luego usarían para construir una techumbre; otras se hallaban cosiendo a máquina en una balconada más arriba; y otras más planchaban la ropa lavada con planchas primitivas calentadas con brasas. El médico se paseaba de un lado a otro en medio de esta ordenada animación, con el objeto de vigilar que todo el mundo trabajase. Por el bullicio y el ruido, aquello parecía más bien un campamento minero.

Cuando visitamos el hospital de Lambaréné, el médico jefe (Schweitzer tenía entonces setenta y nueve años y no participaba de manera tan activa en el trabajo del hospital) era un húngaro; otro de los médicos era un sobrino de Schweitzer. Las enfermeras, todas europeas, parecían monjas, por lo tímidas, devotas y alejadas de la vida exterior.

En las comidas, Scheweitzer tomaba asiento ante la parte central de una larga mesa, frente a sus huéspedes de honor. Antes de cada comida decía una breve oración en francés; inmediatamente después de cenar (ninguna comida duraba más de media hora) hacía repartir entre los comensales libros de cánticos, mientras que Schweitzer se dirigía a un desafinado piano que había en un rincón del cuarto. Tocaba poco tiempo, aunque con gran vigor y precisión, mientras los demás cantaban; luego volvía a su sitio en la mesa, revisaba una lista de pasajes de la Biblia, la abría y leía algunas líneas.

Schweitzer nos dio la impresión de ser un conversador mordaz, alerta y de mucha autoridad, pero rara vez hablaba durante las comidas. La explicación de esto, que estaba perfectamente justificada, era que se hallaba demasiado cansado. Al salir del comedor llenaba sus bolsillos de restos de comida que daba a los antílopes. Luego, cuando ya el

campamento dormía, trabajaba hasta la medianoche y, a veces, hasta más tarde, escribiendo o contestando el correo. Cierta vez asombró a los aduaneros de Burdeos cuando subió al barco llevando consigo la correspondencia sin contestar, que ocupaba cuatro sacos de patatas.

Schweitzer creyó que al marchar a África renunciaba para siempre a lo que le era más querido: el arte y la enseñanza, pero en África siempre tuvo un piano y de esta manera pudo seguir practicando. Las grabaciones fonográficas de la música para órgano, de Bach, que hizo mientras estaba de vacaciones en Europa después de la segunda guerra mundial, son un gran triunfo artístico. Cada vez que hacía un viaje a la civilización, daba infinidad de conferencias; un sinnúmero de universidades le tributaron honores; además, siguió publicando libros. En 1952 se le concedió el premio Nobel de la Paz.

Siempre tuvo un sutil sentido de los valores y un delicado y sardónico sentido del humor. Cuando visitó los Estados Unidos por primera (y única) vez, en 1949, para asistir al Festival de Goethe en Aspen, Colorado, se sintió muy halagado por las atenciones que recibió de los periodistas y fotógrafos. "¡Dios mío! —exclamó—. ¡Ustedes, por lo visto, creen que soy tan importante como un boxeador!"

En nuestra última noche en el hospital fuimos invitados por Schweitzer para acompañarlo a sus habitaciones después de la cena. Tenía un pequeño dormitorio y al lado un cuarto que era su oficina. Había una asombrosa variedad de objetos: libros, papeles, provisiones, herramientas (sobre un atado de papeles manuscritos había una sierra), latas vacías, libros de música y pedacitos de madera. Cuando terminaba de escribir el capítulo de un libro, su costumbre era pasar un cordel por las hojas y colgarlas detrás de su escritorio, "como si fueran una sarta de faisanes". (En Lambaréné no se pueden usar sujetapapeles de metal; en seguida se oxidan.)

Schweitzer nos llevó hasta su famoso piano, regalo de la Sociedad Bach, de París. Tenía pedales como los de un órgano y estaba recubierto de zinc para protegerlo contra la incesante humedad y contra las termes; pesaba tres toneladas. Estaba maravillosamente desafinado. Schweitzer, mi esposa y yo nos sentamos en la pequeña banqueta —no había otro sitio donde sentarse— mientras él tocaba algo de Bach. Al día siguiente fue a despedirnos, pero aquel breve recital nocturno fue la auténtica ceremonia de despedida de Schweitzer. Así lo recordaré siempre, sentado delante de aquel viejo y estropeado piano, en medio de la selva callada y misteriosa. (El Dr. Schweitzer murió en Lambaréné en septiembre de 1965, a la edad de 90 años.)

PRIMER VIAJERO DEL MUNDO

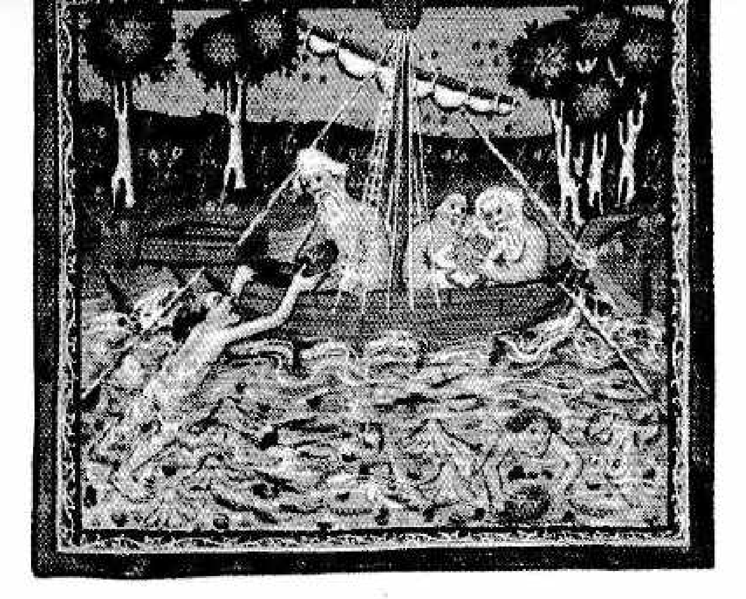
Donald Culross Peattie

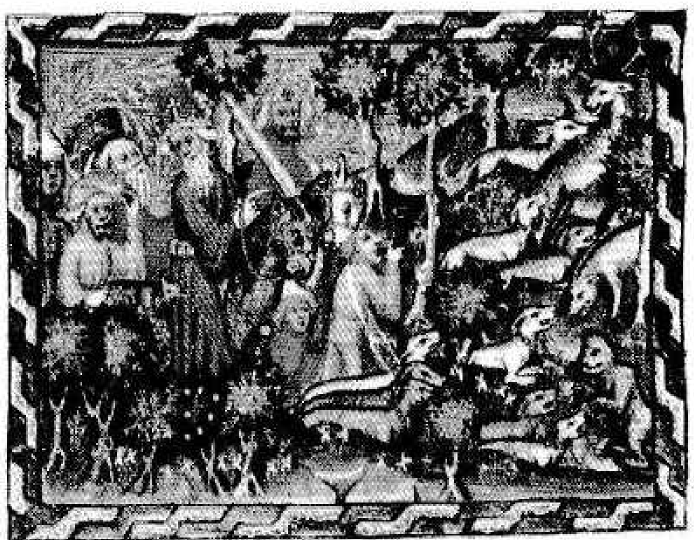
Nos encontramos en Venecia. Ante nosotros se extienden cúpulas de ópalo y palacios que parecen frágiles globos de vidrio. La góndola pasa frente al palacio llamado de Desdémona, se desliza bajo el Puente del Rialto, y en un pequeño canal tranquilo una inscripción advierte: "Casa de Marco Polo".

¡Marco Polo! ¡El más grande de los mercaderes de Venecia! ¡El viajero más rico y poderoso que el mundo ha conocido! En el relato de sus viajes maravillosos encontramos el primer informe acerca de Asia hecho por un testigo presencial.

En el siglo XIII Venecia era una ciudad marinera donde se escuchaban las historias más peregrinas; pero las que contaba *maese* Marco Polo, recién llegado de los últimos extremos del mundo, eclipsaban a todas. Contaba que había visto extraer del seno de la tierra, en la China, unas piedras negras que se encendían y resultaban ser un combustible que ardía más que la leña. Los venecianos, al oírlo, se burlaban; para ellos, el carbón de piedra era cosa de fantasía. También hablaba de la existencia de otra piedra que podía hilarse como si fuera lana, pero más difícil de imaginar que el carbón era el amianto. Tampoco le creían cuando describía una fuente que había visto en el Cáucaso, de la que no manaba agua, sino aceite (los campos petrolíferos de Bakú).

En aquellos tiempos Venecia era la mayor potencia comercial marítima del Globo. De la India recibía perlas, diamantes y zafiros que la convertían en el joyero de Europa; de Tartaria (Siberia) le llegaban el armiño para los mantos del *dux* y las pieles de marta para las esposas de los príncipes del comercio; de Catay (China) procedían las especias, el alcanfor y, sobre todo, las sedas, aquellas costosas y bellísimas telas sin par en el mundo. Sin embargo, hasta entonces ningún veneciano había visto jamás las tierras de donde provenían tantas riquezas.





El precioso códice de Marco Polo, que se conserva en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, está ricamente adornado con miniaturas.
Arriba: "La Pesca de Perlas en la Provincia de Maabar."
En el centro: "La caza del Gran Kan."
Abajo: "Vista de la ciudad de Camadi."



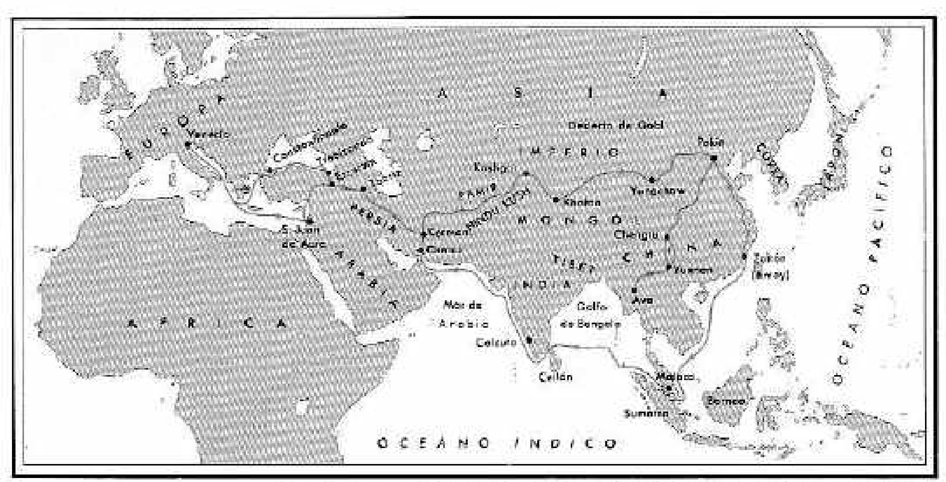
Existían, no obstante, dos mercaderes venecianos de gran valor, miembros de una familia llamada Polo. Eran el padre y el tío de Marco. En cierta ocasión, durante uno de sus viajes comerciales por el sur de Rusia, se vieron impedidos de regresar a su país a causa de una guerra local. Esto los obligó a tomar la atrevida determinación de seguir adelante. Se internaron, de esta forma, en el desconocido Oriente. Compraron aquí y vendieron allá, aprendieron extrañas lenguas y descubrieron nuevos mercados. Nicolo y Maffeo Polo llegaron a la gran ciudad de Bucara, situada en el corazón del Asia Central, a una distancia de 4.800 kilómetros de su país de origen. Durante tres años residieron allí, entregados de lleno al comercio. Mas un día llegó hasta ellos una comisión enviada por el gran Kubla Kan, cuyo imperio se extendía desde el mar Ártico hasta el océano Índico, y desde las costas del Pacífico hasta las fronteras de la Europa Central. El Kan no había visto nunca europeos occidentales, y era un hombre extremadamente curioso. ¿Querrían los hermanos Polo viajar hasta su remota capital (Pekín) en la China?

Hacía ya nueve años que los hermanos Polo habían salido de Venecia. Luego, cierto día, estos viajeros de piel tostada por el sol y endurecida por el viento, de ojos hundidos, regresaron a su hogar, aunque no con ánimo de permanecer allí. Su amigo, Kubla Kan, los había enviado con una carta para el Papa, por medio de la cual solicitaba cien monjes instruidos para encargarles la conversión de los mongoles al cristianismo y enseñar en su país las artes y las ciencias de Europa. Nunca tuvo la Iglesia oportunidad semejante para realizar sus misiones. Pero la carta cayó en manos indiferentes; solo dos monjes dominicos aceptaron la invitación, y en su compañía los hermanos Polo iniciaron el retorno al Oriente; pero a la primera señal de peligro los monjes regresaron.

No siguió su ejemplo el más joven de los miembros de la expedición, Marco Polo, que acababa de cumplir diecisiete años de edad. Ningún otro muchacho se embarcó jamás en semejante aventura ni se sometió a tal lección de geografía, que duró veinticuatro años.

Marco Polo, nacido en el seno de una familia noble, poseía la cultura de los jóvenes de su tiempo y de su rango; tenía, además, una inteligencia que percibía los hechos con claridad, una curiosidad muy viva y una gran memoria que guardaba ordenadamente todo cuanto aprendía.

A juzgar por el relato de sus viajes, debió de ser en la primavera del año 1274 cuando Marco vio por vez primera el valle del Oxo,



Itinerario del viaje que emprendió Marco Polo de 1271 a 1295.

perdido en el corazón del Asia Central. Según nos cuenta, los campos se veían esmaltados de flores de azafrán silvestre, narcisos y campanillas blancas. Sus vívidos relatos nos permiten aún hoy oír el berrido de los camellos, los relinchos y mugidos procedentes del polvoriento mercado, oler las emanaciones de las especias con que los naturales sazonaban sus comidas y ver los vestidos multicolores de los árabes, persas, turcos, tártaros, curdos, mongoles, rusos y chinos, todos expresándose en lenguas que vibraban como címbalos y como las cuerdas pulsadas de una cítara. Hoy, casi setecientos años después, la relación que de todo este mundo hizo Marco Polo parece tan fresca como aquella mañana primaveral en que los almendros en flor perfumaban los huertos y, allá al sur, sobre las cimas de las montañas Hindu Kuch, la nieve rielaba bajo un cielo árido y azul.

Pero había que vencer los peligros que la naturaleza ofrecía, y los expedicionarios lucharon contra las lluvias torrenciales, los ríos desbordados, las tempestades de arena y los aludes. Tuvieron que dominar las vertiginosas pendientes de los montes de Pamir y atravesar abismos sobre puentes de cuerdas que se balanceaban como columpios. Treparon a alturas donde ni las aves solían llegar, y vieron grandes corderos salvajes "cuyos cuernos tienen muy bien unos seis palmos de largo". Estos animales, monstruosamente armados, fueron considerados durante siglos como un mito, una fábula inventada por Marco Polo. Pero los naturalistas modernos han conseguido más

de un espécimen de este raro trofeo, *Ovis poli*, que hoy día puede verse en muchos museos.

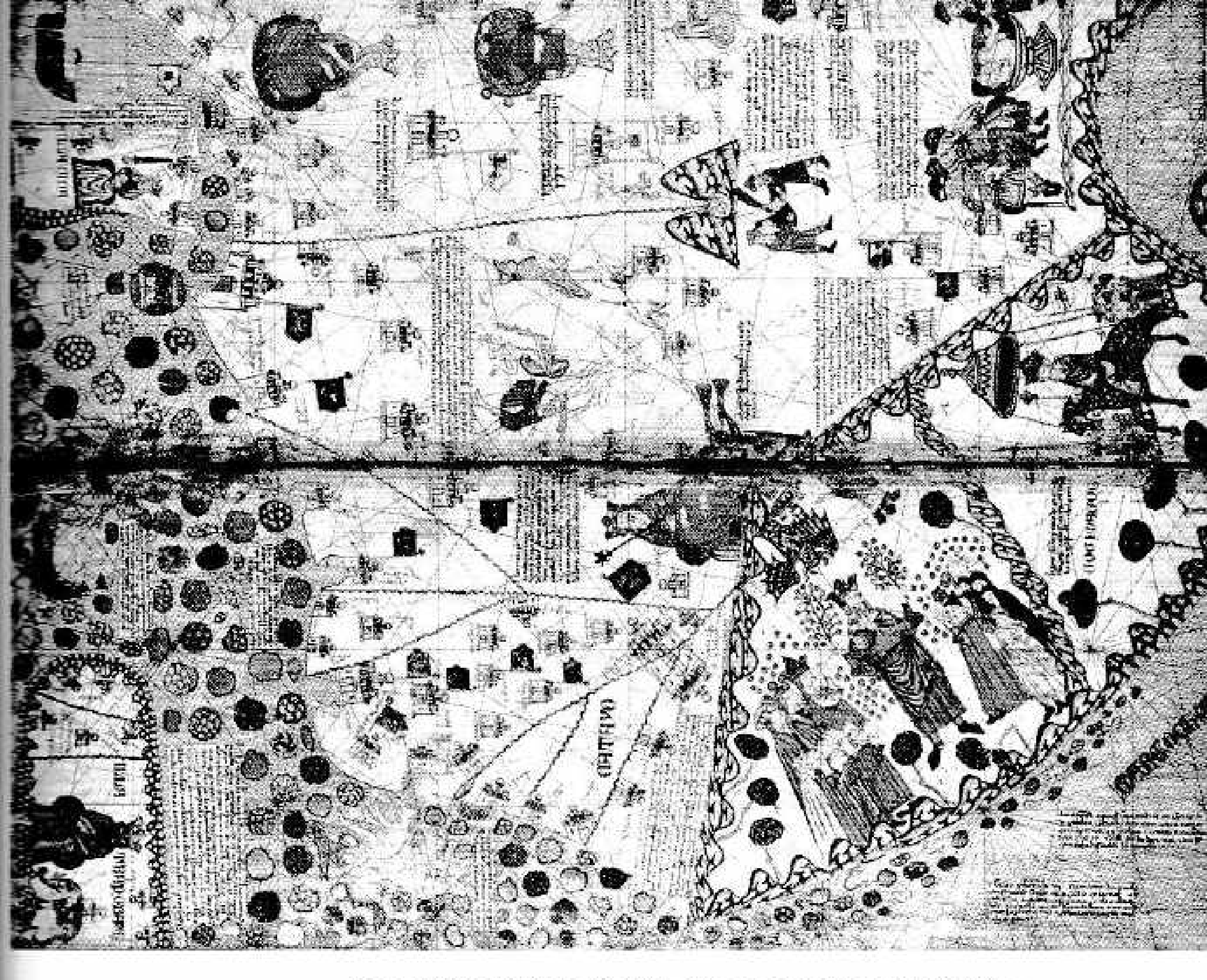
Más allá de los montes de Pamir descubrieron el desierto de Gobi, donde el agua suele contener sales venenosas, donde los espejismos se mudan ante la mirada incrédula y donde, a lo largo del camino, puede verse un reguero de huesos humanos y de animales. De esta silvestre madriguera habían salido, un siglo antes, los feroces nómadas mongoles que bajo las órdenes de Gengis Kan invadieron la mayor parte de Asia e inclusive llegaron hasta Budapest.

Kubla, nieto de Gengis, no era un destructor, sino, por el contrario, un civilizador. Cuando supo que la familia Polo se acercaba lentamente, despachó una escolta para hacerles más llevadero el último mes de viaje. De esta forma, después de casi cuatro años de camino, la familia Polo se vio en presencia del Kan, ante quien toda Asia temblaba. "Es más bien un hombre pequeño —observó Marco—, de grandes ojos negros, buena nariz bien plantada y rostro blanco que se sonroja fácilmente." El Kan, mirándolo a su vez, había preguntado al mayor de los hermanos Polo: "¿Quién es este gallardo joven?" Con orgullo, Nicolo Polo presentó a Marco y dijo: "Es mi hijo, señor, y vuestro siervo."

Desde un principio, el Kan mostró gran afecto por el joven; lo llevaba consigo a cacerías y lo invitaba a su "real mansión de placer" en Xanadú. Durante tres años Marco fue gobernador de la ciudad de Yangchou; fue enviado en misiones especiales a Birmania, a las selvas de la China Occidental, a las fronteras del Tíbet y, hacia el sur, hasta la India. Para entonces, Marco ya dominaba cuatro lenguas orientales. Los vívidos y brillantes relatos de sus misiones y la facilidad con que recordaba miles de detalles, encantaban al Kan, aburrido de la monotonía de los informes de sus funcionarios.

Marco vio y describió una grande y maravillosa civilización, la de la China de la edad media. Los adelantos de este país en relación a Europa pueden comprobarse por las cosas que Marco Polo menciona como admirables y nuevas para él: calles amplias, papel moneda, rondas de policía por la noche, carruajes públicos a la manera de los taxis modernos, puentes de altura suficiente para permitir que pasaran por debajo los buques, desagües bajo las calles para arrastrar las corrientes del agua de la lluvia, caminos bordeados a ambos lados por árboles, carreteras elevadas.

Marco sirvió durante diecisiete años al Kan, mientras su padre y su tío se enriquecían con el comercio. Pero llegó un día en que



Mapa catalán del Asia Oriental, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París. Fue realizado en 1375 y, como en otros mapas de los cartógrafos del siglo XIV, le fueron añadidos los datos geográficos que Marco Polo reveló a Occidente.

sintieron nostalgia por respirar las brisas del Adriático, por el brillo de la cúpula de San Marcos, por el grito de los gondoleros y el dulce acento de la lengua italiana. Una y otra vez pidieron permiso para partir, pero siempre les fue negado. De repente se presentó la oportunidad. Llegó ante el Kan una misión que le enviaba su sobrino, el Soberano de la lejana Persia, cuya esposa acababa de morir. Ésta había expresado como última voluntad que el Rey escogiera por nueva esposa a una princesa de su familia en la corte de la China. La elección recayó en una joven de diecisiete años, "muy bella y encantadora", según nos dice el observador Marco Polo. La misión pidió que los hermanos Polo, por ser famosos y prácticos via-

jeros, les sirvieran de escolta para regresar a Persia. De mala gana, el Kan aceptó.

A la joven se le concedió una gran dote y a la familia Polo una gran fortuna en oro. Se aprestaron trece bajeles y se hicieron a la vela. El viaje resultó desastroso, pues durante la travesía se perdieron varios buques y muchos tripulantes.

Tres años después, un día de invierno de 1295, llegaban a la puerta de la casa de la familia Polo, situada en el canal de San Juan Crisóstomo, en Venecia, tres extraños peregrinos con los vestidos destrozados y sucios. Nadie los reconoció. Las palabras italianas se les enredaban en la lengua. Como los sirvientes de la casa les negaran la entrada, los tres armaron tal griterío que los miembros de la familia acudieron a ver qué pasaba. Pero inclusive sus parientes sacudieron, dudosos, la cabeza.

Para convencer a toda Venecia de su identidad, dieron un banquete durante el cual cambiaron de vestido con cada plato. Por último, se vistieron con las ropas andrajosas que llevaban cuando llegaron a la ciudad; ante la sorpresa de sus convidados, arrancaron los forros de los mismos y bajo ellos apareció una fortuna en valiosas joyas. Tal fue el expediente que los mercaderes emplearon para trasportar sus riquezas durante un viaje que tantos peligros ofrecía.

La historia maravillosa de estas aventuras pudo muy bien haber muerto con el último aliento de quien las vivió, de no haber intervenido la contingencia de una guerra. Durante ella, Marco Polo sirvió, en calidad de "caballero comandante", en una galera de Venecia; en uno de sus frecuentes encuentros con los genoveses fue capturado y tuvo la suerte de que se le encerrara en la prisión con un calígrafo por compañero.

Para pasar el tiempo y, sobre todo, para aclarar sus recuerdos, Marco dictó al escribiente el libro titulado *El millón, o las maravillas del mundo*. Por primera vez, una Europa sorprendida pudo oír en aquellas páginas el clamor de las campanas de los templos y percibir el olor de las fogatas de espino y estiércol de yack encendidas en el desierto de los mongoles. Los europeos pudieron leer noticias sobre Japón, Corea, Indochina, Birmania, Java, las islas de Andamán, Siberia, Abisinia y Madagascar. Pero en opinión de muchos, los relatos de Marco Polo eran pura invención. Antes de que el gran viajero muriera, a la edad de setenta años, le pidieron que puesto que muy pronto había de comparecer ante su Creador, rectificara sus embustes. Su respuesta fue ésta: "No he contado ni la mitad de lo que vi."

EL LIBERTADOR

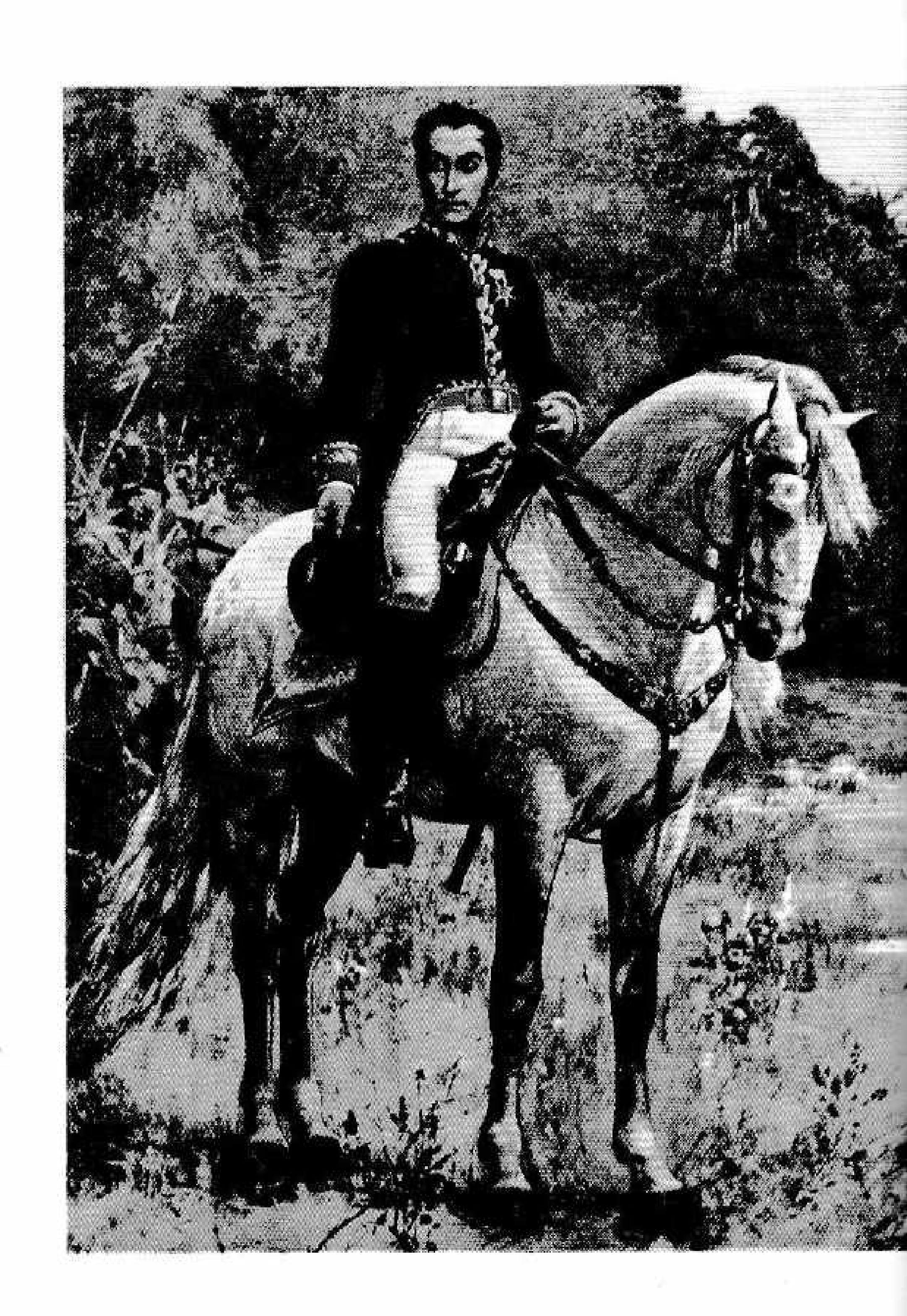
Thomas Rourke

Para millones de americanos, más de un siglo y cuarto después de su muerte, sigue siendo casi un dios. Más que ninguna otra figura de la historia de América del Sur, *El Libertador* existe en la conciencia de su pueblo como un ser vivo. En los poblados remotos de los Andes, en las selvas más profundas, alrededor de hogueras en las vastas llanuras, indios ignorantes y humildes peones repiten sus palabras como si hubieran sido pronunciadas ayer. En las ciudades, algunos hombres de Estado se descubren ante la sola mención de su nombre.

Porque Simón Bolívar, *El Libertador*, fue el padre de cinco naciones: mandó los ejércitos que, en la lucha contra España, ganaron su independencia; formuló los principios sobre los cuales se fundaron dichas repúblicas, formó sus gobiernos y escribió sus constituciones.

Cierto atardecer del verano de 1805, dos hombres subieron a la cima del monte Aventino, una de las colinas que rodean a Roma. Uno de ellos, joven, de baja estatura, guapo, los ojos oscuros y brillantes, paseó su mirada embelesada por la Ciudad Eterna, que se extendía a sus pies. El otro, más viejo, de aspecto descuidado, con la melena larga sacudida por la brisa, hablaba al primero. De vez en cuando, leía en las viejas páginas de un ejemplar del *Émile* de Rousseau; también llevaba consigo *Los derechos del hombre,* de Thomas Paine, y algunas obras de Voltaire. Hablaba de las glorias de la Roma antigua y de los nobles ensayos realizados por los antiguos romanos en materia de gobierno republicano.

Finalmente, cuando la puesta del Sol extendía su luz sobre ellos, el joven se arrodilló y "con los ojos húmedos, la cara sonrojada por un calor febril", dijo estas palabras: "Juro por el Dios de mis padres y por mi país, que mis manos no se cansarán, ni mi alma reposará hasta que rompa las cadenas que nos atan a España." El resto de su vida lo dedicó a cumplir este juramento.



Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacio nació en Caracas, Venezuela, el 24 de julio de 1783. Era el hijo menor, y, por tanto, mimado y precoz, de una de las familias más ricas del país. Su compañero aquel día, en la cima del monte Aventino, era Simón Rodríguez, tutor suyo desde la infancia. Bolívar tenía entonces veintitrés años de edad. A los dieciséis había sido enviado a España para recibir la "educación" corriente de los jóvenes de su esfera social. Durante tres años llevó una vida de lujo y disipación en Madrid, París y Londres. Era un consumado espadachín, buen bailarín, magnífico jinete y tenía dinero en abundancia para gastar. Al poco tiempo se le conocía con el nombre de *El príncipe Bolívar*. Los sastres de Londres copiaban sus trajes, y en las tiendas de París vendían el *chapeau Bolívar*.

Pero esta fase de su vida tuvo un final repentino cuando conoció a María Teresa del Toro, se enamoró de ella y la desposó. Era una española bella y frágil, que, como dijo después Bolívar, "no había nacido para este mundo". Pocos meses después de la boda moría en Venezuela, de fiebre amarilla. Destrozado por la profunda pena, Bolívar vio en la muerte de su mujer una especie de signo místico. "Me sacó del reino de las cosas mundanas para centrar mis pensamientos en los problemas de mi país oprimido."

Buscó y encontró de nuevo al maestro de su juventud, Simón Rodríguez. Juntos viajaron largamente por Europa; Bolívar iba absorbiendo, con nuevo ardor, las doctrinas de su tutor. En 1804, junto a la catedral de Notre Dame, en París, vio a Napoleón coronarse emperador. "Este acto —dijo— me pareció como la fulminación del infierno. Aquella corona que puso sobre su cabeza era una reliquia de siglos tenebrosos." Poco después, en el monte Aventino, pronunció las palabras que habrían de servir de orientación a su vida y que determinaron el destino de medio continente.

La resolución del joven Bolívar era, sin embargo, excesivamente presuntuosa. A sus veintitrés años no contaba con ningún prestigio en la tierra que se proponía libertar. Su experiencia militar se limitaba a unos cuantos años en la milicia venezolana. Por otra parte, nunca había habido un movimiento organizado de independencia en la América hispana. En realidad, cuando el general venezolano Francisco Miranda, que había luchado a las órdenes de Washington en la re-

Este retrato de Bolívar, pintado por Arturo Michelena,
se encuentra en la Embajada de Venezuela en Washington.

volución norteamericana, intentó organizar la rebelión para libertar a su país se encontró con la resistencia armada de sus propios compatriotas. Su pequeño ejército fue destruido, y él huyó a Inglaterra. Cuando Bolívar llegó a Venezuela empezó a difundir clandestinamente, por medio de un grupo de jóvenes aristócratas, la idea de la revolución entre las clases populares. Entonces, al darse cuenta de su falta de experiencia militar, persuadió a Miranda para que regresara al país.

El 3 de julio de 1811, Bolívar pronunció en público por primera vez la palabra "Libertad" y solicitó de España la total independencia de sus colonias. Una ola de sentimentalismo patriótico corrió por Caracas, y un congreso de patriotas declaró la libertad de Venezuela. La suerte estaba echada. Miranda trató de formar un ejército con grupos de peones y elegantes jóvenes aristócratas que se creían oficiales. Fue una tarea descorazonadora que finalmente fracasó. Las legiones españolas derrotaron a los soldados voluntarios venezolanos y capturaron Caracas. Muy pronto, la Primera República había muerto, y Miranda se encontraba a bordo de un barco rumbo a una prisión de Cádiz, donde murió. Simón Bolívar, sin dinero, escapó a la isla de Curaçao, que entonces pertenecía a Inglaterra.

A cualquiera con menos ánimos le habría parecido que no existía ningún rayo de esperanza. Todo lo que le había pertenecido, sus vastas fincas, los inmensos rebaños de ganado, las manzanas de casas en la ciudad, le había sido confiscado. Para sobrevivir, tuvo que mendigar a extraños. Pero, a pesar de todo, unas semanas después escapaba a la colonia de Nueva Granada (Colombia), donde una guarnición de tropas rebeldes se había apoderado de un trozo de la costa. Se le dio el mando de doscientos negros, indios y mestizos, todos descalzos y andrajosos.

En la primera fase de la lucha, Bolívar había adquirido una gran experiencia en relación al mejor medio de pelear contra las tropas españolas. Una noche de diciembre de 1812 tomó por sorpresa a la guarnición española de Tenerife, la destruyó y capturó su arsenal. A la noche siguiente se lanzó sobre Mompós y dispersó las fuerzas realistas. Así continuó durante seis días: seis batallas, seis victorias, seis ciudades liberadas. En dos semanas había expulsado al enemigo de toda la zona circundante. En los pueblos, Bolívar era recibido por la gente con aclamaciones, y cientos de nuevos soldados se unían a su bandera. Animado por estos triunfos se dispuso a marchar sobre Caracas. Entre él y su objetivo había seis mil españoles y ochocientos

kilómetros de suelo abrupto y de heladas, casi inaccesibles mesetas.

A mediados de mayo de 1813, Bolívar inició el avance con un ejército de más de seiscientos hombres, que, cargado con armas y fardos, se abrió camino a través de heladas llanuras y barrancos rocosos y profundos. Asimismo, desoyendo el dolor de las heridas que los espinos y los enjambres de insectos producían en la carne, los soldados de Bolívar atravesaron selvas tortuosas e hirvientes. En todo este recorrido las operaciones militares tuvieron el mismo carácter heroico. Bolívar se valió de la audacia, la rapidez y la sorpresa; evitaba los ataques de frente, y hostigaba al enemigo por los flancos, dividiendo su fuerza y destruyéndola por partes. Ante él sucumbían las fuerzas españolas, mientras que sus propias tropas aumentaban con cada victoria, hasta convertirse en un verdadero ejército, provisto de artillería, caballería e inclusive un cuerpo médico. En unos noventa días, desde que empezó la marcha, combatió y salió victorioso en seis grandes batallas, reconquistando toda la región occidental de Venezuela. Cuando avanzó sobre Caracas, el comandante español se rindió sin luchar.

La manifestación popular que le dio la bienvenida a su entrada en Caracas parecía salida de los anales de la antigua Roma. A las puertas de la ciudad, Bolívar, la cabeza descubierta, muy elegante en su uniforme blanco y azul, lleno de entorchados, y botas al estilo Wellington, subió a una carroza adornada de laureles y palmas. Doce doncellas vestidas de blanco y con guirnaldas de flores tiraron lentamente de las cintas de seda de su carroza y la condujeron por las calles de la ciudad. La multitud lo aclamaba con loco frenesí, los cañones disparaban y las campanas de las iglesias tañían ininterrumpidamente. Pétalos de rosas, adelfas y camelias caían de los balcones. De nuevo un congreso formado rápidamente declaró la república y confirió a Bolívar el título de *Libertador*, único título que usó durante toda su vida.

Poco tiempo después, barcos enviados desde España cruzaron el Atlántico y soldados españoles veteranos de las guerras napoleónicas comenzaron a llegar desde las ciudades costeras. Bolívar tuvo que enfrentarse a ellos con los medios que pudo conseguir de una tierra pobre, revuelta y primitiva. La lucha continuó durante catorce años, extendiéndose por todas partes. A lo largo de aquel terreno tan extenso, Bolívar condujo sus exiguas tropas, siempre superadas en número por los realistas; mal vestidas y con escasas armas. Cuando lo interceptaban en un sitio, atacaba en otro. Perdía un cuerpo de ejército en una zona y aparecía con otro en algún lugar diferente.

En cierta ocasión, unas fuerzas realistas de artillería y caballería acamparon para pernoctar. Fabricaron un corral con cuerdas y encerraron dentro sus tres mil caballos. Pero uno de los jefes de la caballería de Bolívar ató unos pellejos secos de toro a las colas de cincuenta de sus caballos y los lanzó sobre los de los españoles. Estos, al oír el ruido, salieron corriendo sobre las dormidas tropas españolas y, en la oscuridad y la confusión, los soldados de Bolívar cayeron sobre aquéllas, armados de sables y lanzas.

Aunque sus ejércitos eran a menudo derrotados, la confianza de Bolívar en el triunfo final no desmayó jamás. Una vez en un banquete que le ofrecieron sus oficiales, saltó sobre la larga mesa y se paseó por ella a la vez que exclamaba: "Como cruzo esta mesa de un lado a otro, así marcharé desde el Atlántico al Pacífico y desde Panamá al cabo de Hornos, hasta que eche al último español." Luego, al marchar de regreso, dijo: "De esta manera, volveré sin haber hecho daño a nadie, a no ser a los que se opongan al cumplimiento de mi sagrada misión." Y en verdad casi llevó a cabo exactamente esta tarea que se asignó.

La mayor proeza militar de Bolívar —reconocida por militares de todo el mundo como una de las más grandes hazañas de la historia— fue su marcha desde Angostura, hoy Ciudad Bolívar, en la parte baja del río Orinoco, a lo ancho de todo el Continente, cruzando la cordillera principal de los Andes. Inclusive hoy no existe una carretera, ni siquiera un sendero a lo largo de casi toda esta ruta. Su ejército se componía de mil seiscientos soldados de infantería y ochocientos de caballería. Varios centenares de mujeres los acompañaban. Todos eran oriundos de las tierras bajas y jamás habían visto montañas ni sentido el aguijón del frío. En la primera parte del viaje atravesaron 450 kilómetros de calurosas llanuras y selvas sofocantes, y esto en la época de las lluvias, el período más caluroso del año. Luego cruzaron los interminables llanos a lo largo del río Casanare, bajo una lluvia continua que hacía muy penosa la marcha.

Día tras día, durante tres semanas, las columnas se abrieron paso lentamente. Con el agua hasta la cintura, los soldados apenas podían sostener sus mosquetones y fardos en lo alto, mientras el barro parecía tragarlos a cada paso. Por fin, los Andes. Los agotados soldados de la llanura miraron hacia arriba, sorprendidos de la altura de los picos, que brillaban con una blancura helada. Para no advertir al enemigo del lugar donde se hallaban, Bolívar escogió cierta ruta de poco tránsito que cruza uno de los pasos más elevados. Las rocas se alzaban casi

perpendiculares. El ejército inició su trabajoso ascenso, agarrándose de los bordes; al poco, las manos y los pies les sangraban. Ascendieron durante seis días y por fin llegaron al helado páramo de Pisba, a casi cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar. Tres mil seres humanos habían iniciado la marcha, pero en el descenso por la vertiente occidental de los Andes, Bolívar conducía a solo mil doscientos espectros de hombres. A pesar de todo, después de tres días de descanso, derrotaron a un ejército de veteranos españoles en el Puente de Boyacá. Esta fue una de las batallas más importantes de toda la guerra.

Tras la marcha a través de los Andes, la estrella de Bolívar se elevó aun más; sus ejércitos y sus recursos aumentaron, mientras que el poder de las fuerzas españolas disminuía. Bolívar se trasladaba de un territorio a otro; opinaba que la libertad era imposible en América del Sur mientras España tuviera una sola colonia desde donde pudiera atacar. Hacía caso omiso de las fronteras y peleaba contra los españoles en cualquier lugar donde los encontrase. Ganó resonantes victorias, y con cada una liberaba toda una región. Las batallas de Boyacá, Carabobo, Pichincha, Ayacucho, son famosas en la historia.

La parte sur del Continente, Chile y lo que hoy día es Argentina, había conseguido ya la independencia merced a José de San Martín. Es decir, que cuando el comandante español en Callao, Perú, se rindió a Bolívar, en enero de 1826, se arrió la última bandera española que aún quedaba en el Continente. Bolívar había luchado durante quince años, había dirigido cerca de quinientas batallas y liberado una zona que comprendía territorios de las hoy conocidas como repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia y Perú.

Sin embargo, no fue solo por sus hazañas militares por lo que Bolívar se convirtió en un dios para su pueblo. Sus palabras lo inspiraron también. Bolívar fue uno de los hombres de mayor capacidad de expresión de todos los tiempos. Cuando murió había diez baúles llenos de escritos suyos. Una compilación de sus obras, que llena treinta y dos grandes volúmenes, constituye solo una pequeña parte del total. Para cada uno de los países libertados escribió una constitución y organizó un gobierno hasta en el último detalle: formó un congreso, arregló las finanzas, nombró gabinetes, designó representaciones diplomáticas y planeó la política exterior e interior.

Su visión profética fue sorprendente. Predijo el curso futuro de todos los países del mundo occidental para los cien años siguientes. Propuso la construcción del canal de Panamá, predijo la formación de una gran unión entre las repúblicas sudamericanas, que se levan-

taría como baluarte contra la decadente filosofía del viejo mundo. Inclusive dio algunos pasos para formar esta unión e invitó a todas las naciones para que mandaran representantes a un congreso que se celebró en Panamá, pero que fue un fracaso. Bolívar había previsto que lo sería. "Pero la semilla se sembrará —decía—, y algún día dará fruto."

Como hombre, Bolívar poseía la personalidad, el encanto y el atractivo físico que significan tanto para un dirigente popular. Durante las campañas bélicas compartía con sus hombres todos los sufrimientos; éstos lo llamaban *Vieja Cola de Hierro*, y lo adoraban.

Pero también le gustaba la música y el baile, y nunca perdía la oportunidad de celebrar una fiesta.

Bolívar soñó con la creación de una unión política de todos los nuevos Estados bajo un fuerte gobierno central, algo así como los Estados Unidos de América del Sur. Pero se le opusieron fuerzas nacionalistas y facciones políticas que estaban inseguras de su propio poder en sus respectivos países. Antiguos amigos y compañeros de batalla, ahora se le enfrentaban como enemigos políticos. Los países que habían luchado uno junto al otro estaban ahora dispuestos a pelear entre ellos. Desesperado, Bolívar comenzó de nuevo sus largos viajes para tratar de conseguir la unidad. Su antiguo poder era todavía fuerte; en todas partes se le recibía con entusiasmo, pero no podía estar en todos los sitios a la vez. En cuanto abandonaba un país volvía la desunión. "He arado en el mar", decía, cansado y desilusionado.

No creía en la viabilidad de un sistema democrático puro. Pensaba que las naciones sudamericanas no estaban todavía preparadas para ello. En su lugar, propuso un tipo de gobierno basado en el inglés, con una cámara de diputados elegidos por votación, un senado hereditario y un presidente elegido con carácter vitalicio. En cualquier momento, él podía haberse erigido en dictador y gobernar todos los países que había liberado, pero sentía horror por las dictaduras. Cuando un grupo político le propuso que se coronara emperador, contestó: "El título de *Libertador* es superior a cualquiera que el orgullo humano haya concebido; no puedo pensar en degradarlo."

Los años de sufrimientos comenzaron a dejarse sentir. Estaba enfermo y cansado; a los cuarenta y siete años era ya un viejo. Cuando, hallándose en Bogotá, se enteró de que se habían formado gobiernos dictatoriales en Venezuela, Perú, Bolivia y Colombia, Bolívar supo que se aproximaba el fin. "Voy a morir pronto —escribió—. Mi cielo está completo. Dios me llama." Había decidido marcharse a

morir lejos, pues creía que su presencia causaría aún mayor desunión en las repúblicas que había creado. Sus amigos le pedían que se quedara y que impusiera su voluntad por las armas. "Millares de hombres —le decían— acudirán a tu lado cuando los llames." Pero Bolívar rehusó valerse de aquellos medios contra sus mismos compatriotas.

Cuando salió de Bogotá, todo el pueblo llenaba las calles y lloraba al verlo pasar. Los ministros extranjeros, las autoridades del gobierno y cientos de ciudadanos lo acompañaron hasta la salida de la ciudad. Allí desmontaron y lo abrazaron. Bolívar, con gran esfuerzo, montó a caballo y desapareció por la carretera, camino de la costa. Una vez a bordo de la fragata que lo había de conducir a Jamaica, su enfermedad se agravó y el capitán de la misma atracó en el puerto de Santa Marta, en la costa colombiana. Bolívar fue conducido a tierra en una litera. El que había sido el hombre más grande de Sudamérica, era ya sólo un manojo de huesos. Pobre, casi solo, Bolívar murió en Santa Marta, el 17 de diciembre de 1830.

En una ocasión, los habitantes de Caracas le propusieron erigirle una estatua y Bolívar les dijo: "Esperad hasta después de mi muerte, para que me podáis juzgar sin prejuicios. Nunca deben levantarse monumentos en vida de un hombre; éste puede cambiar, puede llegar a traicionar. Nunca me tendréis que acusar a mí de eso; pero esperad, esperad, os lo repito."

Doce años después de su muerte, una gran flota de barcos de guerra se reunió en el puerto de Santa Marta. Además de los colores de todas las naciones que Bolívar había liberado, ondeaban a media asta las banderas de Inglaterra, Francia y Holanda. La ciudad estaba llena de representantes de países extranjeros. En medio del ruido de las salvas y los redobles de tambor, los restos de Bolívar fueron colocados en una barcaza y llevados hasta un barco que aguardaba. En seguida, la flota levó anclas y con las velas desplegadas zarpó rumbo al este. De esta manera el cuerpo de Bolívar volvió a su patria. Caracas vestía de luto; bajo los arcos construidos en la calle pasó la larga procesión de hombres ilustres, representantes de muchas naciones; detrás de ellos, tirado por caballos enjaezados de negro, iba un gran catafalco, rodeado de coronas, engalanado con flores y envuelto en seda negra. La muchedumbre silenciosa veía pasar la procesión al compás de la lenta música.

Bolívar había encontrado, por fin, el lugar que durante tanto tiempo buscó en el corazón de su pueblo y en la historia.

ARISTÓTELES, EL FILÓSOFO

Will Durant

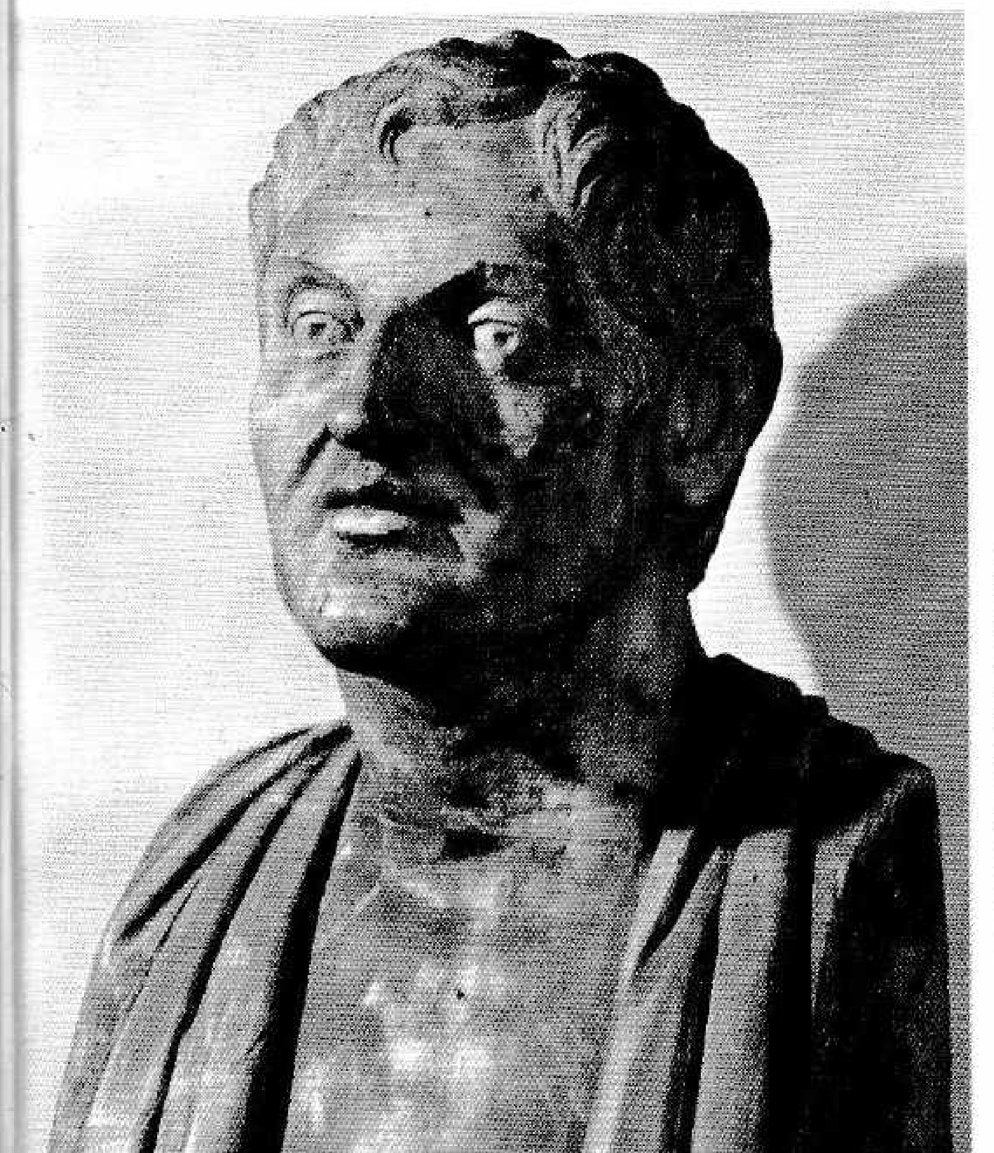
Cuando Aristóteles, a la edad de 49 años, fundó su escuela en el Liceo o Gimnasio de Atenas, se inscribieron tal cantidad de estudiantes que fue necesario implantar unas reglas muy complicadas para mantener el orden. Los mismos estudiantes formulaban estas reglas y entre ellos elegían, cada diez días, a uno, que era el encargado de vigilar el trabajo y comportamiento de los demás. Sin embargo, no hay que pensar que en este lugar la disciplina fuera muy rígida. Al contrario; por lo que sabemos, el ambiente era de gran confraternidad: el maestro y sus discípulos comían juntos, y éstos aprendían de él mientras caminaban, arriba y abajo, por el paseo que bordeaba el campo de deportes de donde el Liceo tomaba su nombre.

El Liceo se dedicaba más que nada a la enseñanza de la biología y las ciencias naturales. El emperador Alejandro hacía que sus cazadores, guardabosques, jardineros y pescadores abastecieran a Aristóteles de todos los especímenes zoológicos y botánicos que éste pudiera desear, y, según nos cuentan, hubo una época en que tenía a su servicio unos mil hombres, repartidos por Grecia y Asia, los cuales recogían muestras de la fauna y de la flora en cada país. Con toda esta riqueza de ejemplares, Aristóteles pudo establecer el primer jardín zoológico que conoció el mundo.

¿De dónde sacaba Aristóteles el dinero necesario para llevar a cabo estas empresas? Poseía una gran fortuna personal y, además, por su matrimonio había emparentado con uno de los hombres públicos más poderosos de Grecia, el cual era inmensamente rico.

Se cuenta también que Alejandro le concedió, para instrumentos e investigaciones, la suma de ochocientos talentos (unos cuatro millones de dólares). Trabajos tales como la recopilación de 158 constituciones políticas, hecha por Aristóteles, indican que éste tuvo muchos ayudantes. Para resumir, nos encontramos ante el primer ejemplo de financiación de la ciencia, en gran magnitud, con fondos públicos.

Sin embargo, seríamos injustos con Aristóteles si olvidásemos mencionar que junto a esta ayuda y estos recursos sin precedentes, iba unida una grave pobreza en materia de aparatos para la investigación. De todos los instrumentos matemáticos, ópticos y físicos que hoy día poseemos, Aristóteles no disponía más que de la regla y el compás, aparte de algunos pobres sustitutos de otros. Asimismo, todos o casi todos los datos en los que se basan las teorías físicas de la ciencia moderna estaban totalmente o casi totalmente sin descubrir. Los inventos industriales y técnicos de la Grecia antigua eran muy inferiores al nivel general de sus otras inigualables hazañas. Quizá el bajo precio de los esclavos motivó la falta de interés en esas actividades, ya que



Este busto de Aristóteles, que se conserva en el Museo Capitolini de Roma, es un notable ejemplo del arte romano del retrato.

todavía la fuerza humana era más económica que la de las máquinas. En consecuencia, pocas veces pudo Aristóteles recurrir a los experimentos; lo único que podía hacer era observar continuamente el universo. No obstante, el enorme caudal de datos que él y sus ayudantes recogieron y seleccionaron, llegó a convertirse en la base del progreso de la ciencia. Durante unos dos mil años su obra constituyó el único libro de texto del saber, y aun hoy es una de las maravillas del trabajo del hombre.

Los escritos de Aristóteles sumaban cientos y cientos. Algunos autores de la antigüedad le atribuyen unos mil volúmenes. Lo que queda no es más que una parte y, sin embargo, forma casi por sí sola una biblioteca completa. Consideremos el alcance y la grandeza de los mismos. Primero tenemos los trabajos de lógica, que tratan del pensamiento correcto: *Las categorías, Los tópicos, Los analíticos primeros* y *Los analíticos segundos, Las proposiciones* y *Los raciocinios sofísticos.* Segundo, los trabajos científicos: *Física, Del cielo, De la generación y corrupción, De los meteoros, De las plantas, Del alma, De las partes de los animales* y *De la generación de los animales.* Tercero, los trabajos de estética: *Retórica y Poética.* Cuarto, los trabajos más estrictamente filosóficos: *Ética, Política* y *Metafísica.* Evidentemente, aquí se encierra una auténtica enciclopedia de Grecia: todos los problemas bajo la tierra y sobre ella tienen su sitio en esta obra. Hasta la época de Herbert Spencer, y aun entonces, nadie había conseguido, tan magníficamente como lo hizo Aristóteles, una fusión de la sabiduría y de la teoría. Su trabajo fue una conquista del mundo. Si la filosofía es la búsqueda de la unidad, Aristóteles merece el nombre que durante veinte siglos se le ha dado: El Filósofo.

Aristóteles creó la terminología de la ciencia y de la filosofía. En la actualidad difícilmente podemos hablar acerca de alguna ciencia, sin dejar de mencionar ciertos términos que él inventó: facultad, medio, máxima, categoría, energía, actualidad, motivo, fin, principio, forma. Estas monedas indispensables del pensamiento filosófico fueron acuñadas por su mente. Su forma de pensar, firme y profunda, creó casi por entero una nueva ciencia: la lógica, que es el arte y el método de pensar correctamente; una ciencia, porque en cierto modo los procesos de la manera correcta de pensar pueden reducirse a reglas como la física y la geometría y pueden ser aprendidas por cualquier inteligencia normal; y un arte, porque a través de la práctica llega un momento en que el pensamiento adquiere esa misma exactitud inconsciente que guía los dedos del pianista sobre el teclado.

Antes de Aristóteles, la ciencia se encontraba en un período de gestación, y fue Aristóteles el que le dio vida. Las civilizaciones anteriores a la griega explicaban cualquier oscuro proceso de la naturaleza como efecto de alguna fuerza sobrenatural; por todas partes se veían dioses. Una de las muchas glorias que hay que atribuir a Aristóteles es la de haber tenido el suficiente valor y la suficiente amplitud de intereses intelectuales para crear el cuerpo magnífico de la ciencia organizada.

Aristóteles nació en el año 384 a. de J. C. Su padre era médico particular de Amintas, rey de Macedonia y abuelo de Alejandro. El joven Aristóteles estudió con Platón, quien supo reconocer la grandiosidad de su discípulo. A Aristóteles hay que agradecer también las enormes cantidades de dinero que empleó en la compra de libros (manuscritos), puesto que fue el primero, después de Eurípides, que reunió una biblioteca; otra de sus muchas contribuciones a la educación literaria fue la fundación de los principios de la clasificación de libros, y la escuela de oratoria que, según algunos historiadores, fundó. Más tarde, Filipo, rey de Macedonia, llamó a Aristóteles a la corte de Pella, para que fuera preceptor de Alejandro, lo que demuestra el alcance de su fama.

Filipo estaba decidido a que su hijo gozara de todas las ventajas de la educación, pues tenía grandes proyectos para él. Sus súbditos eran vigorosos campesinos y guerreros, aún no corrompidos por los lujos y los vicios de la ciudad. He aquí la combinación que haría posible el dominio de más de cien pequeñas ciudades-Estados y la unificación política de Grecia.

En todas aquellas ciudades Filipo vio no solo el progreso de la cultura y las insuperables obras de arte, sino también la corrupción comercial y el caos político. Vio a mercaderes insaciables y a banqueros que absorbían los recursos vitales de la nación, a políticos incompetentes y a astutos oradores que engañaban al pueblo infatigable con planes desastrosos y guerras sin fin, a partidos divididos en clases que después se congelaban en castas. Filipo dijo que haría caer el peso de la justicia sobre estos desmanes y conseguiría que Grecia se alzara unida y fuerte como el centro político y la base del mundo.

¡Estos problemas no son tan distintos a los que se enfrentan muchos Gobiernos de hoy! Si durante los últimos dos mil años el mundo hubiera producido más hombres de la talla mental de Aristóteles, de quien Platón dijo una vez: "Es la Inteligencia Personificada", quizá ahora tendríamos mejores soluciones para estos problemas.

DIEGO VELÁZQUEZ, PINTOR DEL REY

Malcolm Vaughan

Escaló los peldaños de la fama con la velocidad de un cohete: el joven provinciano se encontró, casi de la noche a la mañana, en el palacio real, frente a Su Majestad, el rey Felipe IV, dándole gracias por haberlo nombrado pintor del rey.

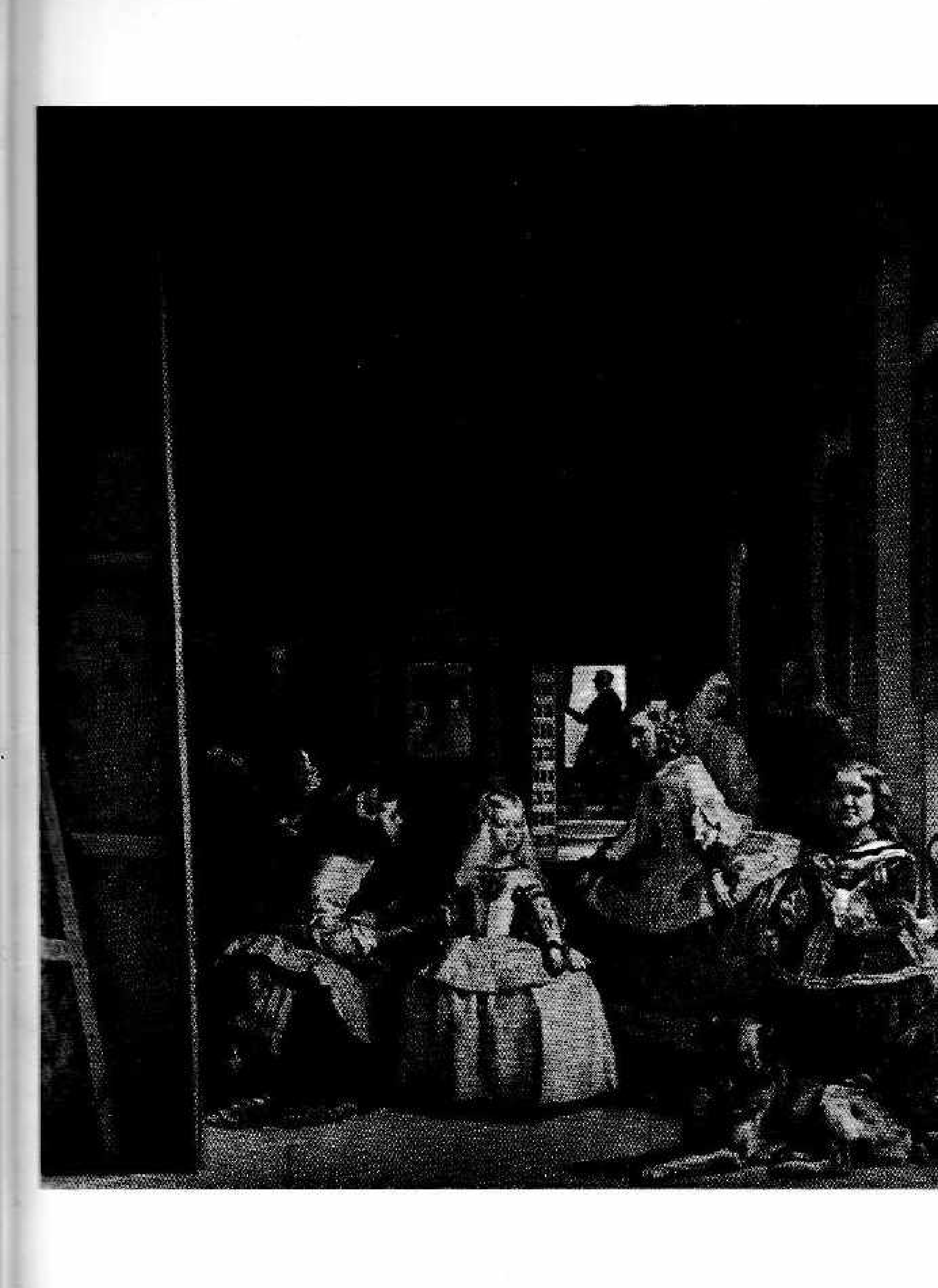
El Monarca, sin saberlo, acababa de descubrir a un inmortal de las bellas artes.

Aquel desconocido, llamado Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, estaba destinado a ser uno de los más grandes pintores del mundo. Hoy, viajeros de todos los países acuden al Museo del Prado, de Madrid, donde se conserva la más rica colección de obras de este genial artista: los retratos de Felipe IV, el de la Infanta rodeada de sus meninas, el del Príncipe heredero, jinete en su jaca, el de *Los borrachos*, *Las hilanderas* y tantos otros.

Diego Velázquez fue bautizado el mes de junio del año 1599, en la ciudad andaluza de Sevilla. Desde temprana edad demostró grandes aptitudes para la pintura, y sus padres lo enviaron a estudiar con el pintor Francisco de Herrera, hombre de costumbres muy rígidas.

A la edad de doce años, los padres de Diego lo llevaron a otro taller, el de Francisco Pacheco, pintor de gran fama, a quien escritores

En el cuadro "Las meninas", pintado por Velázquez en 1656, figura la infanta Margarita, a la edad de cinco años, rodeada por sus damas. Velázquez se autorretrató a la izquierda del lienzo, y reflejó a Felipe IV y Mariana de Austria en el espejo del fondo. La obra se encuentra en el Museo del Prado de Madrid.



tan famosos como Lope de Vega y Quevedo alababan vivamente. Al estudio de Pacheco asistían artistas y literatos, y en este ambiente creció y se desarrolló el joven Velázquez.

El maestro se encariñó con el discípulo, y en 1618 éste contraía matrimonio con la hija de aquél.

Durante esta primera época de su vida artística, Diego Velázquez pintó cuadros de costumbres en los que aparecen pobres, villanos y muchachos desarrapados. Como alguien le aconsejara ejecutar trabajos de mayor elegancia, el joven artista respondió, dando muestras de un orgullo poco común: "Prefiero ser primero en estas groserías que segundo en delicadezas."

De esta época son sus cuadros *Una vieja friendo huevos, El aguador de Sevilla, El vendimiador*, y otros, de tema religioso, como *Cristo en casa de Marta* y *San Juan Evangelista escribiendo el Apocalipsis*.

Inclusive desde sus primeros cuadros se advierte, como ha dicho un prestigioso crítico, "un respetuoso amor a la verdad".

A los veintitrés años, Diego es un joven alto, delgado, apuesto, de tez aceitunada, bigote y melena castaños. Se siente preparado para demostrar de lo que es capaz; henchido de ambición, marcha a Madrid, llevando consigo sus mejores cuadros y algunas cartas de recomendación para posibles protectores. Una vez en la capital del reino, el joven artista, afanoso por prosperar y para dar una muestra de su maestría, hace un retrato al poeta Góngora. A pesar de todo, el viaje no pareció resultar en gran provecho. Meses después, de regreso ya en Sevilla, el artista recibió una carta enviada por un ujier de palacio con la que se le llamaba a la Corte, pues el todopoderoso primer ministro Conde-Duque de Olivares había visto el retrato de Góngora y deseaba conocer al artista que lo ejecutó.

Regresó presuroso a Madrid e hizo un nuevo retrato, el del ujier de palacio que le había avisado. Antes de que el lienzo se hubiera secado, fue llevado a palacio, donde los cortesanos, el Conde-Duque y el propio Monarca lo alabaron. A partir de aquel momento, los acontecimientos se produjeron con gran rapidez.

Felipe, novicio en el trono, era un joven de dieciocho años, orgulloso como un pavo real. Mandó que el artista le hiciera un retrato, y quedó tan complacido de la obra realizada que con fecha 6 de octubre de 1623 nombró a Velázquez pintor real, con las siguientes palabras: "A Diego Velázquez, pintor, he mandado recibir en mi servicio para que se ocupe en lo que se le mandare de su profesión, y le he señalado veinte ducados de salario al mes . . ."

Aparte del sueldo señalado, este honor llevaba anexo el compromiso del Monarca a comprar todos los retratos de la familia real que su pintor produjera.

En aquellos tiempos, Madrid estaba lleno de artistas ansiosos de prosperar que solicitaban el favor regio. El nombramiento de Velázquez los irritó, y como no podían negar sus méritos, pues todo el mundo estaba de acuerdo en que había logrado un magnífico retrato del Monarca, alegaron que el artista sevillano no era más que un retratista, y que el pintor del rey debería ser un maestro en todos los aspectos de su arte.

Cuando semejantes quejas llegaron a oídos del Monarca, este ordenó la organización de un certamen a escala nacional en el que se premiaría el mejor cuadro acerca de un tema histórico. Nombró un prestigioso jurado para presidir el certamen. Velázquez concursó con un cuadro sobre la expulsión de los moriscos, y triunfó sobre todos los demás participantes. El lienzo, que tan importante fue en la vida artística del pintor, se destruyó en un incendio ocurrido en palacio en el año 1734.

De esta forma, el joven andaluz quedó consagrado apenas iniciada su carrera. La posteridad se encargaría de certificar cuán acertada había sido la elección. Hoy se considera a Velázquez como el mejor retratista de la pintura española e inclusive, hay quien lo afirma, del mundo.

Un crítico ha llegado a decir que a sus retratos sólo les falta hablar.

Velázquez pintaba con gran rapidez y aparente facilidad. A menudo no bosquejaba sus lienzos, sino que pintaba directamente en color sobre la tela. A veces, la capa de pintura es tan delgada que se transparenta la trama de la tela y, sin embargo, da la sensación de absoluta solidez.

A la edad de treinta años, Velázquez vio cumplido uno de sus más preciados deseos: un viaje a Italia. Durante la travesía conoció personalmente a Ambrosio Spinola, general de los ejércitos españoles, a quien Velázquez inmortalizaría en su famoso cuadro *Las lanzas*, también conocido como *La rendición de Breda*.

Velázquez fue primero a Venecia, luego a Roma, donde estuvo un año, y finalmente a Florencia y Nápoles. Durante este viaje copió fragmentos de las obras de los grandes maestros italianos, como Miguel Ángel, Rafael y el Tintoretto, y realizó dos obras de gran importancia: *La fragua de Vulcano* y *La túnica de San José*.

A finales de 1630 regresó a España, pero diecinueve años después

volvía a Italia, con la misión de adquirir cuadros para una galería que pensaba instalar Felipe IV. En este segundo viaje, Velázquez pintó el retrato del papa Inocencio X, el cual ha sido descrito por el gran historiador del arte, Hipólito Taine, como "la obra maestra entre todos los retratos". El Santo Padre, al parecer muy satisfecho con el lienzo, regaló a Velázquez una magnífica cadena de oro.

Entre los maestros españoles, Velázquez fue el primero en llevar a la pintura la vida popular, el primero en pintar tipos de humildes plebeyos, el primero en dar aspecto terrenal a las alegorías al representar pasajes mitológicos en reconocibles escenas de la vida diaria; fue asimismo el primero de los artistas españoles en pintar un desnudo: *La Venus del espejo*, que se encuentra actualmente en la National Gallery de Londres; dos siglos antes de que nacieran los pintores impresionistas, Velázquez pintó paisajes que, por su estilo, podrían calificarse de este modo.

Velázquez fue pintor del rey durante cuarenta años. A lo largo de este tiempo, Felipe le prodigó obsequios y puestos oficiales; y el maestro le correspondió con treinta y cuatro cuadros que han inmortalizado al Monarca.

A pesar de todo, la vida no fue un lecho de rosas para el pintor sevillano. En el curso de su vida, varias veces intentaron arrojarlo de su envidiable puesto, trataron de enemistarlo con el Rey e incluso de retenerle su salario, hasta el punto de que, en una ocasión, el propio Monarca hubo de intervenir para que la tesorería real le abonara su sueldo.

Velázquez, dando muestras de un afán de superación inigualable, aprovechaba las horas de descanso para enriquecer su talento artístico realizando paisajes y cuadros de temas religiosos, mitológicos o históricos. El filósofo y escritor español José Ortega y Gasset dijo de él que casi todos sus cuadros son la realización de una nueva concepción artística. Por otra parte, casi no hay altibajos en la obra de este artista: todas sus pinturas son obras maestras.

Velázquez murió en Madrid, a los sesenta y seis años de edad, siendo asistido en sus últimos momentos por el propio médico de Su Majestad.

Hoy, las pinturas de este gran artista se exhiben en museos de muchos países. Cada año aumentan las personas que contemplan sus obras. Y todos, críticos, historiadores, estudiantes aficionados y gente de toda clase, concuerdan en que Velázquez es uno de los más grandes artistas de todos los tiempos.

GIUSEPPE VERDI, ADALID DE LA ÓPERA ITALIANA

Donald Culross Peattie

A medida que se acercaba el día del estreno de la nueva ópera crecía la inquietud del tenor. En la partitura no estaba el aria principal que le correspondía cantar en el último acto. "Está escrita –le había asegurado tranquilamente el compositor–, pero si la damos a conocer en los ensayos, Venecia entera la cantará antes que se levante el telón y la gente dirá que la he robado." Sólo en el último instante le fue entregada al tenor el aria, pero ésta era tan alegre y viva que aquél no tuvo dificultad alguna para aprendérsela de memoria en un momento. Fue el gran éxito de la noche. Cuando *Rigoletto* concluyó, los gondoleros ya cantaban "La donna e mobile" en la suave noche veneciana. Hoy, cien años después, el aria sigue tan lozana y llena de vida como cuando brotó del cerebro de aquel inmortal creador de melodías que se llamó Giuseppe Verdi.

Carlo Verdi, el padre del genial artista, atendía una taberna en Roncole, lugar desierto en el cruce de dos caminos. Allí nació su hijo, el 12 de octubre de 1813. Como casi todos los grandes músicos, el muchacho demostró una curiosidad musical precoz; a la edad de cuatro años siguió, como un perrito faldero, a cierto violinista errante llamado Bagasset. "¡Debería usted ponerlo a estudiar música", le dijo Bagasset al tabernero. Lleno de esperanza, Carlo Verdi llevó a su casa un clavicordio viejo y destartalado para su *Beppino*. Un músico del lugar dio lecciones a éste, y a los doce años el muchacho se convirtió en el organista de la pequeña iglesia de Roncole.

El centro docente más cercano se hallaba en la localidad de Busseto, a nueve kilómetros y medio de Roncole, y de esta forma, para que pudiera asistir a la escuela, el pálido y delicado muchacho de ojos grises fue a vivir a casa de un zapatero remendón. En Italia, la música llena el aire, y tan aficionado a ella era Antonio Barezzi, almacenista de

comestibles de Busseto, que empleó a Giuseppe en el negocio nada más que en obsequio a su talento. Barezzi, además, hizo que el párroco le enseñara los clásicos, y que Provesi, organista de la catedral, le diera lecciones de música. Luego, el muchacho fue a vivir a casa de Barezzi, donde tuvo a su disposición la biblioteca y disfrutó de la compañía de Margarita, la hija mayor, con quien leía poesías y tocaba dúos en un fino piano vienés.

A la edad de dieciocho años, sus amigos le aconsejaron que debía ampliar sus estudios en el Conservatorio de Milán. Con la beca de un fondo de música para estudiantes destacados, Giuseppe se trasladó a dicha ciudad, lleno de esperanza. Pero al examinarlo, los profesores no vieron en él más que a un muchacho desgarbado cuya ropa, edad y postura frente al teclado dejaban mucho que desear.

Rechazaron, pues, al músico más grande que jamás llamó a sus puertas. (Muchos años más tarde trataron de enmendar la falta dándole a la escuela el nombre de "Conservatorio Giuseppe Verdi".)

En medio de su aflicción, Verdi pensó más en aquellos que lo habían apoyado que en sí mismo. Pero en Busseto todos seguían creyendo que el muchacho tenía un gran porvenir: la beca todavía estaba a su disposición. Barezzi le pidió que regresase, y el municipio le ofreció el puesto de maestro de música. Por su parte, Margarita soñaba poder casarse con él. Al cumplir ella los veintidós años, sus deseos se realizaron, y los jóvenes esposos fueron a pasar su luna de miel a Milán.

Verdi ya había iniciado sus estudios con el maestro Lavigna, cuya principal preocupación era que sus alumnos conocieran al dedillo a Mozart, considerado por aquel entonces como el más grande genio de la ópera. Verdi quería dedicarse a esta difícil especialidad musical.

Milán es la capital de la ópera, no sólo en Italia, sino en el mundo entero. Las voces más célebres y los directores de orquesta y compositores más famosos competían en la Scala, el teatro donde la ópera sigue siendo un espectáculo grandioso. En Italia, este arte es como una flor silvestre; el canto forma parte íntegra de la vida del país: los pescadores que tiran la red, las muchachas que lavan en el arroyo, los enamorados que se pasean por el campo, todos cantan sonora y alegremente. No es, pues, extraño, que la ópera naciera allí, en las postrimerías del siglo XVI, y que en tiempos de Verdi ya constituyera una pasión popular. Cada cual tenía sus favoritos entre estas o aquellas compañías, estrellas o compositores. Para satisfacer tan insaciable entusiasmo, los empresarios tenían que estrenar unas doscientas óperas cada año.

En 1836 el joven Verdi compuso su primera ópera: *Oberto, conde*



La ópera de Verdi "Un baile de máscaras" fue estrenada en Nápoles en 1862. He aquí el boceto realizado por Filippo Peroni para la escena final de la obra cuando ésta fue representada por primera vez en la Scala de Milán, el 8 de enero de 1862. El boceto fue reproducido en la portada de la partitura original editada por la Casa Editorial Ricordi, y se conserva en el Museo Teatral de la Scala.

de San Bonifacio. Entonces sobrevino la primera tragedia de su vida. La pequeña Virginia, su hija primogénita, murió, en agosto de 1838, un mes después de que la señora Verdi dio a luz un niño.

Verdi intentó dar a conocer su ópera a Merelli, empresario de la Scala, pero éste era un hombre muy atareado, al que acosaban todos los jóvenes compositores de aquella época. Mientras tanto, se vio obligado a ganarse la vida dirigiendo coros y bandas, escribiendo marchas y música religiosa y haciendo orquestaciones. Los esposos se trasladaron a un domicilio más barato y Margarita tuvo que empeñar sus joyas para pagar el alquiler. En el otoño de 1839, el hijo de Verdi moría.

En aquellos días de aflicción surgió la ayuda de una buena amiga. Giuseppina Strepponi, la joven primera soprano de la Scala, que tenía un corazón tan bueno como su voz, convenció a Merelli de que *Oberto* merecía ser montada. La obra tuvo un éxito moderado, a raíz del cual el director le ofreció a Verdi un contrato por tres óperas más, con condiciones más ventajosas.

En aquella época, agotada por el dolor y la tristeza, Margarita, tras una corta enfermedad, murió. Paradójicamente, el hombre que había sufrido tres pérdidas tan dolorosas estaba entonces bajo contrato para escribir una ópera cómica. Verdi cumplió su obligación, pero había tan poco de comedia en la obra, que fue recibida con gritos de protestas

y hasta con lluvia de legumbres. Al atribulado joven, que se encontraba tras bastidores, aquel tumulto le pareció tan horrible como los aullidos de una manada de lobos. "Nunca más volveré a componer nada", juró.

Durante varios meses, nadie lo vio. Pero una noche de diciembre, Merelli reconoció una figura solitaria que avanzaba penosamente en medio de una tormenta de nieve. Llevó a Verdi hasta su despacho y, por encima de sus protestas, le entregó un libreto que, una vez en su domicilio, el músico arrojó coléricamente al suelo. De repente, desde las páginas repudiadas, una línea se destacó ante los ojos de Verdi: "Vuela, pensamiento, con alas doradas."

Verdi se calmó y recogió el libreto. Era un drama acerca de Nabucodonosor, el rey de Babilonia que esclavizó a los judíos. Verdi vio en él una alusión velada a la tiranía de Austria sobre la mayor parte de Italia (en aquellos tiempos, sólo en un rincón del noroeste podía el rey Víctor Manuel mantener la independencia del país). El poema encendió en el joven compositor una pasión que lo hizo sobreponerse a su propio dolor, e inmediatamente acudió al papel pautado.

Nabucodonosor se estrenó en la Scala en 1842. Fue aplaudida sin interrupción desde el tempestuoso coro inicial hasta el último toque de trompeta. Al cantar el profeta Zacarías "Muerte a los tiranos extranjeros", todo el mundo comprendió la alusión a la dominación austriaca. El Sión que evocaban nostálgicamente los judíos con las palabras "Oh, patria mía, tan hermosa y tan perdida" era, para el público, su propia Italia.

Desde entonces, cuando entraban oficiales austriacos en un café, los italianos comenzaban a tararear un aria de *Nabucodonosor* que se había puesto de moda: "Vuela, pensamiento, con alas doradas." Los muchachos la silbaban por la calle, los organillos la repetían frente a los cuarteles de la policía. La canción voló, como proclama de libertad, hasta los más lejanos rincones del país.

A medida que de su pluma infatigable salían, una tras otra, diversas óperas patrióticas, las arias verdianas se convertían en cantos de la resistencia. En las paredes de toda Italia los patriotas escribían "Viva Verdi", que eran las siglas de "Vittorio Emmanuele, rey de Italia". Al mismo tiempo, el apacible compositor pasaba rifles de contrabando a través de las líneas austriacas, pagándolos de su propio bolsillo. Así obtuvo Verdi su título favorito: *El Maestro de la Revolución.*

Verdi llamó a estos primeros doce años de su carrera "mi época de galeote". Durante ese período de trabajo agotador escribió, ensayó y dirigió no menos de dieciséis óperas. Privado de vida hogareña, se



Retrato de Verdi, pintado en Paris por Boldini, en 1886, cuando el maestro estaba componiendo "Otelo". Boldini no quiso separarse jamás de este retrato, y rechazó todas las ofertas que se le hicieron. El cuadro está actualmente en el Museo de Arte Moderno de Roma.

entregó por completo al mundo irreal de las candilejas. Solo la perfección lo contentaba; para lograrla no vacilaba en humillar a un tenor arrogante o en obligar a una diva a ensayar repetidamente hasta hacerla llorar de rabia. Era el hombre más solitario que jamás haya vivido entre una multitud, y solo tenía una amistad: la de Giuseppina Strepponi, que, por fin, comenzaba a llevar un poco de calor a su aterido corazón.

Rigoletto, obra que compuso en cuarenta días, puso fin a la "época de galeote" y trajo a Verdi la riqueza, la fama y la tranquilidad. Dos años después compuso *Il Trovatore,* en veintinueve días. Aún se estaba ensayando esta ópera cuando Verdi comenzó a trabajar en *La Traviata.* El título de ésta significa mujer extraviada y frágil; la heroína era, en efecto, un personaje real, una bella cortesana parisiense que hacía poco había muerto de tuberculosis, y que se había convertido en la protagonista de un nuevo drama: *La dama de las camelias. La Traviata* fue estrenada ante un público escogido en Venecia y fracasó entre las risas y mofas de los espectadores; era demasiado realista para un público acostumbrado a bagatelas de capa y espada. Nueve meses después se montó con mejor escenografía, y el público la aclamó.

Verdi decidió retirarse del mundo del teatro y de los aplausos, al mundo real de la tierra que lo había visto nacer. Adquirió una finca rural de cuatrocientas hectáreas cerca de Busseto y se fue a vivir allí con la Strepponi, que era ya su mujer. En ese "desierto", como afectuosamente llamaba a su finca, poco a poco fue sembrando árboles, construyendo caminos y abriendo zanjas de riego. Trajo al valle del Po la primera trilladora mecánica y el primer arado de vapor. Instaló una lechería, con todos los adelantos de la ciencia –idea exótica en aquella época–, y se enorgullecía más de su buen ganado que de las medallas y distinciones que le otorgaron reyes, emperadores y zares. Cuando se produjo una crisis económica que ocasionó grandes paros en Italia y un verdadero éxodo hacia América, Verdi organizó nuevas lecherías que proporcionaron trabajo a doscientos hombres: "Nadie emigrará de mi pueblo", decía con orgullo.

Ya para entonces estaba en situación de escoger entre las diversas ofertas que se le hacían. La caja de cuero que llevaba su sombrero de copa se deterioró de tanto viajar a París, Madrid, Londres, San Petersburgo. Para celebrar la apertura del canal de Suez, el *jedive* de Egipto hizo construir un teatro operístico y encargó a Verdi la composición de una obra que se habría de estrenar el día de la inauguración. La víspera de Navidad de 1870, *Aída* fue presentada en el Cairo. Los aplausos

hicieron temblar el teatro. *Aída* es todavía el mayor éxito de taquilla en el mundo de la ópera.

El compositor había escrito ya veinticinco óperas; podía suponerse que la jornada de su vida tocaba a su fin. Pero en 1887, la Scala anunció una nueva obra de Verdi. Tenía entonces setenta y tres años. ¿Podría aún componer como antes? La noche del estreno, el inmenso teatro rebosaba de espectadores; una multitud esperaba afuera, en la plaza vecina; en la orquesta, un fogoso joven de veinte años templaba su violonchelo: Arturo Toscanini. Las candilejas se encendieron; la batuta se alzó; una ráfaga de música sacudió las cuerdas como una ventisca, y el telón se levantó para la representación de *Otelo*. Desde la tormentosa obertura hasta los últimos acordes sombríos, el público se sintió sobrecogido de emoción. Esta, la más profunda de las obras de Verdi, sigue siendo para muchos la ópera más grande que jamás se haya escrito.

¿Sería aquello el canto del cisne? A la edad de ochenta años, Verdi compuso *Falstaff*, basándose de nuevo en una obra de Shakespeare. La música de esta ópera ríe y salta con tanta gracia y alegría como si el compositor se hubiera encontrado en la flor de la juventud.

Aunque el corazón de Verdi se mantenía joven, el maestro siempre se compadeció de las aflicciones de la vejez. Dedicó todos los derechos de autor de sus óperas al sostenimiento de una "casa de reposo" para músicos jubilados. La casa, que parecía más bien un palacio de Venecia que un asilo de ancianos, se conserva aún en Milán como un monumento vivo al arte y a la bondad.

Con la muerte de Giuseppina, el segundo amor de su vida, Verdi se sintió al fin agotado. Vivió solo en un hotel de Milán sus últimos días. En la mañana del 12 de enero de 1901 no despertó: dormía ya el último sueño.

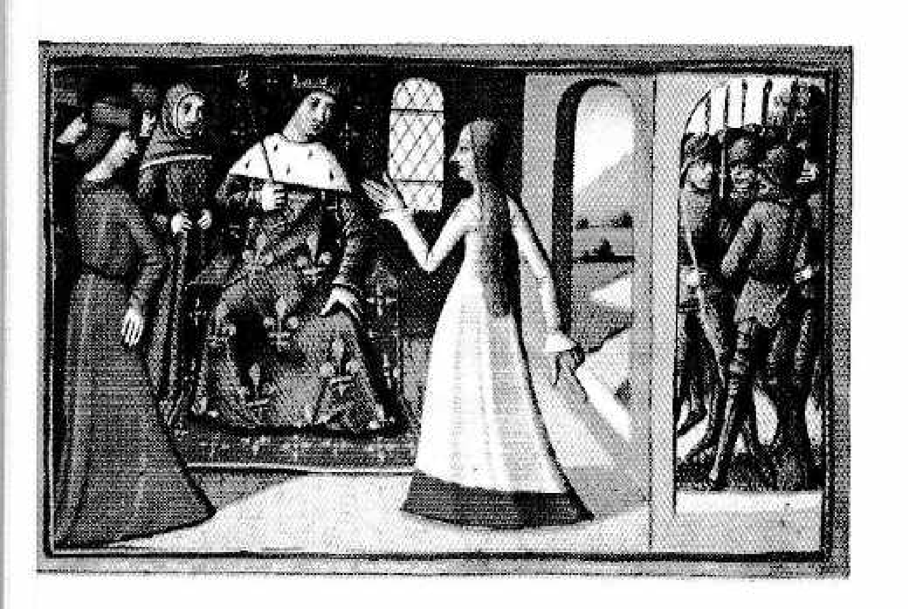
En señal de duelo, el Senado italiano suspendió sus sesiones; los bancos y las oficinas públicas cerraron sus puertas en todo el país; durante un mes, la Scala permaneció cerrada.

De acuerdo con la última voluntad del compositor, los funerales fueron modestos y sin música. Pero nada se había indicado acerca del entierro, salvo que debería hacerse en la Casa de Reposo. El cuerpo del maestro fue llevado a la sepultura por caballos enjaezados, acompañado de diplomáticos y personajes de la realeza.

Cuando un coro de novecientas voces, que dirigía Toscanini, rompió a cantar, miles de personas, emocionadas, se unieron al mismo en una resonante despedida: "Vuela, pensamiento, con alas doradas."

AVANZA SIN TEMOR

Louis Redfield Peattie





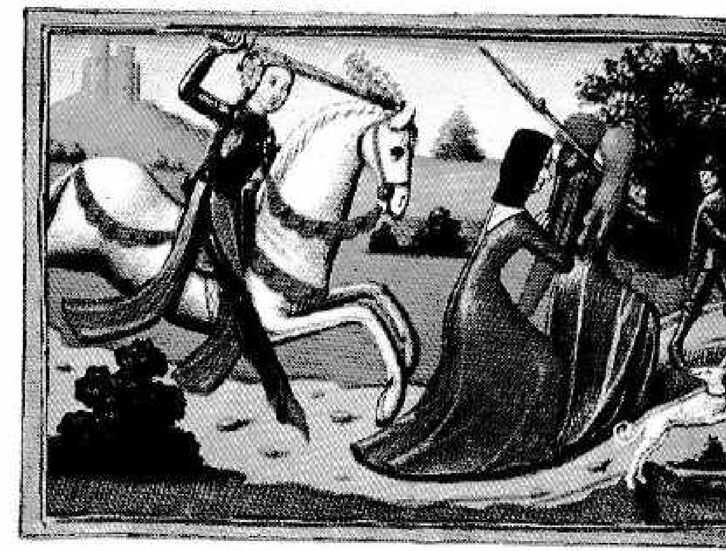
Estas ilustraciones y las de las páginas 260 y 261
son reproducciones del manuscrito miniado
"Libro de Vigilias de Carlos VII", de Marcial d'Auvergne,
fechado alrededor de 1480.
A la **izquierda:** Juana de Arco exhorta
a Carlos VII a marchar sobre Troyes.
En el centro: La coronación
de Carlos VII en Reims.
A la derecha: Juana de Arco expulsa
a las prostitutas.

Mucha gente cree que la vida de Juana de Arco es solo una leyenda, el poema heroico de una humilde pastorcilla que oyó voces sobrenaturales y, guiada por ellas, salvó a su patria. Pero la realidad es que en la vida de esta joven no hay nada de leyenda; Juana era una muchacha muy real, una simple campesina de la dulce tierra francesa. Cuando la doncella de Orleáns fue a la batalla, enarbolando el inmortal pendón de la flor de lis, Francia ni siquiera era una nación unificada.

Han trascurrido cinco siglos desde que Juana murió en la hoguera de Ruán. ¿Cuál es, pues, el motivo de que la recordemos hoy?

Sencillamente, Juana de Arco representa hoy, al igual que en su





tiempo, la guerra multisecular entre el bien y el mal, guerra que prosigue y se renueva eternamente. Aquellos que participan en esta lucha combatirán mejor si conocen la historia de su vida. Juana de Arco murió bajo la acusación de pecadora y hereje y, sin embargo, la posteridad la venera como una santa inmortal, vencedora de las fuerzas del mal que la destruyeron, y como símbolo de la verdad y del valor.

Juana nació en el año 1412, en la aldea lorenesa de Domrémy. En aquel tiempo, un huracán de violencia azotaba a Francia, cuya corona reclamaban los reyes de Inglaterra. Desde hacía tres cuartos de siglo ambos países estaban empeñados en una guerra que habría de llamarse

la Guerra de los Cien Años. Gran parte del territorio francés estaba bajo el dominio del duque de Borgoña, aliado de los ingleses; el resto del país era leal al delfín Carlos, heredero del trono francés, el cual aún no había sido coronado.

Juana percibió de niña los efectos de aquel huracán, pues frente a su rústica morada corría el antiguo camino romano que cruzaba el río Mosa y por el cual pasaban bandas de hombres armados o frailes peregrinos que, al hacer un breve alto, hablaban de los crímenes y saqueos que habían visto y lamentaban la debilidad del Delfín, que no había conseguido hacer de Francia una nación unida.

A la edad de doce años, Juana era una niña devota, robusta y morena, a quien nada notable había sucedido. Un día que estaba en el huerto de su padre, se vio envuelta en una intensa luz, y oyó una voz que se dirigía a ella. Se postró de hinojos aterrada, pues comprendió que era el arcángel San Miguel, patrón del Delfín y muy venerado en Francia. El Arcángel no estaba solo, sino, según explicó ella más tarde, "acompañado de ángeles celestiales". "Me anunció que Santa Catalina y Santa Margarita vendrían a mí y que yo debía seguir sus instrucciones, pues esa era la voluntad de Dios", dijo Juana.

En los cuatro o cinco años que siguieron, las santas le hablaron a menudo. Luego, cuando Juana tenía ya dieciséis años, el Arcángel se le apareció y le dijo que Dios le ordenaba ir en auxilio del Delfín y levantar el sitio de Orleáns: "La voz me mandó que fuese a ver a Robert de Baudricourt, capitán de la ciudad de Vaucouleurs, el cual me proporcionaría soldados para el desempeño de mi misión."

Sin decir nada a sus padres, Juana se dirigió a Vaucouleurs, lugar situado a unos dieciséis kilómetros de su aldea. Una vez allí se presentó por dos veces ante Baudricourt, a quien dijo que tenía la misión divina de llevar al Delfín a Reims para que fuese coronado. Las dos veces fue despedida sin miramientos; sin embargo, ella no cedió y volvió a insistir, hasta que, finalmente, impresionado por su firmeza, Baudricourt le dio un caballo, la guardia militar que le pedía y ropas de hombre.

Juana se hizo cortar el cabello al estilo masculino, y al oír una voz que le dijo: "¡Avanza sin temor!", emprendió el camino, dejando atrás los parajes de su infancia. Ahora marchaba en la noche, a través de territorio enemigo, en busca de su destino. Al acercarse a Chinon, donde se encontraba el Delfín, envió un mensajero al castillo para anunciar su llegada. El delfín Carlos, joven tímido y vacilante, la recibió, pero, para desconcertarla, recurrió a una treta. Cuando la muchacha

campesina entró en el salón de honor, magníficamente iluminado por antorchas y lleno de cortesanos, el Delfín se hallaba oculto entre éstos, modestamente vestido. Juana, sin vacilar, se arrodilló ante él; entonces Carlos señaló a uno de los allí presentes y dijo:

—Aquel es el Rey.

Juana no se dejó engañar, y respondió con suave energía:

—En el nombre de Dios, noble príncipe, el Rey sois vos y nadie más.

Después dijo que el Señor la había enviado para ayudarle a él y a su pueblo y conseguir que fuese coronado en la catedral de Reims. Mientras los demás miraban atónitos, Carlos habló largamente con la joven; el rostro del Delfín resplandecía ante las respuestas de ella. Todavía vacilaba, no obstante, por temor de que Juana fuese instrumento de alguna potencia diabólica, y la hizo interrogar por clérigos eruditos de Poitier. La conclusión a que llegaron solemnemente fue que Juana era pura e inocente.

Toda esta demora impacientaba a la joven, quien dijo al indeciso Delfín, con palabras reveladoras de una extraña y previsora sabiduría:

—Sólo viviré un año y un poco más. En este tiempo debemos realizar una gran obra.

Carlos reunió un ejército y dio una armadura de acero bruñido a Juana. Ésta ordenó que, en una capilla consagrada a Santa Catalina, se buscase detrás del altar una espada que debía estar enterrada allí. Se la llevaron, en efecto, cubierta de herrumbre, pero una vez en su mano, comenzó a refulgir como si fuera nueva. Luego mandó hacer un estandarte blanco con orla de seda y salpicado de flores de lis, en el cual figurase una imagen del Redentor con un ángel a cada lado, y las palabras "Jesús María". Enarbolando este pendón, la "Hija de Dios", como la llamó el arcángel San Miguel, se puso al frente de sus aguerridas tropas.

Orleáns, plaza decisiva en la campaña inglesa para abrirse paso hacia el valle del Loira, estaba sitiada desde hacía seis meses. Los ingleses habían construido una docena de baluartes alrededor de la ciudad. Uno de esos bastiones estaba defendido por una gran muralla de piedra de nueve metros de altura, reforzada con poderosas torres. Al llegar frente a ésta, Juana dictó una carta y, atándola a una flecha, hizo que la lanzaran por encima de la muralla. En ella decía:

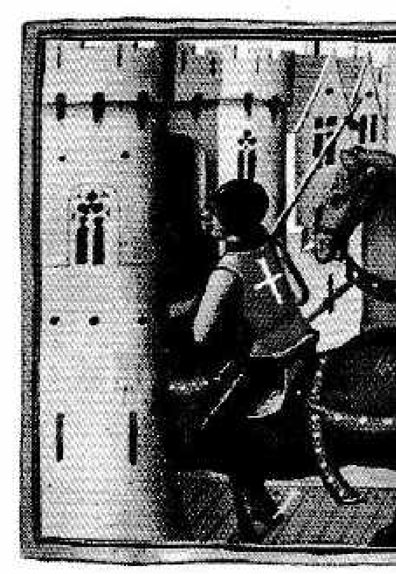
"El Rey de los Cielos os envía por mí, Juana la *Doncella*, orden y aviso de que abandonéis los fuertes y regreséis a vuestro país. Si no lo hacéis, lanzaré contra vosotros un grito de guerra que será recordado eternamente."

Juana se lanzó a la batalla para levantar el sitio y logró tomar con sus soldados uno de los reductos. Dos días más tarde atacó la fortaleza principal, pero en el momento que trepaba por una escala apoyada en el muro, una flecha la hirió en el pecho. Cuando la retiraron del lugar, ella misma se arrancó la saeta. Las trompetas tocaron a retirada. Juana se incorporó y se lanzó de nuevo al ataque. Los soldados vieron de nuevo el pendón flamear en el campo de batalla y la voz de la doncella de Orleáns que gritaba:

—¡La victoria es nuestra!

La siguieron en su audaz carrera hacia el bastión, por el cual trepó





Del manuscrito de las "Vigilias", que se conserva en la Bibliofeca Nacional de París, reproducimos en estas páginas a Juana de Arco herida. En el centro: Juana de Arco cae prisionera en Compiègne. A la derecha: El martirio de Juana de Arco en Ruán.

nuevamente; poco después, el baluarte caía en su poder. Orleáns estaba salvada.

La *Doncella* cruzó por las calles entre el repicar de las campanas. Solo entonces se hizo vendar la herida y tomó alimento: cinco rebanadas de pan mojadas en vino y agua. Así fue como una jovencita de diecisiete años infundió valor al ejército francés y cambió el curso de la Guerra de los Cien Años.

Aunque obsesionado por el sueño de su coronación que Juana le había trasmitido, Carlos volvió a sus vacilaciones. Pero la *Doncella* le imploró:





—Noble Delfín, no celebres tantos y tan largos consejos. Ven con la mayor rapidez posible a Reims y toma la corona.

Juana sabía que solo así se consolidaría la unidad de Francia y quedarían burladas las pretensiones de Inglaterra. El camino de Reims pasaba por ciudades ocupadas por el enemigo, pero Juana no conocía el miedo. Su pendón ondeaba siempre en lo más cruento de la batalla y su voz repetía:

—¡Avanzad sin temor! ¡Todo saldrá bien!

Reims se dispuso apresuradamente a recibir al Delfín, y una hermosa mañana de verano, el 17 de julio de 1492, Carlos se dirigió a la

catedral al frente de un espléndido cortejo. Junto a su trono estaba Juana de pie. No habían pasado aún cinco meses desde que salió de Domrémy.

Una vez que fue coronado, Carlos VII pensó que ya no le era tan necesaria la *Doncella* y, en vez de atender los ruegos que ella le hacía para que marchara sin demora sobre París, prefirió escuchar a los consejeros celosos de aquélla. A pesar de todo, y aunque de mala gana, llegó el momento de reanudar la campaña. Juana continuaba al frente de las fuerzas reales, las cuales tomaban una ciudad tras otra. Sin embargo, al atacar uno de los fuertes de París, las tropas francesas fueron rechazadas, y la joven fue herida en el muslo por una flecha.

Durante la semana de Pascua de 1430, voces sobrenaturales anunciaron a Juana que sería apresada por el enemigo. Siguió, sin embargo, a la vanguardia del ataque, hasta que en un combate reñido en el puente levadizo de Compiègne se encontró de pronto rodeada por los ingleses y los borgoñones; manos hostiles se apoderaron de su caballo y luego de ella misma: la *Doncella de Orléans* fue hecha prisionera. Y el hombre al que Juana había hecho rey de Francia no movió al parecer un dedo para ayudarla. Juana fue encerrada en el castillo de un noble borgoñón, y allí se enteró de que estaban celebrándose negociaciones para entregarla a los ingleses. Desesperada, se arrojó desde una elevada torre, tratando de huir y, aunque pudo haberse matado, se salvó. Contrita y arrepentida, pidió perdón.

Entre tanto, los clérigos de la universidad de París, simpatizantes del duque de Borgoña, enviaron una comunicación a aquél para que entregara a Juana al obispo de Beauvais, Pierre Cauchon, hombre astuto y ambicioso, vendido a los ingleses. La idea de procesar a Juana por herejía era tan favorable a sus intereses, como a los de los ingleses, los cuales, sin embargo, deseaban aparentar que permanecían ajenos al asunto. Por tanto, como el juicio que iba a desarrollarse en Ruán tendría carácter religioso y no político, Cauchon eligió con habilidad los jueces eclesiásticos que formarían el tribunal. Además, no se designó a nadie para que defendiera a Juana ni se llamó testigo alguno en favor suyo; Cauchon era tan poderoso que nadie se atrevió a alzar la voz en defensa de Juana.

De esta forma aquella campesina analfabeta, de diecinueve años, se encontró sola, abandonada, frente a un impresionante tribunal formado por eruditos en leyes humanas y divinas. Cada pregunta y cada respuesta constaron por escrito. Esto nos permite oír su voz a través de los siglos:

—Decís que sois mi juez. Meditad bien lo que hacéis, pues en verdad soy enviada de Dios y os ponéis en grave peligro.

Bajo el apremiante interrogatorio, Juana hizo sin reservas el relato de su breve y singular existencia. En ningún momento reconoció haber cometido herejías y siempre sostuvo que cuanto había hecho respondía a la voluntad divina. La enfrentaron a los instrumentos de tortura y no flaqueó:

En verdad, aunque me arrancaseis un miembro tras otro no podría decir otra cosa.

La amenazaron con quemarla viva y contestó:

—Aunque viese la hoguera, seguiría afirmando todo lo que he dicho.

("¡Magnífica respuesta!", garrapateó el escribiente al margen.)

La acosaron con las preguntas más dispares y ni una sola vez vaciló en la convicción que presidía su vida:

—Tengo un buen Señor, que es Dios; a Él obedezco y a nadie más.

Pero Cauchon no permitió que las firmes y honradas respuestas de Juana decidieran su suerte y, en cambio, hizo reducir sus declaraciones a doce artículos impersonales y deformados, que presentó a los jueces como base para las deliberaciones. Aquellos ilustres representantes de Dios, sometidos servilmente al obispo, dictaron el fallo que éste quería.

Poco tiempo después, un luminoso día de mayo, la joven, que parecía un tierno adolescente con sus vestimentas oscuras de varón, fue sacada de su celda y, parpadeante bajo la brillante luz del Sol, llevada a oír su sentencia.

La ceremonia se llevó a cabo en el cementerio de la bella iglesia de St. Owen, entre una multitud de habitantes de Ruán y gran cantidad de soldados ingleses. A la paciente cautiva se le leyó un sermón largo, al fin del cual se le instó a arrepentirse. Ella se negó firmemente. Los testimonios de lo que sucedió después son confusos y contradictorios; lo cierto es que a aquella muchacha "que no sabía distinguir la A de la B" se le leyó y mostró un documento y se le dijo:

—Firma, o morirás quemada.

Con una extraña sonrisa, la *Doncella* puso una marca al pie del escrito. Pensó que estaba en buenas manos; puso su confianza en la Iglesia, de la cual era hija fiel, y dijo:

—Vosotros, ministros de la Iglesia, llevadme a vuestra prisión y no me dejéis más en manos de los ingleses.

Debió ser muy amargo para ella ver que la conducían a la misma celda. Bajo promesa de que se le permitiría oír misa, aceptó ponerse ropas de mujer, pues sus trajes masculinos constituían uno de los car-

gos que se le formulaban. Pero mientras dormía, sus guardianes se llevaron el vestido. Toda aquella mañana les pidió que se lo devolvieran; sabía que al aparecer de nuevo vestida de hombre se consideraría que había vuelto a caer en el pecado. Pero sus ruegos fueron en vano, y se vio obligada a salir de nuevo en su traje de hombre.

Por tal "pecado" fue declarada hereje relapsa, la peor acusación que podía recaer sobre ella. Además, cuando Cauchon le preguntó si había vuelto a oír voces sobrenaturales, Juana respondió que sí.

—Todo lo que entonces dije y negué, lo hice por temor a la hoguera. ("¡Fatal respuesta!", anotó ahora el escribiente al margen.)

Pero su valor no desfalleció.

—Con la gracia de Dios, esta noche estaré en el Paraíso —dijo, y pidió la comunión.

Por raro que parezca, Cauchon accedió a esta última petición. ¿Sabía que su víctima era inocente? En todo caso, ella sabía que él era culpable.

—¡Obispo, muero por tu culpa! —le dijo.

En la mañana del 30 de mayo de 1431 le raparon la cabeza, le pusieron una túnica y la llevaron a la plaza del mercado de Ruán, que estaba atestada de gente. Después que Cauchon leyó la sentencia, le pusieron en la cabeza una mitra de papel, en la que se leía: *Hereje. Pecadora. Relapsa. Apóstata. Idólatra.* Pidió una cruz y uno de los arqueros ingleses improvisó con dos ramitas una, que Juana se llevó al pecho, mientras otro hombre corría a la iglesia en busca de un crucifijo que aquélla besó. Luego subió a la elevada pila de leños, con los ojos puestos en el símbolo de la Redención, y pronto las llamas se alzaron y la envolvieron. Su voz llegaba hasta la silenciosa muchedumbre, que escuchaba aterrada sus plegarias y gemidos. Por fin, en un grito postrero de agonía y de amor, Juana dijo:

—¡Jesús!

Se cuenta que uno de los ingleses, lanzándose entre la multitud, gritó:

—¡Estamos perdidos! ¡Hemos quemado a una santa!

Unos cinco lustros más tarde, Carlos VII inició un proceso para que los tribunales eclesiásticos la rehabilitaran y, llegado el momento, la Iglesia que la había condenado y a la cual Juana fue siempre fiel, la declaró inocente. Fue canonizada finalmente en 1920, en la basílica de San Pedro, en Roma. Cinco siglos atrás, sin embargo, hubo quienes supieron que en medio de ellos vivía una santa; esto completa el milagro.

LA PAZ INTERIOR

Max Eastman

El budismo ha tenido más seguidores que ninguna otra religión en la historia. Hoy día existen unos cuatrocientos millones o más de budistas, y las imágenes de Buda son tan familiares en el mundo como cualquier otro objeto de arte. Pero ¿cuánta gente en Occidente hay que sepa quién fue Buda, o cuál fue su manera de pensar sobre los problemas de la vida?

Los pintores y escultores han hecho de Buda una figura más bien rechoncha; para ser un hombre santo parece demasiado bien alimentado y demasiado satisfecho de sí mismo. Tenemos la idea de que los santos llevan una vida agonizante en su búsqueda de la luz interior. Lo mismo suponían los amigos de Buda y aquellos a quienes él primero predicó. La creencia en el renacimiento espiritual a través del sufrimiento, adquirió importancia en la India en el tiempo en que vivió Buda, unos quinientos años antes de Cristo. En aquella época, no era extraño que los jóvenes, atormentados y confundidos por la perversión del mundo, arreglaran sus asuntos, dijeran adiós a sus familias y amigos y abandonaran el mundo de la sociedad. Vivían en los bosques, y como única posesión tenían un cuenco de madera con el cual, de tiempo en tiempo, mendigaban un poco de comida. Pensaban que el renunciamiento de sí mismos y la rígida disciplina corporal acabarían por producir un momento de sublime percepción, durante el cual el secreto del Universo se les aclararía de repente.

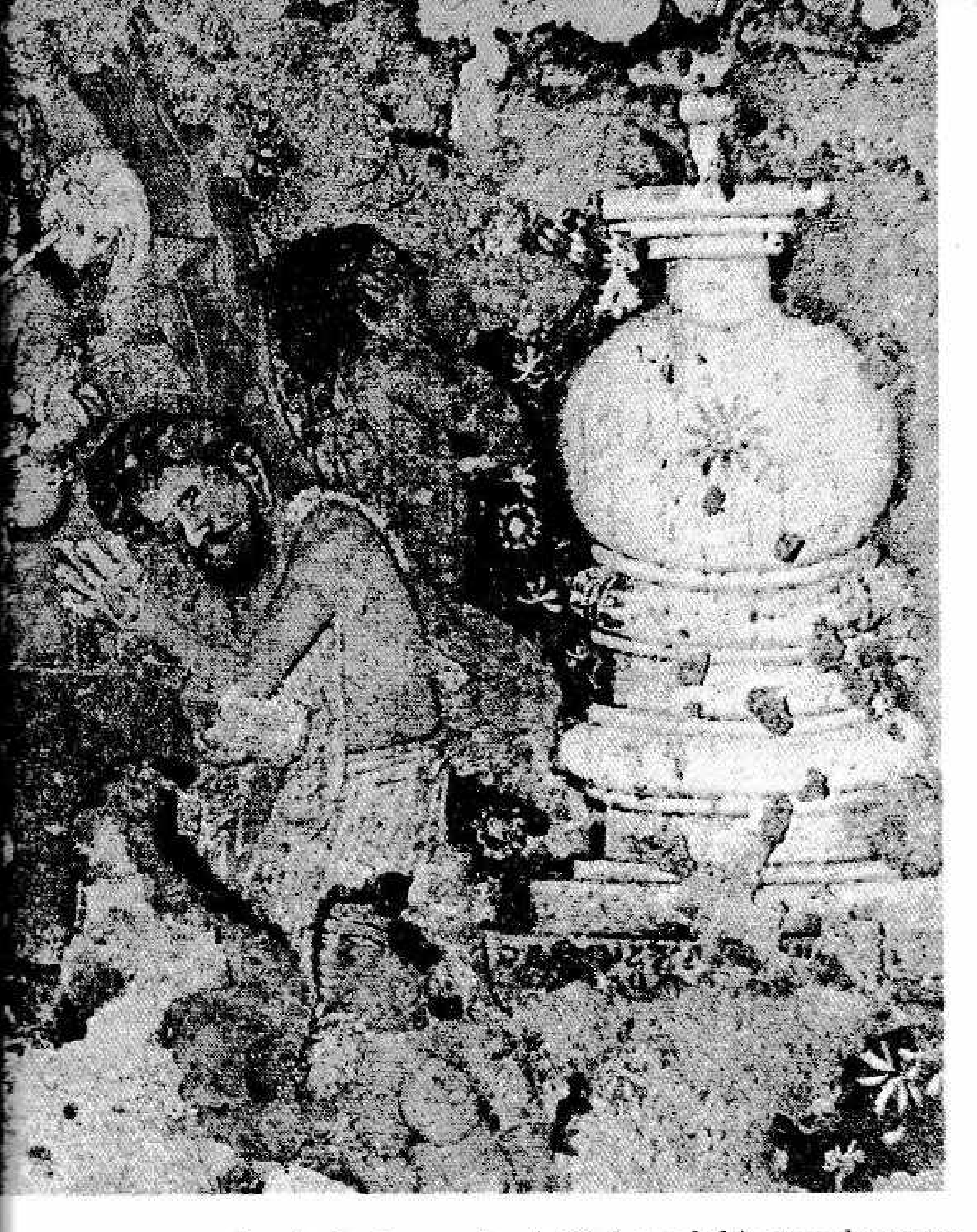
El primer acto revolucionario de Buda —o mejor dicho, de Gotama o Gautama, pues tal era el nombre de su clan, y Buda significa *el Iluminado*— fue, después de ensayar esta clase de vida, decidir que era disparatada. La tradición dice que Buda era un príncipe de un pequeño reino; estaba casado y tenía un hijo de meses. Una noche, a la edad de veintinueve años, se fue sin decir nada a nadie. Fue un momento angustioso para él: durante un instante de indecisión, miró a su esposa y a su hijo que dormían, pero se armó de valor, volvió la cabeza y se marchó. Su voluntad era de hierro. Al poco tiempo se



Buda meditando. De una pintura mural del siglo v que se encuentra en la localidad de Ajanta (India Meridional).

convirtió en un auténtico príncipe de los ascetas, y su fama se extendió "como el sonido de un gong que estuviera colgado del firmamento".

Tenía cinco compañeros, pero éstos estaban tan impresionados por la superioridad del don de consagración de Buda que no hacían otra cosa que sentarse a su alrededor y mirarlo. Un día, después de seis años de practicar una rígida disciplina, cuando su cuerpo se había convertido en un montón de huesos tambaleantes, fue atacado de violentos dolores y cayó al suelo sin sentido. Al volver en sí decidió



que para desentrañar los secretos del Universo había que adoptar un "término medio" entre el ascetismo absoluto y la prudente sensualidad. En la cultura religiosa de la India de aquellos tiempos esto fue un hecho revolucionario. Gotama fue denunciado por sus cinco compañeros como un renegado, y tuvo que continuar solo la búsqueda de la sabiduría fundamental.

Desde nuestro actual punto de vista moral y alimentario, el "término medio" de Gotama era heroico: guardaba absoluta castidad, su única

comida al mediodía consistía en arroz sazonado con *curry*; por las noches tomaba, a veces, un poco de gachas. Con esto medraba, y así se convirtió no solo en un santo de buena salud, sino también en un campeón de la resistencia intelectual. De Sócrates se cuenta que estuvo toda una noche pensando de pie en un pórtico. La misma experiencia se atribuye a Gotama, pero éste tomó la precaución de sentarse.

Gotama se sentó bajo una higuera sagrada, llamada más tarde el Árbol de la Sabiduría y la Inspiración. En el curso de los siglos, este árbol se ha ido reproduciendo con sus propias semillas. Todavía puede verse en la localidad de Buda Gaya. Al sentarse allí, Gotama decidió que no se levantaría hasta que recibiera la luz espiritual. Cerca de la madrugada, cayó en trance, durante el cual afirmó haber visto con una especie de claridad radiante toda la intrincada cadena de las causas y los efectos que regulan esta calamidad que llamamos vida. Vio con igual claridad el camino de liberación para alcanzar la gloria.

Rápidamente fue a buscar a los cinco ermitaños con los que inició su vida espiritual y que seguían pasando hambre en un parque poblado de ciervos, cerca de la localidad de Benarés. Al verlo llegar, los ermitaños se dijeron: "No demostraremos ningún respeto a este renegado." Pero según se acercaba Gotama, *el Iluminado*, salieron corriendo a recibirlo, llamándole "hermano".

Nos cuesta creer que cuando les contestó no hubiera en sus ojos una llamita de triunfo:

–Oh, monjes, no llaméis "hermano" a Tathágata, pues Tathágata es el santo y supremo Buda.

Luego Gotama, el Buda, dijo un sermón, probablemente el sermón más emocionante que jamás se haya pronunciado, a excepción del sermón de la Montaña. Al igual que éste, aquél presentaba de una manera concisa una nueva manera de vivir. El concepto de la vida de ambos sermones es asombrosamente parecido, aunque las creencias en que se basan son completamente distintas. El sermón de Buda es pesimista. Empezaba con el supuesto de que la vida como comúnmente la vivimos es casi toda sufrimientos. Los habitantes de la India Oriental encuentran natural que la vida sea triste y dolorosa, quizá porque siempre los han acosado la pobreza y las enfermedades. Es posible que si nosotros creyéramos, como lo hacen ellos, en el monótono ciclo recurrente de la reencarnación, o el volver a nacer, no nos parecería tan agradable la aventura de la vida.

El descubrimiento que hizo Buda bajo el Árbol de la Sabiduría fue que la causa del sufrimiento humano es la ignorancia. Vivimos en

perpetuo anhelo de dar satisfacciones a algo que llamamos el propio "yo". Pero no existe el tal "yo"; debemos abandonar esta ilusión y los ignorantes anhelos que van unidos a ella, tales como "el anhelo de satisfacer las pasiones, el anhelo de una vida futura, el anhelo de éxito en esta vida". Debemos aprender, liberando nuestras mentes de creencias supersticiosas, disciplinando nuestras voluntades y entregándonos al amor, a mezclarnos con el mundo y a ser una parte humilde y no exigente de él. En esto radica la paz y la verdadera felicidad.

A este estado ideal lo llamó *nirvana*. Es el estado espiritual que se representa en las imágenes de Buda: una paz sublime, pero no sobrenatural; una paz que no se adquiere con la comprensión, sino la paz que resulta de la comprensión.

Buda se esforzó en encontrar un camino que liberara a los mortales de sus miserias y los encaminara a un estado de mayor espiritualidad. Sus ocho caminos de salvación no tienen la sencilla elocuencia de las Bienaventuranzas, pero pueden parafrasearse en forma semejante. Porque "la bienaventuranza y el modo de alcanzarla" fueron el tema central de todos sus sermones.

—Bienaventurados aquellos que saben y cuya sabiduría está exenta de engaños y supersticiones.

—Bienaventurados aquellos que explican lo que saben de una manera amable, abierta y verdadera.

—Bienaventurados aquellos cuya conducta es pacífica, honesta y pura.

—Bienaventurados aquellos que ganan su vida sin hacer daño, ni poner en peligro a ningún ser viviente.

—Bienaventurados los pacíficos, que han arrojado de sí la mala voluntad, el orgullo y la jactancia, y en su lugar sitúan al amor, la piedad y la comprensión.

—Bienaventurados aquellos que dirigen sus mejores esfuerzos a disciplinarse y a lograr el dominio de sí mismos.

—Bienaventurados sin límite aquellos que por estos medios se encuentran libres de las limitaciones del egotismo.

—Y, finalmente, bienaventurados aquellos que gozan contemplando lo profundo y realmente verdadero de este mundo y la existencia que en él llevamos.

Aunque Buda nunca habló de Dios, creía en un orden moral como solo una justa y todopoderosa deidad es capaz de crear. Creía que todo acto bueno trae consigo su recompensa, y todo acto malo, su

castigo. Independientemente de lo que hagamos con la mente o con el cuerpo, no podemos escapar a la ley moral. Además, Buda, por otra parte, al sustituir los ritos y sacrificios por la extasiada contemplación de la Realidad, dio ciertos pasos hacia algo parecido a la oración individual. Su estado de franca contemplación no es en sí una oración, sino algo por lo que a menudo se reza: la resignación.

Otra causa del éxito de la religión de Buda es su asombrosa tolerancia. No existe ningún dogma budista y, por lo tanto, ningún budista persiguió jamás al hereje. Al volver la vista atrás, a través de siglos llenos de guerras, violencia y fanatismo, lo que más nos sorprende de Buda es el sereno llamamiento que hace a la razón y a la experiencia de cada hombre. De acuerdo con Buda, no solo debemos trabajar para nuestra propia salvación, sino que también debemos forjarnos nuestra propia doctrina.

"No creas nada porque te enseñen el testimonio escrito de algún viejo sabio –dijo–. No creas nada porque provenga de la autoridad de maestros y sacerdotes. Aquello que esté de acuerdo con tus propias experiencias y que después de una ardua investigación resulte conforme con tu razón y conduzca a tu propio bien y al de todos los demás seres vivientes, aquello considéralo verdad y vive de acuerdo a ello."

Estas palabras dan un significado moderno al reposo sublime y contemplativo de esas sagradas y, sin embargo, robustas imágenes de Gotama, el Buda. Dijo cosas que ningún hombre o mujer pueden ignorar después de 2500 años de agitada charlatanería acerca de la fuente de la sabiduría.

Quizá aun más grande que su sabiduría fuera su ejemplo; porque en Occidente el único calificativo aplicable a la vida de Buda es el de cristiana. Durante cuarenta y cinco años, hasta que murió, a la edad de ochenta, este genio de la voluntad y del intelecto anduvo por el valle del Ganges, levantándose al amanecer, caminando cerca de veinticinco a treinta kilómetros al día, enseñando generosamente a todos los hombres, sin esperar recompensa, ni hacer distinción de clases ni castas, el camino que había encontrado para alcanzar la felicidad. No era un agitador y jamás fue molestado ni por los sacerdotes a los que se oponía, ni por gobernante alguno. Llegó a ser tan famoso y querido que las multitudes salían a su encuentro cuando se iba acercando a una ciudad, y echaban flores a su paso. Su meta era definir correctamente y enseñar una manera noble y feliz de vivir y morir en este mundo.

CONQUISTADOR DE LOS MARES

Stefan Zweig

Todo empezó con la búsqueda de especias. Desde los lejanos días en que los romanos aprendieron a gustar de las picantes especias del Oriente, el mundo occidental no pudo ya prescindir de ellas. Durante los primeros años de la edad media, los manjares de Europa eran indeciblemente insípidos. Algunas frutas hoy comunes no se conocían; no había tomates, ni maíz; se desconocía el té, el café; inclusive en la mesa de los ricos nada había que aliviara la monotonía de los alimentos, como no se consiguieran especias.

Estas solo podían obtenerse de las Indias, y las rutas comerciales para ir y volver eran tan largas y peligrosas, tan infestadas de bandas de salteadores, que cuando llegaba a Europa la codiciada mercancía su precio la hacía prácticamente inasequible. El jengibre y la canela, por ejemplo, se pesaban en balanzas de "precisión"; la pimienta se vendía grano por grano.

La audacia que inspiró los viajes de Colón, Bartolomé Días, Juan Caboto y demás grandes exploradores de la época fue, ante todo, resultado del anhelo por hallar nuevas rutas para llegar hasta las islas de las Especias. Después que Vasco de Gama, doblando la punta meridional de África, en 1498, llegó por mar hasta las Indias, la competencia comercial e imperial en el Oriente llegó al frenesí.

En 1505 los portugueses enviaron una flotilla para establecer factorías en las Indias. Con ella fue Fernando de Magallanes, joven soldado portugués de veinticuatro años. De esta expedición y las subsiguientes, que llegaron a Malaca (cerca de la actual Singapur, puerto de paso para las islas de las Especias), Magallanes regresó con mucha experiencia y con un esclavo malayo que compró allí.

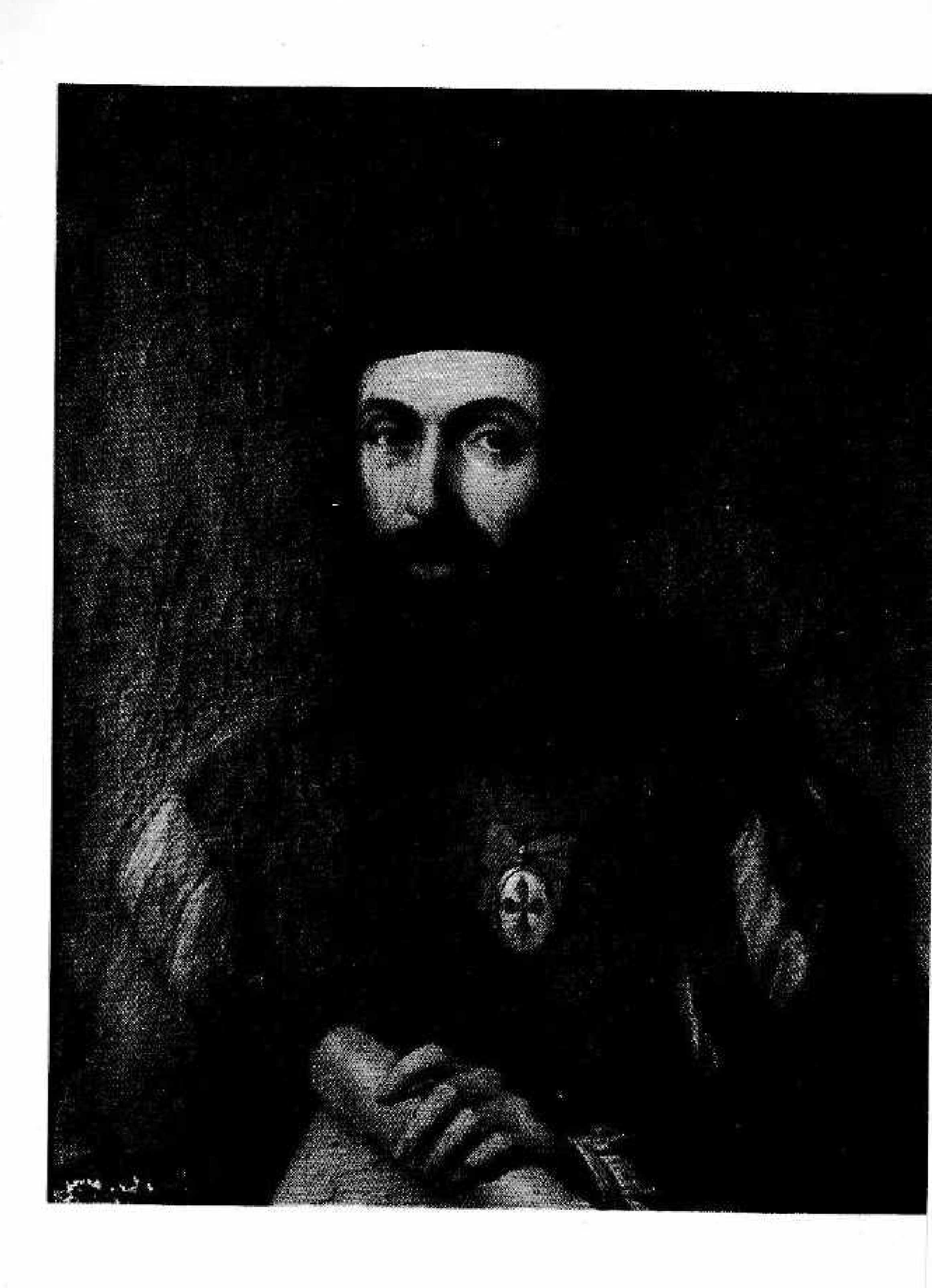
Ante Magallanes se abrieron nuevos horizontes, y éste soñaba con llegar a las islas de las Especias navegando hacia el oeste, como antes lo había soñado Colón. Pero mientras los demás navegantes decían modestamente: "Confío en hallar un estrecho", Magallanes declaraba con firmeza: "Yo sé dónde está", fundándose al parecer en su conocimiento de cierto mapa secreto que señalaba la existencia de un estrecho a la altura del Uruguay. El rey Manuel de Portugal se negó a apoyarlo, pero en la corte española su firme convencimiento causó honda impresión. El emperador Carlos V convino en armar una escuadra de cinco naves. Y quiso la fortuna que Antonio Pigafetta, joven vástago de una noble familia italiana, se embarcara en la expedición para ver "las cosas magníficas y terribles del océano". La historia tiene una gran deuda de gratitud con este hombre, pues llevó un diario minucioso de aquel viaje memorable.

La armada de Magallanes zarpó de Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1519. De los 265 hombres que se hicieron a la mar, muchos perecerían sin volver a ver las costas de la patria. Antes de la partida, Magallanes dispuso que todas las tardes saludasen a la *Trinidad*, que era la nave capitana, en la cual navegaba él, las otras cuatro que componían la flota, y diesen cuenta de la derrota que cada una llevaba. Por medio de estos contactos diarios se mantenía la disciplina.

Los capitanes de las distintas naves esperaban que Magallanes consultaría con ellos el rumbo, pero no fue así; Magallanes no les pidió parecer. Debían seguir la bandera de día y el farolillo de noche, con ciega obediencia. Cuando Magallanes, en vez de navegar al suroeste, hacia Brasil, como ellos esperaban, enderezó el rumbo hacia el sur, a lo largo de la costa africana, Juan de Cartagena, capitán de la *San Antonio*, preguntó ásperamente por qué se había cambiado el rumbo.

Es probable que Magallanes lo hubiera cambiado con la esperanza de aprovechar un alisio favorable; sin embargo, por toda respuesta, contestó que "nadie tenía derecho a pedirle explicaciones". Esto aumentó la hostilidad de Cartagena, a tal punto que una noche la *San Antonio* no se acercó a la capitana para recibir órdenes. Aquel acto ponía de manifiesto que Juan de Cartagena se rebelaba contra la

Retrato al óleo de Magallanes,
de autor desconocido, del siglo XVI.
Se encuentra en el Museo Naval de Madrid.



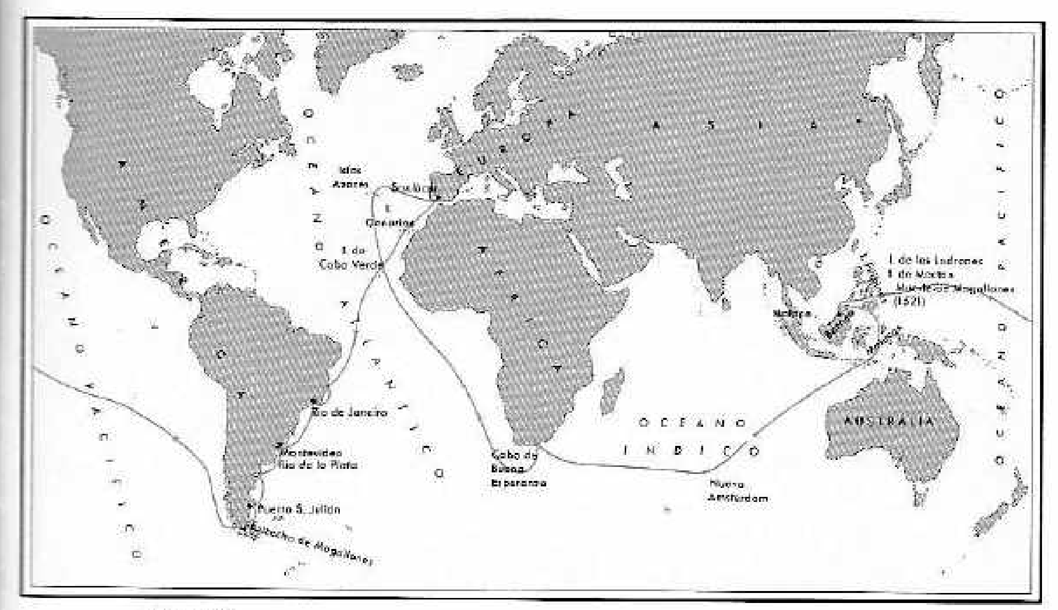
autoridad del portugués que iba al mando de la heroica armada.

Magallanes reflexionó durante varios días. Luego, como si capitulara, convocó a los cuatro capitanes a celebrar consejo a bordo de la capitana. Juan de Cartagena compareció con los otros, pero, furioso por la negativa de Magallanes a explicar el nuevo rumbo, se negó públicamente a seguir obedeciéndole. Magallanes mandó prender al rebelde inmediatamente.

La armada continuó la navegación sin tropiezo alguno, con el primo de Magallanes, Mesquita, como capitán de la *San Antonio*; el 13 de diciembre, tras once semanas de viaje, la flotilla entró en la bahía de Río de Janeiro.

La bahía debió de parecerles a los fatigados tripulantes un paraíso. Los naturales salían de sus cabañas, construidas a la orilla del bosque, para darles la bienvenida. Mostrando mucha curiosidad, pero sin recelo, se acercaron a los soldados cubiertos de recias armaduras. Estos indígenas eran gente confiada y de condición apacible. Pigafetta anota en su diario que vendían las provisiones baratísimas. Por "un cascabel daban un gran canasto de patatas". También eran extraordinariamente baratas las muchachas, las cuales, como escribe delicadamente el mismo Pigafetta, "llevaban por todo vestido su cabellera". Después de trece días de descanso y avituallamiento, Magallanes dispuso que se reanudara la navegación. Costeando Brasil en dirección sur, llegaron, el 10 de enero de 1520, a la altura del cabo de Santa María. Más allá de éste se alzaba una inmensa llanura, un monte al que bautizaron con el nombre de monte Vídeo, y de ahí el de Montevideo, la actual capital uruguaya. La anchísima ensenada por la que entraron era el estuario del río de la Plata, pero esto no lo sabía Magallanes. Durante dos semanas exploró y reconoció el estuario, creyendo que aquél podría ser la entrada del paso que andaba buscando. Finalmente, se convenció de que se hallaba en la desembocadura de un río gigantesco.

El 31 de marzo de 1520 avistaron otra abertura en el litoral. Era una bahía cerrada. Como advirtiera que la bahía estaba resguardada de las tempestades y que parecía abundar en pesca, dio órdenes de fondear. Resolvió invernar con su gente en aquel lugar, que después se llamó puerto de San Julián. Las tripulaciones empezaron a protestar, a la vez que aumentaba la tensión entre Magallanes y los capitanes españoles; el sordo descontento estalló al fin en abierta rebelión. Amparado por la oscuridad, el rebelde Cartagena, con otros dos capitanes españoles y treinta hombres armados, subió



Itinerario
del viaje
de Magallanes.

a bordo de la *San Antonio,* mató a un oficial y se apoderó de la nave.

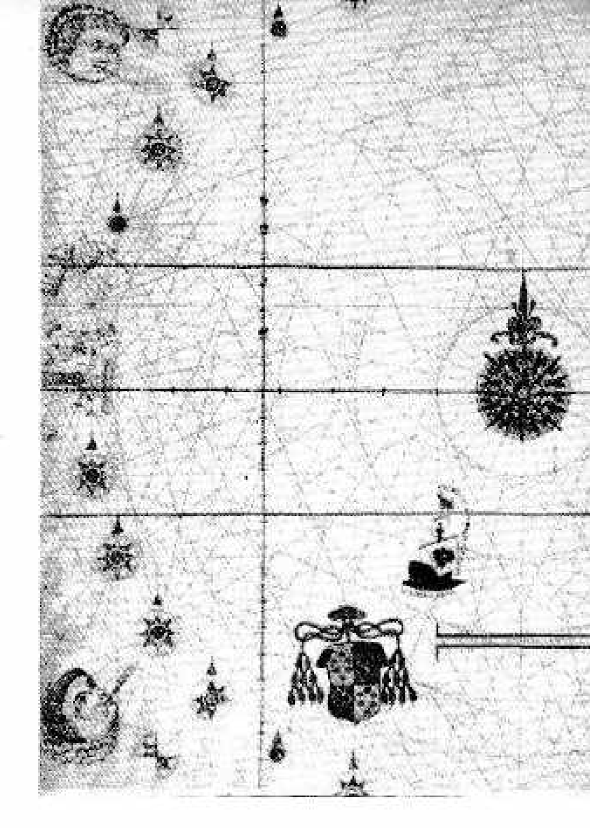
Resuelto a proceder sin contemplaciones, Magallanes envió al alguacil Gómez de Espinosa, hombre de toda su confianza, acompañado de cinco individuos, a la *Victoria*, también en manos de los rebeldes, con una carta para el jefe de estos, Luis de Mendoza.

Los revoltosos no sospecharon nada cuando vieron aproximarse el pequeño bote. ¿Cómo podrían seis hombres atacar una nave tripulada por sesenta? Con ánimo tranquilo y sereno, Gómez de Espinosa subió a bordo y entregó a Mendoza una carta en la que Magallanes le mandaba que se presentara inmediatamente en la capitana.

Mendoza leyó el mensaje, prorrumpiendo en grandes risas, por lo obvio de la trampa, pero su risa terminó en horripilante gorgoteo, porque el alguacil lo degolló de una puñalada.

Viendo muerto a Mendoza, la atónita tripulación no ofreció resistencia alguna, con lo que la *Victoria* quedó otra vez en manos de Magallanes. Este no tuvo dificultad en arrestar a los otros dos jefes rebeldes sobrevivientes, Juan de Cartagena y Gaspar Quesada.

Quesada fue condenado a muerte. Juan de Cartagena, el verdadero cabecilla de la rebelión, y cierto clérigo que había tratado de



Planisferio de autor anónimo, llamado "Carta Náutica de Salviati", porque fue donado por Carlos V al cardenal Salviati, nuncio apostólico en España. Es uno de los mapas más precisos de esa época (1526-1527), y una de las más antiguas descripciones del estrecho de Magallanes. Se encuentra en la Biblioteca Mediceo Laurenziana de Florencia.

fomentar un segundo motín, no eran menos culpables que Quesada. Pero Magallanes, en vez de ajusticiarlos, les impuso otra pena: cuando la armada reanudase viaje, ellos permanecerían en tierra, provistos de víveres y vino, para que de este modo, y según fuese la voluntad de Dios, se salvaran o perecieran en aquellos parajes.

Magallanes dispuso que se efectuasen algunos reconocimientos y exploraciones, que parecieron confirmar la creencia inicial de que aquellos parajes tan meridionales se hallaban desiertos de vida humana. Cierta mañana, no obstante, se vio aparecer en lo alto de un collado vecino una figura extraña, muy alta. "... Nosotros –escribe Pigafetta– solo le llegábamos a la cintura. Vestía pieles ingeniosamente cosidas." Asombró mucho a los españoles el desmesurado tamaño de los pies del indígena, por lo que dieron en llamar "patagones" a los habitantes de la región, y Patagonia a ésta.

Durante su estancia en el puerto de San Julián, los españoles sólo encontraron desastres. Tan pronto como pasaron las tormentas invernales, Magallanes despachó a la *Santiago*, la menor de las naves pero la más rápida, a explorar fuera de la bahía. La *Santiago* naufragó durante un temporal, aunque la tripulación consiguió llegar



a salvo a tierra. Magallanes despachó al punto una nave en socorro de los náufragos.

Finalmente, el 24 de agosto de 1520 se dio la orden de salir del malaventurado puerto de San Julián, en el cual permanecerían los dos infelices a quienes condenaron a quedar allí abandonados. Durante el año trascurrido desde el comienzo del viaje, Magallanes había perdido uno de sus barcos, había tenido que imponerles la última pena a dos de sus capitanes . . . , ¡y no había adelantado un paso hacia el fin que buscaba! ¡No había logrado ni descubierto nada!

Aquellos días debieron haber sido los más sombríos en la vida de Magallanes. Quiso seguir navegando, pero nuevas tormentas lo detuvieron otros dos meses frente a aquellas costas inhospitalarias. Sin embargo, sin saberlo, estaba muy cerca de su objetivo. El 21 de octubre de 1520 divisó unos blancos farallones que sobresalían de una costa estrechamente irregular. Al poco tiempo entraba en una extensa bahía de aguas profundas y negras. No existía ninguna señal de vida ni rastros de vegetación; nada, salvo el aullido lúgubre del viento. Los marineros miraban con temor aquel brazo de mar negro como el averno, encajonado entre montañas. Dominado por la idea de hallar el estrecho

que andaba buscando, Magallanes insistió en explorar la bahía. La *San Antonio* y la *Concepción* obedecieron a regañadientes la orden de navegar hacia occidente hasta donde pudieran, pero con la condición de volver a informar al almirante en el término de cinco días.

Apenas se hubo dividido la armada, el temporal que empezó a azotar con furia las aguas de la bahía puso a la nave capitana en riesgo de estrellarse contra las rocas. A pesar de esto, lo que más preocupaba a Magallanes era la suerte de la *San Antonio* y la *Concepción*. El huracán debía de haberlas sorprendido en los angostos pasos que habían ido a explorar, y solo un milagro podría salvarlas.

Al cuarto día de angustiosa espera, divisó una vela. "¡Alabado sea Dios! ¡Un barco, cuando menos, se ha salvado! Pero no; ¡vienen ambos!" ¡La *San Antonio* y la *Concepción* volvían de su arriesgado viaje!

Los capitanes eran portadores de la anhelada nueva. Impulsadas hacia occidente, cuando estaban a punto de estrellarse contra las rocas que tenían a proa, vieron abrirse la costa y se hallaron ante un canal. Aunque no habían navegado por él hasta su extremo occidental, estaban seguros de que aquello era un estrecho.

Más grata noticia no hubiera podido llegar a oídos del atribulado Magallanes. Se acabaron las vacilaciones. Se lanzó una salva en honor del emperador Carlos V y se rezó una plegaria para invocar el favor de Dios. Luego, con firme resolución, penetró en el laberinto que por entonces llamó de Todos los Santos, pero que la posteridad justiciera ha bautizado con el nombre de estrecho de Magallanes. Se cuenta que, cuando al fin el estrecho se convirtió en océano, al Almirante se le nublaron los ojos y resbalaron de ellos lágrimas de alegría.

La *San Antonio* fue enviada a explorar un largo brazo del estrecho, pero la nave no regresó en la fecha señalada. Magallanes pasó varios días de inútil búsqueda y al cabo llamó a un astrólogo para que leyera el horóscopo. El astrólogo leyó lo que decían las estrellas, que esta vez acertaron: la *San Antonio* había abandonado la expedición para volverse a España.

Nuevamente se vio Magallanes en la necesidad de tomar una decisión terrible. A bordo de la *San Antonio* se encontraba la mayor parte de las provisiones. Continuar el viaje sin ellas equivalía a ir a la muerte. Sin embargo, su determinación fue seguir adelante. El 28 de noviembre de 1520, las tres naves que quedaban se hicieron a la mar para internarse en un océano desconocido, en dirección al noroeste.

Magallanes se lanzó a esta empresa sin nada: las tripulaciones estaban exhaustas; el hambre amenazaba a los marinos; las naves estaban maltrechas, con la arboladura estropeada y desgarrado el velamen. Muchos debieron de envidiar a sus camaradas que habían desertado. A pesar de todo, continuaron navegando muchas semanas sin encontrar tierra. Cuando, según los cálculos de Magallanes, debían haber pasado frente a las costas de Japón, aún no habían recorrido la tercera parte del océano que llamaron Pacífico, por no haber sufrido, mientras navegaban por él, tempestad alguna.

El 6 de marzo de 1521, el vigía lanzó, por fin, con alborozada y robusta voz, el grito de ¡tierra! De haber tenido que continuar navegando dos o tres días más en aquellas condiciones, lo más probable habría sido que la posteridad no hubiera tenido jamás noticia del modo cómo había terminado aquel heroico viaje. La isla con que tropezaron fue su salvación. Continuaron viaje hacia el oeste, y una semana después divisaron una isla y otra y otra.

Había descubierto un grupo de islas desconocidas hasta entonces, las Filipinas, con el cual agregaba a los dominios de Carlos V una nueva provincia, destinada a permanecer bajo la corona de España durante más tiempo que cualquiera de los territorios descubiertos por Colón, Cortés y Pizarro.

El 28 de marzo llegaba la flota a Mazava o Mazagua, reducido islote del archipiélago filipino, en donde Magallanes presenció uno de los sucesos más notables que le habían ocurrido en su vida. Al acercarse a la costa las tres carabelas, los indígenas se congregaron en la playa. Suponiendo que esos nativos confiarían más en un hombre semejante a ellos que en uno de los españoles, Magallanes despachó como emisario a su esclavo Enrique.

¡Y aquí viene lo asombroso! Cuando los parlachines isleños rodearon a Enrique, el esclavo malayo, que llevaba años sin oír una sola palabra de su lengua nativa, no salía de su asombro al advertir que entendía gran parte de lo que le hablaban. De esta sorprendente circunstancia dedujo Magallanes que había llegado a su meta. ¡Estaba de nuevo entre gente de habla malaya! Lo que los sabios habían soñado, se convertía ahora en realidad. La Tierra era redonda, puesto que el hombre había podido circunnavegarla.

La semana que pasó en Mazava fue para Magallanes lo más grato del viaje. Calambú, rey de la isla, lo recibió hospitalariamente y le proporcionó víveres y bebidas en abundancia. Solo le quedaba continuar hasta las islas de las Especias para cumplir lo que había prome-

tido al emprender el viaje. Mas no quería alejarse del archipiélago filipino sin haberlo descubierto en su totalidad para el Rey de España, cosa que no se conseguiría con tomar posesión de un simple islote insignificante.

Preguntó, pues, a Calambú cuál era la mayor de las islas, e informado que la de Cebú, puso rumbo hacia ella, "porque (como escribe el fidedigno Pigafetta) quiso su hado fatídico que así sucediera".

Le bastó a Magallanes llegar a Cebú para advertir, a primera vista, la importancia del reino que intentaba sojuzgar. Halló surtas en la bahía varias embarcaciones procedentes de los puertos chinos, así como multitud de canoas iguales a las que había encontrado en el islote. Para aparecer ante los indígenas como el señor del trueno y el rayo, dispuso que se disparase toda la artillería de las naves, lo cual atemorizó tanto a los indígenas que huyeron a la desbandada. Despachó entonces a Enrique a tierra, para que, como intérprete, enterara al Rey de aquella gente de que los disparos no eran señal de enemistad, sino, por el contrario, amistoso saludo, y les dijese, además, que el Almirante traía muchas mercancías para negociar y que estaba deseoso de enseñárselas.

Humabon, rajá de Cebú, invitó a los emisarios de Magallanes a un banquete y se declaró dispuesto a celebrar un tratado de paz y amistad perpetuas. Magallanes, por su parte, hizo cuanto en su mano estuvo por fomentar la buena inteligencia; de esta suerte las relaciones entre los indígenas y los poderosos extranjeros llegaron a ser tan cordiales que el Rajá y la mayoría de sus súbditos expresaron espontáneamente el deseo de convertirse al cristianismo.

La suerte había favorecido en todo a Magallanes, tal y como si la misma mano de los ángeles lo fuera guiando. Pero no estaban lejos la adversidad y la tragedia. Silapulapu, reyezuelo de Mactán, pequeña isla cercana a la de Cebú, habíase mostrado siempre contrario a la autoridad del Soberano de esta última. Cuando llegaron los españoles trató desde el primer momento, y por cuantos medios tenía a su alcance, de que los demás jefes del archipiélago se negasen a suministrarles las provisiones que tanto necesitaban los navegantes.

La negativa a suministrarles provisiones antojósele a Magallanes excelente coyuntura para una demostración de fuerza. El Rajá de Cebú volvería a observar el poder del señor del trueno y el rayo.

Por primera vez desde que había emprendido el viaje, Magallanes se mostró imprudente. Rehusó aceptar los mil guerreros que el Rey de Cebú le ofrecía y se propuso demostrarles a él y a toda la

gente del Archipiélago cómo podían los españoles, sin necesidad de ayuda, darles una lección a los indígenas que, armados solo con lanzas y dagas de hojas de filo ondulado, no alcanzarían a herir siquiera a uno de ellos. Así pues, al mando de solo sesenta hombres, que repartió en tres bateles, apercibióse a la lucha, la cual le pidió al Rajá de Cebú que presenciara desde su canoa.

Por desventura para Magallanes, el reyezuelo de Mactán tenía en la configuración de la costa un aliado poderoso. Los bateles no pudieron cruzar un banco de coral, de manera que una partida de desembarco de cuarenta hombres, capitaneados por Magallanes en persona, tuvo que vadear hacia la costa, sin la protección de los arcabuces y ballestas de las embarcaciones. Gran número de indígenas esperaba en la playa, lanzando gritos de desafío.

Pigafetta, que formaba parte de la expedición de ataque y fue herido por una flecha, describe la batalla como sigue:

> *"Cuando los nativos se dieron cuenta de que el fuego de nuestras embarcaciones no los alcanzaba, nos atacaron con flechas, jabalinas y lanzas, precipitándose sobre nosotros en forma tal que a duras penas podíamos defendernos.*
>
> *"Apenas notaron que aunque llevábamos el cuerpo protegido por la armadura teníamos las piernas descubiertas, nos apuntaban bajo. El capitán Magallanes recibió en el pie derecho una herida de flecha envenenada y dio orden de efectuar una retirada lenta. Pero casi todos los nuestros emprendieron fuga precipitada, y no quedamos más que unos seis u ocho acompañándolo a él que, cojo hacía años, no podía retirarse con rapidez. Habiendo reconocido al Capitán, los salvajes se nos fueron encima, prefiriéndolo a los demás, y dos veces le derribaron el casco. Combatió bravamente hasta que un fuerte golpe en la pierna izquierda lo hizo caer de bruces entre el agua. Entonces los indios se arrojaron sobre él con lanzas y cimitarras, y lo acribillaron hasta dejarlo muerto."*

De los 265 marineros que se contrataron en Sevilla no quedaban más de 115, de suerte que no eran suficientes para tripular las tres embarcaciones. Había que sacrificar una de las naves: la *Concepción*, que hacía agua, fue descargada e incendiada; las dos naves que quedaron, la *Trinidad* y la *Victoria*, emprendieron juntas la navegación.

La falta del jefe se notó en la inseguridad del rumbo. En vez de dirigirse a las Molucas, de las que estaban muy cerca, erraron por el

mar durante seis meses. Los hombres se reunieron y dieron el mando a Juan Sebastián de Elcano, natural de Guetaria (Guipúzcoa).

Al fin, casi por accidente, llegaron a las Molucas, las islas de las Especias, y el 8 de noviembre de 1521 desembarcaron en Tidore. Los habitantes se mostraron increíblemente amistosos. Todo lo que pudieron desear los españoles lo obtuvieron en abundancia. Compraron la mayor cantidad de especias que pudieron, dando a cambio de ellas mosquetes, capas, cinturones. Ahora que volvían a la patria, se harían ricos vendiendo los tesoros adquiridos a costa de tantas vidas.

Abastecidas y cargadas las naves, ya a punto de dar vela, el maltrecho casco de la *Trinidad*, crujiendo sordamente, abrióse por una de las costuras del fondo. La *Victoria* no podía esperar más. Se decidió, pues, que cincuenta y uno de los hombres tendrían que quedarse en las islas de las Especias hasta que la *Trinidad* fuese reparada.

El viaje en que la malparada *Victoria* completó la circunnavegación del mundo, en la primera mitad de la cual había invertido treinta meses, es uno de los hechos más heroicos que registra la historia. La nave llevaba provisiones para cinco meses, pero no habiendo sido posible conseguir sal, el calor del ardiente sol de los trópicos fue causa de que se empezase a pudrir el cerdo de que se componía la mayor parte de ellas. Tan pestilente era el hedor de aquella carroña, que la tripulación optó por tirar al agua toda la carne.

El hambre volvió a ser la compañera de los infortunados navegantes. Casi todos los días se echaba al mar un cadáver. El 9 de julio de 1522, cuando fondearon, después de cinco meses de navegación, frente a Santiago, en las islas de Cabo Verde, después de rodear el cabo de Buena Esperanza y navegar hacia el norte por la costa de África, más de veinte hombres habían sido sepultados en el océano.

Hallábanse ahora en aguas de una bahía perteneciente a los portugueses. Desembarcar equivaldría a entregarse en manos de sus enemigos. Pero no dejándoles otra alternativa el hambre que los apremiaba, Juan Sebastián de Elcano despachó gente a tierra, aunque advirtiéndoles que había que hacer creer que la *Victoria* volvía de un viaje a América. Los emisarios regresaron trayendo cargamento de provisiones en el batel que los había llevado, y en el cual se les envió de nuevo en busca de más. En aquel momento, Elcano advirtió que algunas carabelas surtas en la bahía se aprestaban a zarpar; los portugueses habían descubierto el engaño. Así pues, abandonando a su propia suerte a los que se hallaban en tierra, levó anclas con gran prisa y salió a toda vela.

Rechinantes las cuadernas, fatigosas las velas, como si gastara sus postreras energías en aquel final esfuerzo, la *Victoria* continuó el viaje hacia España. De los sesenta y seis hombres que había a bordo cuando salió hacia las islas de las Especias, apenas quedaban unos pocos, cuyos brazos no daban abasto para manejar las bombas con que era menester achicar el agua continuamente. El 4 de septiembre de 1521, día en que avistaron, por fin, el cabo San Vicente, al suroeste de Portugal, "estaban más débiles de lo que nunca estuvo hombre alguno".

Después de dos días llegaron a la desembocadura del Guadalquivir, de donde habían salido tres años atrás.

A la mañana siguiente, la *Victoria* remontaba el curso del río, en dirección a Sevilla. Al avistar la ciudad, Elcano mandó disparar una salva. Prolongado por el eco, el estampido retumbó de una a otra margen sobre las aguas lucientes y trémulas. La voz de la pólvora parecía decir: "¡Hemos regresado! ¡Somos nosotros, los primeros que han circunnavegado el mundo!"

Grande era el gentío que se congregaba en la orilla del Guadalquivir. Con profunda emoción, la enorme masa de personas allí reunidas no podía apartar sus ojos de los dieciocho supervivientes que desembarcaron de la *Victoria*. El semblante, la traza, el fatigoso paso de aquellos valientes revelaban las crueles penalidades y privaciones que durante aquellos tres años habían pasado.

Declinando los manjares que les ofrecían, quisieron, ante todo, cumplir la promesa que habían hecho en su hora de mayor tribulación, y marcharon descalzos, en procesión, a la iglesia, donde, después de dar gracias al Todopoderoso por haberles permitido volver a salvo de aquel viaje, oraron por el eterno descanso del jefe caído en Mactán y de los compañeros que en número de más de doscientos habían perecido durante la expedición.

Por lo que respecta a los mercaderes que habían colaborado en la preparación de la flota, tenían motivo sobradísimo para sentirse satisfechos. Los 520 quintales de especias que componían el cargamento de la *Victoria* dejaron una utilidad líquida de 45.000 ducados de oro, suma ésta que a más de cubrir con exceso lo desembolsado por la expedición, compensaba con creces el valor de las cuatro naves que se perdieron.

En cuanto a Magallanes, la historia no podrá olvidar jamás al navegante, al hombre que al descubrir las verdaderas dimensiones de nuestro globo, demostró también las alturas a que es capaz de elevarse el valor humano.

PUSO SU ESPADA AL SERVICIO DE LA LIBERTAD

*Bonifacio del Carril**

En un día caluroso y húmedo del mes de marzo de 1812 los palos de la fragata *George Canning* movíanse apenas mecidos por la brisa del río. El barco había anclado frente a la pequeña aldea, que era entonces la ciudad de Buenos Aires. Después de trasbordar a una pequeña balandra, que navegó brevemente sobre las toscas del río, los viajeros pasaron a la carretilla de desembarque, pequeño carro de altas ruedas del que tiraban dos caballos, conducido por un gaucho de exótica indumentaria. El grupo de forasteros que arribó de esta pintoresca manera a Buenos Aires estaba compuesto por jóvenes militares de diversa graduación y origen. Todos habían abandonado el ejército español de la Península, en cuyas filas habían combatido con valor y con denuedo. Todos venían a ofrecer sus servicios al gobierno que se había constituido en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810 para luchar por la causa de la independencia americana.

El jefe ostensible del grupo era un hombre de regular estatura, tez cetrina, nariz algo pronunciada, mirada penetrante y decidida: el teniente coronel de caballería don José de San Martín. Había nacido (1778) en el corazón de la tierra americana, en Yapeyú, pueblo de las

**Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia (Argentina). Correspondiente de la Real Academia de la Historia (España) y de la Academia Nacional de la Historia (Perú).*

antiguas misiones jesuíticas del Alto Uruguay, que se encontraba entonces dentro del Virreinato del Río de la Plata, gran parte del cual es hoy la República Argentina. Poco tiempo, sin embargo, había vivido en el lugar de su nacimiento. Hijo de don Juan de San Martín, capitán del ejército español destacado en la colonia, y de doña Gregoria Matorras, española y castellana como él, tanto José Francisco, el menor de la familia, como sus cuatro hermanos y una hermana fueron llevados a España a temprana edad para ser educados.

San Martín tenía cinco o seis años de edad cuando llegó a la Península. En ella creció y se hizo hombre. Junto con sus otros tres hermanos varones, se dedicó muy joven a la carrera de las armas. En el ejército español sirvió durante veintidós años. Fue un brillante oficial que se destacó especialmente en las guerras contra los franceses —en la carga de Arjonilla, en la batalla de Bailén y en la defensa de Cádiz— hasta alcanzar el grado de teniente coronel.

Era Cádiz a la sazón un verdadero hervidero de conspiraciones. Tras la abdicación de Carlos IV, y en medio del estado caótico y desconcertante de la dinastía en la península ibérica, San Martín tuvo noticias del movimiento revolucionario que había estallado en América. A fines de 1811 la logia que se había constituido en Cádiz estaba integrada por muchos liberales, españoles europeos y americanos, que deseaban implantar la independencia en América como medio para asegurar el imperio de la libertad e impedir el retorno del absolutismo. A ellos se unió San Martín, que pasó primero a Londres, desde donde se dirigió al Río de la Plata.

San Martín tenía unos 35 años cuando llegó a Buenos Aires. Era un hombre hecho y derecho, de energía indomable, que no dejaba librado nada a la improvisación. Pero era prácticamente un desconocido. Tampoco conocía él la pequeña ciudad, poblada entonces apenas por cincuenta mil habitantes. Sin embargo, tenía un firme plan de acción que pronto iba a poner en práctica. Pensaba que todo militar decidido a realizar una acción política de la naturaleza de la que él había de emprender, debía tener una fuerza armada en que apoyarse y contar, además, con la ayuda de un gobierno de "amigos sólidos".

Lo primero que hizo en Buenos Aires fue, pues, crear una pequeña fuerza militar que le acompañó en todas sus gloriosas campañas: el célebre regimiento de Granaderos a Caballo. Hasta entonces la revolución argentina había sido conducida por jefes de milicias o militares improvisados, con muy pocas excepciones. San Martín, militar de escuela, se aplicó pacientemente a instruir a sus reclutas. Todos tenían

que ser altos, fuertes y valientes, bien disciplinados. Lista al fin para la acción la pequeña fuerza, y sabedor San Martín de que los realistas españoles tratarían de avituallarse en el Convento de San Lorenzo, sobre el río Paraná, llevó hasta allí a sus granaderos. Evitando el ardiente sol de enero, y tratando de ocultar sus movimientos, cabalgaron de noche. En la mañana del 3 de febrero de 1813, los 120 jinetes criollos sorprendieron a casi 300 aguerridos españoles y los granaderos recibieron su bautismo de fuego con el sabor de la victoria.

San Martín organizó también la Logia Lautaro, sociedad secreta de tipo masónico, que debía prolongar en América la acción de las logias que se habían constituido en España para sostener el ideario liberal y que promovió bien pronto la instauración de un gobierno de "amigos sólidos" en Buenos Aires: el segundo Triunvirato.

Mientras tanto, San Martín trató de relacionarse socialmente. A poco de llegar a Buenos Aires casó con doña Remedios de Escalada, joven de quince años de edad perteneciente a una distinguida familia porteña cuyo padre, independentista decidido, era conservador en todo lo demás. El choque entre San Martín y la familia de su suegro fue inevitable: el uno, militar rígido y austero, por una parte, aunque conversador brillante y subyugador, así como verdadero místico de su ideología liberal; la otra, familia aristocrática de pequeña aldea, preocupada porque Remeditos tuviese siempre los "atavíos correspondientes a su edad y nacimiento".

El gobierno de "amigos sólidos" tuvo efímera duración. El movimiento revolucionario argentino había comenzado con una junta constituida en mayo de 1810, a la que siguió, un año después, la llamada "Junta Grande", integrada con representantes del interior. La junta delegó a su vez las funciones ejecutivas en un triunvirato que, con cambios en su composición, se mantuvo hasta comienzos de 1814. Al principio, los criollos gobernaban a nombre de Fernando VII y "para conservarle sus posesiones". Pero la idea de la independencia era cada vez más firme y la ficción se hacía muy difícil de mantener. San Martín influyó decisivamente para que, en el año de 1813, se reuniese en Buenos Aires una asamblea general constituyente que siguió en sus líneas generales la orientación liberal de las Cortes de Cádiz de 1812 y que debía declarar la independencia. No llegó a hacerlo, pero tomó medidas que la anunciaban: autorizó el uso de una bandera nacional, decretó la abolición de la esclavitud, adoptó un himno patrio, mandó acuñar moneda y creó un poder ejecutivo unipersonal con el título de Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Lamen-



Este retrato del general José de San Martín,
óleo de autor anónimo, fue pintado en Bruselas
en 1827. La obra se encuentra actualmente
en el Museo Histórico Nacional, en La Plata, Argentina.

tablemente, junto con los signos inequívocos del nacimiento de la nueva nación, apareció el fermento de las disensiones políticas y de una creciente anarquía.

San Martín estaba firmemente dispuesto a no dejar que su proyecto de acción continental fuese esterilizado por la lucha de facciones que se había desatado en Buenos Aires. Decidió entonces abandonar la Argentina y dirigirse a Chile para continuar desde allí su intento de derrocar a los españoles absolutistas de Lima. No obstante, un acontecimiento, no del todo inesperado, vino a complicar las cosas. El 2 de octubre de 1814 el general español Osorio derrotó totalmente en la batalla de Rancagua a las fuerzas independentistas chilenas. Chile volvió a caer en manos de los realistas. El plan de acción que San Martín había concebido, inicialmente modesto, debió ser remplazado por un programa de epopeya: organizar un ejército de apreciables dimensiones, cruzar los Andes con todos sus hombres y con la correspondiente impedimenta, liberar a Chile y, de ahí, seguir al Perú con un nuevo ejército.

A la sazón se encontraba en Mendoza con el cargo de gobernador intendente de Cuyo. Permaneció allí durante más de dos años trabajando, con paciencia de benedictino, para organizar el Ejército de los Andes en un país que carecía de los recursos materiales más indispensables. Pero todo lo hizo con admirable éxito, desde fundir sus propios cañones y municiones, fabricar la pólvora, hacer coser la bandera y los uniformes, hasta reclutar, organizar, disciplinar e instruir militarmente al ejército.

Apenas llegado a Mendoza, había escrito a su mujer para que fuese a acompañarle. Remedios, vencida al fin la resistencia de sus padres, pronto ocupó su lugar al lado de San Martín. Y pronto también demostró su carácter organizando a un grupo de damas —las célebres *patricias mendocinas*— que se despojaron de todas sus alhajas, de su oro y plata, para reunir los fondos que el Ejército necesitaba con angustia. Meses más tarde nació Mercedes, hija única del general San Martín, la *infanta mendocina*, fruto de su breve, casi fugaz vida matrimonial.

En el año 1816 el trabajo estaba ya avanzado. Pero San Martín no podía abandonar el territorio argentino sin que antes se hubiese proclamado la independencia del país, objetivo político primero y primordial de su viaje a América. Insistió entonces al efecto, vehementemente, ante el Congreso de las Provincias Unidas, reunido en San Miguel de Tucumán, y el 9 de julio de 1816 se declaró la independencia de lo que es hoy la nación Argentina. Finalmente, en enero de 1817, el Ejército

de los Andes se puso lentamente en marcha. Habían pasado cinco años desde la llegada de San Martín a Buenos Aires. Se despidió éste de su mujer y su pequeña hija, de sus amigos y de la provincia de Mendoza, y montado en una pequeña mula comenzó la larga travesía. La mole inmensa de la cordillera se interponía entre el héroe y el camino de la gloria. Pero bien sabía él cómo y a qué precio había de conquistarla.

El paso de los Andes por el Aconcagua y Uspallata fue una proeza militar con muy pocos precedentes en la historia. "Las dificultades que tuvieron que vencerse –escribió el mismo San Martín– para el paso de las cordilleras solo pueden ser calculadas por quien las haya pasado." En los enormes e inacabables desfiladeros, en las cimas de las montañas más empinadas, no había caminos, ni poblaciones, ni pastos, ni alimentos, ni recursos de ninguna especie. La falta de agua era apremiante. El ejército salió con 10.700 mulas de silla y carga de las que solo llegaron a Chile 4.300; de los 1.600 caballos, solo llegaron 511. Los obuses y las piezas de batalla debieron ser conducidos en zorras y, mucha parte del camino, a brazo, con el auxilio de cabrestantes en las grandes eminencias; los víveres para veinte días, en que se calculó la marcha, a lomo de mula.

El 12 de febrero de 1817, en la falda occidental de la cordillera de los Andes, apenas pasadas las altas cumbres, San Martín se encontró con parte del ejército realista que le aguardaba. Una inteligente acción de espionaje y de difusión de noticias falsas –la denominada guerra de zapa– había desconcertado al general español que gobernaba a Chile, obligándole a mantener una vigilancia a lo largo de toda la cordillera, con la consiguiente dispersión de fuerzas. La carga final en la Cuesta de Chacabuco fue arrolladora. San Martín la condujo personalmente, sable en mano, al frente de sus legendarios granaderos. El primer paso estaba dado. Dos días después entró en Santiago, de donde había huido el gobernante español.

La entrada en la capital de Chile fue apoteótica. San Martín rehusó terminantemente asumir el gobierno del país que había liberado. Puso, en cambio, en el poder al general chileno don Bernardo O'Higgins, un verdadero "amigo sólido". Pero las fuerzas realistas no estaban vencidas totalmente, ni mucho menos. Atrincheradas en Talcahuano resistieron victoriosamente los intentos que se hicieron para desalojarlas. El Virrey del Perú envió nuevos e importantes refuerzos para defender la plaza sitiada. San Martín creyó siempre que era necesario hacer salir a los españoles para batirlos en el llano, donde pudiese maniobrar con su

célebre caballería. Finalmente lo consiguió y los dos ejércitos marcharon sobre la ciudad de Talca. Antes de librar la batalla, el 12 de febrero de 1818, aniversario de la victoria de Chacabuco, y de común acuerdo con O'Higgins, hizo jurar solemnemente la independencia de Chile de la dominación del Rey de España y de toda otra nación extranjera. La segunda etapa estaba cumplida.

Nunca ha sido aclarado debidamente lo que ocurrió después. En la noche del 19 de marzo, en los campos de Cancha Rayada, el Ejército Unido de la Argentina y Chile estaba tomando posiciones para la batalla que San Martín pensaba librar al día siguiente. El ejército español, inferior en número, lo atacó sorpresivamente. En medio de la oscuridad y la confusión, le tomó la mitad de la artillería, lo dispersó y lo puso en fuga. Felizmente, el coronel Gregorio las Heras pudo retirarse de la acción con su columna relativamente en orden. Surgió entonces en toda su magnitud el genio militar del conductor y el estratega, que no perdió la serenidad ni las aptitudes de mando. En menos de dos semanas San Martín rehízo su ejército y preparó cuidadosamente el nuevo plan de batalla, y el 5 de abril de 1818, con las mismas fuerzas que habían sido derrotadas en Cancha Rayada, aniquiló completamente al ejército realista español en los llanos de Maipú, a las puertas de Santiago. "Nada queda del ejército enemigo", pudo decir con legítima satisfacción en su lacónico y espartano mensaje al gobierno de Buenos Aires. La independencia de Chile estaba asegurada para siempre. La de la República Argentina, también.

Maipú fue un jalón, pero de ninguna manera un alto en el camino. Durante otros dos largos años, contra todos los obstáculos y las más tremendas dificultades políticas, San Martín se dedicó a preparar en Chile el Ejército Libertador del Perú. Vivía en la antigua residencia del obispo de Santiago. La casa y la mesa estaban montadas, dice uno de sus oficiales, a la altura correspondiente a su rango. Pero San Martín observaba un régimen de vida sencillo. Se levantaba a las siete de la mañana, impartía la orden general del día al ejército, y seguía trabajando en el despacho. A las doce comía un puchero, con vino de Burdeos y un poco de dulce, solo en su cuarto, en una pequeña mesa, sentado en una silla baja y con un solo cubierto. Concluida su frugal comida, dormía un par de horas. Luego se vestía para asistir a la mesa, que tenía siempre tendida para sus secretarios, edecanes, oficiales e invitados. Se sentaba después de que se hubiese servido la sopa; no comía, pero participaba en la tertulia de los demás. Trabajaba en seguida incansablemente hasta la noche. En público vestía siempre el uniforme de

Granaderos a Caballo. Llevaba a veces pantalón largo hasta el empeine del pie, con botonadura al costado de la pantorrilla, llamada de *medio sajón,* sombrero apuntado, forrado en hule, y el sable corvo. En la casa usaba una chaqueta de paño azul, larga y holgada, guarnecida con pieles de marta de Rusia; y, en invierno, un levitón hasta el tobillo.

Pero la anhelada expedición se demoraba indefinidamente. Las penurias financieras de la Argentina y de Chile en esos días eran, en realidad, insalvables. El régimen político instaurado en la Argentina después de la Revolución de Mayo había sufrido un verdadero colapso. La anarquía que pronto habría de dominar al país era ya inevitable. En noviembre de ese año San Martín, que se encontraba en Mendoza con su mujer, gravemente enferma, escribía al respecto: "Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible, pero si no se emprende la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo." Sin comunicar a nadie la totalidad de sus planes, resolvió volver a Chile sin más demora. Pero él también estaba enfermo, postrado en cama, sin poder moverse. Hizo entonces construir una camilla, y con la sola compañía de su edecán y de su médico, trasportado a hombros por un grupo de fieles soldados, inició otra vez la travesía de los Andes. Llegado a Chile, ordenó que la oficialidad del ejército se reuniese en Rancagua, y le comunicó su sorprendente resolución: habiendo desaparecido la autoridad nacional argentina que le había designado general en jefe del Ejército de los Andes, San Martín había resuelto abandonar el cargo y pedir a la oficialidad que designase un jefe en su remplazo. La oficialidad rechazó unánimemente la renuncia de San Martín y le eligió para que continuase en el puesto, pero a partir de ese momento quedaron rotos los vínculos de subordinación que pudiesen unir al Ejército de los Andes y a su general con el gobierno que las facciones sediciosas intentasen constituir en Buenos Aires.

La fuerza libertadora pronto quedó organizada. Enarboló por decisión de San Martín la bandera chilena y embarcó en Valparaíso en una escuadra formada a principios de 1819. A su frente iba un marino británico, Tomás Cochrane, quien en 1818 había llegado a América dispuesto a servir la causa de la independencia. Cochrane completó su tripulación chilena reclutando marinos ingleses, norteamericanos, franceses y portugueses, a los que hizo venir desde Buenos Aires a través de los Andes.

San Martín desembarcó en las costas del Perú en septiembre de 1820. En cuanto el virrey Pezuela se enteró de su llegada, le invitó a celebrar negociaciones tendientes a obtener una solución pacífica de

sus diferencias. San Martín aceptó de buen grado. A primera vista podrá sorprender esta actitud poco bélica del vencedor de Maipú. Dos factores debió, sin embargo, tener en cuenta en ese momento para definir su actitud. En primer lugar, las fuerzas que había podido reunir para formar el Ejército Libertador no eran de manera alguna suficientes para vencer en lo que hoy se llamaría un ataque frontal contra los realistas españoles. Por otra parte, una importante novedad de orden político se había producido en España. El 1º de enero de 1820 el general Rafael de Riego se había pronunciado en la ciudad de Cádiz exigiendo y obteniendo que el rey Fernando VII pusiese nuevamente en vigor la constitución liberal de 1812. En realidad, los compañeros de causa y de ideología del general San Martín gobernaban entonces en España.

Sin embargo las negociaciones, efectuadas en Miraflores entre los enviados de San Martín y del Virrey, concluyeron en un fracaso casi inmediato dadas las posiciones irreductibles de ambas partes: la de los españoles, quienes insistían en que San Martín abandonase su empresa so pretexto de que España era ya una monarquía constitucional y que la constitución restablecida amparaba por igual a españoles y americanos; y la del propio San Martín, que exigía como paso previo a toda negociación que el Virrey del Perú aceptase y reconociese no solo la independencia del Perú, sino las de Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Tendidas así las líneas, empezó sin más demora la acción. Por un lado, San Martín comenzó a mover su ejército, embarcando y desembarcando sucesivamente sus fuerzas. Dispuso el envío de dos columnas a distintos puntos de la sierra, con expresas instrucciones de no dar ni aceptar batalla, y fue poco a poco obteniendo nuevas e importantes adhesiones a la causa que representaba. Promovía la insurrección en las provincias, desorientaba al enemigo con sus movimientos y, en general, desarrollaba una efectiva táctica de desgaste. Al cabo de seis u ocho meses la posición del virrey Pezuela en Lima era insostenible. La discordia, nacida de la impotencia, había cundido entre los jefes militares españoles; repusieron éstos al virrey Pezuela y designaron en su remplazo al general José de la Serna. Mientras tanto, el gobierno de Madrid, para buscar un avenimiento con los jefes de la revolución, había enviado a América a don Manuel Abreu, Comisionado Regio. Éste, al llegar al Perú, y antes de comunicarse con La Serna, se dirigió al campamento de San Martín. Después de conversar con éste, el Comisionado del Rey siguió camino hacia Lima. Las negociaciones queda-

ban reabiertas. En esta nueva ocasión los representantes se reunieron en la hacienda de Punchauca. La conferencia finalizó con la intervención directa y personal de San Martín y del virrey La Serna.

San Martín mantuvo en Punchauca el mismo punto de partida que en Miraflores. La independencia del Perú, y también las de Chile y de las Provincias Unidas, tenía que ser reconocida previamente. Pero la independencia no fue jamás para San Martín un fin en sí mismo. Libertad no es anarquía, sino todo lo contrario; orden y jerarquía. Su liberalismo era naturalmente republicano, pero llegó a aceptar que se mantuviese el régimen monárquico constitucional en los países de América porque lo creyó una forma de asegurar el orden, evitar el caos y reafirmar la libertad. Propuso entonces proclamar la independencia del Perú, concluir definitivamente la guerra y establecer una monarquía constitucional con un príncipe español en el trono. Incluso se ofreció a ir personalmente a España para obtener que el gobierno de la Península aceptase esa solución.

Esa tarde, según refiere un testigo presencial de los sucesos, se sirvió una mesa frugal a la que asistieron San Martín y La Serna, quienes a juzgar por su radiante alegría habían olvidado su rivalidad y las distintas rutas a que les empujaba la fortuna. Los brindis fueron igualmente significativos. El Virrey brindó por el feliz éxito de la reunión de Punchauca; San Martín, por la prosperidad de España y por América. Después se propusieron otros brindis alusivos al restablecimiento de la unión y fraternidad entre los españoles, europeos y americanos.

Hasta aquí puede decirse que se desarrolló la parábola ascendente de la carrera del general San Martín. Porque a pesar de los brindis y de la emoción del momento, los generosos propósitos de la conferencia de Punchauca no llegaron a concretarse. Influyó para impedirlo el predominio del espíritu absolutista español, a pesar de la influencia temporal en España (hasta 1823) de los constitucionalistas de Riego. España perdió así la oportunidad de tratar de constituir una federación de naciones independientes, si bien fuertemente ligadas entre sí, al estilo del muy posterior "Commonwealth" británico. En todo caso, pronto se rompieron de nuevo las negociaciones y los españoles, conscientes de su debilidad táctica, abandonaron la ciudad de Lima. San Martín entró en ella inmediatamente, y el 28 de julio de 1821 se proclamó solemnemente la independencia del Perú.

El abandono de Lima no era cosa que hubieran decidido los españoles sin buenos motivos para ello. En el Perú existen dos regiones geográficas perfectamente definidas: la costa y la sierra –la primera,

de muy difíciles condiciones climáticas; la segunda, favorecida por la altura y lo abrupto del terreno para propósitos defensivos–Tanto el Ejército Libertador como el realista habían sufrido grandemente como consecuencia de la insalubridad del clima costero. La Serna había preferido retirarse a la sierra y hacerse allí prácticamente inexpugnable.

Para San Martín la retirada española significaba indudablemente una victoria estratégica y moral considerable. Sin embargo, no estaba en cóndiciones de organizar en Lima un gobierno de "amigos sólidos", como lo había hecho en la Argentina y en Chile. Debió asumir él mismo el poder, con el título de Protector del Perú, afrontando por primera y única vez en su vida una responsabilidad para la que no sentía vocación alguna. Por otra parte, en el aspecto militar, bien pronto habría de ponerse de manifiesto la difícil situación a que lo sometía la necesidad de mantener la posesión de la ciudad.

Fue en tales circunstancias que el ejército comandado por el general Simón Bolívar se acercó a Quito. San Martín envió algunas fuerzas en apoyo de las avanzadas de Bolívar que contribuyeron al triunfo de Pichincha y se cubrieron de gloria en Río Bamba, con la carga famosa de los granaderos del general argentino Juan Lavalle. El auxilio de las fuerzas de Bolívar era todo lo que necesitaba San Martín para terminar definitivamente la guerra. Se dirigió entonces al Libertador pidiéndole una entrevista, que se realizó finalmente en Guayaquil.

Mucho se ha escrito sobre el misterio de la entrevista de Guayaquil, debido sobre todo a que los protagonistas se reunieron privadamente y sin testigos, de forma que no quedó constancia escrita de sus acuerdos ni conversaciones. Sin embargo, si se atiende a las palabras y actitudes posteriores tanto del Protector como del Libertador, no debe quedar duda alguna en cuanto a lo esencial del histórico intercambio. Bolívar ha dicho que no hubo ofrecimiento que San Martín no le hiciera; San Martín, por su parte, ha afirmado que incluso se ofreció a continuar combatiendo a las ordenes de Bolívar y que éste no lo aceptó. No hay contradicción, pues, entre ambas afirmaciones.

Aquí se puso de manifiesto la entereza del carácter abnegado de San Martín. Sin siquiera discutir el tema con sus consejeros y oficiales más allegados, decidió retirarse de la vida pública poniendo todos sus recursos militares y políticos a disposición de Bolívar. El 20 de septiembre de 1822, exactamente dos años después del día en que San Martín desembarcó en Pisco, se reunió solemnemente en Lima el Congreso del Perú. En medio de un silencio expectante, el prócer se dirigió a la asamblea con breves y sencillas palabras; declinó el cargo de Protector,



"El paso de los Andes", famoso óleo de Augusto Ballerini, fue pintado en 1890 y se conserva en el Museo Histórico Nacional, en La Plata, Argentina.

se despojó de la banda bicolor, insignia del poder que había ejercido, y se retiró de la sala. El Congreso le otorgó el título de Fundador de la Libertad del Perú. Esa misma noche San Martín dictó un breve mensaje de despedida a los habitantes del país cuya independencia había fundado, y calladamente, estoicamente, se alejó sin una protesta para siempre del Perú. Dos años después, la victoria del general patriota Antonio José de Sucre en la batalla de Ayacucho puso punto final a la guerra.

Quedaban a San Martín, después de su retirada del Perú, muchos años de vida. Su misión estaba cumplida, sin embargo. Vivió un tiempo en Mendoza y, después de la muerte de su esposa, embarcó para Europa. Permaneció en Bruselas algún tiempo, hasta que ansioso por volver

a la patria, embarcó nuevamente para Buenos Aires en 1829. Al llegar el buque que lo conducía al Río de la Plata se encontró con que el país estaba otro vez envuelto en una contienda facciosa por el poder, pero estaba resuelto a no desenvainar su sable en luchas fraticidas. Decidió no desembarcar en Buenos Aires, y tal como había llegado en 1812, apenas un desconocido, partió, solo y silencioso, hacia una ausencia que esta vez sería definitiva.

Los últimos 20 años de su destierro voluntario los pasó en Grand Bourg, cerca de París, con su única hija Mercedes, su yerno y sus nietas. Mantuvo una amplia y serena correspondencia con sus amigos americanos. Siguió los acontecimientos de los tres amados países cuya independencia había contribuido a fundar— Argentina, Chile y Perú— a los que amó intensamente, y a los que ofreció sus valiosos y sabios consejos. Soportó con dignidad y entereza la existencia sedentaria que debió sobrellevar, necesariamente burguesa. Cuando se acercó el fin, decidió hacer testamento. Legó sus bienes materiales a su hija, resolvió que el Estandarte de Pizarro volviese a Lima, legó el sable que le había acompañado en la guerra de la independencia al gobernador argentino don Juan Manuel de Rosas, y expresó el deseo, nada más que el deseo, de que su corazón fuese depositado en Buenos Aires.

El 17 de agosto de 1850, en Boulogne sur Mer, sobre el paso de Calais, adonde se había trasladado en busca de mejor clima, sintió venir la muerte y dijo en francés: *"C'est l'orage qui mène au port"* (Es la tempestad que conduce al puerto), y como tantas otras tormentas que había afrontado en su vida, afrontó la última que le llevó a la inmortalidad.

Por encima de sus dotes de militar, de estratega y de hombre de Estado, San Martín fue un ser humano excepcional. Puso siempre su espada victoriosa al servicio de la libertad. Los móviles que inspiraron su acción fueron resumidos por él mismo en la conferencia de Punchauca con estas palabras, certeras y proféticas: "Los liberales del mundo son hermanos en todas partes . . . Pasó el tiempo en que el sistema colonial pueda ser sostenido por España. Millones de hombres resueltos a ser independientes servirán mejor a la humanidad y a su país, si en vez de ventajas efímeras, pueden ofrecerles emporios de comercio, relaciones fecundas y la concordia permanente entre hombres de la misma raza, que hablan la misma lengua, y sienten con igual entusiasmo el generoso deseo de ser libres."

Ciento cincuenta años después, estas palabras de San Martín siguen siendo un programa de urgente actualidad en América.

REY DE LA CARRETERA

Joe McCarthy

Después de la muerte de Henry Ford se encontró una caja de zapatos que contenía efectos personales debajo de un banco de trabajo en el laboratorio experimental de su casa. Había en ella, entre otras cosas, un tubo de ensayo sellado y marcado con un rótulo que decía, en letras de molde: "Último suspiro de Thomas Edison."

Ford sentía un gran afecto por Edison, quien lo animó a seguir adelante en su proyecto de construir un automóvil de motor de gasolina, allá por el año 1896, cuando casi todo el mundo se reía de semejante idea. El coche sin caballos había sido la obsesión de Ford desde aquel momento memorable, veinte años antes, cuando él tenía trece, en que un día, yendo al lado de su padre en un carro de la granja, vio, cerca de Dearborn (Michigan), una máquina de vapor que avanzaba por su propio impulso y mediante una cadena que conectaba el motor con las ruedas traseras.

Desde aquel día, Ford se desinteresó por completo de la agricultura: aprendió mecánica, trabajó como reparador de maquinaria agrícola y montó un aserradero. En 1891, a la edad de veintiocho años, aceptó un empleo nocturno con escasa remuneración como maquinista en la central eléctrica de la Compañía Edison en Detroit. Explicó a su esposa Clara que aquello era una gran oportunidad para adquirir los conocimientos de electricidad que necesitaría aplicar en el motor de gasolina que desde hacía tiempo había planeado. La sola perspectiva de trasladarse a la ciudad, dejando su casa recién construida en Dearborn, desalentó a Clara, quien, sin embargo, empaquetó sus cosas sin quejarse. Henry le había explicado detalladamente

sus proyectos y ella tenía tanta fe en el coche sin caballos como él.

Durante los dos años siguientes, según revela el diario de Ford, el joven inventor estuvo tan absorto en su trabajo que, a veces, se olvidó cobrar su salario en la fábrica. La víspera de Navidad de 1893, cuando su hijo Edsel tenía siete semanas de edad y Clara se hallaba muy ocupada preparando la cena familiar del día siguiente, Ford entró en la cocina con su primer motor completo.

Lo montó sobre el fregadero y pidió a Clara que le ayudara a po-

Henry Ford, retratado con su esposa
en el primer "coche sin caballos" de su invención.

nerlo en marcha. Le enseñó cómo debía ir vertiendo gasolina con una taza sobre el recipiente de metal que servía de carburador y cómo manipular el tornillo que permitía la entrada del combustible en la válvula de admisión, mientras él daba vuelta al volante. Conectó la rudimentaria bujía de encendido con la corriente eléctrica de la casa y dio a Clara la señal para que empezara a verter el líquido poco a poco.

El motor, de un solo cilindro hecho con un trozo de tubería de gas, emitió un ruido parecido a un ataque de tos y se estremeció, haciendo temblar el fregadero y echando llamas por la válvula de escape. Ford observó en silencio su funcionamiento durante algunos minutos. Después hizo señas a Clara de que se apartase y dejó que el motor se apagara. Funcionaba . . . Eso era todo cuanto quería saber. Inmediatamente comenzó a trabajar en un motor de dos cilindros.

Los esposos Ford vivían en Detroit, en una casa de alquiler que compartían con otra familia. En la parte de atrás había un cobertizo de ladrillo que servía de carbonera. Ford hizo su taller en la mitad del cobertizo que le correspondía y fue allí donde, a las cuatro de la mañana del 4 de junio de 1896, terminó su primer automóvil. Lo sacó a dar una vuelta por la avenida Grand River hasta el Washington Boulevard, donde el motor se ahogó, debido a un fallo del encendido.

Dos meses después, en una conferencia de la empresa Edison en Nueva York, Ford fue presentado al inventor Thomas Edison como el muchacho que había hecho un automóvil con motor de gasolina. Edison se interesó y quiso saber más detalles; estudió atentamente los dibujos y bocetos que Ford trazó sobre el menú y le dijo: "Ya lo tiene usted: una unidad compacta que lleva dentro su propio combustible. ¡Eso es lo que se necesita! ¡Siga trabajando!"

Ford no inventó el automóvil, pero fue el primer fabricante que buscó un gran mercado para sus vehículos, cuando los demás proyectaban y fabricaban coches de lujo, costosísimos juguetes para gente rica. El automóvil que Ford quería fabricar había de ser un mecanismo fuerte y sencillo, liviano y de fácil montaje, de manera que su costo estuviera al alcance del bolsillo de la clase media.

Encontró la solución del problema en su sencillo y maravilloso modelo T, y en el sistema de montaje en cadena, que disminuía el tiempo requerido para equipar un chasis, de catorce horas, a una hora y treinta y tres minutos. Estableció plantas de montaje en todo el país y así logró producir sus modelos T a razón de 1,6 por minuto: quince millones de coches en diecinueve años. Entre 1917 y 1927, casi la mitad de los automóviles que se fabricaban en los Estados

Unidos eran de los talleres de Ford. Y Henry rebajaba sus precios consistentemente para que cada vez pudieran comprarlos mayor número de personas: de 850 dólares que costaban en 1908, bajaron a 290 en 1925.

El modelo T convirtió a la Ford Motor Company en la "estrella" del mundo de los negocios. Su éxito increíble lo resume la consabida historia de Rosetta Hauss, hermana de James Couzens, primer gerente de la Compañía Ford. Couzens trató de vender a Rosetta acciones por valor de doscientos dólares; ella vacilaba; por fin, invirtió cien. Durante los dieciséis años siguientes, Rosetta recibió 95.000 dólares en dividendos, y en 1919, cuando Ford compró las acciones de los socios minoritarios, ella vendió las suyas, que le habían costado cien, por 260.000 dólares.

Henry Ford fue un personaje de novela. En una ocasión, el presidente Franklin D. Roosevelt lo invitó a comer a la Casa Blanca con los reyes de Inglaterra. Ford comunicó al Presidente que sentía mucho no poder asistir, porque el club de jardinería al que pertenecía su esposa se reunía aquel mismo día en su casa.

Ford coleccionaba violines y toda clase de objetos y escritos antiguos. Era, además, ornitólogo aficionado, bailarín de danzas folklóricas y un fanático en lo referente a la salud y los regímenes dietéticos, hasta el punto que nunca permitió fumar en sus fábricas u oficinas. A veces, no comía más que zanahorias durante varios días; y cuando adoptaba un régimen alimentario de soja, por ejemplo, no sólo pedía sopa de soja y pan de soja, sino también helados de soja.

Trató de dominar a todos cuantos le rodearon, menos a su esposa Clara, mujer enérgica que decía siempre la última palabra. Clara murió en 1950, tres años después que su esposo. Estuvieron casados durante cincuenta y nueve años, y en todo aquel tiempo fueron tiernos y afectuosos compañeros. Cada vez que Henry traspasaba el umbral de Fair Lane, su residencia, se detenía en el zagúan y silbaba. Su esposa le contestaba en la misma forma, desde arriba, o desde su sillón favorito del porche, en donde ambos se sentaban durante el día con un par de prismáticos y un libro de ornitología.

Henry ofreció a Thomas Edison un banquete monumental en 1929, al cumplirse el cincuentenario de la luz eléctrica. Asistieron el presidente Hoover y otros quinientos personajes célebres de todo el mundo. El costo de la comida, el transporte y el alojamiento de los huéspedes, que pagó Ford, dicen que pasó del millón de dólares. Ford encargó después al pintor Irving Bacon que hiciera un cuadro del

banquete. El lienzo, que tardó varios años en estar terminado, medía más de dos metros de alto por cinco de largo e incluía 266 retratos reconocibles de los invitados.

Durante su ejecución, Ford visitaba de vez en cuando al artista y le pedía ciertos cambios en el cuadro: "Borre a esa mujer de ahí —le dijo un día, señalando a la esposa de uno de los funcionarios de su compañía—. A mi mujer no le gusta." Siempre que llevaba consigo a algún visitante a contemplar la obra artística de Bacon, señalaba con el dedo el rostro de su esposa y decía: "Esta es la más bonita de todas." A varios gerentes de la Compañía Ford, que gozaban de su favor cuando Bacon comenzó el cuadro y cayeron en desgracia antes de acabarlo, los hizo borrar del lienzo y sustituyó sus figuras con las de nuevos favoritos.

Por lo menos una de las grandes decisiones de la compañía la tomó la señora Ford. Ocurrió en 1941, durante la huelga promovida por la CIO (*Congreso de Organizaciones Industriales*), que luchaba por sindicalizar a los empleados de la Ford. Hasta entonces, Henry nunca había reconocido a los sindicatos. La puerta número 4 de su gigantesca fábrica de River Rouge se hizo famosa como el sangriento campo de batalla de aquella lucha. Sin embargo, se vio obligado a autorizar una votación en la fábrica y sus empleados eligieron unirse al sindicato.

Charles Sorensen, jefe de producción de Ford durante muchos años, recuerda en sus memorias, *Mis cuarenta años con Ford*, que después de aquella votación Henry entró en su oficina y dijo que nunca firmaría el convenio con el sindicato. "Cierre la fábrica —dijo—; que la administren los obreros, si eso es lo que quieren."

A la mañana siguiente, Sorensen oyó por la radio que Ford no solo había cedido a las exigencias del sindicato, sino que había sorprendido a los dirigentes laborales haciendo más concesiones de las solicitadas: aumentos de salarios y retención automática por la empresa de las cuotas sindicales. Pocas semanas después, Ford le contó a Sorensen por qué había cambiado de parecer tan súbitamente. "La señora Ford dijo que habría motines y derramamiento de sangre, y que ya había habido bastantes conflictos. Ahora estoy convencido de que tenía razón."

Un personaje importante en la historia de la familia Ford, más sutil, de más profundos matices de carácter que Henry, era su hijo Edsel. Hombre discreto y aficionado al arte, Edsel no estaba hecho para la vida agitada del Detroit del decenio que principió en 1921. En 1913, Henry comenzó a construir para él una residencia de aspecto

serio, casi lóbrego, toda de piedra caliza, "Fair Lane", en los vastos terrenos adyacentes al lugar en donde él y Clara vivieron de recién casados. La mansión tenía una sala de billar alumbrada con el primer sistema de iluminación indirecta que se conoció en Detroit; un órgano que costó treinta mil dólares, una cancha de bolos y una piscina interior. Cuando Edsel cumplió veintiún años de edad, Henry le regaló un millón de dólares en oro.

Los altos empleados de la Ford dicen que Edsel, a quien su padre hizo presidente de la compañía a los veintiséis años, iba treinta años adelante de su tiempo, no solo en ideas acerca del estilo y la construcción mecánica de los automóviles, sino en sus teorías relativas a las relaciones laborales y a las responsabilidades económicas y sociales de las grandes empresas.

Aunque Edsel no cursó estudios universitarios (Henry no era partidario de la educación superior) sabía más de Cellini y Renoir que muchos profesores de arte. Naturalmente, Henry Ford no podía comprender a una persona como Edsel, y era lógico que hubiera conflictos entre ellos.

Las discrepancias entre Edsel y Henry comenzaron a mediados del decenio de 1921, cuando se hizo evidente para todos los miembros de la compañía, menos para Henry, que el modelo T iba perdiendo al fin su popularidad. Henry lo había ideado para los malos caminos de antes de la primera guerra mundial, preocupándose más de su resistencia y economía que de la comodidad y la apariencia. Ahora había carreteras pavimentadas, sin baches, y los conductores de automóviles estaban dispuestos a pagar unos cuantos dólares más por un coche más lujoso. Los chistes de los cómicos en los teatros de variedades empezaban a resultar irritantes. (Un Ford es como una bañera. Es útil, pero uno prefiere que no lo vean en ella.)

En las altas esferas de la Ford Motor Company, Henry estaba rodeado de hombres que nunca se atrevían a disentir con él. Solamente Edsel y unos cuantos temerarios gerentes de ventas tuvieron el valor de decirle que era hora de que desapareciese el modelo T. El viejo Ford se enfadó y batalló con el hijo, pero, por fin, ante la evidencia de las cifras que demostraban la baja de las ventas, cedió. Después continuaron las discordias por el diseño del nuevo modelo A.

Edsel quería un coche con frenos hidráulicos y una palanca de cambio manual como la del Chevrolet, que ya empezaba a alcanzar las ventas del Ford. Su padre detestaba los frenos hidráulicos; creía que el líquido gotearía.

Por fin, accedió el viejo Henry a incorporar la palanca de cambios de mano, pero rehusó cambiar los frenos mecánicos. Después de muchas dilaciones salió el modelo A, a fines de 1927. Fue aquel un año extraordinario para las noticias de primera página. En *Only Yesterday*, donde Frederick Lewis Allen recapituló los hechos salientes del decenio que se inició en 1921, calificó el debut del nuevo Ford como "uno de los grandes acontecimientos de 1927". El nuevo modelo, todavía el más barato de los automóviles en el mercado, poseía no solamente aditamentos tan suntuosos como frenos en las cuatro ruedas y limpiaparabrisas, sino que los compradores podían escoger entre varios colores. Fue tal la conmoción que causó, que hasta se compuso una canción popular de enorme éxito para conmemorar el acontecimiento.

Después de sus desavenencias con Edsel a causa del modelo A, Henry Ford se retiró malhumorado a una vida semiprivada. Comenzó a dedicar su tiempo a su afición de coleccionar antigüedades americanas. Edsel murió, de cáncer, el año 1943. Años después, su hijo, Henry Ford II, ocupaba la presidencia de la Compañía.

El viejo Ford murió en la primavera de 1947, a la edad de ochenta y tres años. En su último día parecía de mejor salud y más contento que nunca. Paseó en automóvil por la fábrica de Rouge y por los frecuentados alrededores de Dearborn, que había conocido desde niño. Al regresar a su finca de Fair Lane, se detuvo en la central eléctrica para visitar a Charles Voorhess, el superintendente, y averiguar cómo iban las turbinas. El viejo estaba orgulloso de su sistema particular de fuerza eléctrica en Fair Lane; independiente como siempre, no quería nada del servicio público; él obtenía corriente eléctrica para su uso exclusivo con la energía hidráulica derivada del río Rouge.

Aquel día, sin embargo, con los deshielos de primavera, se había desbordado el Rouge, y sus aguas habían inundado las turbinas de la instalación eléctrica, dejando sin luz a Fair Lane. Llevaron dos motores que conectaron a una turbina auxiliar y, mientras él estaba allí viendo el trabajo, volvió la luz. El viejo Ford miró a Voorhess y le dijo con una risita:

—¿Usted no se disgustará, verdad, si le digo a mi mujer que yo fui quien reparó la avería?

No obstante, la carga era muy grande para los motores. Por la noche se pararon y Fair Lane volvió a quedar en tinieblas.

Henry Ford, el mago de la producción mecánica, se fue del mundo aquella noche, lo mismo que vino a él . . . , a la luz de unas cuantas velas y una lámpara de aceite.

LA MÚSICA DE BACH ALABA A DIOS

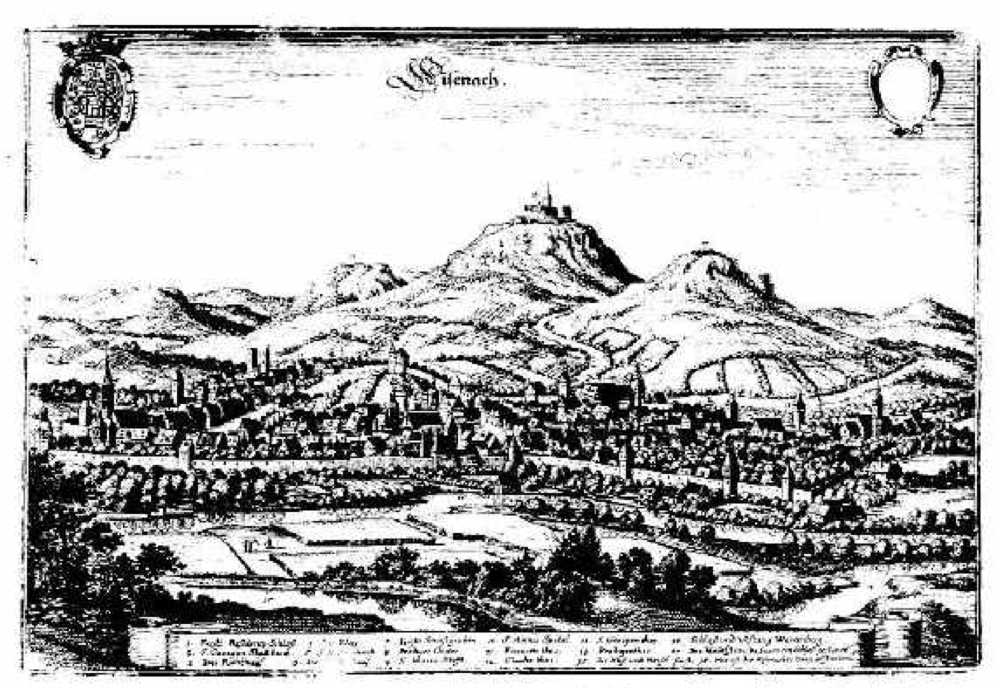
Peter Farb

Es imposible imaginar un fracaso musical mayor que el que se esperaba en la austera Academia de Canto de Berlín, aquel día de marzo de 1829. Se estaba ensayando una obra monumental que exigía dos conjuntos orquestales y dos coros: una Pasión basada en el evangelio de San Mateo, que apenas había despertado interés en su primera audición, efectuada cien años antes.

El compositor, tan poco conocido entonces como su música, era Johann Sebastian Bach, cuyos restos yacían en una anónima tumba desde hacía cerca de un siglo. A cargo de la ejecución de la obra estaba su desconocido "descubridor", un judío de veinte años de edad llamado Felix Mendelssohn, que por primera vez dirigía una combinación de orquesta y coro. De niño, Mendelssohn había encontrado un manuscrito de la Pasión en casa de su maestro y se había prendado de la obra.

A pesar de todo, como algunos individuos de la Academia habían expresado juicios favorables acerca de los ensayos, las entradas para la función pública se habían agotado. Desde las primeras notas, los oyentes se sintieron invadidos por una honda emoción religiosa, porque la *Pasión según San Mateo* es, acaso, la música más profundamente emotiva que jamás se ha escrito. Un silencio catedralicio acogió

En el Museo de Leipzig se conserva el retrato de Bach que reproducimos en la página de enfrente. Fue pintado por Haussmann en 1746, y muestra al gran compositor a la edad de sesenta y un años, con la peluca que se ponía al dirigir la orquesta o al tocar el órgano.



Vista de Eisenach, pueblo natal de Bach, según una litografía del siglo XVIII

las líricas melodías, las conmovedoras arias contemplativas, los resonantes himnos de exaltación. La concurrencia no solo oyó y sintió hondamente, sino que *vio*, porque a tanto llegaba el genio de este desconocido Bach, que con meras notas era capaz de pintar brillantes decorados y crear evocativos efectos de luz. Por ejemplo, cada vez que Cristo hablaba, Bach envolvía sus palabras en un "halo" sonoro trazado por las cuerdas. Cuando lo llevaban al Calvario, los sonidos evocaban la imagen de sus pies arrastrándose bajo el peso de la cruz.

El concierto tuvo tanto éxito que hubo que repetirlo, no una, sino dos veces, siempre con llenos sorprendentes. Gracias a Mendelssohn, surgió un repentino interés por la música de Bach, y grandes compositores de la época avivaron el entusiasmo por este autor. Chopin recomendaba a los pianistas su estudio detenido. "Es —llegó a decir— la más alta y mejor escuela. Nadie creará jamás otra tan ideal."

Afortunadamente, una cuidadosa investigación reveló que muchas de las obras maestras inéditas de Bach habían sobrevivido: pasiones, misas y oratorios, cantatas religiosas, partituras para orquesta, para

conjuntos de cuerdas y para diversas obras instrumentales. Las sociedades de amantes de la música de Bach, que se dedicaban a la busca y ejecución de esas obras, se multiplicaron en Europa.

Para Bach, la música era un acto de adoración, como si las notas, una vez superado el oído humano, todavía hubieran de continuar ascendiendo a los cielos en una especie de oración y alabanza armoniosa. "El único objeto de toda música —decía Bach a sus discípulos— debe ser la glorificación de Dios y el dulce recreo." Al margen de muchas de sus partituras escribió esta dedicatoria: "Gloria sólo a Dios."

Una tosca envoltura exterior cubría la nobleza espiritual de Bach. Los retratos que de él tenemos lo muestran como un hombre rechoncho, de tenaz mandíbula que asomaba por entre la abundante papada. Tenía la nariz grande, la mirada de estrábico; su expresión era la de un hombre que ha conocido los sinsabores y las alegrías de la vida. A la piedad y a la herencia de generaciones de artistas musicales que modelaron la figura de este maestro, se añadían enormes dosis de humanidad. El hombre que alababa a Dios en sus obras también anotaba en ellas su presupuesto doméstico. El fervor lo alentaba; pero se sentía a la vez impelido constantemente a buscar empleos mejor remunerados para sustentar a sus veinte hijos, once de los cuales murieron en la niñez.

Fue organista de iglesia y compositor; produjo millares de piezas, igual que un sacerdote prepara sermones todas las semanas. Los feligreses aceptaban sus composiciones como algo igualmente rutinario. No se preocupó nunca de publicar una sola de sus obras religiosas; se cuenta que varias de ellas, abandonadas en el armario de una escuela parroquial, fueron usadas por los alumnos para envolver la merienda. Bach se habría quedado atónito si alguien le hubiese dicho que dos siglos después de su muerte su música se impondría en las salas de conciertos; porque en vida fue duramente censurado por los críticos musicales más destacados de la época. El único encargo importante que recibió en el curso de su existencia fue el de componer una colección de piezas para clavicordio, las *Variaciones Goldberg*, destinadas a calmar los nervios de un diplomático ruso durante sus noches de insomnio.

Johann Sebastian Bach nació en 1685, en el pueblo de Eisenach, en el norte de Alemania. Durante cerca de dos siglos su familia había producido músicos expertos: organistas municipales y ejecutantes en la banda local. Era tal la reputación musical de la familia, que en aquella parte del país a un músico se le conocía por un "Bach".

Johann Sebastian quedó huérfano a la edad de diez años y se fue a vivir con un hermano mayor que, celoso del talento de aquél, no le permitía tocar su colección de piezas avanzadas para órgano. Pero él, durante meses, se encaramaba casi todas las noches en lo alto de la estantería, se hacía de las piezas, las copiaba a la luz de la luna, y las devolvía a su sitio al romper el alba. Cuando su hermano lo oyó tocar un día las obras prohibidas, le arrebató las copias tan pacientemente logradas. De aquel esfuerzo nocturno solo le quedó al niño la vista permanentemente estropeada.

Cuando Johann Sebastian tenía quince años, oyó decir que en Lüneburg había buenos empleos para cantantes, y emprendió a pie un viaje de 320 kilómetros hasta esa ciudad. Permaneció allí tres años, cantando en un coro, tocando en una orquesta y ejercitándose interminables horas al órgano y con el clavicordio. Años después, cuando alguien le preguntó el secreto de su brillante dominio del teclado, contestó: "Si es usted igualmente industrioso, alcanzará iguales éxitos."

Bach adquirió tal soltura y habilidad que finalmente le ofrecieron el importante puesto de organista de la corte de Weimar, donde trabajó durante nueve años. Allí escribió sus famosas tocatas para órgano (así llamadas principalmente por la destreza digital requerida para su ejecución) e intrincadísimas fugas. Su fama se extendió hasta el punto de que, cierta vez de incógnito en una iglesia de aldea, al tocar un humilde órgano, el asombrado organista local exclamó: "Esto no puede ser más que un ángel del cielo . . . ¡o el mismo Bach!"

Sin embargo, Bach no estaba contento en la corte de Weimar; y en su nuevo cargo (director de música de cámara del duque de Cöthen) no disponía de un órgano estimable. Por consiguiente, a la edad de treinta y ocho años abandonó la vida de la corte y solicitó la plaza de organista, vacante desde hacía poco tiempo, en la iglesia de Santo Tomás, en Leipzig. Su salario inicial alcanzaba apenas a la cuarta parte del que había venido cobrando, y la tarea resultaba degradante y tediosa. Además de realizar una incesante producción musical, debía dar clases de música y latín y servir de bedel a los bulliciosos chicos de la escuela parroquial.

Durante los veintisiete años que pasó en Leipzig, Bach se quejó siempre de "molestias, envidias y persecuciones". Sin embargo, las pequeñeces que empañaron su vida no pudieron secar su inspiración. En los primeros veinte años de su estancia en Leipzig escribió un caudal de música religiosa por nadie igualado: cerca de trescientas cantatas, una por cada festividad del calendario parroquial, dos orato-

rios, misas y motetes, las pasiones según *San Juan* y *San Mateo* y la monumental *Misa en si menor*.

Pero tantos años empleados en pasar al papel y en estudiar y tocar toda la noche lo que había escrito durante el día, arruinaron su vista, ya debilitada. Concibió esperanzas de curación con ocasión de la visita a Leipzig de un famoso oculista inglés. Este le hizo dos operaciones, que fueron un fracaso. Bach quedó ciego y, su salud, deshecha. En aquel estado escribió todavía *El arte de la fuga*, obra de pasmosa complejidad y admirable maestría.

Hoy, gran parte de la música de Bach nos suena extraña al principio. Las composiciones a que estamos acostumbrados (canciones populares, música folklórica, y aun gran parte de la buena música del siglo XIX) se hallan construidas a manera de un arco, con pilares de acordes graves que sostienen una sola línea melódica. La música de Bach es contrapuntística: a una melodía acompaña otra y otra, y todas ellas suenan al mismo tiempo, entrecruzándose, mezclando sus matices tonales, tejiendo un verdadero tapiz sonoro. Tan perfecto es el arte de Bach que, cuando en un reciente experimento un rollo de pianola de una de sus composiciones se tocó al revés, de modo que las notas agudas se volvieran graves y penetrantes las bajas, la música resultó casi tan melodiosa como antes.

Se puede hacer el siguiente ensayo. Póngase un disco de cualquier coral de Bach o de una de sus composiciones de órgano más conocidas. Préstese atención únicamente a la melodía más aguda, o sea, la de soprano. Tóquese de nuevo, y esta vez escúchense las melodías bajas. Después concéntrese el oído en las voces intermedias solamente. Al poco tiempo, muchas de las melodías a que estamos habituados (aquellos pilares de acordes) nos parecerán casi pedestres. El genio de Bach radica en que lo podemos oír centenares de veces y descubrir, con cada nueva audición, bellezas que antes ni siquiera sospechábamos.

En julio de 1750, Bach recobró la vista de modo inexplicable. Casi en seguida, sin embargo, sufría un ataque cerebral. Diez días después, el 28 de julio, murió, pero no sin haber terminado una de sus más emocionantes composiciones, un arreglo para órgano del himno *En la hora de la extrema necesidad*. No hay acento alguno de sufrimiento en esta composición postrera; en el último instante, Bach cambió el título del himno por el de *Oh Señor, ante Tu Trono comparezco*. Murió como había vivido: alabando a Dios con su música. El arreglo del himno fue la suprema ofrenda de un alma que había percibido los acordes de la armonía celestial.

JUÁREZ: BENEMÉRITO DE LAS AMÉRICAS

*Andrés Henestrosa**

"¡Margarita! Esta corbata . . ." Es la corbata de moño, de mariposa o de dos alas, que el indio no sabe anudar. Es Benito Juárez que no sabe gobernarse con estos minúsculos aditamentos occidentales, a pesar de que es descendiente de artífices, de joyeros de portentosa habilidad y pericia manual.

Y Margarita Maza acude solícita y le anuda la corbata en un santiamén, no sin decirle: "Pero, qué inútil eres, Señor Juárez." Y la voz de la esposa lo envuelve, lo pacifica, lo devuelve a su niñez montaraz, cuando pastor de ovejas, todavía no asoma a su mente la idea de abandonar el pueblo y el lago de su pueblo . . .

El pueblo es San Pablo Guelatao, en el estado de Oaxaca, México. El lago, "La Laguna Encantada" en la que su pueblo se refleja, y en el que estuvo a punto de morir cuando niño. Allí nace Benito Juárez el 21 de marzo de 1806. Nace indio, es decir, pobre. Tres años tenía cuando murieron sus padres, quedando al cuidado de sus abuelos paternos. Y cuando estos murieron, pasó al de su tío Bernardino Juárez.

Apenas tuvo uso de razón, se dedicó a los trabajos del campo, al pastoreo. Pero como era de aquella buena raza de los que quieren saber, mientras pastoreaba el rebaño iba obteniendo lecciones de la vida, de su propia condición: supo así que el hombre puede ser el guía y el protector de las criaturas más indefensas, y que conducirlas por senda segura es su primer signo de responsabilidad y de gran-

* *Escritor mexicano, nacido en Ixhuatán, Oaxaca; es académico de número de la Academia Mexicana de la Lengua y autor de* Flor y látigo *(ideario político de Benito Juárez), entre otras obras.*

deza. Fue pastor de ovejas mientras llegaba la hora de serlo de hombres. Antes de saber de letras, supo la descarnada verdad del México de su tiempo: la pobreza, la ignorancia, la injusticia.

En cuanto al deseo de saber, él mismo cuenta que, cuando su tío le pedía las lecciones, Benito mismo le llevaba la disciplina para que lo castigara, en caso de no saberla. Era indio, nunca dejó de serlo. Pero muy niño se dio cuenta de que para actuar sobre el mundo y cambiarlo a la medida de la justicia, era preciso hacerse de una lengua de alcance nacional, que le permitiera servir a los mexicanos todos y no solo a sus coaborígenes, los zapotecas. Esto explicaría el uncioso tesón con que bregó por aprender la lengua castellana.

Guelatao era un pueblo corto,, carecía de escuelas, ni siquiera se hablaba allí el idioma español. Los padres pudientes mandaban a sus hijos a la ciudad de Oaxaca para que se educaran; los pobres los ponían a servir en las casas ricas, a cambio de que se les enseñara a leer y a escribir. Para Benito Pablo no había más camino que este último. Y eso era importunar al tío para que lo llevara a Oaxaca, único sitio en que se podía aprender. Pero los quehaceres de labranza del uno y los de pastoreo del otro iban aplazando indefinidamente el viaje. Además, Juárez se resistía a la idea de separarse del tío querido, dejar la casa que había amparado su niñez y su orfandad, alejarse de sus compañeros de infancia, dejar su pueblo. "Era cruel –escribió cuando hombre– la lucha entre estos sentimientos y mi deseo de ir a otra sociedad, nueva y desconocida, para procurarme educación." Pero pudo más su deseo de instruirse. Al amanecer del día 17 de diciembre de 1818, a los doce años de su edad, se fugó de su casa, a pie, rumbo a la ciudad de Oaxaca, adonde llegó en la noche del mismo día. Anduvo de puerta en puerta preguntando por su hermana, Josefa, cocinera en casa rica. Cuando se encuentran, se abrazan y lloran y se dicen ternezas en el idioma nativo. En casa del genovés Antonio Maza, que así se llamaba el patrón de su hermana, pasó Benito Juárez los primeros días, trabajando en una granja, con dos reales de salario, mientras encuentra casa en qué vivir.

Todo en la vida de este hombre parece milagroso, providencial. Antonio Salanueva, muy amigo de la educación de la juventud, lo toma bajo su protección y lo inscribe en la escuela para que aprenda a leer y a escribir. Es el 7 de enero de 1819. Su protector vive de encuadernar libros. Mientras asiste a la escuela, Juárez aprende el oficio. Antes de encuadernarlos, así los entendiera a medias, lee a Jerónimo Feijóo y a San Pablo, predilectos de Salanueva; acaso leyera

también a Tácito, a Salustio, y al mexicano Mora, un eco de cuyas doctrinas se advierte en las del Juárez hombre de Estado.

En la escuela de la ciudad de Oaxaca, no se enseñaba la gramática castellana, cuyo aprendizaje era la máxima preocupación de aquel niño. Leer, escribir y aprender de memoria el catecismo era entonces el programa de instrucción primaria. Cambió de escuela al cabo, pero con el nuevo maestro no le fue mejor, ya que en vez de mostrarle al alumno las faltas en que incurría en sus tareas de escritura y enmendárselas, aquél solo daba en castigar al pobre niño. Y como otro gran americano, el argentino Sarmiento, Benito decidió al fin aprender el idioma por sí solo, que llegó a escribir y a hablar correctamente, pese a la modestia con que siempre se expresó al respecto.

Aquéllas y otras injusticias lo ofendieron profundamente, a la vez que afirmaron en Juárez la decisión de abatir cuando hombre aquellas diferencias sociales, aquellos remanentes de la tradición colonial. Pero aún dominaban en el ambiente las herencias del pasado, las preocupaciones de un mundo del que México acababa de salir, pero que no podía decirse que estuvieran vencidas. Y en el alma del mismo Juárez combatían. Veía entrar y salir del Seminario Pontificio de la Santa Cruz a muchos jóvenes que iban a hacer la carrera del sacerdocio, única reservada a los indios y que tan predilecta era del tío Bernardino y de su tutor Salanueva, eclesiástico frustrado. Pero había algo más: los clérigos gozaban fama de hombres sabios, y era hecho cierto que se les respetaba y consideraba, por el saber que se les atribuía. Y como lo que Benito Juárez quería era saber, pidió que se le inscribiera en el Seminario, aunque no con el ánimo de ordenarse sacerdote, para lo que no se sentía atraído. Ofreció que haría todo el esfuerzo por hacer compatibles el cumplimiento de sus obligaciones en el servicio de Salanueva con su dedicación al estudio a que iba a consagrarse. El padrino no solo recibió con agrado la petición de su ahijado, sino que lo estimuló para que lo llevara a efecto, recordando que ya tenía recorrido medio camino, pues hablando el idioma zapoteco, podía ordenarse a ese solo título, conforme a las leyes eclesiásticas de América. Que eso —hablar una lengua india— lo relevaba de la exigencia de algún patrimonio, mientras obtenía algún beneficio.

Entró al Seminario, en calidad de alumno externo, a la edad de quince años. Estudió gramática latina, "por supuesto —dice—, sin saber la castellana, al igual que la mayoría de los estudiantes, por el atraso en que en aquellos tiempos se hallaba la instrucción primaria".

En el Seminario Benito Juárez dio nuevas muestras de su voluntad,



Este retrato de Benito Juárez es obra del pintor español Pelegrín Clavé, que fue maestro de la Academia de San Carlos, en México.

de su carácter, de aquel decidido empeño de saber, de aquella su convicción de que solo siendo instruido podría influir en su pueblo. De los últimos lugares, ascendió a los primeros, en las aulas del Seminario. Ante el asombro de los blancos, y contra la especie de que eran los indios de raza inferior, el joven de Guelatao sabía las lecciones que otros no aprendían. Cosas que ignoraban los blancos las sabía el pobre indio. Un par de años más tarde concluyó sus estudios de gramática latina, con las calificaciones de excelente. Su padrino de confirmación, don Antonio Salanueva, quiso que estudiara teología moral, para que al año siguiente comenzara a recibir las órdenes sagradas. Pero eso iba contra los anhelos de Juárez, que no quería ser sacerdote sino estudiar. Manifestar su inconformidad con los deseos de Salanueva constituyó un verdadero trance, pero el padrino le per-

mitió continuar sus estudios, quizá con la oculta esperanza de que el joven cambiara de propósito.

Estudió filosofía, artes, teología, como si fuera a ordenarse sacerdote. Y al cabo se graduó bachiller en 1827. Al año siguiente se inscribe en el Instituto de Ciencias y Artes, recién fundado, contra la opinión de su padrino y protector. En el Instituto, ocupa los primeros lugares por su tenacidad en el estudio y por la entonación liberal de sus primeros pronunciamientos. En 1834 obtiene el título de abogado.

Benito Juárez va escalando los cargos, las dignidades, unos tras otros: profesor de física en el Instituto y secretario del mismo, aún estudiante; regidor del Ayuntamiento de Oaxaca, en 1831; diputado local en 1833. Después de unos años en que se dedica al ejercicio de su profesión y al estudio de la historia de México, reaparece como Juez de lo Civil, en 1841; luego, desempeña el cargo de secretario de gobierno. En 1843 casa con Margarita Maza, hija de sus antiguos patrones y compañera fiel y abnegada con la cual solo podrá vivir unos pocos años juntos; pues buena parte de su vida la pasará su esposa en el destierro, y muchas veces habrá de atravesar llanos, montañas, sierras, con los hijos a cuestas, para reunirse con Juárez.

Electo diputado al Congreso de la Unión en 1846, puede decirse que ha entrado de lleno en las luchas de su pueblo. En esa Legislatura sostuvo y votó la primera ley que afectaba los bienes del Clero: su hipoteca a fin de facilitar los medios necesarios para organizar la defensa del territorio nacional, invadido por los norteamericanos. Vuelto a Oaxaca al concluir sus tareas legislativas, es gobernador interino durante un año. En 1847 se presenta candidato a la gubernatura local, que gana y desempeña hasta 1852. Estos son los años en que Juárez asciende de figura local a figura nacional: construye caminos, levanta escuelas primarias, abre escuelas normales, funda hospitales, ordena una estadística y un plano de la ciudad capital; maneja escrupulosamente los dineros del pueblo, como pobreza y no como riqueza que son. Reduce a sentencias, aforismos, apotegmas, su pensamiento liberal: *Libre, y para mí sagrado, el derecho de pensar . . . La instrucción es el fundamento de la felicidad social, es el principio en que descansan la libertad y el engrandecimiento de los pueblos.*

México se debate en los horrores de las discordias civiles. Benito Juárez, que ya es una figura nacional, padece destierros, persecuciones, cárceles y más de una vez su vida se pone en peligro. Vive algún tiempo en Nueva Orleáns, en donde se gana el pan torciendo tabaco, el pensamiento y el corazón vueltos hacia México, cuya suerte se ha

identificado con la suya. En febrero del año de 1854 se proclama el Plan de Ayala, obra de los liberales, al que se unen militares, poetas, escritores, novelistas, periodistas, pensadores. Juárez regresa al país para unirse a los revolucionarios. Camino al campamento, lo sorprende una tormenta. Como viaja sin equipaje, acepta el modesto cambio de ropas de soldado —calzón y cotón de manta, con unos botines y una frazada— que le ofrecen en el campamento rebelde. Nadie lo reconoce ni él se identifica. En la secretaría particular del general en jefe, presta modestos servicios, redactando cartas que luego presenta para su firma, con la mayor humildad. Un día llega una carta dirigida a Benito Juárez. Sólo entonces se identifica. Cuando le preguntan por qué no lo había hecho, responde: "Sabiendo que aquí se peleaba por la libertad, vine a ver en qué podía ser útil. Eso es todo."

Al resultar triunfante la causa revolucionaria de los liberales, es designado ministro de Justicia, Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública. Sus primeras acciones están encaminadas a reducir las prerrogativas del ejército y del clero, mediante leyes adecuadas. En noviembre de 1855, el presidente Alvarez firma la Ley de Administración de Justicia, que suprime los tribunales especiales y, por tanto, los fueros y privilegios; esto da origen a una escisión en el seno del gobierno y a que caiga éste en manos de los conservadores.

Benito Juárez es otra vez, ahora interinamente, gobernador del estado de Oaxaca, que encuentra revuelto, sustraído al imperio de la ley, y lucha por devolverlo a la normalidad. Los liberales, sin embargo, no están vencidos. Al iniciarse el año de 1856, se reúne el Congreso llamado Constituyente, y éste da a México la constitución liberal, que tras de algunas reformas es la actual y que se promulga el 5 de febrero de 1857. Juárez resulta electo diputado, pero no asiste.

Al terminar su mandato interino, se le elige gobernador constitucional para el trienio siguiente. Pero en octubre de 1857 se le llama para desempeñar el ministerio de Gobernación, del que se hace cargo en noviembre. En las elecciones constitucionales de este mismo año y mes, resulta electo presidente de la Suprema Corte de Justicia, lo que le da el carácter de vicepresidente de la República.

Los enemigos de la Constitución vuelven por sus fueros, con el presidente a la cabeza, pretextando que es demasiado avanzada y no se puede gobernar con ella sin riesgo de ensangrentar al país. Juárez condena la subversión y, en su calidad constitucional, se dispone a asumir la presidencia de la República. Comienza así una etapa de su vida pública que va a durar más de una década. Es reducido a prisión

por el jefe del Estado, a quien una nueva asonada militar destituye. En tales circunstancias Comonfort pone en libertad a Juárez, quien abandona la capital de México en enero de 1858.

Sin ejército, sin medios económicos, el vicepresidente huye perseguido de cerca por sus enemigos. En una ciudad del interior del país llamada Guanajuato, el día 19 de aquel mes de enero, es proclamado legalmente presidente. Va de ciudad en ciudad, la banda tricolor en el pecho, vestido de levita, con el bastón de mando en el puño. Algunos de sus compañeros lo abandonan, desesperan de la lucha y del triunfo. Sólo él se mantiene sereno, firme, confiado en la legitimidad de su causa, de su ideario, segurc de que la democracia es el futuro de los pueblos. Cuando recibe la noticia de que las tropas liberales han sufrido una derrota, ante el silencio y la congoja de todos, recuerda una expresión popular: "Le han quitado una pluma a nuestro gallo."

Juárez abandona el país y, tras de una larga travesía por Panamá, se presenta en la ciudad y puerto de Veracruz, en poder de los liberales, donde instala su gobierno. Allí promulga nuevas leyes — las leyes de Reforma: separación de la Iglesia y el Estado; ley sobre matrimonio y registro civil; ley de panteones y cementerios; paso de los bienes de la iglesia a la Nación. La guerra civil alcanza su compás más violento.

Los enemigos de la causa liberal pierden terreno, se aproxima su derrota. En Veracruz, mientras asiste a una función teatral, Juárez recibe la noticia de que las armas republicanas han salido triunfantes en la batalla llamada de Calpulalpam. Vuelve a la capital mexicana a principios de 1861. Pero la guerra no ha terminado; solo se trata de una pausa en la gran contienda por dar a México la configuración democrática que quieren los liberales, con Juárez como guía y paladín.

La nueva coyuntura política que permite a los conservadores reanimar sus fuerzas queda determinada por una circunstancia relativamente menor que diversos intereses aprovechan para sus fines particulares. México no puede pagar su deuda extranjera, como tampoco puede aceptar las demandas violentas de sus acreedores. Recurre a una medida extrema, pero necesaria en aquellas circunstancias: suspende el pago, lo que da lugar a la inmediata reacción de Francia, Inglaterra y España, que se presentan ante Veracruz con sus escuadras. Retiradas dos de ellas, se queda Francia sola, con lo que se inicia la Intervención francesa de 1862. Juárez llama a la defensa nacional, en proclamas, arengas, manifiestos dramáticos, pero jamás desesperados. Porque este hombre, cuando todos titubeaban, afirmaba; cuando los otros perdían la fe, se erguía seguro del triunfo final.

El 31 de mayo de 1863, Benito Juárez, otra vez, abandona la ciudad de México, rumbo al norte, la Patria y la Constitución reducidas a un pequeño carrito, del que más de uno se baja en el desierto. Días aciagos, dolorosos son estos. Durante la guerra se le mueren los hijos, vive separado de su familia, lo dejan muchos de sus compañeros, desobedecen otros. A todos aplaca Juárez con buenas razones, invocando siempre el sagrado sacrificio de defender las instituciones y el territorio nacional. Sus conocimientos de la historia, la patria y la universal, lo afirman en la idea de que la democracia es el destino de la humanidad futura; la libertad, su arma indestructible. *Dios es el caudillo de las conquistas de la civilización*, había dicho, él, acusado de hereje, de ateo, de enemigo de la religión.

Sus deberes de gobernante, los problemas de la guerra, no impidieron a Juárez la atención a las cuestiones internacionales. Por su colega norteamericano, el presidente Abraham Lincoln, tuvo siempre viva admiración, harto correspondida por éste. Enfrascado Lincoln en otra guerra libertaria mientras Juárez libraba la suya, se vio imposibilitado de acudir en ayuda de las fuerzas patriotas mexicanas, pero los intercambios diplomáticos y aun la correspondencia entre ambos presidentes tuvieron siempre una aspiración común: la defensa de los derechos humanos.

La guerra se prolonga, con los altibajos de toda guera. Los invasores se retiran de México y dejan al emperador Maximiliano en manos de sus partidarios mexicanos, más enemigos de Juárez que amigos del Imperio. El ejército defensor de las instituciones, en un cambio de fortuna, avanza y recupera las plazas perdidas, restableciendo de inmediato, por órdenes de Juárez, el régimen constitucional. El 19 de junio de 1867 fue fusilado Maximiliano en unión de dos de sus generales. Un mes más tarde, el 15 de julio, Benito Juárez entró triunfalmente en la ciudad de México. Ese mismo día lanzó el manifiesto en que está contenido el apotegma que lo inmortalizaría, que lo convertiría de héroe nacional en héroe de la humanidad: *Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.*

El legado de Benito Juárez perdura, está vigente. Su nombre y su ejemplo pueden ser invocados a propósito de toda la historia mexicana. Porque supo leer, escribir y hablar el idioma español, es un ejemplo para toda la niñez del mundo que hable idioma aborigen. Benito Juárez parece que nos dice todos los días: Salid del pueblo carne mortal. Volved al pueblo bronce y mármol: carne inmortal.

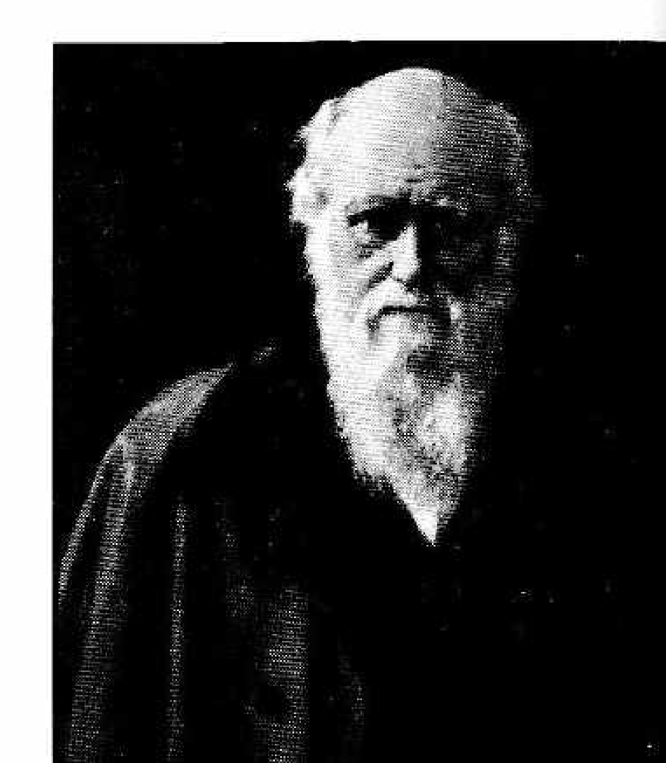
Cayó vencido por la muerte el 18 de julio de 1872.

LA EVOLUCIÓN DE CHARLES DARWIN

Donald Culross Peattie

Cuando en 1831 el bergantín *Beagle*, de la Real Armada británica, zarpó de Inglaterra en una misión de exploración científica alrededor del mundo, nadie imaginó que aquel sería el viaje más trascendental desde el que llevó a Cristóbal Colón hasta América. Tampoco el joven Charles Darwin, naturalista agregado a la expedición, tenía ni la más remota idea de que durante aquella expedición le iba a corresponder el honor de descubrir un nuevo continente de sabiduría.

Charles Darwin acababa de graduarse en la universidad de Cambridge y a la sazón tenía sólo veintidós años. Era un joven afable, modesto, de constitución delicada, que se mareaba con poco que se mo-



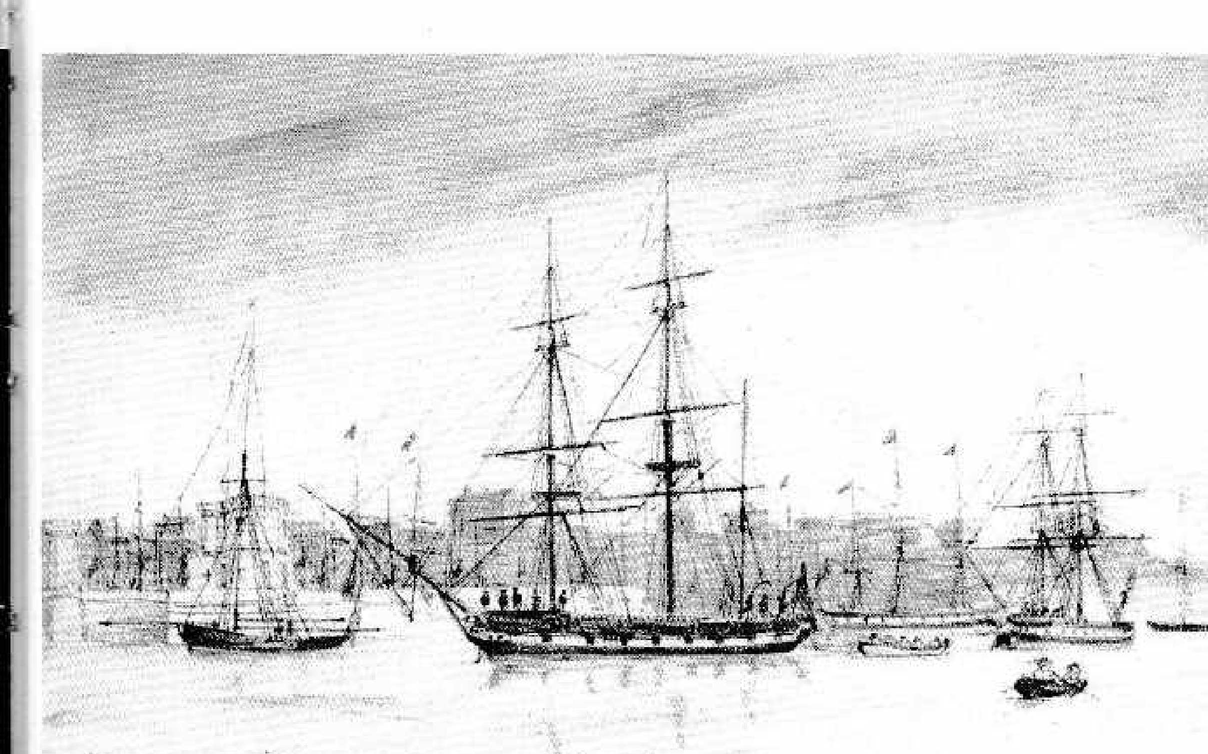
Retrato de Charles Darwin, pintado por John Collier en 1883, que se conserva en la Galería Nacional de Retratos de Londres. A la derecha, el **Beagle**, anclado en Sidney durante el viaje de Darwin alrededor del mundo. Este grabado, obra de Owen Stanley, se encuentra en el Museo Marítimo Nacional de Londres.

viera el barco. Su aguda inteligencia era de una curiosidad insaciable; tenía la habilidad de hallar explicación a todo. No se contentaba con los hechos a secas: tenía que descubrir su causa.

Con la impaciencia del sabueso que olfatea la presa, saltó a tierra en las inhabitadas islas Galápagos, a varios centenares de kilómetros de las costas de Sudamérica, en una región solitaria del Pacífico. Encontró allí un museo de lo que pudiera llamarse fósiles vivientes: lagartos gigantescos, que según creían los entendidos debían haberse extinguido hacía muchos siglos, convivían con enormes tortugas de tierra; y cangrejos descomunales se arrastraban entre leones marinos que bramaban estrepitosamente. Tan poco familiarizados estaban con el hombre los animales de aquel edén, que un halcón se dejó derribar de un árbol con una vara, y las tórtolas se posaban sin temor sobre los hombros de los exploradores.

Pero el hecho más sorprendente que Darwin observó en este aislado archipiélago fue que cada isla, aunque parecía idéntica a las demás, tanto en el clima como en la composición geológica, tenía su fauna peculiar. Por ejemplo, había una clase de gorriones que evidentemente pertenecían a una misma familia, la cual comprendía también varios pájaros de la tierra firme sudamericana; y, sin embargo, cada isla tenía su especie peculiar, diferente de las especies de las otras islas.

Darwin observó también que en las tórtolas, los lagartos, las tor-



tugas, los insectos y los caracoles de las islas existían diferencias de especies semejantes a las de los gorriones. ¿Qué razón había para que la Naturaleza hubiera producido especies distintas de un mismo género en islas tan cercanas entre sí? Aquello no parecía lógico. Pero, en esa época, dudar que el millón de especies de plantas y animales que hoy existen, han existido desde la creación del mundo, era contradecir, no solo la narración del Génesis, según entonces se entendía, sino también la opinión de los sabios más eminentes.

Darwin apuntó en su diario la idea germinal de la teoría que debía revolucionar el mundo científico: "Podría pensarse que las distintas especies han ido sufriendo modificaciones con fines diferentes. Parece que en estas pequeñas islas, rocosas y estériles, nos hallamos más cerca del misterio de los misterios: la primera aparición de nuevos seres vivos sobre la Tierra."

El *Beagle* estuvo viajando durante cinco años. Fue a Tahití, Nueva Zelanda, Tasmania, Australia, la isla de la Ascensión, las de Cabo Verde y las Azores. En todas las islas, las distintas especies de la fauna local ofrecieron a Darwin el mismo irritante problema y lo hicieron pensar en la misma increíble solución.

Cuando regresó a Inglaterra, de donde nunca volvería a salir, había adquirido alguna fama a causa de sus cartas fascinantes y de sus magníficas colecciones. Con el tiempo empezó a hacerse conocido por sus estudios relativos al origen de los atolones y sus investigaciones acerca de los seres vivos del mar. Sin embargo, solo a uno o dos de sus amigos les reveló el secreto de su teoría. La había escrito en un cuaderno de notas que siempre llevaba consigo, y en el cual pacientemente apuntaba todos los hechos que parecían corroborarla. Visitaba a cultivadores de plantas y criadores de animales para estudiar sus libros y notas. Compró palomas de distintas especies y se dedicó a estudiarlas y disecarlas. Aunque todas las palomas domésticas descienden de la paloma silvestre europea, Darwin observó que la buchona, la de cola de abanico, la mensajera y la volteadora se diferencian en tal grado unas de otras, a causa de muchos siglos de selección por parte de los criadores, que cualquier zoólogo, si las hallara en estado salvaje, las clasificaría en especies distintas. Observó asimismo que algo parecido acontecía con los perros y con ciertas clases de trigo. Llegó a la conclusión de que, quizá, la evolución no fuera un fenómeno insólito que hubiese ocurrido sólo en algunas islas en edades remotas, sino un proceso común que se estaba verificando ante sus propios ojos.

Darwin trabajó pacientemente durante veinte años en su teoría,

sin pensar en la fama ni aun en la publicación de sus investigaciones e ideas. Después de mucho trabajo y meditación, confió una vez a un amigo: "Al fin veo rayos de luz prometedores, y casi estoy convencido de que (en contradicción con las opiniones que yo mismo tenía al principio) las especies no son inmutables (pero hacer esta declaración es como confesar un asesinato)."

Pronto supo, sin embargo, que en aquel "asesinato" tenía cómplices: una mañana, mientras desayunaba, recibió una carta de tierras lejanas, en la que se le exponía el resumen de una teoría tan semejante a la suya que su corresponsal bien hubiera podido tomarla de las 231 páginas del manuscrito de Darwin, no publicado aún. En las Indias Orientales, el conocido zoólogo Alfred Russell Wallace había caído enfermo, y en la extraña lucidez de la fiebre había percibido como por intuición la manera en que la Naturaleza había poblado el mundo.

"La variabilidad de una especie –escribía Wallace– no tiene límites, como antes se suponía. La vida de los animales silvestres es una lucha por la existencia. La mayor o menor abundancia de una especie depende del grado en que se adapte al medio en que viva. Las variaciones útiles propenden a aumentar la especie; las inútiles o dañosas, a disminuirla. Las variedades superiores extirpan al fin la especie original. La Naturaleza tiende a la progresión por cambios diminutos."

"Lucha por la existencia", "adaptación al medio", "tendencia a la progresión por cambios diminutos": ¡éstas eran las mismísimas palabras de Darwin! Complacido y entusiasmado por esta confirmación de su descubrimiento, empezó al mismo tiempo a preocuparse con el problema de ética profesional que ella implicaba. ¿Cómo podría publicar sus propias ideas y conclusiones sin despertar la sospecha de que las había plagiado del sabio que se las había comunicado desde tierras remotas? Al problema se le halló una solución razonable: la de que ambos naturalistas expusieran conjuntamente su nueva teoría de la evolución por selección natural en una memoria presentada a la Sociedad Linneana en su próxima reunión. Así lo hicieron en una noche memorable de 1858. La sustancia de su exposición puede resumirse en la siguiente forma:

Primer hecho: Los seres vivos tienden a reproducirse, o multiplicarse, en progresión geométrica.

Segundo hecho: A pesar de ello, el número de individuos de cada especie tiende a permanecer, por término medio, poco más o menos constante.

Consecuencias de los dos hechos anteriores: La competencia entre los individuos de una misma especie, y entre los de distintas especies, impide que el número de individuos exceda ciertos límites. Esta es la lucha por la existencia.

Tercer hecho: Todos los seres vivos tienden a diferenciarse perceptiblemente los unos de los otros. No hay dos criaturas enteramente iguales e inclusive algunos de la misma especie son muy diferentes. Aunque no todas estas variaciones son hereditarias, la cría experimental demuestra que algunas *sí* se trasmiten de esta manera.

Consecuencias: Puesto que los seres vivos están sometidos a la lucha por la existencia y no todos ellos son iguales, algunos sobrevivirán a causa de ciertas variaciones que los hacen superiores a los demás, y algunos desaparecerán a causa de ciertas variaciones que los hacen inferiores a los otros. Esta es la selección natural.

Resultado: Actuando sin cesar, en el curso de generaciones, la selección natural por medio de pequeñas variaciones produce variaciones de importancia. Eso es la evolución.

Después de la sesión, empezó a oírse en el salón de la Sociedad Linneana el murmullo de animadas pero graves conversaciones en las que los miembros se comunicaban sus comentarios. Decían que si Darwin y Wallace tenían razón habría que considerar trasnochados los frutos de la ardua labor a que muchos sabios habían consagrado casi toda su vida. Por otra parte, los hasta entonces misteriosos restos fósiles de plantas y animales ya extinguidos ofrecían un maravilloso cuadro de creación progresiva, más asombroso aún que la interpretación literal que entonces se daba a la Biblia.

Al año siguiente, Darwin publicó su obra *El origen de las especies.* La primera edición se vendió el mismo día en que se puso a la venta. Y entonces se desencadenó la tempestad de la controversia. ¡Está loco! ¡Este hombre es un genio! ¡Está introduciendo la anarquía en la ciencia!

Durante mucho tiempo, los elementos liberales de las iglesias protestantes habían anhelado sacudirse el yugo del autoritarismo. La publicación de *El origen de las especies* encendió una discusión apasionada entre ellos y sus correligionarios llamados *fundamentalistas*, o *literalistas*, que permanecían tenazmente aferrados a la interpretación literal de la Biblia. "Si no aceptáis literalmente el texto bíblico —declaraban éstos— abriréis las puertas a la impiedad, que arrollará y destruirá todos los fundamentos de la moral." "¡Tonterías! —exclamaban los liberales entusiasmados—. He aquí la nueva libertad de adorar

a Dios según las verdades esculpidas en las tablas geológicas."

El obispo de la iglesia anglicana, Samuel Wilberforce, aceptó el desafío del joven biólogo Thomas Huxley, fogoso defensor de Darwin, para celebrar un debate en Oxford acerca de la nueva teoría. Cuando llegó la hora, el gran salón estaba repleto. Las damas agitaban sus pañuelos saludando al amable y bien parecido obispo. Muchos eclesiásticos se habían congregado para defender lo que entonces se consideraba pertenecía al terreno moral. Creyendo que con esto anonadaba a Huxley, el obispo Wilberforce le preguntó, con una sonrisa de triunfo y tono irritante: "¿Sostiene acaso el caballero que él desciende de un mono por la línea materna o paterna?"

El joven Huxley, saltando de su asiento, replicó sin vacilar: "Yo preferiría descender de monos, tanto por la línea paterna como por la materna, a descender de un hombre que abusa de sus brillantes dotes intelectuales para traer prejuicios religiosos a la discusión de asuntos acerca de los cuales no sabe absolutamente nada." La respuesta provocó un indignado murmullo entre los eclesiásticos, y ruidosos aplausos entre los estudiantes de Oxford. Huxley salió vencedor, y con él Darwin.

Durante todo este tiempo, Darwin había permanecido en su casa de campo en Kent, donde vivía alejado del mundo. Hubiera preferido morir, decía, antes que tomar parte en el debate de Oxford. Darwin tenía sus razones para vivir sosegadamente en su retiro: su salud no era buena, la menor excitación lo enfermaba. Para realizar su labor le era indispensable la más completa tranquilidad. Su labor fructificaba continuamente en el estudio y en su pequeño laboratorio. En *La descendencia del hombre* presentó el árbol genealógico del animal humano. El libro causó nuevas explosiones de cólera. Darwin escribió *Expresión de las emociones en el hombre y los animales*, en que hace derivar de los brutos las cualidades y sentimientos humanos más elevados y reverenciados. A veces, cuando sus críticos temblaban en espera de otro "ataque impío", los desconcertaba con una memoria acerca de la fecundación de las orquídeas o la reproducción de las primaveras (plantas).

En vano escudriñaron sus enemigos la vida de Darwin, buscando en ella la inmoralidad que, según ellos, debía ser concomitante necesario de sus ideas liberales y de su teoría. No encontraron sino a un anciano apacible y benévolo, que pasaba sus días entre las flores o con los niños, los mayores deleites de su vida. Ni pudieron hallar una sola palabra con que Darwin negase la existencia de Dios o del alma.

Entre los hombres de ciencia, ningún otro fue nunca tan querido de sus colegas como Darwin. Cuando, ya a una edad avanzada, se presentaba en una reunión científica, todo el mundo se ponía de pie y lo vitoreaba. Apenas podía creerse que este hombre modesto y apacible hubiera sido el centro de la batalla filosófica más apasionada del siglo XIX. Él mismo no se interesó mucho por aquella lucha. Como un asiduo hortelano, araba, fertilizaba y cultivaba los campos del saber, sin hacer caso de la algarabía de los pájaros que, siguiéndolo, trataban en vano de destruir su obra.

Sin embargo, daba siempre oídos a la crítica científica y estaba dispuesto a abandonar sus teorías predilectas si se le indicaban otras mejores. Algunos sabios han sostenido que la selección natural puede destruir, pero no crear y que no explica las variaciones iniciales que aprovecha. La obra memorable de Mendel, relativa a la herencia, que ayuda a vencer estas dificultades, no se publicó hasta después de la muerte de Darwin. Cuando él vivía, la genética era una ciencia desconocida. De Vries no había formulado aún su teoría de las mutaciones, esto es, de la evolución "por saltos", o por grandes variaciones súbitas, a diferencia de la evolución por un proceso paulatino sin solución de continuidad. Pero los nuevos descubrimientos y adelantos, lejos de desmentir la ley de la evolución expuesta por Darwin, la apoyan y completan. Hace muchos años que la mayor parte de los sabios miran la evolución, no ya como una teoría, sino como un hecho.

El impulso que el descubrimiento de Darwin dio al saber humano se ha extendido hasta mucho más allá de las ciencias biológicas. Los astrónomos hablan hoy de la evolución de los astros; los físicos hablan de la evolución en todos los objetos materiales. La historia se mira hoy como proceso evolutivo, y los sociólogos aceptan la evolución de la sociedad.

Charles Darwin nació el 12 de febrero de 1809. Falleció apaciblemente el 19 de abril de 1882. Excepción hecha de la trascendental revolución que sus teorías produjeron en la ciencia y en la filosofía, nada digno de mención ocurrió en su vida modesta y sosegada. Aunque había pedido que lo enterraran en su finca de campo, la nación inglesa reclamó su cadáver, que fue sepultado en la abadía de Westminster, al lado de la tumba de *sir* Isaac Newton. Entre los que llevaron las cintas del féretro figuraban Huxley, Wallace y James Russell Lowell. Allí descansa, en paz y honrado por el mundo entero, uno de los ejemplares más perfectos del género *Homo sapiens* que la civilización ha producido.

ABRAHAM LINCOLN, CORTADOR DE MADERA

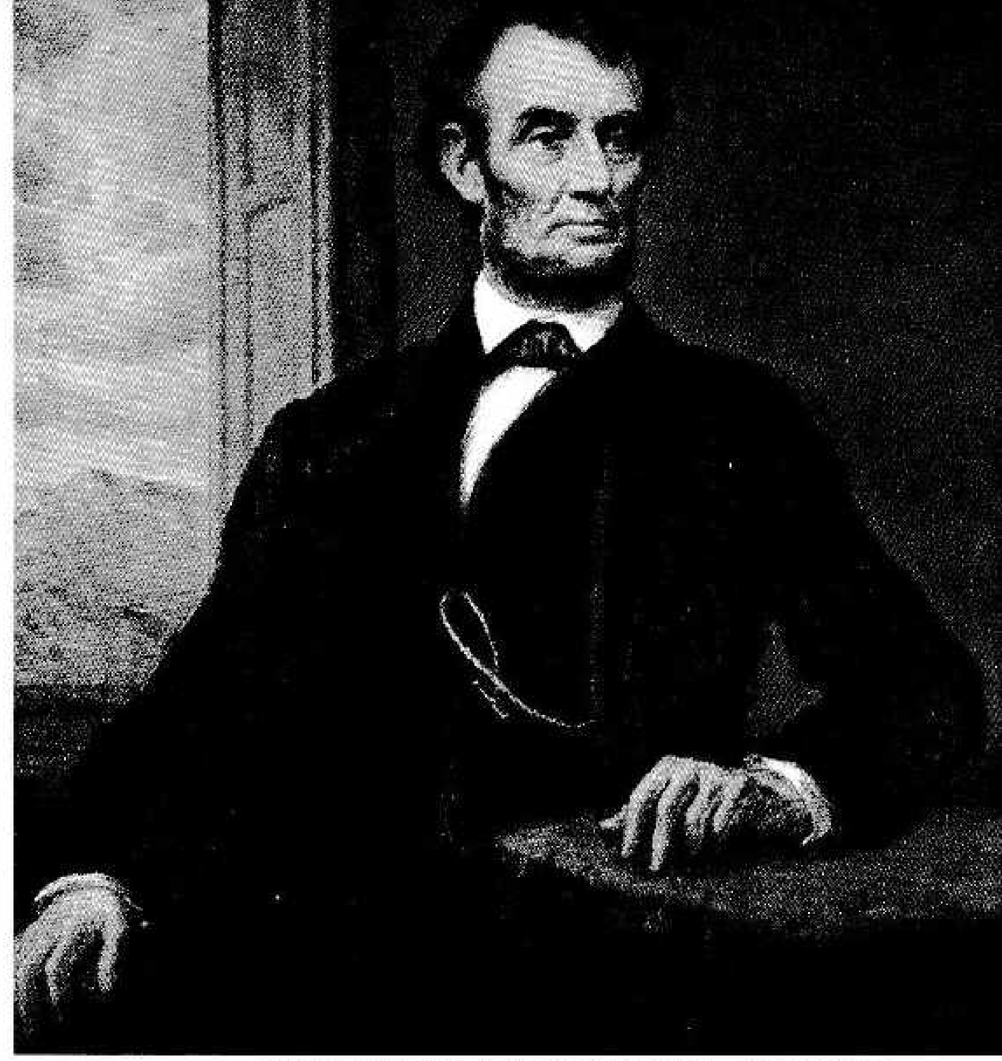
G. Lynn Sumner

Cinco hechos, solo remotamente relacionados con la época y el lugar, convirtieron en presidente a Abraham Lincoln. Su carácter, su elocuencia y su sagacidad política, por sí solos, no hubieran llevado a Lincoln a la presidencia de una nación en su hora de más peligro si ciertas circunstancias fortuitas no hubieran conspirado para que así sucediera.

¿Cuáles fueron estas circunstancias? Una invitación para dar una conferencia retribuida con doscientos dólares; el fracaso de un joven al someterse a los exámenes de ingreso de la universidad de Harvard; el afortunado talento publicitario de un político en Decatur, Illinois; la incumplida promesa de un impresor y, finalmente, una conspiración política a medianoche en la habitación de un hotel. Si todo esto parece incongruente y en abierta disonancia con la historia comúnmente aceptada, analicemos ahora estos hechos –velados entonces por la excitación superficial de un desorden político y apagados hoy por el paso del tiempo– y veamos realmente cómo Lincoln llegó al poder.

Primero, analicemos a un hombre decepcionado, sentado en una pobre oficina de abogado en Springfield, Illinois. Era el otoño de 1859. Lincoln tenía cincuenta años de edad. Durante más de veinte había ejercido su profesión, que le proporcionaba unos ingresos de tres mil dólares al año; recientemente, sin embargo, su firma había recibido algunas retribuciones sustanciales. Sus posesiones consistían en la casa que habitaba, 160 acres de tierra en los distritos de Crawford y Tama, en Iowa, y otros pequeños terrenos obtenidos como pago de una letra; su dinero en efectivo era escaso y, su crédito, menguado.

Algunos socios y amigos suyos comenzaron a considerarlo como posible candidato a la presidencia de los Estados Unidos, pero Lincoln rechazó la idea. "¿Por qué –preguntaba– el Partido Republicano ha-



Retrato de Lincoln, realizado por el pintor norteamericano Daniel Huntington en 1904. El cuadro pertenece actualmente a la Cámara de Comercio de Nueva York.

bría de reparar en mí, cuando tiene dirigentes tan destacados como William H. Seward, de Nueva York, y Salmon P. Chase, de Ohio?" A pesar de todo, Lincoln aspiraba a ocupar la presidencia y, lo que es curioso, recurrió a dar conferencias, quizá como un medio para mantenerse en contacto con el público, pero también porque necesitaba los ingresos suplementarios que ello le proporcionaba. La oferta que le hicieron para dar una conferencia en la iglesia de Plymouth, en Brooklyn, por la que le pagarían doscientos dólares además de sus gastos, le interesó mucho, principalmente porque le permitiría visitar a su hijo Robert, que había ido a Cambridge aquel otoño para someterse al examen de ingreso en la Universidad de Harvard. Robert re-

sultó suspenso en quince de las dieciséis asignaturas de que constaban los exámenes, y para completar su preparación fue a la academia de Phillips Exeter, en New Hampshire.

La inquietud que el fracaso de su hijo le produjo lo animó aun más a hacer aquel viaje que le permitiría visitar al muchacho.

Los organizadores de la conferencia que iba a dar Lincoln en la iglesia de Plymouth, al saber que éste hablaría de un tema político, cambiaron el sitio de reunión a Cooper Union, en la ciudad de Nueva York, que podía acoger a un mayor número de personas. Aunque la noche del 27 de febrero hubo tormenta, unas 1500 personas acudieron a escucharlo. La entrada valía veinticinco centavos; se recaudaron unos 367 dólares.

Uno de los que asistió a la conferencia escribió que "el orador mantuvo enmudecido al auditorio con su lógica y, al finalizar, el público mostró un impetuoso y prolongado entusiasmo". Al día siguiente, los periódicos de Nueva York publicaron su discurso íntegro, y los dirigentes del Partido Republicano en toda Nueva Inglaterra exhortaron a Lincoln para que hablara a lo largo de la ruta que había de seguir para ir hasta la academia de Exeter a ver a su hijo. En el curso de la siguiente semana, Lincoln dijo once discursos más, en los estados de Connecticut, Rhode Island y New Hampshire. Robert Lincoln declaró siempre que de no haber fracasado él en los exámenes de ingreso en Harvard, su padre no habría visitado a Nueva York y Nueva Inglaterra aquel invierno, y quizá nunca hubiera sido presidente.

Regresemos ahora a Springfield con Lincoln, que por primera vez ve la posibilidad de llegar a presidente. Seward, el dirigente más destacado y popular del Partido Republicano, gozaba de gran prestigio en todo el país, y ya tenía muchos partidarios en Illinois. Por tanto, Lincoln empezó a escribir a influyentes colaboradores del partido en todo el estado. Sabía que si participaba en la convención nacional sin el apoyo de los delegados de su propio estado, su causa no tendría esperanzas. Por ello, se dirigió a Norman B. Judd, miembro del Comité Nacional Republicano del norte de Illinois, y le preguntó: "¿Podría prestarme ayuda?" Judd, con sus buenos oficios, consiguió que la convención nacional se celebrara en Chicago.

Richard J. Oglesby, de Decatur, otro buen amigo de Lincoln, sabía montar un buen espectáculo político mejor que nadie en aquel año de 1860. La convención estatal iba a celebrarse en Decatur, y el propósito de Oglesby era conseguir que los delegados del estado de Illinois apoyaran la causa de Lincoln.

Oglesby había tenido noticias de que, muy cerca de Decatur, en su juventud, Lincoln, con John Hanks, quien todavía vivía en los alrededores, había trabajado cortando madera para construir cercas. Oglesby fue a ver a Hanks y le preguntó si todavía existían algunos de los maderos que ambos habían cortado juntos. Hanks recordó claramente una cerca que habían construido con madera de troncos de algarrobo y de nogal en una granja a unos dieciséis kilómetros al oeste de la ciudad. Oglesby llevó en su calesa a John Hanks y se dirigieron a la granja, donde encontraron la cerca de madera todavía en uso. Cogieron dos de los maderos, los amarraron a la calesa y se los llevaron a Decatur; allí los escondieron en el granero de Oglesby. Una semana más tarde, en cierto momento estratégico de la convención estatal, Oglesby se puso en pie y anunció que un antiguo demócrata deseaba hacer un donativo. En aquel momento, el viejo John Hanks subió al estrado, llevando los maderos que él y Lincoln habían cortado en 1830, en los cuales se podía ver escrito lo siguiente:

ABRAHAM LINCOLN
CORTADOR DE MADERA
CANDIDATO
PARA PRESIDENTE EN 1860

En la sala se alzó un clamor de entusiasmo. Las fuerzas de Seward fueron derrotadas por una gran mayoría. Inmediatamente, Illinois se puso al lado de Lincoln. John Hanks y sus maderos se convirtieron en distintivo de las reuniones políticas. La frase "Abraham Lincoln, cortador de madera", se hizo famosa como consigna política a lo largo y lo ancho de todo el país.

Pero todavía habrían de suceder dos hechos imprevistos en este juego del destino. La Convención Nacional Republicana se reunió en Chicago, el miércoles 16 de mayo de 1860. El jueves se aceptó el programa político y, el mismo día, por la noche, se iba a proceder a la votación. No había duda posible del resultado. Seward aparecía como el vencedor indiscutible. Las encuestas realizadas entre los pasajeros de cuatro trenes que llegaban a la ciudad daban claramente la victoria a Seward con 860 votos. Lincoln recibió sólo 144, y los demás candidatos, 288. El voto de los delegados parecía solo una formalidad, y de haberse procedido a la votación aquel jueves, Seward hubiera sido, sin duda, electo presidente.

Pero las hojas donde se habían de registrar los votos, que la im-

prenta había prometido entregar para las nueve de la noche, no llegaron. Después de esperar un rato se enviaron mensajeros a recogerlas. Al cabo de media hora no habían regresado. Los delegados comenzaron a impacientarse y, por fin, dos de ellos presentaron una moción para que se difiriera la convención hasta las diez de la mañana del día siguiente. La moción fue aprobada. Así fue como un desconocido e informal impresor se convirtió en instrumento del destino. Las horas de aquella noche iban a cambiar el curso de la historia.

Al suspenderse la convención, los amigos de Lincoln emprendieron una febril actividad de convencimiento. Afirmaban que si Seward era designado candidato, éste no podría conseguir los votos de los estados de Pennsylvania, Indiana e Illinois, y sin, por lo menos, dos de estos estados, más Nueva Jersey, la causa republicana estaría perdida. Para muchos delegados que todavía estaban indecisos, este argumento fue concluyente. Pero los amigos de Lincoln necesitaban el apoyo de verdaderas coaliciones, no votos individuales; mientras tanto, la noche se iba acabando. En varias habitaciones de cierto hotel, dos ayudantes políticos de Lincoln iniciaron negociaciones para conseguir los votos de las delegaciones estatales. Lincoln, que se hallaba en Springfield, a 240 kilómetros de distancia, debió de imaginar la maniobra que le preparaban sus amigos, porque les envió el siguiente mensaje: "No me comprometáis a nada." Los negociadores se quedaron asombrados; furiosos al principio, tomaron una rápida decisión: "Haremos como si nunca hubiésemos recibido este mensaje." Entre ese momento y el amanecer gestionaron dos pactos. Los estados de Pennsylvania e Indiana votarían por Lincoln con la promesa de dos puestos en el Gobierno.

A la mañana siguiente, cuando se reunió la convención, Seward iba arriba en la primera votación. En la segunda votación, Pennsylvania e Indiana encabezaron el movimiento en favor de Lincoln. En la cuarta votación, Ohio se les unió y la batalla estaba ganada. De los 466 votos de la última votación, 354 fueron para Lincoln. Al ser designado candidato republicano, Lincoln tenía asegurada la presidencia, pues los demócratas, muy divididos por el problema de la esclavitud, presentaron tres candidatos. En noviembre, con un cuarenta por ciento del voto popular, Lincoln fue elegido presidente.

De esta manera, una extraña serie de hechos conspiraron para llevar a Lincoln a la Casa Blanca. ¿Pero fue un accidente? ¿Fue solamente una intriga política? . . . ¿O fue el destino? ¿No es posible que aquel día la mano del destino se posara sobre el hombro de Abraham Lincoln?

MI PADRE, MARCONI

Degna Paresce-Marconi

"Va usted a oír algo que la emocionará", me dijo, sonriendo, un empleado de la biblioteca del Congreso, en Washington, mientras colocaba un disco en el fonógrafo. Con las primeras palabras empezó a palpitarme el corazón: era la voz, suave y calmada, de mi padre.

Se expresaba en italiano, con precisión austera, y relataba cómo, en 1894, a la edad de veinte años, había obtenido el primer buen resultado de sus experimentos en la trasmisión inalámbrica. Tras meses de penosos fracasos, cierta noche apretó un conmutador: saltó la chispa y sonó una campana en un cuarto situado a diez metros de distancia. Guglielmo Marconi corrió a despertar a su madre para contarle que al fin había resuelto el problema de trasmitir el sonido sin alambres.

Mientras escuchaba aquella voz creía ver la figura delicada de mi padre, encorvado sobre sus instrumentos, con los auriculares que le tapaban las enormes orejas. Recordaba el cuarto del inalámbrico, que había llegado a ser la habitación más importante de nuestro hogar, ya residiéramos en Roma o en Inglaterra, o estuviéramos pasando la habitual temporada de seis meses a bordo del *Elettra*, yate de 730 toneladas que mi padre compró a finales de la primera guerra mundial. Aquel cuarto era el santuario donde pasaba mi padre la mayor parte de su tiempo, y en el que nosotros, los chicos, entrábamos de puntillas, con cierto temor reverencial.

Cuando nació mi padre, el 25 de abril del año 1874, en la ciudad de Bolonia, un viejo sirviente de la casa de mis abuelos exclamó: "¡Qué orejas tan grandes tiene!" A lo que su madre contestó con un orgullo que había de ser profético: "Con estas orejas será capaz de oír hasta la tenue voz del aire."

Mi abuelo, Giuseppe Marconi, fue un negociante próspero; mi abuela, Anna Jameson, procedía de una conocida familia de destiladores de Dublín. Por sus venas corría sangre escocesa e irlandesa, y era de religión protestante. Hizo de mi padre un buen estudiante de la Biblia y un buen pianista (ella era una ejecutante de primera), y le enseñó a ser tenaz y perseverante.

Mi padre sintió la atracción de la ciencia desde sus primeros años. A los doce, los estudios de física y de química absorbían por completo todo su interés. Una vez le preguntaron sus padres cuál era la razón de su amistad con un hombre viejo y ciego: "Este hombre —contestó— es un telegrafista retirado y me está enseñando el alfabeto Morse."

Tenía veinte años cuando leyó una nota necrológica sobre el físico alemán Heinrich Hertz, en la que se describían los experimentos que aquél había realizado en el campo de las ondas electromagnéticas. ¿Por qué no habrían de poder trasmitirse señales a través del aire, sin alambres, igual que Hertz había trasmitido una chispa?

Después del experimento de 1894, con el que obtuvo buenos resultados, realizó otros, en los que llevó a cabo trasmisiones a distancias cada vez mayores. Ofreció su invento al gobierno italiano, pero el ministro de Correos y Telégrafos no mostró interés alguno.

Su madre lo animó diciéndole: "Quizá encuentres mejores oportunidades en mi país." En 1896, Marconi llegó a Londres con dos baúles llenos de instrumentos. Los empleados de la aduana, sospechosos de lo que pudieran ser aquellos extraños artefactos, los sometieron a un "examen" tan riguroso que acabaron por echarlos a perder. Mi padre tuvo que rehacer todo el instrumental.

Pero, por fortuna, el gobierno británico y ciertos ciudadanos particulares comprendieron que aquel jovencito de solo veintidós años era dueño de un invento revolucionario que podía hacer posible un día en el futuro comunicarse con buques en alta mar. En 1897 se constituyó una sociedad británica para explotar la "telegrafía inalámbrica". A mi padre se le concedieron la mitad de las acciones que constituían el capital nominal y quince mil libras esterlinas en dinero efectivo, con lo cual a los veintitrés años era ya un hombre rico.

La primera estación inalámbrica, montada en la isla de Wight,



Marconi y su ayudante Kemp, en 1901, durante la primera tentativa de trasmisión a través del Atlántico.

en 1897, estableció contacto con un vapor a veintinueve kilómetros de distancia. Un año después, el *Daily Express* de Dublin pidió a mi padre que enviara mensajes desde un remolcador que seguía a los yates participantes en la Regata de Dublin. El primer día, el experimento fue un completo fiasco; pero no por ello desistió mi padre en su em-



peño y, finalmente, logró trasmitir más de cien mensajes, con lo que ganó el apoyo de la prensa, a cuyas actividades el telégrafo inalámbrico abría un amplio campo.

En aquel mismo año, la reina Victoria expresó el deseo de obtener una comunicación desde su residencia de verano en la isla de Wight

con el yate real *Osborn*, en el cual se hallaba su hijo –más tarde Eduardo VII–, convaleciente de un golpe recibido en la pierna. Cierta mañana, mientras mi padre se hallaba trabajando en los jardines de Palacio, pasó cerca de él la Reina, quien no se dignó contestar el saludo que aquél le dirigió. Herido en su amor propio, mi padre anunció que abandonaba el experimento y que no volvería a Palacio. "Busque a otro electricista", ordenó la reina Victoria. "¡Pero, Majestad –se le contestó–, no tenemos un Marconi inglés!" "Entonces díganle al *signor* Marconi que venga a almorzar mañana." Apaciguado así mi padre, desistió de su anterior resolución y llevó a cabo el real cometido.

En el año 1899, mi padre experimentó una de sus más grandes satisfacciones: su invento había tenido la primera oportunidad de salvar vidas humanas. Un buque-faro británico, provisto del aparato de telegrafía inalámbrica, oyó la sirena de auxilio de un vapor que estaba naufragando en el paso de Calais. El buque-faro envió un mensaje inalámbrico a la costa e inmediatamente se despacharon botes a salvar a la tripulación.

En todo el mundo se publicó la noticia. Se construyeron estaciones en Inglaterra y en la Europa continental y se instaló el inalámbrico en barcos ingleses e italianos. Pero mi padre no estaba del todo satisfecho: su ambición era unir a Europa con América por medio del inalámbrico. Convenció a su compañía de que le permitieran hacer el ensayo, a pesar de la insistencia de muchos físicos que sostenían que la curvatura de la Tierra no permitiría el envío de mensajes a través del océano.

Escogió la localidad de Poldhu, en la punta sudoccidental de Inglaterra, para la instalación de su estación europea. Después de un año de rudo trabajo, la estación fue destruida por una tempestad. Mi padre no se dejó vencer por semejante contratiempo; reconstruyó la estación y se dirigió a Terranova, lugar del continente americano que había escogido para la comunicación trasatlántica. Allí, en San Juan, tuvo la satisfacción de encontrar un cerro donde se levantaba una torre erigida en memoria del famoso explorador italiano Giovanni Caboto (también conocido por Juan Cabot). Presintió que aquel lugar iba a ser afortunado para él.

Las condiciones meteorológicas eran desfavorables y, además, había que vencer muchos obstáculos de carácter técnico, pero, finalmente, el 12 de diciembre de 1901, mi padre se hallaba sentado ante su aparato con el auricular puesto. En aquellos días la sintonización no tenía nada de preciso ni de científico. Mi padre tuvo que "cazar" la señal. Durante media hora no logró percibir ningún sonido. ¿Acaso

alguna fuerza misteriosa había desviado la señal? ¿Constituiría realmente una barrera la curvatura del Globo? Este y otros temores le pasaron por la mente. De pronto sintió un agudo tic en los audífonos, seguido por tres inconfundibles golpecitos que corresponden a tres puntos del alfabeto Morse. "¿Puede usted oír algo? Repito . . ." "¡Sí!", fue la triunfante respuesta que recibió de su ayudante.

La estupenda noticia, que mi padre entregó a los periódicos dos días después, fue recibida con escepticismo. Para disipar toda duda, mi padre hizo edificar una buena estación en Terranova. Pero cuatro días después de trasmitido el primer mensaje trasatlántico, la Anglo-American Cable Company, dueña del cable trasatlántico tendido desde Terranova, exigió a mi padre, bajo la amenaza de apelar a una acción legal, que suspendiera sus experimentos. Afortunadamente acudió en su ayuda el ministro de Hacienda del Canadá, William Stevens Fielding, quien le ofreció dieciséis mil libras esterlinas para construir una estación en Glace Bay, en Nueva Escocia.

Antes de regresar a Inglaterra, mi padre se detuvo en Nueva York, donde el Instituto Americano de Ingenieros Electricistas ofreció un banquete en su honor, al que asistieron los más grandes personajes de la ciencia. Thomas Edison, que no pudo concurrir al festejo, envió un mensaje de felicitación.

Dos años después, Edison invitó a almorzar a mi padre en su laboratorio de Orange, en Nueva Jersey. Ambos se enfrascaron de tal modo en sus razonamientos que Edison olvidó completamente el almuerzo. Solari, el ayudante de mi padre, estaba hambriento y furioso. Pero éste lo calmó diciéndole: "Solari, esto nos conviene para conservarnos esbeltos."

En la primavera de 1902 puso un grupo de ayudantes a trabajar en la estación de Glace Bay y en octubre ésta quedó terminada. El 18 de diciembre, tras muchos días y noches de repetir experimentos, Poldhu dio noticia del éxito: todos los mensajes se habían recibido.

Mi padre, que a la sazón solo tenía veintiocho años de edad, regresó triunfalmente a Europa. Bolonia, su ciudad natal, le hizo un recibimiento entusiasta. Liorna y Roma le concedieron el título de ciudadano honorario. Estando de visita en Kronstadt, Rusia, un caballero bien entrado en años le echó los brazos al cuello y exclamó: "¡Saludos al padre del inalámbrico!" Era Alexander Popoff, uno de los iniciadores de la investigación inalámbrica, a quien la propaganda rusa adjudica hoy la invención de la radiotelegrafía.

En el otoño de 1904, deseoso de tranquilidad después de trabajar

en varios nuevos inventos, mi padre se retiró a su estación inalámbrica de Pool, cerca de Bournemouth, en Inglaterra. Allí conoció a mi madre, Beatrice O'Brien, hija de *lord* y *lady* Inchiquin. Ella tenía entonces diecinueve años y estaba en la plenitud de su belleza. Me contaba que mi padre le propuso matrimonio en el sitio que menos podía esperarlo: en la cúpula del Albert Hall, de Londres. Poco después se casaron y salieron inmediatamente para Nueva Escocia, donde mi padre pensaba mejorar su estación inalámbrica de Glace Bay. En dichas circunstancias fue llamado desde Londres. Los fondos de la compañía se habían gastado en investigaciones y experimentos, y los bancos se negaban a conceder nuevos créditos. Mi padre fue entonces a Italia con la esperanza de conseguir allí la necesaria ayuda bancaria, pero también le fue negada.

Una vez de regreso en Inglaterra reorganizó la compañía y redujo considerablemente el personal y el presupuesto de gastos. Pero todo parecía salir mal: su primer hijo murió a los tres meses de nacido; las compañías alemanas y norteamericanas de telégrafo inalámbrico comenzaron a violar los derechos de su patente; la gran estación de Glace Bay, que tanto había costado en esfuerzo, tiempo y dinero, fue destruida por un incendio. Al tener noticia mi padre de semejante desastre se sentó al piano y tocó una sonata de Beethoven. En seguida se levantó y le dijo a mi madre: "Ahora ya sé lo que tengo que hacer."

Estaba decidido a trabajar más duro que nunca. Probaría que el inalámbrico era un negocio comercial. Y entablaría acción judicial contra los violadores de su patente.

Un año después, la estación de Glace Bay se hallaba reconstruida y mi padre había ganado el primer pleito en Nueva York. La fortuna volvía a sonreírle. En 1909 recibió el Premio Nobel de Física, y un nuevo grupo directivo levantó e hizo progresar su compañía.

Mientras tanto, trabajaba en nuevos inventos de radio, tales como un buscador de dirección, para permitir mayor seguridad a los buques en alta mar; el desastre del *Titanic*, acaecido en 1912, vino a demostrar cuán acertado había sido su consejo de que todos los barcos debieran ir provistos de equipo inalámbrico. La radiotrasmisora del *Titanic* llamó en su auxilio a muchos buques que de otra manera no hubieran tenido noticia de la tragedia. Los 706 sobrevivientes del naufragio, a quienes mi padre salió a recibir en Nueva York, lo saludaron con gritos de: "¡A usted le debemos la vida!" Fue premiado con una medalla de oro. La atención y la gratitud del mundo estaban fijas en él. En Inglaterra se le concedió el título de caballero y en Italia se le hizo

senador y marqués. Donde quiera que iba era objeto de homenajes.

Una vez explotadas todas las posibilidades de las ondas largas empezó a trabajar con las ondas cortas. En 1927 consiguió trasmitir la voz humana desde Inglaterra a Australia. En 1930, con solo tocar un conmutador en Londres, encendió las luces de la exposición de Sydney, en Australia. Ensayó también con las ondas de radio reflejadas, que habrían de dar origen al radar. Por último, llamó la atención hacia las ondas ultracortas, que son la clave de la televisión.

Cuando visitó la exposición de Chicago de 1933, mi padre se interesó muchísimo por la instalación de un radio-aficionado. "Realmente, ésta es una obra bella", comentó, examinando un trasmisor que todavía no estaba terminado del todo. El muchacho que lo construía se ruborizó y dijo: "No creo que sea muy buena, señor Marconi; no soy más que un aficionado." "Yo también soy solo un aficionado", le contestó mi padre, con franca sonrisa. Efectivamente, mi padre fue un autodidacto y nunca cursó estudios en ninguna universidad.

Los que vivieron o trabajaron con él admiraban su sencillez, su paciencia y su buen corazón. Le molestaba que lo interrumpieran, pero para nosotros, los niños, siempre tenía tiempo. Solía sentarse en el suelo con mi hermano Giulio y pasaba horas enteras jugando con sus trenes eléctricos.

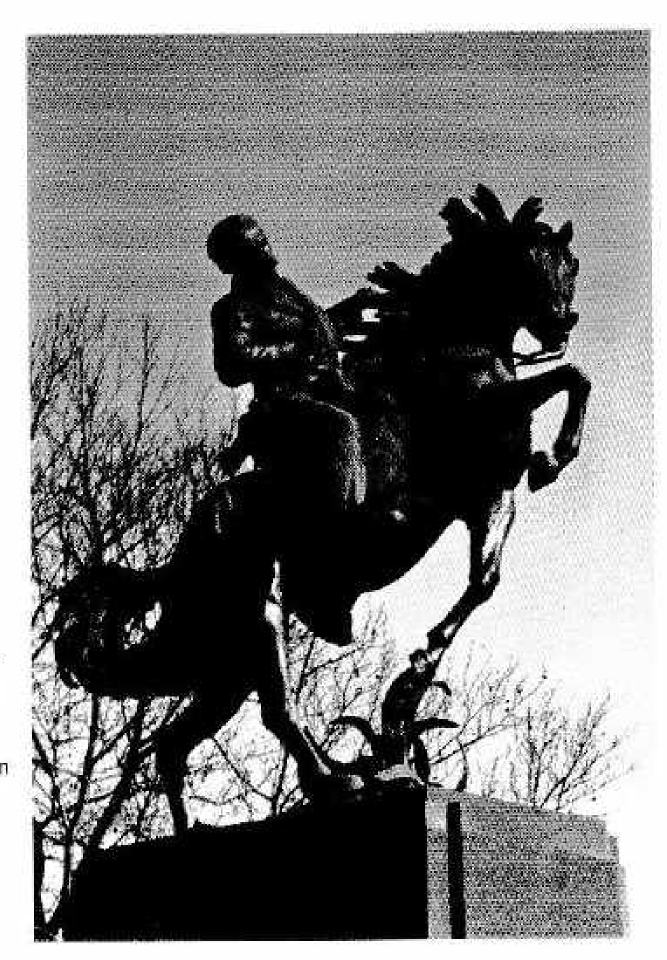
En cierta ocasión, en invierno, se metió hasta las rodillas en el agua helada de la Fontana Paola, cerca de nuestra casa de Roma, para recuperar un bote de Giulio. A consecuencia de ello le sobrevino un resfriado tan grave que, creyéndose próximo a la muerte, comenzó a tomar disposiciones para su entierro.

Cuando nos llevaba a mi hermano y a mí a caminar o de paseo en automóvil iba siempre tan alegre y despreocupado como nosotros. Cierta vez que nos dirigíamos en automóvil hacia Southampton, con el fin de embarcarnos en el *Elettra* para pasar la temporada de verano, se desinfló una rueda del coche. El hecho de que un ingenio mecánico como el de mi padre no supiera cómo cambiar una rueda nos produjo gran regocijo. Como, por otra parte, no pasaban automóviles que pudieran darnos ayuda, mi padre tuvo que sacar un librillo de instrucciones y, después de leerlo detenidamente, logró realizar la tarea. Así pudimos seguir viaje a Southampton.

Cuando murió mi padre, a consecuencia de un ataque cardiaco, el 20 de julio de 1937, los hombres de ciencia del mundo entero rindieron tributo a su espíritu investigador, su honradez científica y su admirable perseverancia.

MARTÍ: UN HOMBRE COMPLETO

L. A. Baralt Z.ª



Esta estatua ecuestre de José Martí es obra de la escultora norteamericana Anna Hyatt Huntington y se encuentra al borde del Parque Central, a la cabeza de la Avenida de las Américas, en Nueva York.

Martí

Es una mañana tórrida de 1870. Un grupo de hombres macilentos desfilan encadenados por las calles de La Habana en dirección a las canteras de San Lázaro. Entre ellos va un mozalbete de 16 años. Nadie lo conoce. No es nadie. Apenas un estudiante, condenado por "infidente" a seis años de trabajos forzados.

Llegan los reos a las canteras ya cansados, de arrastrar sus hierros una legua desde la cárcel de que proceden. Allí trabajan, en condiciones inhumanas, picando piedra y acarreándola en cajones. El polvo calcinante les quema los ojos, los picos y mandarrias les ampollan las manos, las cuestas escarpadas que tienen que trepar les desgarran los mal calzados pies, las cadenas les magullan las carnes (al joven estudiante se las dejan marcadas para siempre), los palos de los guardas les llagan las espaldas. Mézclanse presos comunes —asesinos y ladrones— con idealistas que sueñan con la libertad de Cuba, única tierra de América, con Puerto Rico, que queda a la corona de España. Los hay octogenarios. Los hay casi niños.

Entre estos, pronto se distingue el imberbe estudiante condenado por infidencia, pues ninguno, hombre o niño, resiste con mayor entereza que él la fatiga y el dolor. Sin ser precisamente pequeño de estatura, es delgado, fino de líneas y de rostro; su figura toda respira espiritualidad. No obstante, le alcanzan fuerzas para ayudar a los más frágiles que él. Sabe ya el poder incontrastable del espíritu y del carácter. A demostrar ese poder ha de dedicar toda una vida —una vida consagrada a esparcir belleza, a libertar a un pueblo y a dar forma y sustancia a todo un ideario panamericano.

Su delito es haber querido ver libre a su patria. La prueba que tuvo a la vista el tribunal consiste en una carta escrita a un compañero, censurándolo por haberse alistado en las fuerzas armadas del gobierno español. Junto con él había sido procesado su más íntimo amigo, pero para salvar a éste, se había confesado autor único del escrito, aceptando toda la responsabilidad. De gestos como éste —de hidalguía, de sacrificio y de bondad— había de dar muchos ejemplos José Martí.

El hombre que, con Bolívar, San Martín, Juárez y Washington, es uno de los grandes héroes de América nació en La Habana de humildes padres españoles el 23 de enero de 1853. Muy niño aún, aprendió en la escuela que dirigía un hombre de excepción, el poeta don Rafael María

* *Académico de número de la Academia Cubana de la Lengua, secretario de Instrucción Pública de Cuba (1934), crítico de arte y dramaturgo; realizó la compilación y traducción de unos trabajos de José Martí publicados con el título de* Martí on the U.S.A.

Mendive, que su isla nativa tenía que emanciparse de España. En 1870 ya hacía dos años que había estallado la primera, y frustrada, gran guerra separatista cubana, y en la manigua de los campos de Cuba peleaban furiosamente los mambises (como se les decía a los rebeldes). Pepe Martí no estaba en edad de unírseles, pero redactaba con sus camaradas hojas de sabor revolucionario y escribió, en verso, su primera obra de teatro, de intención francamente separatista; estas actividades, como se ha visto, al cabo ocasionaron su encarcelamiento.

Después de duros meses de trabajos forzados, en La Habana, y de confinamiento, en la Isla de Pinos, por razones de salud y de su tierna edad al fin lograron sus deudos y amigos que se le conmutara la pena con la de destierro a España. Así fue que salió de Cuba para no regresar sino en tres breves ocasiones, la última para morir a los pocos días de su desembarco. La mayor parte de su vida la pasó, pues, fuera de su patria, soñando con ella y luchando por su liberación.

Esa primera deportación a la metrópoli duró de 1871 a 1874, años que fueron decisivos en la formación de su personalidad. Allí escribió su primera obra de importancia, *El presidio político en Cuba*, candente flagelo contra el régimen colonial y ardiente llamado a la tradicional dignidad de España a que pusiese inmediato remedio a tales injusticias como las que describe en el ensayo. Este escrito, por la novedad de forma y profundidad de pensamiento, revelaba ya, en el joven de 18 años, un escritor de fibra y excepcionalmente dotado. Estudió en las universidades de Zaragoza y Madrid, graduándose en letras y en derecho. Frecuentó teatros y círculos intelectuales, se hizo de una sólida cultura literaria y, lo que es más importante, aprendió a distinguir entre la España caduca y mezquina que oprimía a sus colonias y lo que hay de grandeza espiritual en una cultura que había producido a un Cervantes y a una Santa Teresa de Jesús, y en un pueblo tan lleno de virtudes.

Cuando pudo eludir la vigilancia de las autoridades españolas, pasó a México, el primer país de América que visitaba. En seguida se destacó allí como periodista y hombre de todas letras, como orador de raro magnetismo, como crítico literario de visión penetrante. Extendió el interés que sentía por su pequeña patria a toda la problemática de la América ibera. Aún rugía en la isla, si bien en fase menguante, la Guerra de los Diez Años. Martí, desde México, ayudaba como podía la causa de la emancipación de Cuba; incluso regresó a la isla por corto tiempo bajo nombre supuesto. Pero su hora no había llegado aún. Pronto comprendió que su adorada causa parecía por el momento perdida y que nada podía hacer allí.

Pasó entonces a Guatemala, y de su paso guardan los guatemaltecos grata memoria. Influyó en la organización de la enseñanza pública, inspiró importantes reformas legislativas, vitalizó el ambiente cultural.

No se puede hablar de la estancia de Martí en Guatemala sin recordar un episodio y un poema, acaso el más leído de este gran poeta. El joven cubano había trabado estrecha amistad con el general Miguel García Granados, ciudadano prestigioso y ex presidente de la república, cuya casa visitaba con frecuencia. Éste tenía una hija llamada María. En las veladas, mientras el general y el visitante jugaban al ajedrez, María tocaba el piano y cantaba. Si charlaba Martí con el general y su esposa, María se quedaba embelesada escuchando las palabras de oro que salían de los labios de aquél. Pronto surgió en ella un gran amor. Pero Martí ya estaba comprometido, desde México, para casarse con una bella compatriota, Carmen Zayas Bazán, así que optó por no seguir frecuentando la casa de los García Granados. Cuando le nombraron catedrático de la Universidad y sus entradas le permitieron casarse, fue a México a contraer matrimonio con Carmen, no sin antes ir a despedirse de sus buenos amigos y de María. La despedida debió ser tierna; Martí besó a la niña en la frente, y en aquel momento debió compartir, íntimamente, el sentimiento de ella. Pero el compromiso contraído, su sentido del deber, le impedían revelar sus sentimientos y lo obligaban a partir. Dice el poeta en "La niña de Guatemala":

Como de bronce candente
Al beso de despedida
Era su frente, la frente
Que más he amado en mi vida.

¿Ya estaba enferma la dulce niña o era el desencanto el que le enardecía la frente? Fuere como fuese, desde ese momento comenzó a decaer. Pocos días después del regreso de Martí, ya casado, lloraba toda Guatemala la muerte de María. Martí asistió a los funerales e hizo a la familia una visita de condolencia. No había contra él inculpación posible. Y la historia se pregunta si no habría sido para el grande hombre mejor y más comprensiva compañera María que Carmen.

Terminada la Guerra de los Diez Años en 1878, con la que no habían logrado los patriotas más que vagas promesas de reformas políticas dentro del régimen colonial español y unas bases para la gradual liberación de los esclavos, intentó Martí por segunda vez radicarse en la patria. Allí se encontró con un pueblo deshecho, desangrado, derrotado. Había que comenzar de nuevo.

Martí ha sido llamado frecuentemente *el Apóstol,* y es que su obra fue esencialmente un apostolado, es decir, una labor de estructuración ideológica y moral de una nación. Durante varios años, colaborando con la Junta Revolucionaria que pronto se constituyó, su tarea no fue la de llamar a las armas, sino, por el contrario, la de reprimir a los impacientes. Lanzarse a la lucha prematuramente era invitar a la derrota. Este espíritu de fuego recomendaba, con indignación de muchos de los patriotas y militares separatistas, avanzar poco a poco. Sin embargo, su actitud emancipacionista pronto se les hizo obvia e intolerable a las autoridades españolas en Cuba, y de nuevo fue desterrado Martí a la metrópoli; atrás dejaba a su mujer y a su hijo recién nacido.

Corta fue su segunda estadía en España. En cuanto pudo, se trasladó a París y, al cabo, a Nueva York, donde viviría casi hasta el fin (salvo una corta estadía en Venezuela). En estos quince años (1880-1885), periodo de incansable actividad, produjo lo mejor de su obra escrita y edificó piedra sobre piedra la conciencia de la nueva Cuba.

Su producción literaria, que comprende 74 tomos en una de las ediciones de sus obras completas, data en no pequeña parte de estos años de madurez. Y en ellos se concentra igualmente su magna labor política. Fundaba clubs patrióticos y hablaba a los obreros cubanos en Tampa, Cayo Hueso y otras ciudades. Recaudaba fondos. Mantenía correspondencia con todos los grupos y líderes patrióticos. Organizaba delegaciones en otros países. Andando el tiempo, cuando se acercaba el momento de la acción militar para la que había echado pacientemente las bases y reunido los medios, viajaba de país en país para recabar de los generales en el exilio que habían luchado en la Guerra de los Diez Años que se incorporasen al nuevo ejéricto libertador.

Además de todo esto, Martí debía ganarse la vida. Y lo hacía de muy diversas maneras: como tenedor de libros, como maestro de español, como cónsul honorario de algunas repúblicas hispanoamericanas (sin sueldo, pero con participación en los ingresos del consulado) y sobre todo con su labor periodística. Para el *New York Sun* escribió artículos principalmente sobre arte, y para varios periódicos de la América Latina, sobre todo *La Nación* de Buenos Aires, crónicas acerca de la vida y sucesos de los Estados Unidos. Si nunca nadaba en la opulencia, jamás tampoco se le vio endeudado, ni teniendo que pedir socorro a los amigos. Vestía con sencillez, pero con la mayor pulcritud.

¿Qué clase de hombre era este Martí de la edad madura y de los años neoyorquinos? De mediana estatura, en la tribuna parecía un gigante, con su ademán erguido, la cabeza alta, el gesto armonioso. Su

rostro era de forma aperada, rematado abajo por copioso mostacho y perilla y, en lo alto, por amplísima frente con grandes entradas. Al centro, dos ojos dulces y penetrantes le brillaban...

En Martí se combinaban el realismo del hombre práctico y el idealismo del poeta. Esos rasgos, que rara vez se dan juntos, proporcionaban a este hombre excepcional buena parte del magnetismo que se constata en todo líder carismático. Sin embargo, a diferencia de muchos demagogos que han gozado de este don, nunca se aprovechó del mismo. Martí inspiraba afecto en cuantos lo trataban. Su galantería con las mujeres era proverbial. Amaba a los niños y gastaba los centavos, que nunca le sobraban, en traerles regalitos. Al humilde le daba más respetuoso tratamiento que al encumbrado. Si entraba en una reunión política su modesto colaborador Serra, que era alto de estatura y buen revolucionario, se ponía de pie y lo saludaba: "¿Qué dice mi señor Serra, grande en todo?" Cuando reclamaba servicios o dinero para la patria era imposible negárselos, por la delicadeza con que pedía y porque todos sabían que él daba más que nadie en tiempo y trabajo.

En Nueva York, Martí estudió profundamente la psicología del pueblo estadounidense, sus instituciones y sus grandes hombres. En sus crónicas no escatimó elogios para la democracia que surgía pujante, para la cuna de la moderna libertad política, ni censuras para las deficiencias que observaba en una cultura que ponía demasiado énfasis en los valores materialistas.

Martí gozaba del trato humano. Siempre le alcanzaba el tiempo para compartir "café y versos" con sus amigos. Todo le interesaba: teatros, museos, conciertos, política. Parco en todo, no desdeñaba sin embargo los placeres de la buena mesa, y cuando podía reunirse con algunos pesillos se convidaba a una comida en Delmonico's. Era sensible a la belleza del mundo físico; gozaba del campo y se alborozaba al constatar belleza y bondad en los humanos. Nadie para él era pequeño o bajo. A una colegiala le hablaba de arte como si fuera su igual. Gran parte de su producción en prosa es de tipo crítico, pero su crítica, con todo y certera, era benévola a más de justa; elogiaba toda buena intención, aunque fuera fallida, y sabía estimular siempre al principiante sincero. Sólo para la deshonestidad y la falsa pompa —en letras, en política o en religión— era severo.

Su vida hogareña durante esos largos años no fue siempre feliz. Cuando sus ingresos se lo permitieron mandó buscar a su mujer e hijo, que habían quedado en Cuba al partir él para el destierro. Tener a su lado al hijo queridísimo, a quien no había visto desde recién nacido,

fue para Martí motivo de grandes alegrías. Más tarde había de traducir esas emociones paternas en encantadoras estrofas que recogió en su primer libro de versos, *Ismaelillo*, aparecido en 1882. Se lo dedicó al hijo con estas lapidarias palabras: "Espantado de todo, me refugio en ti. Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti . . ."

Mas Carmen, inconforme con las actividades políticas del marido, poco tardó en regresar a la casa paterna en Camagüey, privando a Martí del hijo idolatrado. Por dos veces más se reunieron en Nueva York los esposos, pero Carmen no se conformaba con la vida estrecha del exilio. Quería para el esposo los éxitos materiales y la vida holgada a que, según ella, sus talentos le hacían acreedor. Se le antojaban quiméricos sus empeños patrióticos, pérdida de tiempo el escribir versos.

No estuvo el poeta, sin embargo, totalmente privado de calor hogareño durante su larga estadía en Nueva York. La falta del hogar propio la suplió hasta cierto punto el de otra Carmen, ésta todo cariño y comprensiva inteligencia: Carmen Miyares y Peoli de Mantilla. Era Carmita, como le decían, de familia venezolano-cubana. No pudiendo el marido, Manuel Mantilla, cubrir con su trabajo los gastos de la familia, dada su salud precaria —que fue empeorando hasta la invalidez y, por fin, la muerte— tuvo Carmita que asumir esa carga. Para ello recibía en su casa a algunos huéspedes pagos, casi todos cubanos del destierro. Allá fue a vivir Martí desde su llegada a Nueva York en el invierno de 1880, y en ella vivió casi todo el resto de sus días, salvo cortos períodos, como cuando tuvo junto a sí a su mujer y a su hijo. En la casa de Mantilla encontró Martí el afecto, el estímulo, el cuidado y mimo que nunca encontró en la propia. Sin ser persona de mucha instrucción, tenía Carmita una inteligencia clara, centelleante; era laboriosa y sencilla, alegre y optimista. Mujer de espíritu y carácter, derramó sobre Martí el bálsamo de un afecto casi maternal. Sus hijos querían entrañablemente a Martí, y fue éste quien los educó y les formó la personalidad. El mayor, Manolito Mantilla, le sirvió en empresas difíciles y le siguió al campo de batalla. A las dos hijas llamaba "mis niñas", pero a la más chica, María, a quien Martí había visto nacer y de la que era padrino, la quería como hija propia.

A medida que se acercaba el estallido de la guerra del '95 iban creciendo las complicaciones, las angustias, las intrigas, los fracasos —como la captura en un puerto de la Florida por las autoridades norteamericanas de la poderosa expedición que había de conducir a Cuba los primeros combatientes y armamentos—. La inmensa responsabilidad

que pesaba sobre los frágiles hombros de Martí se hacía insoportable. ¡Era un hombre de paz y dedicaba su vida a preparar una guerra! Pero el líder-pensador, el hombre-de-acción-filósofo, tenía su teoría sobre las guerras. La sola excusa de éstas estriba en ser "justas y necesarias", y nunca desfalleció en su convicción de que la que él predicaba lo era.

La prosecución de los preparativos para la guerra giraban más y más con cada día en torno de la persona de Martí. No significa esto que tuviera él en sus manos el poder supremo de los organismos conspirativos que fundó, en particular el Partido Revolucionario Cubano. Había otros hombres, militares y civiles, que habían ganado a través de los años un alto prestigio que Martí nunca les discutió, y que ocuparon, con el incondicional apoyo del *Apóstol*, las más encumbradas posiciones. Martí rehuía ocupar las posiciones de más renombre. El más alto rango que admitió fue el de Delegado. Pero, sin buscarlo él, unos y otros —altos dirigentes y anónimos patriotas— dependían crecientemente de él para ponerlos de acuerdo entre sí, para la acción proselitista. En su modestia, dedicación, realismo, inteligencia y capacidad de organizador confiaban hombres de la más diversa índole.

Estalló la guerra al fin el 24 de febrero de 1895. En seguida partió Martí para Santo Domingo a reunirse con el General en Jefe Máximo Gómez y trasladarse juntos a Cuba. En Montecristi, el punto de reunión, durante esos últimos días anteriores a su partida para la patria en armas, escribió casi constantemente. En todos estos papeles de la víspera de su inmolación se lee su presentimiento de la muerte cercana. A su madre, en conmovedora carta, le habla de su próximo "largo viaje" y de su "creciente y necesaria agonía". "¿Por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?", le pregunta retóricamente. Y en las febriles notas de su diario, apunta: "Para mí ya es hora". En Montecristi escribió también lo que se ha denominado su testamento político, documento en que fijaba las bases sobre las que creía debía asentarse la naciente república.

Al fin, el 11 de abril desembarca en tierra cubana de un frágil barquichuelo con Gómez y un pequeño contingente. Máximo Gómez le confiere el grado de general que el líder civil recibe con rubor, pero también con orgullo. Él no ha venido a mandar soldados, sino sencillamente a morir, a ofrendar su vida, ya que sabe que su sacrificio, en aras de una causa justa, será como la rúbrica de su enseñanza, y hará más por la liberación de la patria que todos sus discursos y trabajos.

Cuando unos días después del desembarco, se lanzó en su corcel contra un destacamento español, seguido tan sólo de un ayudante, su

temeridad pareció casi un suicidio. Un balazo en el pecho, disparado por anónimo soldado español, vino a dar fin a la vida de quien había escrito proféticamente: "No me pongan en lo oscuro —a morir como un traidor: —yo soy bueno, y como bueno— moriré de cara al Sol!"

Pero como parecía haberlo previsto Martí, su muerte no provocó el desaliento entre los rebeldes cubanos, sino por lo contrario contribuyó a fortalecer la unidad de propósito y la firmeza de ánimo con que luchó el pueblo de Cuba hasta lograr el triunfo tres años después.

Los hombres pasan a la inmortalidad por lo que piensan o por lo que hacen. Los unos crean como filósofos, como escritores, como artistas: los otros cambian el curso de la historia como líderes de multitudes, como organizadores, como héroes. En Martí se conjugaron milagrosamente ambos tipos humanos. Si para el mundo el nombre de José Martí evocaba, a raíz de su muerte, al jefe de una revolución política, con los años lo que evoca es el poeta, el moralista, el filósofo.

Para muchos historiadores de la literatura hispánica Martí es el padre e iniciador del modernismo, ese movimiento poético que había de culminar brillantemente en Rubén Darío. Pero para la crítica literaria en general, Martí es sobre todo poeta y prosista de vigor e inventiva extraordinarios. Si a algún escritor le cuadra la fórmula de que "el estilo es el hombre", ese escritor es José Martí. Su estética literaria se basa en la sinceridad, en la necesidad de que el poeta se vierta todo en su obra. Al comienzo de sus *Versos sencillos* así lo dice: "Yo soy un hombre sincero —de donde crece la palma— y antes de morirme quiero —echar mis versos del alma."

En la ciudad de Nueva York, al pie de la Avenida de las Américas, se ha erigido a José Martí un monumento que resume plásticamente la compleja personalidad del héroe-poeta. Flanqueada por otros dos monumentos, de aspecto justamente marcial, a grandes héroes hispanoamericanos —Bolívar y San Martín— la estatua ecuestre de Martí muestra al héroe en el momento de recibir un balazo en el pecho, su caballo encabritado en medio del campo de batalla. Pero lo curioso de la estatua son los símbolos plásticos utilizados por la escultora, Anna Hyatt Huntington: por una parte, el corcel de batalla, el revólver al cinto, los únicos símbolos guerreros; por otra, el rostro soñador, la figura frágil, delicada, más de maestro que de guerrero, el traje de civil, hasta de típico burgués de fin de siglo. Es el maridaje del hombre de acción, que logró el triunfo de una causa justa, y el hombre de ideas, que orientó sus acciones según esquemas idealistas, sabios pensamientos y constante devoción a los valores de la belleza y la justicia.

PABLO CASALS

*Juan Alavedra**

Hace algunos años, las personas que compraron los discos conmemorativos del Festival de Música de Casals se sintieron gratamente sorprendidas al recibir como regalo un disco que, por un lado, tenía grabado un solo de violonchelo del gran concertista y, por el otro, impreso en la propia letra del artista, el siguiente lema: "La esencia de cualquier empresa importante debe ser la entereza de carácter y la bondad."

Nadie ha sabido combinar de una manera tan perfecta el genio para la música con la hegemonía moral y espiritual como lo ha hecho Pablo Casals, quien, además, nunca ha tenido rival como violonchelista. Ningún otro músico ha sido de tal forma aclamado por colegas y admiradores, muchos de ellos tan famosos como él.

Ante este cúmulo de perfecciones, alguien, al pensar en Casals, se imaginará la figura de un Apolo. Por el contrario, Pablo Casals es un hombre pequeño, robusto, de manos fuertes y dedos largos, gafas redondas y cabeza calva. Cuando calienta el Sol protege su cabeza con una sombrilla de color rojo. Su aspecto, pues, más que el de un artista de renombre universal, es el de una persona corriente.

Pablo Casals nació en la pequeña población española de Vendrell (Tarragona) en el año de 1876. Desde temprano sintió gran atracción por la música, hasta tal punto que a los cuatro años ya formaba parte del coro de la iglesia de su pueblo. Conforme crecía, su afición iba aumentando: a los seis años recibió las primeras lecciones de piano y

**Don Juan Alavedra, conocido poeta catalán, es íntimo amigo de Casals y autor del poema* El pesebre, *al que ha puesto música el compositor y violonchelista. También ha publicado una biografía del artista, de la que el propio Casals ha dicho: "Es el libro que yo hubiera querido escribir si fuera escritor."*

órgano, y a los siete empezó a estudiar violín. Ya a la edad de diez años colaboró con su padre en la composición de la música de fondo para la representación de un misterio de Navidad en su pueblo natal. A esa edad tocaba con facilidad cualquier instrumento que estuviera a su alcance, fuera flauta, violín o piano.

Cierta circunstancia fortuita, sin embargo, lo pondría en el camino de su verdadera vocación. Una compañía de cómicos, *Los tres bemoles*, acertó a pasar por su pueblo. Entre los números que éstos ejecutaban figuraba la interpretación de unas piezas musicales con un violín que, para producir la risa, colocaban de forma vertical, como si fuera un violonchelo. Al imitarlos después, el joven Pablo inició el camino que habría de llevarlo a la fama. Un vecino barbero, viendo la afición del muchacho, le construyó su primer violonchelo . . . con una calabaza hueca, un palo y unas cuerdas. Este curioso y extraño objeto se conserva todavía en la Casa Museo de San Salvador, en Vendrell.

El amor por la música del pequeño Pablo era tan grande que su madre, con unas pesetas trabajosamente ahorradas, decidió llevarlo a Barcelona para que asistiera a las clases que en el conservatorio daba entonces el célebre violonchelista José García. Para poder ayudarse, Pablo, a pesar de que sólo tenía doce años de edad, consiguió trabajo como músico en un café de los suburbios. Pronto convenció al propietario del establecimiento para que lo dejara interpretar música clásica una noche a la semana. Sus "noches clásicas" se hicieron famosas en seguida y atrajeron gran cantidad de público. Entre los oyentes se encontraba a menudo Isaac Albéniz, con quien desde entonces Pablo intimó.

Por aquel tiempo encontró en una estantería de cierta tienda de música las *Suites* de Bach, que compró y llevó a su casa. Allí las releyó centenares de veces; durante doce años las estudiaría a diario, pero pasaron veinticinco antes de que se decidiera a tocarlas en público.

El carácter indomable de Casals y su seguridad en sí mismo se manifestaron desde sus primeros días como estudiante en el conservatorio. Prueba de ello fue su negativa a estudiar poniéndose libros debajo del brazo, como era costumbre en aquella época, para que los estudiantes de violonchelo adquirieran la posición que se consideraba correcta. Casals creía que dicha postura restaba libertad de movimientos al ejecutante. Los brazos, según él, debían moverse sin trabas. Esta técnica, adoptada hoy día por todos los violonchelistas, fue muy discutida entonces.

A la edad de dieciséis años, Casals solicitó una beca para estudiar en París, pero no la obtuvo. Su madre, preocupada por la crisis que esa

negativa le ocasionó, lo ayudó a trasladarse a Madrid, ciudad que habría de ser decisiva en su carrera. En la capital de España, Casals fue recibido por el conde Morphy, secretario de la reina María Cristina, y para el cual llevaba el joven artista una carta de presentación de Albéniz. El conde Morphy lo ayudó cuanto pudo, no solo introduciéndolo en sociedad, sino colaborando en su formación moral e intelectual. La Reina, después de escuchar un *Cuarteto* compuesto por Casals a la edad de catorce años, le concedió una pensión para que continuara sus estudios.

Dos años más tarde, Casals fue a estudiar al Conservatorio de Bruselas. El conocido compositor Gevaert, ex director de la ópera de París y gran conocedor de la música antigua, le aconsejó que se hiciera oír del profesor de violonchelo Edouard Jacobs. La entrevista se ha hecho célebre. Al preguntarle Jacobs qué iba a tocar, Casals respondió, sin vacilar: "Lo que usted quiera." El profesor hizo un gesto de asombro; la clase entera se echó a reír. "Bien, usted debe de ser una notabilidad. En vista de ello, toque *Souvenir de Spa.*"

En un violonchelo prestado, Casals ejecutó la difícil pieza de Servais con una brillantez que dejó a todos boquiabiertos. Una vez repuesto de la favorabilísima impresión, el profesor Jacobs invitó a Casals a entrar en clase y le prometió concederle el premio de ese curso para estudiantes distinguidos. Sin embargo, Casals, cuyo ideal de entereza y bondad había sido ofendido por la poco caritativa recepción de que fue objeto, respondió que no deseaba quedarse. La decisión le costó la pensión real, que exigía su permanencia en Bruselas.

De Bruselas se trasladó a París con su madre y dos hermanos pequeños. En la Ciudad Luz encontramos a Casals sin recursos y sin amigos, situaciones ambas que se agravaban con su desconocimiento del idioma. Su padre les envió desde España sus escasos ahorros, y su madre, cosiendo hasta altas horas de la madrugada, allegó unos francos. En una ocasión en que Pablo cayó enfermo, la madre hubo de vender su pelo para poder comprar las medicinas que el hijo necesitaba. Finalmente, ya repuesto, consiguió un empleo mal pagado como segundo violonchelista en un teatro de operetas. Varias veces al día recorría el largo camino hasta el teatro con su violonchelo a cuestas. El trasporte costaba quince céntimos: el precio de medio kilo de pan.

"Supimos por propia experiencia lo que es la miseria", confiesa Casals. La lección fue muy dura y Pablo cayó enfermo; tuvo que abandonar el proyecto de estudiar en el extranjero y regresar a Barcelona.

Pero esta vez le sonrió la suerte. García, su antiguo profesor, había

marchado a la Argentina, y Casals heredó su puesto. Por aquel tiempo tocó en iglesias y orquestas de ópera y formó un cuarteto que actuaba durante las temporadas veraniegas en un casino portugués. Poco tiempo después se reconcilió con la Reina, quien, olvidando antiguas desavenencias, le regaló un violonchelo. El nombre de Pablo Casals se va imponiendo poco a poco y al cumplir los veintiún años el artista es ya famoso, no solo en España, sino en Portugal. En esta época llega inclusive a tocar con Granados.

En el otoño de 1899, Casals decidió volver a París. Antes, sin embargo, fue a Madrid a saludar a su antiguo benefactor, el conde de Morphy, quien, como siempre, lo recibió con grandes muestras de simpatía y le entregó una carta de presentación para el director francés Charles Lamoureux, que se encontraba en aquel momento preparando una serie de conciertos.

El famoso director refunfuñó cuando, ya en París, Casals le entregó la carta de su amigo. A Lamoureux no le gustaba que lo molestaran cuando estaba trabajando. A pesar de todo, accedió a escucharlo.

Cuando Casals acabó su interpretación, Lamoureux, que no acostumbraba levantarse de su silla, a la que una enfermedad y su obesidad lo tenían prácticamente atado, se puso en pie y le dijo: "Tocarás en mi primer concierto."

La presentación de Casals tocando el *Concierto* de Lalo con la orquesta de Lamoureux resultó un acontecimiento extraordinario en la historia de la música. Fue el principio de sus viajes alrededor del Globo y su ascenso al pináculo de la fama. A partir de entonces se le reconoció como el primer violonchelista del mundo. Al finalizar el concierto, el famoso pianista polaco Ignace Jan Paderewski le dijo: "He visto en usted a un predestinado."

Casals, ya convertido en gran solista, partió para los Estados Unidos. En San Francisco, cuando estaba escalando una montaña, una piedra desprendida le golpeó el dedo índice de la mano izquierda, produciéndole una lesión en apariencia permanente. Con gran sorpresa de sus acompañantes, Casals, pasado el primer momento de dolor, exclamó: "Gracias a Dios, nunca más tendré que tocar el violonchelo." Por fortuna, fue mal profeta. Tras un reposo de cuatro meses, regresó a París completamente recuperado.

Lo que el violonchelista había querido decir con aquella frase extraña era que en el futuro, al no poder tocar el violonchelo, podría dedicarse a la labor más íntima de la composición o a la más creadora de la dirección.

Su absoluta dedicación a la música le han valido siempre el respeto y la veneración de todos los componentes de su orquesta. Uno de ellos ha dicho de él: "Convierte un café en una sala de conciertos, y una sala de conciertos, en un templo."

En el curso de una de sus giras artísticas visita Rusia. La exuberancia de los rusos, su fervor por todo lo que signifique arte y la fe en la grandeza de su patria impresionaron vivamente a Casals. Atraído por este ambiente artístico, Casals volvió a Rusia en 1914. Allí sus ganancias fueron enormes, pero después de la Revolución rechazó todas las invitaciones para dar conciertos en dicho país. Al iniciarse las persecuciones de Hitler contra los judíos y contra los sindicatos obreros, Casals declaró boicoteo contra Alemania y lo extendió a Italia tan pronto como Mussolini adoptó la política antisemita de Hitler. Y cuando Franco asumió el poder en España, abandonó su patria, se estableció en Prades, Francia, y se negó a viajar y a tocar en público en lo sucesivo. "Mi única arma es el violonchelo. Quizá no sea un arma muy mortífera, pero lucha al lado de la libertad", dijo.

Una de las características de Casals es su total entrega a la obra que interpreta. Jamás comienza un concierto sin antes haber estudiado minuciosamente la partitura. Pero este respeto que se exige a sí mismo lo requiere a su vez del público. Cierta vez, en Londres, ordenó que pararan el ventilador de la sala pues, de lo contrario, no seguiría tocando. En otra ocasión, en París, miró fijamente a una señora que se estaba abanicando. La espectadora, ante la intensidad de la mirada reprobatoria, se desmayó. En Bruselas, a la mitad de un concierto, el público comenzó a toser. Casals interrumpió la ejecución de la partitura, se dirigió al auditorio y dijo: "Yo también estoy resfriado, pero me aguanto la tos por respeto a Bach y a ustedes. Les ruego que por respeto a Bach y a mí también la contengan ustedes." Una fuerte ovación coronó las palabras de Casals, quien terminó su interpretación sin que se oyera el vuelo de una mosca.

Otra prueba de ese respeto por la música la dio Casals retrasando su interpretación de las *Suites* de Bach en Alemania, el país donde naciera el gran compositor, hasta que se creyó suficientemente preparado para ello. Sus anteriores interpretaciones de *suites* sueltas no eran para Casals más que meros ensayos. Con la obra completa demostraba su profundo estudio de las partituras y su esfuerzo y tenacidad para revelar al mundo el talento de Bach, a quien muchos consideraban un compositor "sabio", pero "aburrido".

El triunfo que alcanzó en Alemania constituyó un hito en su ca-

rrera artística. Cierto crítico célebre dijo: "La obra vuela plena, armoniosa, rica de matices, como si saliera del violonchelo por sí misma."

En Hungría volvió a encontrar la misma veneración que en Rusia por todo lo que significara música; allí realizó un curioso experimento que el público siguió con gran interés. En un café popular donde tocaba habitualmente una orquesta cíngara, Casals tomó un violonchelo e interpretó a Bach. La orquesta lo siguió sin vacilar, pese a que sus componentes nunca habían oído el preludio de la *Quinta Suite*. De esta forma demostró la influencia de algunas melodías húngaras en la obra de Bach, teoría que le había costado no pocas antipatías en Alemania.

En Inglaterra fue presentado a *sir* Donald Francis Tovey, erudito musical y compositor inglés que había reanudado y terminado el *Arte de la fuga* de Bach. Tovey se compenetró en seguida con el hombre que había estudiado tan profundamente, resucitado e impuesto las seis *Suites* del gran compositor alemán. En Edimburgo Tovey y Casals se unieron a otro estudioso de Bach, Albert Schweitzer. Años después, cuando el famoso organista, médico y filósofo, yacía moribundo en su hospital de Lambaréné, escribió a Casals: "He de acostumbrarme a la idea de que no nos veremos más . . . Uno de los mayores acontecimientos de mi vida fue el haberlo conocido."

En Londres, Casals se consagra como director de orquesta al frente de la *London Symphony Orchestra* y funda la *London Violoncello School*. Le llueven distinciones y condecoraciones, y su popularidad llega hasta el restaurante Pagani, donde incluso un plato fue bautizado con su nombre. La *London Philarmonic Society* lo nombró individuo de honor y le concedió la medalla de Beethoven, distinción que anteriormente había sido otorgada a músicos tan eminentes como Brahms, Liszt, Anton Rubinstein y Joachim.

En París, en 1905, Casals había fundado el trío Cortot-Thibaud-Casals, uno de los conjuntos de música de cámara más famoso de todos los tiempos. Después, tras haber evitado concienzudamente visitar a Viena, hizo su debut en la capital mundial de la música en 1910. De nuevo su respeto por la música lo había hecho demorar su visita a Viena hasta que estuviera suficientemente preparado. Después de su presentación, una noche de noviembre de 1910, la capital se le entrega plenamente. Su popularidad fue tan grande que hasta en la estación le pedían autógrafos. Viena entera lo aclama, lo agasaja, lo condecora.

En 1914 vuelve a Nueva York, ciudad que había visitado por vez primera en 1904. Lo reciben con el apelativo de *Rey del arco,* con que

lo bautizó nada menos que Kreisler, el mejor violinista de la época.

Finalizada la segunda guerra mundial, y ante la negativa de Casals de abandonar su hogar de Prades, en los Pirineos franceses, para tocar, surgió la idea de crear el Festival de Música Casals. Solistas, conjuntos e inclusive orquestas enteras se desplazaron al pequeño pueblo francés, que de esta forma pasó a ser centro mundial de la música. En 1957, Casals trasladó su domicilio y el Festival a Puerto Rico, lugar donde nació su madre.

En 1958 pidieron a Casals que actuara en el edificio de las Naciones Unidas, en Nueva York, para conmemorar el decimocuarto aniversario de la Organización. Su concierto, ante un auditorio numerosísimo, constituyó un auténtico llamamiento a la paz universal.

Dos años después, Casals estrenó en Acapulco su obra *El pesebre.* La expectación era enorme, y el éxito fue delirante. Pese a que se había pedido al público que no aplaudiera entre los cantos, el auditorio interrumpió manifestando su emoción. De esa forma, el gran solista se consagraba, a los ochenta y cuatro años, como gran compositor.

Pese a la generosidad que siempre ha mostrado, el grupo de amigos de Casals ha sido reducido. La bondad no lo ciega. "Nadie lo engaña jamás", dicen sus alumnos. En su círculo solo admite a los que él considera "buenos". Y la bondad, para él, comprende la disciplina personal en todas sus formas, la misma disciplina que él se ha exigido en todo momento en el curso de su extensa y fructífera vida. Cuando una alumna se dolió de haber olvidado algunas fórmulas de una composición, Casals dijo: "No importa; todo debe ser nuevo cada vez que lo tocamos."

"Sed impulsivos, sed imaginativos —aconseja a sus alumnos—. Dejad que la música fluya hacia fuera tan libremente como si estuvierais hablando. Pero recordad que la libertad no significa en modo alguno desorden . . . Sed espontáneos, pero, al mismo tiempo, contenidos. Esto es algo que debéis aprender."

En Casals, la espontaneidad incluye una expresión no reprimida de las emociones tiernas. A veces ha sido calificado de "sentimental", a lo que el maestro ha respondido: "Lo más importante en la vida es no tener miedo a ser humano. Si algo es tan bello que te impulsa a llorar, llora."

A la edad de noventa años, Casals no es, naturalmente, un hombre joven. Pero cuando toma un violonchelo entre las manos, su exterior queda idealmente transfigurado por la música. La serenidad, basada en la entereza de carácter y en la bondad, que ha sido regla constante de su vida, le ha proporcionado notables frutos.

ESCUCHEMOS LA SABIDURÍA DE CONFUCIO

Max Eastman

Si lo viésemos ahora en persona, su aspecto nos parecería un tanto cómico: tenía la nariz de anchas aletas acampanadas, los ojos oblicuos, la cabeza con una protuberancia en la parte superior, la barba y los bigotes colgándole de la cara como tres largos flecos. Su vestimenta recordaba el quimono de los japoneses. Sin embargo, era un hombre de aventajada estatura y complexión vigorosa. Fue cazador infatigable, músico inspirado y un genio en el campo intelectual. Aunque el mundo occidental no ha apreciado en todo su valor la grande y sutil sabiduría de este hombre, ocupa un puesto destacado en la historia de la humanidad. Es el único individuo en la historia que modeló el pensamiento y las costumbres de una nación.

Confucio vivió en China unos quinientos años antes del nacimiento de Jesucristo. Fue uno de los más aventajados maestros del arte de vivir, y ejerció su magisterio con una sencillez insuperable. No pretendió ser santo, ni profeta, ni poseer la clave de los secretos del Universo; aun cuando se ha dicho con frecuencia que sus enseñanzas influyeron en la religión de China, en realidad concedió escaso lugar en su doctrina a lo sobrenatural. Su empeño más ferviente era conseguir que el hombre obrara bien.

Confucio resumió su doctrina en un precepto, una norma funda-

mental de conducta que tiene su equivalente en la regla áurea del Evangelio: "Haz a tu prójimo lo que quieras para ti."

A veces las enseñanzas de Confucio se parecen tanto a las contenidas en las Escrituras que esa similitud ha dado tema para un libro que establece las analogías y los contrastes que hay entre unas y otras. Similar, por ejemplo, al precepto cristiano de "No juzguéis y no seréis juzgados" es la advertencia de Confucio de que, al juzgar a otros, nos sirva de medida "nuestro ser íntimo", pues bien pudiera ocurrir que fuéramos culpables del mismo pecado que haya cometido el prójimo. Sin embargo, en contraposición al precepto cristiano de devolver bien por mal, Confucio decía: "Correspondamos al mal con la justicia y al bien con la bondad."

Confucio mostró desde niño gran interés por toda clase de ritos y ceremonias. Era aficionado a la música y aprendió a cantar y a tocar el laúd y la cítara. De edad madura quiso hacerse experto en todo lo relativo al ceremonial; abandonó la pequeña provincia en donde había nacido y se trasladó a la capital, con el fin de estudiar profundamente "las reglas de la música y de la etiqueta".

Confucio se ganaba la vida como maestro. No cobraba una cantidad fija; a los jóvenes carentes de recursos, pero dotados de grandes disposiciones, les enseñaba gratuitamente. Lo que ha llegado a nosotros de su doctrina lo debemos a las extensas compilaciones hechas por sus discípulos, que comprenden máximas sueltas y trozos de las conversaciones del maestro. Desgraciadamente, no forman un conjunto relacionado con la historia de su vida, y esto resta interés a la lectura. También les falta elocuencia, pero Confucio desconfiaba de ella. "Por lo que respectal al lenguaje —decía—, bastará con que exprese el concepto." Su prosa es tan llana como la de estas sentencias suyas:

Adondequiera que vayas, ve de todo corazón.
La mayor falta es tener faltas y no tratar de enmendarlas.
No te creas tan grande que te parezcan los demás pequeños.

Su mente enfocaba los problemas con una visión científica. Al insistir en la flexibilidad de criterio, en que se reemplazase el dogma por la investigación de los hechos y en que no se llegase precipitadamente a conclusiones definitivas, se adelantó en más de dos mil años a su época. Fue el primero en formular lo que podríamos considerar como norma fundamental de la ciencia: "Aceptar que no sabemos aquello que ignoramos, es conocimiento." De esta forma evitaba las creencias supersti-

ciosas y la subordinación del pensamiento al deseo. Igual fin perseguía al insistir en la importancia de la sinceridad, no tan solo en el discurso, sino también en el diálogo íntimo de la meditación. Para seguir lo que él llamaba "la senda de la verdad", debemos cuidar de no engañarnos a nosotros mismos. "El camino de la verdad –decía él– es ancho y fácil de hallar. El único obstáculo es que los hombres no lo buscan."

No ha de inferirse de esto que Confucio aconsejase la laxitud moral o la complacencia excesiva para con uno mismo. Era un maestro tan estricto como exigente. Los discípulos de Confucio debían llegar a ser "rápidos en la comprensión, claros en el juicio, de grandes aspiraciones intelectuales, poseedores de conocimientos amplios que los capacitasen para ejercer su autoridad, y suficientemente magnánimos para comportarse con clemencia". También debían adquirir "dignidad, seriedad, firmeza de propósito, lealtad, benevolencia y atención reverente a sus cometidos".

En mi opinión, la idea fundamental de su doctrina es que hemos de mantenernos en un estado de continuo crecimiento. Juzga Confucio que en todos nosotros alienta un impulso hacia lo alto, un deseo de superar, si no a los demás, cuando menos al ser que fuimos y al que somos.

De igual modo que lo haría Platón doscientos años después, Confucio trazó los planes de una república ideal, que difiere considerablemente de la reglamentada sociedad que posteriormente habría de idear el filósofo griego. La república que imaginó Confucio nace del anhelo nostálgico de que los hombres vivan como miembros de una sola y bien avenida familia. Tal idea resultaba particularmente utópica al tratarse de China, nación en la cual había vínculos familiares más estrechos y exigentes que en ninguna otra. Por ello, pedirles a los chinos que tratasen a todos los hombres como a parientes era pretender demasiado. Aun sabiéndolo así, Confucio quiso intentar que el mundo se encaminara hacia ese ideal. Y juzgó que la única manera de dar comienzo a ello sería confiar el desempeño de los principales cargos del Gobierno a hombres virtuosos y de buen consejo.

Lo mismo que Platón, luchó denodadamente toda su vida para que alguno de los príncipes feudales le confiasen cargos importantes en la administración pública. Aunque varios de sus discípulos fueron llamados a empleos de esta clase, no parece que él llegase a alcanzar categoría superior a la de un sabio maestro tenido en gran estima por los servidores del Estado.

Aunque Confucio viajó varios años por China en unión de un reducido grupo de discípulos, con la esperanza de hallar un monarca



que le proporcionase ocasión de realizar las reformas con que soñaba, algunas peculiaridades de su carácter se atravesaron en el camino de su ambición. En primer lugar, procedía con más franqueza de lo que conviene a un político. A cierto impetuoso príncipe que le pedía consejo acerca del modo de gobernar a los hombres, se limitó a decirle: "Empieza por aprender a gobernarte a ti mismo."

Además, no creía en la aristocracia de la sangre. Afirmaba que "por naturaleza, todos los hombres son casi iguales". Aun cuando en aquella época no se había inventado la democracia tal como hoy se entiende, sostuvo –acaso por vez primera en la historia– que la verdadera función del Gobierno es velar, no solo por la prosperidad pública, sino también por la felicidad del pueblo.

Entero de ánimo pero viejo y cansado, creyendo que su predicación había sido inútil, Confucio se retiró al lugar de su nacimiento. Allí vivió unos pocos años dedicado a la enseñanza, y murió convencido de que su vida había sido un fracaso.

Sus discípulos lo lloraron como a un padre. Y puesto que en China era entonces de rigor que los hijos guardasen tres años de luto por su progenitor, los discípulos de Confucio emplearon este tiempo en recordar y anotar las enseñanzas del maestro.

Estas compilaciones se convirtieron en la Biblia de la nación china y en el tratado de urbanidad, en la inspiración de sus leyes y el conjunto de principios políticos por los cuales aspiraba a guiarse todo buen príncipe.

En el siglo III antes de Cristo, unos déspotas brutales proscribieron el confucianismo, quemaron sus textos y condenaron a muerte a sus adeptos. Pero esta persecución, antes que acabar con los seguidores de la filosofía de Confucio, multiplicó el número de ellos, como el vendaval, que en vez de apagarlas, aviva y propaga las llamas de un incendio. Después reinó en China un emperador que adoptó el confucianismo y le dio la aprobación oficial.

Tantos libros se han escrito acerca de las enseñanzas de Confucio que no alcanzaría la vida de un hombre para leerlos. La sencillez, la pureza, la elevación del arte de vivir enseñado y practicado por el maestro, harán que su pensamiento resplandezca perpetuamente.

Confucio, según una pintura china, en seda, del siglo X, perteneciente a la colección de Yukihiko Yasuda, de Kanagawa, Japón.

EXPLORADOR DEL UNIVERSO

Robert Strother

Newton, en 1702. Este retrato, que se halla en la Galería Nacional de Retratos de Londres, es obra de G. Kneller, pintor de origen alemán convertido en retratista de moda en Inglaterra, donde estaba establecido desde hacía muchos años.

Al amanecer del día de Navidad del año 1642, en una casa de campo del condado inglés de Lincoln, vino al mundo prematuramente un niño de apariencia tan frágil que las dos comadronas que atendían a la madre declararon con tristeza que el infante moriría antes de llegar la noche. Sin embargo, aquella criatura vivió ochenta y cinco años, y su "pobre cabeza", tan débil que en los primeros años de vida tuvo que ser sujetada con un cuello especial de cuero, demostró bien pronto que contenía el mejor cerebro científico que el mundo haya conocido. El propietario de aquel cerebro recibió un título de nobleza, fue cubierto de honores y amasó una fortuna. Se llamaba Isaac Newton.

Entre sus antepasados no existió nadie que hiciera pensar que aquel débil niño llegaría a tener facultades geniales. Su padre fue un desocupado que murió a la edad de treinta y siete años, unas semanas antes del nacimiento de Isaac, y su madre no se distinguía en nada de los demás vecinos del pueblo de Woolsthorpe. Muchos han tratado de estudiar la genealogía de Isaac Newton, pero nadie consiguió llegar más allá de tres generaciones. En las investigaciones realizadas no se encontró ningún dato que explicara las maravillosas dotes que poseyó este gran hombre.

En el colegio, el pequeño Isaac fue uno de los peores estudiantes de su clase, hasta el día en que venció a puñetazos a un chico mayor que él. Aquel muchacho lo aventajaba en los estudios, y Newton decidió completar su triunfo demostrando que él podía ser mejor estudiante. Un tío suyo, al ver cómo el muchacho se aplicaba cada vez más, sugirió que cursara estudios superiores, y consiguió que a los dieciocho años de edad fuera admitido en el Trinity College de Cambridge.

La gran peste de 1665-66 sobrevino el mismo año que Newton se graduó en Cambridge, y produjo un efecto singular en su carrera. En el término escalofriante de solo tres meses pereció la décima parte de la población de Londres. Se cerró la universidad, y Newton, que entonces tenía veintitrés años de edad, regresó a Woolsthorpe para "meditar". Esas meditaciones, que llevó a cabo en la finca de su madre, durante dieciocho meses, constituyeron la base de todos sus descubrimientos ulteriores.

De Newton se decía, cuando era niño, que "estaba siempre en las nubes". El verdadero motivo de su "distracción" se puso de manifiesto durante su forzada estancia en el campo. El muchacho estaba dotado de un poder de concentración mental verdaderamente increíble; era capaz de reflexionar en los problemas más complejos durante horas y

horas. Unido a esto poseía otra cualidad excepcional: un sentido intuitivo que le permitía llegar sin rodeos al fondo de los problemas.

Desde tiempos remotos, los sabios habían creído que el Sol, las estrellas y los planetas estaban dotados de características celestes especiales, completamente diferentes de las de la Tierra. Antes de Newton era inconcebible pensar de otra manera. Quizá ocurrió que, como Voltaire afirmó años más tarde, cuando Newton vio caer de un árbol una manzana, éste se preguntara si la fuerza que tiraba del fruto hacia el suelo, no sería la misma que mantiene a la Luna en órbita alrededor de la Tierra. Esta idea le pareció a Newton más probable que la que se tenía en aquella época, propuesta por Descartes, según la cual la Luna y los planetas recorrían sus órbitas movidos por remolinos, en una sustancia invisible, impalpable e indemostrable llamada "éter."

Newton se puso a trabajar en este problema y, aunque los resultados de su estudio no fueron publicados hasta veinte años más tarde, a la edad de veinticuatro ya había descubierto la ley del movimiento y de la gravitación universales. También inventó un nuevo sistema matemático para demostrar sus teorías: el cálculo infinitesimal.

Durante aquel período de dieciocho meses, Newton estudió otros temas de enorme variedad. Descubrió las leyes que gobiernan las mareas. Mediante una serie de brillantes experimentos con prismas adquiridos por poco dinero en una feria de pueblo, demostró que la luz blanca está compuesta de todos los colores del espectro, y que la luz de cada color se refracta en un ángulo característico cuando pasa a través de un prisma. Pulió lentes y espejos y fabricó un tipo nuevo de telescopio. Cuando ya en edad avanzada lo alababan por sus grandes contribuciones al conocimiento del Universo, solía decir: "Yo no tenía ninguna habilidad especial; solo la facultad de meditar con paciencia." Declaró que había hecho sus descubrimientos "pensando constantemente en el problema hasta que los primeros destellos se iban convirtiendo poco a poco en un torrente de luz".

Por aquel entonces, Newton no dijo nada acerca de sus descubrimientos en Woolsthorpe. Esta costumbre de no hacer públicos sus trabajos fue la causa de que más tarde se viera implicado en agrias controversias. Su profesor de matemáticas, Isaac Barrow, dijo de él que tenía "aptitudes absolutamente excepcionales y singular habilidad". Cuando Barrow dimitió de su cátedra en 1669, se las arregló para que Newton se encargase de ella, puesto que ejerció durante 32 años. Poco tiempo después, la Real Sociedad de Londres para el Pro-

greso de las Ciencias Naturales vio el nuevo telescopio de reflexión que había inventado Newton e inmediatamente lo eligió individuo. Sorprendido por el entusiasmo de esta entidad, Newton le envió una relación de los experimentos que había realizado con la luz y que lo habían llevado a construir el telescopio.

El escrito levantó una tempestad de opiniones, no porque los experimentos no fuesen correctos y las conclusiones derivadas de ellos no fueran irrefutables, sino porque los descubrimientos de Newton no estaban de acuerdo con ciertas teorías que hasta entonces habían sido consideradas como indiscutibles. Se alzaron tantas voces de protesta que al final Newton exclamó, disgustado: "Creo que el hombre debe, o bien renunciar durante toda su vida a hacer pública cualquier cosa nueva que descubra o, de lo contrario, dedicar toda su vida sólo a defenderla." Desde aquel momento se sintió menos dispuesto a dar a conocer sus descubrimientos.

Era todavía un estudiante cuando inventó el cálculo infinitesimal, pero no explicó a nadie su método, a excepción del profesor Barrow. Algunos años más tarde, el gran filósofo y matemático alemán Gottfried Leibnitz anunció haber descubierto un sistema de cálculo muy similar. En un principio, Leibnitz reconoció que Newton y él estaban estudiando simultáneamente un sistema análogo. Pero cuando se ventiló el asunto, sus seguidores afirmaron que Newton había copiado los estudios de Leibnitz. Para demostrarlo, el famoso matemático suizo Jean Bernoulli publicó dos problemas y lanzó un desafío para ver quién era capaz de resolverlos en el plazo de un año. Leibnitz resolvió uno y aún trabajaba en el otro cuando el plazo llegó a su fin. Newton oyó hablar de los dos problemas y los resolvió en menos de veinticuatro horas. Envió las soluciones a la Real Sociedad, que las publicó sin revelar el nombre del autor. Bernoulli comentó al verlas: "Al león se le conoce por sus garras." Aquel certamen demostró sin lugar a dudas que Newton había inventado el cálculo infinitesimal: de ninguna otra manera hubiera podido Newton resolver los problemas. La publicación de los *Principia mathematica,* la obra más importante de Newton, fue en gran parte producto del azar. Edmund Halley, joven y brillante científico que más tarde llegaría a ser astrónomo real, no conseguía hacer el cálculo de la órbita de los planetas, y acudió a Newton en busca de ayuda. Entonces comprobó con asombro que éste ya las había calculado. Sin embargo, no se pudieron encontrar los cálculos en la desordenada mesa de trabajo de Newton; éste, sin darle importancia al extravío, volvió a realizarlos con toda rapidez. Halley se dio

cuenta en seguida del inmenso valor de los descubrimientos inéditos que tan descuidadamente se hallaban esparcidos por la mesa de Newton, y se ofreció a publicarlos a su costa. Newton aceptó, y de este modo vinieron al mundo los *Principia*. Hasta que Einstein presentara su famosa teoría de la relatividad, ninguna otra obra físico-matemática había de producir mayor impacto en el desarrollo del pensamiento humano. Newton descifró la mecánica del Universo; Einstein liberó el átomo y demostró la identidad de la energía y la materia.

En los *Principia mathematica,* Newton depuró y aclaró todo lo que había descubierto anteriormente acerca del movimiento de los planetas y sus satélites. Durante los meses que precisó para preparar la obra, solía estar sentado sin moverse horas y horas, hasta que de repente se levantaba y se acercaba a su mesa para ponerse a escribir por largo tiempo, sin molestarse siquiera en coger una silla. Contaba su secretario que raramente se acostaba antes de las dos de la mañana –algunas noches inclusive a las cinco o a las seis de la madrugada– y que muchas veces se olvidaba hasta de comer. Newton le dio al libro el subtítulo de *El marco del sistema del Universo*. Inclusive los matemáticos tuvieron dificultad en comprender la obra, no solo por la complejidad de los problemas de que trataba, sino porque el mismo Newton la hizo difícil a propósito, para que no lo molestasen "los pequeños aficionados de las matemáticas". Escrita en latín, lenguaje universal de la ciencia en aquellos tiempos, está compuesta en su mayor parte por fórmulas y ecuaciones matemáticas. Durante dos siglos fue la principal guía del pensamiento científico.

Antes de Newton se creía que una fuerza continua era lo que mantenía los planetas en sus órbitas. En los *Principia,* Newton declaró que un cuerpo en movimiento continuaría desplazándose en una trayectoria recta, a menos que interviniera alguna fuerza que detuviese o desviase su carrera. Los planetas giran en órbitas circulares porque la fuerza de gravitación del Sol equivale exactamente a la fuerza centrífuga de su carrera por el espacio. Ya que en el espacio no hay fricción alguna, no se necesita ninguna otra fuerza para mantenerlos girando a una velocidad uniforme en el curso de los siglos y los siglos.

Newton descubrió y precisó la ley de la gravitación universal: en el Universo, todos los cuerpos se atraen recíprocamente con una fuerza que es directamente proporcional a sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de sus distancias; es decir, que el cuerpo grande atrae al pequeño y lo atrae tanto menos, en una proporción fija, cuanto más lejos esté de él. Explicó cómo se podía determinar la masa del Sol

y los planetas. Formuló algunas leyes para calcular la órbita de los cometas. Demostró que la fuerza de la gravitación de la Luna y del Sol causa mareas en la Tierra; que las mareas crecientes del mar se producen cuando el Sol y la Luna ejercen una atracción conjunta, y las mareas muertas cuando estas fuerzas se oponen una a la otra. Esa uniformidad maravillosa que encontró en el sistema planetario debía, a juicio de Newton, ser "considerada como efecto de una determinación hecha" por un Creador Supremo.

Newton obtuvo el mayor de sus triunfos un siglo después de su muerte. Su ley de la gravitación era aceptada tan cabalmente que, cuando los astrónomos descubrieron que el planeta Urano estaba situado un poco fuera de la posición que se le atribuía, no sospecharon ni por un momento que pudiera haber un fallo en la teoría de Newton. Por el contrario, llegaron a la conclusión de que el planeta Urano debía estar afectado por la fuerza de gravitación de otro planeta todavía desconocido. Siguiendo la ley newtoniana, U. J. J. Leverrier, en Francia, y J. C. Adams, en Inglaterra, calcularon por separado la posición del planeta desconocido. Leverrier envió sus cálculos al astrónomo J. C. Galle en Alemania. Galle los recibió el 23 de septiembre de 1846, se sentó ante su telescopio esa misma noche y descubrió el planeta exactamente en el sitio indicado. Fue llamado Neptuno.

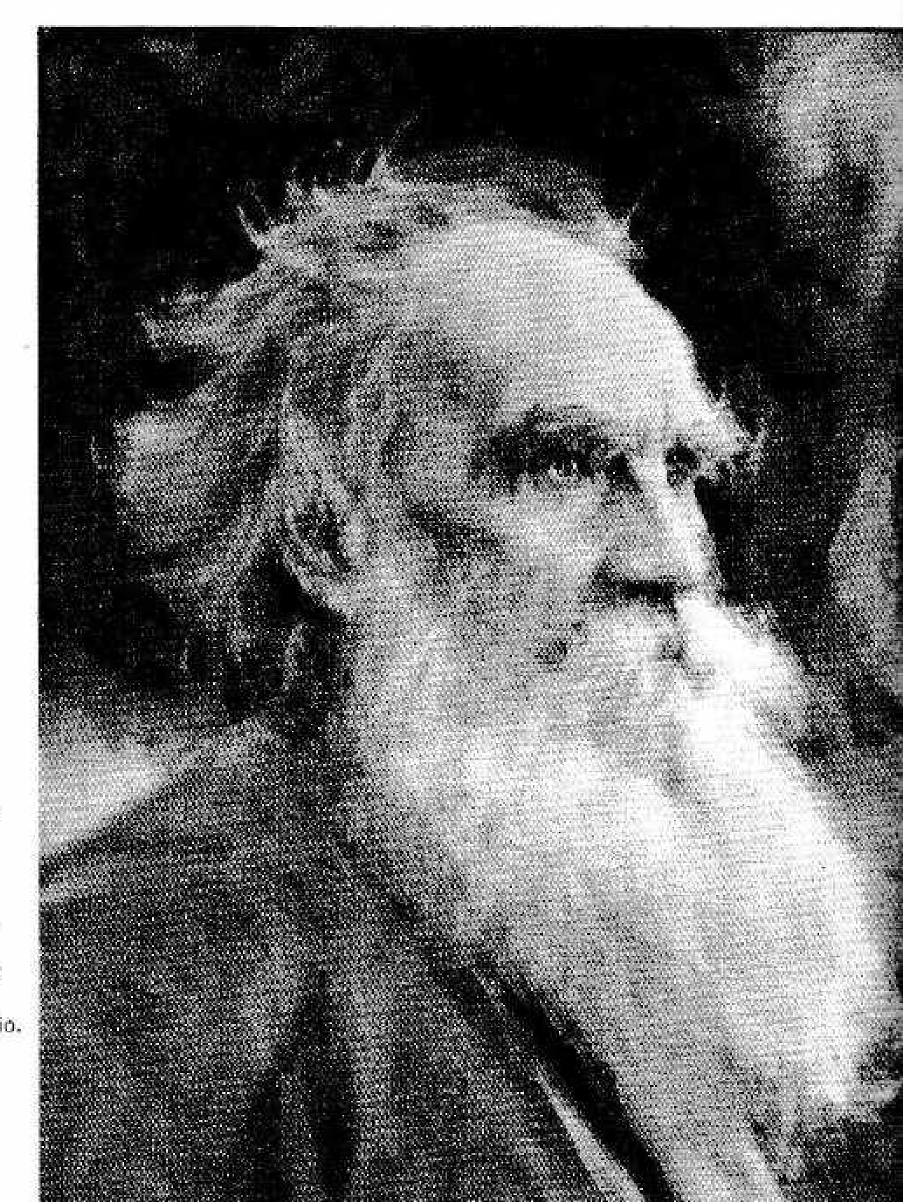
Newton jamás se casó, y no se le conoce ningún idilio. La encargada de su casa en Londres fue su bella y vivaracha sobrina Catherine Barton. Newton era de mediana estatura, bien parecido, con la piel sonrosada y ojos brillantes. Fue moderado en todas sus costumbres; cuando le preguntaron por qué no fumaba, respondió: "Porque no deseo adquirir una nueva necesidad." Tenía un talento especial para ganar dinero y jugaba a la Bolsa con tan buen éxito que al morir dejó una gran fortuna. En 1705, la reina Ana lo armó caballero en una ceremonia especial efectuada en la universidad de Cambridge; fue el primer científico que recibió este honor.

Isaac Newton murió a la edad de ochenta y cinco años, y su muerte fue llorada en el mundo entero. Fue enterrado en la abadía de Westminster, junto a las tumbas de los grandes hombres ingleses.

De su trabajo, él mismo había escrito: "Ignoro qué idea se habrá formado de mí el mundo; pero a mis propios ojos yo creo no haber sido más que un niño que juega en la playa, y que se divierte encontrando a las veces una piedra más lisa que otra, o una concha más bella que la anterior, mientras el inmenso océano de la verdad se extiende desconocido ante mí."

GUERRA Y PAZ EN EL CORAZÓN DE TOLSTOI

Donald Culross Peattie



Retrato de León Tolstoi, realizado por el pintor checo Jàn Styka en los últimos años del siglo XIX, cuando el escritor era casi octogenario.

La vida en las novelas de León Tolstoi corre con más intensidad que en cualquier otra obra literaria. Hay en ellas paz, guerra, amor, aventuras, nacimientos y muertes. En las páginas de sus obras vemos aquella Rusia, ya desaparecida, de la brillante corte imperial, los bailes palaciegos, los apuestos oficiales, los duelos, los terratenientes, los cosacos que hacían retumbar la estepa bajo los cascos de sus caballos, los siervos que parecen pedazos de la misma tierra. Y vemos también los vastos campos de batalla cubiertos de nieve y las noches de orgía con un fondo de mesas de juego y música de cíngaros. Esa fue la vida que vivió León Tolstoi y que estampó en su obra con una comprensión que solo un gran amor cristiano puede explicar.

El genio literario no floreció en la primera juventud de Tolstoi. Nació el 28 de agosto de 1828, en Yasnaia Poliana, la vasta heredad de su padre, el conde Tolstoi, situada a unos doscientos kilómetros al sur de Moscú. Su madre, la princesa María Volkonski, aportó al matrimonio una buena fortuna y trasmitió a sus hijos parte de la más orgullosa sangre azul de la aristocracia rusa. De acuerdo con su propio diario, el joven Tolstoi fue ocioso, disoluto y jugador. Nadie hubiera podido prever por aquel entonces que, superando sucesivamente cada una de las etapas de su larga vida, aquel extraño y afanoso escritor llegara por fin a ser un "santo patriarca", no solo para los cristianos, sino también para personas de otras religiones y aun para muchos que todavía andan en busca de fe, tanto en Europa, como en Asia y en América.

La guerra que sostuvo consigo mismo no tuvo tregua; la paz le fue esquiva hasta el final. Quiso seguir la carrera diplomática y asistió a la universidad de Kazán para estudiar lenguas orientales. Sin embargo, él, que hablaba el francés tan correctamente como el ruso, que llegó a dominar los clásicos griegos en tres meses, que aprendió el alemán, el italiano y el inglés con facilidad, no pudo soportar el tedio de los métodos lentos y rutinarios de la instrucción universitaria. Se dedicó entonces al estudio de la jurisprudencia. En esto también fracasó, pues las leyes le parecieron insulsas y, sobre todo, ajenas a la justicia moral.

Obligado a salir de Moscú por deudas de juego, se alistó en un regimiento que luchaba contra ciertas guerrillas tártaras en la frontera del Cáucaso. La naturaleza salvaje de aquel lugar, los picos cubiertos de nieve, el aire seco de las montañas, lo llenaron de una alegría estimulante que inclusive hoy casi podemos respirar en sus relatos maravillosos de *Los cosacos* y *Hagi-Murat*, obras escritas cincuenta

años más tarde: ésta es la mejor prueba de que Tolstoi no solo absorbía cada impresión del momento, sino que la conservaba viva y brillante mientras alentó en él la vida.

Cuando estalló la guerra de Crimea, en 1853, el joven oficial, amante del peligro, logró que lo destinaran al frente de batalla. Sus crónicas de Sebastopol revelan tanto el trágico heroísmo del soldado ruso como la despiadada estupidez de sus generales. Así fue cómo, después de cuatro años y medio de vida en el ejército, y ya consagrado como escritor, a la edad de veintisiete años volvió a la corte, al lujo, a los placeres. De su experiencia bélica nada desperdició: todo lo que aprendió y sintió como soldado lo encontramos en *La guerra y la paz.*

A pesar del esplendor de los grupos sociales en que se movía y de su atractivo personal, que le granjeaba innumerables amistades, Tolstoi se sintió siempre solo. Viajó por Francia, Suiza, Alemania; pero para él la verdadera belleza residía en su tierra nativa, donde las estepas sin límites tenían la virtud de elevarle el ánimo mucho más que los Alpes.

Amaba por encima de todo su Yasnaia Poliana, de la cual era ahora dueño absoluto. Pero este joven conde Tolstoi era un tipo distinto de gran señor; humilde con los humildes e ignorantes campesinos, creó una escuela para educar a los hijos de éstos y comenzó a libertar a sus siervos: generosidad que ellos mismos veían con suspicacia. Su idealismo, su ambición, su soledad, su humor tornadizo constituían una especie de fermento dentro de su ser.

Comenzó a visitar, cada vez con más frecuencia, a los Behrs, la familia de un médico de la corte, compuesta por éste, su esposa y tres hijas. De aquel hogar, alegre y hospitalario, Tolstoi hizo su propia casa y lo inmortalizó después en la familia Rostov que nos pinta en *La guerra y la paz.*

Cieto día, León puso en manos de Sonia, la segunda y más bella de las tres hijas, una carta en que le hacía propuesta de matrimonio. Ella lo aceptó sin vacilar. Tolstoi tenía treinta y cuatro años de edad y un pasado plagado de amores y aventuras; Sonia, que solo tenía dieciocho, era la inocencia misma. León, en continua lucha con su mundo interior, pensó que sería falta de honradez casarse con ella sin confesarle antes sus viejos pecados, y le entregó sus diarios que daban cuenta detallada de todos ellos. Dando muestra de gran valor, la escandalizada doncella reiteró su consentimiento y ambos se unieron en matrimonio . . . para comenzar una vida de mutuo amor y mutuo tormento que había de durar cuarenta y ocho años.

Ella era mujer de realidades; él, empedernido soñador. Ella amaba el brillo y la algazara de la corte y, sobre todo, al principio, odiaba la rústica morada donde a él le gustaba vivir. Los vicios que tan virtuosamente él le había revelado despertaron en ella los celos, pero, a pesar de todo, no solo le dio trece hijos y llevó la carga de sus negocios, sino que de muy buen grado le copió a mano siete veces el inmenso manuscrito de *La guerra y la paz*, a medida que él lo iba corrigiendo.

La guerra y la paz, tal vez la obra más importante de Tolstoi, es la epopeya de la invasión de Rusia por Napoleón en 1812. En medio de este paisaje magnífico que los envuelve como una ola gigantesca desfilan los quinientos personajes de la novela. Las escenas de batallas, las cargas de la caballería, las matanzas y los actos de heroísmo; el incendio de Moscú; la retirada de los franceses a través de las nieves despiadadas; todo está allí relatado con una fuerza insuperable. Los dramas personales entretejidos en la epopeya nacional despiertan hondos sentimientos de compasión, porque Tolstoi sabía penetrar en las almas de sus semejantes como si fuesen de cristal. Refiriéndose a Natasha, la encantadora heroína de la novela, decía Tania, la joven cuñada de Tolstoi: "Comprendo que seas capaz de pintar muy a lo vivo terratenientes, padres de familia, generales, soldados, pero . . . ¿cómo puedes penetrar en el corazón de una muchacha enamorada? Eso no lo puedo entender."

Esta novela gigantesca, que el autor tardó siete años en escribir, tuvo un éxito inmediato. De ella hay hoy día traducciones en todas las lenguas civilizadas. Sin embargo, León Tolstoi consideró durante toda su vida que el gozar con los elogios y la fama era una nueva forma de pecado. Prefería entregarse a los gustos de la vida sencilla en Yasnaia Poliana, jugar con los chiquillos, montar a caballo, cazar, charlar en el círculo familiar, alrededor del samovar, en las tardes de invierno, contemplar el reverdecer de los abedules en la primavera o el dorado madurar de las espigas durante el verano. Allí había echado sus raíces y de ellas brotó otra novela monumental, *Ana Karenina*: apasionante contraste entre el amor conyugal que tiene por escenario la vida campesina y la pasión adúltera que se desarrolla en el marco de la gran sociedad.

Superior a sus dotes de novelista era su entereza moral. Cada descuido en su conducta le causaba remordimiento, y su sufrimiento era aún mayor con las penas de los demás. Bajo los zares, Rusia era, como ahora, el país más despótico de Europa y, no obstante, el

escritor desafiaba el castigo en defensa de la libertad. Luchó por la libertad de palabra y mantuvo que los llamados "crímenes políticos" —críticas al Estado o a sus gobernantes— eran síntoma de salud mental del pueblo.

Los censores prohibían sus obras, comedias, cuentos u opúsculos que sustentaban tales ideas. Pero en vano; éstas se imprimían en otras lenguas en toda Europa, y millares de rusos las retraducían y las hacían circular secretamente en manuscritos.

Tolstoi recomendaba el "impuesto único", que solamente afectara a la tenencia de la tierra. En Rusia, donde los grandes latifundios eran la base de la riqueza de la clase noble, el impuesto único hubiera obligado a la nobleza a dividir sus tierras para distribuirlas entre los campesinos. Tal insinuación fue recibida con ira y horror por el Zar, el Gobierno y la clase dirigente, a la cual el mismo Tolstoi pertenecía por herencia.

En su ferviente búsqueda de la verdad religiosa, Tolstoi se acogió durante algún tiempo a la iglesia ortodoxa rusa; pero la elaborada liturgia de ésta, de hachones encendidos, viejos íconos, mosaicos relucientes y nubes de incienso, no convencieron al escritor. Se atrevió a declarar que muchos sacerdotes escondían, bajo su aspecto digno y su liturgia, una crasa ignorancia. "¡El reino de Dios está dentro de vosotros!", exclamó. Con esto, la Iglesia también se le echó encima.

Andando el tiempo, Tolstoi llegó a basar toda su fe en la palabra de Cristo. No resistas al mal, dice el Sermón de la Montaña. Aquello, para Tolstoi, significaba que toda forma de violencia, toda fuerza armada, es contraria a las enseñanzas de Jesucristo. Y ya tenemos al Ejército furioso contra el antiguo y valiente oficial. Lo único que salvó a Tolstoi de la ira combinada del Zar, la Iglesia y el Ejército fue la tremenda influencia de sus escritos distribuidos ahora por todo el mundo. Las fuerzas vivas de Rusia no se atrevieron a hacer un mártir del ruso más conocido de su tiempo.

Tolstoi se aventuró a iniciar reformas en las costumbres aldeanas. En su escuela para niños campesinos excedió las teorías más progresistas acerca de la educación. Si algún alumno estaba abstraído con sus propios problemas, no se le obligaba a prestar atención a la clase. Si otro niño sentía deseos de salir del aula a estirar las piernas, se le permitía hacer su gusto. Tolstoi descartó los textos corrientes en Rusia y Europa por tediosos y anticuados; prefería los que le llegaban de los Estados Unidos. Como todo esto ofendiera a los directores de instrucción pública, le cerraron la escuela. Tolstoi se rindió sin

lucha. Sabía que la verdad prevalecería, si no en su época, después.

Siguiendo literalmente la doctrina de Cristo, menospreció la comodidad, la conveniencia, la salud y la riqueza, cosa dura para aquellos que lo amaban y vivían con él. Mientras más espiritual se tornaba él, más práctica tenía que ser su esposa. Era ella quien velaba por la educación de los hijos, la encargada de hacer figurar a las hijas en sociedad y atender los negocios del marido. Mientras tanto, él vagaba por las extensas praderas de su amada Yasnaia Poliana como cualquier mujic, con su vieja blusa de obrero y su barba de profeta, ensimismado en el mundo del espíritu y de la Naturaleza.

En su complicada busca de la simplicidad, Tolstoi, ya anciano, llegó a convencerse de que la posesión de bienes terrenales era incompatible con sus creencias: dividió su heredad entre la familia y entregó gran parte de sus lucrativos derechos de autor a la beneficencia pública. Para ganarse la vida inclinó la nevada cabeza sobre un banco de zapatero e hizo zapatos. Sonia sollozaba y lo reconvenía. Las relaciones entre los esposos se hicieron intolerables. Por fin, para escapar de su mujer, Tolstoi huyó, en lo más crudo del invierno, acompañado de su médico; al poco tiempo, su hija Alejandra fue a reunirse con ellos.

Al poco de iniciar el viaje, en un tren lento y frío, Tolstoi contrajo una pulmonía fulminante. Lo sacaron del tren en Astopovo y lo alojaron en la casa del jefe de estación. Sonia llegó precipitadamente, pero para no turbar la paz del enfermo no le permitieron pasar a su habitación. Solamente cuando entró en coma la dejaron pasar a que vertiera en sus sordos oídos palabras amorosas y depositara un beso en sus manos, ya insensibles. Era demasiado tarde para que estos dos seres, diametralmente opuestos, aunque apasionadamente enamorados, llegaran al entendimiento por el cual lucharon toda su vida.

Las últimas palabras de Tolstoi constituyen la clave de su espíritu que se escapaba. "La verdad . . .", dijo. Y ya, al final, como dando un testimonio ante el más alto de los tribunales: "Amo a muchos." El 7 de noviembre de 1910, el mundo entero supo la noticia: aquella alma tumultuosa y superior había dejado la envoltura corporal contra la cual tanto batalló.

Lo enterraron, conforme habían sido sus deseos, en los bosques de Yasnaia Poliana. No hubo servicios religiosos para el hombre que se había atrevido a llevar una vida, por muy imperfecta que fuese, a imitación de Cristo.

UN HOMRE INOLVIDABLE

Condensado de Time

El Segundo Congreso Continental, que se reunió en Filadelfia en 1775, después de las batallas de Lexington y Concord, dudó poco al elegir a la persona que habría de mandar el ejército norteamericano. Jorge Washington, a la edad de cuarenta y tres años, era un hombre rubio, de hombros anchos y muy alto para la época. Medía un metro ochenta y siete centímetros y pesaba noventa kilos. Tenía los muslos fuertes como los de un jinete, los ojos azules y penetrantes y un aire de autoridad que impresionaba. El haber nacido en Virginia lo hacía elegible políticamente. Además, había mandado tropas y tenía el aspecto de un general. Montado en un caballo blanco y vestido con el uniforme rojo y azul, ofrecía un aspecto que pocos hombres olvidarían. Los delegados al Congreso quedaron también impresionados por su sensatez y su actitud reposada, su paciencia y su capacidad para decidir.

Sin embargo, los delegados no podían aún comprender lo acertado de su elección. Al poco tiempo, Washington encarnó la propia Revolución. Su poderosa voluntad, su asombrosa paciencia, fueron a menudo lo único que mantuvieron viva la revuelta. Era amargamente realista acerca de las debilidades de su país, pero nunca dejó de tener un conocimiento intuitivo de la fuerza que éste poseía. Ese conocimiento alimentó su valor excepcional de arriesgarlo todo en terribles jugadas militares cuando parecía que no tenía posibilidades de victoria. Jorge Washington, por otra parte, tenía sus pequeñas flaquezas y vanidades: de Inglaterra importaba las medias de seda y los zapatos con hebilla de plata que solía usar. Pocas veces perdía la oportunidad de que le cortaran, peinaran y empolvaran su cabello color castaño. Toda la vida sufrió de una dentadura cariada (en el sitio de Yorktown padeció espantosos dolores de muelas). Le encantaba bailar. Pescaba, cazaba patos y también practicaba la cacería del zorro con gran habilidad. Su suave piel se quemaba mucho con el sol y ya en edad

avanzada no le importó inspeccionar sus terrenos con una sombrilla sujeta a la silla del caballo.

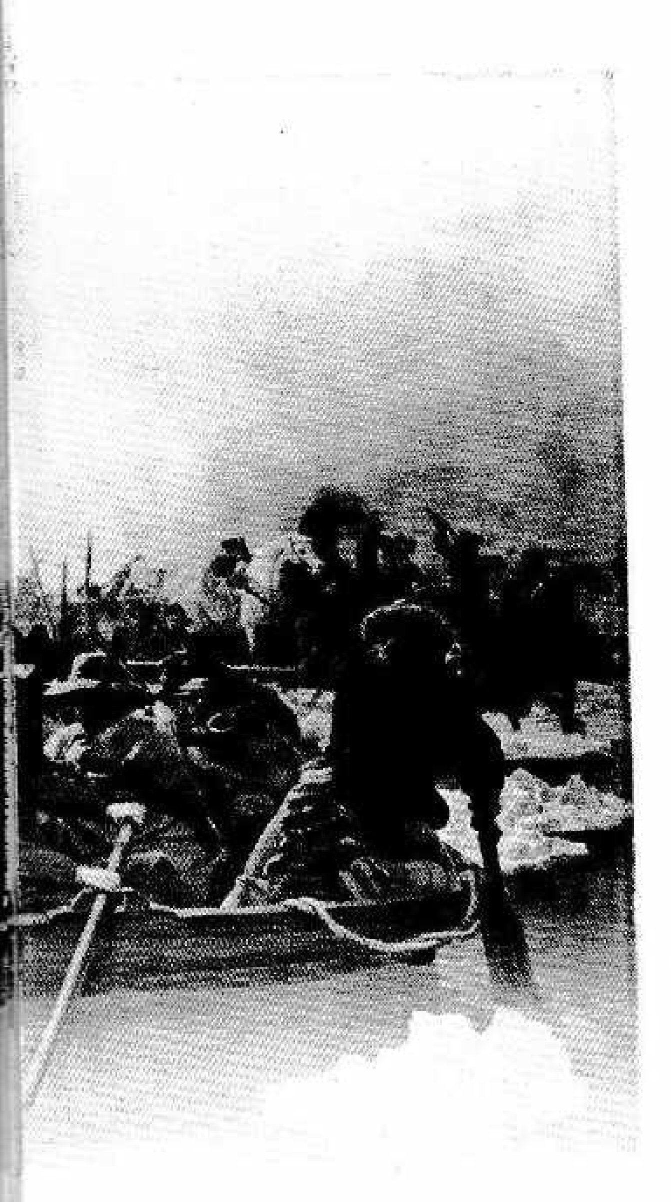
A pesar de haber nacido caballero, era más sencillo, más práctico, más ambicioso y más rudo que lo que la historia señala. Como muchas otras familias de la clase alta de Virginia, a principios del siglo XVIII, la suya era rica en tierras y pobre en dinero, por lo que la educación de Jorge fue corta y accidentada. Durante unos cuantos años le enseñaron a leer, escribir, nociones de geografía y matemáticas. A la edad de dieciséis años fue como ayudante de agrimensor a unas tierras salvajes del Oeste, propiedad de un acaudalado inglés, *lord* Fairfax. Washington tenía verdaderos deseos de adquirir tierras, riquezas y, por encima de todo, estima a los ojos de sus compatriotas de Virginia. A los veintiún años, por propio deseo y la buena voluntad de Robert Dinwiddie, real gobernador de la colonia, fue enviado en misión militar y recorrió de nuevo las tierras agrestes del Oeste, para advertir a los franceses que no debían cruzar los límites de las tierras de la Corona, en el valle del río Ohio.

Los franceses, deseosos de conseguir la mayor cantidad de pieles posible, se negaron a retirarse, dando lugar a que Washington se convirtiera en el primer soldado del estado de Virginia. Cuando las fuerzas expedicionarias inglesas, al mando del general Edward Braddock, fueron casi por entero exterminadas en una emboscada en los bosques del río Monongahela, Washington, débil y vacilante a causa de una "violenta enfermedad", cabalgó durante doce horas para llegar al lugar de la batalla. Nunca desmayó en su deber, a pesar de que mataron a dos de los caballos que montaba y cuatro balas le atravesaron la ropa. Creía firmemente que la Divina Providencia lo protegía.

Al poco tiempo le fue conferido el mando de todas las tropas de Virginia y la responsabilidad de proteger a los colonos que se hallaban



diseminados por las fronteras del estado. En su nuevo cargo aprendió lecciones duras, la dificultad de reclutar norteamericanos para el servicio militar, la agria necesidad de la disciplina (cierta vez mandó colgar a dos desertores para impresionar a sus tropas), y conoció las envidias y la difamación inherentes al servicio público. Finalmente se apartó del ejército británico, a causa de una discusión sobre su grado y derechos como oficial. Fue elegido individuo de la Cámara de los Bur-



El pintor alemán Emanuel Leutze (1816-1868), ilustrador de muchos episodios de la historia norteamericana, pintó en este cuadro a Jorge Washington atravesando el río Delaware a la cabeza de sus tropas, la noche de Navidad de 1776. El cuadro se encuentra en el Museo Metropolitano de Nueva York.

gueses de Virginia y se dedicó a vivir como un simple hacendado. Pero dieciséis años más tarde, cuando la fiebre de la rebelión invadió las colonias, Jorge Washington escribió: "Las llanuras pacíficas de América han de ser inundadas de sangre o habitadas por esclavos. ¿Puede un hombre honesto dudar en su elección?"

Hay que disculpar a los generales británicos el hecho de que creyeran que la rebelión era simplemente una exhibición de audacia

por parte de un grupo de exaltados colonos. Las colonias, tenuemente unidas y llenas de rivalidades, tenían poca industria, ninguna tradición militar y escasísimos pertrechos de guerra. Tampoco tenían Armada, ni aliados y, según el concepto europeo, ni siquiera ejército digno de tal nombre. Los rebeldes, pues, se enfrentaron a las tropas bien equipadas y adiestradas de una gran potencia militar, apoyadas por la mejor Armada del mundo, por indios salvajes y por multitud de norteamericanos leales a la Corona.

En Bunker Hill, Nueva Inglaterra, los rebeldes habían ya llevado a cabo lo que parecía un milagro; demostraron que los colonos podían resistir un ataque británico y que su puntería y su habilidad para luchar a cubierto superaba a la de los ingleses. Washington comenzó a tener conciencia de sus tremendas responsabilidades en el sitio de Boston. Había que alimentar, disciplinar y enseñar los rudimentos del arte militar a quince mil norteamericanos que estaban acampados en un gran semicírculo alrededor de la ciudad de Boston. Solo unos cuantos tenían uniforme y pocos eran también los que tenían suficiente pólvora. Se emborrachaban, arrancaban las cercas de los granjeros para procurarse leña y discutían con sus oficiales. En medio de este caos, el ejército de Washington empezó a desbandarse. Los milicianos, que se alistaban solo por unos meses, regresaban a sus casas al final del período de alistamiento y trataban de llevarse con ellos sus fusiles.

En el sitio de Boston, Washington se vio libre de la responsabilidad de tener que emplear en un asalto general a sus tropas indisciplinadas, mermadas y faltas de adiestramiento, pues un grupo de soldados veteranos llegó arrastrando por la nieve unos pesados cañones desde el fuerte de Ticonderoga, en el lago Champlain. Una vez que los cañones fueron montados en Dorchester Heights (alturas que dominan a Boston), la Armada inglesa huyó.

Al verano siguiente comenzaron de nuevo las dificultades de Washington, al sur del estado de Nueva York. Su ejército, que había sido derrotado en Long Island, escapó, gracias a la niebla, a través del río East hasta la isla de Manhattan. Desde allí se batió en retirada hasta White Plains; luego continuó su marcha a través del río Hudson y Nueva Jersey y más tarde cruzó el río Delaware, hasta llegar al estado de Pennsylvania. A mediados del invierno solo le quedaban 2400 soldados regulares, mal vestidos y peor alimentados. El 20 de diciembre de 1776, Washington escribía al Congreso: "Dentro de diez días habrá dejado de existir nuestro ejército . . ."

Entonces, Jorge Washington decidió jugarse el todo por el todo. Cinco días más tarde, el día de Nochebuena, llevó su pequeño ejército a través del helado río Delaware. Mojados, medio helados, azotados por un granizo incesante, los soldados rebeldes recorrieron quince kilómetros hasta Trenton y sorprendieron a la ciudad y a sus defensores alemanes. Los colonos triunfaron en menos de dos horas de lucha sin perder un solo hombre. Una semana después, el ejército colonial invadía audazmente a Princeton, en Nueva Jersey. Washington reunió el grueso de sus tropas y cabalgó sin sufrir un solo revés hasta treinta pasos de los fusiles enemigos. El país veía asombrado el avance; la Revolución se había salvado.

Esta fue la pauta de la guerra. Tras los meses de derrotas, desalientos y desastres, cuando todo parecía perdido, un golpe de audacia ofreció a los rebeldes el sabor de la victoria. La guerra se extendía desde Georgia hasta Quebec; de Nueva York al Misisipí. Las flotas de Inglaterra y Francia se vieron comprometidas en la conflagración. La guerra progresaba muy lentamente; a veces pasaban meses sin que ocurriera ningún hecho importante. Su tono era cortés: se intercambiaban prisioneros, se respetaban treguas, se pasaban correctas notas entre los comandantes enemigos. Washington llegó a devolver oficialmente el perro del general *sir* Willian Howe, cuando fue capturado en Germantown.

Sin embargo, la lucha era a menudo encarnizada. Los escuadrones de voluntarios norteamericanos murieron o cayeron heridos casi hasta el último hombre, al tratar de romper las defensas inglesas de Stony Point, en el río Hudson. En Oriskany, en los bosques de Nueva York, las tropas norteamericanas e inglesas, con la pólvora de los fusiles inutilizada por la lluvia, llevaron a cabo una lucha cuerpo a cuerpo, blandiendo cuchillos, bayonetas y hachas. Las batallas de Cowpens, Brandywine, Germantown fueron todas sangrientas. Los problemas de Washington aumentaron. Los congresistas lo acusaron violentamente de tratar de manejar el país con una tiranía militar peor que la de Inglaterra. Tuvieron que pasar dieciocho meses para que lo dejaran reclutar un ejército que se comprometiese a servir durante toda la guerra. El dinero para pagar a las tropas siempre andaba escaso.

Washington comprendía los temores del Congreso y respetaba su ideal de que los asuntos de la guerra fueran vigilados por un comité civil. Al final, la honradez y su obstinada esperanza de victoria le dieron el triunfo. No menospreciaba a su ejército. Era verdad que muchos soldados desertaban, pero a menudo regresaban para em-

prender de nuevo la lucha. Frente a las bayonetas inglesas podían huir a la desbandada, pero al día siguiente se agrupaban y volvían a la batalla. Bien dirigidos soportaban increíbles sufrimientos, a menudo sin paga, sin ropa adecuada y sin la comida necesaria.

En Saratoga, durante el otoño de 1777, el curso de la guerra comenzó a cambiar cuando los planes británicos de tomar el valle del río Hudson fracasaron. El general John Burgoyne avanzó hacia el sur desde Canadá con ocho mil soldados ingleses y alemanes, casi sin encontrar oposición, pero un ejército americano a las órdenes del general Horatio Gates cortó el paso a Burgoyne en la orilla occidental del río Hudson. Atrapado entre los milicianos que llegaban rápidamente y los agrestes bosques del norte, Burgoyne se rindió.

Fue una gran victoria que indujo a Francia a contribuir con dinero, hombres y barcos y, además, atrajo la simpatía de España y Holanda hacia la causa norteamericana. Pero todavía quedaban cuatro años de lucha. Los norteamericanos resistieron un cruel invierno en Valley Forge, quedaron copados en el norte y fueron casi despojados del sur por las campañas de Cornwallis en las Carolinas.

Por aquel entonces, el ejército de Cornwallis, bastante maltrecho por las constantes persecuciones de los colonos, entró en el estado de Virginia y estableció su cuartel general en Yorktown. Washington, por su parte, estaba en Nueva Inglaterra proyectando un ataque a Nueva York. Los franceses habían desembarcado cinco mil soldados para ayudarlo, y una fuerte flota francesa se preparaba a zarpar de las Indias Occidentales. Pero de pronto, Washington decidió de la noche a la mañana atacar a Cornwallis. Los navíos franceses se trasladaron a Virginia también. Tras cinco semanas de marchas forzadas, Washington puso sitio a Yorktown con dieciséis mil soldados franceses y continentales.

Cornwallis se había refugiado en una pequeña península entre los ríos York y James, maniobra habitual para un general británico que siempre confiaba en la Armada. Pero Cornwallis no contó con la flota francesa de De Grasse, que dominaba la bahía de Chesapeake. Cornwallis, buen soldado, se encontró aislado y atacado día y noche por la artillería enemiga, sin encontrar salida a semejante situación.

El 19 de octubre de 1781, sus siete mil soldados salieron de la península al son de las bandas militares que interpretaban una marcha muy apropiada para la ocasión: *El mundo al revés,* y entregaron sus armas. Desde cualquier punto de vista práctico, la guerra había ter-

minado. Los rebeldes habían ganado y la independencia quedaba consumada.

Pero antes de abandonar el ejército, Washington escribió: "No tengo que pedir ninguna recompensa para mí; si he sido tan afortunado como para obtener la aprobación de mis compatriotas, me doy por satisfecho. Ahora les toca a ellos completar mis deseos, adoptando un sistema político que asegure la reputación, la tranquilidad, la felicidad y la gloria futuras de este extenso Imperio." Washington se retrataba a sí mismo en este párrafo: su humildad, su orgullo, su sentido del honor, su visión de "este extenso Imperio".

Sin embargo, la nación no había nacido todavía, el "sistema político" todavía no estaba formado. Todo el valor y el sufrimiento de la guerra se hubieran perdido en la confusión de una paz sin política ni sistema. Washington, antes de retirarse a Mount Vernon, escribió a sus amigos: "hay que hacer algo o todo se vendrá abajo . . ."

Su preocupación no cayó en saco roto; su influencia fue la más importante entre cuantos impulsaron la Convención Constituyente de 1787, de la que Washington fue presidente. No podía competir, y tampoco trató de hacerlo, con las inteligencias superdotadas, los sabios, los científicos, los políticos, los grandes estilistas de la prosa, que participaron en la Convención. Habló poco y sugirió menos; no se puede llamar suyo ningún punto de la Constitución norteamericana. Sin embargo, todo el documento le pertenece a él lo mismo que a cualquier otro hombre. Está impregnado de su sentido práctico, su clara visión, su tendencia conservadora.

No cabía duda de quién había de ser el primer presidente de los Estados Unidos. El puesto estaba menos definido que el de los poderes judicial y legislativo y podía haber degenerado en una presidencia de paja. Washington definió la índole de la investidura al tomar posesión del puesto. Le impartió la dignidad de su propio carácter.

Durante sus ocho años de presidente rehusó estrechar la mano a los demás porque creía que este gesto de familiaridad no era digno de la presidencia; en su lugar hacía siempre una reverencia. Se vestía ricamente de terciopelo, viajaba en un coche tirado por seis caballos y se creía igual a cualquier rey de la Tierra. Pero siempre pensó de sí mismo que era el "más obediente y el más humilde servidor" del pueblo de los Estados Unidos. Murió dos años después de haber terminado su segundo período presidencial. En sus últimos momentos dijo: "Tardo en morir."

Así es, en efecto, pues aún vive.

EL TENOR DE LA VOZ DE ORO

George Kent

Anna Caruso tuvo veintiún hijos, de los cuales solo sobrevivieron tres. Uno de estos, el decimoctavo, llegó a ser, posiblemente, el cantante más grande de todos los tiempos. En 1903 hizo su primera presentación en los Estados Unidos en el Metropolitan Opera House de Nueva York. En 1920 cantó en el mismo escenario su última aria. A los ocho meses falleció. Millones de hombres y mujeres lloraron su muerte en todo el mundo civilizado, y millares le guardaron luto. No solo había muerto un eximio cantante, sino un hombre que supo hacerse querer por su gran corazón.

En los tiempos de Enrico Caruso no existía la radio y era desconocido el cine sonoro. Para oírlo cantar había que comprar una entrada e ir al teatro, o conformarse con el gramófono de bocina. Su público era, por tanto, muy reducido, si se le compara con los millones de radioescuchas y televidentes de nuestros días. Sin embargo, la historia no ha conocido aclamaciones tan entusiastas como las recibidas por Enrico Caruso, ni idolatría semejante a la que le tributaron sus contemporáneos.

Aun cuando en su repertorio figuraban principalmente las grandes óperas francesas e italianas que entonces, como hoy, se consideraban un tanto complicadas para la generalidad de los oyentes, Caruso tenía tal fuerza expresiva, y trasmitía tan eficazmente la emoción, que arrebataba al público hasta arrancarle lágrimas. Él mismo sentía lo que estaba interpretando con tal intensidad que, a veces, se encerraba en su camerino, al terminar la representación, y sollozaba hasta calmarse.

Su escenario habitual era el del Metropolitan Opera House de Nueva York, pero su fama se extendía a todas las capitales del mundo, desde Buenos Aires hasta Moscú. A donde quiera que iba, las multitudes se arremolinaban en torno suyo. Cuando entraba en los restau-



Fotografía de Caruso, uno de los más famosos cantantes de todas las épocas, cuya voz, según críticos y entendidos, ha sido igualada muy pocas veces.

rantes, el público se ponía en pie y estallaba en vítores y aplausos. Para evitar tales manifestaciones de entusiasmo, comía en casa o en un fonducho italiano del oeste de Nueva York, donde algunas tardes pasaba sus horas libres jugando a las cartas con el propietario. Todos los días recibía por correo innumerables regalos de confites, manjares, joyas, y retratos con su propia efigie bordada en seda o lana.

Millares de artículos comerciales, desde tabacos hasta jabones, fueron bautizados con su nombre. Así se llamó una cadena de restaurantes neoyorquinos; todavía lo llevan una marca de macarrones y otra de conservas. Uno de sus entusiastas admiradores tuvo la ocurrencia de llamar Caruso a un caballo de carreras. El gran tenor apostaba fielmente diez dólares a su homónimo equino cada vez que corría, pero nunca ganó una sola carrera.

En aquella época distante, Caruso alcanzó remuneraciones económicas que no han sido igualadas hasta hoy por cantantes de ópera. Sus ingresos monetarios provenían solamente de sus actuaciones en escena o de la grabación de discos. Nunca pidió al Metropolitan Opera House más de 2500 dólares por representación, pero en Cuba y México le pagaron a razón de diez y quince mil dólares, respectivamente. Rehusó una gira artística de dos meses por Iberoamérica que le habría producido 250.000 dólares, y en el curso de su vida ganó casi diez millones de dólares.

Gran parte de tan extraordinaria popularidad la debió Caruso a la grandeza de su corazón. La sencillez campesina que poseía lo impulsaba a actos de generosa cordialidad que le granjeaban la adoración de la gente.

Cierta noche, en Bruselas, oyó desde su camarín un ruido extraño que subía de la calle. Abrió la ventana y vio reunidas en las inmediaciones del teatro a millares de personas descontentas por no haber podido entrar. Las localidades se habían agotado. Era una función de gala a la que asistía la familia real. Caruso meditó un instante, y luego cantó para el público, aglomerado en la calle, las principales arias de la ópera que iba a representarse.

En otra ocasión, se encontraba firmando cheques para las doscientas y pico de personas a cuyo sostenimiento contribuía, cuando su esposa murmuró:

—Estoy segura de que mucha de esa gente no merece tu ayuda.

—Tienes razón, Doro —replicó el artista—; pero no es posible saber quiénes la merecen y quiénes no.

Una mañana, paseándose por las calles de Cleveland con su secretario, Bruno Zirato, se detuvo de pronto y dijo:

—No es justo —exclamó— que hayamos ganado tanto dinero en esta ciudad y nos vayamos sin dejarle ni un centavo.

En aquel instante se encontraban ante el escaparate de una tienda que vendía porcelana fina. Caruso entró en el establecimiento y compró todas las existencias, encargando que se las enviasen a Nueva

York para repartirlas entre sus amigos pobres. Desde entonces se las arregló siempre para dejar en todas las ciudades parte de las sumas que percibía por cantar.

Cuando estaba en el cenit de su carrera, Caruso era un hombre rollizo, de mediana estatura, cuyo cabello empezaba a clarear en la coronilla. Era exageradamente limpio. Se bañaba dos veces al día, mientras estudiaba su parte colocada en un atril construido especialmente para fijarlo en los bordes de la bañera. Dejaba la puerta abierta para oír el acompañamiento del piano colocado en la habitación inmediata. Todas las mañanas, mientras el barbero, el masajista, el pedicuro y la manicura se encargaban de él, Caruso ensayaba el papel que había de interpretar por la noche, siempre acompañado por el piano.

Era en extremo intolerante con la gente que no se preocupaba del cuidado personal tanto como él. En cierta ocasión, doliéndose de su suerte por tener que cortejar en escena a una famosa diva, comentaba: "¡Cantar con una persona que no se baña es horrible; pero emocionarse y enamorar a una mujer que huele a ajo, es imposible!"

Enrico Caruso nació en la ciudad de Nápoles el 25 de febrero de 1873. Fueron muy pocos los años que asistió a la escuela. Su padre, un mecánico pobre, quería que el joven Enrico siguiese el mismo oficio, y a fuerza de golpes consiguió que trabajara. Pero Caruso no tenía más aspiración que la de ser cantante, y su madre era la única que constantemente le daba ánimos para que no desmayara en tal empeño.

La primera vez que cantó ante un maestro de música, Caruso no tuvo gran éxito. El profesor, Giuseppe Vergine, conocido principalmente por este incidente, le dijo al terminar el ensayo: "Tienes una voz que suena como el viento en las persianas." Pero Caruso consiguió que le permitiera seguir estudiando bajo su dirección. Fue aquella una época de terrible pobreza, algunos de cuyos episodios contó después a su esposa.

"Como mi único trajecillo negro se había puesto verde, compré una botella de tinte y lo teñí yo mismo para poder seguir asistiendo a las clases con decoro. Mis dos camisas estaban muy poco presentables, pero yo les hacía pecheras de papel para que siempre parecieran flamantes. Necesitaba caminar un largo trecho para ir a la escuela, y en seguida rompí los zapatos. No tenía dinero para remplazarlos, pero, por fin, cantando en bodas y funerales, logré reunir lo necesario para comprarme un par. El día que los estrené empezó a llover a mitad

de camino de casa del profesor. Ignorando que las suelas eran de cartón, al llegar a la clase los puse a secar junto a la estufa. El calor los retorció de tal modo que hube de volver descalzo a mi casa."

Al terminar el curso se celebraron los exámenes correspondientes, y Caruso pidió permiso para presentarse a ellos. El *signor* Vergine reconoció que su discípulo había hecho ligeros progresos, pero no manifestó un entusiasmo especial. Obtuvo, sin embargo, uno o dos contratillos para Caruso y, por fin, un puesto de sustituto de tenor en una pequeña compañía ambulante de ópera.

Cierto día llegó ésta a un lugar donde Caruso tenía amistades. Como lo más probable era que no se necesitaran sus servicios en el teatro, se fue a pasar un rato con sus amigos, en cuya compañía cantó viejas canciones napolitanas y vació unas cuantas botellas de vino. Enrico estaba ya bastante achispado cuando llegó en su busca un recadero para avisarle que su presencia era requerida urgentemente. El tenor estaba indispuesto y no podía cantar el primer acto. Caruso corrió al teatro. Cantó bien, pero, con horror del empresario y para deleite del público, mientras estuvo en escena causó el más cómico de los desórdenes, tropezando con los otros actores, dando traspiés y haciendo toda clase de cabriolas. El público reía a carcajadas, y gritaba: "*¡Ubriacone! ¡Ubriacone!*" (¡Borracho! ¡Borracho!)

El director se apresuró a despedirlo apenas terminó el acto, y el novel tenor de diecinueve años de edad se fue, desconsolado, a su cuartito de la fonda. Había fracasado rotundamente en la primera oportunidad de su vida. Pero, al poco rato, el recadero volvió en su busca, esta vez con más urgencia que antes. El público había hecho abandonar la escena al otro tenor y reclamaba a grandes voces la presencia del *Ubriacone*. Caruso retornó a escena y obtuvo un gran éxito.

Desde aquel día, sus progresos fueron continuos. En el curso de los diez años siguientes llegó a ser uno de los tenores más famosos de la ópera italiana y cantó en muchos países de Europa. Más adelante fue invitado a cantar en el Metropolitan Opera House de Nueva York, donde hizo su primera presentación con *Rigoletto*.

Según Caruso explicó en cierta ocasión, los requisitos de todo gran cantante son "pecho amplio, boca grande, noventa por ciento de memoria, diez por ciento de inteligencia, mucho trabajo y algo en el corazón". Él reunía todas esas condiciones. En lo relativo a la cualidad corporal, podía dilatar el pecho unos veintitrés centímetros.

Antes de presentarse en escena se sometía a una especie de tra-

tamiento de su propia invención. Primero hacía gárgaras con agua salada caliente, y luego sorbía rapé sueco para descargar la nariz. Después se tomaba una copa de whiskey y un vaso de agua gaseosa y se comía un cuarto de manzana. Deslizaba en los bolsillos de su traje escénico dos frascos de agua salada tibia para aclarar la garganta, si le era necesario hacerlo durante la representación. Cuando tal cosa ocurría, daba la espalda al público, tragaba rápidamente sin que lo notaran el contenido de un frasco, y continuaba cantando.

Caruso fue siempre muy sensible a la crítica. Cuando los críticos de Boston censuraron una de sus representaciones, juró no cantar nunca más en aquella ciudad y cumplió su juramento. Pero, por regla general, gozaba de excelente humor. Le gustaba bromear, "hacer jugarretas", como él decía. Aún se recuerdan muchas de ellas. En una representación de *Tosca*, por ejemplo, Antonio Scotti se inclinó para recoger un pincel que se había caído detrás del caballete, pero no pudo levantarlo. Caruso lo había clavado al suelo.

En el libro de anécdotas curiosas de David Ewen titulado *Listen to the Mocking Words*, se cuenta una de Caruso y Geraldine Farrar cuando estaban grabando un dúo de *Madame Butterfly*. Como el ensayo ante la máquina grabadora había sido largo y penoso, Caruso, en un momento de descanso, salió a la calle y fue a un bar cercano en busca de algo que le hiciera recuperar las fuerzas. Cuando volvió y se puso a cantar de nuevo con la Farrar, la *prima donna*, en plan de broma, intercaló estas palabras en el aria: "¡Oh, te has tomado un whiskey con soda!" Caruso repuso, imperturbable, también acomodando las palabras a la música: "¡Te equivocas, me he tomado dos!" El disco figura hoy entre los tesoros de cierto coleccionista.

El pasaje más tierno de la extraordinaria vida de Caruso es, probablemente, la historia de su matrimonio. El tenor tenía cuarenta y cinco años y estaba en el cenit de su carrera cuando conoció a Dorothy Park Benjamin, una muchacha neoyorquina de veinte años, tímida y desconocedora del mundo, que acababa de salir de un colegio de monjas. La cortejó y supo hacerse corresponder, a pesar de la oposición terminante de la familia de la joven, muy atenida a convencionalismos y tradiciones.

Los tres breves años que duró la vida conyugal fueron un constante idilio, que se ve reflejado en la biografía de Caruso escrita por su viuda, y en las cartas que el cantante envió a su mujer. He aquí un pasaje escogido al azar:

"Mi corazón salta de un modo que parece querer volar adonde

estás. Nunca más volveré a separarme de ti, nunca más. Querría que estuvieses dentro de mi ser para que vieras cuánto te amo. ¿Qué puedo hacer para que estés bien segura de ello? Creo haber hecho cuanto he podido para demostrarte mi amor, y todavía intento hacer nuevas cosas para convencerte. Ten la certeza de que tu Enrico te adora . . ."

El matrimonio vivía apaciblemente en su apartamento de un hotel neoyorquino. Caruso gustaba poco de salir porque la multitud le molestaba. Ambos pasaban la velada en el hogar; él, caladas las gafas de cerco dorado, pegaba sellos o recortes de prensa; ella, leía. A veces, Caruso sentía hambre a medianoche y enviaba a buscar una hogaza de pan y algunos filetes. Cortaba el pan a lo largo, ponía los filetes en medio, y saboreaba con deleite aquel improvisado *sandwich* colosal.

Cuando recibía invitaciones a comer, enviaba invariablemente a la anfitriona un recado para que lo sentaran junto a su esposa. "Dígale —advertía al recadero— que me he casado con mi mujer para estar a su lado. Si no he de estarlo, prefiero quedarme en casa."

En diciembre de 1920 estaba cantando un aria del primer acto de la ópera *L'elisir d'amore* cuando se le rompió un vaso sanguíneo de la garganta. A pesar del accidente, se empeñó en terminar el acto. Un reportero del *New York Times* describió así la escena:

"Primero utilizó el pañuelo para llevárselo a la boca, pero momentos después estaba enrojecido y lo tiró. Los cantantes del coro se las fueron arreglando entonces para acercársele, entregarle disimuladamente un pañuelo y volver a su sitio. No bien había recibido uno cuando ya necesitaba otro, tan abundante era la hemorragia. De vez en cuando asomaban a sus labios pequeños grumos de sangre."

Sentada en la primera fila de butacas, su esposa le dirigía miradas suplicantes para que abandonase el escenario.

Volvió al Metropolitan Opera House la víspera de Navidad, pero le fallaron otra vez las fuerzas. En los meses que siguieron fue operado siete veces de abscesos pulmonares. Su salud pareció restablecida, pero ya no pudo cantar. El verano del año siguiente se embarcó para Nápoles, donde murió, a los cuarenta y ocho años de edad, en un hotelito que daba a la espléndida bahía.

Dorothy Caruso escribió en la biografía de su esposo estas palabras conmovedoras: "He estado al pie de la radio escuchando su voz maravillosa en los discos del programa que se organizó para honrar su memoria. Mucho hubiera gozado él con este tributo. Su comentario habría sido: ¡Cuánto agradezco que aún se acuerden de mí!"

ILUMINÓ EL CONTINENTE NEGRO

O. K. Armstrong

En pleno corazón del África Meridional un joven médico y misionero escocés acampó hace poco más de cien años entre los nativos de una aldea. Hizo amistad con el jefe de la tribu, distribuyó medicamentos y predicó acerca de un Dios que era el Padre de todos los hombres.

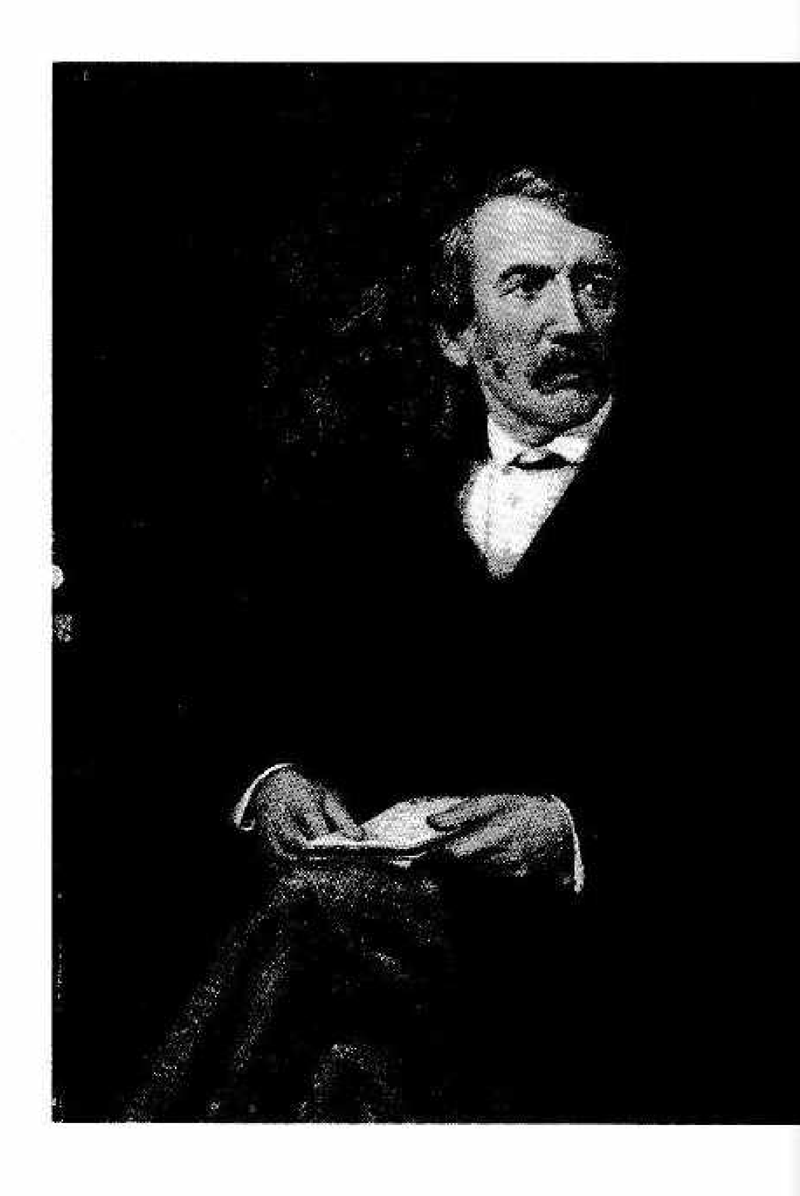
Cierta noche oyó que alguien sollozaba a la puerta de su cabaña. Era una jovencita que había huido aterrorizada de la aldea porque iban a venderla al jefe de una tribu vecina. Un hombre gigantesco, armado con una escopeta, surgió de las sombras para llevarse a la fugitiva. El misionero llamó a un indígena convertido, le indicó que quitase a la muchacha los collares y brazaletes de cuentas que la engalanaban, se los entregó al hombrón con otros regalos y lo persuadió para que se marchase.

Incidentes de esta clase ocupaban la vida diaria de David Livingstone. Durante treinta y tres años de viajes y fatigas, en lucha constante con las enfermedades tropicales y expuesto en todo instante al ataque de los salvajes y de las bestias feroces, el doctor Livingstone llevó la luz de la civilización cristiana a la parte más atrasada del mundo.

Cuando llegó al África, en el año 1840, toda la zona central era un espacio vacío en los mapas. Debido en gran parte a sus esfuerzos, esta zona fue explorada y cartografiada, abierta a los colonizadores y al comercio. Livingstone coronó esta inmensa tarea con una cruzada incansable contra la esclavitud, las supersticiones y el analfabetismo.

David Livingstone nació el 19 de marzo de 1813, en el condado

Este retrato de Livingstone fue realizado por el pintor inglés F. Havill, que usó como modelo una fotografía. Se encuentra en la Galería Nacional de Retratos de Londres.



escocés de Lanarkshire, donde, de muchacho, trabajaba doce horas diarias en una hilandería. Años después estudió teología y medicina en la universidad de Edimburgo.

Era un joven atractivo y de buena presencia, pero su timidez lo hacía sentirse intranquilo en público. La primera vez que intentó predicar le faltaron las palabras: "Amigos, he olvidado todo lo que tenía que decir", dijo, y avergonzado bajó del púlpito.

En aquel momento de desaliento, Robert Moffat, que estaba de visita en Edimburgo después de haber establecido una misión en Kuruman, África del Sur, aconsejó a David que no se diera por vencido. Quizá en vez de misionero podría ser médico. Livingstone decidió ser ambas cosas; además, lo sería en el extranjero. Una vez que hubo terminado sus estudios de medicina fue enviado a África.

Al poco tiempo de llegar, Livingstone se sintió poseído de una vehemente compasión por los negros del África. El tráfico de esclavos lo horrorizó y asqueó de tal forma que hizo promesa solemne de dedicar su vida a combatir este monstruoso comercio. Veía en las caras de los negros cómo se desvanecían sus temores y sospechas cuando les administraba medicamentos, y procuraba enseñarles cosas que les ayudaran a vivir mejor. Veía cuánto gozaban aprendiendo. Los indígenas bautizaron a Livingstone con el apelativo de el *Hombre bueno*.

Al comprobar lo bien que trabajaban los conversos entre su propia gente en la misión que fundó Moffat, en Kuruman, decidió establecer una misión, escoger a unos cuantos negros conversos para que la dirigieran y adentrarse él hacia nuevas tribus y tierras que explorar.

Cada paso adelante llevaba al intrépido cruzado a emocionantes y peligrosas aventuras. Siempre al frente de su caravana, saludaba impávido a los miembros de tribus que nunca habían visto a un blanco, les daba telas, cuentas de adorno y herramientas a cambio de su amistad, y luego se dedicaba a atender a los enfermos. Una vez aceptado como amigo, se quedaba a trabajar en la tribu por espacio de semanas o meses.

Los domingos por la mañana reunía a los indígenas a su alrededor y les predicaba. Con gran resolución predicaba sus mensajes evangélicos en los más variados y difíciles dialectos. Es posible que al principio los asombrados indígenas no comprendieran sus palabras, pero sabían que aquel hombre era bueno, y que el Dios de que hablaba debía ser bueno también.

Una y otra vez salvó su vida por lo que él creía que era intervención divina. En Mabotsa, un león furioso lo atacó y le desgarró el brazo izquierdo. Un joven converso —a quien Livingstone había escogido para que fuera su primer director de una de sus escuelas— hizo frente al león, atrayéndoselo a sí mismo hasta que pudo ser dominado. A partir de entonces, Livingstone no pudo levantar el brazo más arriba del hombro sin que le doliera.

Su resistencia y su desprecio al peligro se hicieron legendarios. Cierta vez llegó a una tribu de Bakaa poco después de que los gue-

rreros de la misma habían dado muerte a un comerciante árabe y a todos sus porteadores. Livingstone comió con el jefe de la tribu, le hizo regalos y luego se fue a su choza, donde se echó a dormir. Al día siguiente escribió en su diario que le había producido un gran placer decirles a aquellos asesinos cómo quedarían limpios de pecado.

La asistencia médica era parte indispensable de su labor apostólica. Diariamente demostraba la eficacia de la quinina en el tratamiento del paludismo. Durante los primeros cinco años de trabajo, él mismo sufrió treinta y un ataques de fiebre. Sin quinina no hubiera podido sobrevivir. Con ella devolvió la vida a familias y tribus enteras.

Las hazañas de Livingstone como explorador corren parejas con las de los más grandes descubridores de todos los tiempos. Exploró una tercera parte del inmenso continente –desde la ciudad de El Cabo hasta casi el ecuador y desde el Atlántico hasta el océano Índico–, con lo cual hizo accesible una parte de la superficie terrestre más extensa que la descubierta por ningún otro explorador. Trazó mapas de todas las regiones descubiertas y envió informes detallados a la Real Sociedad Geográfica de Londres.

Fue el primer europeo que llegó al gran lago Ngami. Descubrió las magníficas cataratas, dos veces más altas que las del Niágara, a las cuales llamó "Cataratas de Victoria", en honor a su reina.

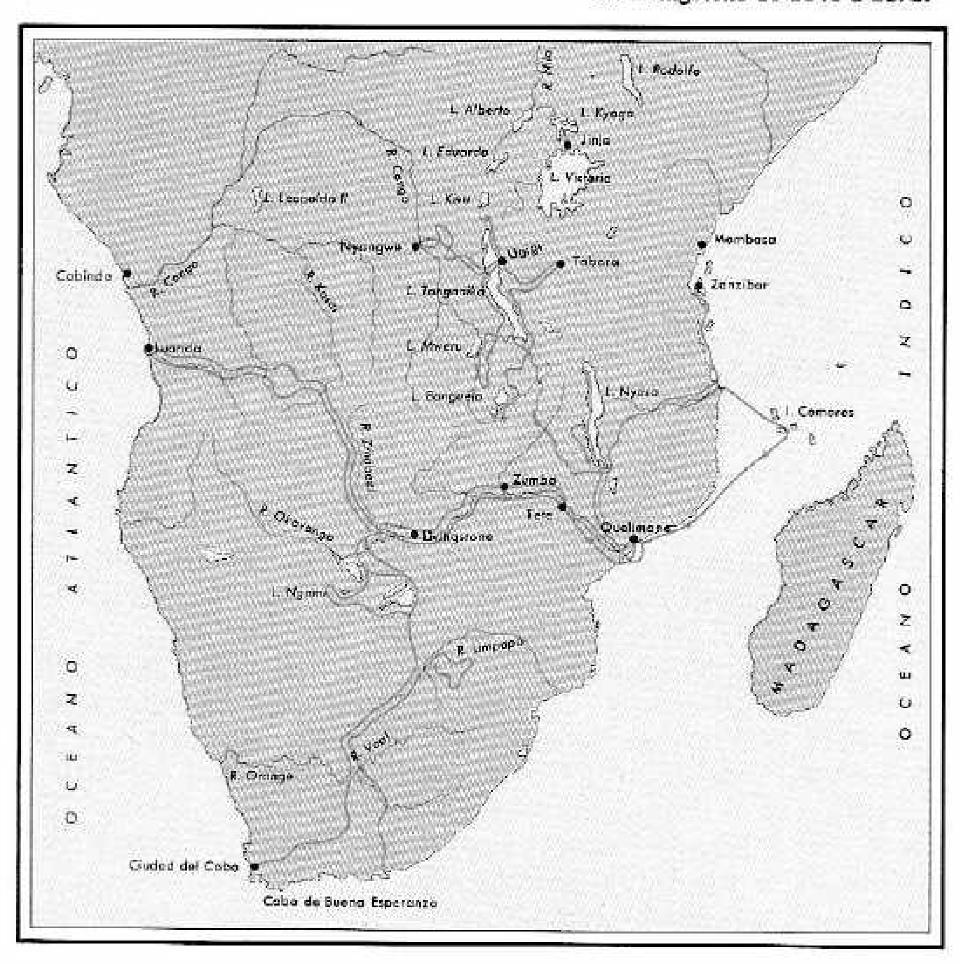
Cuando los esposos Moffat regresaron a África, Livingstone se casó con Mary, la hija de Robert. Nacida en África, ésta estaba habituada a las penalidades y peligros de la selva y el desierto, y compartió animosamente los riesgos que implicaba el trabajo de su marido y le prodigó sus cuidados en muchas enfermedades.

Los esposos Livingstone construyeron el único y verdadero hogar de su vida en Kolobeng. En el trascurso de seis años nacieron allí cuatro hijos. Cuando repetidas enfermedades pusieron en peligro la vida de Mary y de los niños, Livingstone llevó a su familia a la ciudad El Cabo, donde los embarcó con destino a Inglaterra y les prometió reunirse con ellos en el término de unos pocos años. De regreso en Kolobeng halló que los bóers habían asaltado la misión, robado los muebles, quemado muchos de sus libros, cerrado la escuela y aterrorizado a los indígenas conversos que lo ayudaban. Era una advertencia de las autoridades de África del Sur para que pusiera fin a la agitación que venía promoviendo contra el tráfico de esclavos.

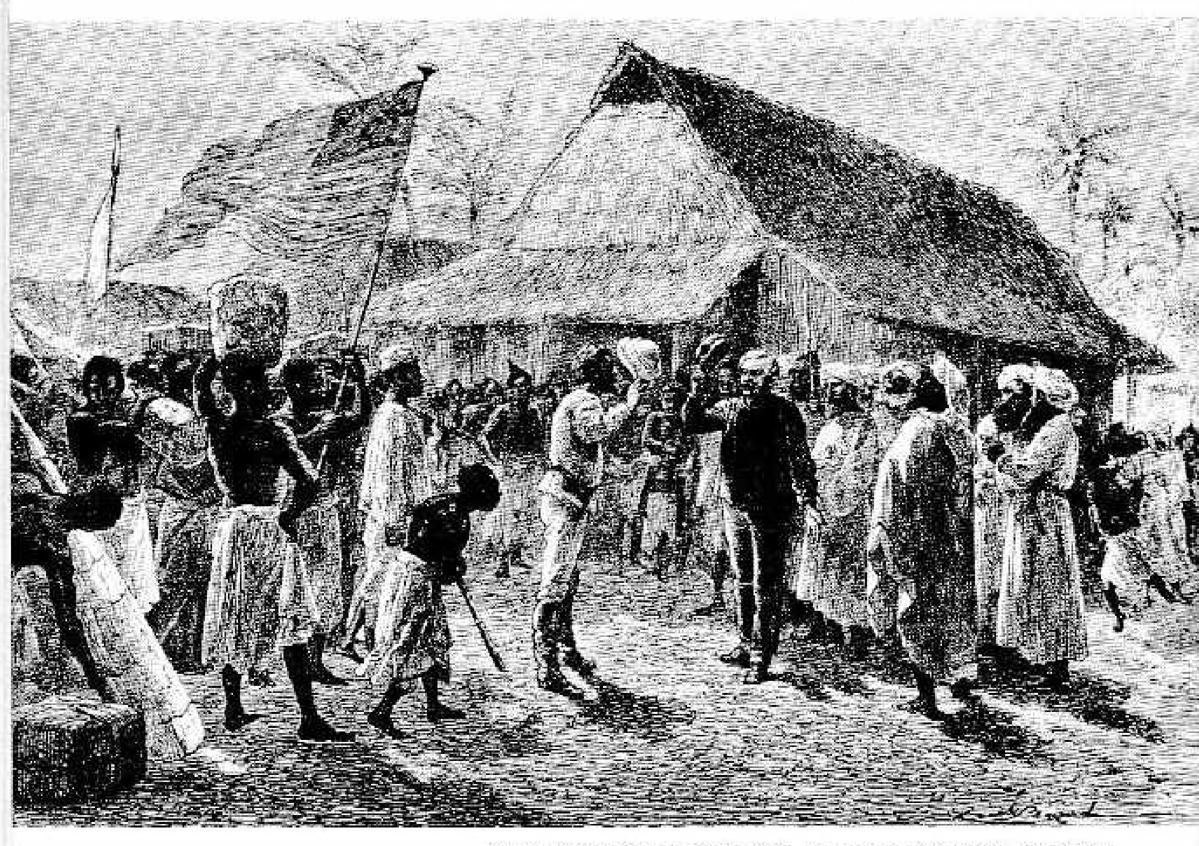
Livingstone contestó con su acostumbrada impavidez: continuó denunciando la esclavitud en cuantas ocasiones tuvo y escribió cartas pidiendo al gobierno británico que contribuyera a acabar con el infa-

me tráfico. Espoleado por la misión que se había impuesto, llevó a cabo la increíble hazaña de abrir un camino hasta la costa occidental y regresar de nuevo al interior en el espacio de cuatro años.

Luego hizo la primera visita a su patria con el objeto de ver a su familia y escribir el primero de sus libros: *Viajes misionales*. Para Livingstone fue motivo de asombro encontrarse trasformado en un hombre célebre. El príncipe consorte le concedió audiencia; los científicos lo llamaban para celebrar conferencias. El gobierno de Su Majestad autorizó una expedición para continuar las exploraciones, y



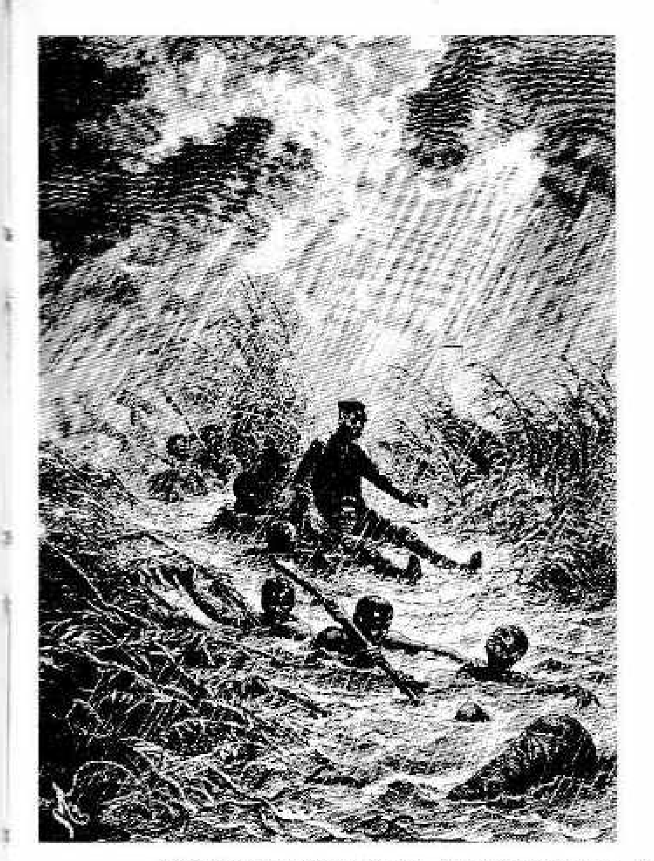
Itinerario de las exploraciones de Livingstone de 1840 a 1873.



En la Colección Municipal de Impresos Bertarelli, de Milán, figuran estos tres grabados del libro "El último diario de Livingstone" (1866-1873). A la izquierda: Encuentro de Stanley y Livingstone en Ugigi, el 10 de noviembre de 1871; en el centro:

dio a Livingstone autoridad civil para negociar con las tribus de África. En marzo de 1858 embarcó con su esposa y su hijo menor, Oswell.

Durante los seis años siguientes, Livingstone fue más bien explorador que misionero. En una lancha de vapor, él y sus compañeros exploraron el Zambeze y otras vías acuáticas del centro y el este del África. Descubrieron el lago Nyasa, establecieron puestos misionales, escuelas y rutas comerciales. Livingstone envió a Mary a Kuruman, donde nació otra hija; un año entero habría de trascurrir antes que él recibiera la noticia. Poco después que la madre y los dos hijos se reunieron con la partida exploradora, Mary contrajo unas fiebres que le ocasionaron la muerte. Livingstone pasó días enteros junto a la




Livingstone vadeando un río desbordado a hombros de los indígenas el 24 de enero de 1873; a la derecha: el explorador, casi extenuado, recorre, el 22 de abril de 1873, el trayecto que le falta para llegar a la aldea de Ilala.

tumba de su mujer; después, hizo que su hijo y su hijita regresaran a Inglaterra.

En 1864 finalizó su expedición. Al volver a visitar las tribus con las que había trabajado años atrás, vio los frutos de su labor. Las iglesias por él fundadas prosperaban; los niños iban a la escuela, y las prácticas sanitarias eran cosa corriente. Hacía mucho tiempo que el veterano cruzado ansiaba descubrir las fuentes del Nilo, a fin de que el comercio europeo pudiera llegar desde el norte hasta el interior del África. Con tal objeto, después de hacer otra visita a su patria, emprendió, a principios de 1866, la peligrosa aventura de explorar las vertientes que alimentan el lago Nyasa y el lago Tanganika. Desde el día que Livingstone partió para aquella memorable expedición, un

solo hombre blanco volvió a verlo vivo. Tropezó con todo género de desanimadores obstáculos: estuvo enfermo gran parte del tiempo; indígenas hostiles le robaron las provisiones; muchos de sus ayudantes desertaron; las lluvias incesantes y las moscas tsetsé hicieron el viaje punto menos que imposible. En 1869, hallándose gravemente enfermo de pulmonía, Livingstone fue llevado en una camilla hasta Ugigi, poblado situado a orillas del lago Tanganika; la penosa travesía duró dos meses.

Durante más de dos años no se recibieron en Inglaterra noticias del misionero explorador. "¿Dónde está Livingstone?", se preguntaba todo el mundo. Dos expediciones de socorro se enviaron en su busca, pero ambas fracasaron, abatidas por las enfermedades que suelen azotar a las regiones tropicales.

James Gordon Bennett, hijo, que dirigía el periódico *New York Herald*, se dio cuenta de las posibilidades periodísticas que ofrecía la historia de aquel misionero "perdido" en el corazón del África. En consecuencia dio a su mejor reportero, Henry M. Stanley, el encargo de buscar a Livingstone sin poner límites al tiempo ni al dinero que ello pudiera costar.

Stanley llegó a Zanzíbar, reunió una tropa expedicionaria de 192 hombres y emprendió la marcha hacia el oeste en febrero de 1871. Solamente existían rumores acerca del sitio en que Livingstone pudiera estar. No tardaron en amotinarse muchos de los que componían la caravana. Dos de los jefes intentaron matarlo. Lluvias torrenciales inundaron los caminos. La malaria y la disentería debilitaron a Stanley. Pero, pese a todos los contratiempos, con valor digno del hombre a quien buscaba, Stanley continuó avanzando hacia el interior. El viaje había de durar nueve meses, al cabo de los cuales Stanley pudo ver recompensados sus esfuerzos.

El 10 de noviembre, los moradores de Ugigi corrieron a comunicar a Livingstone la emocionante nueva: ¡Había llegado un hombre blanco! Livingstone, escuálido, pero firme, esperó en pie a la puerta de su tienda y vio llegar, con asombrados ojos, la gran caravana dirigida por un blanco de elevada estatura que llevaba a su lado un portaestandarte con la bandera de los Estados Unidos. La gente formó en fila, a ambos lados, y Stanley avanzó por entre ellos majestuosamente hacia uno de los encuentros más dramáticos de la historia.

—¡El doctor Livingstone, supongo!

Stanley llegó en el momento preciso, pues desde hacía dos años Livingstone carecía de medicinas. Aceptó éste con gratitud la ropa

nueva y los suministros, leyó con avidez las cartas y oyó las noticias del mundo. Resucitado física y espiritualmente, recobró parte de su antiguo vigor.

Cada día pasado en Ugigi aumentaba el respeto de Stanley por el misionero, pero cuantos ruegos le hizo para que regresara a Inglaterra fueron en vano. "¡Tengo todavía muchas cosas que hacer!", respondía invariablemente Livingstone. De este modo, Stanley volvió al mundo civilizado para trasmitir una crónica que convirtió a David Livingstone en el hombre más famoso de la época.

Con una nueva caravana y provisiones adecuadas, el intrépido predicador continuó su búsqueda de las fuentes del Nilo. Pero las fuerzas volvieron a faltarle. Con increíble terquedad siguió al frente de la expedición, haciéndose llevar en camilla.

Cierta noche, hallándose en la aldea de Ilala, se sintió tan cansado que no pudo hablar. Afectuosamente, sus ayudantes lo tendieron en el catre. Poco antes del amanecer lo encontraron muerto, hincado de rodillas junto al tosco lecho, con la cabeza entre las manos entrelazadas. Era el 1º de mayo de 1875.

"¡El *Hombre bueno* ha muerto!" La noticia corrió de choza en choza, de aldea en aldea. Millares de sus conversos acudieron a rendirle el último tributo. Con manos amorosas lo prepararon para ser enterrado. Sabían que los amigos del doctor blanco querrían sepultarlo allá, en la remota Inglaterra. Utilizando procedimientos secretos embalsamaron el cuerpo, pero le sacaron el corazón para enterrarlo reverentemente en África, tierra a la que pertenecía.

Comenzó entonces la marcha fúnebre más larga de la historia. Cantando himnos evangélicos que el *Hombre bueno* les había enseñado, los nativos que formaban el cortejo iniciaron una marcha de nueve meses hasta la costa. Un buque británico llevó el cadáver desde Zanzíbar a Inglaterra. El 18 de abril de 1876, David Livingstone, que iluminó el continente negro, recibió sepultura con todos los honores en la abadía de Westminster.

La reina Victoria aclamó públicamente al misionero por su cruzada contra la esclavitud, y anunció a principios de 1880 que se habían firmado unos tratados con el sultán de Zanzíbar y otros Gobiernos prohibiendo el tráfico de esclavos por tierra y por mar. En el curso de los años, desde que el *Hombre bueno* murió, los hombres a los que él llevó la luz de la fe y de la libertad han continuado por el camino que él iluminó. El gran progreso de los pueblos africanos es un monumento vivo a David Livingstone.

EMPERADORES DEL VALS

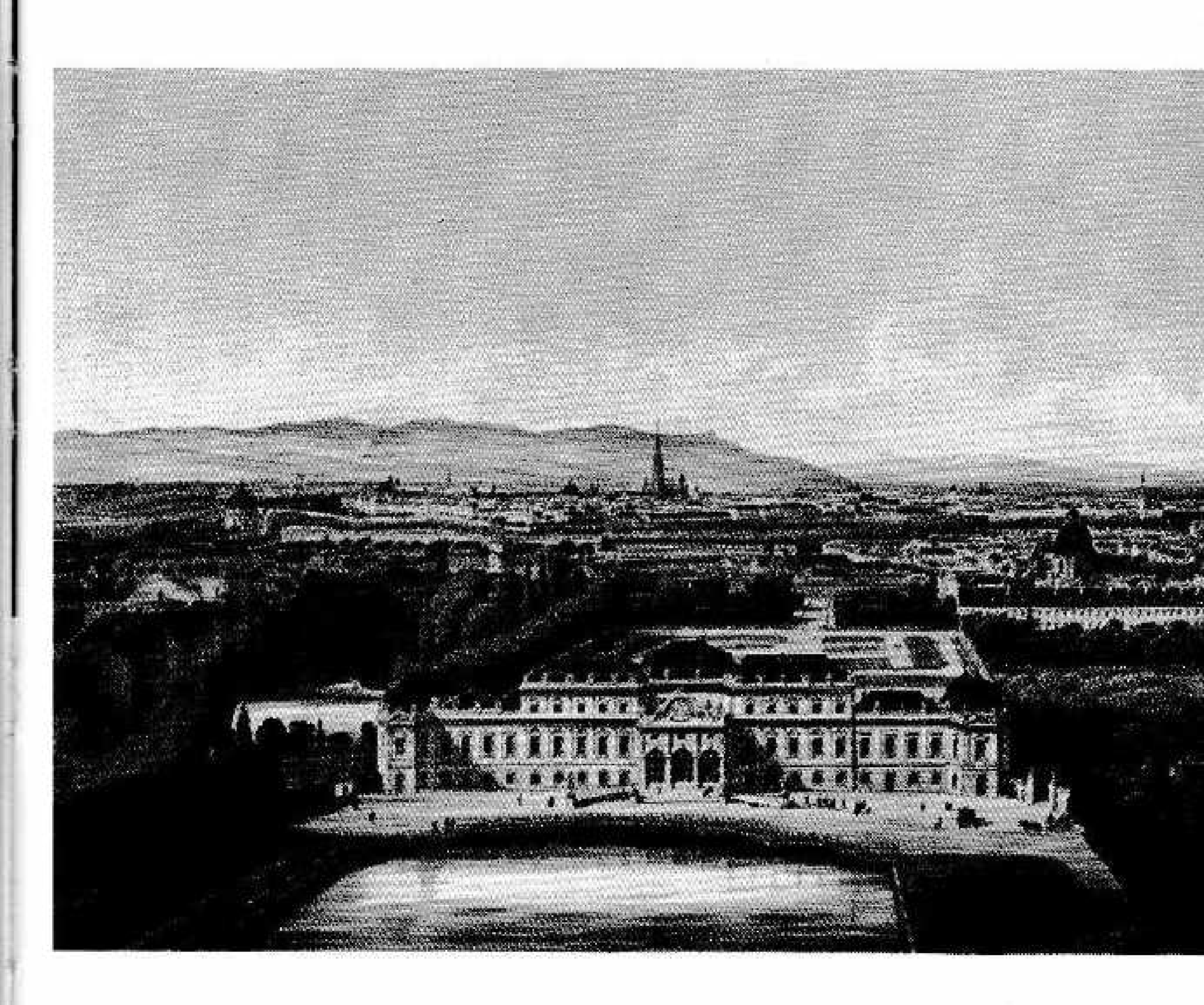
Donald Culross Peattie





De todos los ritmos bailables, ninguno resulta tan embriagador como el vals, que tuvo su glorioso apogeo hace aproximadamente un siglo.

En su origen fue una música tosca al ritmo de la cual giraban las gentes sencillas del campo, pero, de repente, el vals brilló como un diamante tallado y apasionó a la ciudad más filarmónica del



mundo, deleitando a una de las más protocolarias cortes europeas. Tan deslumbrante triunfo fue obra del genio musical de un padre y un hijo, ambos llamados Johann Strauss. Aun hoy en día, un vals de Strauss evoca el estilo de aquella Viena desaparecida, una ciudad alegre y loca, melancólica y embelesadora como el champaña.

El primero de estos compositores de música ligera nació en un barrio pobre de Viena el 14 de marzo de 1804, hijo de un matrimonio de humildes posaderos. Antes de que el pequeño enfermizo tuviese un año de edad, el padre pereció ahogado en el vecino Danubio, quizás como consecuencia de la desesperación. La madre contrajo matrimonio con otro posadero que, andando el tiempo, tomó cariño al tempestuoso rapaz de negros cabellos y ojos brillantes. Al observar cuánto le gustaba llevar el compás y hacer como si tocara el violín, el padrastro le compró uno de estos instrumentos. Inclusive en la escuela, el muchacho no se resignaba a apartar sus dedos de las cuerdas del violín. Uno de los maestros, que le escuchó, habló a los padres del talento prometedor del muchacho. Mas para aquel humilde matrimonio ser músico significaba no servir para nada útil, vagar de taberna en taberna, intercambiando alimentos por tonadas. Colocaron, pues, a Johann de aprendiz en el taller de un encuadernador.

El contrariado muchacho hizo estragos con el engrudo y el papel, se ganó azotainas, desertó del taller y, finalmente, venció toda oposición a sus deseos a fuerza de rabietas inconsolables. De este modo, a la edad de quince años, Johann se vio tocando la viola en una orquesta de músicos de ínfima categoría. Junto a su pelo negro rizado, brillaba la melena rubia de Joseph Lanner, otro joven músico. Al formar Lanner su propia orquesta, Johann se le unió. Los éxitos se sucedieron rápidamente, porque a la sazón había una gran demanda de canciones sentimentales como las que componía Lanner. Los celos surgieron entre ambos artistas al estrenarse la primera composición de Strauss bajo el nombre de su colega. Indignado, Johann dimitió, y con él se marcharon catorce de los mejores músicos de Lanner, que constituyeron así el núcleo de la primera orquesta de Strauss.

Dueño ya de su futuro, y casado con Anna Streim, joven de tez oscura y espíritu audaz, Johann sintió el acicate de la ambición. Estudió composición con un amigo de Beethoven y empezó a escribir valses, melodías llenas de una desenvoltura y elegancia nuevas en el género. Constantemente se solicitaban los servicios de su orquesta. A los veintiséis años de edad dirigía una orquesta de doscientos músicos y daba conciertos en el más hermoso salón de baile de Viena.

Toda Europa se sintió de pronto impaciente por oír sus valses regocijantes y vertiginosos. En los años siguientes, Strauss y sus músicos cosecharon triunfos en Alemania, Holanda y Bélgica. Conquistaron el entusiasmo de París; y en 1838 cruzaron el canal de la Mancha para participar en los festejos de la coronación de la reina Victoria de Inglaterra, que tenía entonces diecinueve años.

Bajo la vibración voluptuosa de las cuerdas de su violín, la sociedad victoriana vivió un romántico delirio. El vals, que tanto escándalo había causado en sus comienzos, invadió todos los salones de bailes del Imperio, y para cumplir con todos sus compromisos Strauss tuvo que recorrer el país a un ritmo tan vivo como el de los valses que incesantemente creaba.

Como embriagado por sus propios acordes, Johann estimulaba a sus músicos con su dramática ejecución; a veces se doblaba sobre el violín, a veces se erguía, siempre arrancándole notas arrobadoras. Esas actuaciones agotaban la pobre resistencia corporal del compositor. En varias ciudades trabajó aquejado de altísima fiebre. En Calais sufrió un colapso, pero se negó a descansar. En Linz, delirante, se lanzó de noche a la calle en paños menores. Por fin, casi muerto, tuvo que regresar a Viena.

Para Johann, su casa, donde la convalecencia lo recluyó, se convirtió en una prisión. Su mujer soportó su carácter violento y mantuvo silenciosos a los cinco niños para que el padre pudiera descansar. Cierto día, sin embargo, el inválido percibió como un eco de su propia música . . . , un vals de Strauss interpretado en un violín. Desconcertado (porque a los niños se le había prohibido el uso de este instrumento, aunque no el recibir lecciones de piano), el enfermo fue a ver qué ocurría. Frente a un espejo, moviéndose al compás del sonido de su violín, dando ya muestras del temperamento característico de los Strauss, su hijo mayor, Johann, interpretaba la melodía. El padre, colérico, pidió una explicación. Con serenidad, el muchacho explicó que dando clases de piano a otros jovencitos, había ganado el dinero suficiente para costearse unas lecciones de violín.

El padre, airado, guardó el instrumento, pero la madre consiguió otro al muchacho, de la colección que el padre tenía en casa. El joven Strauss fue enviado a la escuela de comercio, pero el mozalbete perturbó la institución hasta tal punto que hubo de ser expulsado. A partir de entonces, la familia Strauss se separó en dos bandos. El amargado padre abandonó el hogar y se fue a vivir con una frívola sombrerera llamada Emilie.

A pesar de todos sus éxitos, el manirroto Strauss no pudo sostener sus dos casas, y la carga del hogar legítimo cayó sobre los hombros del hijo. Mejor instruido en música y de carácter más disciplinado que su progenitor, el joven Johann, a la edad de diecinueve años, estaba preparado para presentarse en público como director de orquesta. Le ofrecieron actuar en un salón de espectáculos tan elegante como el del autor de sus días. Los periódicos, aprovechando la especie de reto entre el hijo y el padre, dieron a la presentación del joven una extraordinaria publicidad. El padre, furioso, proclamaba públicamente que deseaba morirse antes de la primera actuación de su hijo.

Desde las primeras horas de la tarde se hallaban ocupadas todas las localidades; antes de comenzar la función, hasta los corredores estaban abarrotados de espectadores en pie. El padre del principiante dirigía también su orquesta aquella noche, pero eso no impidió que su administrador preparase una partida de alborotadores para que asistieran al concierto del joven Strauss.

Pálido, firme y sereno, con los ojos brillantes, el joven inició su programa con cuatro valses compuestos por él mismo. Los silbidos y los abucheos de los perturbadores profesionales quedaron ahogados ante el mar de aplausos. Después interpretó una polka y un rigodón ajenos, y continuó con otras melodías compuestas por él. Al finalizar el concierto, sus mismos enemigos aplaudían y vitoreaban junto con los demás espectadores. Hasta diecinueve veces hubo de salir a saludar el joven compositor, triunfo artístico que su padre jamás había obtenido.

De repente, el joven Johann hizo una señal a los músicos. La sala quedó en silencio. Del escenario comenzaron a surgir los acordes de una obra no incluida en el programa: el más popular de todos los valses escritos por el viejo Strauss: *Lorelei-Rhein-Klänge*. Cuando la última nota se extinguió suavemente, todos los oyentes se pusieron de pie y aplaudieron con fervoroso entusiasmo; una ola de admiradores invadió el escenario para sacar en hombros al generoso joven.

En aquella radiante atmósfera de orgullo y emoción, el padre y el hijo se reconciliaron.

Mas en 1849, el día de un gran banquete en el cual el viejo Strauss iba a dirigir la orquesta, éste cayó enfermo de escarlatina. La familia no tuvo noticia de su estado hasta que le sobrevino la muerte, o más bien, hasta que su mujer y su hijo descubrieron su cadáver en casa de su amante. Emilie había huido con todo, inclusive se llevó las ropas de cama.

La tragedia produjo en el joven Strauss no solo pesar, sino horror; toda su vida tuvo un miedo irrefrenable a los muertos. Cuando varios años después perdió a su madre, salió de Viena y no volvió hasta después del entierro. Los negros pensamientos que lo atormentaban eran como el reverso de sus brillantes y alegres melodías. En algunos de sus valses puede percibirse, junto al júbilo del ritmo, la melancolía que el artista trataba de desvanecer entre sus chispeantes melodías. En este doble aspecto psicológico era un típico vienés de su tiempo.

Con la muerte de Johann, padre, todos los entusiastas de los Strauss de ambas facciones se unieron para aplaudir al nuevo rey del vals. La música de Johann, hijo, llegó a convertirse en un gran negocio que requirió la cooperación no solo de sus dos hermanos, Joseph y Eduard, sino la de un grupo de especialistas en orquestación y varias bandas de música bailable. Johann quedó aprisionado en una maraña de contratos. Tenía que ir de un lugar a otro de la ciudad, dirigiendo distintas orquestas durante un par de números y dejando en seguida el estrado a uno de sus hermanos. Se convirtió en algo raro en aquellos tiempos, un músico rico, y por tanto hubo de correr todos los peligros del triunfo . . . , de los cuales lo salvó un matrimonio afortunado.

Henrietta Treffz, diez años mayor que Johann, era una mujer de noble corazón, cabeza firme y profundos conocimientos musicales. Había actuado como cantante en la ópera de Dresden. Ella puso término al febril derroche de energías de Johann, quien halló en el sosiego y honda felicidad de su vida matrimonial la fuerza creadora para componer aquellos maravillosos valses que aun hoy, a pesar de haber sido repetidos millones de veces, nos continúan entusiasmando.

Sensuales, melancólicos, llenos de ritmo, jubilosos, avasalladores, estos valses no se compusieron para las salas de baile, sino para las de concierto. Hay belleza sinfónica en cada uno de ellos: *El Danubio azul, Vida de artista, Vino, mujeres y canciones, Cuentos de los bosques de Viena, El vals del emperador* . . . Por espacio de casi un siglo nos hemos regalado con sus encantadoras melodías.

En el mundo alegre y opulento de la Europa del siglo XIX, Strauss halló las condiciones más favorables para su trabajo.

Entonces llegó a sus manos el libreto de una farsa francesa que incendió al punto su imaginación inquieta e impresionable. Se recluyó, se olvidó de comer, y se dedicó a plasmar en melodías aquel tumulto de bailes de máscaras, confusión de identidades y ruidosos descorchamientos de botellas de champaña. Trabajó noche tras noche y, en un mes, terminó esa deliciosa, burlona y obsesionante música de *El*

murciélago, la más reluciente joya de aquel brillante período de la ópera ligera. Desde la noche del estreno (5 de abril de 1874) hasta el día de hoy, *El murciélago* ha relucido en los escenarios de todo el mundo y es seguro que sus deliciosos y risueños acordes arrancarán siempre los aplausos de los futuros auditorios.

Cuando aún gozaba de incomparable éxito, Johann Strauss vio frenada su carrera por el súbito fallecimiento de Henrietta, ocurrido en 1878. Se llevó la mano de su amada a los labios, en un último beso, y después, poseído de su viejo terror a la muerte, escapó de Viena, dejando a su hermano Eduard encargado de las tristes disposiciones postreras.

A las pocas semanas contrajo matrimonio, en segundas nupcias, con Angelika Diettrich, joven de bellas facciones, voz mediocre para el canto y, como pronto descubrió su marido, completamente amoral. Mucho más joven que Johann, hizo de su juventud un instrumento de tortura para él. Strauss comenzó a avejentarse; su música perdió la chispa ingeniosa de antaño. Una opereta tras otra, bajo el efecto de los horrores de su vida privada, fracasaban funestamente. Lo mejor que Angelika hizo en toda su vida por él fue huir con uno de sus amantes.

A la edad de cincuenta y ocho años, Johann se enamoró de nuevo; amor, esta vez, verdadero y bienhechor. Adele Deutsch, con quien se casó después de divorciarse de Angelika, era más bonita que ésta y tan juiciosa y fiel como Henrietta. Devolvió a Johann su juventud, su alegría y su arte. En estos años, Strauss volvió a encontrar el camino de la fama con *El barón gitano*, opereta aún más melodiosa y amena que *El murciélago*. Esta obra, de ambiente húngaro, cuajada de ritmos magiares, hizo más para unir la monarquía austro-húngara que lo que habían logrado las bayonetas y el espionaje de Francisco José en treinta y siete años de dominación.

Strauss era ya el rey, no solamente del vals, sino de todo el reino de la música ligera que se extendía por dos continentes. En mayo del último año de aquel brillante siglo XIX se esparció por Viena la noticia de que el amado compositor se hallaba enfermo. La orquesta Strauss daba un concierto en la noche del 3 de junio cuando se abrió paso hasta el estrado del director un mensajero que entregó a éste una nota. El director la leyó, impuso silencio bruscamente a la orquesta... y comenzó suavemente, a toda orquesta, con las cuerdas asordinadas en señal de duelo, a interpretar *El Danubio azul*... El pueblo de Viena comprendió.

LA VIUDA DE WINDSOR

André Maurois

Victoria fue, al mismo tiempo, reina de Inglaterra, emperatriz de la India y abuela sencilla y cuidadosa, que se preocupaba de las enfermedades de los vivos y recordaba los aniversarios de los muertos. A sus ojos, los reinos de Europa eran simplemente fincas de la familia. Emparentada con las casas reales de Alemania, Grecia, Rumania, Suecia, Dinamarca, Noruega y Bélgica, hallaba poca diferencia entre sus relaciones personales con los monarcas y las de la Gran Bretaña con las naciones extranjeras. En 1899, a la edad de ochenta años, continuaba siendo, por encima de todo, una mujer, y para ella la historia de su época era la de su propia vida. Cuando por el conflicto de Siam, Francia e Inglaterra parecían a punto de declararse la guerra, y mientras la Reina se encontraba en Niza, ésta escribió a su primer ministro lo siguiente: "Espero, por razones nacionales, que la crisis pueda ser conjurada; asimismo . . . , en lo personal sería muy penoso para mí tener dificultades con un país en el cual estoy ahora residiendo."

Victoria se identificaba con sus súbditos. Protestó, llena de ira, cuando un magistrado del tribunal de Hacienda pidió que se elevase el impuesto sobre la cerveza que bebía "*su* gente". Por "*su* gente" quería decir, principalmente, la clase media que había crecido durante su reinado, pues fue en esta época cuando Inglaterra se convirtió en una potencia industrial y conquistó todos los mercados del mundo. Ni la clase trabajadora, ni los agricultores estaban al alcance de su vista. Distribuir en su palacio de Balmoral enaguas a mujeres ancianas que cogían su mano y pedían que las bendiciones divinas recayeran sobre ella, era "muy conmovedor"; pero en su imaginación solo existía una vaga idea de las mujeres miserables que vivían en los barrios pobres de Londres. Quedó sorprendida cuando por primera vez se eligió a miembros del Partido Laborista para ocupar un escaño en la Cámara de los Comunes, y los invitó al castillo de Windsor para que le fueran presentados. Según anotó luego en su diario, esto "los halagó mucho".

Las virtudes y los gustos de la clase media eran los suyos propios y aludía a la aristocracia con un deje de desprecio, llamándola "la clase



La reina Victoria, casi octogenaria, en un cuadro de Berthan Mueller que se conserva en la Galería Nacional de Retratos de Londres.

alta". En ocasiones comparaba la nobleza inglesa con la de Francia en vísperas de la Revolución, y creía que el amor a los placeres de aquella capa social sería su ruina. En 1900, cierta joven norteamericana, al describir a Londres en una carta a su familia, expresó: "La reina Victoria no se muestra en sociedad." Era verdad. La alta sociedad se quejaba de la vida retirada que llevaba la "viuda de Windsor". La Corte había cesado de ser el centro de la vida elegante. Las ideas de la reina Victoria respecto de las bellas artes eran las mismas de la clase media. Durante un tiempo se negó a escuchar la música de Wagner: "¡Es verdaderamente incomprensible!", declaró. Cuando sus consejeros le dijeron que aquella era "la música del futuro", dijo: "Me aburre el futuro. Y no quiero saber nada más de ello."

Nunca dio importancia a la impresión que causaba en los demás. Como no le gustaban los servicios religiosos prolongados, a veces, en la iglesia, escandalizaba al pastor al levantar el abanico para indicar que el sermón se alargaba demasiado. En cierta ocasión alguien refirió la opinión que de la Reina tenía un embajador recientemente presentado a ella. "¡Dios mío! –dijo–, no pensé en ello. De cualquier forma

no viene al caso. Lo verdaderamente importante es lo que yo pienso de él."

Aquella seguridad excesiva la hacía parecer completamente natural. Era pequeña y gorda y, según el artista Von Angeli, tenía el aspecto de una pequeña seta; a pesar de todo, poseía una majestad extraordinaria. Sus ojos azules, algo saltones, tenían una mirada joven y sus gestos eran atractivos, incluso en la vejez. Su risa era sincera y la voz agradable. No pretendía ser ingeniosa, ni tampoco poseer una amplia cultura, pero su sentido común era extraordinario. "Siempre estuve convencido de que al conocer la opinión de la Reina –dijo *lord* Salisbury– sabría con bastante certeza la actitud que adoptarían sus súbditos, sobre todo los de la clase media."

La Reina tenía la manía de la puntualidad y le gustaba que sus días fueran ordenados y sin interrupciones. Todas las mañanas, a las nueve y media, salía en su coche abierto tirado por un caballito que conducía ella misma. Junto al coche caminaba una dama de compañía que le notificaba todo lo que había ocurrido en palacio. Los detalles pequeños le interesaban tanto como los asuntos de Estado. Si el día anterior, alguna joven dama de compañía había estado en Portsmouth, la Reina tenía que saber si había regresado y si había habido mar gruesa. Se detenía ante la puerta de algunas casas para preguntar por los enfermos, y si tenía la suerte de tropezarse con un organillero, paraba su coche y hablaba con él, preocupándose por la salud de su mono. Se ocupaba de todo: del ascenso del director de la banda de música, de la grabación de uno de sus discursos, que deseaba enviar a la reina de Etiopía, del telegrama dirigido al general Li Hung Chang.

La cantidad de documentos que tenía que firmar por su propia mano era enorme. Obligaba a sus secretarios a estar continuamente dispuestos a atenderla. *Sir* Arthur Biggs, su secretario particular, tenía que pedir autorización especial para ir de Windsor a Londres. Si el emisario de la Reina no había traído a *sir* Arthur en el preciso momento que ella lo llamaba, éste encontraría una nota en su mesa con el mensaje siguiente: "La Reina desea saber por qué *sir* Arthur no estaba en su oficina."

La reina Victoria nació el 24 de mayo de 1819, y ascendió al trono a la edad de dieciocho años; reinó más tiempo que ningún otro soberano de Europa. Durante su reinado, Francia conoció dos dinastías y una república; España, tres monarcas; Italia, cuatro reyes. La celebración de su sexagésimo aniversario como reina, en 1897, se comparó a un desafío que lanzó Inglaterra a todas las naciones del mundo. Bien

la podían envidiar, pues Inglaterra era un mundo por sí sola. De todos los dominios y colonias se enviaron tropas británicas y nativas a Londres. El desfile en su honor fue como una triunfal marcha romana. Victoria escribió en su diario: "No creo que nadie haya recibido una ovación tan grande como la de que yo he sido objeto."

Aquel día de junio de 1897, día de magnificencia, júbilo y lágrimas de felicidad, fue la cúspide de su reinado, y quizá la cima del poder británico. Solo tres años después de este día glorioso, dos pequeñas repúblicas de granjeros en la punta meridional del continente africano mantenían a raya al más poderoso imperio del mundo. Al comenzar la guerra de los bóers, los londinenses se rieron por lo desigual de la lucha. Pero las noticias que se recibieron durante el año 1900 no eran halagadoras, y nadie sufrió más que la Reina, que tenía entonces ochenta y un años de edad. Sin embargo, seguía pareciendo incansable: escribía a generales y soldados, despedía a regimientos que marchaban al frente y visitaba a los heridos en los hospitales. Nadie había querido menos esta guerra que ella. Pero en Alemania y en Francia los periódicos la atacaban de la manera más injusta.

Al desembarcar de su yate *Alberta*, el 18 de diciembre, después de una visita a Irlanda, las personas que la observaron quedaron asombradas del gran cambio sufrido desde el año anterior. No era ya la dama pequeña y regordeta, casi guapa, que se había paseado por Londres el día de su aniversario. Su única enfermedad era la vejez y el cansancio extremo que había acumulado durante aquel año. Su hijo, el príncipe de Gales, fue llamado urgentemente. Otro hijo, el duque de Connaught, que por casualidad estaba en Alemania, enseñó a su sobrino, el emperador Guillermo II, el telegrama en que se avisaba que la Reina estaba muriendo. "Le indiqué —cuenta el príncipe von Bülow, el canciller alemán— que sería mejor esperar y ver qué curso tomaba la enfermedad. El Emperador contestó, algo impaciente, que se trataba de la vida de su querida abuela y que tenía la firme intención de verla de nuevo."

Las relaciones entre los dos países no habían sido cordiales desde el famoso telegrama del Kaiser al presidente de los bóers, Kruger, dándole la enhorabuena por rechazar un ataque inglés. Sin embargo, el 22 de enero, el emperador alemán y el príncipe de Gales avanzaban juntos por tierra inglesa. Por primera vez en su vida, el emperador de Alemania y rey de Prusia era popular en Inglaterra. Le escribió a la emperatriz una carta en la cual comentaba que la gente de Londres había llorado de alegría la noche que supieron que él estaba con su

abuela; ésta había sido una de las pocas personas que verdaderamente lo quiso.

Cuando Victoria falleció, en su residencia de la isla de Wight, toda Inglaterra se vistió de luto. Fue imposible comprar un pedazo de tela negra en todo Londres. Para el funeral, barcos de guerra y cruceros estaban anclados en doble fila a lo largo de la ruta que recorrería el yate *Alberta*, portador de los restos de la Reina. Las bandas de música de los barcos tocaban la *Marcha fúnebre* de Chopin. Los cañones disparaban salvas. Era una magnífica escena: los casi trece kilómetros de mar llenos de barcos de guerra, los marinos con las cabezas inclinadas y los fusiles invertidos en señal de duelo; las bocanadas rojas que salían de los cañones y, entre las salvas, las notas melancólicas de Chopin.

Cuando su hijo, el nuevo monarca, subió a bordo del yate real, encontró la bandera a media asta, y preguntó al comandante qué significaba aquello:

"La Reina ha muerto, Señor", le contestó el oficial.

"Pero el Rey está vivo", dijo Eduardo VII, y mandó izar la bandera. El telón caía sobre un siglo de historia.

Después del entierro, el Kaiser permaneció unos días en Inglaterra. Cuando llegó el momento de su partida, su buena voluntad había reconquistado a los ingleses, pueblo sumamente sensible. Pero los alemanes estaban furiosos porque había condecorado con la Orden del Águila Negra al vencedor de los bóers mariscal de campo *lord* Roberts. En lo personal, el Emperador continuó bajo el influjo de Inglaterra durante mucho tiempo después de regresar a su país.

La vida de la capital siguió su curso. Un joven oficial llamado Winston Churchill, en un almuerzo con un viejo político, *sir* William Harcourt, le preguntó: "¿Qué pasará ahora?"

"Mi querido Winston —le contestó *sir* William—, la experiencia de mi larga vida me ha convencido de que nunca pasa nada."

Efectivamente, durante los últimos sesenta años no había pasado nada. La Reina había reinado, había firmado, amado y envejecido. El Imperio se había hecho más poderoso y más unido. La riqueza de Inglaterra era cada vez mayor. Se había duplicado la población. Pero en pocos meses, todo cambió. En enero de 1901, la Reina había muerto, y un nuevo piloto llevaba el mando de la nave. Los granjeros africanos desafiaban al Imperio. Todas las familias inglesas recibían cartas de hombres que luchaban en el frente: "No hay señal de que esto termine; estamos muy lejos del final." Todo el país se preguntaba con ansiedad, lo mismo que el joven Winston Churchill, "¿Qué pasará ahora?"

APÓSTOL DE CALIFORNIA

Donald Culross Peattie

—Padre, con la pierna en tal mal estado no puede seguir adelante. Mañana temprano lo llevarán a San Francisco; allí podrá descansar.

El que así hablaba era don Gaspar de Portolá, gobernador militar de aquella zona y jefe de una expedición que se dirigía, por el oeste, hacia las tierras más lejanas de los futuros Estados Unidos. Efectivamente, la llaga que se extendía sobre el muslo del padre Serra se había infectado, y el franciscano sufría terribles dolores. Sobreponiéndose, fray Junípero contestó:

—Volver, jamás. Si muero, señor gobernador, que me entierren junto al camino, pero regresar, nunca.

El corazón de fray Junípero latía con fuerza. ¡Si su pierna estuviera tan fuerte como su espíritu! Al acampar aquella noche llamó al arriero y le preguntó si conocía algunas hierbas medicinales o algún emplasto que pudiera dar alivio a su pierna. El arriero replicó:

—Padre, yo no he curado más que caballerías; mataduras de borricos y de mulas.

—Pues, hijo, hazte cuenta de que yo soy una bestia y que esta llaga es una matadura y dame el mismo medicamento que aplicarías a uno de tus animales.

El mulero así lo hizo, y a la mañana siguiente, el padre Serra despertó, para asombro de todos, muy aliviado de sus dolores.

El 16 de julio de 1769, la expedición llegaba a la hermosa bahía de San Diego, donde el padre franciscano dijo misa y fundaría, al pie de una tosca cruz, la primera de las veintiún misiones californianas conocidas con el nombre afectuoso del Rosario del Padre Serra. Lo que no podían sospechar los escasos testigos de aquella ceremonia

—varios frailes franciscanos, algunos soldados y un puñado de indios— era que en aquel preciso momento estaban asistiendo más que a los primeros pasos de una organización misional, a la verdadera fundación de California, tierra que durante cerca de dos siglos había sido desdeñada por inaccesible.

Tal vez inclusive con más claridad que el propio Gaspar de Portolá, el padre Serra adivinó las inmensas consecuencias de aquella empresa. En la aridez del desierto abrasado por el Sol, rodeado de indios hostiles, viendo a los hombres morir a causa del escorbuto, el humilde padre franciscano soñó una tierra resplandeciente de naranjos y limoneros, cubierta por un mar de doradas espigas y habitada por cristianos pacíficos.

Fray Junípero Serra nació en la villa mallorquina de Petra, en la falda del monte Boñay, el día 24 de noviembre de 1713. Sus padres, labradores humildes y devotos, bautizaron al niño con los nombres de Miguel José.

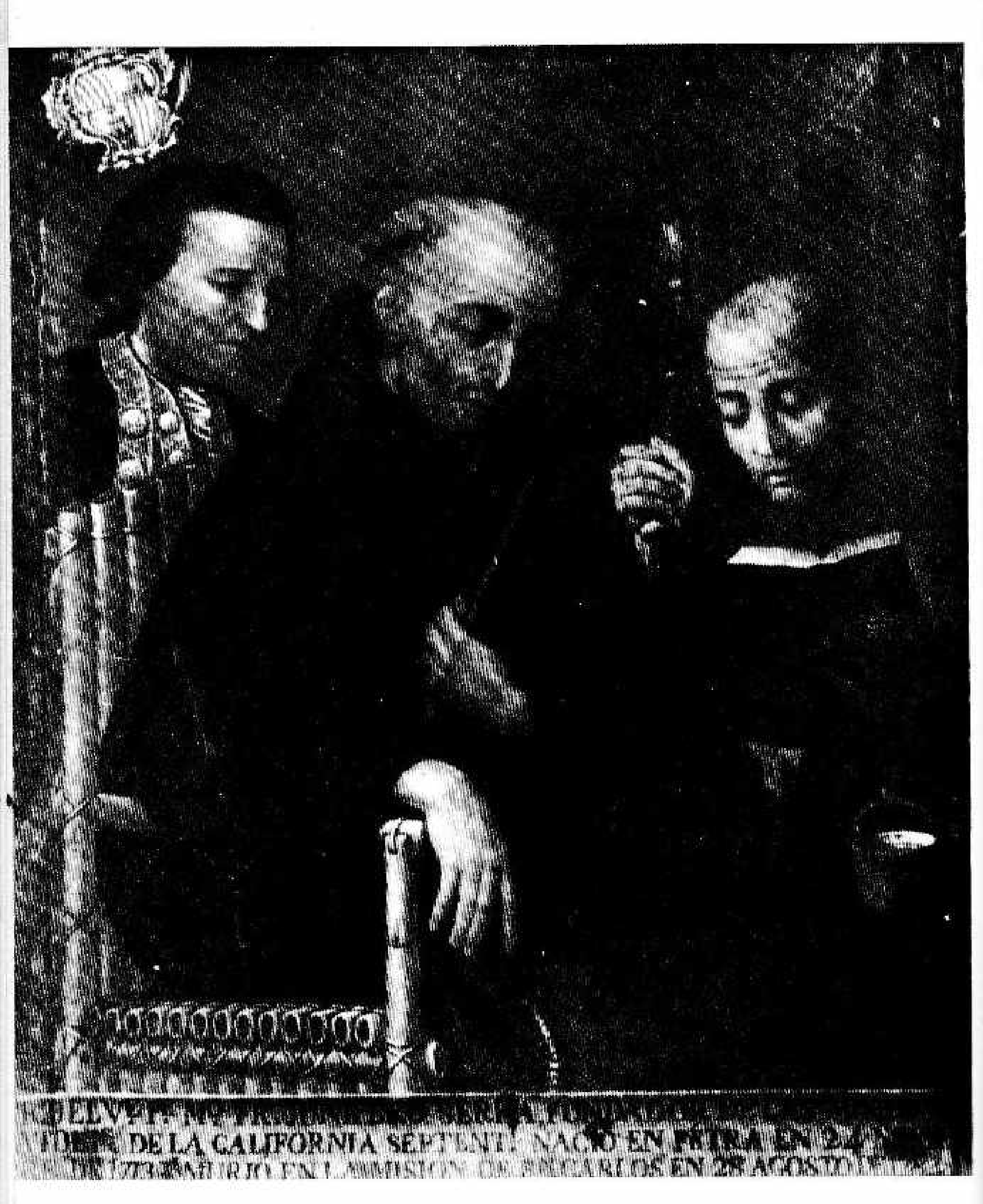
Desde su primera infancia mostró vocación religiosa. Visitaba frecuentemente el convento de San Bernardino, y se hizo amigo de los frailes que vivían en él. Muchos días subía a la cumbre del monte Boñay, donde se alzaba un santuario, y pasaba horas enteras arrodillado ante una imagen de la Virgen.

A la edad de dieciséis años tomó el hábito franciscano en el convento de Jesús, en la ciudad de Palma. Tras un año de noviciado, pronunció sus últimos votos y cambió su nombre por el de Junípero, en recuerdo del compañero de San Francisco.

De su primera época en el convento no tenemos muchos datos, aunque, según referencias, era un predicador de fácil y elocuente palabra. Se cuenta que con motivo de una plática acerca de Raimundo Lulio en la universidad de Mallorca, uno de los catedráticos que lo escuchaba, dijo conmovido: "Este sermón es digno de ser impreso en letras de oro."

Próximo ya a los cuarenta años, el padre Serra vio colmada su ambición de evangelizar tierras lejanas. El 28 de agosto del año 1749, un galeón levaba anclas del puerto de Cádiz con destino a Veracruz. A bordo de él viajaban el padre Serra y fray Francisco Palau, compañero entrañable y autor de la más completa y fidedigna biografía del colonizador de California.

Durante dieciséis años, fray Junípero predicó la palabra de Dios y estableció misiones en tierras de Puerto Rico y México y, finalmente, en 1767, cuando el franciscano tenía cincuenta años de edad, inició la


DE LA CALIFORNIA SEPTENT. NACIO EN PETRA EN 24

obra más importante de su vida, a lo largo de diez mil kilómetros, en las tierras casi inexploradas de California.

El gobierno del rey Carlos III de España, temeroso del avance ruso por la costa del Pacífico, encargó al capitán Gaspar de Portolá la exploración y defensa de la Alta California. La misión de los padres franciscanos en esta empresa consistía en evangelizar y pacificar a los indios.

El padre Serra, a quien se encargó la embajada espiritual, creía honradamente que aquellas nuevas tierras pertenecían a los indios; inclusive las edificaciones de las misiones estaban destinadas a ser suyas, así como el ganado, las granjas y los productos de la organización misional, que los franciscanos se limitarían exclusivamente a administrar, puesto que su regla les imponía la total renuncia a los bienes materiales.

A los pocos meses de fundada la misión de San Diego, llegó a dicho lugar una expedición que, por tierra, había intentado en vano encontrar la bahía de Monterrey. Con la llegada de los nuevos soldados, la situación ya difícil en virtud de la escasez de alimentos, se hizo insostenible. Por otra parte, la mayoría de los franciscanos y soldados que ya se hallaban allí, estaban enfermos de escorbuto.

El gobernador Gaspar de Portolá examinó a los enfermos que tenían la piel de un color negro azulado y las encías hinchadas y sangrantes y dispuso que todos abandonaran aquellas tierras inhóspitas de California para regresar a México, por mar. Fray Junípero se opuso respetuosamente y suplicó al Gobernador que demorara la orden hasta que él terminara una novena a San José. La noche del 19 de marzo de 1770, festividad de San José, entraba en el puerto de San Diego el navío *San Carlos*, portador de medicinas, alimentos frescos y todo cuanto necesitaban los expedicionarios.

¡La misión se había salvado!

Al año de su llegada a California, el padre Serra fundó, casi a 650 kilómetros de donde fundara la primera, la misión de San Carlos Borromeo, en la costa montaraz de la bahía de Monterrey. Un año después, el infatigable franciscano se adentró, cierto día de calor abrasa-

Reproducción de un retrato de Fray Junípero Serra,
fundador y colonizador de California,
que se conserva en la
Galería de Hijos Ilustres de Mallorca.

dor del mes de julio, por un valle situado en las montañas de Santa Lucía, que estaba poblado de robles. Colgó de un árbol añoso la campana que llevaba consigo y empezó a hacerla repicar. Viendo que nadie acudía, se puso a gritar:

—¡Venid, gentiles: acudid a la Santa Iglesia! ¡Venid a conocer la fe de Cristo!

No había un solo pagano a la vista, pero los tañidos de la campana penetraron en la espesura del bosque y, al cabo de un rato, apareció un indio. Asustado, pero curioso, vio cómo el padre Serra celebraba misa ante una tosca cruz que él mismo había levantado. Antes de irse, recibió, complacido, los regalos del franciscano. Poco después regresó, acompañado de gente de su tribu.

Los nativos se encariñaron con el fraile, que empezó a aprender la lengua indígena. Los desnudos pieles rojas unieron muy pronto su esfuerzo al de los hombres del tosco sayal y todos juntos levantaron la rústica morada de la misión de San Antonio de Padua.

Rústica morada, en verdad, porque las iglesias de aquellos primeros años de valerosa lucha distaban mucho de ser las bellas construcciones de las misiones actuales, con sus muros de dos metros de espesor, puertas artísticamente talladas, techos de pintadas vigas, fuentes rumorosas, jardines alegres, campanas musicales y claustros de grata frescura. Así eran las misiones con las que soñó el padre Serra, pero rara vez alcanzó a ver alguna terminada. Las primeras misiones que fundó eran sencillos albergues de ramas y juncos; las actuales se levantan cerca de los lugares donde el padre y sus sucesores clavaron la Cruz; porque la elección de su emplazamiento no fue hija del capricho. Antes bien, el franciscano comprendió que elegía lugares destinados a futuras colonias, y puso cuidado en escogerlos donde había abundante agua, suelo fértil y clima benigno, próximos a bosques que proporcionasen madera para la construcción y cercanos a la carretera de la costa que tuvo el acierto de adivinar. En los emplazamientos que escogió fueron fundándose las ciudades de San Diego, Los Ángeles, Monterrey y San Francisco. De las nueve misiones fundadas por él, solamente una, la de San Antonio, no ha visto nacer una ciudad en sus alrededores.

Ya llevaba el padre Serra tres años en California y había fundado cuatro misiones, cuando hicieron crisis varias causas latentes de descontento. Los nuevos dominios no daban rendimiento inmediato en rentas ni en conversiones; las colonias resultaban más costosas que el bajo precio calculado de antemano. Todos los objetos y casi todos los alimentos tenían que traerse desde enormes distancias a bordo de pe-

queños veleros. Los indios, indignados por el trato que algunos soldados poco escrupulosos daban a sus mujeres, se vengaban con flechazos e incendios.

Tanto el Virrey de Nueva España (México) como el superior de los franciscanos, que residía en la ciudad de México, parecían dispuestos a retirarse. Ante la difícil situación, fray Junípero Serra decidió marchar a la capital —casi cuatro mil kilómetros entre ida y vuelta— para salvar del fracaso las misiones de California. No podía aducir en favor de la continuación de su empresa ganancia alguna material, y el fruto espiritual logrado era bien poco. Cuanto el padre Serra tenía en favor suyo, era su espléndida visión del futuro y la fe que su sinceridad infundía.

Consiguió cuanto quiso: autorización para fundar otras misiones; nuevas sumas de dinero; un camino por tierra a California, y la inmigración de más colonos, principalmente de familias y de mujeres que pudieran casarse con los soldados. Persuadió al Virrey y al superior, que pretendían poner punto final a las misiones, a invertir en ellas más gente y más dinero. Luego regresó a California para fundar la misión de Dolores, en lo que hoy es la ciudad de San Francisco, la bellísima de San Juan de Capistrano, en las colonias próximas a San Diego, la de San Luis Obispo y la de San Buenaventura.

A los setenta años de edad, después de haber confirmado a más de cinco mil conversos, el noble padre Serra, sintiendo que las fuerzas no tardarían mucho en fallarle, emprendió a pie la visita de las nueve misiones que había fundado, desde la de San Diego a la de San Francisco. En todas ellas se despidió de los apenados franciscanos y los llorosos indios.

A las dos de la tarde del día 28 de agosto de 1784 falleció fray Junípero Serra en la misión de San Carlos Borromeo, más conocida por Misión de Carmelo. A su lado se encontraba su inseparable compañero fray Francisco Palau.

El tañido de las dos campanas de la misión atrajo a los afligidos indios hasta ella y cubrieron de flores silvestres el ataúd de pino del apóstol de California.

Los franciscanos, en su labor evangelizadora y colonizadora, enseñaron a los indios más de cincuenta oficios, desde el de carpintero y cantero, hasta el de pastores, pasando por el de zapateros, carreteros y vaqueros. A las indias les enseñaron a tejer, a producir vasijas, sebo, cueros. Plantaron naranjos, limoneros, olivos, almendros, nogales, higueras, palmeras y parras. Araron extensos campos en los que sem-

braron trigo, cebada, maíz y avena. Sus obras trasformaron la región.

Los sucesores del padre Serra crearon sistemas de riego, represaron ríos y construyeron embalses y acueductos. Utilizaron el agua para mover molinos de grano y aceituna. Inclusive algunos de los sistemas hidráulicos que instalaron los discípulos de fray Junípero se siguen utilizando parcialmente en pueblos y fincas californianas hoy en día.

Las misiones, separadas aproximadamente por una jornada de viaje, fueron hospitalarios albergues para los viajeros de la época. Limpias, tranquilas, frescas, al amparo de la hostilidad de los indios, debieron parecer refugios celestiales a la gente fatigada que llamaba a sus puertas. Los discípulos de fray Junípero agregaron doce a las nueve fundadas por su maestro.

El emplazamiento de las misiones decidió en gran parte el trazado del camino real, que comenzó siendo un sendero hecho por los activos franciscanos y dejó luego paso a autopistas y líneas férreas.

En los tiempos de los sucesores del padre Serra —que fundaron doce misiones más—, las iglesias misionales comenzaron a tomar el aspecto que ofrecen hoy las mejor conservadas. Los franciscanos, que no eran arquitectos avezados, hubieron de resolver los problemas de la construcción y los artísticos tal y como se les iban presentando. Una triste experiencia les enseñó que las paredes de adobe o piedra se desplomaban fácilmente con un ligero terremoto. De ahí los muros de dos metros de espesor, sostenidos por contrafuertes. Los incendios obligaron a los padres a enseñar a los indios a hacer tejas para sustituir las techumbres de paja.

Las campanas, que se han convertido en el símbolo de las misiones franciscanas en California, se tocaban frecuentemente para deleite de los indios, quienes acudían a su tañido para dejar en el interior de las misiones las mejores muestras de su arte popular. La mayor parte de las primitivas puertas de las misiones están talladas con líneas profundas, paralelas y onduladas: el simbólico "río de la vida" de los indios. Frailes e indios se unieron de esta forma para crear un estilo arquitectónico y decorativo completamente original.

Con sus líneas sencillas, y sus fachadas de colores claros, las misiones encajaban armoniosamente en el marco natural donde fueron construidas, y han servido de modelo y de inspiración para el estilo que se conoce en la actualidad por californiano.

De este modo, al permitir los inteligentes franciscanos que los artistas indios expresaran a su manera su amor a Dios, nos legaron toda la belleza que el Padre Serra les había otorgado a ellos.

MAESTRO

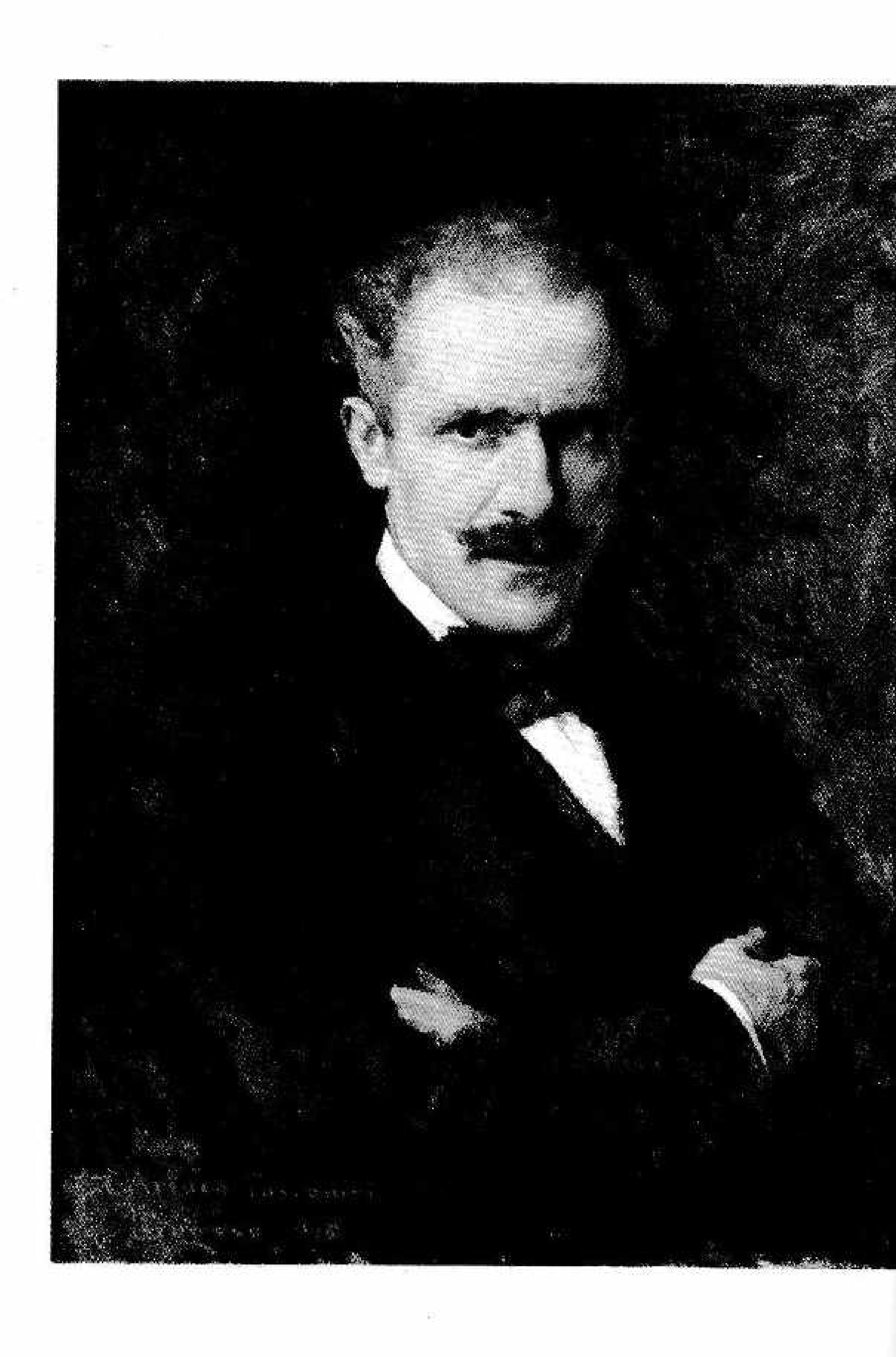
Ann M. Lingg

La víspera del día en que su padre cumplía ochenta años de edad, en 1947, se preguntó a Walter Toscanini cuál era entre las obras del famoso maestro la que éste consideraba más importante.

—Para mi padre —repuso Walter— la obra más importante será siempre la que lleve entre manos: lo mismo si se trata de pelar una naranja que de dirigir una sinfonía.

A la edad de ochenta años el maestro Arturo Toscanini era todavía considerado como el primer director de orquesta de nuestro tiempo, y continuamente dio pruebas de merecer tal título. Había en él una combinación tan perfecta de todas las cualidades necesarias para la dirección musical, y tal pasión por alcanzar la perfección, que ni los ejecutantes, por cansados, incómodos o simplemente perezosos que se hallaran, ni los oyentes, por propensos a distraerse que fueran, escapaban a su mágico influjo. El nombre de Toscanini era famoso en los más remotos lugares del mundo. Una señora de la Patagonia recorrió en avión los tres mil kilómetros que la separaban de Buenos Aires para asistir a un concierto que dirigía el maestro.

Arturo Toscanini fue uno de los músicos que mayores beneficios económicos consiguieron con su arte. En 1946, al iniciarse la temporada de audiciones del teatro la Scala, de Milán, se vendían las entradas a quince mil liras cada una, suma que equivale al ingreso mensual de una familia de la clase media italiana de entonces. Sin embargo, hubo lleno completo en todas las funciones, y más de diez mil personas se agruparon en la plaza frente al teatro, para oír la música que difundían los altavoces. Se dice que, en 1937, la compañía radiofónica NBC pagó a Toscanini honorarios que, deducidos los impuestos, ascendían a cuatro mil dólares por cada emisión de solo hora y media. El maestro rehusó una y otra vez sumas de más de 250.000 dólares que le ofrecía



Hollywood por hacer una película. En cambio dirigió sin cobrar un solo centavo el *Himno de las Naciones*, de Verdi, para una película del gobierno estadounidense, filmada durante la segunda guerra mundial. El dinero no significaba nada para él y no trabajaba a menos que simpatizara con la asociación patrocinadora del concierto.

Toda publicidad referente a su persona le era en extremo desagradable. Esto obedece al íntimo convencimiento de que, en comparación con las obras musicales que dirigía, su propia persona carecía de importancia. Presentarse a recibir los aplausos del público lo hacía sentirse incómodo. En más de una ocasión, al retirarse del escenario al que lo habían llamado por tercera vez, decía en voz baja al primer violín: "Váyanse a casa", con lo cual la orquesta se retiraba inmediatamente, y el maestro no se veía obligado a salir de nuevo.

Tímido hasta la exageración, nada le complacía tanto como dirigir la orquesta en los teatros donde los músicos y el director quedan ocultos a la vista del auditorio. Nunca en su vida habló en público. Reporteros y fotógrafos solían causarle enojo. "Soy una persona como otra cualquiera —les decía—. ¿Qué puede importarle a nadie mi apariencia, el sitio donde vivo, ni las corbatas que uso?" Con frecuencia aludía a sí mismo llamándose *un contadino*, es decir, un rústico, y no trataba de disimular lo humilde de su cuna.

Arturo Toscanini era hijo de un sastre de escasos recursos que vivía en una ciudad del norte de Italia. A la edad de nueve años, ingresó en el conservatorio de Parma, donde sus condiscípulos no tardaron en darle el sobrenombre de "el genio". Varios de ellos secundaron con entusiasmo su idea de organizar por cuenta propia una pequeña orquesta, iniciativa que les valió a todos un castigo. En ocasiones actuó en varias orquestas de ópera como violonchelista. Por fin, una noche de junio de 1886, en la ciudad de Río de Janeiro, Toscanini se vio, cuando tenía apenas diecinueve años, elevado al pináculo de la fama.

Hostigado por el personal italiano de una compañía de ópera, el profesor brasileño que dirigía la orquesta renunció horas antes de la presentación de *Aída*. El público, herido en su patriotismo, silbó, uno tras otro, hasta obligarlos a retirarse, a los dos italianos con quienes la empresa trató de remplazar al director. Alguien pensó entonces en

El retrato de Toscanini de la página de enfrente es obra del pintor piamontés Giacomo Grosso. Lo realizó en 1916, cuando el gran director de orquesta regresó a Italia después de una larga estancia en el extranjero.

el joven violonchelista que durante la travesía ayudaba a los cantantes en sus ensayos, y parecía entender bastante de todo lo relativo a la ópera.

A la vista del imberbe director de orquesta, el público enmudeció de sorpresa. Sin apenas darse cuenta del gesto, Toscanini cerró la partitura que tenía delante y empezó a dirigir de memoria. El auditorio ahogó un grito de asombro. Al concluir el primer acto, Arturo Toscanini era el ídolo del público. Aquel verano dirigió dieciocho óperas más en Río de Janeiro, todas de memoria.

Mucho se ha escrito acerca de la prodigiosa retentiva de Toscanini. Le bastaba un fin de semana para aprenderse la partitura de una ópera, que recordaría con todo detalle muchos años después. En cierta ocasión, un oboísta se lamentó durante un intermedio de que la llave del mí bemol no funcionaba bien. "No se preocupe por eso –le dijo Toscanini, tras un instante de reflexión–, no necesitará usar esa nota en lo que nos queda de obra." Una vez que trató de identificar una pieza de música de cámara poco conocida, Toscanini fue al piano y ejecutó el segundo movimiento, pese a que habían trascurrido sesenta y dos años desde que vio aquella partitura.

No menos extraordinario que su memoria era su oído. En un fortísimo de cien instrumentos de cuerda y de viento, percibía el menor descuido de un segundo violín o de un contrabajo, por distantes que se hallaran. Los músicos sabían que cuando Toscanini dirigía no había esperanza de que pasara inadvertida la más leve imperfección. A veces, el maestro no decía nada en el momento, pero al cabo de unos días podía decir: "El jueves pasado olvidó usted un calderón en el quinto compás", o bien, "el año anterior cometió usted esa misma equivocación: ¿creyó tal vez que no me había dado cuenta?"
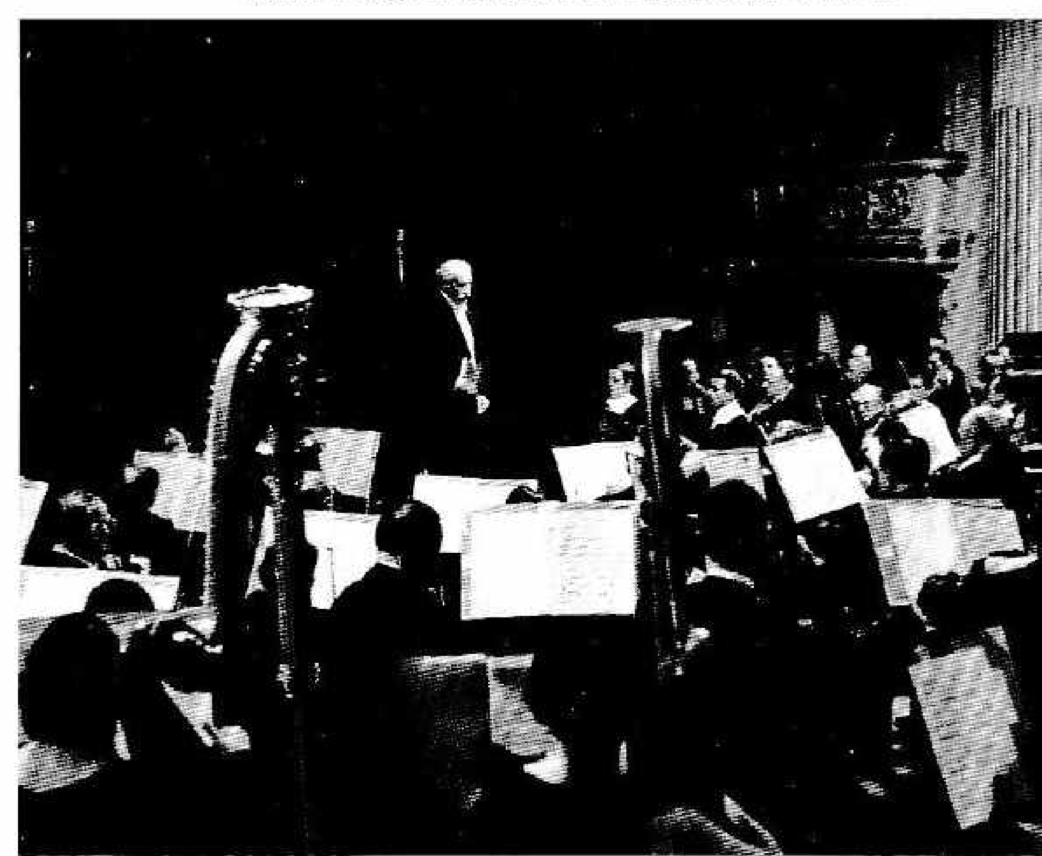
Su obstinado afán de perfección artística fue causa de que cambiara de orquesta con frecuencia. El incidente más trivial ocasionaba su renuncia instantánea, que acompañaba con afirmaciones acerca de la incapacidad de los músicos modernos para interpretar las obras de los grandes compositores. Rara vez sintió Toscanini que la interpretación de la orquesta que dirigía era esa ideal e impecable interpretación que pedía su oído.

Cuando un ensayo o una función lo dejaban descontento, volvía a casa, sumido en un profundo silencio, y se negaba a probar bocado. Si su descontento subía de punto, consideraba que su familia debía hacerse partícipe de tal contrariedad . . . ayunando también. Una vez les gritó a los profesores de la orquesta sinfónica de la NBC que eran

unos niños de escuela, una colección de mentecatos; suspendió el ensayo, y se marchó del estudio, tan colérico, agitado y sudoroso, que pilló un catarro a la salida. "Se ve que el maestro no ha perdido su ímpetu —comentó, sonriendo, uno de los profesores—. ¡Hay que ver lo furioso que va!"

Con personas indolentes, mediocres o vanidosas, llegaba a mostrarse áspero en extremo. Así ocurrió con cierta *prima donna* que, en un ensayo, respondió a una indicación del maestro manifestándole que ella, y no él, era allí la estrella. "Señora —le dijo, lanzándole una mirada de desprecio—, las estrellas están en el cielo. Aquí no hay más que

La foto inferior fue tomada en el teatro de la Scala la noche del 19 de septiembre de 1952, con ocasión del último concierto que daba Toscanini, dedicado íntegramente a Wagner, del que el famoso director era supremo intérprete. Toscanini fue el primer director de orquesta extranjero invitado a dirigir en Bayreuth, templo de la música wagneriana.



músicos, buenos o malos. ¡Y le aseguro que usted es mala de veras!"

Pero también sabía mostrarse indulgente con las personas en quienes advertía un verdadero talento artístico. Una soprano, dotada de hermosísima voz, incurrió en varias equivocaciones durante su primer ensayo. "¡Tiene usted el peor oído musical del mundo! —le espetó Toscanini. Y en seguida, dulcificando el tono—: Pero canta como un ángel."

En los ensayos, en cuanto ocupaba su puesto y empuñaba la batuta, centelleaban sus ojos miopes y hundidos. Cortaba el aire con la batuta como una fusta. "¡No, no, no, no!", se le oía gritar de pronto, interrumpiendo los primeros compases de la obra que la orquesta se creía capaz de interpretar hasta con los ojos cerrados. Era amigo de valerse de ejemplos para explicar lo que quería. Cuando deseaba notas leves, etéreas, hacía flotar un pañuelo en el aire; para conseguir un efecto armónico, hacía como la madre que mece a su hijo. Durante un ensayo en Nueva York, indicó a una parte de la orquesta cuál era el efecto que esperaba de ella, diciéndoles a los instrumentistas: "Distante, pero no demasiado . . . , como de aquí a Brooklyn."

Si la orquesta cometía una pifia, Toscanini se volvía un energúmeno. Amenazaba con los puños, maldecía, rompía la batuta, rasgaba la partitura, tiraba al suelo los lentes o el reloj y los pisoteaba. Días después de uno de estos accesos, en que hizo añicos un precioso reloj, los músicos le regalaron un tosco y enorme Ingersoll, con esta dedicatoria: "Para los ensayos."

Las grabaciones de una orquesta que ensayaba bajo la dirección de Toscanini —impresas por los técnicos del estudio sin que el maestro se percatase de ello— eran un buen entretenimiento en las fiestas de los círculos musicales. Los que oían al maestro hablarle a la orquesta en un batiburrillo de inglés, francés, alemán e italiano se maravillaban de que hubiera músicos capaces de entender indicaciones hechas de tal forma. En una conversación corriente, sin embargo, Toscanini se expresaba con igual soltura en cualquiera de los cuatro idiomas.

Aunque inflexible y tiránico como director de orquesta, era hombre blando de corazón. Hacía muchas caridades, pero ocultando siempre su nombre, por evitar manifestaciones de gratitud. Después de la segunda guerra mundial, envió a Italia un donativo de treinta mil pares de zapatos. Inauguró el fondo de pensiones de la orquesta sinfónica de Los Ángeles con un concierto por el cual no aceptó remuneración alguna, ni siquiera el pago de sus gastos de viaje. En 1944, un muchachito que vivía en Brooklyn le pidió, en una tarjeta postal firmada *Jimmy*, que

tocase "la cinfonia eroka de Betoben", que le gustaba mucho a su papá, muerto en la guerra. No sólo complació Toscanini al huérfano, incluyendo prontamente la sinfonía en uno de sus programas, sino que trató de averiguar, en vano, por medio de la radio, quién era el pequeño filarmónico *Jimmy*.

Tan pulcro en su aspecto exterior como en su arte, nunca se presentó ante los extraños en mangas de camisa. Cuando dirigía la orquesta usaba cuello de celuloide para evitar que se arrugase con el sudor. Solía aprovechar los intermedios para darse una fricción y cambiarse de ropa. Por no prescindir de esta costumbre, se excusó cierta vez de acudir al palco real en Londres.

Le encantaban las películas del ratón Miguelito, y sentía decidida debilidad por el *jazz*. Durante un viaje de buena voluntad que efectuaba la sinfónica de la NBC por Iberoamérica, varios de los principales instrumentos de viento organizaron a bordo conciertos secretos de *jazz*. Estaban ejecutando uno de ellos cuando acertó a pasar por allí el maestro, quien llamó después a su habitación a los ejecutantes para que lo obsequiaran con una repetición.

No lo entusiasmaban, sin embargo, las disonancias de la llamada "música moderna", que estimaba ofensivas al oído. Los campeones de lo nuevo, que calificaban de neófobo a Toscanini, harían bien en recordar que en su juventud abogó con entusiasmo por compositores cuya música, clásica hoy, era novísima entonces: Wagner, Verdi, Brahms, Puccini, Debussy, Ravel . . .

En abril de 1954, Toscanini ofreció un concierto de despedida con la orquesta sinfónica de la NBC en el Carnegie Hall de Nueva York. Menos de tres años después, cuando iba a cumplir noventa de edad, el maestro falleció.

Dos generaciones de amantes de la música han tratado en vano de dar con el secreto de la fascinación que ejercía Arturo Toscanini como director de orquesta. Unos la atribuían a la elegancia y el vigor de sus ademanes cuando dirigía; otros, a lo extraordinario de su oído, a lo prodigioso de su memoria. Pero lo cierto es que otros directores, con estos mismos atributos, no han obtenido los triunfos ni el favor del público como los logró Toscanini.

Al reconocer francamente que no había director de orquesta que lo igualase, Toscanini recalcaba que las exigentes normas por él adoptadas deberían ser la regla, y no la excepción. "No es que yo sea el mejor director de orquesta —solía decir—; lo que pasa es que soy el único bueno."

SANTOS-DUMONT, PADRE DEL VUELO

Marion Lowndes

Un apacible día de septiembre de 1898 corrió por París la noticia de que Alberto Santos-Dumont, acaudalado joven brasileño, se disponía a volar sobre la capital a bordo de una "aeronave". Aquel extraño

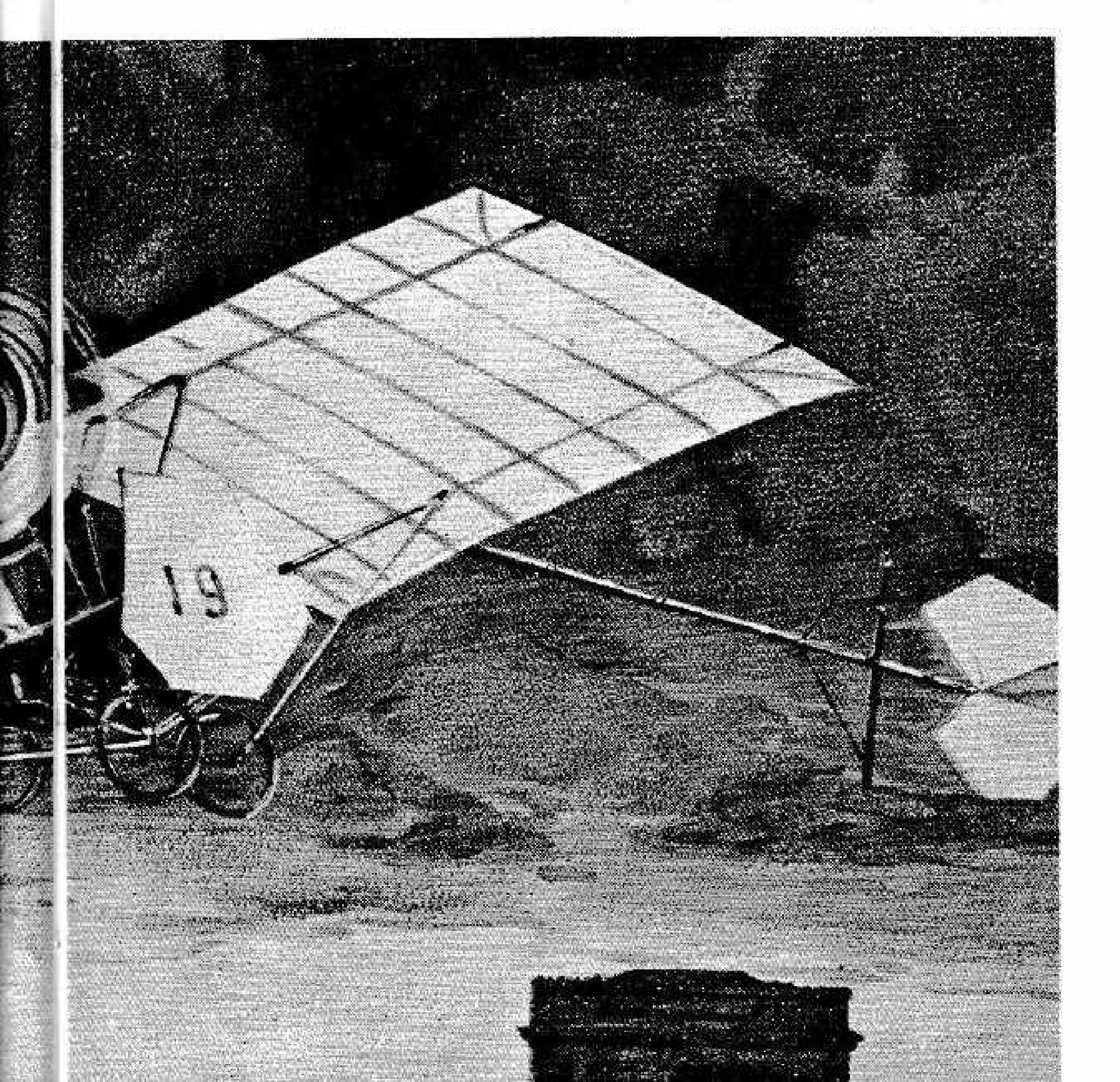


Grabado en el que figuran **La Señorita**, monoplano de Dumont, y la efigie del propio inventor.

artilugio, que le había costado a su inventor la considerable suma de treinta mil dólares, era una especie de globo en forma de cigarro, de veintisiete metros de longitud, de seda barnizada. La nave se inflaba con hidrógeno y la impulsaba un motor de gasolina de tres caballos y medio de fuerza que pertenecía a un auto-triciclo.

Los más experimentados fabricantes de globos aerostáticos creían que la vibración del motor en el aire sería tan violenta que destruiría la aeronave y no dejaría hueso sano en el cuerpo del inventor.

A pesar de todas las objeciones, el tenaz brasileño no se dejó convencer: suspendió de un árbol el motor de su auto-triciclo y comprobó que éste funcionaba en el aire con la misma eficacia que lo hacía en tierra. También vaticinaban los expertos que el hidrógeno del globo



se incendiaría y haría explosión, pero Santos-Dumont no prestó demasiada atención a los funestos augurios.

Anunció a bombo y platillos que despegaría del Jardín Zoológico, uno de los lugares más céntricos de París. Ante la asombrada muchedumbre, el intrépido aeronauta, que vestía elegante traje de calle a rayas, sombrero hongo y guantes de piel, trepó a su flamante "automóvil aéreo". Este constaba de una canasta grande como las que usaban las lavanderas, que llevaba adosados un motor de gasolina y una hélice de doble aspa; todo ello amarrado al globo aerostático mediante unas cuerdas.

—¡Soltad ya! —gritó Santos-Dumont a sus ayudantes. La muchedumbre se echó atrás; el motor arrancó, la hélice empezó a dar vueltas y el *Santos-Dumont número 1* ascendió triunfalmente por el aire.

¡El hombre podía volar! La multitud vitoreaba de entusiasmo y lloraba de emoción. Por primera vez la gente veía a un ser humano gobernar su rumbo a voluntad por el cielo azul. De pronto se oyó una vocecita infantil: "¡Se ha roto!"

Efectivamente. Había fallado la bomba del aire y la gran envoltura se doblaba por la mitad. Santos-Dumont flotaba ahora sin dirección sobre un prado en el que había unos muchachos jugando con sus cometas.

—Tomad la cuerda guía —les gritó, cuando las cuerdas de su nave tocaron tierra—. Corred contra el viento. Lo mismo que hacéis con las cometas.

Tiraron los muchachos y "así fue como, por primera vez, escapé de una muerte cierta", solía decir el famoso aeronauta.

Pero lo innegable era que había volado; que había logrado elevarse del suelo por sus propios medios, sin tener que arrojar lastre por la borda como hacían los otros aeronautas. Y, lo que era más importante: había gobernado el globo a voluntad.

Santos-Dumont, el primer hombre en la historia que voló utilizando como fuerza motriz la gasolina, pesaba poco más de 44 kilogramos. Sin embargo, aquel extranjero de cuerpo endeble, afectado vestir y abultada cabeza, había alcanzado en París la categoría de héroe incluso antes de efectuar su primer vuelo.

Las mamás ambiciosas soñaban con ver a sus hijas paseándose por el bosque de Bolonia en el automóvil de Santos-Dumont. Los aburridos petimetres del Jockey Club lo recibían ufanos en su círculo de amistades y admiraban sin reservas su habilidad y la imperturbable sangre fría con que se jugaba la vida. Santos-Dumont era un hombre de

mundo que tenía la sencillez y la ingenuidad de un niño. Pasaba las mañanas en su taller de mecánica, trabajando en mangas de camisa, y a continuación se vestía con levita y sombrero de copa para ir a almorzar al restaurante más elegante de París.

Cuando quiso saber cómo reaccionaría en ciertas altitudes, sencillamente escaló el Mont Blanc. La primera vez que subió en globo llevó un almuerzo compuesto de pollo y carne asada de vaca, champaña helado, pasteles y licor *chartreuse*. Con gran tranquilidad ingirió todo aquello mientras flotaba en un mundo blanco y opaco. No hay cosa más agradable, contaba después a los encantados parisienses, que un almuerzo en las nubes.

Inventó el globo aerostático esférico más pequeño que haya existido nunca, *El Brasil*. Después de cada ascensión regresaba a París en su automóvil rojo, con el pequeño aeróstato metido en una maleta a su lado.

Cuando alcanzó su primer triunfo, Santos-Dumont tenía sólo veinticinco años de edad. Había nacido en el Brasil, en el estado de Minas Gerais, el 20 de julio de 1873. Era uno de los diez hijos de un magnate del café de la ciudad de Sao Paulo. En los inmensos cafetales de su padre, cruzados por cien kilómetros de vía férrea particular, se utilizaban ya las máquinas más modernas de la época, lo que permitió al muchacho desarrollar su habilidad para la mecánica. A los doce años trabajaba en el taller del maquinista de una locomotora de fabricación norteamericana que arrastraba trenes cargados de café verde. De vez en cuando volvía la cara al cielo, "al que tan fácilmente —según escribiría años después— se elevan las aves, batiendo sus grandes alas extendidas, y donde las nubes ascienden alegremente, en medio de la pura luz del día. Basta alzar los ojos para enamorarse del espacio y de la libertad."

Estimulado por las novelas de Julio Verne, construyó globos de juguete y soñó con un aparato que pudiese navegar por el aire. En sus ratos de ocio trabajaba como aprendiz de mecánico en los talleres de la plantación.

Después de haber cursado estudios de ciencias, con gran provecho, en la universidad de Río de Janeiro, persuadió a su padre para que lo enviase a París a estudiar aeronáutica. En la década de 1891 a 1900, los parisienses se sorprendían a menudo ante los medios extrañísimos de locomoción que se inventaban incesantemente: carruajes sin caballos, auto-triciclos, aeróstatos . . .

Grande fue el asombro de Santos-Dumont, sin embargo, cuando, a

pesar de todas aquellas novedades mecánicas, a su llegada a París, se encontró con que no había un solo dirigible entre los muchos aeróstatos esféricos que existían en la capital. Las pruebas efectuadas hasta entonces eran desalentadoras. El aeróstato de vapor de Giffard y el eléctrico de Renard habían resultado sendos fracasos; el de Wolfert se incendió, originando la muerte de su autor; el globo rígido de Schwartz hizo explosión.

En lugar de amilanarse por todo ello, Santos-Dumont inició los experimentos que vio finalmente coronados por el triunfo en el Jardín Zoológico, en 1898. Animado por aquel primer éxito, hizo construir otros cuatro aparatos por valor de treinta mil dólares cada uno y se dispuso a alcanzar el codiciado premio de 125.000 francos que se ofrecía a quien lograse, despegando de Saint Cloud, volar alrededor de la Torre Eiffel y volver al punto de partida en media hora.

El día 8 de agosto de 1901, Santos-Dumont recorrió en nueve mi-

En la fotografía de abajo vemos a Santos-Dumont, uno de los grandes inventores del mundo moderno, a punto de poner en marcha el hidroplano creado por él.



nutos la distancia entre Saint Cloud y la Torre. Todo hacía pensar que ganaría el premio, pero al llegar a la Torre Eiffel, las cuerdas que sostenían la barquilla de mimbre se engancharon y sufrieron un violento tirón. Las cuerdas frontales se aflojaron y enredaron en las aspas de la hélice. Unos segundos . . . y el aeronauta saldría despedido por el espacio. En un santiamén, Santos-Dumont tiró de la palanca. La hélice disminuyó sus revoluciones . . . y se paró en seco. El pesado artefacto, medio desinflado, flotó sin gobierno hasta que tropezó con el tejado de un edificio. Hubo una fuerte explosión y el *Santos-Dumont número 5*, así como el Santos-Dumont de carne y hueso que lo tripulaba, desaparecieron de la vista de los asustados espectadores.

Los bomberos de París acudieron rápidamente al lugar de la catástrofe, donde hallaron al aeronauta haciendo equilibrios en la cornisa de una ventana, a más de treinta metros de altura sobre la calle. Desde allí mismo, Santos-Dumont se puso a dirigir las operaciones de salva-

Santos-Dumont, el brasileño de valor temerario, se eleva por los aires a bordo de su extraño invento ante una asombrada muchedumbre que se habia congregado en Longchamp el 3 de mayo de 1903.



mento. La larga quilla de la nave había quedado empotrada diagonalmente entre dos tejados, circunstancia que salvó la vida al piloto.

Aquella misma noche, el intrépido inventor encargó la fabricación del *Santos-Dumont número 6,* y un mes después volvió a repetir la aventura. Una densa multitud asistió al espectáculo. Como la vez anterior, la aeronave mantuvo bien su rumbo. Al dar la vuelta a la Torre Eiffel, el rudimentario motor estuvo a punto de pararse. Santos-Dumont abandonó los mandos, ajustó la chispa y volvió, volando triunfalmente, al punto de partida. Por fin había alcanzado el premio, que se apresuró a repartir entre el personal que lo había ayudado y los pobres de París.

Cuando todavía llenaban el aire los ecos de aquel triunfo, hizo construir en el suburbio parisiense de Neuilly una gran casa pintada de rayas blancas y rojas, donde guardar sus globos. En ella aposentó, entre otros, al *Corredor*, al *Vagabundo* y al *Ómnibus*, flota aérea muy respetable.

Con objeto de probar que el vuelo estaba llamado a formar parte de la vida moderna, mantuvo despierto el interés del público por los experimentos aeronáuticos, con el ingenio y la eficacia de un experto en publicidad. No era extraño verlo sobrevolar los Campos Elíseos y descender a la puerta de su café predilecto para tomar una copa. Desde sus talleres en Neuilly solía regresar volando a su casa de los Campos Elíseos, a la hora del almuerzo. Un servidor aguardaba en los peldaños de la escalera de entrada para hacerse cargo de la cuerda. Algunas personas que por aquel entonces vivían en París recuerdan haber visto parpadear en el cielo, en las noches apacibles, las luces de su coche aéreo. Mientras el Presidente de la República Francesa pasaba revista a las tropas el día en que se conmemoraba la toma de la Bastilla, Santos-Dumont participaba en la ceremonia haciendo salvas con pólvora desde su nave aérea.

En una ocasión se incendió el motor cuando regresaba de las carreras de Auteuil. Abandonando la nave a su propio rumbo, trepó por una de las cuerdas y apagó las llamas a sombrerazos. Sus fracasos y su reiterada fortuna para burlar la muerte contribuyeron a extender su fama.

Cierta vez envió en su dirigible a una señorita sin compañía alguna al campo de polo, donde se jugaba un partido entre ingleses y norteamericanos.

—Mantenga el rumbo hacia el campo de polo —le dijo—. Yo la seguiré, corriendo en mi bicicleta, y le saldré al encuentro. Si tiene miedo tire

de esta cuerda. Si se desmaya, descenderá usted más aprisa de lo debido, pero no tenga cuidado . . . no se matará.

La joven no era de las que se desmayaban fácilmente. Despegó confiada y se remontó por el espacio. Cuando el dirigible asomó por encima del campo de polo, los caballos se encabritaron. No faltó quien refunfuñara: "¡Ya está ahí otra vez ese Santos-Dumont!" Se elevó entonces de los graderíos un murmullo de sorpresa. No era Santos-Dumont, sino la encantadora señorita Aída de Acosta, que se tocaba la cabeza con un gran sombrero sujeto por un velo de encaje. Descendió sin dificultad, presenció el partido, y regresó volando a Neuilly, en medio de la estupefacción y los comentarios de "todo París". La señorita de Acosta era la única mujer que había tripulado sola un dirigible.

Cuando le reprocharon a Santos-Dumont haber permitido a una joven exponerse a tales peligros, contestó en tono de protesta:

—¡Pero si no existe el menor peligro! Volar es tan sencillo, que puede hacerlo una niña pequeña.

Alberto Santos-Dumont se adelantó cuarenta años a los hombres de su época. Adivinó un mundo nuevo, unido por vías aéreas, en el que los vehículos aéreos trasportarían rápidamente de un lugar a otro viajeros, correo y mercancías. Quiso que otros compartieran su intuición, pero sus contemporáneos no comprendieron sus ideas. Hasta la misma prensa, recordando sus repetidos fracasos, le puso el sobrenombre satírico de *Santos-Desmonta*. Sin embargo, el Príncipe de Mónaco le ofreció en 1902 construir una casa para sus globos si quería traerlos a Montecarlo aquel invierno. Santos-Dumont aceptó. El afable y temerario joven sudamericano se sentó a la mesa del Príncipe de Mónaco y fue invitado frecuentemente a cenar por los grandes banqueros. Sus vuelos constituían siempre un espectáculo sensacional. Yates y barcos se hacían a la vela para seguirlo, y famosos corredores de automóviles lanzaban sus coches a velocidades de sesenta y setenta kilómetros por hora por las carreteras de la costa para mantenerse a su paso.

Pero sus naves aéreas distaban mucho de la perfección. Solamente podían volar cuando hacía buen tiempo. El paso inmediato era construir máquinas voladoras más pesadas que el aire. Después de muchos experimentos con aparatos híbridos, mitad aeroplano y mitad dirigible, consiguió su propósito.

En 1906 hizo el primer vuelo en público con un aparato más pesado que el aire. (Los hermanos Wright no volaron en público hasta 1908.) Más tarde lanzó los primeros monoplanos, que tuvieron gran éxito. Estaban construidos de bambú y seda japonesa y pesaban con motor y

piloto cien kilogramos. Los bautizó con el nombre de *Libélulas*. En 1909, volando a muy poca altura, sobre setos y copas de árboles, consiguió una nueva marca de rapidez, pues recorrió una distancia de ocho kilómetros a una velocidad media de 95 kilómetros por hora.

Aquel fue su último triunfo. Hacia 1909, la aviación comenzó a pasar de las manos de los inventores a las de los ingenieros y mecánicos. El deporte del vuelo se convirtió en un negocio de carreras y turbulenta competencia para ganar premios. Para el aristócrata brasileño, aquel ambiente resultaba intolerable, y se retiró de una actividad que había sido su vocación.

Santos-Dumont, lo mismo que Nobel, estaba convencido de que sus inventos contribuirían a hacer de la guerra algo tan terrible que los hombres, espantados, no se atreverían a desencadenar más contiendas. El estallido de la primera guerra mundial asestó un rudo golpe a aquella convicción. Santos-Dumont se recluyó en su villa de las inmediaciones de París, presa de ataques de melancolía, que fueron agravándose hasta atormentarlo con la obsesión de que él era el culpable de la guerra.

En los años que siguieron al armisticio, cada accidente de aviación vino a intensificar su creencia íntima de que había traído al mundo una maldición. Cuando regresó al Brasil en 1928, un avión Cóndor que había salido al encuentro de su barco, se estrelló, causando la muerte de toda la tripulación. Santos-Dumont asistió a los funerales; luego se encerró bajo llave en su habitación del hotel durante varios días. Cuando ocurrió la catástrofe del dirigible R-101 intentó suicidarse.

En 1932 estalló en Sao Paulo una revuelta de escasa importancia contra el Gobierno brasileño, y Santos-Dumont vio surcando el cielo azul de su tierra natal la enorme máquina de destrucción que había concebido un día risueño y lejano, cuando dio la vuelta a la Torre Eiffel. Su sobrino lo dejó solo durante unos momentos; cuando volvió, Santos-Dumont había desaparecido. Lo encontraron en el cuarto de baño, ahorcado con su propia corbata.

La influencia de Santos-Dumont nos alcanza hoy a todos. A su hábil propaganda se debe indudablemente la afición a volar que en la actualidad siente todo el mundo. Los aeroplanos que añaden al presente una tercera dimensión al horror de la guerra tienen antepasados comunes en el *Santos-Dumont número 1* y la *Libélula*. Es una lástima que el padre de la aviación no haya vivido lo suficiente para ver levantarse el telón en el acto siguiente, cuando el cielo se llenó de enormes aviones de carga y gigantescos aeroplanos de pasaje, tendiendo entre hombres y pueblos lazos aéreos más fuertes y más estrechos.

BENVENUTO CELLINI, ARTISTA Y ESPADACHÍN

Donald Culross Peattie

Fue el espadachín más pendenciero que hubo en toda Italia en el siglo XVI; mandó a sus enemigos al otro mundo cuando quiso; hizo suyas a las mujeres que deseaba; los combates le producían risa, y ni el más profundo de los calabozos pudo retenerlo.

Pero, por encima de todo, fue el más grande orfebre que ha conocido el mundo. Al menos él lo creía así, y de la misma opinión han sido todos los expertos en el curso de cuatrocientos años.

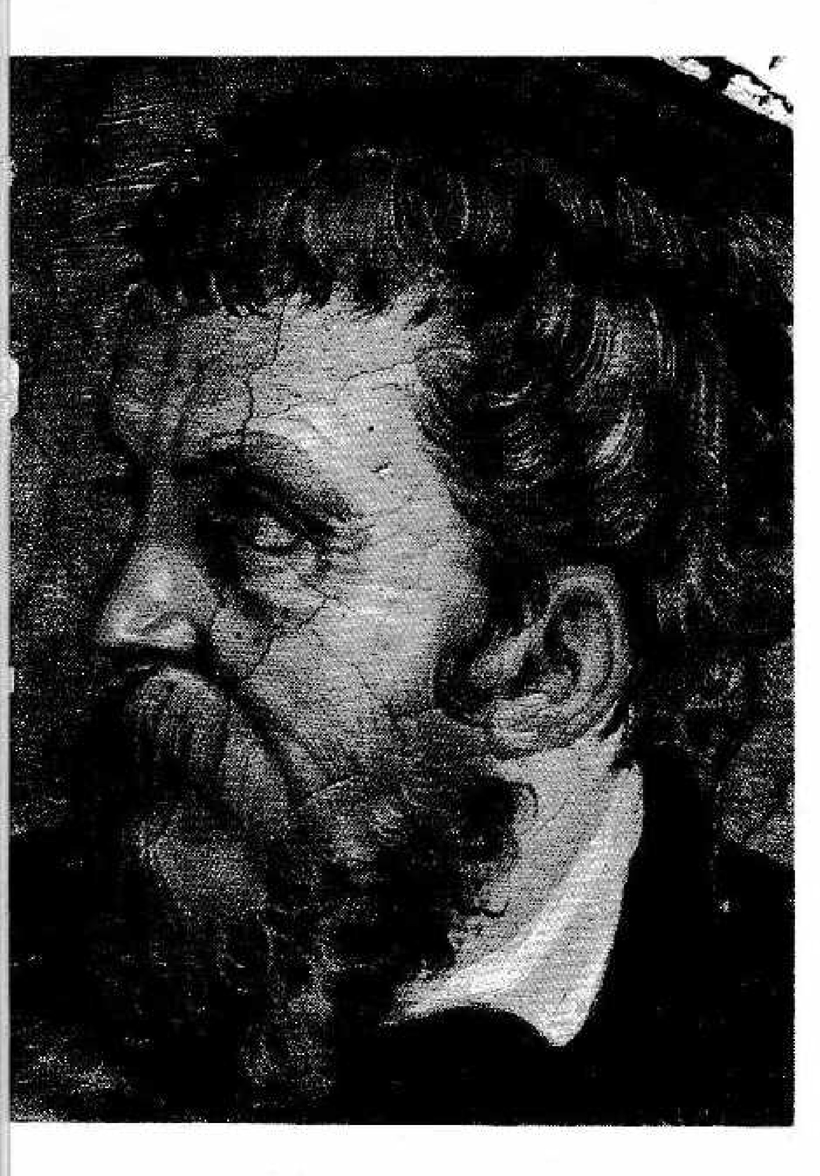
Benvenuto Cellini nació en Florencia el 3 de noviembre del año 1500. Su padre construía instrumentos musicales, y de él heredó la habilidad manual. De niño, se detenía a la puerta de los talleres de joyería; le encantaba el golpear de los diminutos martillos, el soplar de los fuelles, la llama de las brasas. Observaba a los lapidarios que avivaban los destellos latentes de las piedras preciosas y estiraban el oro, de infinita ductilidad.

Al poco tiempo entró de aprendiz en uno de esos talleres, lo que produjo un disgusto familiar, pues su padre quería que fuese músico. Benvenuto no había nacido para tocar escalas. Con objeto de librarse de las lecciones de música que su padre le impuso, se escapaba, a veces durante meses enteros, y vivía de lo que ganaba como aprendiz de orfebre en los pueblos vecinos. A la edad de diecinueve años tuvo un grave disgusto con su padre y huyó a pie a Roma. En aquellos tiempos se decía que el Papa daba dinero a manos llenas a los artistas.

Lo primero que hizo al llegar a la capital fue decorar un estuche de plata para cierto cardenal. El joven aprendiz labró un bajo relieve en el que se entrelazaban hojas y frutas con figuras de niños y máscaras

El primer boceto
en cera del "Perseo"
y su vaciado en bronce
se conservan en el
Museo Nacional de Florencia.
La obra definitiva,
que reproducimos aquí,
está situada bajo el gran
arco de la Loggia dei Lanzi,
en la Plaza de la Señoría
de Florencia.





Giorgio Vasari, más conocido por sus biografías de los artistas italianos del Renacimiento que por su pintura y su arquitectura, retrata así a Benvenuto Cellini en un fresco del Palazzo Vecchio de Florencia.

grotescas. El dueño del taller se mostró tan orgulloso de la obra que salió a enseñarla por toda la ciudad. Pero lo que mayor satisfacción produjo a Benvenuto fue enviar a su padre parte de las ganancias. De la misma forma continuó ayudándolo con esplendidez hasta que el anciano llegó a sus últimos días. Cellini tenía tan pronta la mano para dar como el puño para golpear. Durante su vida de trabajador infatigable sostuvo no solo a su hermana que había enviudado y que tenía seis hijos, sino a otra familia que carecía de recursos y cuyos miembros no

eran parientes suyos. Los mismo hizo con muchos estudiantes y también con modelos.

Cuando su fama se extendió, abrió en Roma su propio taller y ganó muchísimo dinero. De sus manos salieron anillos, camafeos y prendedores exquisitamente trabajados, cuchillos y dagas con incrustaciones, cinturones de plata para las novias, una jarra de plata para un obispo. También hizo escopetas para cazar patos, que abundaban en las lagunas que rodean la Ciudad Eterna.

Un disparo certero marca el comienzo de las extrañas aventuras de Cellini. Las tropas de Carlos V habían puesto sitio a Roma, y al mando de ellas iba Carlos de Montpensier, condestable de Borbón. Cellini hacía la guardia como voluntario en las murallas, y a través de la niebla vio que el enemigo había logrado apoyar una escala contra la muralla. Apuntó su arcabuz y de un tiro derribó al que iba a la cabeza de los asaltantes. Ocurrió, según nos cuenta él mismo en su autobiografía, que aquél era nada menos que el propio condestable. ¿Será ésta una simple fanfarronada de Cellini? No, la historia ha venido a confirmar que, en efecto, aquel mismo día el condestable murió de un tiro que le disparó un centinela desconocido.

A partir de entonces se le dio a Cellini el mando de las baterías móviles emplazadas sobre el formidable castillo de Sant' Angelo. El propio Papa Clemente VII fue a ver cómo, con su buena puntería, Cellini batía las trincheras enemigas. Durante más de un mes Benvenuto se olvidó de su precioso arte.

Pasada la guerra, Cellini quedó encargado de acuñar las monedas del Vaticano. Además, para los grandes dignatarios de la Iglesia fabricaba, uno tras otro, suntuosos ornamentos: un broche para la capa pluvial del Pontífice le llevó años de labor. Tenía el tamaño de un plato pequeño y en él se representaba al Padre Eterno rodeado de quince ángeles en oro repujado, todo adornado con esmeraldas, zafiros, rubíes y un diamante magnífico. Por espacio de doscientos cincuenta años este broche perteneció al tesoro del Vaticano, hasta que Napoleón Bonaparte lo exigió, en 1797, como parte de una "indemnización". Posteriormente, un grupo de bárbaros desmontaron las piedras y fundieron el oro.

Cellini no dedicó toda su vida a trabajar para la Iglesia. Cierta vez abandonó los cinceles por seguir a una bella siciliana hasta Nápoles. Era tan apasionado en sus odios como en sus amores. Cuando su hermano resultó muerto en una refriega callejera ni siquiera se le pasó por la mente acudir a las autoridades. ¿De qué iba a servirle, si el asesino

era uno de los guardianes de la ciudad? "Me puse a seguir al hombre—escribió Cellini— como si fuese una moza de quien me hubiera enamorado." Al fin, en una callejuela oscura, le hundió su espada, haciendo justicia por su propia mano.

A la muerte del viejo Papa, y antes de que se hubiera tenido tiempo de elegir sucesor, reinó durante un tiempo la anarquía en Roma. Un orfebre del Vaticano, llamado Pompeyo, rival suyo, fue en busca de Cellini con la ayuda de diez espadachines. Benvenuto se dio de cara con todos ellos en una callejuela. En la refriega, Cellini mató a Pompeyo y puso en fuga al resto de la pandilla. Pero la hermana de Pompeyo, casada con un amigo íntimo de Pier Luigi, "sobrino" del Papa, juró vengar a su hermano. Puso tras él a un asesino corso y, más tarde, a un grupo de criminales a sueldo que lo siguieron hasta Venecia, donde una noche trataron de atraparlo con ardides. Sin embargo, Cellini supo librarse, una y otra vez, de todas las agresiones. Finalmente, en 1537, fue detenido por orden del Papa y encerrado en una mazmorra, donde ya, según él cuenta, "su muerte estaba decretada".

Con indudable maestría preparó la fuga. Primero robó a uno de los trabajadores de la cárcel unas tenazas. Luego, cuando sus aprendices le llevaban mudas para la cama, escondía las usadas bajo el colchón. Con las tenazas, pudo extraer la mayor parte de los clavos que aseguraban las bisagras de hierro de la puerta, dejando solo los estrictamente necesarios para que ésta no se cayera. En pocas semanas sacó los clavos y los sustituyó con imitaciones hechas de cera y herrumbre para despistar a los vigilantes. Una vez que todo estuvo listo oró de rodillas un buen rato. Solo quedaban dos horas de oscuridad cuando logró deslizarse fuera de la celda. Previamente había reducido a tiras las sábanas y, atándolas una a las otras, había hecho una cuerda. Con ella arrollada subió hasta el parapeto, y desde allí se descolgó al patio.

Todavía estaba oscuro. Cellini observaba a los centinelas, en espera del momento oportuno para lanzarse hacia la muralla exterior. Con la ayuda de una pértiga que por suerte encontró, subió a la muralla, amarró a una piedra lo que le quedaba de cuerda y comenzó a dar el último paso hacia la liberación. Pero ya fuera que cediese la cuerda o que sus fuerzas lo abandonasen, el caso es que cayó y se rompió una pierna. Él mismo se la vendó y luego logró arrastrarse hasta la puerta de la ciudad, que aún estaba cerrada. Con gran esfuerzo pudo mover una piedra grande que había debajo de las hojas, y se deslizó por allí, abrumado por el dolor. Afuera, unos mastines se abalanzaron sobre él ladrando, pero un criado del cardenal de Venecia lo reconoció, y ahuyentó a los

perros; le ayudó a incorporarse y lo condujo en secreto al palacio de su amo.

La fortuna le fue contraria. El cardenal, en aquellos momentos, estaba tratando de conseguir del Papa un obispado para un amigo, y Cellini sirvió para que el cardenal consiguiera el obispado. El Papa recuperó a su prisionero y esta vez Cellini fue arrojado a un profundo calabozo de los sótanos del castillo de Sant' Angelo, un pozo negro que rezumaba agua, y donde estuvo, delirando de fiebre, varios días.

No obstante, en el palacio de Fontainebleau, en Francia, el rey Francisco I había expresado deseos de llevar a su corte a aquel Benvenuto Cellini, de quien tanto había oído hablar. De esta forma Cellini pasó de su calabozo tenebroso a la corte más brillante de Europa. Allí se le dieron espléndidas habitaciones y todo un cuerpo de ayudantes. Le encargaron ambiciosos trabajos en oro, plata y bronce, entre ellos un salero de oro —en realidad, un centro de mesa para banquetes— que hoy es motivo de orgullo para cierto museo de Viena.

El rey y la reina, el cardenal y los nobles acudían con frecuencia a visitarlo en su taller. La suerte parecía sonreírle, pero Cellini no había contado con la amante del rey y, aunque era experto adulador, olvidó invitarla a que diese sus opiniones. Ella, con sutileza, fue creándole dificultades, y todo lo que Cellini había proyectado realizar en Francia se vino abajo. En 1545, fracasado, volvió a Florencia, donde tuvo por mecenas al duque Cosme de Médicis, conspicuo protector de las artes. Cosme le aconsejó que hiciese una estatua de Perseo, el legendario héroe griego que cortó la cabeza de Medusa, hermosa doncella de cabellos de serpiente que petrificaba a los hombres con solo mirarlos. Cellini fue haciendo modelo tras modelo, de cera, arcilla y yeso. Por fin, después de nueve años, terminó una figura, un poco más grande que el natural, que lo satisfizo. Pero había que vaciarla en bronce. Se trataba de una de las tareas más difíciles en el campo de la escultura de cuantas habían sido realizadas hasta entonces. Cellini tuvo que idear y hacerse sus propios hornos, moldes y aleaciones. El duque presagiaba un fracaso.

Cómo salió triunfante Cellini de semejante prueba es el punto culminante de su autobiografía.

"Al fin di la orden de encender el horno. Lo había llenado de trozos de pino y funcionó tan bien que me veía obligado a correr de uno a otro lado, a toda prisa, a fin de mantener alimentado el fuego. Batallé así durante muchas horas, pero llegó un momento en que ya no pude resistir y me atacó una fiebre súbita. No tuve más remedio que echarme en

la cama. Cuando, después de un par de horas, regresé al taller, descubrí que el metal se había cuajado y el techo estaba ardiendo. Envié unos hombres al techo para que combatieran el incendio, y ordené a dos ayudantes que avivaran el fuego con una carga de roble verde. Cuando comenzó a arder, aquello fue una maravilla: la masa se fue ablandando con el calor infernal y ardía y centelleaba luminosa.

"De pronto se produjo una explosión, seguida de una inmensa llamarada. Vi que la cubierta del horno había volado y que el bronce bullía a borbotones. Destapé en seguida las bocas del molde, pero observé que el metal fundido no fluía con la rapidez acostumbrada, lo cual obedecía a que el calor había consumido la base de la aleación. Ordené que sin pérdida de tiempo me trajeran mis platos de estaño, las bandejas y las escudillas, que eran como doscientas piezas, y las fui echando una a una. Ocurrió lo que esperaba: mi bronce adquirió liquidez perfecta y fui llenando el molde. Viendo que mi obra estaba terminada, caí de rodillas y de todo corazón di gracias a Dios."

La estatua de Perseo se colocó en una galería que da sobre una plaza, en el corazón de Florencia. Allí puede verse hoy el bronce inmortal del héroe, que levanta en triunfo la cabeza de Medusa.

Con esta escultura maestra, Cellini se colocó en línea con los más grandes escultores. Hizo algunas otras obras de bronce y de mármol en aquel período de abundante creación: bustos, figuras de la mitología clásica, y el gran crucifijo para su propia tumba.

A medida que entraba en años, el hombre que había vivido imponiendo su ley, poco a poco fue ajustándose a la de los demás mortales. Cuando tenía sesenta y cuatro años de edad se casó con su ama de llaves, y tuvo hijos. Así como antes había tirado el dinero a manos llenas, ahora escuchó el consejo de los hombres prudentes: invirtió lo mejor que pudo . . . y lo perdió todo.

El 13 de febrero de 1571 acabaron las aventuras terrenales de Benvenuto Cellini, que perduran, sin embargo, en las páginas de su brillante *Autobiografía*. Durante casi dos siglos, el manuscrito estuvo perdido. Cuando se descubrió, su publicación conmovió a Europa. Goethe, que hizo la traducción al alemán, declaró que le había ofrecido un panorama de aquellos tiempos mejor que la historia más autorizada. Dumas devoró sus páginas, y luego produjo el alegre caballero D'Artagnan. Desde entonces, la figura del espadachín aventurero que se empeña en los lances más temerarios ha inspirado centenares de libros y obras cinematográficas en mil ocasiones. Pero no hay duda de que el primero de todos fue Benvenuto Cellini.

"Y SIN EMBARGO, SE MUEVE"

Donald Culross Peattie

Aún puede verse en la catedral de Pisa la lámpara colgante que encendió el fuego creador en el cerebro de uno de los mayores genios que conoce la historia.

Aquel día de 1581 alguien movió la lámpara hacia un lado para encenderla y luego la soltó. La lámpara, colgada del techo por una cadena, empezó a oscilar silenciosamente sobre las cabezas de los fieles en amplios arcos que iban decreciendo poco a poco. Un joven de diecisiete años, descuidando sus oraciones, se puso a contemplarla como ensimismado.

El joven Galileo Galilei observó que, al contrario de lo que indicaría el sentido común, la duración de las oscilaciones no se reducía a medida que disminuía el arco descrito por la lámpara. Para cerciorarse, como no tenía reloj, confrontó el tiempo de las oscilaciones con su propio pulso. Los latidos de su corazón le dijeron que lo que pensaba era verdad.

El joven Galileo había descubierto un fragmento de la armonía universal. Estimulado y lleno de entusiasmo, comenzó a hacer experimentos en su casa con péndulos de distinta longitud y peso, colgándolos de las vigas del techo y de las ramas de los árboles. Parecía poseído de una extraña manía, y esto irritaba a sus familiares. Inventó después un péndulo cuyas oscilaciones podían sincronizarse con el pulso de una persona y registraba las pulsaciones en un círculo graduado. De este modo, los médicos, en tiempos en que los relojes de bolsillo eran sumamente raros, podían tomar con exactitud el pulso a un enfermo.

Galileo nació en Pisa, el 15 de febrero de 1564. Su padre fue Vincenzo Galilei, noble empobrecido que tenía gran aptitud para las ciencias matemáticas y era muy amante de la música. Pero como los conocimientos de matemáticas superiores no le servían para nada en la adminis-

tración de la tienda de ropa blanca que Vincenzo se había visto obligado a abrir para ganarse la vida, el prudente tendero no quería que su hijo mayor se dedicara a esas "ciencias inútiles". En la música, sin embargo, hallaba Vincenzo algún alivio a las penas que le causaban los fracasos sociales y el genio violento de su esposa. Él mismo enseñó al joven Galileo a tocar el laúd y el órgano.

De su madre, Galileo heredó el carácter colérico y cierta propensión al sarcasmo, particularidades ambas que con el tiempo le crearían enemigos. De su padre heredó la aptitud para las matemáticas. Estudió las primeras letras en una escuela de monjes benedictinos de las cercanías de Florencia y, por lo que sabemos, la vida de estudiante le encantaba.

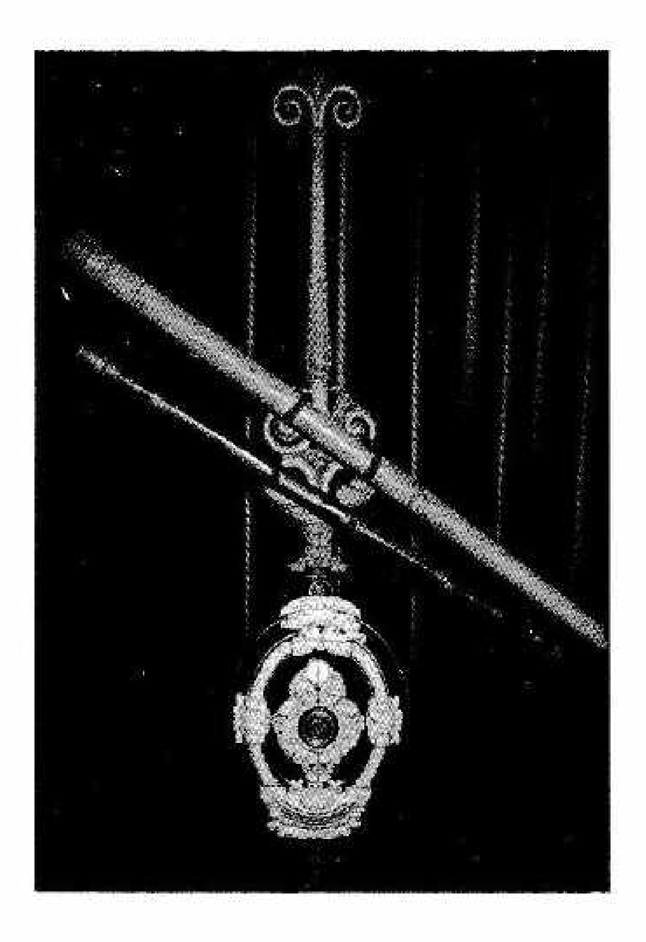
A la edad de trece años escribió a su padre diciéndole que deseaba abrazar la carrera eclesiástica. Sin embargo, su progenitor juzgó que ya era hora de que el muchacho comenzara a trabajar, y le dio un empleo en su tienda. Al comprobar que no servía para comerciante, lo envió, el año 1581, a estudiar medicina en la universidad de Pisa. Galileo tenía a la sazón diecisiete años.

En aquellos tiempos, la carrera de medicina incluía el estudio de la filosofía de Aristóteles. Aunque hacía cerca de dos mil años que el gran filósofo griego había muerto, poner en duda sus doctrinas era considerado una herejía. Además, la Iglesia enseñaba que —como había sostenido el astrónomo Tolomeo más de mil años antes— la Tierra era el centro del Universo, alrededor de la cual giraban un pequeño Sol, una pequeña Luna y unas cuantas lucecillas llamadas estrellas.

El joven Galileo, descontento de este minúsculo Universo y de las pequeñas inteligencias que no veían más allá del mismo, descartó los dogmas reinantes y se dedicó a buscar pruebas. Estudiando por su cuenta, se familiarizó con las enseñanzas de Arquímedes, el más ilustre de los matemáticos y físicos griegos, e inventó una balanza para analizar metales por su peso, aplicando una teoría de Arquímedes. Ideó también un método sencillo para determinar el centro de gravedad de los cuerpos sólidos. Su fama pronto se extendió entre los hombres de ciencia de su época. En 1589, ayudado por algunos personajes influyentes que admiraban sus grandes dotes, Galileo fue nombrado, a la edad de veinticinco años, profesor de matemáticas de la universidad de Pisa.

Una vez instalado en su puesto se atrevió a refutar las teorías aristotélicas. Aristóteles sostenía que cuanto más pesado es un cuerpo, tanto mayor es la velocidad con que cae. Algunos dicen que Galileo invitó a los sabios profesores de su época al pie de la famosa

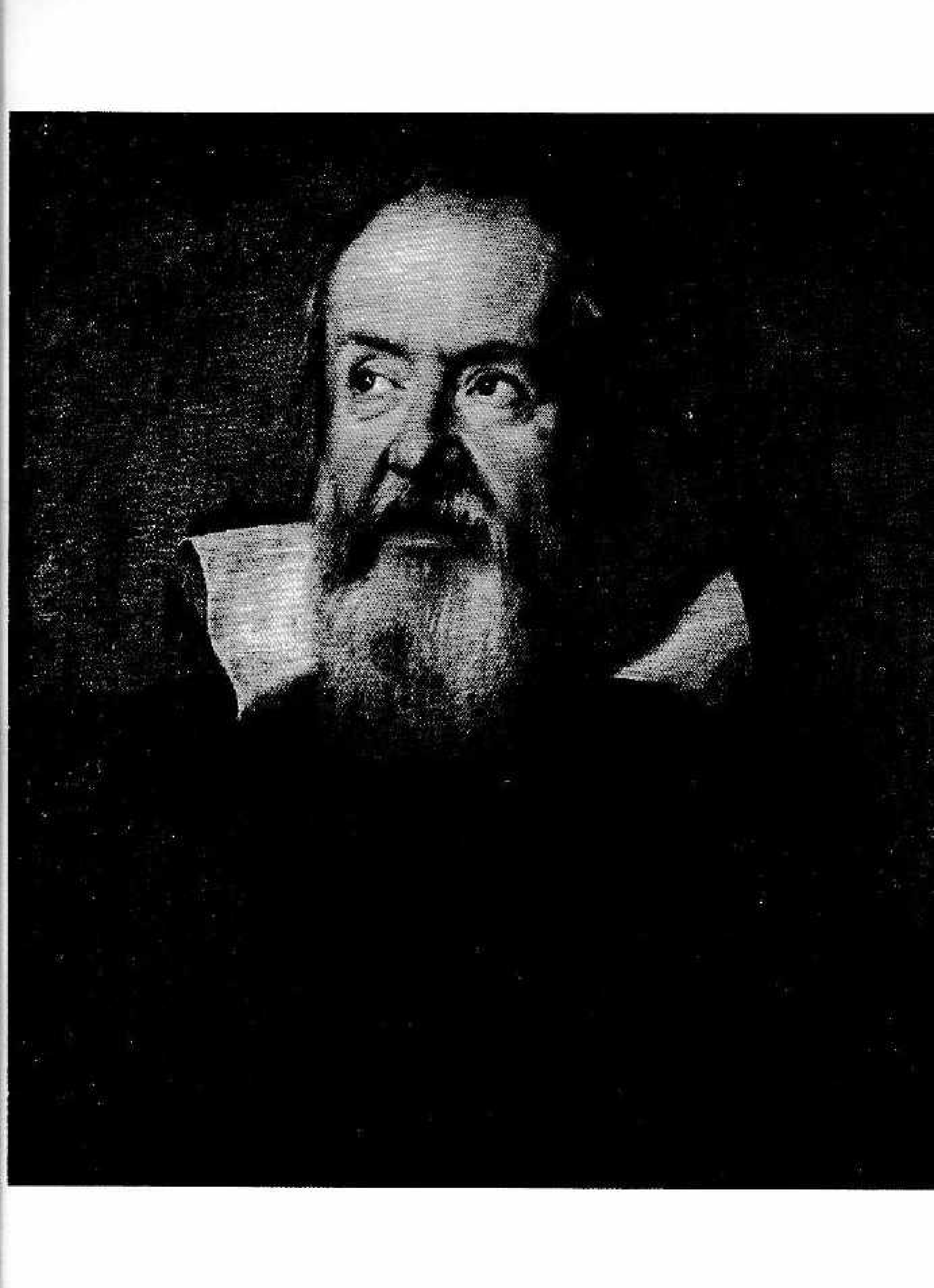
El famoso telescopio con el que Galileo descubrió los cuatro satélites de Júpiter, en 1610. Se encuentra actualmente, junto con muchos objetos pertenecientes al astrónomo, en el Museo de Historia de la Ciencia en Florencia. El retrato del científico, reproducido en la página de la derecha, es obra del pintor flamenco Justus Sustermans, que estuvo en Florencia al servicio del Gran Duque de Toscana y murió allí en 1691. La pintura se encuentra en la Galería de los Uffizi de Florencia.



torre inclinada de la ciudad. Una vez allí, Galileo subió al último piso y dejó caer simultáneamente un peso de medio kilo y otro de cinco. Ambos llegaron al suelo al mismo tiempo. Sin embargo, aquellos sapientísimos maestros, aferrados a los dogmas escolásticos, prefirieron creer lo que habían leído que lo que sus propios ojos veían.

Pero Galileo continuó sus experimentos, no solo con cuerpos que dejaba caer libremente, sino también con cuerpos que hacía deslizar sobre planos inclinados. Con ellos demostró que la velocidad de caída de todos los cuerpos aumenta a intervalos y que este aumento de velocidad es uniforme para todos ellos, independientemente de su peso.

Galileo estaba muy interesado en los problemas de artillería. Los artilleros de la época sabían que para dar en un blanco lejano debían elevar la mira del cañón, pero tenían que determinar a ojo la elevación



necesaria. Galileo demostró que la trayectoria, esto es, el camino que recorre un proyectil, es una parábola, y calculó una tabla de distancias y elevaciones, en la cual el artillero podía hallar la altura a que debía elevar la mira de su cañón para hacer blanco en un punto situado a una distancia determinada.

Galileo fue, pues, el fundador de la ciencia de los cuerpos en movimiento que hoy conocemos con el nombre de dinámica. Entre las leyes fundamentales que descubrió figura la ley de la inercia, que explica la tendencia de todo cuerpo que está en reposo a permanecer en reposo, y de todo cuerpo que está moviéndose a continuar moviéndose en línea recta, con velocidad uniforme, hasta que sobre él actúe alguna fuerza exterior. Hoy llamamos a este principio "Primera ley de Newton", por haber sido el insigne físico y matemático inglés quien la formuló con precisión; pero Galileo fue el primero que estudió sus posibles aplicaciones. También fue el primero en ver que la inercia se aplica tanto a los cuerpos terrestres como a los celestes.

El método experimental era casi desconocido antes de Galileo. Como los profesores de la universidad de Pisa no podían o no querían adoptar aquel método, intrigaron para que el joven científico fuese retirado de su cátedra. Para su desgracia, el joven Galileo se había burlado recientemente de una aparatosa draga inventada por el hermanastro del reinante duque de Toscana; y lo peor del caso era que había tenido razón, pues el costoso artefacto se desbarató cuando fue puesto en acción. Aliándose con el influyente chambón, los profesores lograron que a Galileo se le disminuyera el sueldo. Disgustado por la incomprensión que lo rodeaba, Galileo volvió a la tienda de su padre.

Por fortuna, tenía tantos amigos como enemigos, y aquéllos influyeron para que la República de Venecia le ofreciera, en 1592, una cátedra en la universidad de Padua. El sueldo era bueno y disfrutaba de mayor libertad intelectual que en Pisa.

Durante los dieciocho años siguientes, Galileo proyectó puentes, fortificaciones y diversas máquinas militares. Inventó un instrumento precursor de la moderna regla de cálculo, para determinar intereses y extraer las raíces cuadrada y cúbica. A esto agregó un cuadrante para medir ángulos y obtener subdivisiones en la brújula astronómica. Este instrumento tuvo tal demanda que para producirlo hubo de contratar ayudantes. Muchos de estos objetos de exquisita factura manual quedan todavía.

En Padua, el número de alumnos en las conferencias de Galileo

creció hasta tal punto que no cabían ni en el salón mayor de la universidad. Este se vio obligado a dar las lecciones al aire libre. Asistían a sus clases estudiantes procedentes de países lejanos, como Suecia y Escocia. Entre ellos figuraban algunos que más tarde llevarían al mundo entero las enseñanzas del maestro, o serían protectores y fomentadores de la ciencia, como el archiduque Fernando, futuro emperador de Alemania. Galileo les hablaba del Universo y les decía que, al contrario de lo que enseñaba Aristóteles, nada en él permanece en reposo, sino que todas las cosas, todos los átomos, todos los astros, están en constante movimiento; les decía también que, según el filósofo Pitágoras, anterior a Aristóteles, la Tierra se mueve y, lejos de ser el centro del Universo, no es más que un satélite de una de las estrellas que arden en la infinita oscuridad del espacio.

En 1609 llegó a oídos de Galileo el rumor de que cierto fabricante holandés de anteojos había descubierto por casualidad que si se miraba un objeto con dos lentes situadas a unos 30 centímetros una de otra, el objeto parecía aumentar de tamaño. Aunque no tenía modelo, Galileo construyó pronto un telescopio, el cual llevó a lo alto del campanario de San Marcos, el edificio veneciano de mayor altura.

Sudando y jadeando, subieron tras él, por las largas escaleras, el *dux* y los senadores de Venecia, todos vestidos con sus ropas de terciopelo. Al mirar por el instrumento que había construido Galileo vieron, asombrados, las calles de Padua y la gente que transitaba por ellas. El Senado aumentó el sueldo de Galileo y le asignó una cátedra vitalicia. El joven científico comenzó a fabricar telescopios con fines comerciales. Al telescopio que conservó para su propio uso le dio el nombre de *El viejo descubridor*. Reducía 33 veces la distancia real del objeto.

Aquella noche memorable en que dirigió su telescopio al firmamento, Galileo contempló el espectáculo más grandioso que hasta entonces se había presentado a los ojos del hombre: la bóveda infinita del cielo iluminada por astros sin fin suspendidos en la inmensidad de las tinieblas. Donde sus ojos no habían visto sino lo que parecían vapores difusos blanquecinos, sus poderosas lentes le pusieron de manifiesto la banda de estrellas de la Vía Láctea y otras estrellas más lejanas aún. Aquella noche nació la astronomía como ciencia.

Durante el día, Galileo observaba el Sol con lentes ahumadas. Descubrió que en la ardiente superficie del astro se movían unos parches oscuros (que hoy se llaman manchas del Sol), y por su

movimiento aparente a lo largo del disco solar dedujo que el Sol, como la Tierra, gira alrededor de un eje. Se preguntó, además, si no sería posible que el Sol se moviese en una órbita propia aún desconocida. Al dirigir su telescopio a Júpiter descubrió que las tres estrellas brillantes en línea con este planeta no estaban fijas, sino que giraban a su alrededor, como la Luna, alrededor de la Tierra. Más tarde descubrió un cuarto satélite de Júpiter, de los doce que conocemos hoy. Galileo encontró así un sistema solar en miniatura, que para cualquiera que pudiera razonar era prueba suficiente de que existía también un sistema planetario.

Resultaba, entonces, que el gran polaco Copérnico había tenido razón cuando en 1543 proclamó que la Tierra gira alrededor de su eje y todos los planetas, alrededor del Sol; y que Giordano Bruno estaba acertado al enseñar la teoría copernicana en las universidades, aunque por ello y por otras herejías lo hubieran quemado vivo en Roma, en el año 1600.

Eso aconteció solo diez años antes de que Galileo dirigiera su *Viejo descubridor* hacia la bóveda celeste. No era, pues, extraño, que algunos profesores se negaran a mirar por el telescopio. Sin embargo, millares de personas miraron y se convencieron. Entre ellas figuraban hombres de ciencia, nobles, cardenales y aun el mismo Papa Paulo V. Pero varios filósofos envidiosos se unieron a un gran número de fanáticos ignorantes y denunciaron a Galileo ante la Inquisición, tribunal de la Iglesia que juzgaba y castigaba actos en contra de creencias establecidas. Según afirmaban, los movimientos celestes que él veía con sus lentes, eran contrarios a las Sagradas Escrituras.

La Inquisición prohibió al gran astrónomo que enseñara sus teorías acerca del sistema solar. Durante dieciséis años obedeció, pero en 1632 se aventuró a publicar el libro *Diálogos acerca de los dos principales sistemas del mundo,* el de Tolomeo frente al de Copérnico. En esta obra, el defensor del sistema de Tolomeo, un personaje llamado Simplicio, presentaba unos argumentos vanos y ridículos. Los enemigos de Galileo hicieron creer al Papa Urbano que Simplicio era una caricatura de Su Santidad. Al editor de los *Diálogos* se le prohibió que continuara vendiendo el libro, aunque éste ya había sido distribuido por muchos países de Europa. Galileo fue citado a Roma por las autoridades eclesiásticas. Cerca ya de la edad de setenta años, víctima de una hernia doble y de trastornos cardíacos, Galileo compareció ante una comisión de cardenales que debía examinar las acusaciones. Lo amenazaron con darle tormento si no abjuraba

sus teorías científicas. Trascurridos cuatro meses de cautiverio, cedió.

Cuenta la leyenda que después de abjurar de su creencia acerca del movimiento de la Tierra, dijo en un susurro: "Y sin embargo, se mueve."

Después tuvo que arrodillarse y leer en alta voz y firmar un documento en el que declaraba que las teorías de Copérnico eran falsas y que se comprometía a no volver a enseñarlas ni hablar sobre ellas, so pena de muerte. Luego fue condenado a prisión, y su libro se incluyó en el índice de lecturas prohibidas, donde permaneció hasta 1835.

Por intercesión del duque de Toscana fue sacado del calabozo y recluido en su propia casa, donde estaba siempre rodeado de espías. A pesar de su condición de prisionero, los grandes científicos de la época se agolpaban a su puerta, anhelosos de decir que habían visto el rostro rugoso y los penetrantes ojos azules del sabio encadenado.

A riesgo de su vida, Galileo enviaba a hurtadillas fragmentos del nuevo manuscrito en que estaba trabajando a los países donde el pensamiento y la prensa eran todavía libres. Al darse cuenta de que iba perdiendo rápidamente la vista imprimió mayor velocidad a su trabajo. El libro, titulado *Discursos y demostraciones matemáticas en torno a dos nuevas ciencias* es por sí solo suficiente para dar a Galileo la categoría de gigante intelectual y padre de la física experimental moderna. Allí expuso los principios fundamentales de la flotación de los cuerpos y la teoría científica del sonido. Dio a los músicos pruebas experimentales de las leyes matemáticas básicas del tono y la armonía. A los ingenieros les dejó sus conocimientos sobre los esfuerzos y las deformaciones que sirven de base al cálculo de las estructuras. Enunció, además, el fenómeno de la atracción de los cuerpos pequeños por los grandes.

Galileo murió, ciego, a la edad de setenta y ocho años, en 1642, año en que nació Isaac Newton. Aún después de muerto fue el terror de sus enemigos, que persiguieron a sus amigos y seguidores y trataron de ocultar no solo sus obras, sino también hasta la sepultura en que yacían sus restos. Sin embargo, no debemos juzgarlos con demasiada severidad, pues ellos no eran sino víctimas de las supersticiones de la época. En cuanto a Galileo, debemos recordar que fue profundamente religioso. Creía que Dios se revela de continuo en la majestad de las leyes de la Naturaleza. La ciencia es la lente que pone de manifiesto esas leyes y, como decía él, avanza sin cesar y no puede retroceder.

RUBÉN DARÍO

*Ernesto Mejía Sánchez**

Un jovencito nicaragüense, apenas cumplidos los 15 años, se aventuraba allá por el año de 1882 a dejar su tierra nativa. Iba al país vecino de El Salvador en busca de horizontes propicios a su vocación poética. Entonces los poetas gozaban de preeminencia aun en los medios oficiales; a los pocos días de su llegada fue recibido por el presidente de la república, doctor Rafael Zaldívar, quien se puso a las órdenes del joven poeta y le preguntó qué deseaba. Éste, venciendo su timidez ancestral de mestizo, respondió: "Quiero tener una buena posición social." Treinta años más tarde ese poeta que se llamó Rubén Darío, al escribir en la cumbre de su fama la historia de su vida, se interrogaba así: "¿Qué entendería yo por tener una posición social?"

El tiempo y su obra vinieron a dar la respuesta. El mayor crítico de la literatura española, Marcelino Menéndez y Pelayo, poco antes de morir dictaminó de esta manera: "De su copiosa producción, de sus innovaciones métricas y del influjo que hoy ejerce en la juventud intelectual de todos los países de lengua castellana, mucho tendrá que escribir el futuro historiador de nuestra lírica." Esa posición social a que de joven aspiraba Rubén Darío, gracias a su obra imperecedera, se convirtió en una posición directora de la cultura hispánica —de América y de España— y no solo en el aspecto de la poesía lírica, como creyó Menéndez y Pelayo, sino en todos los órdenes. Pues este nicaragüense no solo fue poeta en verso; también lo fue en prosa y en las ideas; y además fue narrador, ensayista, conferenciante, periodista, diplomático y hombre íntimo muy peculiar del mundo hispánico en que se produjo.

Este poeta errante, como lo llama un reciente biógrafo norteamericano, que desde niño soñó en la evasión de los viajes, nació en la aldea de Metapa, tierra adentro, en el centro de la pequeña república de Nicaragua, el 18 de enero de 1867. Criado en León, en el hogar de su tía abuela materna doña Bernarda Sarmiento de Ramírez —porque Rosa

* *Escritor y poeta nicaragüense; es autor de* Darío y Montalvo, Los primeros cuentos de Rubén Darío *y* Rubén Darío en Oxford.

Sarmiento y Manuel Darío, sus padres, se distanciaron a los dos años de matrimonio— llegó a sentir verdadero amor filial por su tío abuelo político y padrino el coronel Félix Ramírez, de quien heredó el primero de los nombres que figuran en su partida de bautismo (Félix Rubén), y el fervor por la causa de la Unión Centroamericana.

No fue buen estudiante, pero sí gran lector. En un viejo arcón de sus tíos descubrió el mundo literario: el *Quijote*, la Biblia, Cicerón, Moratín, Mme. Staël, algunas comedias y una novela de terror. "Extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño", comentó él muchos años después. El don del canto apareció muy temprano y, primero en León y luego en todo el país, se lo reconoció prontamente como poeta niño. La primera fotografía que se conoce lo presenta con gran cabeza rizada y pensativa. La más antigua poesía suya se titula "La fe" (1879), escrita todavía a la sombra de los jesuitas, pero poco después, expulsados estos, cayó bajo la influencia de los masones, que lo hicieron liberal y escéptico en materia religiosa. Precoz también en el amor, quiso ir en pos de una pequeña saltimbanqui transeunte. Ganó fama de poeta enamorado, al modo de la época. Asistía a bailes y veladas en las que su facilidad poética se lucía, y al cabo partió para Managua, la capital, en donde hizo las primeras armas del periodista y desempeñó un empleo en la Biblioteca Nacional.

Su primer viaje fuera de las fronteras patrias fue el que hizo a El Salvador. Allí el presidente Zaldívar le encargó una Oda para el Centenario del nacimiento de Bolívar y compartió con el poeta Francisco Gavidia experiencias innovadoras procedentes de Víctor Hugo. Volvió a Nicaragua, a fines del año siguiente, para entregarse otra vez al periodismo, el teatro y, como siempre, a los versos, y al primer amor pasional con Rosario Murillo. Ya empieza Darío a darse a conocer en el norte y el sur de América, así como a difundir los valores de la patria chica y de la patria grande centroamericana. Cuando emprende un nuevo viaje, ahora a Chile, en junio de 1886, ya domina el inglés, pues ha traducido y anotado el *Venus y Adonis*, de Shakespeare, y deja en la Tipografía Nacional su primer libro en forma, *Epístolas y poemas*, que no saldrá impreso sino al saberse los éxitos que obtiene con el chileno *Azul* . . . en 1888, libro de cuentos y poemas en prosa y verso. Despierta admiraciones al otro lado del Atlántico: Juan Valera, el gran crítico del momento, le ha dirigido dos cartas famosas a propósito de *Azul*. Pero no se olvida de su tierra; el primer artículo escrito en Chile es sobre "La erupción del Momotombo", y en 1888 escribe sobre "La literatura en Centroamérica", donde aparece

Rubén Darío,
el poeta
innovador,
en la plenitud
de su vida
fecunda.



por primera vez la palabra "modernismo", que convertida en movimiento él llevará a su culminación.

De regreso a la patria en 1889, renueva brevemente su idilio con Rosario Murillo; pero, veleidoso siempre en materia de amores, otro nuevo que arranca de su infancia en León lo hace pensar en serio en el matrimonio. Rafaela Contreras, muchacha sensitiva y espiritual, es el objeto del nuevo sentimiento, y la unión en acto civil no se hace esperar. El mismo día del casamiento, sin embargo, un golpe de estado militarista obliga al poeta a refugiarse en la vecina Guatemala, donde al cabo se le reúne Rafaela. En los dos años que siguen el poeta alterna nomádicas paradas entre este país, el propio, Costa Rica (donde nace su primer hijo, Rubén Darío Contreras), Cuba (toca en La Habana en vísperas de su primer cruce oceánico) y España, a donde lo envía su país como secretario de la delegación nicaragüense al IV Centena-

rio del Descubrimiento de América que se celebra en Madrid en 1892.

Este viaje a España fue sumamente fructífero para su carrera literaria: se relaciona con los delegados hispanoamericanos, en su mayoría escritores de nota, y con los literatos españoles como Menéndez y Pelayo, Valera y Emilia Pardo Bazán; asiste a sus tertulias y consigue simpatías y discípulos.

De regreso en Nicaragua, recibe la fatal noticia de la muerte de Rafaela, tragedia que trata de ahogar en vino y en viejos amores. Contrae nuevo y rápido vínculo matrimonial con su primera novia Rosario Murillo. Embarcan para Panamá, donde recibe el nombramiento consular y emprende el viaje a Buenos Aires . . . ¡vía Nueva York y París! La esposa regresa de Panamá a Nicaragua, separación que habrá de prolongarse indefinidamente, a pesar de la comunicación epistolar que muestra intenciones de reunión; empero Darío siempre afirmó que esta boda fue lograda por la fuerza y aseguraba que le impidió la formación de un hogar. De paso por Nueva York (ahí se entrevista con José Martí, quien lo llama significativamente: "¡Hijo!") y París (para cumplir sus sueños y conocer a Verlaine, Jean Moréas, Charles Morice y otros personajes de la hora simbolista de Francia), se instala en Buenos Aires como jefe de cenáculos y revistas de renovación literaria. Dos obras representativas en la producción de Darío, habrán de ser consideradas por la juventud de España y América como breviarios de una nueva estética, de 1896 en adelante: *Los raros*, estudios sobre los simbolistas franceses, en su mayor parte; y *Prosas profanas*, poesías de tema y factura esteticista. Exotismo, cosmopolitismo, erudición, erotismo y exquisitez, innovaciones métricas, verso libre y poema en prosa son las notas distintivas del libro, que se imponen rápidamente en esta época de las letras hispánicas. Es lo que se ha venido llamando *modernismo*, el primer movimiento literario que parte de América.

Los modernistas, y Darío el primero, absorben cuanto pueden de todos los horizontes culturales; aspiran a una universalidad que va más allá de la simple moda cosmopolita del fin de siglo.

Un nuevo viaje a España, a fines de 1898, se produce cuando lo envía *La Nación* de Buenos Aires como testigo del desastre español producido por la guerra hispano-americana. En abril de 1900 *La Nación* lo envía a la Exposición Universal de París y en septiembre realiza un viaje a Italia. Desde este segundo viaje transoceánico, vive casi permanentemente en Europa; en su constelación amorosa figura la española Francisca Sánchez, buena moza de humilde condición, nacida en las tierras de Ávila, que habrá de acompañarlo durante 14

años de su azarosa y profunda madurez. Sus ingresos constantes los gana como corresponsal de *La Nación* o como cónsul de Nicaragua en París; pero el nuevo hogar y la vida bohemia, afición personal tanto como costumbre de su generación literaria, lo hacen recurrir a las traducciones y a la recopilación de páginas periodísticas. En 1905 publica sus célebres *Cantos de Vida y Esperanza*. Esta obra, a un tiempo intimista y universalista, hispanista y americana, convenció unánimamente a los nuevos poetas de España y América, y aun a los críticos adversos o reticentes de aquí y allá, en cuanto a los méritos del modernismo.

Entretanto, la segunda esposa de Darío se ha presentado en París a reclamar sus derechos. Como el divorcio no puede realizarse sino en Nicaragua, Darío decide salir de Francia a la mayor brevedad. Casi al partir, nace el único de los hijos de Francisca Sánchez que habrá de sobrevivir y acompañar al poeta por siete años: Rubén Darío Sánchez, el heredero de sus derechos literarios. A fines de 1907, está Darío en Nicaragua. Recorre en triunfo las principales ciudades del país. Homenajes, banquetes y veladas literarias se suceden sin interrupción. Por entonces Darío era un hombre fornido y robusto, de elegantes maneras y de vestir exquisito; su simpatía personal le conseguía admiraciones de inmediato.

El gobierno del General Zelaya, no sin dilatorias, lo nombró ministro de Nicaragua en Madrid; pero el principal propósito de su viaje, el divorcio de Rosario Murillo, no logra ahora, ni logrará nunca, realizarlo.

Los amigos que lo trataron de cerca en Madrid por esta época se refieren en sus memorias a los accesos de melancolía del bardo y a sus frecuentes delirios alcohólicos, pero también dejan testimonios como éste de su fina personalidad: "Hablaba largo rato de asuntos literarios, trasluciéndose una de las culturas más profusas y firmes de cuantas culturas literarias puedan existir. Luego tocaba en un piano que había adquirido a crédito algunas canciones de su Nicaragua. Musitaba con mucha frecuencia, casi a diario, en voz fina: *Mañanitas, mañanitas, / como que quiere llover . . . / Así estaban las mañanitas / cuando te empecé a querer . . .* Esta copla debía tener para el querido poeta alguna relación profunda con su ser. Una noche noté que al cantarla sus ojos estaban empañados."

Ante el fracaso de su misión en Madrid, motivado por dificultades económicas y políticas de su ministerio, se retiró de nuevo a París, a vivir como siempre de su pluma de corresponsal y de escritor. En

1910 obtuvo el mejor pago de su tiempo con el *Canto a la Argentina*, solicitado por *La Nación* de Buenos Aires. Fundó dos revistas hispanoamericanas, *Mundial Magazine* y *Elegancias* (1911-1914), y publicó dos libros más de crónicas y ensayos. No quedó país del continente americano que Darío no tocara en sus viajes, o con su prosa y sus versos.

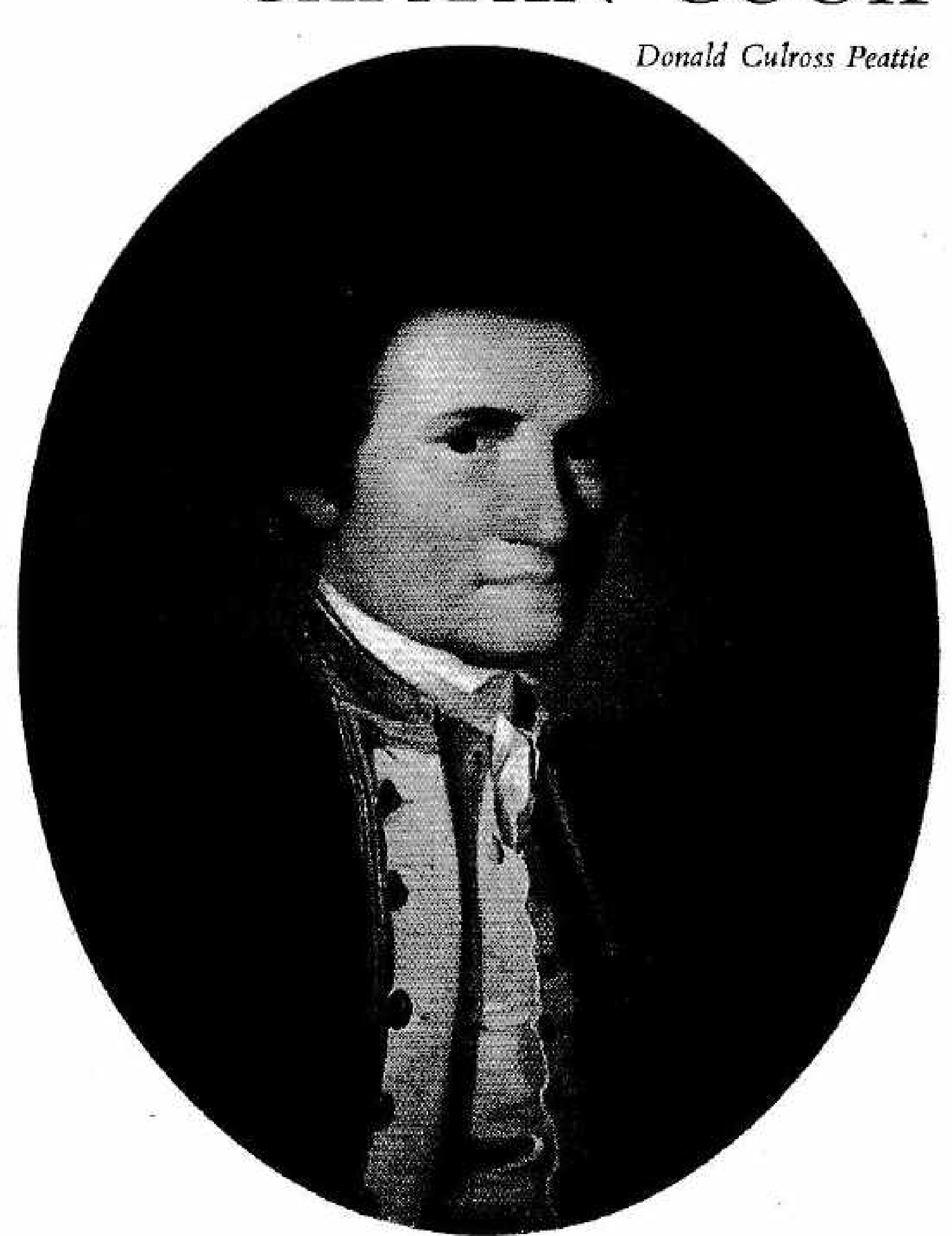
Las revistas que dirigía lo llevaron a emprender nuevos viajes, pero la salud quebrantada solo le permitió visitar Brasil, Uruguay y Argentina, donde en reposo obligado escribió su autobiografía (*La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*). Al regresar a París recibió el homenaje de la intelectualidad francesa, en un famoso banquete presidido por Paul Fort, y se dispuso a juntar su *Obra poética*, que dejó inconclusa, lo mismo que su novela *Oro de Mallorca*, comenzada en la Isla a fines de 1913. A consecuencias de la primera guerra mundial tuvo que establecerse en Barcelona, agosto de 1914, y en octubre planea un viaje pacifista a los Estados Unidos. En Nueva York enferma gravemente de pulmonía doble, pero se repuso lo suficiente para leer su poema "Pax" en la Universidad de Columbia y aceptar su designación como miembro de la Hispanic Society of America.

Por consejo del arzobispo de Nicaragua y de amigos intelectuales, que se preocupan por su salud quebrantada y ya prevéen su final, Rosario Murillo, la esposa nicaragüense, lo convence para que regrese a su patria. Él mismo presiente su fin, cuando escribe: "Voy en busca del cementerio de mi país natal." Llega a Nicaragua el 25 de noviembre y permanece en León. Debilitado en extremo dicta su testamento, en favor de Rubén Darío Sánchez. Pide el viático y los óleos; los recibe con verdadera unción, de manos del obispo Pereira, que ha llegado con gran cortejo eclesiástico. Sobre el pecho de Darío descansa el Cristo que le obsequió años atrás su amigo Amado Nervo. El 5 de febrero de 1916 entró en agonía y el 6 entregó el ánima, que "como la de Nuestro Señor Jesucristo / estaba triste hasta la muerte"; así lo había dicho él mismo en su último poema.

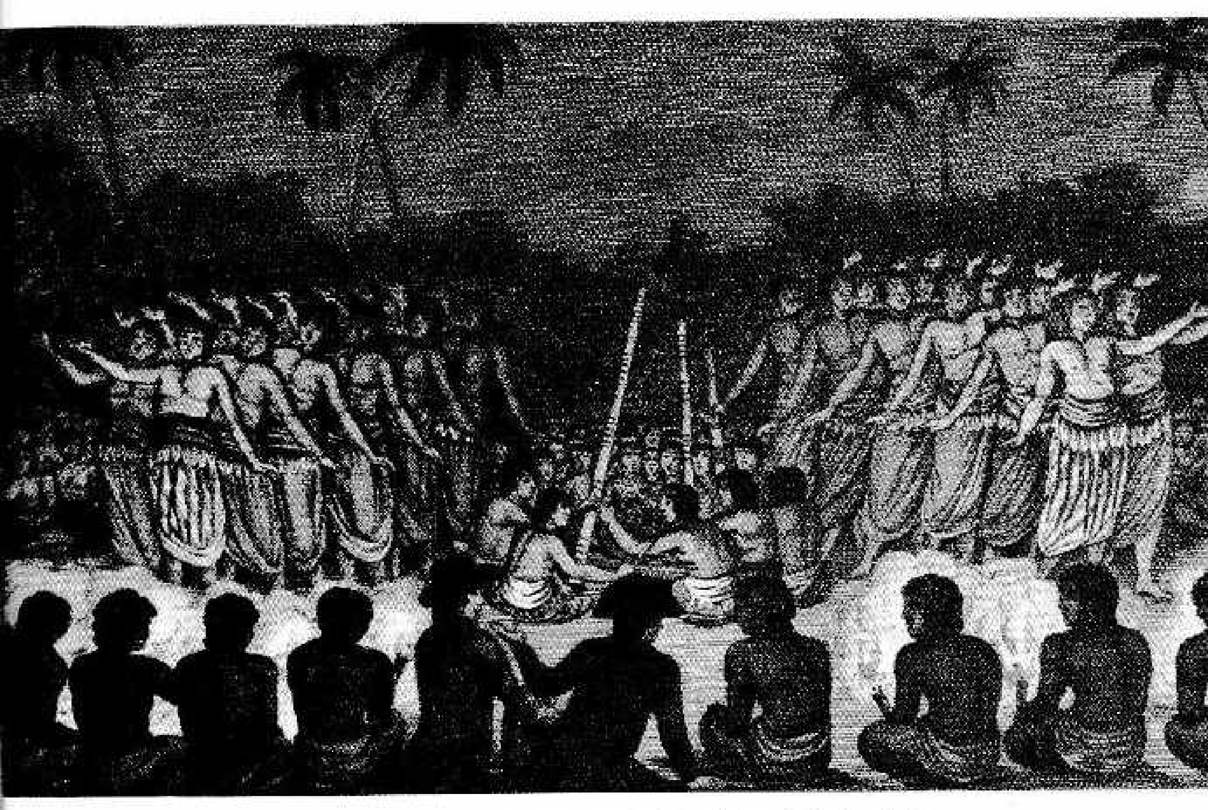
Sus funerales fueron grandiosos. El duelo duró una semana, antes que su cuerpo fuera sepultado al pie de la estatua de San Pablo, en la Catedral de León. La Iglesia decretó para él honras fúnebres como Príncipe suyo y el gobierno, sin ironía, de Ministro de la Guerra. Los títulos de la bibliografía que su obra y su vida han suscitado a diario, se multiplican, como también las piezas desconocidas de verso y prosa, todavía no reunidas totalmente en sus *Obras*. No obstante, la posición social y cultural que llegó a tener por su obra lo coloca entre los primeros hombres del continente americano.

EL INFATIGABLE CAPITÁN COOK

Donald Culross Peattie



El viento del este llevó al fatigado muchacho, que iba recorriendo penosamente la carretera de Yorkshire, la primera noticia de su destino. Al percibir el sonido ronco de la rugiente marejada, alzó la cabeza para escuchar. En aquel momento, el joven, nacido en el interior del país, miembro de una familia de nueve hijos y criado en una choza de adobe, tuvo su primera visión del océano, la vasta inmensidad que se extendía hasta el horizonte. Posiblemente corrió a la orilla y



El retrato de Cook de la página de la izquierda fue pintado, probablemente del natural, por J. Webber, contemporáneo del navegante, y es uno de los más bellos de la Galería Nacional de Retratos de Londres. El grabado del siglo XVIII reproducido aquí representa a los indígenas de la isla polinesia de Apaea mientras ejecutan una de sus típicas danzas en honor de Cook.

sumergió las manos en el agua fría, como para limpiar de ellas la última tierra de los patatales, donde trabajaba como un esclavo, y debió llevarse los dedos húmedos a los labios para probar el agua salada.

Aquel día del año 1741, James Cook, que tenía entonces trece años de edad y llegaría a ser el más grande navegante de un gran pueblo de marinos, se encontró con su gran pasión: el mar.

James Cook fue aprendiz de un tal Saunderson, que vendía comestibles y paños en la aldea de Staithes; por las noches dormía debajo del mostrador de la tienda en la que durante el día despachaba calabazas y guinga. A veces, Saunderson, que solía regresar borracho, le propinaba una zurra. Todo esto, lo mismo que la escasez de la comida, lo soportaba James en silencio porque Staithes estaba muy cerca de Whitby, puerto al que entraban y de donde salían las embarcaciones. No es que Whitby fuera un puerto particularmente pintoresco o atractivo; de él salían para Londres y Bremen carbón, hierro y piedra, y entraban aceite de ballena y maderas procedentes de Noruega y los países del Báltico. Pero nada de lo que estuviera relacionado con el mar resultaba monótono para el inquieto muchacho. Jamás le cansaban el olor del alquitrán o de la estopa, ni la charla de los marineros, ni el crujir de las jarcias, ni el graznar de las gaviotas. Una noche, la cólera de Saunderson no tuvo sobre quién descargarse; en la tienda no había nadie. James Cook se había hecho a la mar.

Su primer buque llevaba el romántico nombre de *Freelove* (Amor libre), pero solo era un sucio barco carbonero, pesado y lento. Su vida a bordo como grumete era muy dura. A pesar de todo, el joven James Cook se sentía como uno más entre aquellos hombres. En invierno, cuando no estaba embarcado, se alojaba en el hogar de uno de los dueños de la flota, que era cuáquero. Con estos amigos aprendió mucho del orden, la honradez, las buenas maneras y los elevados ideales que fueron después característicos de su vida. Ascendió a marinero, llegó después a contramaestre y finalmente a capitán. La vida lo había endurecido físicamente, de suerte que podía comer cualquier cosa y capear cualquier temporal; pero jamás le endureció el corazón ni le embotó el cerebro. Estudiaba constantemente a los hombres, y aprendió a obedecer y a mandar.

En 1755, cuando Inglaterra se hallaba en guerra con Francia, Cook ofreció sus servicios a la Armada. Trascurridos cuatro de la Guerra de los Siete Años, se le confió el mando de una corbeta y fue enviado al sitio de Quebec.

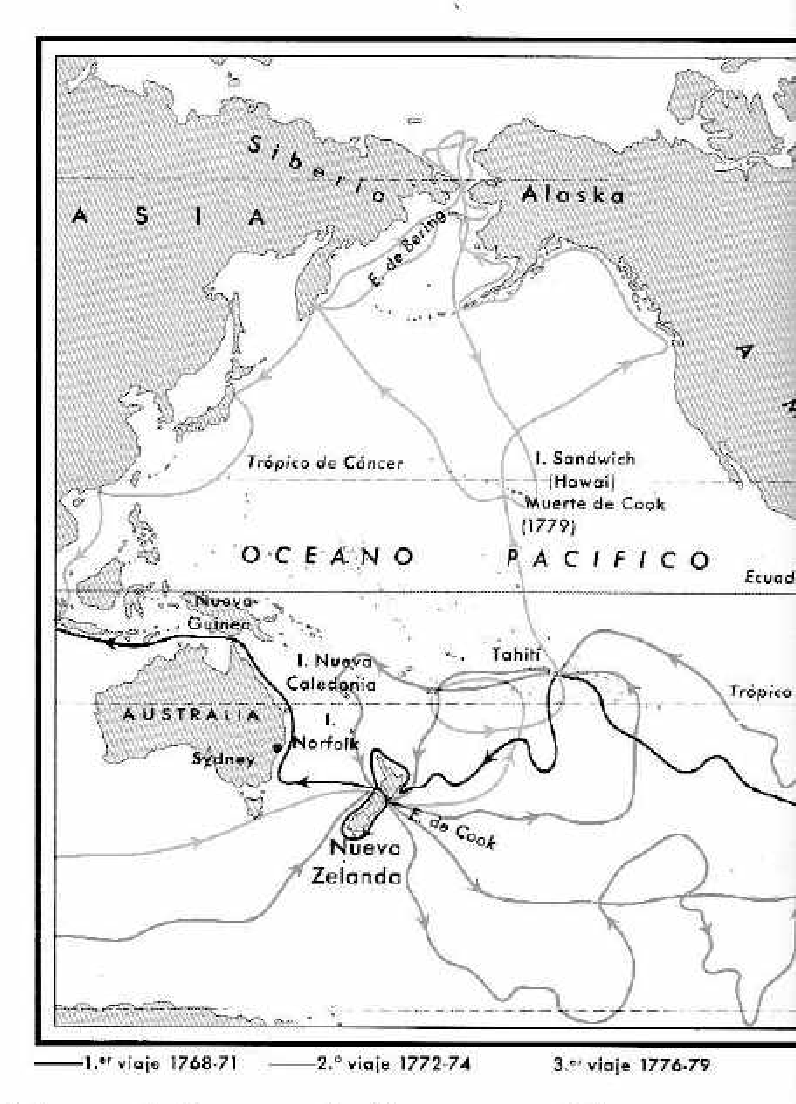
En 1762, Cook, que tenía entonces treinta y cuatro años de edad, contrajo matrimonio. Elizabeth, su esposa, tuvo muy pocas oportunidades de estar a su lado, porque la mayor parte de los años que siguieron a la boda los pasó él navegando. A ella le tocaron las ansiedades de la ausencia, la soledad y el cuidado de los hijos. Para él fueron las penalidades, la gloria, el fin repentino.

Pocos años después, los astros del cielo se cruzaron en su curso como si hubieran querido iluminar el destino de Cook. El 3 de junio de 1769, Venus iba a cruzar el disco del Sol, suceso que no volvería a ocurrir hasta al cabo de un siglo. Para la ciencia era muy importante que se hicieran observaciones del fenómeno desde diversos puntos; al comparar después la hora del tránsito en diversas latitudes sería posible, por triangulación, conocer la distancia del Sol a la Tierra. La Armada escogió a James Cook para conducir una expedición a los mares del Sur.

Recayó en él la elección a causa, en parte, de cierto excelente informe que había rendido respecto de un eclipse de Sol y, en parte, por sus minuciosas investigaciones acerca de la accidentaba costa de Terranova. Pero lo que más influyó en la designación fue su carácter y su ardiente celo. Tenía que hacer observaciones astronómicas desde la isla de Tahití (una de las pocas de los mares del Sur conocidas entonces) y luego ir en busca de nuevas tierras para enriquecer los dominios británicos y el comercio de Inglaterra. Pero hizo mucho más de lo que se le pidió. Empleó la mayor parte del tiempo que estuvo navegando en refutar la existencia de las míticas tierras y de los falsos pasadizos de que tan plagados estaban los mapas de la época; como resultado de ello habría de abrir más pasadizos verdaderos y descubrir más tierras que ningún otro navegante antes o después de él.

Para aquel viaje, Cook no escogió una fragata que fuera crujiendo bajo el peso de los cañones e intimidara a los aborígenes. Eligió un barco carbonero construido en Whitby. Aunque era ancho de manga, de fondo plano y lento andar, ofrecía amplio espacio para el arrumaje y podía navegar por bajíos impracticables para embarcaciones de mayor calado. Este barco, que Cook rebautizó con el nombre de *Endeavour* (Esfuerzo), medía un poco menos de treinta metros de eslora.

El 26 de agosto de 1768, el *Endeavour* zarpó de Plymouth. Llevaba a bordo 94 personas, entre ellas un brillante grupo de hombres de ciencia con toda una biblioteca de historia natural y un equipo para la colección de especímenes, en todo lo cual se habían invertido diez mil libras esterlinas. El *Endeavour* condujo la primera expedición

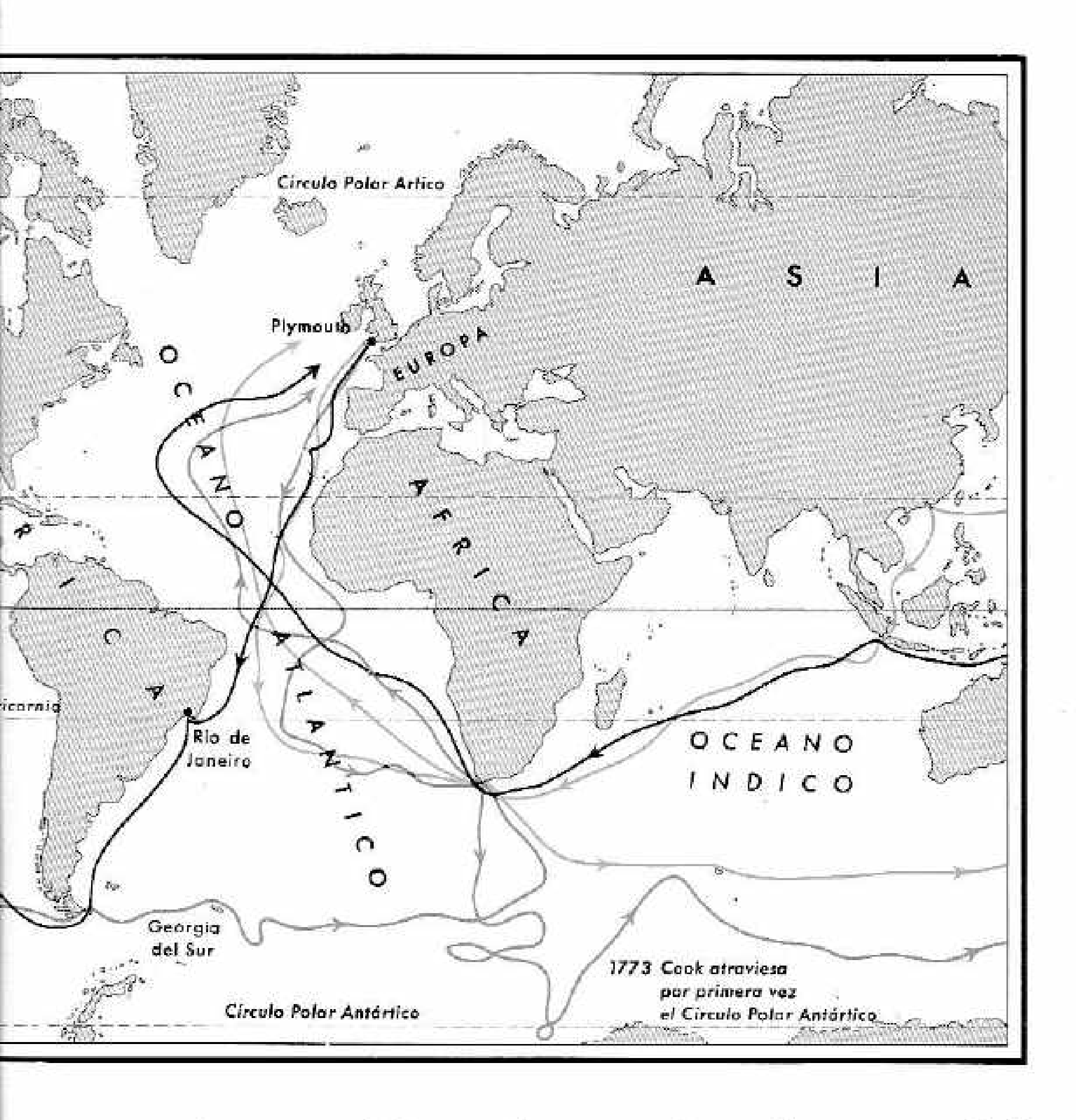


Itinerario de los tres viajes de Cook.

con objetivos única y exclusivamente científicos que cruzó los mares.

Pero la mejor dotada y la más interesante de las personas que iban a bordo era el mismo Cook. Aunque de facciones comunes, sus ojos pardos brillaban con una luz intensa, en la que parecía expresarse su constante preocupación: la vida y la salud de los marineros que iban bajo sus órdenes.

Por aquellos tiempos, los piratas, los arrecifes y los huracanes juntos causaban menos bajas en las tripulaciones que el escorbuto. Cook se dedicó a combatir este feroz enemigo. Hoy sabemos que la causa del



escorbuto es una deficiencia de vitamina C. De alguna manera Cook llegó a saber que la cocción a que se sometían los mejores alimentos en el barco los privaba de su virtud curativa del escorbuto. Así, ante la indignación de los tripulantes, hizo tomar a cada uno su ración de melaza, vinagre de manzana, té de sasafrás y coles. Aquellos lobos marinos, acostumbrados a un régimen de tasajo, avena con gorgojos y pan con mantequilla rancia, todo acompañado con vino, se vieron obligados a consumir buenas cantidades de zumo de limón y de *sauerkraut* (col fermentada). Al fondear en Tahití, en abril de 1769,

Cook se sentía orgulloso de no haber perdido un solo hombre víctima del escorbuto, ni que ninguno de sus marineros tuviera que guardar cama por tal causa.

¡Cuán grata fue para el navegante la bahía de Tahití, con sus umbrosas palmeras, sus cordiales nativos y aquellas comilonas de cerdo asado y deliciosas frutas! No había peligro de hostilidad por parte de los bondadosos naturales, pero sí de que los marineros abusasen de aquella sencilla y confiada hospitalidad. Inmediatamente, Cook estableció las más estrictas reglas de conducta, y castigó severamente, para que sirviera de ejemplo, los dos únicos casos de desobediencia que se presentaron.

En sus relaciones con los nativos, Cook demostró gran habilidad. Comprendió que entre los tahitianos, como entre los blancos, había hombres honrados y otros que actuaban de mala fe, unos morigerados, otros disolutos, unos amantes de la paz y otros camorristas por naturaleza. Cuando era preciso apelar a las armas, usaba perdigones que castigaban, pero no mataban; a los ladrones les hacía afeitar la cabeza, convirtiéndolos así en el hazmerreír de su propia gente. Cuando los padres de familia, ansiosos de agasajarlo, le ofrecían a sus hijas, les explicaba sin gazmoñería ninguna que él y sus compañeros no habían ido a la isla de vacaciones, sino con el propósito de realizar ciertas observaciones astronómicas. Por eso, los nativos lo llamaron *El hombre que busca un planeta.* Como resultado de esa conducta tan recta, la isla de Tahití fue en adelante su base de aprovisionamiento.

Una vez observado con buen éxito el tránsito de Venus, Cook salió rumbo al misterioso continente que se creía situado hacia el sudoeste. La primera tierra que avistó fue Nueva Zelanda, que según comprobó no constaba de una sola, sino de dos grandes islas. En efecto, navegó alrededor de ellas y trazó el mapa de los 3871 kilómetros de costa con asombrosa precisión.

En seguida dio con la costa sudeste de Australia, donde no se sabía que existiera tierra alguna. Allí descubrieron los naturalistas muchas plantas nuevas para la ciencia, en cantidad tal que Cook designó la región con el nombre de bahía Botánica.

¿Qué extensión tenía aquella tierra? Para responder adecuadamente, Cook navegó a lo largo de la costa oriental de Australia. El *Endeavour* estuvo varias veces al borde del desastre en aquellas aguas, que hoy se consideran entre las más peligrosas del mundo. Efectivamente, en cierta ocasión encalló, pero una hábil maniobra salvó el buque. En el espacio de cinco meses, este pequeño barco carbonero

trazó el mapa de la traicionera costa oriental en toda su extensión.

El 19 de agosto de 1770, Cook, en nombre de su rey, tomó posesión de la tierra que había descubierto. En seguida se hizo a la vela con dirección a la patria y exploró de paso una gran extensión de la costa meridional de Nueva Guinea. Once meses después llegaba por fin a Inglaterra.

Cook había agregado dos preciosas perlas a la corona británica: Australia y Nueva Zelanda; había trazado el mapa de algunos de los más distantes y peligrosos mares del mundo; con sus medidas contra el escorbuto había salvado a Inglaterra más marineros de los que por ella perecieron en las guerras napoleónicas, y había escrito en su diario personal una de las obras clásicas de la navegación.

Animado por los descubrimientos de Cook, el Almirantazgo lo envió de nuevo, en 1772, en busca de un vasto continente que, según suposiciones, existía en el Pacífico austral. La expedición constaba de dos barcos, el *Resolution* y el *Adventure*. Los dos sólidos navíos recorrieron en los mares del Polo Sur veinte mil de las más solitarias leguas del Globo. Dirigiendo las proas de madera entre monstruosas moles de hielo y peligrosos témpanos, Cook circunnavegó por primera vez en la historia el casquete polar meridional, con lo que acabó para siempre con el mito de un continente habitable en los mares del Sur.

Al este de Australia descubrió las islas de Nueva Caledonia y Norfolk. En el Atlántico austral obtuvo para la Gran Bretaña la que hoy se llama isla de Georgia del Sur. El viaje duró en esta ocasión casi tres años.

Ya se hallara entre caníbales o entre gente semicivilizada, Cook se conducía siempre como un hombre noble y se ganaba con su carácter el amor de todos los que lo trataban. Tenía también el propósito de enseñar el respeto a la bandera inglesa, y le gustaba impresionar a sus huéspedes con fuegos artificiales. A dondequiera que iba, trataba de introducir la cría de vacas, ovejas, cabras, caballos, conejos, patos, gansos y gallinas. Sin embargo, estos animales morían pronto, en virtud del clima, o los devoraba una población para la que no resultaba razonable dejar suelto un buen bocado que tal vez después sería difícil atrapar.

Sembró hortalizas y cereales europeos donde quiera que el terreno parecía favorable. Pero los nativos veían aquello con indiferencia. No pudo conseguir que se habituaran a cosas mejores. Aquella gente no entendía otro tráfico que el de ropa y herramientas europeas a cambio de tierra y mujeres. Los caníbales se negaban a comer carne

asada y budín de Yorkshire. Preferían comerse un enemigo bien cebado.

Por tercera vez salió Cook de Inglaterra, con el *Resolution* y el *Discovery*, en 1776, con órdenes de explorar el estrecho que separa Alaska de Siberia, y de buscar un pasaje alrededor del extremo septentrional de Norteamérica. Penetró por el estrecho de Bering hacia las heladas regiones del extremo norte de Alaska. No pudo seguir adelante ni aun durante el verano ártico, y probó así que el "Paso del nordeste" alrededor de la América del Norte no era practicable como ruta de navegación.

En su viaje al norte, a principios de 1778, Cook realizó el feliz descubrimiento de las islas Hawai, las mayores del extenso archipiélago de la Polinesia. En Alaska, al recordar la cortesía e inteligencia de los hawaianos y la belleza de sus hogares, se embarcó directamente para aquel archipiélago bañado de sol. Ya se sentía cansado, pues, aunque solo tenía cincuenta años de edad, había llevado una vida de penalidades. Cuando arribó a Hawai de nuevo, en noviembre de 1778, necesitaba el calor de la amistad y un buen descanso.

Para consternación suya, observó que los hawaianos los consideraban a él y a sus compañeros como dioses. Semanas después, el 4 de febrero de 1779, se levantó una tremenda tempestad que arrancó mástiles y rasgó e hizo trizas las velas de las embarcaciones. Una vez pasada la tormenta, Cook observó con extrañeza que la playa se hallaba completamente desierta. Los nativos habían descubierto que los "dioses" eran mortales y que sus grandes buques estaban sujetos a las fuerzas de la Naturaleza. El sumo sacerdote había declarado tabú aquella zona. El cúter del *Discovery* fue robado y días después se le encontró en la playa, roto por los nativos para aprovechar los clavos. Cook, en vez de hacerse a la vela cautelosamente, desembarcó con sus marinos para exigir reparaciones. Algunos de éstos cometieron la imprudencia de disparar sus armas y dar muerte a un jefe amigo. Se originó al momento una violenta escaramuza en la playa y Cook, que se había vuelto para dar una orden, recibió un golpe por detrás en la cabeza. Al tratar de levantarse del agua, le hundieron varias lanzas en la espalda.

Al siguiente día, un sacerdote llegó al *Discovery* con el cadáver del capitán envuelto en una estera. Al ponerse el Sol, el 15 de febrero, en medio del estampido de los cañones, los restos mortales del gran navegante, cartógrafo y explorador del Pacífico, descendieron a las profundidades del mar.

DIO ALAS A LA MENTE

Donald Culross Peattie

"Estoy en desacuerdo con cada una de sus palabras, pero defenderé hasta la muerte su derecho a decirlas." Muchos atribuyen esta famosa frase a Voltaire; sin embargo, fue expresada por uno de sus biógrafos, que de esta manera resumió la lucha que libró Voltaire durante toda su vida por la libertad de pensamiento. "¡Pensad por vosotros mismos!", apremiaba continuamente a sus contemporáneos. Fue el primer moderno en una era de fanatismo, que él trasformó en una era de raciocinio.

A Voltaire se le ha llamado cínico, porque insistió en el derecho de cada uno a dudar de lo que no pudiera creer. La gente os asegurará que Voltaire fue ateo. El mismo contestó no a sus acusadores, sino a su Creador con estas palabras:

Oh Dios irreconocido, a quien todas Tus obras proclaman,
Oh Dios, escucha estas mis últimas palabras:
Si alguna vez he errado, ha sido buscando Tu ley;
Mi corazón puede extraviarse, pero está lleno de Ti.

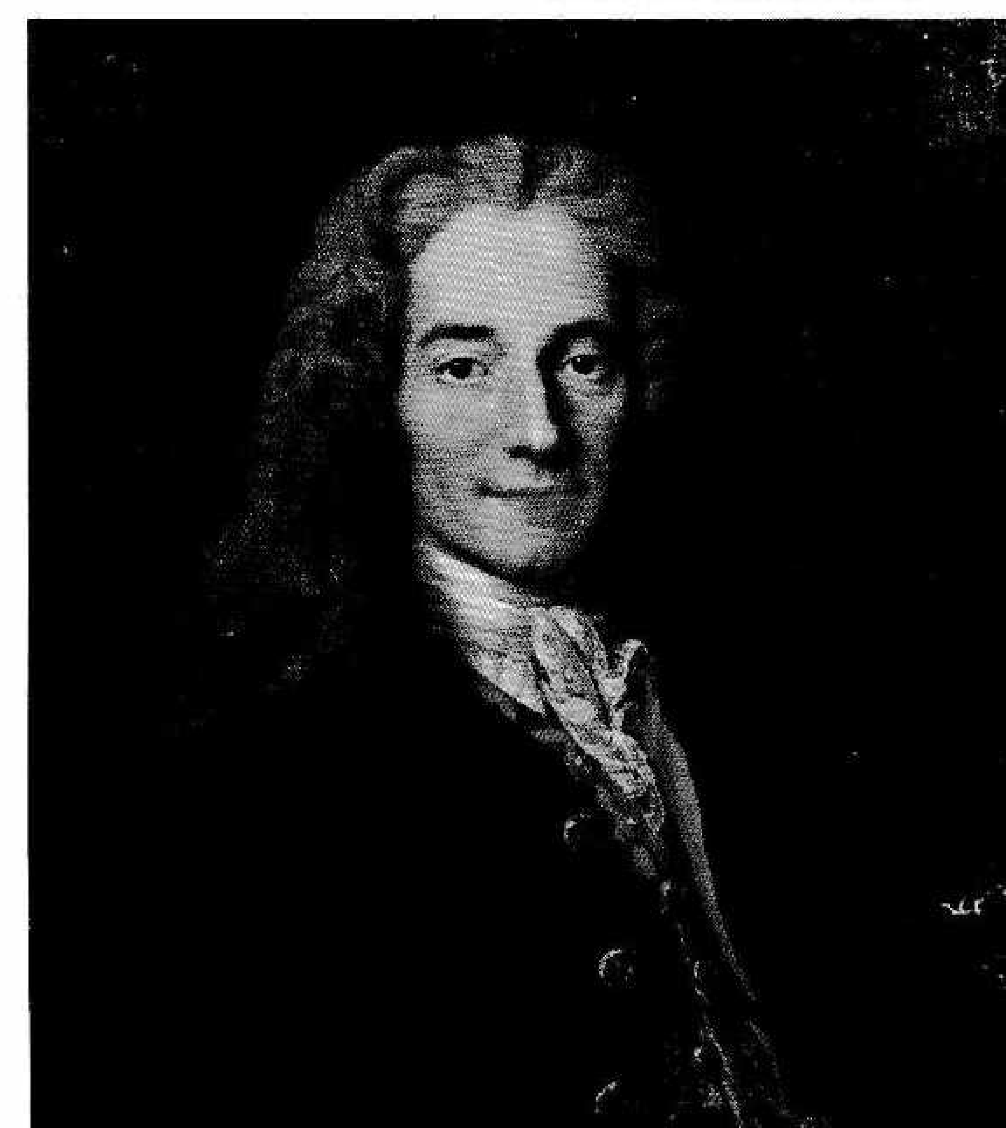
Esta es la declaración de un corazón contrito y humilde. Voltaire nunca atacó la fe sencilla; lo que ridiculizó fue la credulidad supersticiosa, la degradante falsificación de la fe.

El niño que más tarde había de convertirse en Voltaire (un simple seudónimo) nació en París, el 21 de noviembre de 1694, y fue bautizado con el nombre de Francois Marie Arouet. A la edad de siete años perdió a su madre; era de salud delicada y de estatura pequeña; un enano fiero, con una sonrisa traviesa y un gran amor por aprender. A los diecisiete años anunció su intención de convertirse en hombre de letras. Su padre, opresivamente piadoso, pensó que esta profesión era deshonrosa y forzó al joven a entrar a trabajar en el despacho de un abogado, donde fracasó. Luego fue enviado con una misión diplomática a Holanda, y en el curso de la misma trató de

huir con una joven cuya familia no tenía dinero; cayó rápidamente en desgracia y fue enviado de regreso a casa. A pesar de todo, Voltaire seguía con su idea de ser escritor. "Ser escritor equivale a morirse de hambre", sentenció su padre, y trató de ayudar al destino desheredando a su hijo. Pero en pocos años Voltaire ya era famoso.

Contribuyeron a su éxito los censores, que invariablemente prohibían casi todos sus libros y, por lo general, mandaban retirar sus obras de los escenarios a la tercera noche de representación. Por todo ello, el París elegante abarrotaba el teatro el día del estreno

Retrato de Voltaire, copia de un cuadro de Largilliere que se conserva en el Museo de Versalles.



y se aprendía de memoria las frases más picantes; sus libros circulaban como si fueran folletos de alguna organización subversiva y eran leídos ávidamente en los países extranjeros. Las autoridades perseguían a Voltaire no porque éste hubiera cometido actos deshonestos, sino porque el escritor criticaba al Gobierno. Efectivamente, las obras y las novelas fantásticas de Voltaire tenían, por lo general, exóticos países extranjeros como escenario, pero todo el mundo comprendía su doble sentido político y reía a carcajadas con las ocurrencias del autor. La risa es una llama que los gobiernos no pueden extinguir, y Voltaire, por tanto, fue aprehendido y encerrado en la Bastilla durante casi un año.

Voltaire podía soportar las injusticias de que era objeto, pero no las que se infligía a los demás. Cuando la más famosa actriz del teatro francés, Adrienne Lecouvreur, estaba agonizando, Voltaire, que se encontraba a su lado, oyó al sacerdote exigirle que renunciara a su arte por ser éste un vergonzoso espectáculo. La actriz rehusó orgullosamente, y el sacerdote le negó el consuelo espiritual; fue enterrada por la policía en una fosa sin identificación. Desde aquel día, Voltaire abrigó un odio, no al cristianismo, sino a la crueldad no cristiana. "El hombre que declara: cree como yo, o Dios te condenará —advertía—, pronto expresará: cree como yo o te mataré."

Al poco tiempo, Voltaire fue encerrado en la Bastilla por segunda vez. Bajo la promesa de abandonar a Francia fue puesto en libertad y se embarcó con dirección a Inglaterra. En Londres se sorprendió al ver el amor, no el miedo que sentían los ingleses por su Rey. Lo impresionó profundamente el entierro de Isaac Newton en la abadía de Westminster; en Francia no se hubiera armado caballero ni dado tan espléndido funeral a un simple científico. Se maravilló de la fuerza y la independencia del Parlamento y, sobre todo, de las funciones de los jueces británicos.

En 1729, Voltaire, que entonces tenía treinta y cinco años de edad, fue autorizado a regresar a Francia. Entonces, aprovechándose astutamente de un error gubernamental al imprimir los billetes de la lotería nacional, formó un sindicato que compró todos los billetes. Esta jugada lo hizo rico. Le gustaba vivir cómodamente, tener buenos trajes y elegantes carruajes, pero se daba perfecta cuenta del sufrimiento que existía a su alrededor, y no podía, como hacía la sociedad amante del lujo y de la diversión, olvidarse de ello diciendo "es la voluntad de Dios". A pesar de su buen corazón tenía muchos defectos: era orgulloso y le gustaba pelear; si se encontraba en un

callejón sin salida, mentía deliberadamente para salir de él, y cuando estaba en un verdadero peligro, ponía pies en polvorosa. Sin embargo, poseía uno de los conceptos morales más importantes: consideraba al hombre como individuo libre, responsable de sus propias acciones, y dueño de una conciencia juzgadora de sus actos.

Odiaba la crueldad y la intolerancia, y atacó ambas con un ingenio cuyo sentido de la justicia lo hacía luminoso: "trasformaba la ira en diversión y el fuego en luz". "Mi oficio –comentaba– es decir lo que pienso." Lo que pensaba se encuentra recogido en noventa y nueve volúmenes de obras de teatro, poemas, novelas y artículos. Escribió unas ocho mil cartas a personas famosas. Catalina la Grande, de Rusia, esperaba que sus respuestas no aburrieran a Voltaire por ser demasiado frecuentes. Christian VII de Dinamarca se disculpaba por no hacer a la vez todas las reformas que el filósofo francés le proponía. Gustavo III de Suecia escribió diciendo que estaba tratando de vivir según las normas humanitarias de Voltaire, y Federico el Grande, que entonces era príncipe heredero de Prusia, fue hasta París de incógnito con objeto de conocerlo personalmente.

Era difícil para aquellos que mantenían correspondencia con Voltaire conocer en todo momento sus señas, pues con frecuencia éste se veía obligado a esconderse. A menudo la censura hacía una fogata pública con algunos de sus nuevos libros, y toda Europa podía leer en aquellas llamas lo que Voltaire pensaba de las autoridades militares, el derecho divino de los reyes y la Inquisición. Con solo una frase podía destruir a un hombre. Del cardenal Mazarino dijo que había sido "culpable de todo el bien que no hizo". En 1749, Voltaire aceptó la invitación que hacía tiempo le había hecho Federico el Grande para que honrara la nueva corte de Prusia en Potsdam. Pero al poco tiempo, Voltaire, indignado ante el militarismo de los *junkers* prusianos y divertido por las pretensiones de la corte, se convirtió en una espina que cada vez se hundía más en el costado de Federico, hasta que éste se la arrancó con un grito de ira. Merced a la influencia vengativa de Federico, se le cerraron a Voltaire casi todas las fronteras.

En 1755 el filósofo encontró al fin refugio en la pequeña e independiente república de Ginebra. Tres años más tarde compró una propiedad en Ferney, a seis kilómetros de Ginebra, pero en territorio francés. Allí lo visitaron casi todos los grandes hombres de Europa. Vestido con un maravilloso abrigo de raso amarillo, la sonrisa bailándole por el arrugado rostro, Voltaire hacía los honores a sus huéspedes

con la mejor conversación de que se podía disfrutar en Europa. Algunas personas que venían a quedarse tres días se quedaban tres meses. "¡Dios me proteja de mis amigos, que ya me cuidaré yo de mis enemigos!", suspiraba Voltaire.

Muchas personas, víctimas de las persecuciones religiosas y políticas acudían en busca de su protección. Construyó casas para ellos y estableció industrias para empleados conforme a sus facultades. Carpinterías, zapaterías, granjas, telares y alfarerías. Pronto hubo todo un pueblo de su propiedad, y entonces construyó una iglesia y un colegio para los niños. Los últimos años de la vida de Voltaire deberían de haber trascurrido tranquilamente. Pero aún tenía que reñir sus batallas más amargas y escribir sus mejores libros. En 1762, cuando los fanáticos religiosos todavía celebraban los aniversarios de las matanzas de los herejes, se encontró a cierto joven colgado en una tienda de Toulouse. Los rumores afirmaban que era un protestante que se había querido hacer católico, y que su padre, Jean Calas, un débil y apacible viejo, lo había colgado. Después de horribles torturas, durante las cuales el anciano negó su culpabilidad en todo momento, fue ejecutado.

Conforme se fue interesando por este caso, Voltaire empezó a descubrir la horrible naturaleza del derecho penal que se practicaba en casi todos los países de Europa, menos en Inglaterra. En el caso de Calas no hubo jurado; el acusado no tuvo defensa; no fue admitida ninguna prueba a su favor; los testigos de la acusación declararon en secreto y los jueces se condujeron como fiscales. Además, Voltaire descubrió que la mayoría de las leyes penales no estaban escritas, sino que existían solamente en la cabeza de los que practicaban la carrera jurídica, y se interpretaban de la manera que mejor sirviera los intereses de la acusación.

Voltaire echó mano de su gran influencia y su enorme fortuna. Durante tres años no tuvo tiempo, como decía él, ni para sonreír. Pasaba las noches en vela, bombardeando a abogados, eclesiásticos, reyes y toda la prensa de Europa con cartas en las que exigía que se abriera de nuevo el caso Calas. El Rey mismo tuvo al final que claudicar ante el exaltado público y revisar de nuevo el asunto. El ejecutado fue declarado inocente. Este caso puso en movimiento una reforma de la ley penal que durante ochocientos años había sido descuidada por el Gobierno.

No bien se hubo ganado el caso Calas, las víctimas de injusticias similares acudieron a Voltaire. Una de las cosas que más lo enfurecía

era el poder de las autoridades religiosas para acusar, torturar y ejecutar a laicos que habían infringido las leyes eclesiásticas. Dejemos que la religión olvide la política y las leyes, exigía, para dedicarse a las cosas del espíritu, las cuales tiene muy abandonadas. Esto fue acogido con una lluvia de insultos, pero poco a poco Voltaire fue esclareciendo la confusión que existía entre los conceptos de lo que es incumplimiento de la ley y lo que es pecado.

Este viejo astuto adoraba a su país y estaba poseído de un enorme deseo de volver a ver París antes de morir. Un día de febrero de 1778 cierto oficial de aduanas francés paró un carruaje para ver si en él había algún artículo sujeto a impuesto. "No hay nada –dijo una voz desde dentro–, ningún contrabando, excepto yo mismo." El oficial abrió la puerta del todo. "*Mon Dieu* –exclamó– pero si es *monsieur* Voltaire." Su famosa sonrisa la conocían millones de personas.

París le rindió un magnífico recibimiento. La Academia Nacional, que durante años lo había rechazado y que por fin en 1746 lo admitió, le abrió los brazos. En las escaleras del teatro de la *Comedie Francaise* toda la compañía se reunió para recibir al escritor. Su nueva obra teatral fue ahogada por los aplausos que se prolongaron durante toda la representación. En mayo, la sucesión de festejos llevaron a Voltaire, que tenía a la sazón ochenta y tres años de edad, a su lecho de muerte. En su testamento nos legó toda su doctrina. "Muero –hizo escribir a su secretario– adorando a Dios, amando a mis amigos, sin odiar a mis enemigos y detestando la superstición." Como las autoridades eclesiásticas le negaron el entierro, Voltaire hubiera recibido la misma inhumación que la actriz Lecouvreur, de no ser por sus amigos, que, sosteniendo su cuerpo entre ellos para hacer creer a los guardias de la puerta que Voltaire estaba todavía vivo, lo llevaron fuera de la ciudad a sepultarlo.

Pero Francia, en lucha contra sus tiranos, por fin escuchó las palabras del hombre que había gritado: "Despertad, romped vuestras cadenas." En 1791, cuando la Revolución estaba en todo su apogeo, el cuerpo de Voltaire fue llevado a París y colocado triunfalmente durante la noche entre las ruinas de la Bastilla. Un cuarto de millón de personas se apretujaron entre las largas filas de la guardia de honor para honrar sus restos, antes de que lo llevaran al panteón donde yacen los grandes hombres de Francia. Conforme avanzaba la procesión, una pancarta se abrió al viento. En ella se podían leer estas palabras: "Dio alas a la mente humana. Nos preparó para ser libres."

LAS DIEZ VIDAS DE LEONARDO DA VINCI

Donald Culross Peattie

"Toda vida bien empleada es una larga vida."

Según este concepto de la longevidad, el autor de la frase trascrita vivió muchos siglos, y no tuvo solamente una existencia, sino diez. Porque Leonardo da Vinci fue, además de pintor excelso en la Edad de Oro de la pintura, genio científico de múltiples facetas. Leonardo, hombre de espíritu moderno, nació en el comienzo de los tiempos presentes que se conoce con el nombre de Renacimiento, y en el curso de su vida previó o inventó muchas cosas que la ciencia ha tardado poco más de cuatrocientos años en descubrir.

Los más importantes hallazgos de Leonardo permanecieron ignorados en sus manuscritos, dispersos hasta fecha reciente, en que se empezó a compilarlos y publicarlos. A su muerte, los coleccionistas buscaban ávidamente estos manuscritos —de los cuales se ha perdido, tal vez, la mitad—, pero solo para tener páginas autógrafas del gran hombre, sin prestar atención a lo que contenían. Este interés por los autógrafos tenía algo de caprichoso, pues Leonardo era zurdo y escribía de derecha a izquierda (escritura que llaman de espejo porque, poniendo lo escrito ante un espejo puede leerse sin dificultad). Como era natural en hombre de tan extraordinarias y diversas aptitudes, acabó por hacerse ambidextro.

La Naturaleza, que tan pródiga se mostraría en dotar a Leonardo, no resultó muy escrupulosa al elegir a sus padres. Fue hijo del abogado Piero da Vinci y de una labriega de dieciséis años llamada



Reproducción del célebre autorretrato al pastel que pintó Leonardo durante su estancia en Francia. Tenía cerca de sesenta y cinco años de edad, y ya empezaba a paralizársele la mano derecha. La obra se encuentra actualmente en el Palacio Real de Turín.

Caterina. En los días ardientes de un estío toscano, el destino escogió a esta pareja para forjar una de sus obras maestras: el niño que nació en Anchiano el 15 de abril de 1452.

Para evitar que contrajera matrimonio con la humilde Caterina, los padres de Piero se apresuraron a casarlo con una muchacha de buena familia. Siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, Piero da Vinci se valió de halagos y de dinero para que Caterina le cediera el niño, al cual reconoció como hijo. Leonardo fue durante sus primeros años hijo único y, como tal, mimado. Su belleza y su vivo ingenio hacían que se le perdonasen con facilidad los defectos de su carácter, de los que nunca se corrigió. Le gustaba gastar bromas pesadas, tenía demasiada confianza en sí mismo y era excesivamente soñador.

El niño se crió en la finca de los Vinci, en las afueras de Florencia. Cuando vagaba por aquellos campos de pinos, arroyos, barrancos y flores silvestres, su alma infantil iba recogiendo impresiones que, años después, emplearía en los fondos de sus cuadros. Sentía gran afición por la música y la ejecutaba con primor. También componía versos con enorme facilidad. La vida entera, según se manifestaba en torno suyo, era su maestra.

Aunque supo de la existencia de su madre, nunca le consintieron que la viese. Esta falta de calor maternal infundió en el niño un anhelo que, contenido durante largos años, habría de hallar luego expresión en los cuadros que pintó de Nuestra Señora.

Cuando Piero da Vinci vio los primeros dibujos de su hijo, lo colocó de aprendiz en el taller de Andrea del Verrocchio, en Florencia. Como éste cultivaba todas las disciplinas en que Leonardo sobresaldría andando el tiempo —pintura, escultura, arquitectura, música, geometría e historia natural—, maestro y discípulo se vieron ligados por lazos de mutua simpatía. Frecuentaban el taller de Verrocchio otros artistas jóvenes —uno de ellos llamado Botticelli— que se hicieron amigos íntimos de Leonardo. Juntos discutían la manera de arreglar el mundo, gastaban endiabladas bromas, luchaban entre sí o se divertían domando potros. Este era uno de los entretenimientos favoritos de Leonardo, cuya fuerza era tal que, según se dice, podía doblar una herradura con una sola mano.

Empleaba también Leonardo las horas libres en visitar los palacios e iglesias de Florencia para estudiar sus tesoros artísticos. También paseaba con los matemáticos, astrónomos y geógrafos más distinguidos de la ciudad, de cuya ciencia aprendía el joven artista.

Le gustaba discursear, y en ocasiones expuso en la plaza del mercado sus sueños de horadar túneles que atravesasen macizas montañas, o de trasladar edificios de una a otra parte de la urbe.

Las matemáticas, la física, la botánica, la anatomía no eran para Leonardo ciencias independientes de las bellas artes, sino parte integrante de ellas. En su opinión, no existía diferencia esencial entre la ciencia y el arte. Una y otro eran medios para describir el Universo único creado por Dios.

Al pintar, Leonardo cubría con un manto de belleza resplandeciente la fría desnudez de las cosas. Lo profundo de sus conocimientos y lo impecable de su técnica quedaban eclipsados por una ternura que revelaba en el pintor al hombre enamorado de la vida. Nada prueba mejor lo profundo y sincero de este sentimiento que sus centenares de bocetos y apuntes que han quedado. Tan pronto aparecen en ellos las facciones contraídas de soldados que matan y mueren, como la expresión devota de una joven que reza arrodillada. En un diseño vemos cómo la ansiedad contrae los tendones del cuello de un viejo indigente; y en otro, la alegría de un niño que juega. Se cuenta que a veces caminaba un día entero siguiendo a personas bellas o grotescas para poder estudiarlas. Visitaba hospitales para observar la agonía de los ancianos moribundos; acudía a presenciar la ejecución de los condenados a la horca; estudiaba la inocente avidez con que toma el niño el pecho de la madre; en secreto –pues no era cosa bien vista en aquella época–, solía hacer disecciones de cadáveres para estudiar las "proporciones divinas" del cuerpo humano.

Ninguna ciencia apasionó tanto a Leonardo como la anatomía. Demostró que nuestros músculos son como palancas y reveló que el ojo es una lente. Comprobó que el corazón funciona como una bomba hidráulica y demostró que el pulso está sincronizado con los latidos del corazón. Las múltiples observaciones que hizo en los hospitales lo llevaron a descubrir que el endurecimiento de las arterias en la vejez produce la muerte.

Leonardo frisaba en los treinta años de edad cuando su habilidad para tañer la lira le valió ser recomendado por Lorenzo de Médicis, *el Magnífico*, a Ludovico Sforza, *el Moro*. Este, brutal, traicionero y astuto, era el tirano de Milán. Al leer la carta de presentación de Leonardo, comprendió que podría valerse de él, ya que aseguraba haber inventado un puente portátil, muy liviano y de gran utilidad para perseguir a un ejército enemigo; haber ideado una bomba con la cual sería fácil a los sitiadores desaguar el foso de un castillo; que

era experto en la fundición de enormes piezas de artillería . . . ¡y que tenía proyectado un carro acorazado, capaz de moverse por su propio impulso, con el cual se podía abrir paso a la infantería!

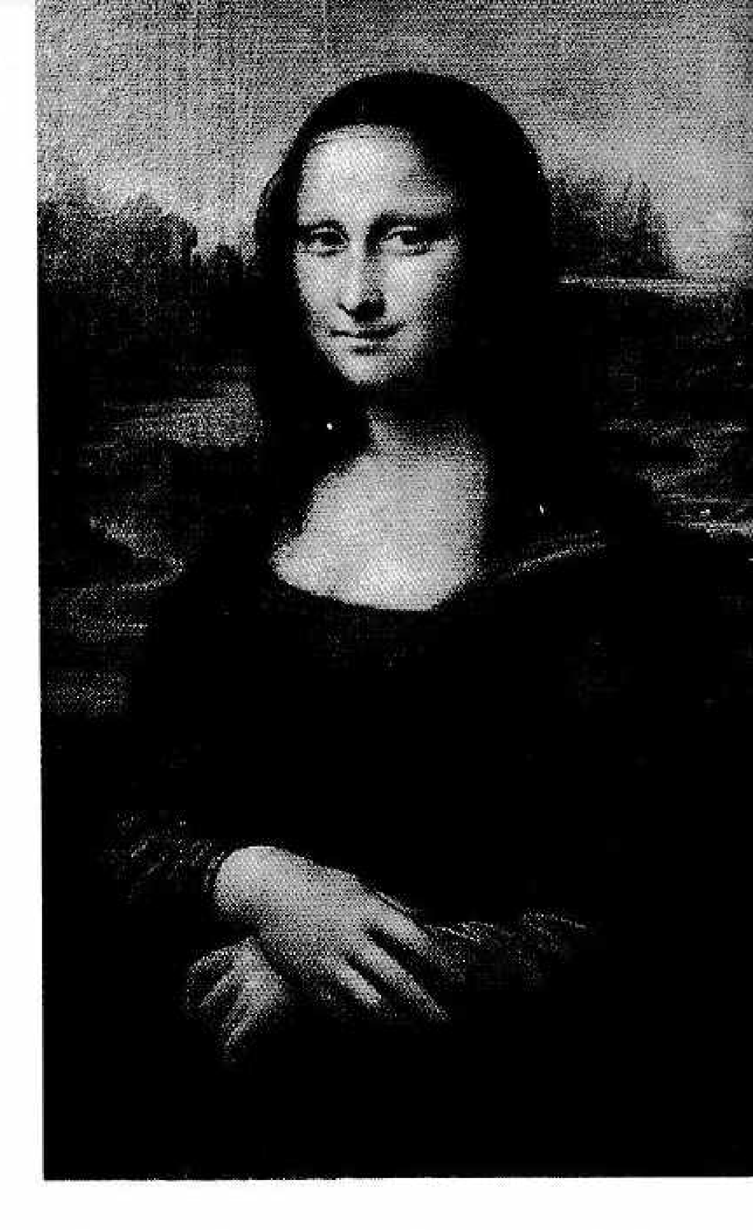
Por lo que ha llegado hasta nosotros de los manuscritos de Leonardo da Vinci, hemos descubierto que los artefactos bélicos que inventó no distaban mucho de algunos de la segunda guerra mundial. Podía fundir cañones de 33 bocas, once de las cuales disparaban a un tiempo; ideó las balas cónicas y la metralla; hizo espoletas y granadas de mano; planeó la construcción de bombas de gas y máscaras para defenderse de ellas; montó las piezas de artillería sobre ruedas e inventó un cañón que se cargaba por la recámara para sustituir los antiguos cañones que se cargaban por la boca y cuyo manejo era tan engorroso.

Cuando Leonardo se trasladó de la soleada Florencia a la adusta ciudad de Milán, descubrió que entre los múltiples oficios que le tocaría desempeñar estaba el de instalar las cañerías de la sala de baño de la duquesa, y el de pintar un retrato al óleo de la fría y orgullosa amante del *Moro*. Dirigió, asimismo, la construcción de un complicado sistema de canales para la ciudad, y proyectó, aunque nunca llegaron a construirse, vías de doble nivel, para diferentes clases de circulación. Con el fin de sacar partido de sus conocimientos de ingeniería militar, fue enviado a los Alpes para proteger los valles de posibles invasiones procedentes del norte.

De aquellos días en los Alpes y de los recuerdos infantiles de Leonardo brotó la inspiración que resplandece en su cuadro *La Virgen de las rocas*, donde el paisaje y las flores realzan con su dulzura silvestre la santidad de la Madre, del ángel y del Niño, cuyos dedos sonrosados bendicen a San Juan, compañero de sus juegos infantiles.

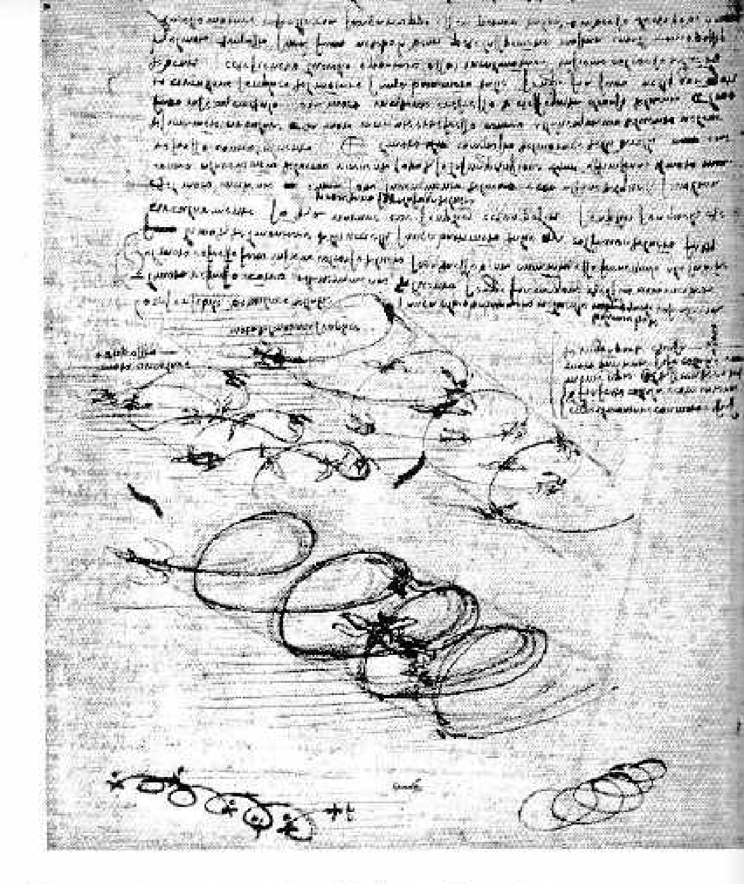
Este cuadro fue encargado por una confraternidad de religiosos de Milán. El precio convenido era la exigua suma de veinte ducados. Cuando la obra estuvo terminada, Leonardo juzgó que valía cien. Los religiosos se negaron a pagar más y Leonardo se quedó con el cuadro. La comunidad demandó al pintor, y sobrevino un pleito que se prolongó durante veinte años. Por fin el Rey de Francia lo compró, y lo llevó a su palacio del Louvre, en París. Para complacer a la comunidad, Leonardo y sus ayudantes pintaron otro cuadro, copia casi exacta del primero. Este segundo lienzo se conserva en la Galería Nacional de Londres.

Una de las obras que figuran entre los grandes tesoros del arte universal, *La última cena*, la pintó en la pared del refectorio de un



"La Gioconda", retrato pintado por Leonardo en Florencia entre 1503 y 1507, y del que no se separó hasta su muerte. Se encuentra en el Museo del Louvre de París.

convento, cuyo enlucido era inadecuado para la aplicación de los colores. Trascurridos apenas veinte años, el moho y el descascarillado producidos por la humedad desfiguraron la obra. Alguien cometió después la torpeza de mandar abrir una puerta en la pared. Más adelante, cuando Napoleón invadió Italia, algunos de sus soldados se divirtieron tiroteando las figuras de Cristo y los Apóstoles. El cuadro sufrió después sucesivas "restauraciones". La última, que fue la mejor y en la que hubo más respeto por el original, devolvió a éste algo de su primitiva belleza. Sin embargo, a no ser por los muchos bocetos preliminares del propio Leonardo, y las copias que hicieron



Dos dibujos del "Códice Atlántico" que se conserva en la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Ambos forman parte de los estudios en relación al vuelo humano que realizó Leonardo en Milán, entre 1486 y 1490, y en Florencia alrededor de 1505. El "Códice Atlántico" se encuentra en la Biblioteca Ambrosiana desde 1637.

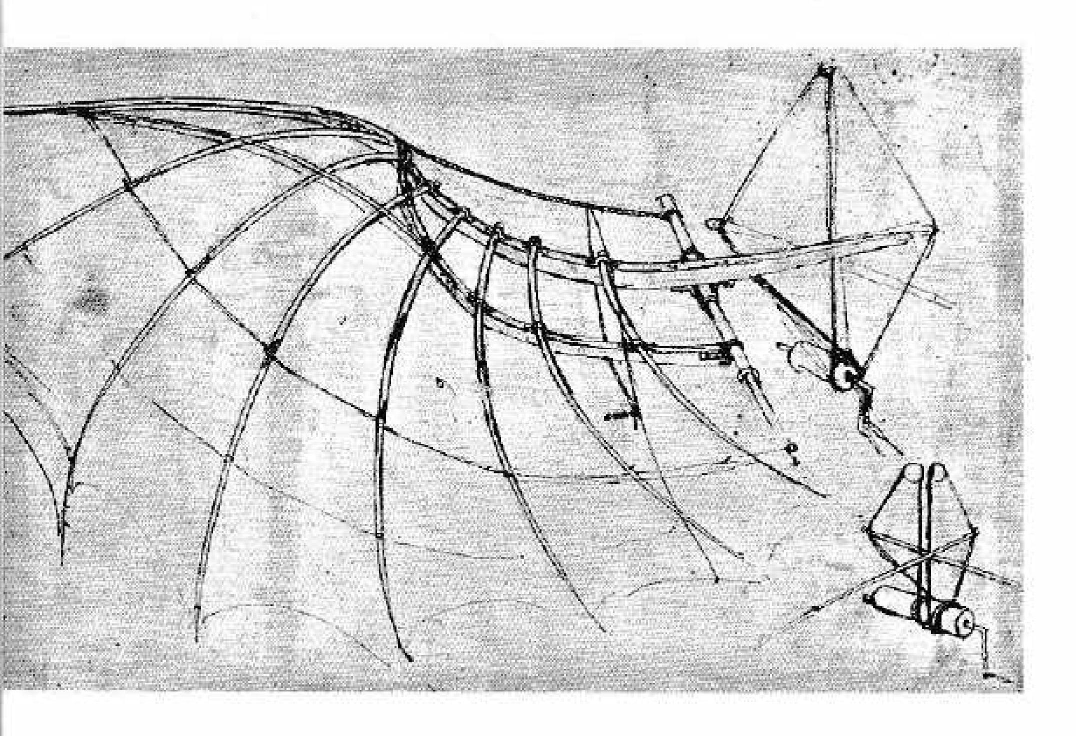
el propio Da Vinci en los mandos. Pero el vuelo fracasó y, al parecer, Leonardo nunca repitió el intento.

También inventó casas portátiles desmontables; máquinas laminadoras, un aparato para cortar tornillos; un mecanismo para hilar y una draga para puertos. Fue el primer hombre que montó la aguja magnética en un eje vertical, dándonos la brújula tal como hoy la conocemos, e inventó lo que llamamos en la actualidad piñón de diferencial, y un anemómetro o medidor de viento.

Ideó una campana de buceo y un salvavidas. Proyectó submarinos de gran radio de acción, pero destruyó los planos porque, según dijo, la maldad de los hombres es mucha para confiarles un secreto de tal naturaleza sin que "se dediquen al asesinato en el fondo del mar".

Leonardo fue el primer hombre de ciencia que dedujo que los fósiles no son sino la huella de animales extintos que vivieron en épocas en que las rocas donde se han hallado constituían el sedimento del fondo del mar. Enseñó que la Tierra no tenía solamente cinco mil años de edad. Sus estudios de geología lo convencieron de que el río Arno había tardado doscientos mil años en formar su cuenca.

Un siglo antes de la invención del telescopio y de la época de Galileo, Leonardo da Vinci concibió la idea de que la Tierra no es



el centro del Universo, sino que se mueve alrededor del Sol, describiendo una óbita elíptica; de que la Tierra es solo un planeta cuya importancia en el sistema solar no es mayor que la de la Luna respecto a la Tierra; que las estrellas son "mundos" remotos muchísimo mayores de lo que parecen, y que el Sol es apenas uno de ellos.

Llegó a sugerir la teoría atómica de la materia y hasta pronosticó adónde podría llevarnos, al escribir: "Surgirá del interior de la Tierra algo cuyo aterrador estruendo aturdirá a cuantos se hallen cerca, y con su aliento dejará a los hombres muertos, y devastará ciudades y castillos. Los hombres creerán que una nueva destrucción se cierne sobre ellos en el firmamento, y que las llamas descienden de las alturas."

No tiene nada de extraño que estuvieran cansados los ojos que tanto vieron. A juzgar por el autorretrato, pintado hacia 1510, Leonardo era a la edad de cincuenta y ocho años un anciano venerable, meditabundo y un tanto desengañado. Parecía que las muchas vidas que intentó vivir en una sola hubiesen consumido su energía corporal.

Tuvo, además, que huir de Milán cuando la invasión de los franceses arrojó a los Sforza de la ciudad. Escapó a Mantua; luego, a Venecia; pasó una época muy mala en Roma y volvió a Florencia y, cuando pudo hacerlo sin peligro, regresó a Milán. *El Moro* había olvidado

pagarle el sueldo durante los últimos años, y para vivir tuvo que aceptar trabajos sueltos como ingeniero, y algunos encargos como pintor.

Uno de estos últimos fue el retrato de Lisa Gherardini, esposa de Francisco del Giocondo, de Florencia. Constituye la obra póstuma de Leonardo y, a causa del nombre de la mujer y el apellido del esposo, la conocemos por *Mona Lisa* o *La Gioconda*. Aunque era dama elegante y de fortuna, Mona Lisa viste severamente de negro y no lleva alhajas, quizá en señal de luto por su hijo, niño de tierna edad, que había muerto hacía poco. Lisa Gherardini tenía solo veintiún años de edad al empezar Leonardo el retrato, que fue acabado seis años después.

Es misterioso el hecho de que el cuadro no fuese entregado a la cliente y modelo. Leonardo se lo llevó consigo, como el más preciado de sus bienes, cuando aceptó la invitación de residir en Francia que le hizo Francisco I. Más adelante, el Rey compró en doce mil francos el cuadro que hoy se exhibe en el Louvre.

Leonardo gozó en su época de más popularidad que hoy, pero no de tanto prestigio. El profundo respeto que actualmente nos inspira su ciencia no lo tuvo en su tiempo. Desde luego, su fama como artista era inmensa. Aun cuando no le faltaban rivales, cosa natural siendo aquélla la época de Botticelli, Rafael y Miguel Ángel, los florentinos del siglo xv, que profesaban un gran amor por el arte, lo seguían por las calles formando séquito de admiradores; y, cuando se exhibía uno de sus bocetos, la multitud se apiñaba para verlo, como hacen hoy los aficionados al cinematógrafo cuando se anuncia la presentación en persona de uno de sus artistas favoritos. Las ciudades-Estados de entonces y los hombres acaudalados se disputaban sus servicios; los reyes le pedían que los favoreciera con su presencia en la corte.

No obstante, en lo íntimo, Leonardo da Vinci fue un hombre solitario. Probablemente nunca encontró a otro hombre con quien hablar de igual a igual. Su figura parece marchar inclusive delante de nosotros, hacia otras edades.

Leonardo pasó gratamente los últimos años de su vida en Amboise, villa del centro de Francia. Los visitantes, que fingían no ver sus manos paralizadas, encontraban tan luminosa como siempre aquella inteligencia que había derramado su saber y su intuición en millares de notas manuscritas, y que ahora trabajaba en un plan para construir un canal con grandes esclusas. Nunca había sido la conversación de Leonardo da Vinci más variada, ni su presencia más señorial, ni su sonrisa más comprensiva. Tal vez la Muerte también sonreía, como la *Mona Lisa,* cuando llegó en su busca el día 2 de mayo de 1519.

EL MUNDO FABULOSO DE WALT DISNEY

Stephen Birmingham

Walt Disney fue quizá, hasta su muerte el 15 de diciembre de 1966, uno de los hombres que más honores ha recibido. Además de los veintinueve "Óscares" de la Academia de Hollywood, obtuvo más de setecientos premios, entre condecoraciones de diversos Gobiernos, medallas de oro, trofeos y menciones honoríficas de sociedades internacionales, periódicos, revistas y organizaciones religiosas. Aunque ni siquiera poseyó el grado de bachiller, recibió títulos honorarios de cinco universidades, y hasta se llegó a pensar seriamente en postularlo como candidato a gobernador del estado de California.

A la edad de sesenta y cinco años, Walter Elías Disney, aquel joven campesino de Missouri que tenía una excelente disposición para pintar animales fantásticos, era un hombre rico y poderoso. Dirigía un imperio comercial que se extiende desde su antiguo estudio en Burbank, California, a todo el mundo civilizado. Produjo películas de dibujos animados y con actores reales, documentales de historia natural, grabaciones, partituras, libros, revistas e historietas cómicas que aparecen en un millar de periódicos. A partir de 1950, fecha en que Disney invadió también el campo de la televisión, conquistó rápidamente el público más numeroso de toda la historia de este medio, y produjo veintiséis programas cada año.

Para la elaboración de artículos inspirados en algunos de los personajes de Disney, desde muñecas Blanca Nieves hasta capas de El Zorro, setecientos fabricantes tienen la concesión en cuarenta países. Su famoso ratoncito (él quiso bautizarlo Mortimer, pero a su esposa le gustó el nombre de Mickey) es el personaje fantástico más popular del mundo, y ha merecido inclusive que la *Encyclopaedia Britannica* le dedique un informativo artículo. El ingreso bruto de todas las empresas de

Disney se cuenta por millones de dólares anuales. El "genio" y el "maravilloso toque" que poseyó Disney son inconfundibles e inimitables. Pero puesto que desde muchos años atrás Disney no trazaba sus caricaturas ni realizaba él mismo sus dibujos animados, ¿en qué consistió en realidad el genio de este hombre?

Disney era un hombre de mediana estatura y de grandes manos inquietas. Su mirada parecía algunas veces perdida, como si la enfocara hacia algún punto remoto y secreto. Estaba siempre en el estudio, desde las ocho y media de la mañana hasta las siete y media de la tarde, y no acostumbraba tomarse unas vacaciones de verdad. Su hermano Roy, presidente de la compañía, dice: "Walt sabía exactamente y en cualquier momento lo que ocurría en todos los rincones del estudio", y en cualquier etapa de un proyecto no faltaba quien se dijera: "¿Qué opinará de esto Walt?", o "Esto me parece bueno; vamos a enseñárselo a Walt."

El estudio suele tener el aspecto de un manicomio bien organizado. El día que lo visité, vi por la puerta abierta del taller un pterodáctilo que, chillando y batiendo las alas, daba vueltas y más vueltas por el techo, colgado de un alambre. Lo estaban probando para una exhibición. Cerca de allí, un dinosaurio de tamaño natural, con una sonrisa tonta en los labios, masticaba un bocado de hierba prehistórica de material plástico color verde. Los empleados corrían de arriba abajo en bicicletas, evitando chocar con lo que parecía (y era en efecto) la mitad de un gorila de plástico conducido en una carreta de mano. Lo sorprendente de todo aquello es que no sorprendía a nadie, excepto a unos pocos visitantes. En esto consistió la imaginación sin límites, la savia misma de la vida de Disney.

Disneylandia, quizá su creación más famosa, empezó por lo que su hermano Roy describe como "una de las ideas más locas que tuvo Walt". Todos le dijeron que estaba chiflado.

—¿De modo que quieres hacer un parque de diversiones? —le preguntó en una ocasión Roy.

—No es eso, precisamente —repuso Walt—, es una Disneylandia.

—¿Una Disneylandia? ¿Y eso qué es?

Walt trató de explicarlo:

En esta fotografía vemos a Walt Disney, "mago" de los dibujos animados, rodeado de Mickey, Pluto y otros celebérrimos personajes creados por el genial dibujante. Al fondo, uno de los parques de Disneylandia.



—Una Disneylandia es . . . , pues, es una especie de Disneylandia.

Había concebido el proyecto desde mediados del decenio que comenzó en 1931, cuando llevó por primera vez a sus dos hijas a los parques de diversiones ordinarios, que le parecieron "sucios, una estafa, y administrados por gente malencarada". Allí nadie se divertía realmente. "Comprendí que se necesitaba algo distinto", manifestó.

Cuando Disneylandia se abrió al público, en 1955, representaba una inversión de diecisiete millones de dólares. Hoy los cerca de cinco millones de visitantes que acuden cada año producen casi tres veces aquella cantidad. Y el número de las personas que visitan Disneylandia va en aumento. La "idea loca" se ha convertido en una mina de oro y en una de las "ciudades" más conocidas de los Estados Unidos.

Walt sentía por Disneylandia un afecto parecido al que tiene una madre por su primogénito; la mimaba, la admiraba y se vanagloriaba de sus realizaciones ante cualquier persona que quisiera escucharlo. Llegó inclusive a construirse en Disneylandia un diminuto apartamento para poder estar cerca de ella durante la noche si fuera necesario.

Disney poseyó un ojo curiosamente dotado, que no veía los objetos que nos rodean tal y como los vemos el resto de los mortales. En los tubos de un órgano vio cierta vez a todo un grupo coral con rostros que cantaban. El resultado fue una de las escenas más memorables de *Blanca Nieves y los siete enanitos*. Pero "veía" algo más que caras en los objetos inanimados: descubrió en ellos personalidades, emociones; personajes originales, en suma. Para Walt Disney, una azucarera —una azucarera común y corriente— era una criaturilla entrometida, tan presumida como un cabo a quien le acaban de entregar sus galones.

Disney fue aun más famoso por su habilidad para dotar a los animales de características humanas, lo cual no es tan sencillo como poner a un gato a cortar carne con un cuchillo y tenedor, que es lo que hacen la mayoría de los caricaturistas. "Cuando creamos dibujos fantásticos, no debemos perder de vista la realidad", sentenciaba Disney. Así, por ejemplo, si en una escena se presentaba un avestruz con zapatillas bailando *ballet*, insistía en que ésta ejecutara la danza de manera que sugiriera los movimientos de un avestruz de verdad, y que hiciera exclamar a los espectadores: "Naturalmente, así es como bailaría un avestruz." Con el fin de lograr efectos tan auténticos, Disney ordenaba a sus dibujantes que se pasasen horas enteras en los parques zoológicos o viendo películas de animales salvajes en su ambiente natural.

Poseía también un oído finamente dotado para percibir el lenguaje de los animales. Para encontrar la voz que convenía exactamente a

Arquímedes, el búho de una de sus películas de dibujos animados, se sometieron a examen centenares de actores. Disney quería que *Arquímedes* hablara como hablaría un búho si pudiera hablar, y muchas veces dijo que en su interior podía "oír" la voz del personaje. Por fin, alguien nombró a un actor llamado Junius Matthews, que había representado la voz de una patata en una función de radio. "¿Una patata? —dijo Disney—. El que sea capaz de hablar como una patata, hablará como un búho. Tráiganlo." Llegó Matthews, habló como un búho, y fue contratado al instante.

Ese indefinible "toque" de Disney resultaba ser una actitud mental, una manera especial de pensar, de ver, de escuchar y de "sentir" a los personajes, tanto si son humanos como si no. Con esa disposición de espíritu que poseía, confirió a todos los demás elementos conocidos del drama —la situación extravagante y cómica, la tragedia, el misterio y la sorpresa— una nueva dimensión.

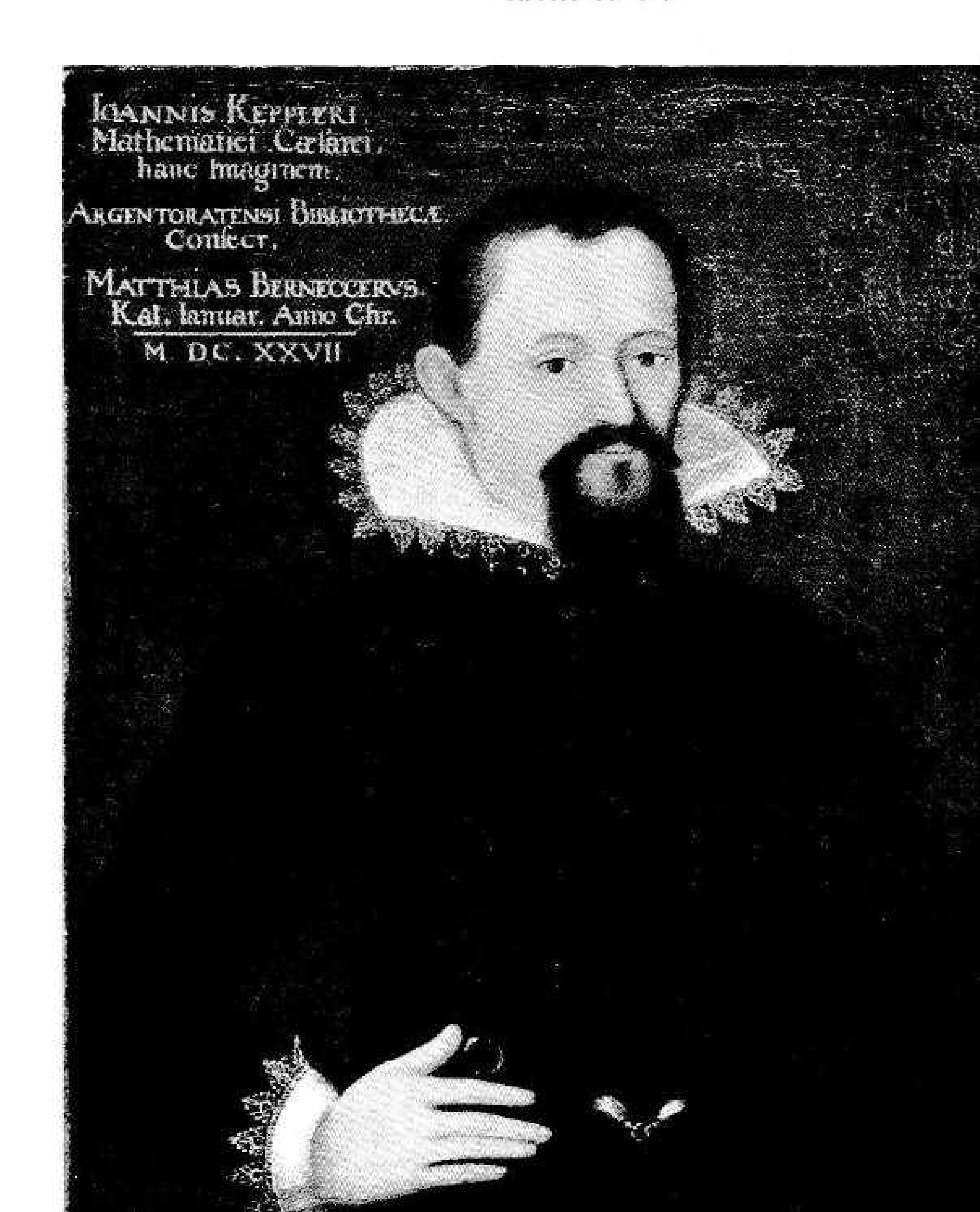
Todo cuanto realizó Walt Disney tiene un fondo esencialmente sano, lo que le valió a veces que se le tildara de anticuado o de sensiblero. En sus películas fue un moralista, y en ellas siempre triunfa el bien sobre el mal. El amor, cuando se presenta, es siempre puro y bueno. "Ya hay en este mundo bastante fealdad y cinismo —dijo— para que yo le agregue más." Le complacía saber que los padres de familia, al ver su nombre en una película, podían estar seguros de que sus hijos no encontrarían en ella nada obsceno, de mal gusto, ni perjudicial.

En ese mundo de divorcios y de escándalos que es Hollywood, los esposos Disney fueron, como contraste, un matrimonio bien equilibrado. Lillian Disney, su compañera durante cuarenta y un años, con la que se casó cuando ella era una de las dos animadoras de dibujos que trabajaban en el estudio que se acababa de abrir, con un sueldo de quince dólares a la semana, es una mujer diminuta y alegre. Lo ayudó mucho en los negocios, pero jamás mostró el menor interés en compartir con él la deslumbrante luz de la fama.

La crítica más seria que se hizo a Disney se refiere a que absorbía a los demás como una esponja gigantesca; que aprovechaba los talentos y las habilidades de sus competentes colaboradores y luego ponía a las obras la firma de "Walt Disney". Sin embargo, como todo pasaba por sus ojos, sus oídos, su gusto y su personalidad, él fue realmente el verdadero creador. El talento de sus colaboradores (como reconocen ellos mismos) estaba suspendido en una solución química. Walt actuaba como catalizador, y de esta forma el talento cristalizó en mil formas brillantes.

HACIA LAS ESTRELLAS

Robert Strother



"¡Debemos construir una nave que surque el inmenso océano del Universo!" Así se expresó, hace poco más de trescientos cincuenta años, el astrónomo alemán Johannes Kepler. A aquel sabio de frágil constitución, picado de viruela, no le sorprendería ver que hoy los hombres están tratando de realizar precisamente lo que él anheló, y guiándose, al hacerlo, por las leyes del movimiento de los astros que él con tanto esfuerzo descubriera. La guerra, la intolerancia y una larga serie de desdichas personales, ensombrecieron la vida de este hombre, pero "ese genio incomparable", como lo llamó Einstein, sobreponiéndose a toda adversidad, fue un auténtico gigante de la ciencia.

Johannes Kepler nació en Weil der Stadt (Alemania), el 27 de diciembre de 1571. Su padre, militar de profesión, marchó al poco tiempo a los Países Bajos a pelear al lado de los holandeses, en la guerra contra España. Su esposa lo siguió y el niño permaneció junto a los abuelos paternos. A la edad de cuatro años, Kepler quedó lisiado de una mano y con una permanente debilidad en la vista a consecuencia de un ataque de viruela.

Aún niño, tuvo que abandonar los estudios de las primeras letras para colocarse de camarero en una taberna. Al cumplir trece años fue enviado a un colegio de religiosos en Adelberg, donde su aplicación y adelantos le valieron una beca en la Universidad de Tubinga. Su propósito era hacerse pastor protestante, pero al asistir, sin gran interés al principio, a un curso de astronomía, se entusiasmó con el estudio de los astros. Por otra parte, la lectura de las obras de Nicolas Copérnico (el gran astrónomo polaco que sostenía, revolucionariamente en aquellos tiempos, que la Tierra gira alrededor del Sol) despertó en Kepler al astrónomo que llevaba dentro en potencia.

"Además de hallarse en el centro del Universo, el Sol es el espíritu que lo anima —escribió Kepler cuando aún era un simple estudiante—. Me propongo demostrar que la máquina celeste se asemeja a un mecanismo de relojería en el cual una sola pesa mueve todo el engranaje y que la totalidad del complejo movimiento celeste obedece a una sola fuerza magnética."

Es difícil imaginar en nuestra época el valor que se necesitaba en tiempos de Kepler para enunciar una teoría contraria a lo que los bue-

Retrato de Kepler, realizado alrededor de 1620; se conserva en el Capitulo de la iglesia de Santo Tomás de Estrasburgo, y fue pintado por los años en que Kepler escribió "La armonía del Universo".

nos cristianos aceptaban como palabra de Dios. (El propio Copérnico postergó la publicación de sus teorías hasta 1543, ya en los últimos días de su vida.) Y, dejando a un lado el aspecto herético de la cuestión, ¿quién iba a creer que la Tierra fuera una enorme esfera que corría alrededor del Sol a razón de treinta kilómetros por segundo, al tiempo que giraba vertiginosamente sobre sí misma? Hasta el más ignorante sabía que los castillos, iglesias, bosques, océanos y, por supuesto, la gente que poblaba la Tierra, saldrían despedidos de la superficie de un planeta sujeto a un movimiento tan acelerado.

Su buen carácter y su brillante aprovechamiento en matemáticas y en latín continuaron granjeándole, sin embargo, la simpatía y el aplauso de sus maestros; pero dado lo poco ortodoxo de sus ideas, nadie quería ni pensar en que el joven estudiase para pastor. De este modo, al haber una vacante en cierta escuela protestante de Graz, en la apartada Austria, Kepler, que solo tenía a la sazón veintitrés años de edad, fue llamado para ocupar la cátedra de matemáticas.

Los pocos años que Kepler estuvo en Graz dedicado a la enseñanza fueron tal vez los más dichosos de su vida. Como maestro gozó de la amistad de los discípulos y supo contagiarles su entusiasmo por la geometría y la astronomía. Contrajo matrimonio con una joven viuda dotada a un tiempo de belleza y de bienes de fortuna. Realizó estudios encaminados a demostrar la influencia de la Luna en las mareas y compuso la obra *El cosmos misterioso*, elogiada por Galileo, por aquel entonces profesor de matemáticas en la universidad de Padua. De esa época data el comienzo de su amistad con Ticho Brahe, el famoso e independiente genio danés, con quien, según dijo después el mismo Kepler, habría de "unirlo un hado inexorable".

La tormenta de las luchas religiosas que ensombrecerían la vida de Kepler estaba a punto de desencadenarse. En 1600, los protestantes son expulsados de Graz. (Aquel mismo año condenan en Italia a Giordano Bruno a morir en la hoguera por haber sostenido que el espacio es infinito y está poblado de estrellas tan grandes como el Sol.) Kepler tiene que pagar un elevado rescate para que le permitan huir; en la confusión de aquellos momentos angustiosos hay que vender a bajo precio las propiedades de su esposa. En Praga, donde llega enfermo y sin recursos, su amigo Ticho Brahe le ofrece hospitalidad.

Ticho Brahe era por aquel entonces matemático del emperador Rodolfo II. De familia noble, de carácter impetuoso, de agudo ingenio, aficionado a la alquimia, destacaba principalmente por sus observaciones astronómicas, las más notables realizadas desde las que efectuó

Aristarco de Samos en la antigüedad. Durante veinte años de cálculos a simple vista, auxiliado únicamente por su gigantesco cuadrante (hasta 1608 no se inventó el telescopio) llevó a cabo miles de acertadas "mediciones" de la cambiante posición de los planetas con respecto a las estrellas.

Brahe obtuvo permiso del Emperador para que Kepler fuera ayudante suyo. Puso, además, a disposición de éste, sus inconclusas tablas astronómicas, que sirvieron a Kepler para determinar las tres leyes que llevan su nombre, relativas al movimiento de los astros. Las tres leyes son: *a)* Las órbitas de los planetas son elipses en las que el Sol ocupa uno de los focos. *b)* Las áreas descritas por un planeta son proporcionales a los tiempos. c) Los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas son proporcionales a los cubos de sus distancias medias al Sol. Estas leyes demostraron la falsedad del sistema de Tolomeo, que colocaba a la Tierra en el centro del Universo; confirmaron la verdad del sistema de Copérnico, según el cual la Tierra gira alrededor del Sol, e iniciaron la era de la astronomía moderna.

Determinar con exactitud la órbita de los planetas había sido, desde la más remota antigüedad, un problema de dudosa solución. Por haber sido hechas todas las mediciones desde la Tierra, que al fin y al cabo es un planeta en movimiento, las observaciones solo era válidas para señalar el movimiento aparente de los astros. Así como al adelantar el tren en que viajamos a otro que marcha a menos velocidad nos parece que este último va en dirección contraria a la que lleva el nuestro, los habitantes de la Tierra vemos a Marte y a los demás planetas moverse hacia atrás cuando la Tierra se les adelanta. Para evitar esta ilusión visual, Kepler tenía que situarse imaginariamente fuera de nuestro sistema planetario, a fin de observarlo desde un punto inmóvil en el espacio. Mas ¿cómo determinar este punto en un Universo siempre en movimiento? Marte tarda 687 días en recorrer su órbita alrededor del Sol. El punto elegido por Kepler fue el correspondiente a la posición de Marte en el primer día del año marciano. Partiendo de tal punto dio comienzo a las observaciones y cálculos, a los que consagró cinco años de agotadores esfuerzos.

Han llegado hasta nosotros parte de las hojas en que este genio laborioso realizó sus cálculos para determinar las sucesivas posiciones de Marte en cada uno de los 360 grados de su órbita y comprobar cuarenta veces la exactitud de cada uno de los resultados que iba obteniendo. En cierta ocasión halló un error aritmético que lo obligó a desechar el trabajo de varias semanas.

"Perro atropellado da cachorros ciegos", murmuraba, sonriendo amargamente, aplicándose de nuevo al trabajo. Hubo veces en que la estufa permanecía apagada por falta de dinero con qué comprar leña. A la muerte de Brahe, en 1601, el emperador Rodolfo dio a Kepler el empleo que aquél tenía en la Corte. Raras veces le pagó, sin embargo, el cuantioso sueldo que le había asignado, pues Kepler le interesaba principalmente como astrólogo, y sus trabajos científicos le parecían más bien una pérdida de tiempo. Sin embargo, Kepler dedicó a este excéntrico príncipe su *Nueva astronomía*, obra que, con *De revolutionibus*, de Copérnico, y *Principia mathematica*, de Newton, marca un hito en el campo de la astronomía. Refiriéndose a este libro suyo, dijo Kepler jubilosamente: "¡He alcanzado la cumbre!"

Desgraciadamente, la obra pasó casi inadvertida entre los sabios de la época, y no produjo al autor ninguna ganancia. En 1612 cayeron sobre él crueles desdichas: su esposa, su segundo hijo y el emperador que lo había protegido fallecieron en el término de pocas semanas. Abrumado por la adversidad se trasladó a Linz, donde consiguió un mal retribuido empleo de profesor.

En este empleo tuvo, sin embargo, una circunstancia consoladora: disponía de suficiente tiempo para dedicarse a sus observaciones astronómicas, en las que utilizaba ahora un telescopio. Desde hacía tiempo creía que en los planetas había vida, y fue al observarlos con el telescopio cuando habló de construir una nave para viajar por el espacio.

Su segunda esposa estaba esperando un hijo cuando afligió a Kepler una nueva e inimaginable tribulación: acusada de hechicería, su anciana madre se hallaba presa en una población de Würtemberg, expuesta a padecer tormento y ser quemada viva. Acudió inmediatamente a socorrerla y al cabo de muchos meses de diligencias y ruegos logró, en octubre de 1621, la libertad de la anciana.

Mientras luchaba por salvarla, Kepler halló tiempo para dar cima a la tercera de sus grandes obras: *La armonía del Universo*. En ella formuló la tercera de sus leyes, según la cual la distancia media de un planeta al Sol puede calcularse por lo que tarda en recorrer su órbita. Cien años después, sería uno de los fundamentos en que asentó Newton su ley de la gravitación.

La guerra de los treinta años, confuso conflicto religioso y político, amenazó con sus tormentosos embates el humilde hogar de Kepler.

Cuando Linz quedó sitiada en 1626, las autoridades eclesiásticas, considerándolo sospechoso de herejía, lo obligaron a recluirse en su casa y sellaron su biblioteca. Al cruzarse en la calle con el hombre al

que Kant llamó "el más agudo de los pensadores", la gente le escupía y murmuraba: "astrólogo". Lo único que deseaba Kepler era que lo dejasen trabajar en paz. Como su vida peligraba en aquella ciudad, cierta noche lluviosa y helada escapó en una carreta con su mujer y sus seis hijos. Entre los pocos objetos que llevaba consigo en la azarosa huida, figuraba la caja que contenía varias planchas de plomo que servirían para la edición de sus monumentales *Tablas rodolfinas*.

En los años siguientes, el vasto campo que abarcaban los conocimientos de Kepler se manifestó en la gran diversidad de sus obras. Fundó la ciencia de la óptica geométrica; estudió la anatomía del ojo humano; compuso una obra de ciencia ficción; estudió las manchas del Sol. Le quedaba aún por cumplir la promesa hecha a Ticho Brahe: terminar las tablas astronómicas que éste había comenzado.

En Ulm, a orillas del Danubio, completó los laboriosos cálculos acerca de la posición de las 777 estrellas observadas por Brahe, a los cuales añadió 228 observaciones de su propia cosecha. Al ser publicadas las *Tablas rodolfinas*, fueron atribuidas a Ticho Brahe. Precursoras de los modernos almanaques náuticos, fueron de uso general en la navegación por espacio de un siglo. A ellas debió Kepler un cambio favorable de suerte. El emperador Fernando II lo recompensó asignándole una pensión y alojamiento en Sagan (Silesia).

Las sombras del infortunio habrían, con todo, de envolverlo de nuevo. Enfermo y deseoso de asegurar el porvenir de su esposa e hijos, viajó en los crudos días del otoño a Ratisbona, donde se hallaba reunido el Parlamento, con la esperanza de conseguir que le pagasen los 11.817 florines que se le adeudaban desde hacía años. Llegó con fiebre a Ratisbona, y falleció a los trece días, el 15 de noviembre de 1630.

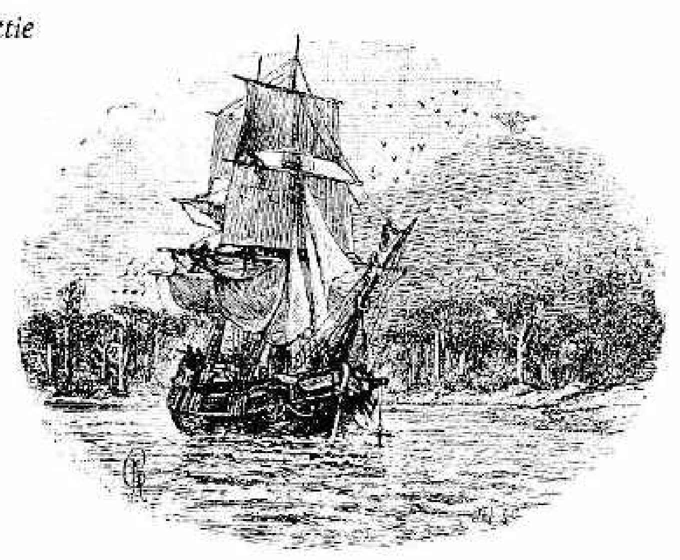
Ni aun después de muerto hallaron paz sus restos. Le fue negada sepultura dentro del recinto de la ciudad. A los tres años de su entierro, se arrancaron las lápidas del cementerio para emplearlas en obras de fortificación, y así desapareció toda señal de la tumba de Kepler.

Más duradero que cualquier monumento destinado a perpetuar la memoria del sabio ha sido el legado de sus descubrimientos. Kepler practicó el proverbio latino que aconseja: *Per aspera ad astra.* ("Por las dificultades, hacia las estrellas.") Como cristiano fue firme en su creencia. Aún se recuerda esta oración compuesta por él:

"Dios mío, gracias te sean dadas por guiarnos hacia la luz de tú gloria con la luz de la Naturaleza. Llevé a cabo la tarea que me encomendaste y me regocijo en tu creación, cuyas maravillas me has concedido que descubra a los hombres. Amén."

EL TESORO DE ROBERT LOUIS STEVENSON

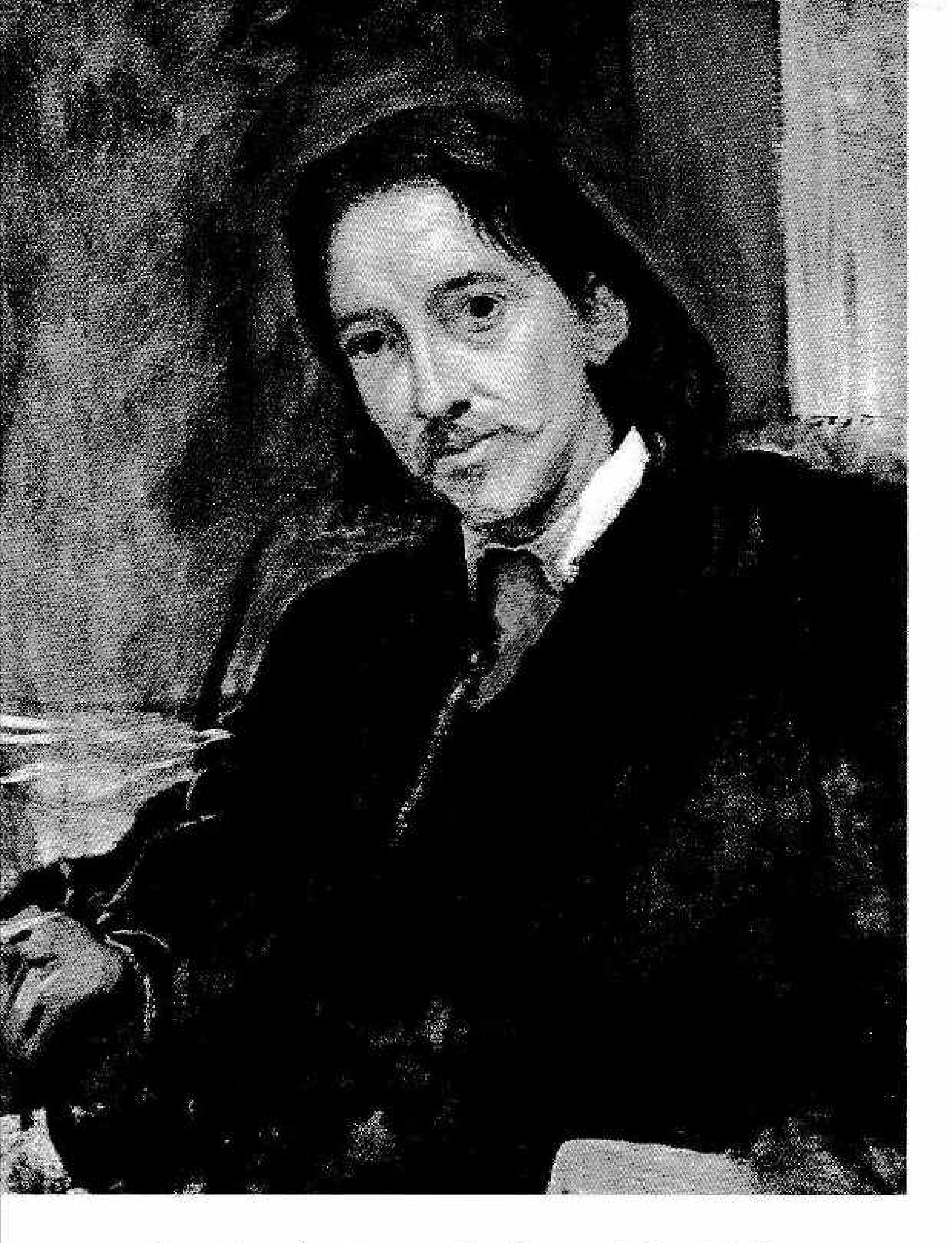
Donald y Louise Peattie



La **Hispaniola**, famosa goleta de "La Isla del Tesoro", reproducida de la primera edición ilustrada de la obra (1895). En la página de la derecha figura el retrato de Stevenson pintado en 1887 por W. R. Richmond. Se conserva en la Galería Nacional de Retratos de Londres.

La biografía de Robert Louis Stevenson demuestra que lo que llamamos las duras realidades de la vida pueden ser menos reales y menos duraderas que los sueños más acariciados. Desde su infancia, el débil cuerpo de Stevenson se vio atacado por el oscuro pirata de la Muerte, y una y otra vez hubo de luchar con ella en un combate sin cuartel. Él, que anhelaba ser un hombre de acción, parecía destinado a pasarse la vida en una silla de inválido; sin embargo, no fue con la espada, sino con su pluma, con la que consiguió abrirse un camino hacia la libertad, enamorar a la elegida de su corazón, navegar los siete mares y, por fin, encontrar su propia isla del tesoro.

Cuando aún era niño, le gustaba dibujar mapas de imaginarias islas lejanas y escribir historias de aventuras. A causa de su organismo enfermizo, Louis (nadie lo llamó nunca Robert) se pasaba la mayor parte del tiempo en la cama, desde donde hacía marchar a sus soldados,



arriba y abajo, "por las apacibles llanuras de la colcha". A veces se asomaba a la ventana de su casa de Edimburgo, donde había nacido en el año de **1850**, para ver a su amigo Leerie, el farolero, que "con su linterna y su escalera venía andando rápidamente calle arriba". En invierno, Louis subía las escaleras, camino de la cama, iluminándose

con una vela, y sentía "en mi pelo, el aliento del duende; en verano, por el contrario, tenía que irme a la cama de día". Lo que más le gustaba era jugar a soldados y a marinos; y lo que más odiaba, al agitarse febrilmente en la oscuridad de su habitación, era el furioso soplo del viento.

De sus sueños y experiencias infantiles iba a florecer *A Child's Garden of Verses* (*Jardín de versos*), donde, desde entonces, los niños de muchos países, pero sobre todo los de habla inglesa, han encontrado un compañero inolvidable de sus ratos de ocio.

El pequeño y solitario Louis era la incesante preocupación de sus severos progenitores y de Cummie, su bondadosa niñera. Los padres, muy piadosos, se preocupaban constantemente de la educación de su alma y lo inundaban de oraciones, himnos y sermones. Cummie, por su parte, le contaba cuentos de duendes y relatos sangrientos de la historia de Escocia.

Cuando se hizo mayor, su padre, constructor de faros, lo llevó en sus viajes de inspección por las costas borrascosas de Escocia. Estos recorridos introdujeron en el tintero de Stevenson las olas, la tormenta y los naufragios de muchos cuentos futuros.

Thomas Stevenson esperaba que su hijo siguiera sus propios pasos y se hiciera ingeniero civil, pero Louis no era buen estudiante. A menudo hacía novillos para vagar por las calles de Edimburgo, y de esta forma llegó a conocer a toda suerte de hombres, desde los vagabundos hasta los grandes señores. Durante todo este tiempo salían de su pluma páginas vigorosas, alegres . . . y llenas de faltas de ortografía. Sus profesores de inglés en la universidad de Edimburgo manifestaron que nunca llegaría a ser escritor, como él esperaba.

El padre de Stevenson, por su parte, veía la literatura como una simple afición propia de caballeros. Si su hijo no quería ser ingeniero, que estudiara leyes; Louis, obediente, accedió. El joven se enfrascó en los libros de texto, pero su enemigo de la infancia reapareció. El médico escuchó claramente con el estetoscopio las primeras débiles señales de aquel visitante, temido durante tanto tiempo, y Louis fue enviado a tomar el sol a la Riviera. Había comenzado la persecución por parte del "sangriento Jack", como Louis llamaba a la tuberculosis, que duraría veinte años y conduciría a este frágil fugitivo a lo largo de más de treinta mil kilómetros.

Louis terminó su carrera de abogado e inclusive practicó un poco su profesión; también empezó a publicar artículos y ensayos en las mejores revistas. Orgulloso y feliz, su padre le dio mil libras para



Portada de la primera edición ilustrada de "La Isla del Tesoro", publicada por la editorial Cassell & Company, de Londres. En ella vemos a los principales personajes y momentos culminantes de la famosa narración.

que se estableciera, pero el destino de Louis no iba a ser instalarse respetablemente en Escocia. "El mundo está lleno de tantas cosas", decía, y en ellas incluía las ideas revolucionarias de Darwin y Voltaire, Walt Whitman y otros librepensadores. Conforme el brillante joven maduraba mentalmente, le iba siendo más y más difícil aceptar las enseñanzas recibidas en su niñez. Con su acostumbrada sinceridad, se aventuró a discutir de religión con su padre. Al señor Stevenson le pareció que su hijo era un alma perdida y a Louis se le hizo insoportable el hogar.

Así, pues, comenzó a viajar: paseó alegremente, con un amigo, por los caminos de Europa; vagó solo, a lomos de un burro, por las montañas de Francia. De cada viaje surgía un libro, escrito con su estilo tan personal. En estos años de vagar, de buscar alojamiento por la noche en posadas y monasterios, de rondar por las calles de

París y las escuelas de arte de Barbizon, Louis encontró el gran amor de su vida.

Cierto atardecer de verano llegó a una posada en el bosque de Fontainebleau y, al mirar a un grupo que estaba allí reunido, se encontró con los ojos oscuros de Fanny Osbourne, joven norteamericana separada de su marido, que vivía en el extranjero con su hija Isobel y su hijo Lloyd. Según las propias palabras de Stevenson, Fanny era "leal, morena, vivaracha y sincera". Fanny se apoderó del corazón de Louis y ella, por su parte, ¿cómo podría resistir al hombre del que muchos decían que era el mejor conversador del mundo?

Isobel y el pequeño Lloyd se sorprendieron cuando su madre les anunció súbitamente que regresaban a los Estados Unidos. De vuelta en su pequeña aldea californiana, Fanny no vio posibilidad de solucionar sus problemas conyugales, y en Edimburgo, el distanciamiento existente entre Louis y su padre aumentó al enterarse la familia de su amor por una mujer casada. En contra de todo el mundo, provisto de escasos fondos y menos salud, Louis se embarcó para cruzar el océano y un continente en busca de su amada. En un tren lento, frío y sucio cruzó los Estados Unidos y llegó a California, flaco y sin fuerzas, pero siempre apuesto. Fanny no se arredró al saber que Thomas Stevenson había retirado a su hijo toda asignación. Con el fin de recuperar, al menos en parte, la salud, Louis se fue a las montañas y allí lo encontraron, casi inconsciente, junto a un charco de sangre que oscurecía el suelo: su primera hemorragia. Fanny lo cuidó y logró devolverle el vigor. Mientras ella conseguía el divorcio, Stevenson se trasladó a San Francisco, donde vivió con setenta centavos al día. Como último recurso, escribió a un amigo de Escocia para que vendiera sus libros. Esto llegó a oídos de Thomas Stevenson, "aquel viejo violento y cariñoso", como lo llamaba su hijo, quien cablegrafió a Louis este mensaje: "Cuenta con una pensión de 250 libras al año."

Louis y Fanny se casaron en San Francisco. Su luna de miel, que pasaron en una mina de plata abandonada, fue típica de la vida de trotamundos que habrían de llevar en el futuro. Los padres de Louis les escribieron abriéndoles los brazos de nuevo, y ambos regresaron a Escocia. Un año más tarde, sentados alrededor de una chimenea escocesa, se hallaba la familia reunida. Lloyd Osbourne, que entonces tenía trece años de edad, estaba sentado sobre la alfombra, y oía, asombrado, el cuento que Louis leía en alta voz. Todas las noches, conforme salía de su pluma, los familiares escuchaban un nuevo capítulo: el joven Jim Hawkins cogía el mapa del pirata muerto;

Pew, el ciego, golpeaba la carretera con su bastón; y allí estaba también Long John Silver, con su loro posado en el hombro. "Si esto no cautiva a los niños –decía Louis, riendo– es que se han corrompido desde mi infancia."

La Isla del Tesoro ha demostrado ser el mejor cuento de aventuras que jamás se haya escrito para niños. Con esta obra, Stevenson encontró su camino, y su publicación le trajo fama y dinero.

Apenas en segundo término después del clásico relato de piratas, por lo que respecta al misterio y la emoción, está *Kidnapped* (Secuestrado), la obra que nos muestra un pedazo de la vieja Escocia. Pero la novela que difundió su nombre por todo el mundo fue una que nació de una mala noche. Su mujer se sobresaltó al oír en la oscuridad los gemidos de Louis, que daba vueltas en la cama con una pesadilla. Cuando lo despertó, éste le reprochó que lo hubiese sacado de su sueño, en el que los espíritus del mal comenzaban a tomar posesión de un hombre bueno. De este sueño intranquilo surgió *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde.*

Pero mientras Stevenson, el autor, crecía en tamaño, Stevenson, el hombre, tenía cada vez menos salud. A menudo no se atrevía a hablar durante varios días para evitar que la sangre que manaba de sus pulmones afluyera a los labios. A pesar de todo, escribía diariamente su cuota de páginas. Inclusive cuando el médico lo obligó a permanecer acostado en una habitación oscura, se las ingenió para redactar *Jardín de versos*, escribiendo a tientas en grandes hojas de papel.

En 1887, Robert Louis Stevenson con su mujer, su hijastro y su madre, que había quedado viuda recientemente, se embarcó para comenzar un viaje del que no regresaría. La primera parada la hicieron en Nueva York. Pasó todo el invierno en el sanatorio del doctor Trudeau, en las montañas Adirondacks, mientras Fanny iba a San Francisco para alquilar un barco que los llevaría al suave clima del Pacífico austral. Tan débil estaba Stevenson cuando subió a bordo de este buque, que el capitán hizo secretamente todos los preparativos para un entierro en alta mar. Pero en los años de vagabundaje que aún tenía por delante, Robert Louis Stevenson iba a conocer Hawai, las Marquesas, Tahití, la amada Samoa, y otras tantas islas.

El enfermo mejoró con el aire del mar. Amaba el peligro, porque amaba el valor, "pilar de todas las virtudes". Tifones, mástiles rotos y nativos poco amistosos daban color a su viaje; había calmas y arrecifes y costas de sotavento. Con todo ello se fortaleció lo sufi-

ciente para poder viajar solo; una vez se encontró a bordo de un barco que trasportaba unas monjas a la desolada isla de Molokai, donde las religiosas iban a cuidar leprosos; saltó a tierra con ellas y convivió con aquellos desgraciados. No se ponía guantes para dar la mano a los leprosos y aceptaba, con la cordialidad que le era habitual, el cigarrillo que le ofrecían los labios sentenciados a muerte.

Stevenson, el caballero aventurero, el hombre de letras, el gran maestro de narradores, era en el fondo un moralista. Y su moral, por encima de todo, estaba basada en la amabilidad. "Si tus principios éticos te ponen melancólico, puedes estar seguro de que están equivocados", advertía. Los suyos irradiaban luz y calor. Fundió su código moral en un conjunto de oraciones que escribió para rezarlas en "Vailima", su hogar de la isla de Samoa. Todas las noches pedía junto a su familia: "Señor, danos valor y alegría y tranquilidad de espíritu".

Todo ello le había sido concedido en abundancia. Allí, en una montaña remota de los Mares del Sur, había construido una mansión, "mi brillante y ventilada casa", y la había llenado con resplandecientes muebles de caoba, objetos de plata traídos de Escocia, libros y cuadros. A su lado estaba su inteligente esposa, su madre y sus hijastros Lloyd e Isobel, que actuaban de colaborador y secretaria, respectivamente; además, tenía a su servicio un séquito de activos e inteligentes polinesios para los cuales él era el jefe. Hasta Samoa iban a visitarlo sus amigos de antaño.

Parecía que inclusive había recuperado la salud. Trabajaba con facilidad; llevaba la vida de un rey isleño, con huéspedes, alegría, risas y fiestas. Un mundo tropical florecía a su alrededor. En medio de todo esto, cuando tenía sólo cuarenta y cuatro años de edad, una hemorragia cerebral extinguió rápidamente su vida. Sus queridos samoanos lo llevaron hasta su último lugar de descanso, en las altas colinas que dominaban su casa. En su tumba, que da al Pacífico, está grabado el *Réquiem* que él mismo escribió:

Debajo el vasto y estrellado cielo
Cavad mi fosa y duerma yo en su suelo.
Pues contento viví, muero sin duelo,
Y presta así la voluntad, me entrego.
Este epitafio que por mí se trace:
Donde siempre anheló, sereno yace;
Del mar volvió el marino do le place,
Del monte el cazador a su sosiego.

ISABEL LA CATÓLICA

Donald Culross Peattie

Hubo reinas a quienes la historia ha llamado grandes porque rigieron un país que se hallaba en la cumbre de su poderío, como la reina Victoria en la Inglaterra del siglo XIX; otras, asentaron su fama en la de los hombres de su tiempo, como Isabel I en la Inglaterra del siglo XVI; la grandeza de Isabel I de Castilla, sin embargo, residía en ella misma, pues ella fue quien dio magnificencia a su patria y a su época.

Esta ilustre mujer, hija del segundo matrimonio del rey Juan II de Castilla, nació el 22 de abril de 1451, en una ciudad de nombre vibrante, Madrigal de las Altas Torres, llamada así por las elevadas almenas que la defendían de los moros invasores. En aquella región, azotada por los vientos y requemada por el Sol, los caballeros cristianos mantuvieron, seis siglos antes, su última resistencia contra los invasores procedentes de África. El alud musulmán fue atajado y rechazado por los antepasados de Isabel, que trasmitieron a ésta su ardor de cruzados.

A aquella niña de rubios cabellos y gran corazón, ágil entendimiento y voluntad indomable, a aquella tierna princesa que dormía en una cunita tallada, reservaba el destino una misión sin igual. La inspiración de su fe impulsaría las velas de un desconocido marino genovés más allá de los límites del mundo, a descubrir el mayor secreto de la historia.

Todavía en la infancia, Isabel perdió a su amado padre; vio a su madre sumergirse en el crepúsculo de la melancolía, y pasar la corona de Castilla a su hermanastro Enrique IV, apodado *el Impotente*.

Los primeros años de la educación de Isabel trascurrieron di-

chosos, en el castillo de Arévalo, entre clases de gramática, retórica, pintura, poesía, historia, filosofía y música. También aprendió a montar a caballo y a menudo salía a cazar liebres y jabalíes.

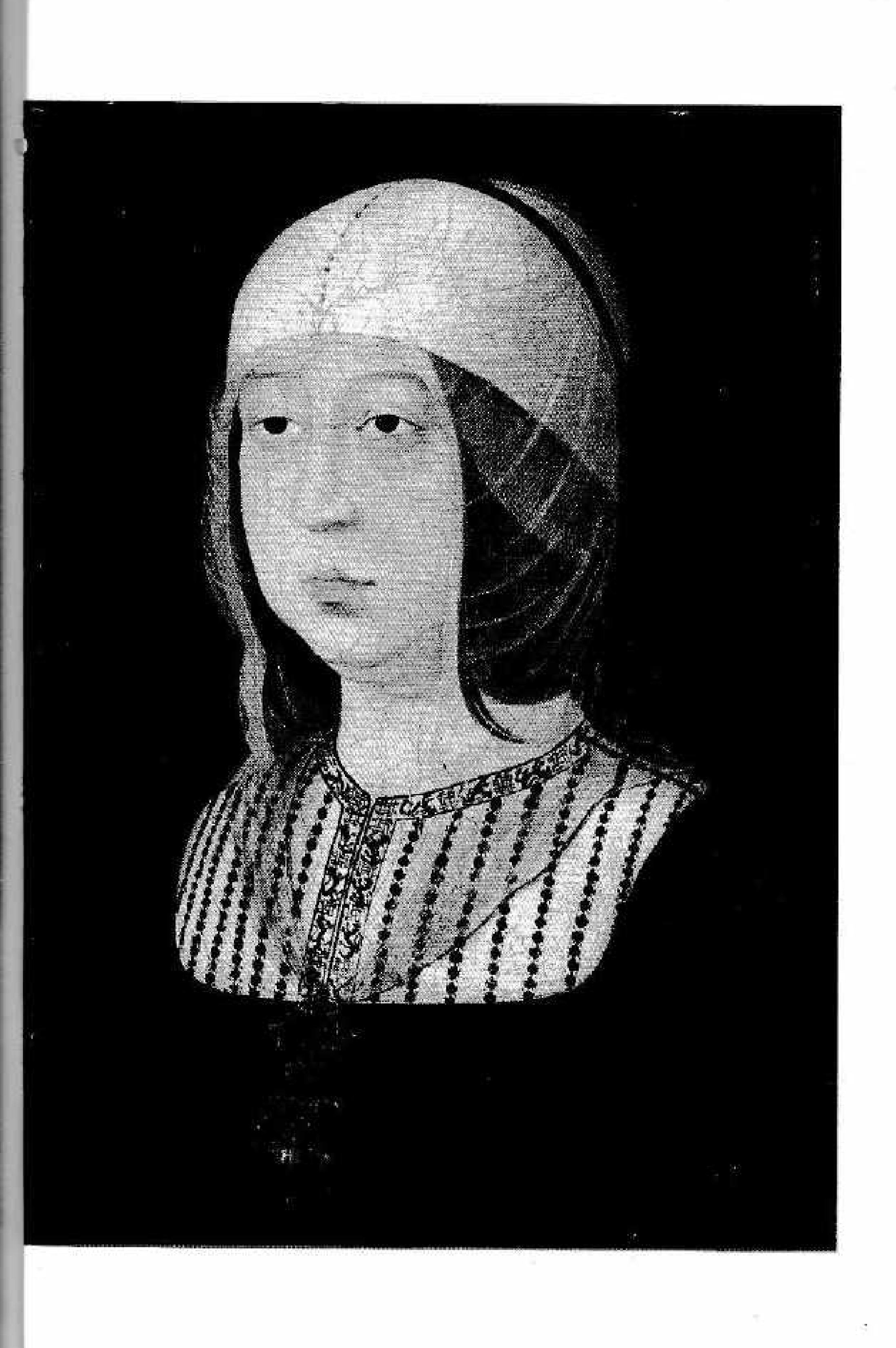
A la edad de dieciséis años, sin embargo, por orden de su hermanastro, el rey Enrique IV, la princesa fue a educarse a la Corte, famosa en toda Europa por sus escándalos. Allí la propia reina trató de inducir a la joven princesa para que participara en las fiestas desenfrenadas que frecuentemente se celebraban en Palacio. Desde aquel escenario, la princesa, una muchacha seria, de tez como la flor del manzano, ondulada cabellera de color oro mate y ojos azules, pudo contemplar el triste espectáculo de una España desunida, con un rey en Castilla, otro en Aragón, y los moros dueños del reino de Granada.

Cuando tuvo diecisiete años de edad, Isabel fue requerida en matrimonio por tres pretendientes: uno, el rey de Portugal, hombre rico, astuto y viejo (a cuya unión la empujaba insistentemente su hermanastro, el rey Enrique); el segundo pretendiente era el duque de Berri, hombre timorato y de ojos lacrimosos, hermano del rey de Francia; el tercero era precisamente aquel en quien ella había puesto los ojos desde niña, el gallardo príncipe Fernando de Aragón; él era el preferido, no solo en el corazón de Isabel, sino en las simpatías del pueblo castellano.

Enrique, furioso ante la predilección de su hermana, la amenazó con recluirla en prisión. Ella, temerosa de que el Rey la prendiera, huyó a su ciudad natal, desde donde se comunicó con el príncipe de Aragón. Y éste, viendo la oportunidad de unir las dos mitades de la España cristiana, firmó el proyecto de contrato matrimonial que Isabel le envió con un mensajero, y lo reexpidió a Castilla, junto con una gargantilla de rubíes que había sido de su madre.

Cuando a Enrique IV le llevaron sus espías noticia del pacto de matrimonio, acordonó la frontera y dio orden a sus tropas de capturar al pretendiente aragonés en cuanto pusiese los pies en tierras de Castilla; pero no hubo soldado que concediese la menor atención a un arriero, de cara sucia y mal trajeado, que cruzó cierta mañana la frontera al frente de una caravana de mercaderes. Cuando Fer-

Famoso retrato de la Reina que se conserva en el Palacio Real de Madrid. Ha sido atribuido al pintor español del siglo XV Bartolomé de Cárdenas, llamado "el Bermejo".



nando se encontró con su novia por primera vez, en un salón del palacio de Juan de Vivero, en Valladolid, era otra vez el príncipe con quien ella soñara: marcial, galante, de negras y rectas cejas y mirada imponente. A los pocos días, el 19 de octubre de 1469, contraían nupcias aquellos dos jóvenes. Con este matrimonio se unían Castilla y Aragón, y una nueva nación quedó concebida: la España moderna.

Cuando Enrique IV murió, abandonado y sin amigos, el paso al trono de Castilla quedó abierto a Isabel. Mas había de ocuparlo sin pérdida de tiempo, porque otro aspirante lo reclamaba.[1] Fernando se hallaba lejos, sofocando una insurrección en sus dominios aragoneses. De esta forma, el 13 de diciembre de 1474, Isabel, vestida con manto de armiño, cabalgó en blanco palafrén para ser coronada en la plaza real de Segovia. En la suntuosa procesión que la escoltaba iba, sobre un lujoso almohadón sostenido por pajes, la corona del ausente Fernando.

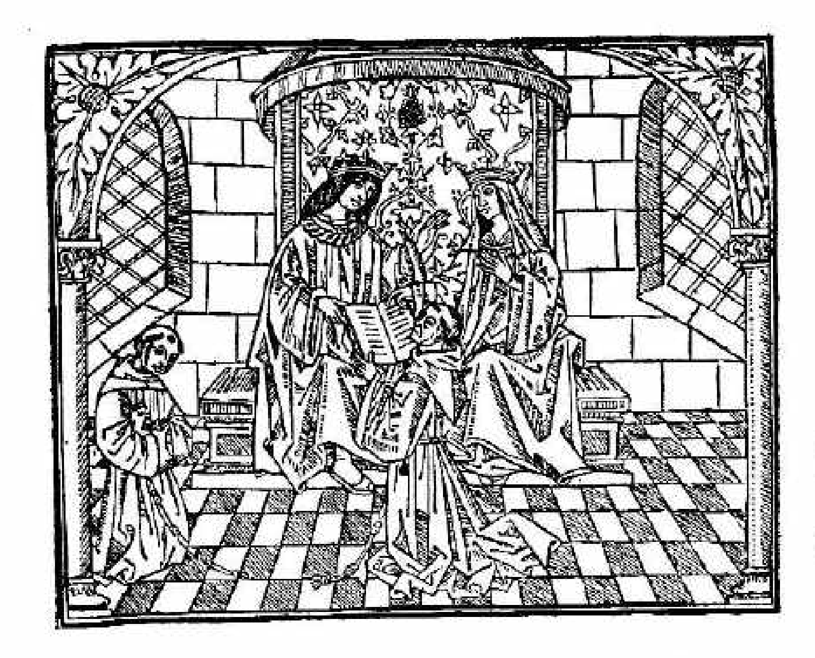
Al regresar éste a Castilla se mostró muy disgustado. ¿Cuándo se había visto que ninguna reina se hubiera coronado antes que su marido?

Isabel apeló sencillamente al contrato matrimonial (redactado por ella misma) y que Fernando había firmado, en el que se decía que ella sería la indiscutible soberana de Castilla y él, rey consorte. A pesar de todo, Fernando siempre pensó que él sería el rey, pero ahora descubría que su esposa había decidido empuñar también las riendas del gobierno. A partir de aquel momento, los reales cónyuges adoptaron todas sus resoluciones de mutuo acuerdo, y siempre dieron sus órdenes al unísono. Tanto su política gubernamental como el vínculo conyugal que los unía se hicieron más vigorosos después de esta primera prueba.

Un cronista de la época escribió: "El amor mantenía sus voluntades unidas . . . Muchos trataron de separarlos, pero ellos estaban resueltos a no disentir."

A los ojos de los soberanos extranjeros de entonces, España era una presa fácil: sus reyes inexpertos, sus fuerzas armadas insignifi-

[1]*Se trataba de Juana, apodada* la Beltraneja, *de quien se decía que era hija de la reina Juana, esposa de Enrique IV, y Beltrán de la Cueva, favorito de los Soberanos de Castilla. Sin embargo, en el conocido Pacto de los Toros de Guisando, el rey Enrique reconoció heredera del trono a su hermanastra Isabel.*



Los Reyes Católicos, retratados juntos en el trono. Xilografía de la época.

cantes, sus cofres vacíos tras los despilfarros de Enrique IV. Así se explica que Alfonso V, rey de Portugal, que se había casado con Juana *la Beltraneja*, a la cabeza de una hueste de veinte mil hombres bien adiestrados, se adentrase hasta el corazón de Castilla pretendiendo derechos absurdos al trono castellano. Isabel montó a caballo y, armada como un caballero, recorrió el reino, nueva Juana de Arco, en demanda de tropas y fondos. Acudieron los guerreros a su alrededor, y Fernando, experto instructor militar, forjó con ellos un ejército.

En la subsiguiente campaña, fue Isabel la que se cuidó de que siempre hubiera monturas de refresco aguardando a su amado esposo, y la que urgía al avance a los soldados de a pie que tiraban de las rechinantes piezas de artillería. Ella organizó la intendencia general, asegurando el suministro de víveres para las tropas, y fueron sus ojos los que, escudriñando en los mapas a la luz del candil, encontraron el punto flaco en las líneas portuguesas. Mas en la batalla en que se obtuvo la victoria, cerca de Toro (el día 1º de marzo de 1476), la augusta estratega permaneció a retaguardia, rezando de rodillas, mientras correspondía a Fernando la gloria de la victoria.

Luego, dando muestras de gran intrepidez, Isabel arrostró la tarea de ganar la paz. Durante el reinado de Enrique IV, los tribunales estaban por completo desprestigiados y eran un pozo de ignorancia

y confusión. Isabel y su esposo decidieron poner punto final a esta situación, y juntos recorrieron los pueblos de España administrando justicia.

Cuentan las crónicas de la época que un noble de gran influencia, Alvar Yáñez, dio muerte a un notario. Al comparecer ante la justicia real, el noble ofreció a la soberana una importantísima suma de dinero si le perdonaba la vida. Algunos consejeros de la Reina insinuaron a ésta que, dado lo escaso del tesoro real, haría bien en aceptar. Isabel, dando una vez más prueba de su carácter, respondió: "Prefiero la justicia al dinero", e hizo cortar la cabeza del culpable.

La autoridad de Isabel no era tiránica. Se consideraba al servicio de su pueblo por designio divino, y de este sentido de consagración misional nacían su valor y su firmeza. Bien tuvo que mostrar ambos un día, al ser informada de que había estallado un violento motín en el alcázar de Segovia contra el gobernador del castillo. Detrás de aquellos muros asediados había quedado su primogénita, la infanta Isabel, de tres años. No disponía la Reina en aquel momento de tropas y se hallaba a cien kilómetros de Segovia. Sin siquiera detenerse a cambiarse de ropa se puso en camino, a caballo, acompañada únicamente de tres personas: el cardenal Mendoza, el conde de Benavente y su amiga Beatriz de Bobadilla. En medio del sofocante calor estival galoparon todo el día y toda la noche; y a la luz del amanecer pudieron contemplar, erguido en su colina, el alcázar segoviano, como un gran navío que viniese rompiendo la ondulada tierra castellana. Por entre las turbas que trataban de romper las puertas, y por en medio de guadañas y teas encendidas, metió su montura la Reina. Encarándose a sus súbditos, les preguntó cuáles eran sus deseos. "Porque siendo vuestros —les dijo—, también serán míos." Reina del pueblo, tenía el oído atento a la voz popular. Aquel día en Segovia, no solo salvó la vida de su hijita, sino los principios esenciales de confianza que deben existir entre súbditos y soberanos. Ganada la confianza del pueblo, España empezó a ser fuerte.

Isabel, además de reina, sabía ser esposa y madre. Durante toda la vida, con su propia mano y aguja cosió las finas camisas de holanda de su marido. Pagó sus infidelidades con la más intachable lealtad; colmaba de regalos a las enamoradas de él, las casaba y las enviaba lejos . . ., bien lejos. Tuvo y crió a sus cinco hijos en medio de guerras y constantes campañas.

Por encima de todo, Isabel era una devota católica. Su patria era la cristiandad, y la cristiandad, a la sazón, era una causa en

peligro. Aún había en el sur de la Península tres millones de infieles que desde sus fortalezas montañosas bajaban a hostilizar la frontera, saquear pueblos, robar mujeres. En la Navidad de 1481, el Rey moro de Granada rompió la insegura tregua existente, al tomar por sorpresa la plaza fronteriza de Zahara. España se convirtió en un campo de batalla. Al oriente, todo el Islam amenazaba invadir el mundo cristiano. La Europa Occidental se coligó para rechazar el ataque, y desde Inglaterra, Irlanda y Francia llegaron aliados en ayuda de Fernando e Isabel, que tomaron el mando de una nueva cruzada.

Mientras el Rey dirigía las tropas en el frente, la Reina organizaba la logística de la guerra. Hizo venir de Alemania peritos en la fabricación de pólvora y envió a buscar a Lombardía piezas de artillería pesada, para el trasporte de la cual encargó a los ingenieros del reino que convirtieran en caminos transitables las montañosas veredas y sortearan barrancos tenidos por insalvables.

Cuando los enfermos y heridos comenzaron a llenar los campamentos, la Reina organizó hospitales de campaña, dotados de cirujanos, medicinas y vendajes, todo pagado de su bolsillo particular.

Así dirigidos, los aliados cristianos lograron cambiar el curso de la guerra; invadieron el reino granadino y llegaron hasta las puertas de la ciudad mora de Baza. Entonces, las tropas cristianas empezaron a carecer de víveres y municiones. Fue en esa ocasión cuando Isabel proveyó a la necesidad empeñando sus rubíes y perlas, todo el oro y la plata heredados de sus abuelos, hasta la propia corona de San Fernando. Con el dinero obtenido adquirió catorce mil mulas que dedicó a la tarea de acarrear municiones y alimentos desde todos los rincones del reino. También mandó traer de Suiza tropas mercenarias disciplinadas.

Málaga se rindió. Baza capituló al saberse que la reina Isabel en persona ponía sitio a la ciudad, pues su sola presencia bastaba para encender el espíritu de las tropas hasta trasformarlas en invencibles. Pero ahora germinaba un nuevo sueño en aquella egregia cabeza de cabellos dorados. Tres años antes, cierto marino genovés llamado Cristóbal Colón, se había presentado ante la Corte en Córdoba a exponer un proyecto extraño y sobrecogedor. Isabel no podía olvidar la misteriosa autoridad que emanaba de aquel hombre de elevada estatura: sus ojos grises, de franca mirada, su semblante leal, su ardiente fe católica. La simpatía nació instantáneamente entre ambos. La idea de que la Tierra era redonda, aunque otros movieran escépticamente la cabeza, obtuvo en Isabel fácil acogida. Aquel hom-

bre audaz pretendía adentrarse navegando por la ignota inmensidad marina de Occidente, para ganar el Oriente.

La magnífica perspectiva inflamó desde el primer instante la imaginación de la Reina; pero don Fernando, frío y reservado, le hizo ver las dificultades. A Isabel le ataba las manos su propia política de actuar siempre de acuerdo con su marido. Cuando en 1488 volvió Colón a presentarse a los soberanos, la Reina solo pudo darle una pensión y exhortarlo a esperar con paciencia hasta el final de la guerra contra los moros.

Terminó ésta con la rendición de Granada, al comenzar el año inolvidable de 1492. Por vez primera en el trascurso de 777 años, los cristianos pasearon por sus calles, no como esclavos de las canteras y los harenes, sino con orgullo de conquistadores. Y allí, en el palacio de la Alhambra, en el reverberante "Salón de los embajadores", el Rey y la Reina tuvieron de nuevo ante ellos al resuelto aventurero de mirar iluminado.

Una vez más se iba a perder la ocasión de realizar la hazaña más grande de los siglos. Tras seis años de solicitaciones y pobreza, Colón fue de nuevo despedido con promesas, a las puertas de Granada. Él se alejó amargado, caballero en su mulo. Mas el poder de su presencia perduraba en la Corte y ejercía su influjo sobre la Reina. Influía igualmente en el ánimo del tesorero de la Reina, Luis de Santángel, cuya perspicacia sumaba a los nobles motivos de Colón otras buenas razones de índole económica. ¡Era tan poco lo que habría que arriesgar, en comparación con las incalculables posibles ganancias! Esta vez, Fernando se interesó en el asunto, y se envió un mensajero a toda prisa tras el ajetreado mulo para hacer volver ante los Reyes al que lo cabalgaba.

Y así, al cabo, se firmó el pacto que prometía a España nuevos reinos, y a Colón, el diezmo de todo lo que se obtuviese en las nuevas tierras, el título de "Almirante del mar Océano" y tres buques con qué aventurarse hacia el oeste. Para fletar y tripular aquellas naves se necesitaba dinero; y la guerra de reconquista contra los moros había dejado las arcas de la Corona exhaustas. Isabel declaró, suspirando, que de muy buena gana hubiera ella vuelto a pignorar sus joyas para la aventura. Don Luis de Santángel adelantó la mitad de la suma necesitada, e Isabel reclutó, en el puerto de Palos, los buques y los marineros. Por fin, un día de agosto, las velas de la *Niña*, la *Pinta* y la *Santa María* desaparecieron en el horizonte.

¡Cuántas veces el pensamiento de Isabel volaría en pos de las

desvanecidas carabelas! Recorría por aquellos meses las comarcas de su reino fundando universidades y hospitales, alentando los estudios científicos, reorganizando para las artes más dulces de la paz aquel país trastornado durante tanto tiempo por la guerra. Sin embargo, ella compartió en espíritu las vicisitudes del descubrimiento. ¿Qué habría sido de las frágiles carabelas? ¿Se habrían ido a pique bajo la tempestad? ¿Se habrían deshecho contra las rocas de algún bajío?

Luego, súbitamente, como surgiendo de la nada, llegaron noticias del navegante. A principios del año 1493, una carta de Lisboa proclamaba que Colón había cruzado el océano occidental y ocupado vastos territorios en nombre de sus majestades los Reyes de España. El 15 de marzo, las pequeñas carabelas, sacudidas y maltratadas por los temporales, fondearon en el puerto de Palos, de donde habían zarpado ocho meses antes. Cuando Colón llegó a Barcelona, ciudad en que a la sazón estaba aquella Corte trashumante, sus Majestades ordenaron públicas ceremonias para recibir al gran navegante.

Con gran pompa, sentados en sus tronos, lo recibieron don Fernando y doña Isabel. Colón avanzó hacia ellos, acompañado de seis indios pintados y adornados con plumas, que portaban presentes de oro, extraños artefactos y loros de vistosos colores. Al aproximarse el marino, el Rey y la Reina se pusieron de pie, cosa que jamás habían hecho en atención a ningún otro plebeyo del mundo. Pero aquel marino de las pupilas visionarias había abierto las puertas de medio mundo, como un nuevo hogar para el pueblo español, y había descubierto un nuevo reino de almas para la religión cristiana. Oídos sus relatos y examinados sus trofeos, el Rey y la Reina, príncipes y cardenales, todos los miembros de la Corte, se arrodillaron en acción de gracias al Altísimo por el gran descubrimiento.

En los tres sucesivos viajes del Almirante fue también Isabel quien proporcionó los barcos, las dotaciones, el dinero, los animales domésticos, las semillas destinadas a los lejanos cultivos, los colonos, los sacerdotes, todos los elementos esenciales para las fundaciones del Nuevo Mundo. De camino a ver a su protectora iba Colón, al regreso de su tercer viaje, cuando supo que el 26 de noviembre de 1504 había expirado en el castillo de la Mota, en Medina del Campo, aquella mujer que en el breve lapso de una generación sacó a su país de la pobreza y la anarquía para llevarlo a la grandeza y la unidad. Aquella mujer que, con su fe y su energía, hizo posible la hazaña que abrió a la humanidad un mundo nuevo y la situó en los umbrales de la edad moderna.

Este libro, del que se hizo una tirada de 60,000 ejemplares, se acabó de imprimir en Skokie, Illinois, E.U.A., en los talleres de Rand McNally & Company, el 19 de julio de 1967.